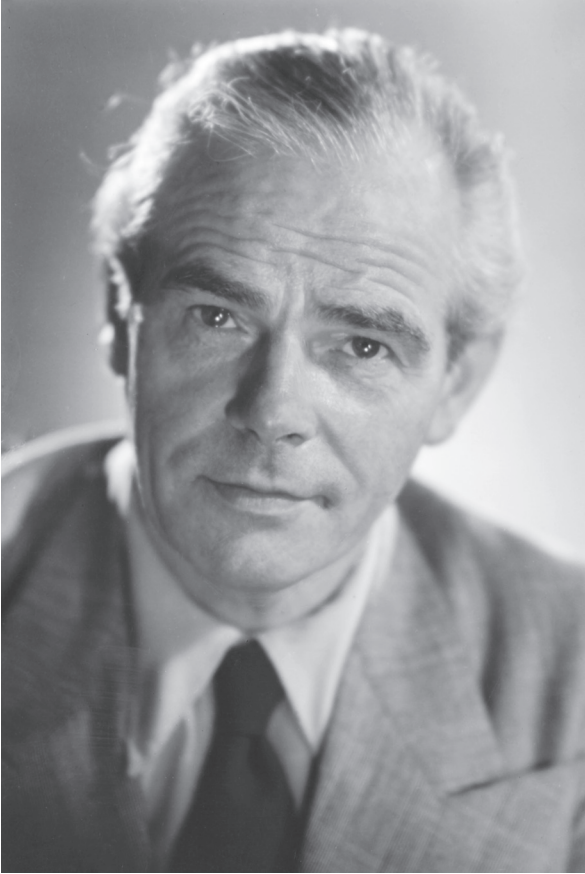


Preguntas y respuestas

Parte 4



Jozef Rulof



Jozef Rulof
1898-1952

Jozef Rulof

Preguntas y respuestas

Parte 4



El Siglo de Cristo

Contacto y derechos de autor

El Siglo de Cristo

Braspenningstraat 88, 1827 JW Alkmaar, Países Bajos

Tel: 00 31 (0)728443852

E-mail: info@rulof.org

Página web: rulof.es

La ilustración en la portada de este libro es un dibujo de Rie Reinderhoff basado en las indicaciones para el diseño de cubierta que Rulof recibió de forma visionaria durante una de las noches informativas.

© 1952-2023, Stichting Geestelijk-Wetenschappelijk Genootschap “De Eeuw van Christus”, Países Bajos, todos los derechos reservados.

Preguntas y respuestas Parte 4, 2023

ISBN 978-94-93165-59-5

Contenido

Contacto y derechos de autor	4
Palabras del editor	7
Lista de títulos	8
Comentario sobre los libros de Jozef Rulof	9
Lista de artículos	11
Jozef Rulof	15

1952

Noches informativas	21
Noche del jueves 19 de junio de 1952	23
Noche del jueves 4 de septiembre de 1952	64
Noche del jueves 11 de septiembre de 1952	104
Noche del jueves 18 de septiembre de 1952	148
Noche del jueves 25 de septiembre de 1952	191
Noche del jueves 2 de octubre de 1952	233
Noche del jueves 9 de octubre de 1952	276
Noche del jueves 16 de octubre de 1952	318
Noche del jueves 23 de octubre de 1952	363
Noche del jueves 30 de octubre de 1952	405

Palabras del editor

Estimado lector, estimada lectora:

Este libro pertenece a la serie de veintisiete libros que entre 1933 y 1952 llegaron a la tierra por medio de Jozef Rulof. Estos libros son editados por la Fundación Círculo Científico Espiritual “El Siglo de Cristo”, que Jozef Rulof fundó con este fin en 1946. Como dirección de esta fundación garantizamos el texto original de los libros que ponemos ahora a tu disposición. En ese texto, los añadidos realizados por el editor se ponen entre corchetes (redondos), para distinguirlos del texto original.

También hemos publicado un comentario sobre los libros, que contiene 140 artículos. Consideramos la edición de los veintisiete libros y este comentario como un conjunto inseparable. En el caso de algunos pasajes de los libros, remitimos a los artículos en cuestión del comentario. Así, por ejemplo, (véase el artículo ‘Explicación a nivel del alma’ en rulof.es) remite al artículo básico ‘Explicación a nivel del alma’, tal como se puede leer en la página web rulof.es.

Un saludo afectuoso,
La dirección de la Fundación El Siglo de Cristo
2023

Lista de títulos

Relación de los libros que llegaron a la tierra por medio de Jozef Rulof, en el orden en que se publicaron, ...

- Una mirada en el más allá (1933-1936)
- Aquellos que volvieron de la muerte (1937)
- El ciclo del alma (1938)
- Las enfermedades mentales contempladas desde el otro lado (1939-1945)
- El origen del universo (1939)
- Entre la vida y la muerte (1940)
- Los pueblos de la tierra contemplados por el otro lado (1941)
- Hacia la vida eterna a través de la Línea Grebbe (1942)
- Dones espirituales (1943)
- Las máscaras y los seres humanos (1948)
- Jeus de madre Crisje Parte 1 (1950)
- Jeus de madre Crisje Parte 2 (1951)
- Jeus de madre Crisje Parte 3 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 1 (1949-1951)
- Preguntas y respuestas Parte 2 (1951-1952)
- Preguntas y respuestas Parte 3 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 4 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 5 (1949-1952)
- Preguntas y respuestas Parte 6 (1951)
- Conferencias Parte 1 (1949-1950)
- Conferencias Parte 2 (1950-1951)
- Conferencias Parte 3 (1951-1952)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 1 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 2 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 3 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 4 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 5 (1944-1950)

Comentario sobre los libros de Jozef Rulof

El prólogo a este comentario es:

Estimado lector, estimada lectora:

En este ‘Comentario sobre los libros de Jozef Rulof’ describimos en cuanto editores el núcleo de su óptica. Contestamos de esta manera a dos tipos de preguntas que se nos hicieron en años pasados sobre el contenido de estos libros.

En primer lugar están las preguntas sobre temas específicos, como por ejemplo la incineración y la eutanasia. Muchas veces, la información sobre semejantes asuntos está dispersa en los 27 libros, con en total más de 11.000 páginas. Por eso hemos juntado temáticamente pasajes relevantes de todos los libros, y los hemos resumido en un artículo cada uno.

La información dispersa se debe a la construcción de conocimientos en la serie de libros. En el artículo ‘Explicación a nivel del alma’ distinguimos dos niveles en esta construcción de conocimientos: el pensamiento social por una parte, y las explicaciones a nivel del alma por otra. Para su primera explicación de muchos fenómenos, el autor se limitó a palabras y términos que pertenecían al pensamiento social de la primera mitad del siglo pasado. Por eso sintonizó con la visión de mundo de sus lectores de entonces.

Libro tras libro, el autor fue construyendo, paralelamente, el nivel del alma, con el alma como entidad central. Para explicar la vida a nivel del alma, introdujo palabras y conceptos nuevos. Con eso llegaron nuevas explicaciones que completaban la información sobre algunos temas de la ronda anterior.

La mayoría de las veces, sin embargo, las explicaciones a nivel del alma no completaba las primeras descripciones, sino que las reemplazaba. Así, por ejemplo, se puede hablar en terminología social sobre una “vida después de la muerte”, pero en el nivel del alma, la palabra “muerte” ha perdido todo significado. Según el autor, el alma no muere, sino que se desprende del cuerpo terrenal y entonces hace la transición a la siguiente fase en su evolución eterna.

La falta de familiaridad con la diferencia entre estos dos niveles de explicación conlleva un segundo tipo de preguntas sobre palabras y opiniones en los libros, sobre los que el pensamiento social actual ha cambiado en comparación con la primera mitad del siglo pasado. En este comentario, desarrollamos esos asuntos desde el nivel del alma. Así va quedando claro que palabras como por ejemplo “razas” o “psicopatía” ya no tienen relevancia en el nivel del alma. Estas palabras y las correspondientes opiniones se usaron

únicamente en esta serie de libros para acercarse al pensamiento social en el período en que surgieron estos libros, entre 1933 y 1952. Los pasajes con estas palabras pertenecen al espíritu de tiempo contemporáneo de los lectores y de ninguna manera representan la verdadera visión del escritor ni del editor.

No siempre queda claro a la hora de una lectura actual de los libros, porque el autor no suele mencionar de manera explícita en qué nivel de explicación se ha tratado el tema en un pasaje determinado. Por eso, como editores, en ciertos pasajes añadimos una referencia a un artículo relevante de este comentario. Ese artículo aclara entonces el asunto tratado en ese pasaje desde el nivel del alma, para iluminar la verdadera visión del autor acerca de ese tema. Por razones culturales históricas y espirituales científicas, en los 27 libros no hacemos cambios en las formulaciones originales del autor. Con motivo de la legibilidad, solo hemos adaptado la antigua ortografía del neerlandés. En la versión online de los libros en nuestra web rulof.nl, se pueden visualizar los cambios lingüísticos por oración.

Consideramos la edición de los 27 libros y este comentario como un conjunto inseparable. Por eso a partir de ahora remitimos en la tapa de cada libro y en las ‘Palabras del editor’ al comentario. Puede leer los 140 artículos de este comentario en nuestra web como páginas web por separado.

También los pasajes relevantes de todos los libros de Jozef Rulof en que hemos basado los artículos son una parte íntegra de este comentario. Estos pasajes se han reunido en forma de libro con los artículos en cuestión y están disponibles como las cuatro partes de ‘El libro de consulta sobre Jozef Rulof’, en la forma de libros de bolsillo y electrónicos. En nuestra web, en la parte de abajo de la mayoría de los artículos se ha incluido un enlace a otra página web con los textos fuente de ese artículo.

Con la edición de los 27 libros y este comentario aspiramos aportar algo a una comprensión fundada del verdadero mensaje del autor. Ya lo expresó Cristo al decir: “Ámense los unos a los otros”. Al nivel del alma, Jozef Rulof explica que se trata del amor universal que no se ocupa de la apariencia o de la personalidad de nuestro prójimo, sino que se centra en su núcleo más profundo, que Jozef llama “el alma” o “la vida”.

Un saludo afectuoso,

En nombre de la dirección de la Fundación El Siglo de Cristo,

Ludo Vrebos

11 de junio de 2020

Lista de artículos

El comentario consta de los siguientes 140 artículos:

Parte 1 Nuestro más allá

1. Nuestro más allá
2. Experiencia cercana a la muerte
3. Desdoblamiento corporal
4. Esferas en el más allá
5. Esferas de luz
6. Primera esfera de luz
7. Segunda esfera de luz
8. Tercera esfera de luz
9. Tierra Estival - cuarta esfera de luz
10. Quinta esfera de luz
11. Sexta esfera de luz
12. Séptima esfera de luz
13. Regiones mentales
14. Cielo
15. El otro lado
16. Esferas de los niños
17. La pradera
18. Morir como transición
19. Muerte
20. Espíritu y cuerpo espiritual
21. Incinerar o enterrar
22. Embalsamar
23. Donación de órganos y trasplantes
24. Aura
25. Cordón fluido
26. Eutanasia y suicidio
27. Muerte aparente
28. Espíritus en la tierra
29. Esferas tenebrosas
30. Tierra crepuscular
31. País de odio y pasión y violencia
32. Valle de dolor
33. Infierno

34. Dante y Doré
35. Ángeles
36. Lantos
37. Maestros
38. Alcar
39. Zelanus
40. Libros sobre el más allá

Parte 2 Nuestras reencarnaciones

41. Nuestras reencarnaciones
42. Recuerdos de vidas anteriores
43. Mundo de lo inconsciente
44. Predisposición y talento
45. Niños prodigio
46. Fobias y miedos
47. Sentimiento
48. Alma
49. Grados de los sentimientos
50. Material o espiritual
51. Subconsciente
52. Conciencia diurna
53. Del sentimiento al pensamiento
54. Plexo solar
55. Cerebro
56. Estrés e insomnio
57. Aprender a pensar
58. Pensamientos de otros
59. Qué sabemos con seguridad
60. Ciencia
61. Psicología
62. Científico espiritual
63. Verdad universal
64. Conexión de los sentimientos
65. Seres queridos de vidas anteriores
66. Parecido físico con nuestros padres
67. Carácter
68. Personalidad
69. Personalidades parciales
70. Voluntad
71. Autoconocimiento

72. Sócrates
73. Renacer para una tarea
74. Venry, sumo sacerdote renacido
75. Alonso pregunta por qué
76. Arrepentimiento y remordimiento
77. Enmendar
78. Renacido como Anthony van Dyck
79. Templo del alma
80. Libros sobre la reencarnación

Parte 3 Nuestra alma cósmica

81. Nuestra alma cósmica
82. Explicación a nivel del alma
83. No existen las razas
84. Grados de vida materiales
85. Ser humano o alma
86. Anti racismo y discriminación
87. Cosmología
88. Omnia Alma y Omnifuentes
89. Nuestras fuerzas básicas
90. División cósmica
91. Luna
92. Sol
93. Grados de vida cósmicos
94. Nuestras primeras vidas como células
95. Evolución en el agua
96. Evolución en la tierra
97. La equivocación de Darwin
98. Nuestra conciencia en Marte
99. Tierra
100. Bien y mal
101. Armonía
102. Karma
103. Causa y efecto
104. Libre albedrío
105. Justicia
106. Origen del mundo astral
107. Creador de luz
108. Cuarto grado de vida cósmico
109. Omnigrado

110. Animación de nuestro viaje cósmico

Parte 4 La Universidad de Cristo

111. La Universidad de Cristo

112. Moisés y los profetas

113. Autores de la Biblia

114. Dios

115. El primer sacerdote mago

116. El Antiguo Egipto

117. Pirámide de Giza

118. Jesucristo

119. Judas

120. Pilato

121. Caifás

122. Getsemaní y Gólgota

123. Apóstoles

124. Cuentos eclesiásticos

125. Evolución de la humanidad

126. Hitler

127. Pueblo judío

128. NSB y el nacionalsocialismo

129. Genocidio

130. Grados de amor

131. Almas gemelas

132. Maternidad y paternidad

133. Homosexualidad

134. Psicopatía

135. Demencia

136. La mediumnidad de Jozef Rulof

137. El Siglo de Cristo

138. Futuro luminoso

138. Instrumento de sanación definitivo

140. Aparato de voz directa

Jozef Rulof

Jozef Rulof (1898-1952) recibió un conocimiento universal sobre el más allá, la reencarnación, nuestra alma cósmica y Cristo.

Conocimiento procedentes del más allá

Cuando Jozef Rulof nació en 1898 en la localidad rural de 's-Heerenberg, en Holanda, su líder espiritual Alcar ya tenía grandes planes para él. En 1641, Alcar había hecho la transición al más allá, después de su última vida en la tierra como Anthony van Dyck. Desde entonces había ido construyendo un vasto conocimiento sobre la vida del ser humano en la tierra y en el más allá. Para llevar ese conocimiento a la tierra, quería desarrollar a Jozef hasta convertirlo en un médium escritor.

Después de que en 1922 Jozef se estableciera en La Haya como taxista, Alcar lo desarrolló primero hasta ser un médium sanador y pintor, para ir construyendo el trance necesario para recibir libros. Jozef recibió cientos de pinturas, y con su venta pudo controlar él mismo la edición de los libros.

Cuando Alcar comenzó en 1933 con la transmisión de su primer libro, 'Una mirada en el más allá', dejó que Jozef eligiera la profundidad del trance mediúmnico. Podría meter a Jozef en un sueño muy profundo y adoptar su cuerpo para escribir libros al margen de la conciencia del médium. Entonces Alcar podría usar a partir de la primera oración su propia selección de vocabulario para explicar al lector de ese tiempo cómo había llegado a conocer la realidad a nivel del alma, todo centrado en la vida eterna del alma humana.

Otra posibilidad era aplicar un trance más ligero, en el que el médium podía percibir lo que se escribía durante el proceso de escritura. Eso le permitiría a Jozef ir creciendo espiritualmente a la par que el conocimiento transmitido. Pero eso implicaría que la construcción del conocimiento en la serie de libros se sintonizara con el desarrollo espiritual del médium. Y así Alcar no podría ofrecer las explicaciones a nivel del alma antes de que también el médium hubiera llegado a ese punto.

Jozef optó por el trance más ligero. Eso hizo que Alcar estuviera un poco limitado en cuanto a las palabras que pudiera usar en los primeros libros. Hizo que lo experimentara Jozef al escribir la palabra "Jozef" mientras este estaba en trance. En ese mismo instante Jozef despertó del trance, porque sentía que lo llamaban. Para evitarlo, Alcar escogió el nombre "André" para describir las experiencias de Jozef en los libros. Alcar también cambió o eludió otros nombres y circunstancias en 'Una mirada en el más allá', para

que Jozef pudiera permanecer en trance. En este primer libro, el lector sí descubre, por ejemplo, que André estaba casado, pero no que esto hubiera ocurrido en 1923, ni que su mujer se llamara Anna.

Primero Alcar hizo vivir en carne propia a su médium todo lo que se describía en los libros, para mantener la armonía con los sentimientos de Jozef. Para eso Alcar lo hizo desdoblarse de su cuerpo, para que Jozef pudiera percibir por su cuenta los mundos espirituales del más allá. Los libros describen sus viajes conjuntos a través de las esferas tenebrosas y de luz. Jozef vio que después de su transición en la tierra el ser humano termina en la esfera que se corresponda a sus sentimientos.

En estado desdoblado también fue testigo de muchas transiciones en la tierra. Describiéndolas, se deja constancia en los libros de qué ocurre exactamente con el alma humana a la hora de la incineración, el entierro, el embalsamamiento, al eutanasia, el suicidio y el trasplante de órgano.

Jozef llega a conocer sus vidas pasadas

Alcar escogió el nombre “André” porque Jozef había usado ese nombre durante alguna vida pasada en Francia. Entonces André había sido un erudito, y la dedicación para examinar todo escrupulosamente podía ayudar a profundizar paso a paso el nivel de explicación de los libros.

De esta manera, en 1938 Jozef pudo recibir el libro ‘El ciclo del alma’ del maestro Zelanus, un discípulo de Alcar. En él, Zelanus describió sus vidas pasadas. Mostró así cómo todas sus experiencias en sus vidas pasadas habían ido construyendo finalmente sus sentimientos, y cómo gracias a ellas pudo percibir cada vez más cosas.

En 1940, Jozef se había desarrollado suficientemente para vivir el libro ‘Entre la vida y la muerte’. Así llegó a conocer a Dectar: su propia vida anterior como sacerdote del templo en el Antiguo Egipto. En los templos, Dectar había elevado mucho sus fuerzas espirituales, por lo que pudo vivir experiencias intensas en estado desdoblado, sin descuidar paralelamente su vida terrenal. Ahora hacían falta esas fuerzas para alcanzar el grado supremo de la mediumnidad: la conciencia cósmica.

Nuestra alma cósmica

En 1944, Jozef Rulof se había desarrollado como “André-Dectar” a tal punto que pudo vivir, junto con Alcar y Zelanus, viajes espirituales a través del cosmos. El conocimiento más elevado del más allá se trajo a la tierra en la serie de libros ‘La cosmología de Jozef Rulof’ por medio de las descripciones de esos viajes.

Fue cuando los maestros Alcar y Zelanus pudieron por fin describir la realidad como habían llegado a conocerla ellos mismos en tanto que verdad. Solo entonces pudieron usar palabras y conceptos que describen la esencia de nuestra alma, descubriendo así la esencia del ser humano.

En la cosmología, los maestros aclaran a nivel del alma de dónde provenimos y cómo comenzó nuestra evolución cósmica al escindirse nuestra alma de la Omnia Alma. Fue cuando André-Dectar llegó a conocer sus vidas pasadas en otros planetas, y el gigantesco camino de desarrollo que ha recorrido su alma para evolucionar desde una célula etérea en el primer planeta en el espacio hasta la vida en la tierra.

Además, visitó con los maestros los grados de vida cósmicos más elevados que nos esperan después de nuestras vidas terrenales. La cosmología describe hacia dónde vamos, y de qué manera son necesarias en este sentido nuestras vidas en la tierra. Arroja una luz cósmica sobre el sentido de nuestra vida y la esencia del ser humano como alma.

La Universidad de Cristo

Los maestros podían viajar por todos los grados cósmicos y transmitir este conocimiento definitivo, porque a ellos les ayudaba su orden de docentes. A esta orden se le llama “La Universidad de Cristo”, por ser Él el mentor de esta universidad.

Durante su vida en la tierra, Cristo no pudo transmitir este conocimiento, porque entonces la humanidad no estaba todavía lista para ello. A Cristo ya lo asesinaron por lo poco que pudo decir. Pero sabía que su orden traería este conocimiento a la tierra desde el momento en que pudiera nacer un médium al que ya no se le ejecutaría por hacerlo.

Ese médium fue Jozef Rulof, y los libros que recibió anunciaron el comienzo de una nueva era: “El Siglo de Cristo”. Cristo mismo había tenido que limitarse a la esencia de su mensaje: el amor desinteresado. En el Siglo de Cristo, Sus discípulos podían explicar punto por punto, por medio de Jozef Rulof, cómo al dar amor universal nos elevamos a nosotros mismos en cuanto a nuestros sentimientos, alcanzando así esferas de luz más elevadas y grados de vida cósmicos.

Jozef fundó en 1946 la Fundación El Siglo de Cristo por encargo de sus maestros, para administrar los libros y las pinturas. En ese mismo año, viajó a Estados Unidos para dar a conocer allí los conocimientos que había recibido, en colaboración con sus hermanos emigrados. Al igual que en Holanda, ofreció conferencias en trance y demostraciones de pintura.

De vuelta en Holanda se encargó también durante años de noches informativas —además de ofrecer cientos de conferencias en trance—, para

contestar las preguntas de los lectores de los libros. En 1950, el maestro Zelanus pudo escribir, sin interrumpir el trance, la biografía de Jozef con el título de 'Jeus de madre Crisje', bajo el nombre de "Jozef" y el nombre de su juventud, "Jeus".

Los maestros sabían que la humanidad no aceptaría todavía la Universidad de Cristo, a pesar de todos los conocimientos transmitidos y los esfuerzos de Jozef. La ciencia solo aceptará una prueba de la vida después de la muerte si esta se establece sin un médium humano, para que se pueda excluir la influencia de la personalidad del médium.

Esta prueba se ofrecerá por medio de lo que los maestros llaman el "aparato de voz directa". Predicen que este instrumento técnico traerá una comunicación directa entre el ser humano en la tierra y los maestros de la luz. En ese momento, Jozef y los demás maestros podrán hablar al mundo desde el más allá, y podrán dar a la humanidad la felicidad de la certeza de que en cuanto almas cósmicas vivimos eternamente.

Jozef hizo la transición al más allá en 1952. El maestro Zelanus ya había mencionado al final de su libro 'Dones espirituales' que Jozef y los maestros ya no se dirigirían a los médiums humanos después de la transición de Jozef, porque el conocimiento definitivo desde el más allá ya se puede encontrar en los libros que se le concedió recibir a Jozef durante su vida terrenal.

1952

Noches informativas

celebradas en el edificio

Ken U Zelven (Conócete a ti mismo)

De Ruijterstraat 41 en La Haya

del 19 de junio de 1952 al 30 de octubre de 1952

por Jozef Rulof

Noche del jueves 19 de junio de 1952

—Buenas noches, señoras y señores.

(Gente en la sala):

—Buenas noches.

—Aquí tengo la primera pregunta: “En el libro sobre las enfermedades mentales se ofrece una explicación de la homosexualidad. ¿Pasaron todos los espíritus por este estadio?”.

¿De quién es eso? (Nadie dice nada).

¿De nadie en absoluto?

¿Suyo, señora?

Señora, todos nosotros... La homosexualidad no existe, y sin embargo se da, al menos, según como quiere decirlo el mundo. Pero es como ley cósmica que el espíritu parte del organismo masculino hacia lo maternal. Y porque... En ese primer grado, de nuevo, los sentimientos ni se sienten maternos ni paternos. ¿Es capaz de entenderlo? Así vamos siete veces al organismo masculino y entonces llegamos aquí y volvemos a estar, automáticamente, en el materno, y entonces somos... Entonces tenemos el organismo, que además alberga cantidad de divisiones y trastornos, y géneros dobles, y aparece la división de la paternidad y maternidad. ¿Nunca ha oído hablar de eso? Hay mucha gente que tiene eso.

Pero, por tanto, la homosexualidad no es otra cosa que el espíritu, el alma, que se va como ser humano al otro cuerpo, porque vivimos en ambos organismos. Pueden leerlo en los libros.

“El espíritu Lantos siempre era hombre y Marianne, siempre mujer, ¿no?”.

No, se encontraron en esa vida, tal como nosotros nos volveremos a encontrar... Uno es hombre, la otra es mujer, pero somos ambas cosas; estamos en ambos organismos. ¿Está claro?

Y aunque el mundo no quiera aceptarlo todavía, todo eso ya vendrá más adelante. Y eso es irremediablemente una ley divina. Eso puede verse y vivirse en todos los organismos. Eso no es solo con el ser humano, sino también en el reino animal. Esa reencarnación continúa siempre.

—La demencia es muchas veces consecuencia de un error orgánico, ¿no?

—Señora... Sí, es posible. Pero entonces no es demencia, sino un trastorno material. La demencia en sí, la verdadera, sin embargo, es estar poseído. Entiende, ¿verdad? Una persona demente... Y eso lo puede leer en ‘Las enfermedades mentales’: tenemos la demencia consciente y la enfermiza. Usted se refiere, naturalmente, a la enfermiza, al ser humano que está loco, demente. Eso también puede ocurrir, sin embargo, por un tumor en el cerebro, o aquí

y allá en el cuerpo, en el organismo, otro trastorno material. La espiritual es directamente la posesión —entiende, ¿verdad?—, es cuando hay una persona metida en ella. Y entonces no es tan sencillo volver a sacarla de allí. Pero siempre somos susceptibles de ella. El ser humano está abierto a ella.

Debería volver a leer ese libro otra vez con atención. Pero añadido: sobre eso podríamos escribir fácilmente otros diez libros, y ni así lo habríamos resuelto. Porque cada ser humano, cada persona demente, la psicopatía, con todo lo que implica, es un libro en sí. Ahora les ofrezco: cada ser humano es diferente según todos sus rasgos de carácter. La demencia y la posesión es lo mismo. Si se adentro en eso, ya entenderá: a uno le gusta esto, al otro ser humano le gusta aquello, ese tiene esos deseos, y según esos deseos se ve la posesión, la actuación, el acto, el estado, y ahora, claro, es natural, cada ser humano es diferente, y así llegamos a ver complejos y problemas diferentes en esas personas. Y son tremendamente profundos. El psicólogo, el psiquiatra todavía se hace un lío con todo esto. Carece de suelo firme, de fundamentos.

Y también pregunta usted: “¿Y qué pasa con las personas que nacen como atrasados...?”, ya estamos, “¿... cómo subnormales? No pueden rendir cuentas sobre su comportamiento, ¿no?”.

Señora, son personas —es una fuerza de los sentimientos y una sintonización— que aún no tienen la conciencia diurna y que han conocido millones de vidas en las que quizá fueron normales. Pero esas personas han transgredido las leyes divinas. Y esas palabras las volverá a ver con frecuencia en todos esos veinte libros, en los diecinueve que ya hay, allí las verá.

Pero ¿cuándo, pues, trasgrede el ser humano una ley divina? Cuando uno hace añicos y destruye todo lo que hay en la vida... Y entonces la pasión y la violencia no son más que una nimiedad. Pero es algo que ocurre sobre todo espiritualmente. Sí, uno hace todo espiritualmente, interiormente, claro, eso es cierto, pero esos núcleos... Una ley, falsedad, bueno, bien, entonces el ser humano está mintiendo un poco. Pero destruir la vida directamente en el espíritu, asesinar a un niño, asesinar a un ser humano, entonces vamos transgrediendo poco a poco este universo, y al final, finalmente, no tenemos ni vida ni muerte; ya no tendremos una existencia, porque nos habremos...

(Señor en la sala):

—... descarrilado...

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—... descarrilado...

—... descarrilado de la vereda divina, espacial, armoniosa, y a patadas. Nos habremos descarrilado por nuestros propios golpes. Y el ser humano llega a hacer el mal en millones de vidas. Así que ahora llega usted al tiempo en que tiene sentimientos anormales; un espíritu anormal, que es normal de cara a

Dios, pero esas leyes las hemos transgredido. Y entonces al nacer presiona... En la madre comienza el estrés, en ese estadio embrionario, entre el tercer y cuarto mes, presiona, esa tensión se libera, y entonces el espíritu se retuerce hasta despertarse. Así es como la materia... la materia llega a estar en un estado retorcido; es cuando vemos a un atrasado, a un psicópata. Y eso es pura y totalmente una posesión humana, es algo que él mismo ha hecho.

Pueden sentirse satisfechos, todos lo hemos sido. Todos hemos llegado desde ese grado de sentimiento y quizá hayamos malgastado, deformado hasta unas decenas de miles vidas, veinte mil vidas. Resulta que antes, claro... ¿qué sabía el psicólogo de hace cinco mil años sobre un psicópata? Si vuelven a leer 'Los pueblos de la tierra', hubo un tiempo en que la humanidad entera, el ser humano que vivía en la tierra, estaba poseído. Pero ahora tenemos otra vez la posesión natural y la enfermiza; miren, la enfermiza, eso es lo anormal. A medida que el ser humano se va elevando y que ha construido una sociedad, lo vemos caer.

Uno al que sus estudios lo ahogaban. Un ser humano que aprende idiomas; un psicópata, ahora está en Rosenburg (un centro psiquiátrico de La Haya). Tengo una madre... Hace poco ya se lo conté. Una madre que viene a verme: "¿Puede hacer algo por mi hijo?"

Digo: "No, señora".

Dieciséis idiomas, quince, pero el décimo sexto le partió el cuello interior. Quería añadir uno más. Y ahora está con sus dieciséis idiomas en Rosenburg. Por cierto, allí sigue. Un hombre joven, un cerebro; un genio, decían. Todas las asignaturas aprobadas cum laude, pero ahora: Rosenburg. Mire, sus sentimientos no podían hacer frente a esos estudios. Y eso que no son más que estudios.

Ahora vamos a comenzar con la vida. Nos desfogamos, destruimos, somos caprichosos, estamos desorientados, y entonces aparece poco a poco la desintegración. Y ahora con cien mil vidas como hombre y mujer. ¿Hemos sido unos tremendos energúmenos? Ya entenderán: cuando uno contempla esos centros psiquiátricos —y la mitad de la humanidad sigue siendo psicopática— aunque el ser humano se equivoque... con que solo lo sepa... Pero ahora tenemos... Lo que leemos en esos tiempos de Adolf Hitler, es cuando el maestro Alcar dice: "Mira, este es un demente consciente".

Un ser humano que golpea y pateo, que piensa de forma equivocada, todavía es inconsciente, y conscientemente anormal de cara a la creación, a Dios, a las leyes. ¿Cierto o no? Deberían mirar cuántos dementes conscientes siguen por ahí. Uno habla con ellos. Pero al escuchar el galimatías y la pobreza, a esa gente se le llama todavía anormales conscientes, anormales conscientes. En esta sociedad son conscientes, pero para el otro lado, para su vida interior, para Dios, para el cosmos, son inconscientes.

El ser humano ni siquiera sabe que existe la reencarnación, que el alma vive en ambos cuerpos. Todas esas leyes que vivimos ahora son nuevas, es la “Universidad y el Siglo de Cristo”, que significa: ahora el ser humano está adquiriendo conciencia. Y ahora podemos acoger para ustedes el cosmos entero. Si hace miles de preguntas, señora, podremos contestarlas. Hemos hecho los viajes.

Pero cuando ahora ve..., cuando contempla el mundo, cada país, cada pueblo, a la izquierda y derecha alrededor de nosotros, allí hay dementes. Y si entre estos ve alguna vez a una persona normal, será que está en la cola para un neurólogo. Las personas que son decididamente, irrevocablemente normales, a las que llamamos así, siguen haciendo trizas todo por su espíritu, por su carácter. Se muerden, no se fían de nadie, dan hachazos y golpes. Eso es incluso peor. Y aunque el ser humano esté ampliándose espiritualmente, despertándose a sí mismo, una y otra vez vuelve a golpear: zas, zas, zas. ¿Y qué más da? Se van detrás del ataúd, continúan, o regresan a la tierra. Si somos hombres y aún tenemos que llegar a ser madres, y tenemos ese grado, ese grado de maternidad que tiene la tierra... Porque la tierra ha creado cuerpos, y de ellos uno es el más elevado, no es la raza blanca, sino el séptimo grado. Allí vive para el hombre y para la mujer, la madre y el padre... Cuando hayamos vivido esos grados de organismos —significa espacio en la naturaleza—, entonces la tierra como madre cósmica nos dejará libres; porque dirá: “Bueno, ya puedes continuar”.

Si los seres humanos no hubiéramos hecho cosas malas... Vamos a ver, eso a Dios no le dice nada, porque no existe un ser impropio, actuar de forma impropia. Así que al final esos psicópatas son normales, Dios no ha creado enfermedades, ni dementes, ni psicópatas, ni odio, ni violencia, ni injusticia, ni el diablo; eso es lo impropio, la desintegración en el ser humano. De modo que esas personas están todas conduciéndose al mundo espiritual, para hacer que despierten. Los pecados y la condena ni siquiera existen. Y aunque digan: “Tienes que enmendarlo”, desde luego; “Dios te castigará” —Dios no castiga a nadie—, el ser humano, sin embargo, se encontrará sin remedio, tarde o temprano, ante esa desintegración. Eso yo lo he visto. Por medio de eso se han escrito estos libros.

¿Tiene alguna pregunta más sobre esto?

Bueno, podemos seguir hablando de esto toda la noche, señora, porque contiene un montón de libros. Pero entonces tendré que volver a hacer preguntas y ustedes volverán a dejar de pensar.

¿Ninguna pregunta más?

Esto es universal. Cuando mañana comience el maestro Alcar, señora, con estas tres preguntas le saldrá un libro de quinientas páginas. Pero entonces tendremos que volver al origen de la tierra, al origen de la luna, a través del

cosmos, y llegaremos al final al ser humano que va a comenzar con consigo mismo. Pero el libro ya está allí.

¿Ha leído usted ‘Los pueblos de la tierra’?

Señora, léalo y estará ante esa línea. Y es allí donde consta. Ahora, pues, en estos tiempos, el ser humano está ampliándose espiritualmente. Hemos recibido a Cristo, estuvo en la tierra. Pero imagino que comprenderá usted cómo es el caos en la tierra para la humanidad y lo raquíutico que sigue siendo todavía el pensamiento del ser humano. No quiere aprender a pensar. Son diablitos, dicen. A veces a uno se le cae el alma a los pies cuando oye los dramas humanos. Entonces los viven a fondo, leen todos los libros y dicen: “Qué maravilla”, pero no les da la gana empezar con ello.

¿Cómo tengo que aprender a pensar? En primer lugar, construya, por fin, algo para sí misma. ¿Por qué el ser humano siempre está en condiciones de estar parlotando mal sobre los demás y la vida? ¿Qué es el parloteo? ¿Qué son los cotilleos? Hace poco estuvimos hablando de eso. No hay forma de meter lo bueno. Y aunque lo metiera a golpes, señora, ellos los echarán a golpes. Eso a la gente le parece bien por un rato, pero lo equivocado siempre triunfa. ¿No es divertido? Así que estamos abiertos a la desintegración y la destrucción. ¿Qué dijo Cristo? “Vete, Satanás”. Y resulta que querían flagelar a un ser humano, que Él dice... que Él escribió en la arena: “Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra”, ¿verdad? Sí, alrededor de Él había ladrones y asesinos.

“Tenemos esto, tenemos lo otro”. Miren, es la psicopatía consciente. Si usted de verdad ve errores en los seres humanos, póngase a separarlos tranquila y serenamente entre todos, o para sí misma, hasta que eso los conduzca al despertar. Detrás del ataúd habrá que empezar con eso de todas formas. “Detrás del ataúd” significa: cuando abandone aquí ese cuerpo insignificante. Ese pequeño esqueleto de aquí, que tanto le encanta al ser humano, no significa nada, señora. ¿Sí? Claro, así se me van a echar los caballeros en dos segundos.

Las señoras, lo hemos... ¿Ha asistido usted en Diligencia a las grandes conferencias sobre la cosmología? El ser humano se cuelga todo en el pecho. Sí, sí, tendemos a exhibirnos con algo de perifollos, ¿cierto o no? Podemos hacer algo. Pero en lo que tiene valor, señora, señor, en eso no se piensa. Basta con mirar un poco, no es más que sensacionalismo; un poco más, qué más da, la vida tiene que tener sus destellos; estar un poco chalado, eso tampoco importa, lo único importante es que nos atengamos a lo natural. Pero el cosmos, el macrocosmos en el ser humano lo matan a palos. Y todo eso no es más que demencia y psicopatía. Es imposible meterle nada al ser humano. Aunque uno hable hasta ponerse de todos los colores y caerse muerto, no funciona, ellos mismos tienen que empezar.

Así que existen diez grados diferentes de demencia, posesión, cien mil para

la psicopatía, y después hay unos diez millones para la demencia consciente, porque quizá haya un solo ser humano entre millones que piense decidida y normalmente de forma espiritual cósmica. Y desde luego que es de lo más sencillo si en todo ponemos justicia, armonía, y ese amor, esa pizca de amor. Entonces tenemos la seguridad de Cristo. Es nuestro ejemplo, desde luego, aunque la iglesia católica y el protestantismo digan que somos diabólicos; pero hablamos del verdadero amor. Y son las leyes, es el más allá, es el otro lado, el mundo astral, es otro universo, señora, y sobre eso hemos escrito libros.

Si este verano tuvieran ganas de tomarse el tiempo —esta es la última noche—, podrán saciarse. Una delicia: al sol, bajo un árbol, y arrullando un poco, claro, ¿cierto o no?

¿No hay más preguntas, señoras y señores?

Este es el problema más hermoso y más poderoso, y el ser humano no lo sabe.

“¿Qué pasa con las personas que son atrasadas?”

Miren, ya entenderán que esa gente con la que se encuentran ahora ustedes en el mundo astral, real, armonioso, en esa primera esfera, allí ya no hay retrasados mentales, ese ser humano conoce la creación. Cuando llegan allí, cuando llega usted allí y en usted hay... vive amor y felicidad, debajo y dentro de su corazón, entonces la pueden acoger allí y al instante se le explicarán las leyes. Pero quien siga por aquí en la tierra y sea semiconsciente, psicopático, ya entenderán ustedes que esa gente necesitará como mínimo medio centenar o un centenar de vidas. Fíjense entonces —ya pueden darse la enhorabuena a ustedes mismos— en cuánto han avanzado si son capaces de pensar de forma normal, socialmente normal. Porque si uno comienza con las familias, con la vida en la tierra, en la sociedad, volvemos a tener psicopatía social. Ya entenderán hacia dónde apuntan esas preguntas. Y entonces es contaminación, es desintegración, una chapuza otra vez, y vuelve a ser otra cosa. ¿Cuándo está la madre en armonía con la naturaleza, con el espacio, para la sociedad, para el Gólgota, para Dios, su universo? ¿Cuándo el hombre? ¿Cuándo? Estamos en ello.

¿No hay más preguntas?

Lástima.

Aquí tengo: “¿Puede explicarme lo que significa blasfemar?”

Señoras y señores, si digo: “Me cago en Dios”...

(Risas).

... claro, entonces se asustan. ¡Me cago en Dios! Miren, eso es algo que no temo para nada, porque conozco a Dios. Y Él tampoco me condena a mí. Porque blasfemar es algo que no existe. ¿No le parece divertido, señor? No existe la blasfemia. Hasta me atrevo a decirlo en pleno centro de la ciudad,

pero entonces dicen: “Qué tipo tan rudo”. “¡Me cago en Dios!” , dicen entonces. Pues, sí, si lo hago un poco más, de todas formas saldrán corriendo.

(Risas).

Me cago en Dios.

(Risas).

Si nos oye ahora el señor cura, nos vamos de cabeza al infierno. Porque ustedes se vienen conmigo. Pero, me cago en Dios, eso no es cualquier cosa.

(Risas).

No, no se atreven a eso, ¿verdad?, no se atreven.

Me atrevo a rezar diciendo “me cago en Dios”. Ustedes no se atreven a eso. Y encima le miro directamente a los ojos a Nuestro Señor. Porque en el pasado lo he hecho. Y entonces Él me vino con que... dice: “Eso es imposible, ¿verdad?”. Digo: “No, todavía no lo he visto en ninguna parte”. Y entonces estaba yo ante un maestro. Después me fui elevando más y más, pienso: ‘Ahora me voy a elevar todavía más y lo diré en las proximidades, lo gritaré a pleno pulmón, cerca de Su entorno, de Su santidad’, y entonces grité: “¡Me cago en Dios!”.

(Señora en la sala):

—¡Ay, Dios!

—Señora, no se asuste todavía.

Había un judío de esos, no, no porque fuera judío, pero va y dice, dice: “Ciertamente, digo: ‘Es cierto, así como tengo a mi mujer e hijos, tengo tres, los entrego a todos’”. Y al instante se fue al suelo, muerto. Claro, mentía. Hubo un miedo en él que decía: “Ahora estoy acabado, porque miento”. Y el mundo dijo: “Dios lo ha castigado”. No, señora, se tomaba el pelo a sí mismo.

(Risas).

Porque mentía y engañaba, y aun así temía a Dios.

Miren, no hay desgracias ni miedo, lo que sí hay son fantasmas, pero a un fantasma no hace falta tenerle miedo. No hace falta que teman nada si conocen las leyes. Son todo leyes.

Mejor ya no diré más veces “me cago en Dios”.

(Risas).

Pero, miren, esto no es ridículo de ninguna manera, y los maestros no me ponen para nada mala cara por ello, porque Dios no condena. Y ustedes mismos son la deidad. ¿Cómo pensaban condenarse entonces? Bueno, si uno se pone como un energúmeno, claro, puede darse de cabezazos contra la pared... Pero cuando uno dice eso, eso de “me cago” y “en Dios”... Cagarse en algo, ¿en realidad qué es? Me cago en Dios. Bueno, sí que tenemos que analizarlo. Dios es el espacio. Dios es la vida. Las personas que han asistido a las conferencias en Diligentia, esas ochocientas conferencias y que han leído todos los libros, quizá ellas tampoco ya tengan miedo. Uno no lo dice

porque para la sociedad son unas palabras horribles. Porque Dios... uno está pidiendo a gritos que Dios lo condene; y no hay condena. Lo primero que le pregunté al maestro Alcar...

La semana pasada, cuando Bernard vino aquí por primera vez, dice: “Acabo de darme un trapiés de narices”.

Digo: “Me cago en Dios, ¿te lo sigues creyendo?”.

Y me dice: “¿Sigues blasfemando?”.

(Risas).

Digo: “Bernard, ¿es que eso es blasfemar?”.

Entonces tengo que llevármelo primero a través del cosmos. Y me encanta que esa pregunta esté aquí. Porque no hace falta empezar con esto y luego imitarme en la calle, oigan...

(Risas).

... de todas formas no serían felices.

Pero me-cago-en-Dios. Pues, sí, allí estamos otra vez con esas palabras. Dios es el universo, es estrellas y planetas, es el reino animal, es la madre naturaleza: eso es Dios. Pero ese “me cago en Dios”, eso, ¿lo ven...?

(Risas).

... sí, claro estarán temblando otra vez, es lo que ha creado la Biblia. Allí está la porra, ese látigo de la Biblia, que conduce al ser humano en línea recta a esa condena. Pero se oyen, esas palabras duras siempre se oyen, por todas partes, y entonces la gente dice: “Hay que ver cómo blasfema ese hombre. Ese ya esté condenado”.

¿Lo ven? Todo eso lo tiene que aprender el ser humano. En el futuro, en el mundo espiritual, aquí, en el otro lado, uno tampoco anda soltando todo el día “me cago en Dios”, y allí no piensa en esas cosas, porque es Dios. Porque allí tenemos pensamientos muy distintos. Empezamos a planear, empezamos a explicar las leyes, empezamos a vivir las leyes, pero Dios, que es infinito y que significa alma, espíritu y vida para todo lo que vive en el espacio, en todos esos universos, no condena. Porque nosotros, los seres humanos, y ese macrocosmos, esos planetas y estrellas, el mundo de los animales, la madre naturaleza y las flores y todo, todo no es posible que se condene; todo eso es Dios.

Pero con esto quieren decir, señor, un señor con una barba, un dios con una barba, sentado en su silla, y con el que Pedro mantiene consultas todos los días, que está allí sentado y que juzga y que golpea a la gente. Sí, ese Dios del Antiguo Testamento.

Nosotros decimos, y eso, pues, también lo dicen los maestros: ese canalla no significa nada. Es mucho peor. Yo desde luego que me atrevo a ponerle tieso a ese Dios del Antiguo testamento y decirle “maldito canalla”. Y es lo que es. Porque allí ese Dios condena, mientras destruye unas vidas como si

nada y se pone a bendecir a otras. Eso es imposible, gente. Ese Dios jamás ha existido. Los autores de la Biblia no han conocido, sin embargo, al Dios de todo lo que vive. ¿Qué es, pues, blasfemar? Señor, no lo hacemos, estar allí el día entero haciendo una rima con esas palabras y diciendo cosas duras; pero es imposible.

¿Han pensado ustedes también en eso?

(Señor en la sala):

—Sí.

—“Me cago en Dios” no existe.

(Señora en la sala):

—Eso viene en ‘Las máscaras y los seres humanos’.

—No, es imposible.

(Señora en la sala):

—El propio Frederik dice, —usted ya me entiende—: “Me gusta blasfemar, porque de todas formas no lo es”. ¿Se acuerda?

Porque de todas formas no hacen nada. Uno tranquilamente puede... Bueno, claro, eso no tiene gracia. Esa palabra la puedes vivir tranquilamente. Son palabras. El ser humano ha convertido todo, todas las leyes divinas, en palabras. Así es exactamente igual. Me cago en Dios. Bah, ¿y qué más da? Él no me hace nada, porque soy yo mismo. Nosotros somos los dioses que habitamos y representamos este universo. Dios nos dio Su organismo; no, es que lo somos. Y ahora nos ponemos a condenarnos a nosotros mismos.

¿Entienden? Si vuelves a decir otra vez “me cago en sos”, Bernard, entonces no importe nada, ¿vale? Pero tendremos cuidado y contaremos los días, porque vamos a darle un empujoncito a la deidad en nosotros, y tampoco es que haga falta eso.

Sobre esto creo que ya no tenemos más preguntas.

Pero, señoras y señores, ¿lo saben ahora, que no es blasfemar?

Sin embargo, será mejor que no se vayan a la ciudad, ni a misa, porque los echarán. Si seguimos ocupándonos de esto toda la noche, tampoco está bien, claro; como si no tuviéramos otros asuntos que tratar. Pero ya saben: no existe la blasfemia. Porque si de todas formas se ponen a hacerlo, solo estarán tomándose un poco el pelo a ustedes mismos. Nada más. Pero tampoco nada menos.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

—Dígame, señora.

(Señora en la sala):

—Pero ¿entonces para qué se han dado los mandamientos, cuando sí que tenemos que atenernos al de “No matarás”? También se puede leer que no tomarás el nombre de Dios en vano, ¿no? Eso también forma parte de los mandamientos, ¿no?

—Mire, en los diez mandamientos, señora, sigue habiendo errores. Y esos diez mandamientos los recibió Moisés, pero sus sentimientos aún están anclados en ellos. No tomarás Mi nombre en vano. Dios mío querido, querida gente, ¿qué quieren decir con eso? Cuando se ponen ustedes a pensar y a rezar... En la actualidad hemos llegado al punto en que sabemos: ni siquiera podemos rezar por cualquier cosa. Pueden rezar y pedir fuerza para la salud, pero cuando tenemos que largarnos, y para mil otras cosas por las que abandonará este cuerpo, este mundo —y entonces tendrán una nueva evolución—, también nos ponemos a rezar.

El Padre Nuestro contiene errores. “No nos dejes caer en la tentación”. ¿Qué inconsciente ha...? Si partimos de que Cristo es un consciente divino... Él es Dios mismo, como Hijo, como Padre, como Espíritu.

La Biblia, en cambio, dice, sí... Miren, allí está ese hombre con aquella barba, es el hombre de la barba, es Dios.

... Dios como espíritu y Dios como hijo...

Y ahora dejan hablar a Cristo como si Él hubiera nacido directamente, solo, de Dios. Y nosotros, no, nosotros andamos al margen. Jamás llegamos a ver a Dios. Quizá sí que lleguemos por aquí y por allá a un hermoso cielo. Sí, si ustedes dicen “me cago en Dios”, ya se quedan fuera, ya están condenados para la eternidad. Pero también para la iglesia católica y el protestante y la Biblia —y para semejantes proverbios— ya estamos condenados eternamente, y entonces llegamos aquí o allá y, sin embargo, no llegamos a ver jamás a Dios ni Cristo.

Si ustedes han hecho una sola vez algo malo, han asesinado a un ser humano o lo que sea, estarán condenados eternamente para la iglesia católica y para Cristo. Porque todavía..., sí... todavía recibirán el perdón... pero ¿cuándo saldremos de ese fuego que arde eternamente, que no hay, que no existe? Y así podemos seguir y seguir.

El teólogo, ¿cuándo llegará a tener un significado divino? Cuando conozca la vida, su espíritu y su alma, a Dios y a Cristo. Y de eso no saben todavía nada. Incluso los diez mandamientos siguen teniendo errores. ¿No es horrible?

(Señor en la sala):

—El Señor creó el cielo y la tierra en seis días.

—Bueno, eso ni siquiera tiene que ver. Para eso hay que retroceder incluso más. Entonces uno empieza con la Biblia y puede..., allí uno al comienzo todo lo puede... Es el comienzo de... si ese primer proverbio, esos veintiséis, veintiocho proverbios, entonces uno puede comenzar, mejor se dejan de lado y nos sale una historieta.

(Señor en la sala):

—Eso también lo dicen los diez mandamientos.

(La gente habla a la vez).

—Trata de esto: que lo autores de la Biblia comenzaron... entonces la creación ya tenía millones de años. Y Moisés recibió inspiración. No vivió un desdoblamiento corporal, porque entonces lo habría sabido. Pero no podía ser. Y ¿saben por qué no? A Moisés lo habrían... Tanto tiempo después asesinaron a Cristo, ¿qué no le habrían preparado a Moisés? Ya no podía entrar, señor. Y ahora estamos igual en el mundo. Si ahora se pone usted a hablar al ser humano y dice: “Señor, la condena no existe. Y mejor salga de la iglesia, porque de todas formas no significa nada. Aunque viva usted la iglesia y aunque rece, así, sin embargo, no llegará, porque conocerá usted las leyes”.

Señor, vamos a ver, póngase a reír junto a una tumba y diga —sí, cuando el ser humano se vacía allí llorando, la cosa se pone ridícula—: “A ver, ¿por qué tiene que matarse, destrozarse interiormente, destruirse, si están llevando a la tumba a quien ha sido de usted?”. Cuando la pena le provoca al ser humano la locura total, eso a usted le estimula por dentro, porque uno sabe. Y, claro, ahora dirá usted: “Señora, la muerte no existe. Ese hombre continuará. Y usted volverá a ver a esa madre. Sí, más, tarde, quizá en cien mil años”. Señor, entonces le declararán loco. Y luego esa sabiduría llegará a la iglesia católica. Entonces ya no hará falta. Esa teología allí en Utrecht y Leiden, donde estudian, eso tiene que evolucionar. Qué pobre es esa gente. Y entonces debería usted empezar alguna vez, señor. Cuando se hacen esas preguntas, podemos entrar en ellas. Pero lo mejor es que empiecen por la Biblia, por el comienzo, y entonces nos encontramos con una historia tan terrible que se tropieza aquí, y allí encalla, y entonces volvemos a lo de siempre; estamos ante un Dios de odio, de condena, del mal, destructivo. Ya no tenemos apuros. Estamos en apuros.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—Señor, Rulof, si en ese caso el ser humano sigue teniendo un Dios que hace detener al sol, una vida podría hacer destruir la otra.

—Sí, y encima es mucho peor, señor Brand.

(Señor en la sala):

—Josué había entablado un combate con los amoritas: ya estaba oscureciendo, el sol se estaba poniendo...

—Sí.

—... y entonces empezó a rezar a Dios para que el sol se detuviera...

—Sí.

—... y el sol se detuvo.

—Allí también pasaba eso.

—... la luna se puso...

—No, empezaron a pelearse.

—... queda destruida toda la vida.

—Sí.

Señor, aquí tenemos expertos en la Biblia, cuando comienza esa gente —y resulta que ellos han leído los libros, lo hacen llorando—, ahora que vuelven a leer la Biblia, por los libros, entonces dicen: “Dios mío, Dios mío, Dios mío, Dios mío. Ojalá el mundo pudiera comprender esto y aceptarlo, así uno comienza a conocer la Biblia. Nosotros la conocemos”.

(Señor en la sala):

—Pero ... (inaudible) se ha destruido, saquearon ciudades y se llevaron la piedra en señal de triunfo, y sobre la gente, o sea, mujeres y niños, porque el ejército ya había sido derrotado, dejaron caer una espada afilada, por lo que al final no quedó ni una sola alma...

—¿Lo ven? Encima al alma también la han asesinado. Sí, esa Biblia, esa Biblia. Y ya tenemos otra vez cuatrocientas mil nuevas. La reina ha vuelto a recibir una nueva edición, un nuevo tomo en el que han trabajado veintiséis catedráticos. Ay, ay, ay, ¿y qué? Y otra vez condena. Ya tienen otra nueva. Han vuelto a estar trabajando veinticinco años en la Biblia: otra vez condena, otra vez el mismo cuento de siempre. Al paraíso creo que le ha salido un agujero. Primero estaba acotado y con un papel lo han... lo han hecho así... todos a la vez se han dado un tortazo contra la esquina, por allá. Por aquí y por allá lo atraviesan con la mirada. No, allí sigue la condena.

Señor, ¿a dónde tenemos que ir, por el amor de Dios? Uno se hunde en todo ese veneno. Son como serpientes de cascabel debajo de la hierba, de allí vienen, se deslizan un poco con suavidad y te dejan con una mordedura divina de esas en el cuello, te la juegan.

(Señora en la sala):

—Pero ¿es que entonces se elaboró la Biblia para atemorizar a la gente, o que se escribió para acercar la gente a la luz?

—La Biblia se escribió para conducir al ser humano hasta Dios. Pero cuando empezaron los autores de la Biblia la estuvieron puliendo, uno tras otro. Y después de esos tiempos, otros. Y la creación en sí no se ha aclarado. Y eso es una pena. Pero tampoco pudo ser antes, porque a esa gente también la habrían vuelto a asesinar. No sabían nada de la creación. No había contacto. Tenemos profetas allá en la Biblia, son asesinos conscientes. Los cuidan, tienen la palabra divina, pero lo único que saben hacer allí es hacer matanzas. ¿Lo aceptan ustedes? Bueno, pues eso ya no lo acepta nadie en estos tiempos, ¿no?

Si uno de todas formas conoce a Cristo, Cristo... Ahora lo que han hecho es... Que hayan puesto palabras en boca de esa gente es algo que puedo entender, sobre un profeta de esos pirados, que andaba por ahí y lo insultas lla-

mándole “pelón”, y él que hace aparecer veinte osos —era Dios otra vez— y manda destruir a los niños; eso es algo que no respetamos, ¿no?

Pero más tarde, cuando vino Cristo, volvieron a ponerle en boca del Cristo divino cosas materiales; en Getsemaní, en el Gólgota, por aquí y allá; de lo que Él dice no queda nada, nada de su palabra divina. Eso es algo explicado por el ser humano, y otra vez a esa maldita condena, esa injusticia. Una y otra vez están los castigos. “Claro, al ser humano se le ha atemorizado”, dicen los maestros, “no podíamos empezar con nada”.

“No hagan el mal, de ninguna manera”. En esos tiempos se habló de la condena. “Te destruyes a ti mismo, destruyes tu vida”. Pero han metido infiernos en llamas, en eso lo han convertido. Y ahora la Biblia ya la han cambiado cinco mil veces, pero todavía no... y sigue viviendo en el grado animal, porque ese Dios ama una vida y a la otra la aniquila.

(Señora en la sala):

—Dios ama a todas las personas.

—Sí, sí, eso dicen, pero a unos Él les da un regalito y a otros no les da nada: eso es la Biblia. Hay centenares de miles de errores en la Biblia, falsedades respecto a la verdadera Biblia, que es cósmicamente cierta. Son las leyes de la naturaleza, es la vida de Dios tal como Él se creó a sí mismo: somos nosotros, es el reino animal, es la madre naturaleza. Nosotros, Dios se materializó a sí mismo. Pero siguen viendo a un ser humano fuera del cosmos y de toda la vida, allí siguen viendo una divinidad. Todavía no conocen a Dios.

¿Lo aceptan ustedes? ¿Ya lo aceptan? ¿Sí?

Ahora va a tener usted un salto metafísico, señora. Claro, ya puede decir usted: “¿Y usted sí que lo sabe?”. Si yo le digo ahora: se me ha concedido hacer cincuenta mil viajes detrás del ataúd, ya de niños comenzamos con eso. Me liberaron, fui a mirar, y cuando cumplí treinta años, llegaron los maestros y empezaron de verdad. Y lo primero que pregunté, fuera de mi cuerpo —yo dormía allí, me veía a mí mismo echado, y salía—: “¿Hay fuego en el infierno?”.

“No”.

“¿Hay condena?”.

“No”.

Y entonces opté por seguir y recibí mis preguntas, que se convirtieron en ‘Una mirada en el más allá’. ¿Lo ha leído? Mire. Cuando lo lea, señora, realmente entrará usted en colisión con la Biblia. Y entonces ya no habrá un comienzo de la Biblia, porque ese comienzo lo puede tirar por la borda, porque las creaciones ya tenían millones de años de antigüedad.

Los eruditos, los catedráticos... El profesor doctor tal y cual, un teólogo, hace poco en la radio —sí, lamentablemente, algo cae en este siglo, y es—: “El relato de la Biblia, tal como está en la Biblia, es falso”. En la radio. Así que

esto avanza. Tienen que aceptar ya que el ser humano no nació tal como se ha dicho en la Biblia. ¿No les parece terrible? Millones de personas, la verdadera conciencia paterna de nuestra sociedad y del mundo está relacionada con el comienzo de la Biblia. Y ahora allí no hay justicia divina, en eso, porque allí dan golpes y patadas.

Y ahora, en este siglo, los catedráticos, los expertos en la Biblia, los teólogos, tienen que empezar a decir en la radio —eso pasó hace dos semanas, hace tres, en la emisora protestante VPRO, lamentablemente con precaución: “El comienzo de la Biblia se contradice con la realidad. Pero”, dijo de pronto y a continuación, “para nosotros sigue habiendo siempre”, y eso es Dios, “un lugar en todos Sus mundos, para cada ser humano”. Y entonces decidí seguir comentándolo rápidamente, porque de lo contrario habría dejado hecha añicos la VPRO entera. Porque la gente en Holanda se quedó escuchando pasmada.

(Señora en la sala):

—Reaccionó a lo de: “La historia de Adán y Eva ya no es sostenible históricamente”.

“Ya no es históricamente sostenible”, dijo. “Ya no es históricamente sostenible, ya no es posible”.

¿Entienden? Pero si nosotros nos ponemos a decir: “La Biblia comienza con majaderías, pero así, así, así, así y asá...”: recibieron mis ‘Los pueblos de la tierra’. Señor, el ser humano nació en las aguas. Hace unos instantes vino a verme una señora aquí, De Uitkijk (El Vigía, una revista religiosa), ¿no? ¿Quién fue? Allí ya lo dice: el ser humano nació en las aguas, salió de ellas lentamente, a rastras. Pero es Jozef Rulof quien lo dice.

La luna ya la conocerán más adelante, señora. Debería leer mi ‘El origen del universo’. Se ha agotado, pero la biblioteca aún lo tiene. El ser humano nació en las aguas. Y estamos ante: desde el plasma divino, el protoplasma, comienza la creación, y Dios se espiritualiza —a eso lo llaman Dios, pero es la Omnimadre y el Omnipadre, la Omnifuentes, la Omnialma, la Omnivida— empezó a espiritualizarse y a materializarse. Y entonces, bueno, pues lo que hicieron fue... Sí, en el séptimo grado cósmico, era Cristo y los Suyos: “¿Cómo tenemos que llamarlo a todo esto?”. Y entonces la tierra recibió un nombre, que era “Dios”. Nosotros lo llamamos... los maestros lo llaman en la cosmología: Wayti.

¿Qué es Wayti? Es alma, es espíritu, es vida, es luz, es paternidad, es maternidad, y eso también es la palabra “Dios”. Pero esto es un solo Dios, aquí, toda esa gente, quizá esta noche estemos como mínimo trescientas personas, pero aquí tenemos un solo Dios, una sola paternidad y una sola maternidad. Llegamos a la unión universal para el macrocosmos y el espacio, para la vida detrás del ataúd. Cuando se entra allí a una esfera, se ven millones de padres y

madres. Los llaman ángeles, son ángeles. Deberían ver ustedes esas bellezas, esos hombres, esos poderosos hombres de veinticinco años, que tienen una conciencia, de una profundidad imponente para este espacio, y que pueden explicar cualquier chispa vital de Dios; y esa madre allí como la maternidad de semejante mundo; eso lo seremos luego junto con millones de madres y hombres. Y entonces volveremos a representar... representaremos la Omnimadre, la Omnialma y la Omnivida como personas. Esa es la intención.

Ahora debería usted ponerse con la Biblia. ¿Qué queda de eso ahora? Sí, esos cuentos. ¿Entiende?

Cuando se escriba la nueva biblia, señora, tendremos la nueva biblia, en mi casa están listos los cinco primeros libros para la nueva biblia. No se lo creen. El mundo todavía no se lo cree. Pero allí comienza, en la Omnifuerza, cuando aún no había nada, allí comienza. Podemos escribir cinco mil. Y entonces solo nos podremos a seguir al ser humano.

Y ahora aparece la Casa de Israel, ha surgido una casa, y el ser humano vuelve a tener una casa. Y era Jacob, Abraham y Eva e Isaac y Moisés. Y todo ese espacio, todo entero, todo eso es una sola familia. Noé también es parte de ella, con su coñac y sus animales. Es una sola familia, es un solo mundo, es un comienzo. Y entonces la humanidad empezó a tener un pensamiento, una fe. Porque no había manera de convencer al ser humano metafísicamente, directamente de cara a Dios, detrás del ataúd. Así que la gente empezó a tener fe. Los maestros empezaron a trabajar. El ser humano que llegó detrás del ataúd en el mundo astral regresó y vio que vivía. Entonces empezó a pensar. Esa es la realidad. Y entonces nació Moisés.

¡Y lo que han hecho durante todos estos siglos! No queda mucho de esa divinidad. Y ya lo verán, algún día sí que se me dará la razón. Porque empiezan una y otra vez con un nuevo fundamento insignificante, y eso desde luego que es lo que en este siglo había que decir en la radio... Hace quince años... a ver quién se hubiera atrevido a hacer eso hace quince años, señora. Hace quince años. Pero ahora salen en la radio, el dios, el catedrático: “Lamentablemente, ya no es sostenible”. Eso vino de la VPRO. Pero de mi libro no habla el señor Spelberg (E.D. Spelberg, pastor neerlandés y pionero de la radio), sabe: maldita sea, ese tipo tiene razón. Pero, ay, entonces le abandonaría su gente. Señora, se trata del pan. Por el pan, por un puesto de trabajo detienen la evolución de la humanidad. Si algún día me dan allí media horita, podrían quedarse con su pan. Yo me alimento con hierba, con la corteza de los árboles y con ancas de rana, ay, no, eso tampoco está bien...

(Risas).

... con manzanas y peras. Pero ese pan, que se quede el señor Spelberg con ese honor, con que a mí me dé media horita por mí que haga lo que quiera, señora, pero no nos la darán. Pero aun así ya lo saben, que la Biblia empieza

con una falsedad. Y entonces te entran ganas de... Ojalá la tuviéramos.

¿Deseaba algo más?

¿Va a leerlo ahora?

(Señor en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Señor, no se lo estoy diciendo a usted, estoy disfrutando de mi charla con esa señora, cierre el...

Señora, somos nosotros quienes estamos hablando.

(Dirigiéndose al señor):

Eso también lo tiene que aprender, ¿lo sabía? Rebelde.

(Risas).

Señora, ¿tiene alguna cosa más? ¿Va a empezar usted ahora con ‘Una mirada en el más allá’?

(Señora en la sala):

—Señor Rulof, ¿cree usted todas estas historias sobre el gran poder de sanación de Jesucristo?

—Desde luego. Bien, ahora toca usted otro asunto muy diferente. Desde luego. No, no todo está equivocado. Es que se trata de: ¿qué es cierto de la creación? ¿Puede haberlo dicho Dios? ¿Es Dios? ¿O es la gente? No tiene que analizar usted a Cristo. Cristo era divino. Pero le han puesto palabras en la boca, por ejemplo en Getsemaní, lo peor que hay. Nunca dejamos de estar ante ese hecho.

Cristo está solo en Getsemaní, los apóstoles están durmiendo, ¿verdad?, los caballeros estaban cansados. Sucedería. Y todos se quedaron dormidos que daba gusto. Menudos ayudantes que tenía Cristo a Su vera. Cristo yace por algún sitio allí en Getsemaní, muy lejos. ¿Quién lo oyó a Él allí? No se veía a nadie por los alrededores. Y ahora dicen que Cristo estuvo rogando y suplicando: “Dios mío, Dios mío, aparta de mí este cáliz”. ¿Se lo creen?

En Buchenwald y aquí en la sociedad se ha asesinado y quemado a la gente con colillas? Estos cinco años la gente ha sufrido allí aún más, físicamente, que Cristo. Entraban y no decían nada. Y si hubieran contado lo que pasaba, para qué habían luchado, no habrían sufrido esas torturas; pero el ser humano no dijo nada.

Y ese Cristo en Getsemaní está allí y dice: “Ay, Dios, quieren matarme”. Porque algo así tiene que haber dicho. “Ahora quieren matarme, Nuestro Señor”. Y Él mismo era Nuestro Señor. Pero, Dios mío, ¿quién estaba...? ¿Y encima Dios también lo había abandonado, en el Gólgota? “Dios mío, Dios mío, ¿me has abandonado?”.

¿Quieren verlo esta noche? Pégenlo aquí en la pared, clávenme a mí encima, y me reír en plena cara de ustedes. No, pero lo haría. Lo haría. A la

gente le han desgarrado los dedos de los pies, le han arrancado las uñas de los pies, y sucedió y no dijeron nada. ¿Y entonces Cristo tiene que ser tan débil? Señora, ¿qué queda entonces del Mesías divino? Aquí y allá, y allá y allá, de inmediato pueden: “Paren, mejor lean. Paren, mejor quédense mirando fijamente. Así es”. Mejor sigan. Y Él dijo... “Zas, silencio: aquí ya vuelve a contradecir a la realidad”. Y así podríamos seguir un rato más.

¿Quién ha escrito la Biblia? Seres humanos. Seres humanos que eran inconscientes. Los autores de la Biblia habían llegado a ese punto. Juan y Pedro: eran inconscientes. Pedro anda al lado del Dios divinamente consciente y encima lo traiciona, encima reniega de Él.

Y ¿qué pintaban aquellos autores de la Biblia que ni siquiera lo vieron ni lo conocieron?

La luna: haremos una luz para la noche y una para el día. No sabían todavía que la tierra giraba. Cuando Galileo llegó a Roma y le dijo al papa: “La tierra gira alrededor del sol”, lo encerraron. A esos autores de la Biblia los tendrían que haber encarcelado, así nos habríamos ahorrado esta desgracia. Pero, señora, todavía no era posible, porque la humanidad seguía siendo inconsciente. Ahora, en 1952, ahora todavía se siguen riendo de nosotros. Y luego, señor, señora, y tienen que aceptarlo, porque empiezan con ello, ya lleva habiendo hace tiempo catedráticos... los biólogos, ya luchan en Leiden.

Hubo un chico, se hace biólogo, y con el estudiante (de teología) ha... Pero el biólogo ha leído mis libros y dice: “Chico, te encarcelo”. La Biblia comienza con majaderías. Vaya, vaya, vaya, estudias para nada, luego te mandarán contar esas tonterías por ahí”.

Ese chico lo dejó, dice: “Tienes razón”.

Y que se va a ver al catedrático. Sí, sí, se trata de un asunto de honor. Cuando uno empieza a decir allí en Leiden, cuando empieza a preguntar a un catedrático: “Profesor, ahora la verdad, o si no me hago médico, me hago doctor. Pero ¿me va a mandar luego con falsedades al mundo? ¿Está justificada la Biblia? ¿Es esa la palabra divina cuando empieza la Biblia?”.

Y entonces tiene que decir él: “No”. Porque sí que lo saben.

Pero, ¿por qué se le mantiene estúpido al ser humano, señora? De golpe no se le puede acoger a esa humanidad. Solo poco a poco, pasito a pasito. En cien años habrá otra vez uno de esos en la VPRO que dirá: “Tenía razón él, entonces”. Pero, oigan, mientras tanto no pasará nada. Esto seguirá. El animal... Por la mañana suena el teléfono: ring, allí llegan. Mírala. Y a confesar y a confesar.

¿Alguna cosa más, señora?

(Risas).

Ah. Y a confesar y a confesar.

Sí, me gustaría ponerme como un energúmeno, pero mucho; esta noche,

sin embargo, los envió a sus casa hechos un manajo de nervios, esta noche es la última vez. Y miren por dónde, que no lo voy a hacer, oh, a esos me encantaría... En la nueva temporada entonces sí que voy a desatarme, qué gusto, señora, con esa Biblia. Entonces mejor tráiganla, así ya haremos... Aquí tenemos expertos en la Biblia, son catedráticos. Debería usted ir a hablar con esa gente. ¿Le gustaría tener una buena conversación con personas que conocen bien la Biblia? ¿Sin lugar a dudas? Aquí tengo a uno que se llama Arie. ¿Dónde está Arie? ¿Está aquí? ¿Está el señor De Heier aquí?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Señor Arie, señoras, levántese un poco, mírenle a los ojos a esa hermosura de hombre, es un buen hombre.

(Risas).

Señora, es un santo, yo no soy más que un maldito bicho, pero ese es un santo. Ya entrarán en contacto ustedes dos, a ver si lo hacen, señora. Y si hay más aficionados interesados en conocer la Biblia... Si usted todavía no quiere salirse: él ya la sacará, y también la volverá a meter. Santo cielo, santo cielo. No tenemos tiempo, pero me gusta escuchar a la gente. Hace poco tuvimos aquí a otro. Thijs de Groot es otro hacha de esos. Señora, son luchadores. Esa gente ha sangrado para que se le concediera saber, y entonces recibieron los libros. Ahora la Biblia está abierta. La Biblia también tiene siete mundos diferentes para ser explicados. Pero el ser humano todavía está atado a la condena. Señor, señora, oh, me gustaría estar allí, porque va a ser un hermoso combate.

¿Hay interesados? ¿Señoras?

Bueno, cuidado, que si no lo enchironan en Scheveningen, porque allí ya también es el rebelde de Jozef Rulof. Esto va a ser peligroso. Pero él les puede explicar la Biblia, señora. ¿Y cómo? Un placer. Entonces recibirán un pudín divino, del que van a querer comer siempre más. Sí, con una rica salsita. No, abierta y todo, pueden ver sin más hasta el fondo.

Bien, mejor sigamos.

“¿Sabía usted...?”, dice aquí. “¿Cómo saben los pájaros cuándo tienen que volar hacia el sur?”.

¿De quién es esto, señor?

Señor, ¿cómo sabe una paloma mensajera que tiene que volver a casa?

(Señor en la sala):

—Es el sexto sentido.

—Sí, eso dicen, pero ¿qué es el sexto sentido? ¿Ha leído usted mi ‘Dones espirituales’?

(Señor en la sala):

—Sí.

—¿Los dos libros? Señor, ¿los dos hasta el final? Entonces lo tiene que

saber, señor. Entonces todo estará abierto para usted, entonces todos esos pájaros, las aguas, también la anguila... ¿Por qué la anguila busca los mares para hacer algo? Para aparearse, dicen. Pero el mar es parto, el mar es madre. Al océano lo llaman un mar. Y al agua la llaman “agua”. ¿No es así? Es mojada. Pero, en realidad, ¿qué es, señor? En realidad, ¿qué es el agua?

(Señor en la sala):

—Madre.

—Sí, madre, sí, señor, hace poco lo comentamos, pero así todavía no hemos llegado. Es plasma divino como materia. Pero tal como ve usted el océano, señor, un gran mar, así fue la Omnifiente como alma y solo como vida, y eso se materializó. Porque cada entidad, el ser humano, un árbol, una flor, el animal, las aguas, el espacio... en el espacio planeamos. Pero esa entidad que es el agua solo es parto fluido, y nada más. Allí puede ver de nuevo leyes elementales. Allí, en esas aguas, podrá ver todo lo del cosmos, y solo es parto.

¿Por qué esas anguilas vuelven a ese lugar en medio del océano donde hay que dar a luz? ¿Qué pasa por esa zona? Y entonces tenemos el instinto natural para dar a luz y crear. Pero también para la protección contra el frío y el calor y la calidez. El animal se adapta a la naturaleza; no, el animal cuida de sí mismo y encuentra esa corriente y va allí, irremediamente.

Y ahora el ser humano dice: pero ¿cómo es posible que un animal de esos pueda encontrarla? Y con lo sencillísimo que es. Eso se cree usted, señor, que nosotros, ahora que sabemos que volvemos a Dios, al Omnigrado divinamente consciente, que nosotros... Sí, a veces vamos a la izquierda y a la derecha, pero entonces lo hacemos mal, de eso estuvimos hablando al comienzo de esta noche. Pero ¿no creen que esas leyes divinas hayan continuado de todas formas y que nos elevan hacia ese nirvana divino?

Todo animal perteneciente a la especie alada, y el animal en las aguas, y cualquier grado de vida poseen un instinto físico propio. Y ese instinto, señor, quiere decir que el animal posee sin lugar a dudas —a eso lo llamamos el sexto sentido— la intuición y el ser uno para su organismo y su vida. Y el calor, señor, saca al animal infaliblemente del frío y vivirá su tiempo allí, y regresará hasta que vuelva a estar aquí, porque en estos... en estos tiempos el animal parirá. ¿Y sabe usted, señor, por qué vienen ahora tantos pájaros del este hacia el oeste?

(Señora en la sala):

—Para parir aquí.

—Para parir aquí. Pero por qué, señora, viene ese animal desde el este? Ahora tendrá la respuesta. ¿Por qué regresa ese animal, señor, desde ese calor, a Holanda y a Escandinavia, para parir aquí, en Europa? ¿Por qué?

Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—Debido a que la conciencia de Occidente es más elevada que la de Oriente, y el animal, el animal alado también es más elevado en conciencia que la especie más baja, busca la conciencia del ser humano.

—Señor, sí está cerca, pero no es así para nada. Es que esto es una pregunta cósmica y la llegué a ver, así, mientras hablábamos, directamente del maestro Alcar. No creo que lo vaya usted a averiguar. Y enseguida volverá a decir: “¿Cómo es posible?”. Qué sencillo es. Con tal de que le diga una sola palabra, la poderosa creación entera estará abierta ante usted. Pero no lo averiguará. Ni lo averiguará el erudito. Ni lo averiguarán los investigadores de la naturaleza. Ni los expertos en animales ni los ornitólogos.

¿Qué dice, señora? ¿Lo sabe?

(Señora en la sala):

—Para la evolución.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Para la evolución.

—Sí, claro, para la evolución. El animal pare. Pero ¿por qué tan decididamente en esta dirección?

(La gente habla a la vez).

(Señora en la sala):

—Cuando vuelven a irse, que siempre vuelven al mismo sitio.

—De eso hablábamos. Es el instinto del animal. O sea, el animal va infaliblemente —la respuesta a la primera pregunta— hacia el este, hacia el oeste, hacia el norte y hacia el sur. El animal se sintoniza. La paloma sintoniza con el amor, con la posesión, y ese hilo telepático, ese sentimiento para la paloma, atrae de vuelta a ese animal, infaliblemente. El ser humano es exactamente igual. Cuando dé usted alguna vez en el blanco y adopte el pensamiento del ser humano, será telepáticamente una, y se le enviará a la primera, y es eso lo que atrae de vuelta al animal, a la paloma. Pero ¿por qué?

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

¿Cuántos minutos me quedan?

—Tres minutos más.

—Tres minutos. Entonces seguiremos con esto luego.

Pero ¿por qué? Voy a chincharla, de verdad, antes del descanso.

(Señora en la sala):

—... el organismo más elevado...

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Porque la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) tiene el organismo más elevado.

—Claro, la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.

es) tiene el organismo. Pero esa paloma ¿también es la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulo.es)? No, no, no, no. Esa paloma no tiene holandeses ni franceses ni belgas ni alemanes. Y esto tiene que ver con la aclimatación. Y eso ¿qué es, en realidad? ¿Qué es lo que hay en ese proceso de calentamiento? Señoras y señores, lo que importa es que aprendan a pensar, basta que solo piensen un poco.

(Señora en la sala):

—La naturaleza.

—¿Cómo dice, señora?

(Señora en la sala):

—La ley de la naturaleza.

—Sí, señora, es una ley de la naturaleza. Pero ¿por qué viene ese pájaro... vienen todos esos pájaros, por qué vuelven todos en verano —qué gusto— con nosotros?

(Señora en la sala):

—Porque el pájaro es el animal que posee un grado más elevado para... (inaudible) elevarse.

—Sí, señora, pero eso no es.

(Señor en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—El calentamiento del animal para criar lo obstruye en Oriente.

—Señor, ¡eso es! En el este las cosas van demasiado rápido. Cuando el animal tiene que criar allí, y forma parte, entonces tiene sintonización con esas leyes. ¿Por qué los pájaros orientales tienen eso...? Pero ahora se trata de aquellos animales que vienen aquí, para esa especie, tienen sintonización con nuestro clima, y ahora para ellas las cosas son demasiado aceleradas en el este. Depositarían allí los huevos y estos se abren solos; veintidós, veinticuatro horas más tarde ya estaban, pero entonces era demasiado veloz. La creación, señoras y señores, no es así de veloz. Porque uno regresa a sí mismo y al nacimiento de un animal, de un ser humano, de todo: es lento hasta llegar hasta ese despertar. Y no puede ser demasiado frío ni demasiado caliente, no debe tener un calor excesivo. Porque entonces se produce una podredumbre directa. Pero esa podredumbre, eso también es podredumbre, un huevo sobre el que ya lleve sentada la ave unos diez días también se pone a podrirse, pero eso aún es un parto vivo. Y eso también huele, oigan, pero no es todavía una podredumbre total. Un proceso de podredumbre es algo muy diferente. Pero para nuestra especie europea las cosas en el este son demasiado veloces. Y ahora regresa ese animal... para parir el animal —las golondrinas y todas esas

otras especies, y también las cigüeñas— tienen que regresar a nuestro clima, porque en el este, señor, esa estufa siempre está al rojo vivo. Porque no solo han nacido allí, sino que allá también las asan.

Mira, allí vamos otra vez: ¿con qué tiene que ver ese animalito como organismo? ¿Qué es la aclimatación? ¿A qué leyes vitales pertenecen estos animales? Porque tenemos animales que son nórdicos, tenemos animales meridionales, orientales y tenemos animales occidentales. Dicho de otra manera, señor, y esta es la última respuesta para esto: si el animal pertenece al oeste, también parirá y creará de forma occidental. Y el animal oriental —basta con que vaya a Avifauna (un parque ornitológico holandés), allí verán tantos animales orientales— no pone aquí, porque a estos animales, a su vez, los han arrancado de su vida natural armoniosa y de su instinto. Y ahora no ven más que escasos huevitos.

Bueno, ¿no les parece divertido y sencillo? ¿No es sencillo, señor catedrático? ¿No es sencillo cuando llegan a conocer las leyes y ven que el norte tiene osos polares? ¿Cierto o no? Y aquí en Occidente tenemos gallinas. Oriente tiene vacas sagradas. Sí, también las hay. Y con que vayamos hacia allá un instante, entonces llegamos hasta el polo sur, y allí también hace frío. Y allí también hace frío.

Señoras y señores, esta noche, antes de que se tomen su té, ¿sabrían qué diferencia hay entre un gorrión y un elefante? Estoy abierto a cualquier sugerencia. Hasta ahora.

DESCANSO

Señoras y señores, aquí también tengo...

Ah, sí, en primer lugar de todos: volveremos el jueves, el primer jueves de septiembre, es el día cuatro, creo. Si antes de ese tiempo no nos hemos ido, claro. No, no lo sabemos todavía, oiga, ya lo oirán. Quizá venga usted aquí para nada, no lo sé, la semana pasada dije: me voy a Turquía, me gustaría mucho ir a Marruecos, porque allí también hay un puñado de personas a las que alcanzar. Esos holandeses reciben mucho más de la cuenta.

Pero, señoras, según la doctrina de oír campanas... volveremos aquí el cuatro de septiembre.

Aquí tengo: “Esta cuestión está aún sin resolver. Ya sabe: ¿cómo saben los pájaros cuándo tienen que volar hacia el sur? Esta cuestión está aún sin resolver, si bien hay una teoría moderna que proclama que las aves son sensibles al cambio de la luz y de la duración de los días cuando llega el otoño”.

Miren, ya se acercan ustedes, y es aclimatación, es la constitución del animal. El grado de vida del organismo tiene instinto de cara a la madre naturaleza, el oeste, el este y el sur, y ese instinto se conduce a sí mismo hacia

el frío o el calor a medida que el cuerpo lo necesite. Más sencillo imposible, ¿no, señor?

Y después tenemos todavía: “Y que en primavera puedan intuir igualmente el hecho de que haya más luz y que los días se alarguen cuando el sol va elevándose más”.

Eso ya es el cambio del clima. ¿Que lo intuyen? No, señor, es ese cuerpo mismo que reconduce esa vida como animal hacia esa sintonización. Todo eso ocurre interiormente. Por medio del organismo la vida llega a sintonizar con ese clima en concreto, con el este, el oeste, el norte o el sur. Y ahora, claro, tenemos los distintos tipos de organismos. En un solo grado, en una sola especie de vida animal alada quizá haya miles de especies, en un solo grado. Y todos esos grados, a su vez, se adaptan todos.

Si nos vemos, por ejemplo, ante una transición, entonces ese animal está, por ejemplo, en Noruega, o ya un poco en el este de Alemania, contra el frío pero también contra el calor, allí se llegan a ver. Y cuando uno conoce la creación y conoce esa evolución del animal y del ser humano y de la naturaleza, entonces todo también queda descubierto para el biólogo, señor. ¿No lo cree? Cuando este conoce la creación tal como la creó Dios, tal como la creó la Omnifuerza, y cómo esos cuerpos se manifestaron ellos mismos, podrá usted analizar y determinar la vida, el alma —el alma por su propia cuenta— y el sentimiento del organismo. Y eso es así para las aguas y el animal en los bosques y en tierra.

(Jozef sigue leyendo):

”Esta energía, sin embargo, presenta algunos defectos. No explica, por ejemplo, cómo las aves que pasan el invierno en las regiones en torno al ecuador”, ya estamos otra vez, “donde el día y la noche siempre son iguales, podrían saber cuando tienen que migrar hacia el norte. ¿Ha oído alguno de nuestros lectores alguna vez otra explicación?”. ¿De quién es eso? “General Electric news service”.

¿De quién es eso, señor? ¿Viene en una revista?

(Señor en la sala):

—Lo dice el órgano corporativo nuestro.

—En el órgano corporativo. Señor, eso es... estas preguntas lo llevan... Es demasiado, llegarían a ser cincuenta páginas. Y por debajo de cincuenta seguiría sin servirle de nada, porque tiene que atravesar usted la naturaleza entera, toda. Usted tiene que... si tomamos, por ejemplo, una golondrina, tiene que ser capaz usted de seguir la sintonización de la golondrina y de los patos. ¿Dónde han vivido los antepasados, los padres prehistóricos de esos animales? Para eso tiene que regresar usted para seguir y analizar poco a poco la concienciación y el despertar y la evolución de ese organismo, solo entonces podrá explicar por qué esos pájaros todavía tienen el instinto de

la naturaleza. Por cierto un pájaro lo tiene... lo tiene siempre. Porque no ha fragmentado su interior. Como tampoco lo han hecho la serpiente, el cocodrilo y las demás especies animales en las selvas. Pero eso sería demasiado, si no ya entraría en esa materia.

¿Más preguntas sobre esto, señoras y señores?

¿Ya se han purificado un poco después de tantas blasfemias?

Hay que ver cómo nos pusimos, ¿verdad, señor?

Pero si piensa usted un poco más allá... ¿Ya no hay más preguntas sobre esto?

Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—Hace poco mantuve una conversación con alguien que tiene un espacio para que pongan en Indonesia...

—¿Qué tiene ese señor?

—... tiene el espacio para que una gallina que en realidad es de aquí ponga allí, allí también las tienen, ¿no?

—Es posible trasladar a un animal, señor. Puede llevarse usted una gallina a Indonesia. Pero entonces esta tiene... Ahí lo tenemos otra vez, estamos hablando de especies animales aladas, y ahora ya vuelve usted al ser humano. Y ahora el ser humano, y el animal, puede vivir en alguna parte. Pero el animal las pasa igual de canutas que el ser humano. El animal, sin embargo... si se lleva usted un puñado de gallinas a Indonesia, también tienen que aclimatarse y llegarán a tener moco caliente. Una vez oí a alguien que dijo: “¿Cómo es posible que en Indonesia tengan moco?”. Pero lo tenían. Ese animal, sin embargo, esa gallina tiene que aclimatarse, pero tiene otra vez sintonización con el ser humano, porque pertenece al ser humano. Y entonces ya puede decir usted: “¿Qué tonterías son esas?”. Pero, si puede usted aceptarlo: toda la vida ha surgido a partir del ser humano. La gallina nació a partir de nuestro hígado y de nuestra médula dorsal. Y hay otras especies. De modo que, naturalmente, la gallina posee esa fuerza, ese sentimiento, para ese espacio; ese organismo puede procesar esa resistencia. Y aun así hay muchas que sucumben. Pero nosotros estamos hablando de animales alados. Una gallina también tiene alitas, cierto, pero cuando se eleva más, ya se topa con la alambrada. Solo quiero decir con eso: nosotros recibimos la naturaleza libre, el instinto natural. Pero la gallina ya se ha separado de ese instinto natural. Porque ese animal se adapta por completo al ser yo social del ser humano. Así que de eso no hablábamos. Hablábamos de golondrinas, de patos, de otras aves, de cigüeñas...

Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—Señor, cuando entre los pájaros hay uno que es albino...

—Sí.

—... muchas veces lo expulsan sus propios congéneres, por carecer del color de camuflaje natural.

—Lo destierran, señor.

—¿Es eso disarmonía?

—Eso ya es el peligro, los padres ya saben: de todas formas, serán heridos mortalmente, o lo que sea. Señor, cuando uno se mete en la naturaleza, los lobos, eso se oye mucho, siempre me interesa... Cuando uno se adentra en el Polo Norte, entre los pingüinos, entre los leones de mar y los osos polares y resulta que entre ellos hay uno que es débil, señor, ese se va al agua y así lo saben de uno vez... Los esquimales sumergen a los niños en el agua gélida y entonces saben, de una vez para siempre, si es uno que se va a quedar. Pero de lo contrario lo meten bajo tierra a la primera. Es: ellos mismos lo determinan. Una madre, un perro, un perro que siente, la perra madre lo siente: hay dos que son débiles, de todas formas no van a superarlo, están en los huesos, verdad... Un animal de raza, uno de esos atontados, uno que se ha ido mezclándose, eso ya es división de la conciencia natural, o sea, divisiones del instinto, entonces aparece la mezcla. Señor, a esa madre le da igual si nacen ocho o diez. Pero la raza en sí, señor, por ejemplo un perro pastor, mata a mordiscos a un debilucho de esos. Lo agarra: fuera de la camada. ¿Eso qué es? Autoprotección. Ya lo ve.

Y hay millones de sentimientos, de fenómenos. Y la ciencia, el biólogo, el experto, el experto en naturaleza, sigue estando impotente, porque no conoce los sentimientos del animal, ni su organismo ni su creación, ni su espacio, ni su mundo. Pero ¿cree usted que no se puede analizar ningún acto de un animal? ¿Cree usted que un animal hace esto y lo otro porque sí? Un animal, ¿no tiene sentimiento? ¿Por qué un animal expulsa a las crías débiles de la camada?

¿Qué clase de falso es ese cuco, que pone sus huevos por ahí, sin más, menudo vago, que hace torturar a un pajarito de esos? Y esa cría —hace poco salió en esa revista— va arrastrándose, todavía está pelada y mojada, y entonces sigue arrastrándose hasta que hayan quedado fuera todos los demás huevos: se queda sola. Mata a las crías, el joven cuco. Y entonces el señor va creciendo, y así al señor tampoco le faltará espacio. ¿Qué instinto tan raro es ese? Instinto. Y entonces está el joven cuco allí y un gorrión de esos, un erizo de bosque de esos, tiene que dar de comer a un cuco de esos grandes. Y se traga todo, y a papá y mamá les da igual, porque el animal está siendo cuidado. ¿Qué clase de parasitismo es ese? Todo se puede analizar, señor. Son propiedades del animal y del ser humano.

Pero ¿no tienen ninguna otra cosa esta noche?

Yo he terminado, ¿quién tiene alguna pregunta más?

Pues aquí estamos ahora.

Sí, señora.

(Señora en la sala):

—Hace poco oí por la radio sobre la aurora boreal; ¿sigue sin saber la ciencia lo que es eso?

—Sí que los saben, sí que lo saben, señora. La ciencia sabe: es una escisión del frío y del calor. Eso la ciencia sí que lo sabe. ¿Dijo el hombre que no lo sabían?

(Señora en al sala):

—Que estaban buscando allí, porque eso aumentaba la radioactividad.

—Sí, señora, pero los eruditos, los físicos han llegado hasta el punto que sin duda —por cierto, lo oí yo mismo, lo comentaron en la universidad de la radio, el año pasado— que sin duda alguna pueden ofrecer esa explicación sobre la aurora boreal. Es una colisión entre la luz y la oscuridad, y entre el calor y el frío. Y hasta allí han llegado. Pero para levantar los primeros fundamentos... Antes tampoco sabían lo que era un arco iris. Y hacia allá va la cosa. ¿Entienden? Es norte y sur, y oeste y este, que entran en colisión. Y a eso lo llaman la aurora boreal, pero en definitiva es la parte de tal y cual empuje. ¿De cuántos millones? ¿Qué ocurre en el macrocosmos cuando se ve esa aurora boreal? ¿Qué ocurre, señora, cuando está allí en Islandia, en el Polo Norte, y se encuentra con que hay siete, ocho meses de oscuridad, cuatro semanas de día, cuatro meses de día? ¿Qué es todo eso? ¿Se creía que no habían llegado hasta ese punto? Ahora han avanzado un buen trecho. Antes la gente observaba esos fenómenos de la naturaleza, ahora son explicados, porque el ser humano, sí, el empuje, su aparición... ¿Cómo es en el norte? ¿Cuál es, pues, la fuerza centrífuga para el norte, para el oeste? Hace poco estuvimos hablando de las fuerzas centrífugas del macrocosmos, pero eso también está en cualquier pequeño insecto. El macrocosmos está hasta en el granito de arena más nimio. Así que todo vuelve a aparecernos materializado; eso también lo vemos en el macrocosmos. Como que nos hemos ido apartando mucho, ¿no les parece? ¿Hay algo más?

¿Señora?

(Señora en la sala):

—Señor Rulof, ¿por qué un ser humano muere pronto y el otro tarde?

—Vaya, vaya, vaya, ahora me está tomando el pelo.

(Señora en la sala):

—No, hace poco nos dijo usted mismo: ¿por qué no preguntan justamente eso?

—Bueno, pero ¿es que no lo sabe usted misma? Sí que lo sabe.

¿Por qué unos seres humanos hacen la transición pronto y otros tarde, mueren? En primer lugar no hay muerte, señora. Y tampoco hay nadie que se

vaya demasiado pronto o demasiado tarde.

(La señora dice algo inaudible).

No, pero eso es lo que hay ahora. Así que no existe el blasfemar, no hay condena y no hay pecados, y no hay ni un solo ser humano que haga la transición demasiado pronto. Posible es. Por negligencia, por temeridad es posible que uno haga la transición algo demasiado pronto. Pero su verdadera evolución, o sea, la divina continuación, allí es imposible hacer ninguna chapuza. ¿Sabe usted quién es? De eso se trata ahora.

De modo que yo los conduzco del pensamiento humano al divino. No hay nada que se pueda fragmentar, señora, en la evolución divina. Aunque cometa usted asesinato tras asesinato, aunque se desfoguen y se dediquen a prenderle fuego a todo, a las mentiras y a los engaños, ya pueden desfogarse todo lo que quieran: eso no hay quien lo altere. El ser humano hace la transición demasiado temprano, pero para Dios, en cambio, no. ¿No les parece divertido? ¿Pero dónde reside eso, pues? Se lo expliqué hace poco, se lo he explicado veinte veces, fácilmente.

¿Y qué ocurre cuando el ser humano hace la transición antes de tiempo? ¿Se trata entonces de una transición prematura? Desde luego, a un ser humano lo pueden asesinar, o se queda atrapado debajo del tranvía. Un motorista —ya lo estuvimos hablando— va por ahí a doscientos kilómetros por hora: ese sabe sin lugar a dudas: se va. Esos aviones, pues, esos reactores, esa gente que tiene que sentarse en ellos y que tienen que volar luego a velocidades de dos mil kilómetros por hora se matan a sí mismos, tendrán una transición prematura. Harán la transición demasiado pronto. Pero eso es una transición prematura humana. Y de eso no hemos hablado. Así que ahora voy a evolucionar desde lo humano, no hacia lo espiritual, sino hacia lo divino, y eso no se puede fragmentar de ninguna manera. Pero, ¿dónde vive, pues? ¿En qué puede vivir usted ese poderoso mundo del ser humano? ¿En qué, pues, puede ver y vivir usted esa ley? No hay nada de Dios, señoras y señores, pueden... Bueno, esta noche lo diré, así pueden vivir a gusto las vacaciones. Pero es imposible fastidiar o fragmentar nada de Dios. Ya pueden desfogarse lo que quieran: es imposible destrozar ese núcleo divino en ustedes, es imposible oscurecerlo. No pueden hacer nada. No es posible fastidiar nada en el núcleo divino que hay en ustedes, eso, pues, es cosmología. Por eso: no existen las blasfemias, no existe la condena. Y por muchos pecados que cometa el ser humano: no existen. Hay que ver lo santos que nos estamos poniendo, ¿no les parece?

Pero mejor pónganse algún día con ello; luego se verán de todas formas ante sus propios actos. Allí no habrá escapatoria. Y dónde vive esa gente... —nos hemos hecho algo ahora que tiene que ver con la vida, con Dios, que tiene sintonización con la realidad divina, con la armonía, con la justicia—

entonces en cien mil años estaremos unos frente a otros y volveremos a enmendar las cosas ante los demás, infaliblemente. Y aun así, Dios no nos ha castigado.

Pero ¿dónde reside la ley de Dios cuando hablamos de: “¿Por qué unos se van pronto, demasiado pronto, y otros, no?”. Y no existe, pero aun así existe.

(Señora en la sala):

—No, tampoco quiero demasiado pronto, quiero decir: ¿por qué unos seres humanos fallecen pronto...

—Bueno, sigue siendo lo mismo. Demasiado pronto o pronto. Demasiado pronto ya es... eso ya nos conduce a la desintegración. Pero ¿por qué algunos seres humanos fallecen tarde? ¿Y por qué otros fallecen pronto? Señora, no existe... en primer lugar, en el cosmos, en el espacio, no existe “tarde”. Ni tampoco “pronto”.

(La señora dice algo inaudible).

Sí, señora, pero allí no está la cuestión.

(La gente habla a la vez).

Estamos hablando de lo siguiente: ¿por qué hay una ley divina que...? Fallezco por una moto, voy a doscientos kilómetros por hora. Estoy boxeando que da gusto y ese tipo me lanza un gancho y me voy a la lona, me caigo muerto: adiós. Demasiado pronto. Pero no para Dios.

Pero ¿qué ocurre entonces con la personalidad? Oigan: ¿por qué no hay forma de sacar a ese ser humano de su divina vida armoniosa a base de ganchos y golpes? Y aun así ocurre. Y sin embargo no es así. Allí es donde quiero llevarlos.

(Señora en la sala):

—Porque el alma es indestructible.

—No, señora, no es eso. Pero ¿lo entiende? A ver, escuche bien, se lo he explicado aquí. Pensamos de forma humana. Y así es como aprende usted a pensar. Pensamos de forma humana, es un problema humano. El ser humano fallece pronto y el ser humano fallece tarde. Eso ya es evolución. Porque hacer la transición no existe, señora. Así que eso de entrada no lo hay. ¿Por qué se va alguien demasiado pronto, demasiado pronto, y el otro, tarde? “Pronto” y “tarde” no existen en el cosmos, para Dios. Solo hay continuación eterna. Por muy mal que actúe usted esta noche, aun así estará avanzando. ¿No es divertido?

Ahora iremos a chincar de verdad a las señoras, mañana. ¿No le parece, señor? Piet Hein, ojito. Ojo ahora. “Ojo”, dijo alguien. “Ojo”, y entonces miré y había algo allí. Y entonces la tierra estaba temblando. “Ojo”, decimos ahora. Pero ¿dónde vive eso, señora? Ahora puede empezar a ver los problemas, humana, espiritual, espacial, divinamente. Y esto, ahora, los estoy conectando sin lugar a dudas y directamente con el acontecer divino, y entonces no

existe el “llegar pronto” ni “llegar tarde”. Y entonces no hay condena ni hay pecado. Ya no hay nada. Solo hay Dios. ¿No es hermoso?

Pero ¿dónde vive eso?

(Señor en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Sí, señor.

(Señor en la sala):

—¿Está esto relacionado con nuestra aura vital?

—Sí, también tiene que ver con esto, pero mire por dónde que no es eso.

(Señora en la sala):

—¿Con causa y consecuencia?

—También, señora, pero eso tampoco es. ¿Lo ve?

Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—... karma aún no hubo.

—Sí, señor, pero eso no es.

(Risas).

Sí, señor, pero eso no es. Entonces ¿qué es? Se lo he explicado. Usted lee libros, lee ‘Dones espirituales’, ay, ay, ay, ‘Una mirada en el más allá’, y siguen sin saberlo.

(Señora en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Dígame, señora.

(Señora en la sala):

—Siguen en el estado en que sí... (inaudible) fallecen?

—Sí, eso ahora va en esa dirección. Ahora vamos por buen camino. Bueno, mejor les ayudo. Fíjense. Alguien fallece demasiado pronto por negligencia, temeridad. Pero escuchen ahora: ese ser humano, ese espíritu no se desprenderá de su estado terrenal, y aun así permanecerá atrapado en esa esfera. Así que para Dios no hay cambio. Solo el ser humano se ha arrojado fuera de la vida de la conciencia diurna a base de golpes y patadas. Y nada más. Así que esa ley divina sí que continúa. Acaban ustedes con sus vidas en esa esfera. Y cuando llega el final, señora, o sea, cuando el aura se ha disuelto, entonces está su tiempo, lo llamamos “tiempo”; no, entonces se ha vivido el nacimiento y la paternidad, y continúa el alma como ser humano para reencarnarse. Esa es la ley divina. Así que no pasa nada. Solo ocurre esto: solo traemos más desgracias a casa. Damos golpes y patadas, destruimos el divino ser uno armonioso, y la luz y el amor y la cordialidad y la benevolencia, el ir por nuestra vida tomados de la mano de Dios. Eso lo destruimos.

Y allí estamos ahora, ¿verdad? Allí estamos.

Y entonces se hizo la noche...

(Risas).

... al cuarto día, señoras y señores, y Dios dijo: “Que así sea. Todo encaja a las mil maravillas”. Pero nosotros estamos con la miseria. Y al mismo tiempo nos echaron del paraíso. Nos encontramos fuera y la serpiente añadió para nosotros, señora: “Ssssss, pt”.

(Risas)

Y entonces salió un ángel del cielo con una espada llameante y dijo: “Fuera, feos. Largo de aquí”.

Volvemos a ponernos rebeldes esta noche. Pero eso no marcha.

Señoras y señores, después fue el quinto día.

(Risas).

Pero entonces no teníamos calle ni país, ya no teníamos nada, porque entonces se nos condenó para la eternidad. “Y con dolor y en pobreza darán (daréis) a luz a sus (vuestros) hijos”. Como si eso no estuviera ya en marcha en el paraíso.

(Risas).

Se trataba de los churumbeles. Y cuando estuvimos fuera, solo entonces se nos respondió. Hay que ver qué extraño fue ese Señor Nuestro, ¿no? Primero estábamos tan a gusto... Ay, no, ¿fue usted o fui yo?

(Risas).

No hubo más que un solo Adán y una sola Eva. Y ahora tenemos cien millones. Nada más que pecados. Son los chivos expiatorios del paraíso.

(Risas).

Bwewhewhe. La alegría que tendrán con esto en el cielo, ahora que las cosas son así. Qué hermoso, ¿verdad?

Pedro dice: “Ay, ay, ay, Señor Nuestro, qué caos que han hecho. Yo, claro, soy un farsante, porque renegué de Cristo. Pero ¿es que no lo he cambiado?”. Pero ese paraíso de allí, ah, hay que ver qué clase de borregos. Vaya, vaya, vaya. Ay, ay, ay, qué dramón. ¿No tienen otra cosa esta noche? Porque estábamos en el paraíso, sí, los llevé hasta allí. Fíjense cómo silba la serpiente, silba bajo mi corazón, señora.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿Qué deseaba?

(Señora en la sala):

—En ‘Los pueblos de la tierra’ se dice...

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—En ‘Los pueblos de la tierra’ dice...

—No, señora, no, si usted sabe cómo surgieron las esferas de luz y de verdad que ama con una fuerza del cien por cien... Es que, señora, entonces ya ni siquiera estaría aquí con nosotros. Entonces ya llevaría desde hace

mucho allí. Pero todos lo que estamos haciendo es despertar y evolucionar, para aprender algo, para asimilar algo. Todos ustedes están presenciando una esfera de purificación. ¿Es eso lo que quiere decir?

(Señora en la sala):

—Sí, pero, pensaba... en ‘La Línea Grebbe’... pero entonces uno despierta en la primera esfera, ¿no?

—Es posible. Una de cada millón de personas tendrá esa sintonización. Y entonces es que son verdaderamente vidas extraordinarias. ¿Y qué quiere saber ahora de eso?

(La señora dice algo inaudible).

Ah, ¿eso también lo sabe? Si lee ahora ‘Una mirada en el más allá’, señora, llegará usted por su propia cuenta. El ser humano quiere leer. Alguien dijo... alguien le dio a otra persona un libro, a una señora: “Ah”, dice, “y a mí qué me importan esas niñerías, allí no hay nada, es impresentable”.

Y entonces ese señor me preguntó: “¿Qué tengo que darle a esa señora?”.

Digo: “Nada, señor. De nosotros nada de nada”.

Porque ‘Una mirada en el más allá’ es una explicación infantil y está escrito para niños. ¿Y ahora me quiere hacer creer que ya es usted adulto en el espíritu? No lo es, nadie lo es. Pero a esa señora ese estilo le parecía demasiado infantil. Y está escrito de una forma tan poderosamente infantil, que un escritor me dijo: “Ya quisiera saber hacerlo yo así”. Pero el ser humano ya no es capaz de pensar de forma infantil. Y la criatura de la Biblia es una criatura, pero una del otro lado es aún más infantil, porque entonces Cristo dijo: “Deja que los niños vengan a mí”. Si se pone a leer eso, señora, ese parloteo infantil y todas esas preguntas infantiles, si eso le proporciona conciencia, todo, todo, todo de su carácter y nuestra sociedad, la gente, el animal y el espacio, entonces accederá a esa primera esfera y estará en armonía con todas las leyes de Dios y con la vida detrás del ataúd. ¿Está claro? Bueno, pues comencemos con ello. ¿No le parece? ¿Sí?

¿Qué cosa dijo ahora?

(Señora en la sala):

—Que estoy trabajando mucho en eso.

—Ah, que está con ello. Gracias.

¿Quién de ustedes?

Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—¿Cómo es nuestra sangre y nuestro corazón en el cuarto grado cósmico? ¿Podría decirme eso?

—Señor, igual que el aguardiente.

(Risas).

Sí, ríanse. No quiero decir lo ardiente en el agua, sino la transparencia

de esa materia. Se hace más y más etérea. Y en el séptimo grado cósmico, señor, el ser humano ya no tiene sangre. Pero tampoco ya en el cuarto grado cósmico.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—¿... ya sin corazón?

—Allí aún tienen un corazón. Porque ¿cómo será su corazón en ese mundo? ¿Cuál es el propósito de su corazón? Sí, ¿cuál es su propósito? ¿Qué propósito tuvo la Omnifuerza, o sea, Dios, con su corazón? ¿Por qué tiene usted aquí sangre roja en sus venas?

(El señor dice algo inaudible).

¿Porque es usted de la nobleza?

(Risas).

Porque es usted de la nobleza. Sí, señor, entonces tenemos sangre azul. Pero en estos tiempos eso ya no significa nada. No, señor, porque usted todavía tiene una sintonización animal. Sigue siendo un mamífero.

(Risas).

Señoras y señores, por hermosos que sean, siguen siendo mamíferos, nada más.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿Cómo dice?

Usted, señor, es un mamífero masculino. Pero la ciencia dice realmente, y es la verdad: todavía formamos parte de los mamíferos. Pero cuando recibimos alas espirituales, señor, y ahora fíjese bien, entonces su sangre se disuelve y esta cambia, porque su sangre, la humana, sigue teniendo una sintonización animal. Sigue usted mamando la leche de la madre. Y ahora quiere mamar del cosmos. Y con eso estamos, señor, pero para Dios y el espacio en realidad somos mamíferos. ¿No lo sabía?

(El señor dice algo inaudible).

Llamado “divinidad”. Sí, somos dioses. Pero como sintonización natural, para el organismo, señor, somos mamíferos.

(Señor en la sala):

—... uno aún blasfema.

—Bueno, de eso no estamos hablando ahora, que si ustedes blasfeman o no, que si son ladrones o asesinos, de eso no estamos hablando, esa es otra historia. Pero su cuerpo, señor, aún tiene sintonización animal. Y cuando eso cambia...

Su pregunta reza: “¿Cómo es nuestra sangre allí?”. Señor, ¿qué le interesará? Es más sencillo que nada, si vuelve usted a lo divino, cambiarán sus ojos; su

organismo ya no cambiará, no, sólo se harán más hermosos. Así que será usted tal como es el empuje divino, que conserva el equilibrio entre sus sentimientos y el latido cardíaco de su tictac interior. Claro, eso no lo entiende. Pero significa: será usted empuje, alumbramiento y creación. Y a medida que su vida se haga más espaciosa de cara al espacio y los sistemas planetarios, más y más elevada, su organismo irá cambiando. Y más adelante ya no tendrá usted sangre roja. Y, naturalmente, olvídense de la sangre azul.

¿Ya lo sabe ahora?

No, ya me lo temía, señor. Pero tampoco voy a tratarlo más, porque está demasiado alejado de mí. Señor, a mí qué me importa qué clase de sangre tendré yo allí luego. Sí que me importa quién seré allí, espiritualmente. ¿A mí qué me importa, señor, si seré, qué seré, cómo seré en el Omnigrado, con tal de que ahora lo sienta dentro de mí? ¿A mí qué me importa, señor, si llego a las tinieblas o a la primera esfera? Sé cómo salir. Usted siempre está hablando de la primera esfera y de la segunda y de los cielos. Señor, yo, nunca. Luego, cuando nos vayamos, ni siquiera quiero ir allí. ¿No le parece extraño?

(Señor en la sala):

—El maestro Zelanus dijo en Diligencia: todos vamos al Omnigrado divino.

—Sí, señor, ya irá allí. Pero ¿sabe quién vive en los cielos?

(Señor en la sala):

—Su hermano.

—Hay que ver... No, señor. Aquellos que están acabados espiritualmente y extenuados, esos viven allí, los enfermos. Eso no significa que estén físicamente enfermos. Pero aquellos que meditan habitan los cielos. Y los sanos de espíritu están en la tierra, en el espacio, para reconducir al ser humano hasta Dios. ¿O quiere usted ponerse a holgazanear allí también? Señor, no me desvelo por un cielo. Sí quiero tenerlo por dentro. Porque cuando uno lo tiene, no quiere ir allí. No, uno se pone a buscarlo entre los inconscientes, quiere vivir al ser humano y así es como hace que su cielo propio tome conciencia.

El maestro Alcar y el maestro Zelanus nunca están. “Me voy a casa”. Sí, señor, pero entonces quizá estén en el Polo Norte, y allí no aprenden nada. Una vez que esté usted detrás del ataúd en la primera, segunda y tercera esfera, señor, entonces ya apenas habrá nadie a quien contarle nada sobre su vida. En la tierra ya no se le comprenderá como persona consciente de la cuarta y quinta esfera. ¿Entonces a quién va a poder alcanzar en ese mundo, en ese mundo astral, en esa infinitud?

¿Pensaba usted que me iba a poner a ver allí mis plantas y a darme una caminata? He visto allí a millones de hombres y de mujeres. Digo: “Pedazo de vagos, ¿qué hacen aquí?”.

“Oye, allí hay alguien que dice algo”.

“Sí, señor, hay alguien que dice algo, que viene de la tierra y que es consciente en la tierra. Pedazo de vagos, ¿por qué representan los cielos? ¿Qué andan buscando por aquí?”.

¿Escuchar música, escuchar a Mozart? Es posible. ¿Mirar las flores? ¿Ser uno con ellas?

¿Cómo se cree usted, señor, que son habitados los cielos? Señor, son enfermos. No, ya no están enfermos, están cansados, están meditando. Están asimilando la creación. Pero, en cualquier caso, sigue siendo estancamiento. La conciencia más elevada, señor, se va hacia lo inconsciente, desciende a las esferas oscuras e intenta alcanzar allí al ser humano, durante el trabajo; así es como el maestro Zelanus se ha preparado como el portavoz para la Universidad de Cristo. Estuvo nueve siglos en las tinieblas, las esferas luminosas le daban igual. Porque en su interior, mientras caminaba, durante esos pensamientos y sentimientos y actos, su mundo se despertó y se amplió. Sí.

¿Qué hará usted mañana?

(El señor dice algo).

Bien, señor, pero cuidado, fíjese ahora. Si mañana quiere estar en la calle, si quiere ponerse a trabajar y se aferra al ser humano que no está preparado para ello, y usted dice: “Señor, ¿sabe usted algo del más allá que predica Jozef Rulof?”, entonces dicen: “Wrooooh”, señor, “¡policía!” Entonces uno ya está... Señor, si el ser humano se le acerca... Usted ande, ande, adelante, pero entonces no se ponga a buscar a la gente en la iglesia ni en el confesionario, por aquí y por allá los podrá... ¿Sabe usted dónde quizá se pueda alcanzar al ser humano, señor?

(El señor dice algo).

¿Cómo dice?

(Una señora en la sala):

—En un lecho de enfermedad.

—En un lecho de enfermedad. Sí.

Póngase de una vez un sombrero muy alto. Pero más alto que alto. Que todavía no conozcan en el mundo. Así llamará un poco la atención, señor. Pues, sí, ¿por qué no? De modo que no ande por la vida boca abajo, sino que se cuelga algo, así llama la atención; por dentro será cosa de esperar todavía. Pero hace algo. Tome por ejemplo una escalera y una escoba y juegue a ser deshollinador espiritual. ¿Qué le parece eso? Entonces dirá: “Señor, ¿qué quiere decir con esa escalera?”, y entonces dirá...

¿Qué quiere hacer?

(La gente habla a la vez).

Sí, eso también. Entonces dirá: “Señor, esa escalera quiere decir: para escalar hasta Dios. Y la escoba: para limpiarse uno mismo”. Y te envían de nuevo

al manicomio. No, no lo sé.

Señor, cuando se encuentra usted con el ser humano en la naturaleza y esta está pescando, y usted anda por ahí y se le aferra, no espere demasiado tiempo si siente que está abierto, ofrézcale alguna palabra, un primer estímulo. Pero no vaya demasiado lejos, porque entonces el ser humano ya se siente engañado y timado. El ser humano no quiere que nadie lo moleste nuestra doctrina ni nuestra sabiduría cósmica.

Señor, eso se hace de otra manera en el otro lado. Eso un ser humano lo tiene que pedir a gritos. Y si le sale un gritón de esos, señor, dele entonces todas las fuerzas a ese ser humano, y así podrán hablar y entrará la cosa. Lo mejor entonces es empezar. ¿Y estará actuando en las tinieblas? No, señor, aún tendrá luz. Pero en esos infiernos —lea ‘Aquellos que volvieron de la muerte’—, allí no es tan sencillo, señor. Porque ahora tiene que ser consciente para la desintegración y la animalización y el vaciado, porque allí succionan a uno hasta dejarlo vacío, y tiene que seguir siendo quien es. Pero eso aquí todavía no supone ningún arte.

Pero de lo que se trataba para mí es esto: que las esferas de luz están habitadas por quienes meditan. Detrás de la cuarta esfera, señor, de allí ya no se regresa a la tierra. Aunque el maestro Alcar diera su doctrina y sabiduría, es de la Universidad de Cristo, pero esa cuarta esfera ya se está preparando para el cuarto grado cósmico, para un nuevo universo material. Pero el resto vuelve y mira sobre la tierra, en la esfera de la tierra —solo es alcanzable la tierra, nada más— si se puede despertar a alguien a base de sacudirlo, porque así el ser humano se hace más espacioso a sí mismo.

Aquí he dicho alguna vez: es un trabajo de nunca acabar enseñarle al ser humano, pero si usted... Y comenzará con ello. Y he visto allí mi casita, mi espacio, y ya empieza a haber flores en ella, señor, de otra persona, por otra persona, puedo arrancarlas del suelo, pero ellas mismas vuelven, porque usted también está actuando. Y lo mío va hacia el maestro Zelanus, y de él va al maestro Alcar y después se eleva más y más hasta que Dios... Cristo recibe de todas formas las ganancias, sin lugar a dudas. ¿Y no es justo? Porque Él lo dio todo.

¿Tenía alguna cosa más?

¿Quién de ustedes?

Dígame, señora.

(Una señora en la sala):

—¿... si Cristo estuvo en la tierra como ser humano para hacernos divinos?

—Claro. Lea ‘Los pueblos de la tierra’. ¿Ya lo terminó?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Allí lo dice. Cristo nació en la luna, igual que nosotros, como ser hu-

mano, y con Su primera gente, o sea, los primeros embriones que mediante la dilatación llegaron a espiritualizarse y a materializarse, comenzó con Su viaje, Él fue el primero, con esa gente, que accedió al Omnigrado divino. Fue exactamente la misma clase de asesino y de caníbal como fuimos nosotros. Un psicópata, un demente. Vivió la maternidad, la paternidad. Dios no creó otros mundos, otra gente, porque Cristo es uno de los nuestros. Pero la universidad, el experto en la Biblia y el teólogo aún lo tiene que llegar a conocer así. Para ese estudio, para la teología y los asuntos bíblicos, señora, Cristo es el Hijo de Dios, solo vino directamente desde Dios a la tierra para bendecir a la humanidad. Nada más.

Y Cristo dijo: “Antes de que usted fuera, Yo ya estaba”. Cristo habla de la reencarnación, que ha nacido allí y allá en la Casa de Israel. Y de eso habla, ¿verdad, Arie? Allí tiene la reencarnación de Cristo. Y el ser humano dice: “No”. Pero Cristo, a través del macrocosmos, de planeta en planeta... era igual de inconsciente que nosotros, y entonces uno puede hablar con Cristo como hermano de la tierra, y como hermana. Y entonces de verdad que no hace falta usar el “usted”. Yo le hablé de “tú” a Él, y entonces lo oí, lo vi. Entonces recibí la respuesta. Y entonces vino... Se trataba de Él mismo. Si eso no hubiera existido, el cosmos entero no habría significado nada para mí, habría arrojado los libros del maestro Alcar en un rincón, y digo: “Primero una respuesta. Si no estaré detenido”. Y es lo que estaba. ¿Iba más allá de lo que podía aportar el maestro Alcar? No, se trataba directamente del propio Mesías. Y si yo no hubiera tenido que trabajar por Su mundo, por Su espacio, jamás habría recibido una respuesta. ¿Pensaba usted que sí? Ese no se habría interesado para nada y los libros del maestro Alcar, los libros de los maestros habrían sido pasto de las llamas. Pero yo tenía que recibir una respuesta, como fuera. Y entonces comprendí —lo vi repetidas veces— que esto era realidad. Yo he visto el más allá. Pienso: pero ahora se trataba de Cristo.

Y si entonces uno quiere oír de verdad a Cristo y se trata de hecho de Su vida y de la humanidad, y de Israel, señora, Él estará en cinco minutos a su lado. Pero se tiene que tratar de la realidad. Y todo nuestro griterío y todos esos rezos y tantas súplicas de todas formas no le servirán. Porque usted no toca Su vida. Y si uno se pone a rezar, ya puede seguir rezando mil años y ser todo lo santo que sea, que a Él no lo va a tocar, señora. Porque hay que atravesar el canibalismo, el universo, hay que recorrer ese largo camino, y después despedirse de la tierra, edificar el más allá, el cuarto grado cósmico, el quinto, el sexto y el séptimo, y entonces uno accede al divino Omnigrado, allí es donde se le puede alcanzar a Él. Pero entonces hay que transitar por ese largo camino, ese camino cósmico, de lo contrario Él no será consciente de todos esos ruegos y esas búsquedas y súplicas, porque estará usted caminando, rodeará las leyes. ¿Entiende?

Si quieren vivir maternidad de Cristo, madres: mañana tendrán la respuesta de por qué no llegan a tener un bebé. Pero entonces hay que ir como madre hasta Cristo y vivirlo y hablarlo a Él como conciencia Omnimaterna, y entonces es posible sentir la oración a fondo. Y cuando estén en eso...

Por eso no tengo miedo de jurar, porque no existe blasfemar; conozco a Cristo, conozco a Dios. Conozco todas las leyes, por lo maestros. Yo vengo del campo. No lo olviden. No soy nada. No soy más que un instrumento. Pero debido a que lo fui, y porque me convertí en eso, he vivido el cosmos. Ya no tenemos miedo a nada. No me iré demasiado pronto ni demasiado tarde. Para mí todas esas desgracias se han resuelto para el ser humano. Las conozco. Ya no hay altibajos. La enfermedad... ¿a mí que me importa una enfermedad? Si se acabó para mí... no se acabará para mí. Les añado: no hace falta ponerse a pedir dolores y torturas. Porque eso es una estupidez, ¿verdad? Una estupidez. También es soberbia demente, locura soberbia. De eso no estamos hablando. Pero ¿para una muerte...? Y hacer algo para Cristo, si puedo alcanzar algo con eso, Dios mío, quita mi luz, quita mis riñones, quita mi sangre, ¿qué puedo recibir a cambio? Claro, para que esa gente allí en la sociedad siga con sus perifollos, ¿verdad? Y, ay, qué maravilloso es cuando le da usted a un ser humano su córnea; claro, claro, para luego robar la luz de los ojos a otro ser humano por una palabra, por una paliza, por una patada, por una desgracia, por estar refunfuñando. ¿Quién me da la seguridad de que esa gente no hace con mi luz, con mi córnea, más que el bien? Entonces yo ya les regalaré miles de ojos. Sí, lo que me faltaba: hacer al ser humano aún peor por mi capacidad de ver. Eso va unido. ¿Qué puedo ganar para Nuestro Señor? El ser humano dice: entregar mi vida. Claro, claro. ¿Qué pasará con mis cosas buenas que quiero donar para el bien —que otro ser humano quiere consumir y quiere dar para lo decente— y no para el mal? ¿No es así? ¿Alguna pregunta más, señora?

Porque estábamos un momento con Cristo, y entonces las cosas se ponen interesantes.

(Señora en la sala):

—Sí, quería hacer otra pregunta. Si Cristo de verdad comenzó, digamos, como nosotros, entonces ¿cómo pudo adelantarnos tanto y que nosotros sigamos inconscientes?

—Pero, criatura mía, ¿cuánto se ha adelantado usted a la jungla? Allí viven todavía, ¿no los conoce?

(Jozef tamborilea sobre algo).

Todo el día, desde las ocho de la mañana hasta las doce de la noche. Sí, señor, riase, ¿verdad? Póngame a parir y le mostraré una danza india.

(Risas).

Pero yo grito igual que esa gente: “Huhuhuhu...”.

(Hace como que canta).

(Risas).

Señor, toma millones de años antes de que esa jungla de allá, esos hermosos negritos (cuando se celebraron estas noches informativas, de 1949 a 1952, la palabra “negrito” era una denominación habitual para alguien de piel oscura), esa hermosa gente allá, que se cubren con esas bonitas conchitas... solo toma un par de millones de años antes de que tengan su cuerpo blanco. Señora, al final va a tener razón, hay un comienzo y un final, ¿verdad? Y aun así: la injusticia existe. Porque unos ya han avanzado mucho y otros, no. Entonces, ¿por qué Dios no se creó a sí mismo de una vez, a todas esas vidas y a sí mismo de una vez? ¿No?

¿Existe un “demasiado pronto” y un “demasiado tarde”? ¿Existe un comienzo y un final? Si puede usted aceptar que no hay un comienzo ni tampoco un final, entonces tampoco hay un “demasiado pronto” ni un “demasiado tarde”, sino que entonces lo que viene muy a cuenta es precisamente la jungla, la jungla —eso clavado— como raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulo.es), la especie oscura y la negra. Entonces ya vive usted en el estado divino, señora. Pero eso usted no se lo cree. Madres, señoras, madres, criaturas, son ustedes diosas. Bbrrrr.

(Risas).

Ya les gustaría, ¿verdad, señor? Y los señores, también son dioses. Sí, sí, eso nadie lo acepta. Buen, quien sea muy cariñoso. Dioses humanos. ¿Entienden a dónde quiero llegar? Somos nosotros mismos. Pero con solo salir un poco de casa y del silencio del paraíso, y nuestros labios vuelven a cotillear. “Bah”, decimos entonces.

Señora, todavía no hemos llegado.

Pero no hay un comienzo ni un final. Estamos evolucionando. Cristo no llegó allí demasiado pronto, porque el otro lado está habitado. El Omnigrado ya está habitado. Y ahora puede hablar usted de millones de eras, de millones de eras y ni así habremos llegado al Omnigrado divino. Desde aquí, desde la tierra hacia el cuarto grado cósmico, tener que vivirlos y acabarlos, señora, eso ya le tomaría cien millones de vidas. Y entonces se me concederá seguir hablando un par de miles de años sobre cien millones de organismos como padres, y ni así habré vivido el cuarto grado cósmico. Y sin embargo sí estoy en el comienzo y el final.

Pero ¿qué le parecería, señora, si después recibiéramos una sola vida en el cuarto grado cósmico, y que eso durara —más o menos, según nuestro tiempo terrenal— setecientos mil años y cuatro horas.

(Risas).

Sí, señora, en una sola vida la nuestra dura setecientos mil años y cuatro horas y cinco minutos según nuestro tictac. Pero entonces ya no queda tiem-

po y allí ya no hay final, porque nos vamos al sexto grado cósmico, al quinto, vamos a lo que es ser humano eternamente como Dios. Y entonces ya nunca hay un final. Siempre seremos jóvenes.

Qué molesto va a ser eso. Qué pesado será eso, madre mía, señora. Siempre estar viendo la misma cara en el matrimonio, siempre esa misma madre. Nunca habrá un final. Eso va a ponerse pesado. ¿No les parece?

(Alguien dice algo).

No, pero yo hago esa pregunta. Pero alguien me hizo una vez la pregunta: “Bueno, ¿y qué más da?”. Entonces ya estamos en el Omnigrado. Siempre lo mismo y nunca más que eso”. Digo: “Señor, es que va a ser muy pesado”. Volveré a hacerles esa pregunta: va a ser pesado, señor. Señor, señora, ¿no será mejor que le dejemos aquí? ¿Qué nos resta a los seres humanos, en estos grados animales, inconscientes? ¿Qué clase de cosas queremos saber del universo? ¿La Omnifuerza?

Los maestros nos explicaron las leyes porque tenemos que llegar a conocer esa infinitud, de lo contrario habría otra vez un punto muerto. Así que se les llegará a explicar la sabiduría de forma completamente divina. Pero ¿quiénes somos en el Omnigrado? Bien, se lo puedo explicar. He visto allí a esa gente y entonces son viento y lluvia. Todo lo que adquirió conciencia en materia de ciencia, densificaciones elementales, leyes de dilatación, calor, frío, alma, espíritu, vida, paternidad y maternidad, flores, naturaleza: todo eso se hizo infinitamente profundo, y tenía alma, espíritu y una personalidad. Somos empuje, somos parto, somos crecimiento y florecimiento. Lo seguiremos siendo eternamente. Y si no tuviéramos esa conciencia, también ese universo entero se disolvería ante nuestros ojos. Pero otros sí han llegado; nosotros, no.

Señora, señor, nuestra primera esfera, ¿de verdad que está lista para nosotros?

Vamos, comencemos —enseguida tendremos que parar—, pongámonos a pensar en estos cinco minutos sobre todas estas conferencias. Este invierno han vuelto a tener un centenar. Pero comiencen este verano, luego cuando vayan a casa, porque enseguida me despediré de ustedes. Y entonces diremos: nos vamos de vacaciones. Nos pondremos a pensar. Y esa es la meditación para el otro lado. ¿Qué han aprendido? Su carácter, su amistad, su amor, su buena voluntad, ¿se han...? ¿Qué clase de propiedades alberga el ser humano? ¿Qué cosas deseamos? ¿Un hombre que te pudiera chiflar? ¿Una mujer que te pudiera volver loco, hombres? ¿Arrojarte a ti mismo, así, sin más, mientras no sabes la hora que es, lo que te espera, felicidad o salud, desgracias? Señor, ¿qué hemos...? Señora, ¿qué hemos aprendido? ¿Qué dicen los maestros? ¿Para qué ha buscado el maestro Zelanus ese equilibrio tan delicado por las conferencias en Diligentia? ¿Por qué se ha deslomado tanto para hacérselo claro y por qué nos ha explicado ese cosmos?

Puedes decir: ¿qué tenemos que ver con el cosmos? Pero, señoras y señores, cada rasgo de carácter que tratemos mal, lo oscureceremos para el macrocosmos; porque un rasgo de carácter tiene una profundidad universalmente profunda. ¿Cuándo empezaremos en la verdad, en la realidad, el amor, la justicia, el querer servir, el querer? ¿Con conocernos a nosotros mismos? ¿Con el querer saber quién soy? ¿Para qué estoy aquí? ¿Qué voy a hacer? ¿Pues? Así no andarán sollozando cuando luego se vayan sus madres o padres, y dirán: “Hasta luego, criatura. Volveremos a vernos enseguida”. Sí, enseguida. Puede ser que esa persona ya vuelva a la tierra, o se disuelva en el mundo de lo inconsciente, y entonces llegarán ustedes allí y habrá esperando otra madre, y otro padre; serán ustedes hijos de sus hijos, y madres de sus madres y padres de sus padres. Y así hay millones de personas, chispas de Dios, que los acogerán allí y que dirán: “¿Qué ha hecho usted con su vida?”.

¿Con qué empezaremos ahora los meses de este verano, este año 1952? ¿Con qué comenzaremos? ¿Les ofrecí algo este invierno?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Claro, esta gente dice que sí.

Señoras y señores, entonces déjenme luego en paz.

Espero haberles enseñado que ya es hora de dejarme en paz. Si quieren tener libros tienen que espabilar, porque me voy. Ahora me voy. Me iré a Marruecos. Me iré a Turquía, señora. Irá a hablar con el sultán de Turquía. Y voy a darle conciencia espiritual. Quizá vuelva a con algunos chistes turcos, quién sabe...

(Risas).

... para la Universidad.

Señoras y señores, ya no hay más preguntas. Y tenemos que parar.

Les deseo lo mejor para este verano. Amen todo lo que vive. Tómenselo con tranquilidad. Pero no blasfemen.

(Risas).

Porque entonces la gente dirá: “¿Ves qué cosas se aprenden allí?”. Solo les he explicado eso de blasfemar. Pero ahora no se pongan descarados ni lo vuelvan a decir, porque eso no suena en esta sociedad. Sí que somos un poco duros, miren.

Señoras y señores, mis mejores deseos, y añadan un poco de vida, un poco de alma y un poco de espíritu. Empiecen a aprender a pensar con normalidad, por su propia cuenta. Válganse por fin por ustedes mismos. Hablen unos con otros, analicen los libros unos para otros, siéntanse y pídanle al espacio que se les conceda ser elevados en esta soledad —va a ser algo solitario—, en este silencio, en esas meditaciones, y les aseguro, señoras y señores, que oirán a su lado: “Muy bien, criatura mía, yo también estoy. Continúa”. Y entonces

la voz desde el espacio impactará en pleno corazón de ustedes, y debajo. Y entonces también podrán besar.

Señoras y señores, padres y madres, mis mejores deseos.

Les doy las gracias por su benevolente atención.

Hasta luego. Felicidad. Bendiciones y amor. Conviertan sus vidas en algo hermoso. No, así está bien. Hasta la vista.

(Suenan aplausos).

Noche del jueves 4 de septiembre de 1952

—Buenas noches, señoras y señores.

(Gente en la sala):

—Buenas noches.

—Bien, comencemos, qué se le va a hacer. Con una pregunta y una respuesta.

Aquí tengo la primera pregunta de todas: “Señor, mi niño está recibiendo tratamiento de Harry Edwards, ‘el sanador espiritual’. Este escribe que la sanación ocurre sobre todo cuando el niño duerme. Estoy acostumbrada a levantar al niño de la cama a las once de la noche. ¿Es posible que así esté rompiendo algún tipo de contacto?”.

Señora, eso se lo tiene que preguntar al señor.

¿De quién es esto?

(Nadie dice nada).

¿De quién es eso?

(Una señora en la sala):

—Es mío.

—Señora, eso se lo tiene que preguntar a ese inglés. Porque yo no voy a hacer el trabajo de él. ¿Me entiende, verdad? Tiene que escribir usted a ese señor para saber qué hacer. Puedo darle una respuesta yo, eso no es, pero entonces se verá usted sometida a dos personas. Tiene que atenerse usted a una sola persona. Si le doy consejos y él dice: “Eso no está bien”, entonces ya entenderá usted que esto no es bueno para los asuntos espirituales. Eso, por cierto, tampoco lo hace un médico.

Así que mejor escríbale para saber qué hacer. Eso de levantarlo de la cama no supone nada, nada de nada. Aunque su hijo volara, si está en contacto espiritual, aun así tendría que alcanzar a esa criatura. Ahora ya le estoy respondiendo, de eso no se trata. Pero mejor escríbalé y después ya me dirá lo que le respondió. Siento curiosidad sobre lo que dice.

Pero, ¿es usted capaz de entenderlo?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Gracias.

Aquí tengo: “Ya de niño, a los doce años, tuve tendencia a fumar, lo cual en el transcurso de los años se ha convertido en una necesidad insaciable. Tras leer ‘Los pueblos de la tierra’ quiero hacerle esta pregunta: si la personalidad astral se sacia en el ser humano terrenal en lo referente a la comida y la bebida, sin que este sea consciente de que este exceso sea la consecuencia de una

incidencia astral, ¿puede ser entonces también el caso en lo referente a algo como fumar?”.

¿De quién es esto?

Señor, ¿de qué le servirá a una personalidad astral —digamos, yo estoy en el otro lado y usted también— un poco de tabaco de ese?

(Señor en la sala):

—¿De qué les sirve comer y beber?

—Sí, pero ¿qué supone un poco de tabaco, un cigarrillo de nada? Si vive usted en semejante infinitud... Ya habrá otras cosas de las que el ser humano no se libra. Pero ponerse a fumar por influencia del mundo astral y ponerse a fumar más, señor, eso jamás lo he oído. Eso no importa demasiado. Creo que deberá buscarlo más bien, y antes, en usted mismo. Mejor fúmesse algunos menos.

¿Cuántos se fuma usted al día?

(Señor en la sala):

—Diez, quince.

—Señor, eso no es nada. Yo me fumo quinientos al día.

(Risas).

Dicen: un escritor de libros espirituales e instrumento no debe fumar. No está permitido. Señor, durante la escritura en mi casa se fumaba. Había que encender un cigarro a toda mecha, de lo contrario se me habría desbocado el corazón. Y al encender un cigarro se rompía un momento ese cordón, la tensión. Pero esos cigarros... Cuanto más imponente la materia, había una, dos, tres de esas colillas, todas se consumían, así. Solo para romper la tensión. Hay que ver las cosas a las que se aferra el mundo astral, ¿verdad? Pero de lo contrario tendríamos que parar. Siempre hay otros medios. Pero cinco, diez, doce cigarrillos, señor, eso no es nada. Entonces, sin embargo, estoy jugando otra vez a ser médico, ¿verdad? Aunque mejor: no fume sesenta. Sesenta, no, señor.

Aquí tengo: “Al comienzo de las próximas noches de contacto y de las conferencias por los maestros esperamos que haya mucha gente que despierte material y espiritualmente para el bienestar de su propio yo, y que aprenda a aceptar el espacio, viviendo las leyes divinas para ella misma. Aquellos que tengan hambre y sed pueden encontrar satisfacción y refrigerio en ‘El siglo de Cristo’. La trilogía de ‘Las máscaras y los seres humanos’ ofrece una imagen poderosa de cómo es la gente y la sociedad y de cómo tiene que llegar a ser todo esto. Aceptamos que nosotros mismos hemos creado las máscaras cuando nos echamos a patadas de la armonía natural, y tendremos que disolverlas viviendo en armonía. Cada reencarnación conlleva su propia máscara, y tendrá que disolverse, precisamente, por la propia evolución. La cuestión es

ahora: ¿es posible que un solo ser de este mundo esté sin máscara? Yo creo que no, porque la inconsciencia aún tiene que despertar”. La inconsciencia. “¿No es esto un grado de epilepsia...?”.

Venga ya. ¿De quién es esto?

Señor Berends, la epilepsia. ¿Qué es la epilepsia, señor?

(Señor en la sala):

—El límite entre el tercer y el cuarto grado...

—Señor, eso es una forma de epilepsia.

(Gente en la sala):

—Sí, eso.

—La epilepsia es una enfermedad donde uno se cae, señor. Y usted quiere que... Y dice usted en el límite entre la tercera y la cuarta esfera...

(Señor en la sala):

—El grado.

—¿Los infiernos?

(Señor en la sala):

—El grado de sueño.

—¿Del sueño?

(Señor en la sala):

—Del sueño.

—¿La epilepsia?

(Señor en la sala):

—Sí.

—¿Un grado de sueño? La epilepsia es un trastorno en el centro neurológico, en el equilibrio, entre el centro de equilibrio, allí vive la epilepsia. Entonces, si eso... Yo he sanado a personas en ese tiempo ..., se caían fácilmente doce veces al día, de pronto se desplomaban y, hala, al suelo, en la calle, en el tranvía, en cualquier sitio.

Lo he contado aquí alguna vez, entonces estuvimos hablando de la epilepsia. Esa mujer tenía que digerir dieciséis píldoras del médico, al día. Entonces me preguntó si yo la podía sanar. Y solo entonces se hizo el diagnóstico. Y este se encontraba entre el cerebelo y el cerebro. De modo que de entrada eso no tiene nada que ver con su sueño. Digo: “Señora, puedo ayudarle y entonces quizá le dé una vez cada tres semanas, pero lo que es quitarlo, eso no lo conseguiré. Ese nervio está extenuado, ese centro de equilibrio no lo puedo reparar”.

Entonces dijo: “Señor, si eso fuera posible...”.

Lo he... en cuatro meses lo reduje a una vez cada dos semanas. Los reduje a una vez cada tres semanas y después a una vez al mes, luego ya no se caía. Y entonces es que ya ni venía, y me dice: “Porque ponerme mejor no lo conseguirás”.

Digo: “Señora”, igualito que lo decimos en ‘s-Heerenberg, “los drudels”. Digo: “Señora, nadie en el mundo, pero es que nadie, ni la morfina, no habrá nada capaz de que llegue usted a ese punto, pero haga lo que quiera”. Y entonces, poco a poco, volvió a sobrecitarse, sin más, y esto y lo otro, eso la volvió a activar. No la he vuelto a ver.

Pero lo que quiere decir usted, señor, con todo lo que dice: “¿Es posible que un solo ser de este mundo esté sin máscara? Yo creo que no, porque la inconsciencia aún tiene que despertar.

¿No es esto un grado de epilepsia?”.

Si se detiene ante las máscaras... Sí, las máscaras y los seres humanos, si ha pensado sobre eso... Me encontraba en las montañas de Marruecos, se lo he contado, en Turquía, y allí vi las máscaras de la gente, y para la gente. Las máscaras y los seres humanos se pueden ver por todas partes. Pero allí pensé en las máscaras. Y si yo... Pienso: si yo sigo teniéndolas, las arrancaré y las pisotearé hasta dejarlas añicos, las enterraré entre esas montañas, así en Holanda ya no tendré que ver nada con ellas.

Pero, señor, ¿quién está sin máscara? Tienes máscaras conscientes, son terribles, y tienes máscaras inconscientes. Hay millones de máscaras. Si este invierno quieren vivir algo hermoso y poderoso, lean entonces en primer lugar ‘El origen del universo’... Porque luego, en Diligentia, si Dios quiere, comenzaremos hablando sobre el origen de la luna y seguiremos allí, hasta que conozcamos la luna por completo. Asistiremos a la vida embrionaria hasta en el estadio de pez, y después seguiremos.

Pero si quieren vivir y analizar ‘Las máscaras y los seres humanos’ para estas noches, y si quieren ver y conocer sus propias máscaras, será... serán las noches más hermosas y poderosas que jamás puedan vivir en la tierra, porque ‘Las máscaras y los seres humanos’ son libros cósmicos. ¿Entienden? Y si después empiezan a buscar las máscaras... Hay... ¿Cuántas máscaras diferentes existen? Hablo de las conscientes e inconscientes.

¿Qué máscaras sigue usted viendo, señor Berends?

(Señor en la sala):

—Sí, claro, ya habrá máscaras de sobra que uno mismo ni siquiera puede ver.

—Señor, tenemos máscaras que son dispuestas y las que son recalcitrantes, las hay malignas, cariñosas, pueden servirse del diccionario completo, entonces todo rasgo de carácter ya es una máscara. Un rasgo de carácter lo conocemos y el otro, en cambio, no. Y hay rasgos de carácter que el ser humano ni siquiera muestra. Son las recalcitrantes, las máscaras recalcitrantes. Señor, y de esas estamos llenos hasta la coronilla, de las máscaras recalcitrantes. Eso son máscaras. Si uno se atiene a las máscaras —ya entenderá que a partir de esos tres libros se pueden escribir veintiún libros— entonces

tenemos las máscaras para el carácter, para la personalidad, los sentimientos, el amor, la felicidad, el matrimonio. Señor, ¿cuántas máscaras tiene el matrimonio? ¿Unos engañan a otros? No lo sé. Estamos unos ante otros, y llevamos una máscara. ¿Es verdad o no?

(Señor en la sala):

—Desde luego.

—Esas máscaras hay que quitarlas en el otro lado. Eso se lo enseñan los libros de ‘Una mirada en el más allá’. Allí aparecen máscaras de diverso carácter, rostro, espacio: pasión, violencia, artes y ciencias, mentir y engañar, falsedad en documento público, otra de esas máscaras tan divertidas. Señor, hay millones. Resulta que Dios, Cristo, los infiernos, los cielos, la demencia, la psicopatía, las enfermedades, todas las enfermedades de la tierra: son máscaras. Si las conoce, las arranca en ese instante, o en ese momento la máscara se cae por sí sola. La ciencia se enfrenta a máscaras.

He hablado con un señor de una de las radios. Digo: “Deme quince minutos, señor, para hablar de las máscaras y los seres humanos, del ser humano y su universo”.

Y me dice: “Señor, si yo hablo de eso, me echan a mí y a usted a la calle”.

Y el mundo entero anhela ese saber: ¿cómo siquiera es posible conocer esa máscara, en lugar de poder arrancarla? ¿Quién es capaz de ello? Nosotros somos capaces de ello; no se nos da la posibilidad.

¿Cuántos millones de máscaras y de seres humanos hay descritos en ese ‘Las máscaras y los seres humanos’, en esa trilogía? Principalmente solo: el otro lado, el matrimonio, a por el bebé. Un niño que nace psicopáticamente. Una mujer agradecida —eso lo han leído— que deposita allí, cada mañana, o cada semana, un ramo de flores ante la Virgen María, por la gratitud de que está embarazada y de que vaya a ser madre.

Eso sigue pasando ahora cada día, señor, señora.

Y cuando entonces esa criatura sale hecho polvo de ese cuerpo, y el médico necesita unas tenazas y dice: “Vaya, la criatura, es terrible, pero...”. Esas flores no sirvieron, ni María, ni Dios, ni Cristo. Mientras que por allí una mujer pública recibe trillizos, tan sanos como el propio mundo. Entonces eso es una máscara terrible, que conocemos, porque tenemos veinte libros que les explican las correspondientes leyes. ‘Las máscaras y los seres humanos’ son los libros más poderosos que han escrito los maestros. Yo mismo sigo leyendo en ellos a diario. ¿Usted también?

(Señor en la sala):

—Sí. Yo...

—Ahora estamos ante la epilepsia: una máscara, señor, una máscara física. Tenemos máscaras físicas, espirituales, espaciales, divinas. Pregunten este invierno sobre ‘Las máscaras y los seres humanos’ y volveremos a escribir,

entonces lo que haremos será... y además lo integraremos. Tenemos listo otro libro, como saben.

¿Está lista, señorita, con este libro de aquí? ¿Está la señorita Bruning aquí?

(Señora en la sala):

—No está terminado del todo.

—¿No es poderoso?

(Señora en la sala):

—Sin duda.

—Señor, señora, tenemos una obra, entre 1950 y 1951, ¿no?

(Señora en la sala):

—Entre 1950 y 1952.

—1952. Eso es 1950-1951. No hemos integrado nada de 1952.

(Señora en la sala):

—De 1949 a 1951.

—Ahora ya estamos acercándonos a 1953.

Bueno, es que es tan impresionante, allí están sus propias preguntas, señor Berends. Cuando lo reciba, en el fondo ya no tendremos que decir nada. Pero si todavía quiere empezar, este invierno, con ‘Las máscaras y los seres humanos’, escribiremos un nuevo libro. Pero entonces espero que me hagan aquí preguntas, y entonces seguiremos encima. Esos libros los puedo... Dos veces se me pidió: léalos en voz alta. Claro, y entonces soy yo el que está leyendo y así ustedes no pensarán. Ustedes mismos las tienen que sacar, tienen que resaltar las máscaras. Pero lo mejor es: comiencen con sus propias máscaras. El ser humano no lo hace.

¿Quieren creerse que cuando estaba allí fuera, pienso: ‘Por qué tengo que volver otra vez a Holanda?’. Ustedes están aquí, una sala entera llena de gente, creo que tienen sed, pero he pedido a los maestros: “Por Dios, dejen que me convierta en limpiabotas. Cuando ves esto y oyes lo otro: es que no aprenden nada”. No lo sé.

Pero unos tropiezan con otros. Unos ven las máscaras de los demás. “¿Y qué te parece eso?”. “Y tienes que ver aquello. Ejem, hay que ver que...”.

Y así sigue y sigue. Jamás unos pensamientos hermosos sobre el ser humano. Uno se pone malo cuando oye ese parloteo. Y hay gente que lee libros y asisten durante cinco años a las conferencias, y luego solo cotilleos y parloteos. Si uno no para, tampoco caerá esa máscara; jamás. ¿Es así? Escuchen. No van a escuchar, ya se lo he dicho, no siguen esa escucha, ni siquiera escuchan lo que ustedes mismos dicen, no piensan: eso también es una máscara. Porque todavía es para la sociedad entera, para su propio yo y para su tarea y hagan lo que hagan, siguen siendo cotilleos. Adelante, enójense.

Yo he meditado. Y ustedes, ¿qué han hecho en ese tiempo? Si de verdad hubiera pensado más a fondo, señor Berends, los últimos años ha hecho usted

tantas preguntas espirituales y cósmicas, entonces ni siquiera se habría referido a esta epilepsia. ¿Ve? Por eso siento que sigue sin avanzar, que de ninguna manera ha meditado.

Después de esos pocos días que estuve ausente y que volví, ya recibí treinta cuadros, treinta. Platos, maestros, Van Dyck, el propio maestro Alcar pintó. Claro, cuestan cien mil florines, para publicar los libros. Jamás conseguiremos venderlos. Pero llegará un día en que los tengamos.

Y ustedes, ¿qué han hecho pensando? ¿Han arrancado las máscaras? Señor, cuando ve las desgracias, el infortunio... Seguramente pensarán: se lo toma todo a la tremenda, pero eso no es, nuestras reuniones, estas noches, solo les servirán si agarramos esas máscaras por el cogote, y como dice Frederik: y los ponemos bajo nuestros pies y los hacemos añicos a pisotones.

Y hay quienes se suben a la copa de un pino, señor Berends, crees que les puedes torcer el cuello y allí los tienes, se ríen de uno a sus espaldas. Y usted, ¿no lucha contra eso? Usted, ¿no tiene que ver con eso? El ser humano no se apea de su amor propio. ¿Una máscara? No, señor, esa es la visible. Pero el ser humano se quiere conservar a sí mismo. Con que solo le aclares algo muy nimio al ser humano, y es verdad, pero toca un poquito esa personalidad, volverá a ponerse esa horrible máscara, que entonces significa y es amor propio, y no hay quien la atraviese.

Aquí podemos ponernos a hablar de esto el invierno entero, sobre su breve nota; pero voy a continuar un poco, porque esta noche no tengo muchas. Y así podrán hacer preguntas al respecto.

¿Qué tiene que hacer usted? En realidad, ¿qué quiere empezar a hacer aquí? Le he dicho cien mil veces: es aquí donde vive en el otro lado. Y no allí. Es usted posesión de la eternidad. Y al ser humano no le da la real gana deponer esas máscaras espirituales, cristianas, espaciales, divinas. Es por eso que en el otro lado vivirá en las desapacibles tinieblas que no son otra cosa que un hedor horripilante. Se blindan tras una máscara y jamás entra un soplo de aire fresco espiritual. ¿No es así? Y ahí estamos, pues. Sí, señora.

Pregunta: “Si se produce la muerte por cáncer...”.

Vaya, con esto ya hemos terminado, ¿no señor, Berends?

(Señor en la sala):

—Sí.

—“No es posible que un solo ser de este mundo este libre de máscaras?”. ¿Harán preguntas enseguida sobre eso? ¿O es que las tengo que buscar yo? ¿O a empezar a ver yo? No creo. ¿No hay ni un solo ser humano en la tierra sin máscaras?

Señor, el ser humano —bueno, ahora ya estoy volviendo otra vez—, el ser humano, con sus máscaras, ¿está libre para Dios —le ayudaré a pensar un poco—, para su amor, su amistad, su camaradería, su tarea? El criado engaña

a su jefe y roba horitas, es vago; el jefe, bueno... Y así podemos seguir y seguir, y solo estaremos con lo físico, con lo social. Pero espiritualmente. El ser humano odia a alguien y no saben por qué. Hay gente que me ha odiado. Podía hacer yo lo que quería, y aun así odio, y no sé por qué. ¿Qué es eso, señor?

(Señor en la sala):

—Es una máscara.

—Una máscara del pasado. ¿Por qué odia el ser humano al otro? Primero hay que echar ese odio, porque si no jamás llegaremos a verla. Y esta es horrible. Primero todos tienen que vivir y ver a fondo el otro lado, y solo entonces caerán las máscaras, señor y señora. Todavía siguen viviendo demasiado en la tierra. Lo que quieren es estar aquí, no quieren soltarse, no quieren aceptar pertinentemente ese pensamiento: ya vivo detrás de ese ataúd. Porque cuando uno muere, cuando uno duerme, sale; va a la frontera —ya estamos otra vez con los libros— a la que pertenecen, se adentran en un mundo que es el suyo, con sus máscaras, su odio, su desintegración, su destrucción. ¿Qué quieren? Hay que ver con su iglesia católica.

No se lo estoy diciendo a ustedes, señoras.

Eso es el protestantismo de Caifás. Eso no suena ni rima. Pero hay algo vinculado a eso por lo que se le asesinó a alguien en el Gólgota. Y todas esas máscaras horribles, señor; máscaras y seres humanos, máscaras y seres humanos. Primero tienen que saber dónde están las máscaras divinas, las espaciales, y dónde viven, si quieren tener un asidero, y entonces uno se pone a arrancarles los dientes. No con unas bonitas tenazas de dentista, sino con una corriente del señor Van Straaten.

(Risas).

Una de esas auténticas, manchada de aceite. Los arrancas sin problema y entonces le tuerces el pescuezo a una máscara de esas.

El maestro Zelanus dijo hace poco en Diligentia: “El ser humano está colgado, se clava en una pared cósmica eterna y sigue colgado, porque no le da la gana comenzar por su propia cuenta”.

¿No? Sí, hay que ver cómo me estoy volviendo a tomar todo a la tremenda esta noche, ¿verdad?

“Si se produce la muerte por cáncer, la ciencia ¿puede determinar en qué grado estaba esa enfermedad?”.

No, señor, la ciencia hace sus constataciones cuando está el cáncer y ha llegado la muerte, el ser humano muere por ese cáncer, la ciencia determina el estado en que está esa enfermedad, porque la ciencia aún no conoce grados de cáncer.

“Suponiendo que todavía no es el grado más elevado, una siguiente vida ¿sí que puede verse afectada por ella?”.

Vaya, vaya, vaya, vaya, vaya, vaya. Señor Berends, tiene que aprender a pensar.

Esas historias de cáncer ya las hemos tratado aquí mil veces.

“Suponiendo que todavía no es el grado más elevado...”, en ese ser humano, ¿claro?

(Señor en la sala):

—Sí.

—... “una siguiente vida puede verse afectada por ella, ¿no?”.

¿Cómo vuelve a juntar y a conectar eso? Ese ser humano de allí muere, aquel otro muere por cáncer. Yo, por ejemplo. Volveré a la gente que no tiene cáncer, señor, porque es un asunto de familia, y seré tan libre y volaré y llegaré a tener un organismo hermoso, quizá me convierta en una niña, en una madre, y no tenga nada que ver con el cáncer ni con la tuberculosis ni con la lepra, señor. ¿Por qué reduce usted una y otra vez la desgracia material y el estado material a las leyes espaciales espirituales, que son del espíritu?

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

Dígame.

(Señor en la sala):

—Probablemente sea una falta de pensamiento que me hace entrar a mí mismo en ese estado, no tengo problemas en admitirlo. Pero si entonces queremos leer esos libros de tal forma que sea según nuestra propia comprensión, resulta nuevamente que es imposible que pensemos suficientemente más allá”.

Señor, le contaré otra cosa. Usted mete allí libros que escribe e imagina usted mismo. Es eso. Si solo se atiene a lo que pone allí... Porque cuando un libro ya no ofrece más que aquello... que ‘Las máscaras y los seres humanos’, es algo que le permite pensar y ponerse a construir, cuanto quiera y lo profundo que desee. Pero si se queda parado en lo que dice allí, señor, entonces ya tiene suficiente, y quizá ya no lo pueda procesar de tanto que contiene. Pero usted mismo se pone a escribir libros.

Tenía que limitarme a una sola pregunta y una sola respuesta, y se me concedieron cuatro semanas para hacerlo. Y si no tenía yo esa explicación, el maestro Alcar no podía seguir. Así que tengo que enseñarles a pensar, para eso se escribió ‘Las máscaras y los seres humanos’, para ponerlos a pensar.

Señor, señora, el pensamiento normal, el real, es lo más elevado que posee el mundo. Son los catedráticos, los médicos, los genios. El arte... si un pintor no es capaz de atravesar la materia con la que pinta y no es capaz de imaginar cómo funciona todo eso, seguirá siendo una chapuza. Y si el escritor no siente lo que escribe mediante su palabra y dice las cosas al tuntún, entonces ese libro no valdrá nada. Cuando el escritor no ha tocado el sentimiento de forma esencial, este será falso, señor. Y el crítico dirá: “Señor, eso son tonterías”.

La vejez y la conciencia hacen pensar y sentir y eso lo que anhela el ser humano con toda su alma, los viejos y los jóvenes, los hombres y las mujeres.

Y usted lo sabe irremediabilmente cuando ve un cuadro o si oye música hermosa, oye esto, dirá de inmediato: “Eso no es nada”. O una película. Dará usted de inmediato un portazo con su sentimiento. Unos así, otros así. Los sentimientos humanos difieren según la conciencia, y entonces aparece la crítica, el saber. Pero cuando uno no penetra en las cosas, si uno no piensa más a fondo, entonces no llega. No tiene que apartarse de lo que viene en los libros y no meter más cosas. Va usted, así como así, de la materia al espíritu. Se lo he contado más de una vez. Y el mundo espiritual es otro, a su vez. Es el interior. Somos nosotros, el que habla ahora, el que piensa. La materia no tiene nada que ver. ¿Qué va a poder hacer luego ese cáncer, señor?

¿Le ha quedado claro, señor Berends?

(Señor en la sala):

—Sí, gracias.

—Y qué sencillo es, ¿no le parece? Más sencillo imposible. Con tal de que uno empiece a pensar.

(Jozef sigue leyendo):

“Página 171, 172, allí dice...”. ¿En qué libros? ¿También en ‘Las máscaras y los seres humanos’? “Si la gente no cumple su palabra, vendrán los osos, además de los jacintos...”. Los jacintos. Claro, ¿querrá decir los chacales?

(Señor en la sala):

—No, vienen los jacintos.

“... para arrancarle la cabeza a mordiscos”.

(Señor en la sala):

—Sí, así lo pone en ‘Las máscaras’, parte 2.

—... las piernas...

(Señora en la sala):

—Hienas.

—“... si la gente no cumple su palabra, vendrán los osos...”, los osos.

(Señor en la sala):

—Sí, los osos y los jacintos.

(Gente en la sala):

—Hienas.

—E hienas, les digo. ¿No es un jacinto una flor?

(Risas).

Pero quizá haya allí... entonces es un error tipográfico. Pero no creo que los jacintos... Un oso y un jacinto nunca se van a pelear. Señor, creo que habrá estado usted en Haarlem en la exposición floral y que esas flores se le han quedado en la cabeza. Pero los jacintos y los osos no se pelean. Nunca he oído a esos dos tocar el violín.

“... si la gente no cumple su palabra, los osos y las hienas para arrancarle la cabeza a mordiscos. Respuesta: tendrán que poner algún día las cartas boca

arriba”.

O sea que ahora quiere saber lo que eso significa, ¿no?

(Señor en la sala):

—No, no lo quiero. He tomado esas frases y las he escrito aquí como respuesta, a saber: ¿es correcto eso?

“... tendrán que poner algún día las cartas boca arriba”.

Si un ser humano no cumple su palabra, eso significa... Frederik usa unas metáforas gigantescas y aparecen los osos y los jacintos...

(Risas).

... ya lo ven, el ser humano es susceptible de ser influido...

(Jozef reacciona así por la tos de alguien en la sala).

... “vienen los osos y las hienas a arrancarle la cabeza a mordiscos”.

Señor, eso quiere decir que lo malo en el ser humano destruye su propio carácter. ¿Entiende? Son...

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

Dígame.

(Señor en la sala):

—De modo que la respuesta que está debajo no es correcta?

—“... algún día tendrán que poner las cartas boca arriba”.

Es correcta del todo, señor, porque no les queda otra que poner las cartas boca arriba para lo bueno y para el espacio, para las máscaras. Trata de las máscaras y los seres humanos, ¿no? Así que esos rasgos de carácter y no... El ser humano que incumple su palabra, y todos esos rasgos equivocados, significan... tienen rostros equivocados, tienen máscaras, pueden rugir, pueden hacerte mal, y luego tendrán que inclinar la cabeza, arrancar máscaras y poner las cartas boca arriba.

¿No es sencillo?

(Jozef sigue leyendo):

“Frederik, con toda la guasa que tiene, le dice a Hans: ‘Y hazte con unos revólveres, junto a la jungla’. Entiendes, y quieres... Respuesta: “Ten cuidado, cuídate”.

Mire, ¿quiere saber lo que significa eso?

(Señor en la sala):

—Sí, de eso se trata precisamente.

“Frederik, con toda su guasa, le dice a Hans: ‘Y hazte con unos revólveres, junto a la jungla’”. Y la respuesta es: “Ten cuidado, cuídate”.

O sea, eso quiere decir que cuando uno entra, desciende, en la psicología, en la psicopatía y en la demencia, señor, entonces se necesita una enorme cantidad de armas espirituales para protegerse a sí mismo, y eso es: fuerza de voluntad, conocimiento, intuir sobre todo, pensar, el sentimiento sensible. Esas son las armas que hace falta tener para seguir los estudios de psicología...

de psiquiatría y querer descender en un manicomio. Porque de eso se trata. Esa era la intención de Frederik.

Váyase alguna vez desarmado a un manicomio. Entre una pandilla de unos doscientos, trescientos, algo así. No entre dos, cuatro, cinco o diez; eso no es nada, no, unos doscientos, trescientos. Como ser humano normal, entre allí alguna vez. El propio médico ya huiría. Desarmado, en un tiempo de... en un breve tiempo, señor, personas que no son fuertes, enfermeras, enfermeros, también son psicopáticos. Descienden.

He hablado con gente que no pudo soportarlo. Es un trabajo tan increíblemente difícil, duro, para las pobres enfermeras y los pobres enfermeros, también para los médicos, tener que vivir y hablar con esos humanos inhumanos, eso es más terrorífico, y entonces uno tiene que estar armado. El médico está armado por su estudio en la psiquiatría, en la psicología. Pero el profano no se ha enterado de nada, señor. Y entonces Hans le dice a Frederik (véase 'Las máscaras y los seres humanos, parte 2, capítulo 10, Frederik le dice a Hans), señor: "Ten cuidado y llévate unos revólveres". Son rasgos de carácter que uno tiene en sus propias manos.

Si esto en el momento en que ambos hablan... si hubieran dicho: "Oye, Frederik", dice Hans, "mejor ten cuidado, porque no es sencillo", pues, no tendría sentido. "Bueno, tú métete y haz lo que quieras". Eso no tiene sentido. Si te pones a reproducir esa película, y no dices otra cosa, señor, entonces está muerta, esa palabra está muerta. Por eso es una metáfora de primera, un destello, un estímulo, que te enseña a pensar, que te hace pensar, que te hace sentir. Cada palabra, cada frase, es una posesión universal de 'Las máscaras y los seres humanos'.

Oí a un psicólogo, el año pasado, lo había leído, un psicólogo, dice: "La obra mayor, mayor, mayor que algún día leeré otra vez mientras viva en la tierra es 'Las máscaras y los seres humanos', de Jozef Rulof". Un psicólogo. Dice: "Dios mío, Dios mío, esos libros los puedes leer mil veces, porque cada frase te vuelve a conectar con el espíritu, con el espacio, con la sociedad, con el estudio, con la ciencia, con el propio ser humano". Allí estamos.

"Ten cuidado, cuídate...".

"Cuatro: atención con los negros y con el camellero. Tú mismo eres un camello e impulsas tu propia vida hacia la desintegración. Fantasía es una princesita".

Sí, mira, estimado mío. Claro, ahora Frederik está loco, ¿verdad? En ese momento, donde escribe usted eso, Frederik está loco y cuenta las mayores majaderías con verdad y humanidad, pero entonces tenemos que recurrir al libro. Si el libro está aquí, necesitaré diez noches para analizar esa historia del manicomio, ese día y medio que vive allí con Hans en el sanatorio, porque cada dicho extraño que ofrece Frederik aún tiene un significado pertinente.

(Señor en la sala):

—Pero eso nosotros jamás vamos a poder sacarlo de allí, ¿no?

—Eso jamás lo sacarán. Pero la sociedad está loca de remate, es inconsciente, demente. No son... En la sociedad uno se encuentra con esos osos, esos chacales. Y hay gente desarmada que otros abaten a balazos, conscientemente, como si nada. ¿Es que queda tan poco claro?

(Señor en la sala):

—No, tampoco es eso.

—Pues, ya estamos otra vez. Mire, todo lo tiene que... Esos tres libros son la sociedad con el ser humano, la sabiduría, artes y ciencias, todo está allí. Se ve usted allí rodeado por el alma y el espíritu, que le echan una flor. Frederik añade un poco de karma y va dando vueltas en patines alrededor de esa pérgola. Y de pronto llega desde la realidad a la irrealidad. Y entonces dio un beso. Y dio en el blanco, porque la enfermera se vio... se quedó, y estaba sentada y colgada, y se sentía hipnotizada. Dice: “Y además soy hipnotizador”.

En ese mundo loco, loco, señor, se desarrolla el hipnotismo inconsciente y consciente. Es decir, el ser humano parlotea y habla y hace y actúa, y allí hay un médico al mando que tampoco se aclara. Porque dice: “Si aquí se me muere uno, Frederik, entonces le colgamos a ese fiambre una tarjetita del cuello y se va como una flecha a Dios, y allí pone: “Si tienes más de estos dementes y locos, para entonces, porque no eres un creador normal. Y deja de enviar locos y necios y fantasiosos al mundo. El en fondo, ¿quién eres?”. Dice: “Pero todavía no tenemos una respuesta”. Dice: “Quien sea quien esté allí arriba, y sea quien sea, da igual, pero...”.

Y entonces Frederik dijo algo pero volvió a tragárselo.

Él dice: “Pero ese hombre de allí, o esa divinidad, piensa: arréglatelas tú mismo. Pero, qué clase de Dios es este”, llega de inmediato, “que no tiene otra cosa que hacer que enviar a locos, necios y enfermos al mundo?”. Eso dice un erudito.

Son máscaras, señor. ¿Que nos hacen caer redondo? No, señor, es el ser inconsciente de la humanidad, las facultades. Ese médico, ese profesor Hansius se queda... —allí está el mundo, ¿no?, ‘Las máscaras y los seres humanos’ tienen agarrada por el cogote a la creación entera—, el médico, el psicólogo, el gran erudito se queda sin poder hacer nada. Ese todavía tiene que colgarle una tarjetita al fiambre y anotar en ella: “Envía gente sana, por favor”, o aclárame estas desgracias creadas.

¿Qué desean? Las máscaras y los seres humanos. Y Frederik anda a su lado y luego añade todavía: “Si me tomas el pelo, señor, te destruyo”. Ha habido cien millones de asesinatos por el bien y el desarrollo de la humanidad. Pero

eso ya no lo hacemos hoy en día. Pero a estos uno los...

La locura, la inhumanidad y los follones fríos y huecos que hay a diario en la radio y que se leen en los periódicos, señor, son el estancamiento, la lepra para el espíritu. Y no hay forma de averiguarlo.

Tenemos medicinas y no les da la real gana tomárselas. Y de verdad que se ponen mejor. Ya no hay máscaras. Y ese médico, ese catedrático ya no tiene que preguntar: “Oye, Dios, ¿por qué sigues creando locos y enfermos?”. Porque entonces caerá la máscara y ese mismo médico contemplará su propia cara y dirá: “Maldita sea, hace doscientos mil años yo mismo empecé con esto”.

Y entonces el señor Hans se queda arrodillado y se para de inmediato, o seguirá habiendo una chispita de cariño en él para decir: “Pues, sí, es difícil de narices”. Igual que yo ante esto, mientras pensaba: ‘¿Por qué tengo que volver otra vez para ponerme a hablar, de todas formas no aprenderán nada’. Y Hans dice: “Lo dejo porque no hay nada que pueda hacer”.

Yo también. Y entonces me topé allí con unas cuantas hormigas, las seguía, así, y entonces se convirtieron en un montón, digo: “¿Qué hacen (hacéis)?”.

Dijeron: “Pues, vivimos por gusto”.

Entonces yo también empecé. Ahora vivo por gusto.

¿Quieren saber algo más sobre ‘Las máscaras y los seres humanos’?

Ya les gustaría detenerse más ante eso, ante ese Hans y ese Frederik, ¿verdad?

Señor, venga con las preguntas y tendremos poderosas veladas. Profundizo realmente mucho en eso, porque entonces uno vuelve a vivir.

“Tú mismo eres un camello”.

Miren, un camello... “e impulsa tu propia vida hacia la desintegración”. Eso no significa que un camello... un camello no es lo mismo que un ángel. Un camello todavía es un animal prehistórico. “E impulsa esa vida hacia la desintegración”. Es decir, ese estado de aquel animal como sintonización no tiene otra cosa que hacer que llevar cargas, trabajar para el ser humano, servir la desintegración, la desintegración.

Un rasgo de carácter como de camello, señor y señora, lo sacamos de vez en cuando a golpes. Eso lo hacían antes. Entonces el hombre agarraba una porra y le daba una paliza a Eva, en la jungla. En el prado justo fuera de la jungla había un pequeño lago, volvíamos a bañarnos y nos olvidábamos de todo. Pero esos rasgos de carácter los fuimos sacando a golpe. Y un buen día Eva se fue. Entonces Adán se quedó solo y ya no nacieron más niños. Entonces se detuvo la creación.

Y si no llegamos a conocer esos sentimientos parecidos a los de un camello, entonces ya entenderán... Él podría haber mencionado grados de conciencia de buey, de cocodrilo, de serpiente, de animales. Tenía aires de gato salvaje,

ladraba como un perro, ratones, ratas, piojos, pulgas, etcétera. ¿Son todos grados animales que pueden influenciar el rasgo de carácter del ser humano? No, que el ser humano ha creado él mismo.

¿Qué? ¿Quiere una joroba doble o una simple?

(Risas).

Esas jorobas dobles... El mundo todavía no sabe por qué un camello tiene una joroba doble y el otro una simple. Claro, ya nos gustaría saberlo. ¿Por qué un camello tiene dos jorobas, con una entalladura, con un valle de esos, y otro, cuando estás encima, no tiene más que una pequeña elevación? Bueno, bueno, bueno. Si usted lo supiera, señora, se iría enseguida a Turquía y se pondría a buscar el arca de Noé. Porque esa es la interrogación para el arca de Noé. ¿Lo sabía?

(Señor en la sala):

—No.

—Yo tampoco.

(Risas).

Sí, sí.

“Tú mismo eres un camello e impulsas tu propia vida hacia la desintegración.

Fantasia es una princesita”.

Señor, ¿no es una princesa Fantasia? (Véase ‘Las máscaras y los seres humanos’, parte 2, capítulo 10). Ese Frederik es un artista fantástico. Dice: “Fantasia es una princesita. La conocí en Londres y París, y por todas partes; bailaba, cantaba y gritaba, vendía flores en el bulevar de Scheveningen, junto a la playa. Y él no paraba nunca. ¿Puede hacer eso usted también un momento? ¿Repensar unos veinticuatro mundos, así, uno tras otro, y largarlos? Es que entonces la sociedad dice: “Ese hombre está loco”. Contar sinsentidos y sabiduría era algo de lo que solo era capaz Buziau (J.F. Buziau, cómico holandés, 1877-1958). ¿No es así? Y quien no lo tenga es falso y no se merece un céntimo. A esa gente la expulsan del escenario. ¿Pues?

Fantasia, señor, es una princesita, sin duda, es una baronesa, es una condesa. Señor, nosotros nos tomamos el pelo cada día, cada hora. Rebosamos fantasía. Sin base, sin fundamento, señor; volamos, planeamos, vivimos por encima de nuestro ánimo y de nuestra clase. ¿No es así? Señor, y esa, ¿qué princesa es? Es una nobleza que tiene anemia. ¿No es así, señora? Comen todos los días coles de Bruselas. Claro, eso no se lo imaginaban, ¿verdad?, que durante las noches espirituales de Jozef Rulof, con todos esos libros espirituales y esos cuadros, habláramos aquí de coles, ¿verdad que no, señora? Sí, sí, pero las coles son ricas. Yo jamás las como, no es eso.

(Risas).

“Fantasia tenía un colorante mezclado”. Sí, señor, todo eso no es más que papel pintado, no es más que envoltorio, es un guardarropa, señor, se compró de fiado. Está totalmente empapelada, es una de esas que se emperifolla y que agita los brazos y que planea y que agita los brazos y que baila y que salta y que canta y que toca el piano a las nueve de la mañana, nunca hay café a las once. Es fantasía.

¿Tienen ustedes algo de eso, señoras?

Sí, a los señores también se les dará una bofetada, los hombres caballerosos son todos osos. A ver, ¿qué señor puede haber aquí con dos jorobas, como un camello...

(Risas).

... en sus sentimientos, en su ánimo?

Señora, ¿es que él no tiene también dos jorobas?

¿Su dama, su señora, también está aquí?

Señora, dígame: ¿alguna vez ve todavía dos jorobas de esas?

Hay hombres que ya tienen una de las jorobas en Estados Unidos y la otra en Rusia. Tantos huecos hay entre una y otra que la mujer nunca se puede sentar a gusto encima a descansar.

(Risas).

A ese camello se le doblan las rodillas, ¿verdad, señor? No, no es capaz de cargar con esos encantos. Pues, francamente, ni tan mal. Hombres que son como camellos, vaya.

(Risas).

Señor, ¿quién es usted?

(Señor en la sala):

—Cuando el camello se cae de rodillas, tiene sed, ¿verdad que sí?

—Lo único cierto es: siempre llevan agua. Y pueden... Sí, son unos tipos del desierto. Hay que ver la cantidad de camellos que tenemos aquí por La Haya. Por donde vayas ves hombres camello.

(Risas).

Señor Berends, ¿o acaso es que ese camello de un solo bultito es la dama? Entonces hay algo en la creación que no cuadra. En fin.

Aquí tengo también: “Tenía más bazas, pero solo recurría a ellas cuando era necesario”. Esa es aquella Fantasia, esa princesita.

“Ocho: nos hemos besado tanto que entretanto murió mi mujer”.

¿No es horroroso?

“Nos hemos besado tanto que entretanto murió mi mujer”.

Bueno, mire, señor Berends, va soltando usted hachazos por todos lados, y entonces de pronto encuentra algo por allí, pero eso sigue... Para eso necesi-

tamos el libro. Si lo tiene, si quiere encontrar la explicación de todo —porque allí hay un parloteo extraño, pero eso para su ser loco significa algo, ¿entiende, verdad?— y si quiere analizarlo y quiere tener la palabra para ello, entonces tiene que traerse el libro, yo se lo leeré a todos ustedes y nos pondremos a sacar de allí lo que tiene de hermoso. Pero no tiene que arrancar de su contexto ese puñado de proverbios, así yo tampoco ya tengo a lo que asirme. Ya sé a qué se refiere, pero entonces no le sirve de nada, porque eso no hay quien lo entienda. ¿Es cierto?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Claro, puedo añadir alguna cosa, pero por allí no van las cosas, ¿no?

“Hemos besado...”. Bien, de acuerdo.

Nueve, eso es ocho y nueve. “La hemos enterrado y puesto de vuelta y media”.

Vaya, vaya, vaya: “la hemos enterrado”, o sea, la mujer fallecida en ‘Las máscaras y los seres humanos’, “y puesto de vuelta y media”. Pero ¿qué vuelta y media?

(Señor en la sala):

—Lo que yo entendí es que por el estado en que se describía esto se arrancó una máscara.

—Sí, es como debe ser. He oído que han estado en ‘s-Heerenberg.

(Señor en la sala):

—No.

—No, no usted, sino otra gente. Y esa gente ha estado ante la cabaña de Sint de Tien, y allí solo se enterraba a gente que se había ahorcado. Y eso es pues, el hombre que se ahorca, el hombre que sisa, que roba, que descuartiza y que hace de todo, a ese se le pone de vuelta y media. Qué divertido, ¿verdad?

“Lo hemos enterrado y puesto de vuelta y media”. Mire, con lodo, con cotilleos, de donde procede el ser humano, lo que arrastra, lo que hace que despierte y se duerma. Eso Frederik no lo llama la desintegración en la sociedad, sino: hemos puesto al ser humano de vuelta y media. Y allí yace ahora. ¿Hasta cuándo? ¿No es divertido?

(Señor en la sala):

—Yo no saqué eso.

—Es que no lo sacaré, porque para eso hace falta pensar. Al ser humano se le pone de vuelta y media. ¿De dónde viene esa expresión revuelta? Es decir: que se cotillea, chismorreá sobre el ser humano. Pero cuando el ser humano se excluya a sí mismo de la sociedad, la iglesia católica lo pondrá a usted de vuelta y media, porque usted mismo se ha colgado de la cruz. Usted mismo se dio una tarjeta de visita para la sociedad: no hay que suicidarse. Y Frederik, que es tan inocente e infantil, dice: “El ser humano se pone a sí mismo de

vuelta y media...”.

¿También había sacado eso? ¿No es divertido? Eso es ‘Las máscaras y los seres humanos’.

Me pegué un susto tremendo y he reído cuando dijo todo eso, porque yo estaba al lado y pienso: ‘Ay, ay, ay. Eso lo ha escrito Frederik van Eeden’.

“¿A ti qué te ha pasado?”.

Dice: “Bueno, había terminado una obra de teatro, eso también era “fantasia”, y otro libro; los destrozaron”.

Y son las mejores de todas sus obras, pero no pasó. Sin embargo, aquí puede desfogarse un poco con ‘Las máscaras y los seres humanos’. Fue un contacto poderoso cuando lo empezamos. Y precisamente en unos momentos hermosos de lucha, de desintegración y destrucción apareció una maravillosa creación en la tierra. ¿No es divertido? Los maestros lo aprovecharon y crearon una trilogía y pusieron al ser humano de vuelta y media. Contiene algo para todos.

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

¿Cuántos minutos me quedan, señor?

(El técnico de sonido):

—Pues calculo unos siete minutos más, quizá diez.

—Y desapareció una máscara.

Sí, después desapareció una máscara.

“El alzamiento de Napoleón... ¿El levantamiento de Napoleón?” ¿Napoleón...? “Las ratitas de Napoleón no cuestan nada”. Claro. El alzamiento de Napoleón, Napoleón.

¿O?

(Señor en la sala):

—Las tartitas de Napoleón.

—¿Sus tartitas? Aquí pone ratitas.

(Risas).

El alzamiento..., una ratita ¿puede alzarse? Ah, no, claro, una tartita sí.

“Que se levante una tartita Napoleón no cuesta nada y son ricas”.

Pero, vamos a ver, ¿esto qué es? Todo eso está en el momento... Todo eso se dice y escribe en el momento en que Frederik está junto a Hans en el manicomio. ¿No es así?

(Señor en la sala):

—Así es.

“Que se levante una tartita Napoleón no cuesta nada y son ricas”.

Porque el ser humano destruye, el ser humano se destroza a sí mismo, y se dilata. Napoleón se dilató. Eso él lo llama una tarta, su vida fue como una tarta. Se dilató hasta alcanzar el cielo, los cielos, y en el frío invierno se vio ante Moscú y se heló. No cuesta nada. Eso es cosa de cada uno. “Y son

ricas?”.

Señor, la respuesta es: si hace eso, estará enriqueciéndose —y esa ya es la respuesta— a costa de otros. Y si quiere aceptar la vida, y comenzarla y vivirla mediante la desintegración, mediante la destrucción, como un Napoleón, señor, entonces ¿qué queda de todas esas máscaras espirituales y espaciales?

Ya lo habrá entendido: ese Frederik, en su estado junto a Hans, en ese mundo loco, dice cosas que en la locura siguen siendo normales y que representan realidad. Pero esta la tiene que sacar usted mismo. Dice locuras y expresa la realidad, pero sigue controlando el mundo. Y entonces uno puede pensar. Entonces uno puede tardar un mes en hacer una sola página, no más que un solo capítulo. Porque le digo: ese ‘Las máscaras y los seres humanos’ contiene al menos veintiún libro más. Sobre este libro pueden escribirse veintiún libros, gruesos, bien gruesos de setecientas cincuenta páginas.

Antes del descanso, ¿qué más tiene que preguntar sobre esto, señor Berends?

(Señor en la sala):

—Bueno, algo más quisiera preguntar, y también guarda relación con esto, con todo lo que se dice allí. Porque allí pone: “de una demencia consciente, una demencia enfermiza en la psicopatía”. Esas cosas también se describen en ‘Las máscaras’. Y de cada una se ofrece una explicación, cuándo se trata de una y cuándo de la otra. Pero resulta que sabemos de Frederik que se fue conscientemente al manicomio. Eso, pues, he tratado de sacar de su lectura. ¿Cuál fue aquí la causa de que en el fondo quería ir al manicomio para ir a vivir a todos esos locos e intentar investigar si muchos más querían convertirse en máscaras? ¿Cuáles son aquí las causas de esas personas que están allí como supuestos locos? ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, allí hay mucho más y es mucho más claro y sencillo. Frederik desciende, se va al manicomio para estar con Hans, para conocer a esos locos. Y Hans no los conoce con su estudio. Y cuando uno no quiere vivir a un loco, tampoco lo llegará a conocer. Hay que volverse loco; y aun así continuar siendo consciente.

(Señor en la sala):

—¿Es posible eso?

—Pues, ¿no lo ha vivido usted...?

(Señor en la sala):

—Frederik.

—Eso queda demostrado aquí en libro, ¿no?

(Señor en la sala):

—¿Puede hacerlo también otra persona?

—Ya puedo hacer aquí el loco todo cuanto quiera y no lo estoy.

(Señor en la sala):

—¿Sí en el manicomio, o no?

—¿Quiere tener usted esta noche sinsentidos y dice usted: ‘Estupendo, señor’, entonces le daré esa sabiduría en ese mismo instante. Es que esta noche puedo jugar a ser bailarina, ¿no?, aunque no me entere de nada; no haré esos pasitos tan expertos, seamos honestos, pero puedo ponerme a bailar, ¿o no? ¿Y quién diría que estoy loco? ¿Estoy loco entonces si alguna vez me doy aires? Vaya a bailar esta noche y disfrute.

Esta noche me imagino que soy Paganini. Vamos, a afinar el violín y a tocar. ¿Toca usted el órgano? Entonces yo tocaré el violín. Eso lo podemos hacer de verdad, igual que lo hacía Paganini, solo que usted no lo oirá, ahora hay que sentirlo. Entonces, ¿quién está loco? Pero ahora me meto en ese loco, me meto de verdad, y quiero conocer a ese hombre, a esa mujer, en su pensamiento y sentimiento. Y esa es la psicología para Frederik. Ese es el descenso en la psicología, en la demencia, porque si el médico, el psiquiatra, no desciende en el demente jamás conocerá al enfermo.

(Señor en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Dígame.

(Señor en la sala):

—El resultado de Frederik van Eeden fue que sacó a unos cinco o seis locos de ese manicomio, ¿no?

—Sí. Todavía lo siguen haciendo.

(Señor en la sala):

—Pero eso fue su objetivo, ¿no?

—Sacó a unos cuantos, qué fenomenal, ¿no? ¿Verdad que sí? Mediante la hipnosis los... Y eso ahora lo están haciendo, pueden conseguirse tantas cosas con la hipnosis.

Pero la pregunta del señor Berends is: ¿qué es la psicología?, ¿qué es la psiquiatría?, ¿qué son la conciencia y la inconsciencia?

El médico como catedrático es inconsciente. El psicólogo es inconsciente. El médico es un loco medio inconsciente, o consciente. Y están los enfermos, es decir, el ser humano que ha perdido su conciencia diurna normal como sentimiento social y que se ha disuelto en ella. Y entonces lo que se dice es un galimatías. ¿Quién dice eso?

(Señor en la sala):

—Eso lo dicen personas ajenas, anormales.

Aparece un ser humano —es que a mí han venido a verme esos enfermos, esa gente—, un muchacho, una madre, ese chico hablaba quince idiomas y con el décimosexto y con el decimoséptimo se partió el cuello interior; de pronto se cae del escenario humano y dice: “Ajá, yo soy el poeta, ya les...”.

“Ay”, dice la madre, “pero ¿qué ha pasado?”.

Cinco horas después estaba en (el centro psiquiátrico de) Rosenburg, y allí sigue. Aprendió demasiadas cosas. No conocía sus límites. Y entonces se puso a hacer poemas. Y de pronto se convirtió en Napoleón. Y estaba en el escenario e iba a Jerusalén, y entonces hablaba hebreo —también lo dominaba—, y entonces era un viejo judío, un sacerdote. ¿Acaso habla allí la reencarnación? Señor, de eso ya hablaremos después del descanso.

Hasta luego.

DESCANSO

Señoras y señores, ¿qué han hecho con las máscaras?

Al ser humano que no ha estado aquí todavía y que no ha leído los libros me gustaría darle primero lo siguiente: ¿qué son, pues, las máscaras y los seres humanos para el ser humano aquí en la tierra, en esta sociedad, para estos tiempos? Les aconsejaría, como ya dije: lean esos libros, léanlos veinte veces, porque pueden leerlos hasta treinta veces. Dios es una máscara. Dios todavía es una máscaras horripilante. Porque hay al menos un centenar de dioses en el espacio para el ser humano. Ese Dios en particular no se conoce. Y no hay más que uno solo. Y yo a ese lo he visto, todos lo pueden ver. Se ha dividido en miríadas de chispas, en planetas, estrellas, soles, seres humanos, animales, flores y plantas, la noche, la luz y las tinieblas. Solo es vida, espíritu, alma. En definitiva, solo es amor.

Y en el Antiguo Testamento tenemos un Dios de odio y venganza; ese es el que se sigue amando ahora. Los pastores protestantes del mundo tienen que aprender que Dios es amor, no conocen a Dios. La facultad de teología sigue, en el siglo veinte, manca, es coja. Si van ustedes a Leiden... Allí hay gente, estudiantes míos que han leído mis libros y están estudiando biología. Hay uno que va a ser médico y dice a un compañero estudiante, un pastor protestante: “Luego te podré explicar que te envían al mundo con falsedades. Porque la Biblia comienza con falsedades”. Lo que se dice en al Biblia al comienzo contradice la realidad divina. Y eso figura en ‘El origen del universo’, ‘Los pueblos de la tierra’, ‘Una mirada en el más allá’, en todos los libros llegarán a ver y a vivir al Dios de amor, el espacio, al Dios de la paternidad y maternidad.

¿Qué son las máscaras para los seres humanos?

Cristo es una máscara para el ser humano. Lo que ha ocurrido en Jerusalén no cuadra con la realidad, porque lo que se quiere es que Cristo haya muerto para el ser humano. Y eso es una locura, porque a Él se le asesinó allí conscientemente. Una máscara.

A Sócrates le hicieron beber veneno cuando dijo: ¿qué es uno cuando se siente feliz?, ¿de dónde viene ese sentimiento? Y fue un poco más allá; entonces ya le dieron de beber del cáliz, porque él, Sócrates, hijo del espacio,

contagiaba al ser humano.

A Galileo lo llevaron al matadero en el Vaticano. Cuando dijo: la tierra gira alrededor del sol, entonces un tal Clemente dijo: ni por encima de mi cadáver, el sol gira alrededor de la tierra, y tú ¡ni tocarlo. Y entonces le echaron siete años en un mazmorra del Vaticano. Eso sí que es representar un Dios. Bueno, su familia, esta que hay ahora, ya no encerrará más Galileos, porque se ha aprendido, también para la iglesia católica. Y ahora ya saben que el ser humano nació en las aguas, que comenzó con la primera vida como vida celular embrionaria, a partir de la Omnifuerza, que creó planetas y estrellas. A partir de qué surgió ese universo es algo que allí se sabe, pero todavía no se desprenden de aquello otro, porque entonces la iglesia caería.

En realidad, ¿qué hacen ustedes aquí?

Es un loco el que habla aquí. Pero un loco con conciencia y saber cósmicos, porque ese loco lo ha podido ver conscientemente. O ni siquiera está a la venta en el mundo. Lo que les doy son profecías. Ya se está yendo en esa dirección.

Para el biólogo y el geólogo hay más máscaras aún, y sobre todo para el teólogo y el experto en la Biblia. Nosotros tenemos las máscaras para la psiquiatría, el psicólogo, los astrónomos; los astrólogos han mentido, porque no tienen la verdad. Todavía no es más que: ¿será esto?, ¿será lo otro? La astrología no llegará a ser una ciencia. Ahora no me maten otra vez más. Pero más adelante lo vivirán, recibirán las pruebas, porque la ciencia irá poniendo, de todas formas, los fundamentos, poco a poco, y entonces se dirá: la astrología no tiene una máscara, porque son los propios seres humanos quienes las hacen.

Los astrónomos no conocen el universo, porque el sol es una paternidad; y la luna, como planeta madre, y los demás que han creado vida son madres, son chispas de esa maternidad divina, eso el astrónomo aún lo tiene que llegar a conocer. Máscaras.

Al ser humano se le apalea aquí en la tierra, y no sabe por qué: una máscara.

El ser humano va al universo, hacia un mundo astral espiritual, y dice: ¿de verdad que será así?, nadie ha vuelto nunca. Pero el que ellos mismos vivan en la reencarnación de miles de millones de vida no se siente, no se ve, no se conoce, se habla por hablar.

La Biblia habla de una familia que ha vivido allí, que se llamaba Abraham, Isaac y Jacob. Y también habla de dos personas que vivieron por allí, cuando comenzó la creación, un paraíso, con leones, serpientes, ratas y ratones. Nuestro piojo de La Haya también estuvo allí alguna vez, porque una mañana Adán dijo: hay algo que me pica en la cabeza.

(Risas).

Y entonces Eva dijo: ¿cómo es posible?, se nos protege, ¿no? Y él dice: algo nos está fallando. Y, ciertamente, entonces cazaron el primer piojo. Y entonces no vinieron así, sino que lo soplaron, pffft, fuera del paraíso. Y así volvieron a estar libres de fallos, pecados y pensamientos erróneos. Porque Adán ni siquiera debería haber pensado en canalladas.

(Risas).

Porque eso ya fue una canallada piojosa la que se imaginó y sintió. Porque Dios no puede crear piojitos, es imposible, ¿no? Porque el ser humano vivía en lo natural inmaculado, puro, cristalino y todavía no se había mancillado.

Bueno, ¿y ahora a dónde vamos?

¿Qué son las máscaras, señoras y señores?

El ser humano que todavía no ha aprendido todo eso, que no lo conoce, quiere saber: ¿vivo detrás del ataúd? Sí. ‘Una mirada en el más allá’, tres tomos. Voy a hacer publicidad para los maestros. Si saben eso y pueden aceptarlo —yo también lo he tenido que aceptar, porque lo vi—, comenzarán a vivir el más allá detrás del ataúd, accediendo a los cielos. Y entonces harán viajes por ese espacio astral espiritual. Y comenzarán con ‘Aquellos que volvieron de la muerte’, allí llegarán a ver la muerte por diferentes personas que vinieron a decirme de antemano: “Esta madrugada, a las tres y media, moriré. ¡Estaré fuera!”. El sacerdote ruso Rosanoff vino a contarme a las seis y media de la tarde: “Esta madrugada, a las tres y media, moriré, André, Jozef. Fabuloso, fabuloso, fabuloso”, hablaba mal el neerlandés. “Fabuloso”. Pero ese “fabuloso” sonaba tremendo. “Yo ahora hacer viajes. Oh, todo, gente, mundo tiene que saber, oh, libros verdad, libros verdad”. Lo volví a ver una vez. Dice: “Sí”. Digo: “¿Ahora lo sabe?”. Digo: “Si continuó un poco más, ya me estarán esperando los cálices de cicuta”.

El ser humano es demasiado vago, es demasiado tonto, es demasiado inconsciente para no aprender. ¿Les parece que esta gente en La Haya, en Ámsterdam, en Holanda de verdad está loca? ¿Que no les da la gana conocer a Dios? ¿Para conocer de verdad a Cristo? ¿Que Cristo vino de la luna, igual que nosotros, y que no hay otro Cristo que el ser humano que ha alcanzado el Omnigrado divino y que ahora tiene que representar allí el Dios de todo lo que vive?

En primer lugar de todos van a empezar ustedes poniendo fundamentos, según ya les dije, y hablen alguna vez unos con otros. Aquí están en esa eternidad. Esa sociedad, señoras y señores, no significa nada de nada, por muy hermosos que sean ustedes, siguen teniendo equis, eso a mí no me dice nada de nada. Hay personas que quieren darme cinco mil florines, ni siquiera los quiero. Y todavía puedo publicar aquí un libro de Conócete a ti mismo; imposible, no tengo dinero. Pero esa gente ni me deja que lo acepte. Así de locos estamos, que rechazamos aceptar cinco mil florines para publicar los

libros. “No”, dicen los maestros, “primero cuídese a sí mismo”. Así de embusteros son.

(Una señora dice, con tono agudo):

—Je.

(Jozef lo imita):

—Sí. Je.

El ser humano tiene que saber y aceptar que vive aquí, entonces ya no hay una máscara para su muerte ni para su vida eterna. Así vivirán en la realidad. Así pondrán fundamentos. Entonces se habrán disuelto el parloteo y la palabrería en el espacio. Comiencen ahora con la realidad. Tienen que empezar —yo también tuve que hacerlo—, empezar, voy a pensar lo que hago, y accedo a los fundamentos correspondientes, y los vivo, a los grados que son entonces, y ahora llegan los sistemas filosóficos, ahora estamos ante Sócrates: ¿cuándo soy verdad? ¿Cuándo tengo amistad? ¿Cuándo, cuándo? ¿Cuando dudo? ¿Cuando tengo que contar algo sobre el ser humano? Cuando pienso mal sobre el ser humano y la vida?

Quieren ustedes avanzar, quieren desarrollarse; el año pasado, el invierno, he hablado aquí hasta reventar, y encima en Diligentia. Ofrecimos unas ciento cincuenta conferencias. ¿Y qué han adoptado ustedes de esas noches? ¿De verdad que han estado meditando estos tres meses? ¿Qué hacen por los demás cuando trabajan por el ser humano? En primer lugar por ustedes mismos. ¿Destrozar algo? ¿No van a poner pensamientos nuevos para arrancar esas viejas máscaras? Si no asignan buenos pensamientos a esas máscaras, no las arrancarán de ninguna manera de sus caritas espirituales. Y entonces se les quedan pegadas.

Eso les tengo que enseñar, y creo que es hasta lo mejor: ¿cómo aprendo a pensar? Ustedes no piensan. ¿Cómo aprendo a pensar? Sí, sí.

El ser humano que aún no haya leído esos libros... el ser humano se encuentra ante máscaras y seres humanos, ante Dios, Cristo, la reencarnación. Ustedes han estado millones de veces en la tierra, gente. La jungla, esos negros de allí, esa gente de color, cuando uno llega a África, donde ahora se está librando tamaña batalla por esos negritos: solo para los blancos, y eso para los negros, entonces uno metería a aquellos en estos y enviaría a los negros a Nuestro Señor. Esos blancos se olvidan de que ellos mismos vienen de la jungla. Pero la ciencia (piensa todavía en 1952): eso son tipos de raza.

Nosotros, desde nuestro mundo, vamos a observar al ser humano en la jungla. Y el Dios del amor lo deja vivir allá, bajo las hojas de la jungla, con ese miedo, entre esos montones de serpientes y de cocodrilos, para ese ser humano no existe el más allá ni un Dios del espacio ni una raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es). Esa gente está allí eternamente condenada. Sin duda. Esa gente se acerca a la raza blanca (véase el artículo

‘No existen las razas’ en rulof.es) y representa... solo tomará unos dos millones de años, entonces ese habitante de la jungla será el alcalde de La Haya. Eso solo tomará... para eso solo necesitará doscientas mil vidas, para ser madre y padre, y por fin podrá ir a una universidad aquí en La Haya y en Ámsterdam y Europa, y se hará ministro de Hacienda. Él también, si todavía hace falta.

Sí, el mundo no perecerá, señora, pero entonces tendremos los siete jefes para este mundo, porque en ‘Los pueblos de la tierra’... bueno mejor léanlo. Llegaremos a tener la unión para los pueblos de la tierra. “Ja, ja, ja”, decían en 1940.

Digo: “A Alemania la están ayudando a volver a levantarse”.

“A ver, tú estás loco”.

Y ahora pide Holanda y pide Francia, y Estados Unidos dice: ¿y os quedan soldados para nosotros?

Jozef Rulof estaba loco en esos tiempos, los maestros también, cuando dábamos esas conferencias en Diligentia.

El maestro Alcar comenzó las noches en 1946 con: “Les contaré las profecías partiendo de la Universidad de Cristo”. Luego lo podrán leer en ‘Jeus’, parte 3, allí está la conferencia. Y ahora están los milagros. Alemania está recibiendo ayuda del mundo entero. Y a Adenauer lo reciben en Inglaterra. A ver si se hubiera atrevido a hacer eso en 1946, entonces lo habrían capturado al instante. Y al alemán le están volviendo a poner un casco. Vaya, vaya, vaya, está recibiendo otra vez aviones, y lo están convirtiendo otra vez en un soldado, señor.

¿Entienden lo loco que está el mundo? ¿Y se creen que yo, u otra persona, que toque esas máscaras, me voy a poner a pensar por esos locos? ¿Y para esos lelos? Que son desastro... desastrosos no son para nada, porque esa gente se siente más feliz que una perdiz. Lo tienen todo. Lo tienen todo.

Señor, es el mundo al revés. No, el ser humano sigue siendo inconsciente. Ni siquiera anda con las piernas, va dando tumbos. No sabe que realmente va caminando por la vereda divina, señor. Usted anda a un kilómetro de allí. Sí que hay un cordelito desde el espacio con el que Jeus encontró sus monedas. Tendrías que habértelas llevado, entonces te habría llevado al lugar, te habría indicado el camino a la colina Hunzeleberg. Allí sigue estando la huella en el bosque de esos dieciséis florines con sus céntimos. Allí es donde se encuentra el divino cordelito. Hay un solo cordel que se puede vivir desde Dios. Solo entonces se caen las máscaras, para el alma, el espíritu, la vida, la personalidad, para sus artes y ciencias, para su divino más allá que es eterno. Esas son las máscaras y los seres humanos.

¿Y quieren aprender algo? Empiecen entonces a arrancarse esas malditas cosas, o jamás aprenderán nada, nada. “Detrás del ataúd” le espera su propio

látigo, porque parlotean, cotillean y piensan mal sobre el ser humano. Es que nunca hay algún pensamiento bueno, cariñoso, para el prójimo. “Aunque no quieras... aunque no tengas que ver con los seres humanos”, me dice el maestro Alcar, “piensa de forma buena sobre la vida que es de Dios, de lo contrario no llegarás. Estoy detenido”.

La madre Crisje nos dio el ejemplo, dijo: “No hay que pensar mal de los seres humanos, de lo contrario uno mismo es malo”. Entonces uno está habitado por el diablo y es malo. Siempre a pensar bien. Aunque estés ante un ladrón y un asesino. ¿Qué más da? ¿Qué más da si ese ser humano destruye veinticuatro personas? Si quieren vivir la irrealidad como realidad, señoras y señores, hagan entonces el servicio militar y desencadenen una guerra, y les meterán bombas atómicas en el bolsillo, cien mil, para destruir a la gente.

Si tienes que irte a la guerra... si un mamarracho... si un estado mamarracho estúpido te ordena a ponerte a disparar, entonces es lícito, también para Dios, y encima te acompaña uno de esos que se lo saben todo de la Biblia, que ha venido de Leiden o de aquí y allá, con el principio divino encima del pecho y en el bolsillo, que dice: “Lo que haces está bien, porque defenderás a tu pueblo y a tu país”. Maldito asesino. Esa es la palabra divina que te acompañará. ¿Quieres saber algo de eso? ¿Es eso lo que quieren aprender ustedes?

¿Dónde más viven las máscaras? La sociedad entera, cada hora, señor, es una máscara. Porque para el espacio no hay horas ni tiempo, vivimos en la eternidad. ¿Qué quieres hacer cuando empiezas a aprender a pensar? ¿Qué haces cuando eres joven, cuando eres madre, padre, viejo, y tienes el amor delante de ti? ¿A morder ya, ya, ya? No se piensa, no se vive nada. Es ahora cuando tienen que empezar a querer arrancar esos millones de máscaras.

Que no, oigan, esta noche no les voy a echar un sermón.

(Señor en la sala):

—Siga, tranquilo.

—De acuerdo.

(Señor en la sala):

—Al revés: es bueno.

—Señor, sí, señor Götte.

(Señor en la sala):

—Yo también medité en esos tres meses y entonces llegué a la conclusión que era mejor no volver a esta tierra, porque de todas formas uno siempre vuelve a dar un traspies, e interesarte por eso no acaba nunca, y que más valía buscar una esfera de esas donde no encontrarte con esas figuras destacadas que te obstruyen y molestan”.

—Señor, dice usted: “Yo también he meditado...”. ¿Y quiere volver aquí alguna vez?

(Señor en la sala):

—Sí, no me importaría volver alguna vez, una vida dentro de un millón de años o así, quizá sea un poco mejor”.

—Señor, a mí no me importaría volver unas cincuenta vidas con este sentimiento y esta conciencia. Yo tengo... Vive usted aquí en el paraíso, pero no lo tiene, no lo ve. Esto de aquí es el más allá, ese descubrimiento es mío, por cien millones de posibilidades, no, he tenido que aceptarlo. O vivo aquí o allá... Sí, estoy preso aquí, no puedo volar; es allí donde vamos a la luna, en un solo segundo estamos en Júpiter, Venus, Saturno. Eso es el espacio, eso es felicidad. Ya no hará falta comer. Eso de comer y beber es para mí la mayor maldición de este mundo. Sí.

Pero ¿volver? Mire, señor, desplomarse tan a gusto de tanto deslomarse: ¿no es eso una maravilla? ¿Disfrutar de tu propio arte? Este mes, cuando volví, hemos empezado enseguida, volvimos a recibir a treinta maestros. Ahora por fin tengo en mis manos cosas que el maestro Alcar, Anthony van Dyck, ha hecho él mismo por medio de mí. Y tenerlas delante de mí... Y aunque me dedicara a barrer las calles, señor, el saber, el sentimiento alegre de que ya no soy capaz de más cosas, eso también es felicidad. ¿Locura soberbia, señor? El estar en armonía con mil cosas es cómo toca el violín un Paganini, es el pensamiento de un Sócrates y es el movimiento circular para el universo de un Galileo. Señor, es el arte más elevado que el ser humano se edifica a sí mismo y que puedes vivir cada segundo del día.

Una poderosa conversación con un prójimo, tu propia mujer, o tu marido, o un amigo, o un hermano, o una hermana, sobre las creaciones. Hay entre nosotros quienes por la noche se van a casa, a dormir, tomados de la mano. Hablen de esto, piensen sobre esto. “Adiós, cariño”, y entonces se van a dormir. Y luego, por la mañana, vuelven a levantarse con ese espacio, con ese más allá. Imagínenselo, prueben un café de una mujer así. Sí, maridos. Eso ya no contiene ningún tipo de sucedáneo. Cuando esas nobles manos hermosas lo tocan con cuidado y dicen: “Anda, prueba”. Y con toda esa gloria y armonía. O te arrollan con algo así. Bueno, a mí eso nunca me pasa. La otra conversación que se puede vivir con tanta armonía.

Bien, pues me viene a ver una señora y dice: “Señor, he leído libros suyos. Pero cuando luego llegas a casa y mi marido está con otro hombre en la cama, pues entonces sí que te asustas un poco”.

Digo: “Hija, qué bien se conserva usted”. Digo: “Señora, tengo un sagrado respeto muy imponente”. Y entonces se fue... esa pobre criatura es que se pone a contar unas cosas, yo acababa de volver, y otro drama de eso. Digo: “Siéntese, adelante, cuente, por favor”. Pienso: ‘Dios mío, Dios mío, mujer, qué grande es usted’.

“Sí”, dice, “cuando él vio que yo estaba allí decidió que lo mejor era no quearme contra el suelo. Claro, lo que quiso hacer fue matarme a palos. Mi

muchacho, al que lo han vuelto igual de loco, se me rebela; gracias a Dios tengo también dos niñas”.

Pero allí se va el señor. Pues, sí, entonces ¿qué queda? Eso ya no es una máscara. Ese hombre de allí posee la homosexualidad. Hubiera sido mucho mejor haberse ido a dormir con un árbol, entonces este le habría explicado el espacio, pero así, claro, se habría golpeado la cabeza. El árbol lo habría apretado un poco y se habría convertido en paloduz, y el árbol habría seguido siendo vida. Pero entonces me pongo a pensar. Cuando se le cuentan dramas al ser humano, dice: “No me digas, ¿de verdad? Fuera de aquí”.

No, es entonces cuando yo empiezo a gozar. Y me pongo a mirar cómo piensa el ser humano, cómo habla, cómo lo procesa. Y es cuando puedo ponerle un diez.

Ella dice: “Estoy hecha polvo”.

Digo: “Hija, la luz, su luz vital como fuerza y energía, sus ojos la siguen irradiando, su personalidad también. Ya tiene cien. Quédese donde está y siga”.

Y cuando a uno lo han golpeado de esa manera, física y socialmente, y después uno visita a los espiritualistas, que hacen que uno vaya de mal en peor, y hay que escuchar sus majaderías en trance, uno se derrumba bastante, ¿no?, y entonces ya no cuadra nada. Y esa señora añade: “¿Tendría usted más libros para mí que pudieran enriquecerme? Todavía quiero a ese hombre, porque él es así, es él mismo. Y ahora que conozco la homosexualidad, ahora que sé que el hombre sale de lo masculino...”. La fuerza creadora va entonces, poco a poco —la personalidad vive allí siete veces como espíritu— a la maternidad. Entonces el ser humano de pronto ha llegado a un cuerpo sin saber qué hacer con él, se sigue sintiendo creador y se encuentra con un organismo materno. Es él quien es ahora ese grado, se ha hecho hombre y se siente todavía madre. Ha salido de la maternidad y se hace hombre. Y si uno sabe eso, pues, gente... quizá diga: “Esos guarros, esos malvados, hay que ver, ¿no?”, y después dirán, sin la menor dificultad: “Yo hasta ayer también lo era”.

Y ahora voy a pensar y entonces pienso: ‘Dios mío, qué contento estoy de haber salido ahora’. Porque eso no es natural, ¿no?, llegar a casa y él que está amando, él amando. Si, es sentimiento, y las leyes no son diferentes. La sociedad destruye a esta gente. Yo no, porque conocemos los grados de estas máscaras. Esas máscaras nos las han arrancado, porque el ser humano, como espíritu, como alma, el alma de Dios como ser humano —lo diré así— vive en ambos organismos, porque de lo contrario la vida estaría en un punto muerto. Porque la madre tiene el contacto con Dios, porque la madre da a luz y nosotros creamos. A esta gente solo se le puede decir: “Hombre, eso no hay que hacerlo”. Pero ¿quién es capaz de eso? No obstante, si uno puede decir entonces: “Le di mi bendición y felicidad”. Y dice: “Déjame entonces en paz, por el amor de Dios, y me alegro de que no me hayas matado a palos, porque

solo te habrías ido a la cárcel. Mejor me voy ya, oye. Puedes quedarte con todo”. Y allí va esta criatura, que dice: “Ahora estoy allí, ya no tengo dónde dormir, he perdido a mi marido, a mi hijo, ya no tengo nada. Y ¿tiene usted más libros por los que me pueda enriquecer?”

Señoras y señores, esa señora está aquí y todavía no sabe de lo que saben ustedes, pero ustedes ¿también tienen ese tipo de sentimientos? Esa ya es la riqueza espiritual de una poderosa maternidad y una personalidad que puede valerse por sí misma y que actúa, y sin embargo no odia, no desintegra, no destruye, esa gente ya no tiene máscaras. Sí.

Con que a una sola persona de entre nosotros se le asome cualquier cosa, con que solo les roce una leve brisa, entonces ya estallan a veces de rabia y dicen: “¿Quién abre allí una puerta?”. Vaya, vaya, vaya. Ama al ser humano y despertarás. Pero ¿cómo empezar con eso?

(Un señor dice algo).

¿Cómo dice?

Le asusta la reencarnación. Señor, habla usted de los cielos, quiere sintonizarse con la felicidad espiritual. Señor, vive dentro de usted mismo. Si usted no quiere ni ella, todo se acaba. Y si ella quiere y usted no, señor, está Dios entre usted y el ser humano, junto a Cristo, solo que usted no los ve. Y entonces la persona sensible que quiere, que tiene sed y hambre, recibe el toque espacial. Y eso, pues, es una mano encima de la cabeza —puede leerlo, a su vez, en ‘Una mirada en el más allá’— que dice: “Bien, bien, hijo mío, a continuar así. Estoy con usted”. Que se crujan ellos mismos; nosotros vamos a seguir.

El valor, la lucha a vida o muerte se libra para el ser humano con la criatura inconsciente... Aquí hay mujeres que tienen que luchar para leer un libro y venir aquí. “¿Ya estás otra vez con esa birria de ese loco?”. “Si no lo dejas, me ahorco”, dijo uno.

Y entonces dice: “Bueno, pues ahórcate”.

Y entonces llegó por la noche a casa y él disfrutando de una copa de ginebra añeja. Encima que tenía razón. ¿Quién no le daría la razón en su mundo? Pero la otra persona dijo: “¿Lo ve? Qué falso, ¿verdad?”. Un farol.

Hablen entre ustedes, señoras y señores. Quieren leer un libro, se interesan por una lombardita, un peluquero, una paloma, un perro y un gato, tienen ustedes aficiones; primero conviertan a Dios en su afición y dejen caer esa máscara. Amen a Dios, vamos, como aman sus aficiones. Amen el más allá, señor, señora, la reencarnación de ustedes. Este espacio, señor, señora, les pertenece, amen algún día y aprendan a pensar, o no llegarán jamás. Cuando luego los metan en el ataúd, les esperarán setenta y cinco porras. No de Satanás ni del diablo ni de Gabriel ni del dios de odio ni de Cristo, sino que son ustedes mismos quienes las han colocado allí, porque ya van metiendo los

pies en él. No les da la gana pensar, aceptar, no quieren vivir nada, se quedan tiesos ante la realidad divina y siempre dicen: “¡No!”. “Vete al cuerno”, dice la gente.

Hace poco alguien me preguntó, usted estaba presente: “¿Qué es una blasfemia?”, y entonces dije: “Me cago en Dios”. Y entonces la gente dijo: “Ay, qué duro es eso”. No hubo ni una sola persona que se fuera. Pero la blasfemia no existe. Hubo gente que dijo: “Gracias a Dios”. Yo no necesito decir todos los días “me cago en Dios”. Es una palabra: Dios me maldice. No es una blasfemia, porque solo pido si Él quiere acabar conmigo, y eso no es posible porque yo mismo soy Dios; sí, no una personalidad divina. Mañana estará en boca de todos y entonces dirán: “Jozef Rulof dice que él es Dios”. Y entonces será que otra vez no se enteran. Pero las blasfemias no existen. Y hubo gente que dijo: “Gracias a Dios, he blasfemado hasta reventarme durante el tiempo de la vida, ahora que ya tengo sesenta años, y no he hecho más que hablar por los codos”. Dice: “Dios mío, se me quita un peso de encima. He increpado a todo el mundo y los he insultado. Y esta vez ni siquiera he blasfemado. Jozef Rulof, te doy cien florines”.

Yo digo: “Mejor dáselos a tu cura...”

(Risas).

... digo “así te podrá hacer una nueva indulgencia, porque uno es que nunca está seguro. Yo desde luego que no te las voy a dar”.

Pero esa noche, señoras y señores, la máscara “blasfemia”: adiós. Yo además pensaba... al maestro Alcar le miré a los ojos y le digo: “¿Me lanzo?”.

“Sí”, contestó, “ya puedes petardear un poco”.

Y dijeron: “brrrrrr”. Hay que ver lo duro que fui, ¿verdad? Dios, es que suena tan... ¿Lo haré una vez más? Yo no.

Él dijo, ella dijo, y muchos dijeron: “Santo cielo, he dicho blasfemias hasta reventar. ¿Realmente es verdad, señor Rulof, que no existe la blasfemia?”.

Digo: “No, usted mismo es una deidad. Representa usted a Dios, es usted Dios mismo, la gente no existe”. Digo: “A ver, ¿cómo puedes condenarte a ti mismo?”. Digo: “Sí, es una palabra dura que la gente no comprende y vuelve a Dios, hasta Dios, pero a Dios no se le conoce, ni tampoco se conoce la condena. Porque la condena no existe y Dios no condena a ningún ser humano, no puede condenarse. Esa noche volvió a caer una máscara imponente, por mis blasfemias.

Y entonces la gente tuvo... la gente dijo: “Esa fue la noche en la que más aprendí”. Dice: “Ya no blasfemaré nunca más”.

Intentaré... Porque en las esferas tampoco andamos diciendo: “Oye, vete al infierno”, ¿no?

(Risas).

Cuando llegas a los cielos y pasa de largo una maestra o un ángel y dice:

“Oye, vete al cuero”, no, entonces... ¿Cómo se habla en las esferas de luz?

Sí, “recemos”: eso se dice en la iglesia católica y en la protestante. “Analicemos esta noche un poco el Santo Evangelio”. Y entonces comienzan diciendo: “Tu sagrada luz...”, y a temblar y a llorar, no hacen otra cosa. Y yo mirando, y viendo, y esperando, y desde la iglesia no salió ni un solo rayito de luz, porque el ser humano no conocía a Dios. Y a Él solo lo tocas cuando representas Su luz por tus palabras. ¿No es sencillo? Y todo ese parloteo no les sirve a ustedes de nada. Máscaras, máscaras y más máscaras. No está permitido blasfemar.

En las esferas de luz también se piensa. En las esferas de luz, los maestros, las mujeres y los hombres que planean por el universo y que han completado la tierra, que han vivido su ciclo, irán de planeta en planeta, tomados de las manos. Y, señor y señora, ahora, claro, ya les gustaría saber a qué se refieren.

Entre ustedes todavía no ha habido nadie que haya podido mantener alguna vez conmigo una conversación cósmica y que entonces empecé a sentirme. Desde que estoy en el mundo no ha habido nadie todavía entre la gente que pudiera imaginarse y vivir conmigo una conversación espiritual, porque entonces uno mismo tiene que empezar con ello. Si quieren saberlo, si ese fundamento erróneo no se ha resuelto, jamás tendrán nuevos. Y el pensamiento espiritual les da una ampliación, les da contacto, les da unidad. Pero entonces hay que eliminar el odio, la charlatanería, el pensamiento equivocado, entonces el ser humano tiene que querer vivir en armonía para sí mismo, para su tarea, y no meterse con la vida de los demás, porque eso es presionar, es detener a los demás. Si esa gente los oyera, estarían ante ustedes y los sacarían a rastras de su propia felicidad. ¿No lo creen? Pero a ustedes todavía no es posible tocarlos, todavía es imposible, porque ¿siguen siendo inconscientes? No, son las máscaras. Hablan como ignorantes, no de una manera natural, no se enteran de nada.

En el fondo, ¿de qué estoy hablando esta noche, ahora que hemos empezado con esto? Voy a toda mecha. ¿Cierto o no?

¿Tenía alguna pregunta más, señor?

¿Tenía usted miedo de volver a la tierra? ¿Ha meditado? Señor, yo voy cien mil... a mí no me hace falta volver, ni siquiera puedo volver; pero sí que me gustaría volver alguna vez para ser de verdad madre. Hombre, no. Ese lío de los hombres no vale nada.

(Señor en la sala).

—¿Señor Rulof?

—Dígame, señor.

(Señor en la sala).

—Esta noche, al comienzo, dijo...: “¿Y por qué tengo que volver?”. Y eso, precisamente, me llegó.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala).

—Que tenía que volver usted y ponerse a hablar con esa gente; que no tenían mucha influencia. Pero a mí me parece que sí que irradian mucho, no es cualquier cosa.

—¿Qué cosa, señor?

(Señor en la sala).

—La palabra.

—¿De aquí?

(Señor en la sala).

—Sí.

—Son palabrerías, señor.

(Señor en la sala).

—Entiendo. Pero...

—Si lo dice usted. De todas formas, no me creo lo que dice.

(Señor en la sala).

—Bueno...

—Señor, no me imagino nada de eso. Pero estoy en ello. El maestro Zelanus me dijo hace poco... Digo: “¿Pero por qué te alteras?”, y me contestó: “No estoy trabajando por esa gente, lo hago por mí mismo. Y parece encima que a la gente le interesa”.

(Señor en la sala).

—Desde luego.

—Sin duda.

Pero si de verdad quieren empezar con su vida, si quieren empezar con aquello, de lo que estamos hablando... Señor, no soy un granjero seco, nada de seco, nunca he sido seco. Siempre me divierto. Si me ve, bailo. Sé hacer el ganso, mostrar alegría. Albergó una alegría feliz universal, espacial. Y usted, ¿por qué no? Esta vida no es pesada. Señor, si habla de la muerte, y de la reencarnación, entonces dicen: “Ah, ese follón pesado”.

Señor, conozco la muerte y con La Parca hablo a cada instante. Porque no está. Dice: “Me han puesto un sombrero negro, vacío. Y me han colocado una máscara hueca, una calavera”, eso dice La Parca, “con dos agujeros, sin dientes; cuatro están tirados por aquí y el resto está allá”.

Un esqueleto, esa es la muerte. Ja, ja, ja, ja, el mundo entero sigue mirando a la muerte de frente. Cuando veo esos camiones que van por la calle cargados de cadáveres, digo: “Ja, ja, allí hay otro que se va a su evolución”. O de vuelta a la tierra, o a las tinieblas. Quizá haya dejado las cosas hechas añicos, eso es cosa de ellos. Pero ella ya salió, el alma, adquiere alitas, y la vida continúa, porque la muerte no existe. ¿Y ese es el trago amargo? ¿Les pesa eso cuando hablan de la muerte, que es vida y significa vida?

¿Se refiere usted a la demencia, a enfermedades? Señora, hable de la sociedad, de su trabajo, pero recurra a sus reencarnaciones, recurra al universo y empezará a tener espacio. ¿En qué pensaba usted que luego, libre de su organismo, esos diez céntimos de huesos, ese viejo y hermoso castillo glorioso en el que vive, donde, cuando se haya liberado de él, hablará cuando abra usted sus ojos espirituales y mire en otro mundo...? ¿En cotilleos? ‘Él y ella aún me deben diez florines’. “¡Oye, esos viven por encima de sus recursos!”. Eso ya no lo podrás hacer en ese mundo astral, porque allí nadie vive por encima de su posición, porque de esta no te liberas. Cuando estás con los platos rotos, es que te cortas con ellos.

(Risas).

Sí, sí, señoras y señores, he visto el mundo, conozco a la gente, conozco el cosmos, conozco el alma, el espíritu, la vida, la psicopatía, la demencia. Los conozco todos —les extrañará, pero mejor lean mis libros, y si quieren hablar durante mil años conmigo, se lo demostraré— ... conozco todos los tipos de razas (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) y todas las creencias y todas las religiones de la tierra, conozco al único Dios que existe, lo conozco. Y lo miré hace apenas unos instantes a los ojos. Dice: “Vamos, blasfema otra vez”. Dijo: “Porque Yo de todas formas no lo soy”. Y entonces, claro, uno dice un galimatías. Pero cuando entras allí en ese templo, cuando te adentras en él y quieres pensar sobre las cosas que son reales y para nada sobrenaturales, sino esenciales para su yo diario, su sueño, su descanso, su paz, su felicidad en la tierra, señor, empiece entonces diciendo: ¿quién es el único Dios? No ese libro que escribió un pastor protestante: ‘El Dios que desconoces’. Porque cuando llegó a la última palabra aún no lo sabía.

Nosotros conocemos a Dios, conocemos a Cristo, conocemos el espacio. Nosotros conocemos todas las enfermedades, todas las desgracias. Eso Dios no lo hace; el ser humano se ha construido eso para sí mismo por su desintegración. Conocemos la psicopatía. Conocemos la teología, conocemos las artes y las ciencias, la astronomía. La Universidad de Cristo, según les he contado todos estos años, tiene y posee todo, siempre que ustedes mismos empiecen con ello. ¿Pues? Mmmm.

Señoras y señoras, ¿hay más preguntas?

Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—Normalmente, la posesión, al menos eso es lo que estamos aprendiendo de los maestros, es, normalmente, para nosotros mismos, porque casi nunca consigues dárselo a otros.

—Si puede darlo... Hay gente que se altera y que se amosca. Yo ahora estoy trabajando en público, pero no voy a dejar la piel por un ser humano. Eso lo

hice antes. He portado a mis enfermos, hablando, hablando y hablando. Lo que hice fue aprender cómo hacerlo. Les contaré algo más. Si empiezan con eso y saben algo de esos libros y del más allá y de ustedes mismos, no vayan a anunciarlo entonces a los cuatros vientos; esperen hasta que llegue el verdadero sediento, porque entonces darán en el blanco. Antes de ese momento de todas formas lo van a declarar loco.

No se conviertan en doctrinarios de Jehová, porque esa doctrina tiene fundamentos falsos. El mundo no estallará. Y la tierra no perecerá. Y Dios no dejará que ese universo estalle en mil pedazos porque la gente viva tan mal, porque el ser humano es Dios mismo. Y la tierra seguirá existiendo hasta que la última chispa posea ese espacio espiritual y realidad divina como fundamento y sintonización con Su vida, Su espíritu, Su alma, Su paternidad y maternidad. Solo entonces la tierra se irá disolviendo poco a poco, tal como la luna completó su tarea, y morirá.

Si la tierra estallara de una sola vez, habría un agujero en el universo y entonces sí que se habría destruido la creación. Porque esa succión no puede soportar otro planeta, señor, todo eso va por sí solo. Aquí hemos estado hablando sobre las fuerzas de gravedad y las leyes del universo. ¿Por qué la luna está muerta?

Señor, ¿alguna cosa más?

Pero ¿qué quieren empezar a hacer con estas conferencias? ¿Mejor volver a las cosas divertidas? De vez en cuando contaré cosas divertidas. Pero, oigan, de verdad que estoy enojado. Estoy enojado. Bueno, enojado de otra manera. En las esferas también están enojados. Si allí no quieren empezar a pensar, los dejarán donde están, y tan panchos. Aquí todavía podemos hablar, día y noche. Pero allí ya no habrá ningún ser humano que me dé órdenes. Allí solo iré a quien realmente tiene sed al cien por cien. Por eso dijo Cristo a los apóstoles: “Sígueme (seguidme), los (os) haré pescadores de hombres”. Pero, claro, eso fue un error, ¿verdad? Cuando uno se pone a analizar al Cristo divino y la sabiduría divina... Aquí les puedo dar la respuesta espiritual, puedo darles la respuesta espacial, cósmica, y la divina, y entonces nos veremos ante poderosas palabras que Cristo ni siquiera pronunció. Y dijo a Pedro y Juan y a los demás: “Sígueme (seguidme)”, y dejaron sus hogares.

Y si lo hacemos nosotros, somos malos. Tenemos que terminar nuestras tareas, aunque nos golpeen y pateen. Son personas, tienen un matrimonio que ni siquiera viven los salvajes de la jungla. Él la pega a ella y ella a él. Ella es despótica, todo los días deja que la comida se queme para que él se atragante con ella, y él hace lo otro. Y aun así decimos: “Termina esa tarea”. Y Cristo dijo: “Vengan (venid), sígueme (seguidme), los (os) convertiré en pescadores de hombres”. Y esta noche les puedo contar que Él eso jamás lo ha dicho, porque ellos mismos iban detrás de Él. Eso tiene algo. Si despertamos

el núcleo divino que albergamos...

Regalé a alguien una bandejita, o la compré, de los maestros. Y ese es el Cristo arriba en el espacio, y debajo de un... es como si fuera una nuez, que contiene un diamante, una perla, un núcleo, y dos personas debajo, y esa cosa significa: saca todo del núcleo y me tendrás a mí; en una bandejita de porcelana, es impagable, pero allí está. Sácale todo al núcleo para tu espíritu, para tu personalidad, para tu paternidad y maternidad. Adelante, conózcanse. Mírense a los ojos. Pero si dicen cosas equivocadas, señora, sus ojitos no estarán radiantes como madre. Y los de él no significan nada de nada. Por muy bonito que toque el piano, por muy buen corredor que sea y por muy rico que le sepa ese cigarrillo y purito, señoras, si por dentro no hay nada que hable, que esté en ebullición, nunca conseguirán sentarlo en la silla espiritual.

Bah, eso es lo que son; yo también, por cierto.

(Señor en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Sí, señor.

(Un señor en la sala dice algo).

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Soy un hermano del señor Götte.

—¿Es usted un grano del Serengueti?

(Señor en la sala):

—Yo también soy un hermano del señor Götte.

—Sí, señor, yo también.

(El señor empieza a decir algo).

¿Es que usted no es hermano de toda esta gente aquí?

(Señor en la sala):

—Yo...

—Señor, su abuela y sus antepasados franceses también están aquí.

(Señor en la sala):

—Es que quería decirle rápidamente que su doctrina, su doctrina divina...

—Sí.

(Señor en la sala):

—... que usted tiene...

—Sí.

—...y tengo muy poco tiempo para leer sus libros, es que he leído poco, pero a mí me basta, para eso no necesito esos libros suyos, solo su doctrina divina.

—¿Para sentarse aquí? Pero, señor, entonces se pierde usted bastantes cosas. ¿Por qué no tiene tiempo para leer? ¿Qué más hace usted? ¿Qué edad tiene? ¿Veinticuatro?

(Señor en la sala):

—Tengo setenta y cuatro.

—Y no tiene tiempo para de vez en cuando... Entonces, ¿qué hace, señor?

(Señor en la sala):

—No me he dedicado a leer mucho. He trabajado mucho. Alguna que otra vez he leído, pero no tanto esta doctrina...

—Mire...

(Señor en la sala):

—... tampoco la doctrina bíblica, pero la de usted...

—¿Se quiere creer, señor, que obtengo mucha más profundidad y muchos más sentimiento precisamente de quienes conocen la Biblia? Cuando hay uno sentado aquí, señor, y llega a tener entre las manos los libros, esa gente busca, y los verdaderamente sedientos, los hambrientos, reciben allí las leyes y saben que Dios no condena. Los he tenido conmigo, se me tiraban a los pies sollozando, hombres hechos y derechos, un padre de cuatro, cinco hijos, que dijo: “Dios mío, Dios mío, he errado por todo el mundo y ahora recibo de un muchacho —vino al manicomio de Sócrates, a la sala Conócete a ti mismo, en la calle De Ruijterstraat— y dice: “Tú estás buscando a Dios”. Toma”.

—Señor, ahora se conoce la Biblia y se está empezando a leer que Cristo es diferente, y que Dios es diferente, y esa gente disfruta más hondamente, recibe más, porque pueden hacer esas comparaciones. Y entonces es una pena que usted no lea.

(Señor en la sala):

—A mí me parece que me basta, su doctrina, y ahora se está...

—Sí, pero, señor, toda mi doctrina abarca veinte libros y luego habrá un montón más.

(Señor en la sala):

—Sí, todo eso lo comprendo.

—Pero esa es mi doctrina, esto de hablar aquí no es más que palabrería. Sobre esto no me hago ninguna ilusión.

(Señor en la sala):

—Pero su doctrina es de oro, eso me parece, desde luego, sería, y hermosa, y divina.

—De verdad que no lo acepto, oiga. Señor, yo no me muevo dándome esas ínfulas. Si lo aceptara, señor, entonces mañana ya estaría, no, ya esta ría, no estaría en ninguna parte, pero... pero...

(Risas).

... pero entonces ya me faltaría algún tornillo. Señor, ‘Una mirada en el más allá’ y ‘Aquellos que volvieron de la muerte’. Háganse por fin algún día como ese Rosanoff, pónganse a jugar a que son Jeanne, esos atravesaron el “ataúd” y volvieron. Váyanse luego un poco con los maestros por los infiernos

y los cielos, señor, así sabrá de qué va la cosa. Y en el otro lado, señor, todo lo que actualmente viene desde Holanda...

(Señor en la sala):

—Esa es la doctrina que usted ofrece, eso para mí lo es todo, no hay nada más poderoso.

(Señora en la sala):

—Señor Rulof, ¿me permite que aclare eso un poco?

—¡Claro, señora!

¿Lo ha recuperado en Scala (una sala de teatro en La Haya), señora? Mandé allí mi mundo entero.

(Señora en la sala):

—A usted lo he oído ladrar.

—Vaya, qué bien.

(Risas).

Quise que usted supiera que yo estaba, y de pronto me puse a ladrar y entonces, pienso, dijo, pienso: ‘Que la mocosa sepa que estoy allí’.

(Risas).

Pero, señora, actuó usted de maravilla, solo que al final tendrían que haber... Sí, solo que Bijleveld le tendría que haber dado un nuevo vestido.

Pero ¿qué deseaba?

(Señora en la sala):

—Esta mujer no era engreída, quería seguir siendo sencilla.

—Pero usted debería haber tenido un bonito vestido, estaba allí tan a gusto en un rincón. Y al final, pienso —sí, claro, volví a criticarlo, ¿verdad?—, la actuación fue maravillosa. Pero pienso: bueno, danos ese colorcito. Todos tenían un nuevo mundo, y solo usted no.

Pero, en fin, ¿qué deseaba?

(Señora en la sala):

—Sí, me agradó mucho que estuviera usted allí, solo era eso lo que le quería decir.

—Gracias.

(Señora en la sala):

—Y su esposa, claro. Pero este hombre es mi hermano.

—Bien.

—Y comprendo muy bien lo que quiere decir él.

—Bien.

—Este hombre ha sufrido y soportado mucho.

—Sí.

—Y ahora que usted lo oye hablar a usted...

—Sí.

—... ahora siente: lo he hecho bien.

—Muy bien. Pero, mire, eso lo entiendo, claro. Pero quisiera añadirle ese otro regalito. Y justamente ahora, setenta y cuatro. ¿Fuma usted, señor?

(Señor en la sala):

—¿Que si fumo?

—Sí.

(Señor en la sala):

—Pero, oiga, muy poco.

—Señor, de eso no se trata. Es que quiero decir lo siguiente. Cuando luego empiece a hacer un poco de frío, junto a la estufa, tranquilamente con un librito y un buen purito de cuarenta céntimos, y de vez en cuando una calada, con el alimento espiritual, señor, entonces somos uno física, material e espiritualmente, y hacemos una excursión por el espacio. Entonces, señor, los demás ¿qué nos importan? Y es así que se disfruta. Es cuando no se oye el vuelo de una mosca. Y entonces hay que echarse tranquilamente y pensar un poco; después nos entra un sueño espacial, humano, y allí nos sentiremos tranquilamente portados.

(Señor en la sala):

—... tuve yo también igual.

—Pero mañana ya no estaré, señor, y entonces ya no oír nada. Sí. Esta madrugada moriré. Mañana tendrán que apañárselas ustedes mismos. Uaf.

(Imita un ladrido).

(Risas).

Mire, son... ¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Tengo una sola página por día.

—Sí.

¿Hay más preguntas, señoras y señores? Aún nos quedan unos minutos. Entonces la primera noche de esta temporada, de 1953...

(Gente en la sala):

—De 1952.

—¿Cómo dicen? Qué bien saben que todavía estamos en 1952. Eso sí que lo saben. Pero ese “1952”, ¿qué significa y qué nos dice?

Señoras y señores, ya tienen ustedes una edad de millones, millones y millones de eras, y ni siquiera lo saben. Soy alguien que dura eternamente. Ustedes, ¿se atreven a decir eso de ustedes mismos? Estaba yo en algún sitio cuando mi cuñada... Llega una mujer, que allí por Viene todavía me perseguía, que había oído hablar de mí: “Por el amor de Dios, quiero hablar con este ser humano y verlo”. Y dice mi cuñada, que todavía no lo puede aceptar, dice: “Es que ella tampoco se muere”. Digo: “¿Cómo?”. Lo dijo de una manera tremendamente divertida. Va y dice: “Ella también es alguien

que no muere”. Porque todavía no lo sabe. Y entonces nos pusimos a hablar. Digo: “No, si lees esto y lo conoces...”.

Sí, señoras y señores, llegué a Viena y entonces era un chófer, ahora soy un escritor, me he hecho pintor, era médico, me he hecho psicólogo, me he hecho maestro de escuela y soy una persona cósmicamente consciente y tengo alas. Esa gente ya no me conoce. Pero estábamos la mar de divertidos y fue muy hermoso, solo fue una lástima que hayan destrozado Viena hasta ese punto. Ay, ay, ay, ay. Solo tienen que ir a ver los desastres de la guerra. Pero la guerra en ustedes, si no comprenden ni quieren llegar a conocer al ser humano ni la vida y su espíritu y su carácter y su personalidad, y tampoco quieren inclinarse unos ante los otros cuando el bien tendrá que hablar —y así lo hará— de cara al Gólgota —eso se lo han ofrecido las conferencias—, al renacer, la paternidad y la maternidad, entonces es mucho peor que en el caso de las bombas atómica y de Napoleón.

Sí, allí estamos ahora, ¿verdad?, canosos, viejos, feos, hermosos.

Señoras y señores, la vida comienza, cada segundo del día pueden poner un nuevo fundamento para millones de leyes vitales. Pueden construir un templo donde puedan vivir luego, detrás del ataúd, fuera de este organismo, fuera de este pequeño castillo, y hay caminos que el ser humano recorrerá, que ustedes recibirán, si aquí están abiertos al ser humano. Y eso de verdad que no significa que portarán al ser humano con sus céntimos y todo eso; que trabajen ellos mismos, y dejen que ellos mismos piensen. Hacer el bien, señoras y señores, solo es posible cuando hayan despertado al Sócrates en su interior, y a Galileo; y ahora a los maestros, al maestro Zelanus, al maestro Alcar, Ubronus, Damascus, Cesarino.

(Un señor en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—¿Cuándo volverá a ser posible acudir a Diligentia?

—El 28 de septiembre comenzarán las conferencias en Diligentia (véase Conferencias III) sobre la cosmología de sus propias vidas. Seguiremos estando, creo, en la luna durante unas diez, quince conferencias, quince semanas, quince conferencias. Comenzaremos con el origen de la luna como vida embrionaria, y esperamos que a finales de 1953 podamos vivir la luna como estadio de pez, para luego seguir a los planetas de transición, a Marte. Y como seres humanos... entonces estaremos ante Cristo, como seres humanos, por este universo, entonces iremos desde este universo al cuarto grado cósmico, señor, al quinto, al sexto, y llegaremos a estar con Cristo, como ser humano, como los primeros seres humanos que han iluminado el universo, llegaremos a estar ante nuestra personalidad divina. Pero ya solo ese viaje, señor, son

dos libros así de gordos. Y eso todavía se puede contar en un libro, pero si tenemos que vivirlo noche tras noche, cada mañana, en hora y media, ya entenderá que solamente sobre ese viaje de la vida celular hasta el estado de pez en la luna... entonces podremos, explicadas desde un punto de vista astronómico, ofrecer diez mil conferencias al respecto, y ni así alcanzaríamos el estadio de pez.

El maestro Alcar... Si no ha estado aquí todavía: hay veinte libros para usted. El maestro Zelanus y el maestro Alcar podrían escribir otros centenares de miles de libros. Y yo para mí mismo —y no es un farol, porque algún día se lo demostraré— yo ha hecho despertar en mi veinte mil, y para todos ellos he arrancado las máscaras. No me asusta el cansancio. Tampoco me asusta el amor, porque quiero a los hombres y las mujeres, quiero al ser humano, quiero a la vida.

Hasta la semana que viene, señoras y señores, que descansen, pero comiencen también y arranquen las máscaras ahora.

Los quiero.

(Suenan aplausos).

Noche del jueves 11 de septiembre de 1952

—Buenas noches, señoras y señores.

(Gente en la sala):

—Buenas noches.

—Antes de que empiece con las preguntas —tengo aquí grandes mapas, veo— desde luego que tengo una sorpresa para ustedes, aunque todavía no esté lista del todo. El pasado martes recibimos aquí... y se estrena en Ámsterdam. Yo solo tenía cuarenta y claro, volaron. Porque el 28 de septiembre por la mañana recibirán en Diligentia 'Jeus III'. Porque están secándose en la imprenta.

(Bate las palmas).

Así que ha salido 'Jeus III'.

Si quieren tener veinticinco, háganlo saber enseguida. Y no cuestan diecisiete florines y medio, porque yo contaba con ese importe, sino que nos hemos inventado un truco y ahora no cuesta mucho: 13 florines y setenta y cinco céntimos. Así que eso es un ahorro de cuatro florines para la madre, la mujer. El libro vale cien florines, de eso no se trata, pueden gastarse tranquilamente cincuenta florines por un libro, no importa, entonces ya los gastaremos en otra cosa. Pero de eso no se trata. Así que luego, señoras y señores, tendrán 'Jeus III'. Y entonces ya podré parar tranquilamente, en el fondo ya tendrían todo.

(Señora en la sala):

—La cosmología, ¿es que no nos la va a dar?

—Si tiene usted cien mil florines para mí, lo tendrá en medio año. No cuesta más que cien mil florines, señora.

Resulta que 'Jeus III' es mi vigésimo. Ahora tengo que volver a comenzar para que 'Aquellos que volvieron de la muerte', 'Las enfermedades mentales', 'El origen del universo', ... Señora, son cinco libros, apenas cincuenta mil florines. La cosmología tiene que ser algo muy especial. Son... (inaudible) pero pueden escribirse otros veinticinco, treinta: medio millón.

Si se cumple mi sueño, que les he explicado, recibiré dos millones de la princesa Guillermina. Pero todavía no me ha llamado.

(Risas).

¿Cierto o no? Por la mañana, cuando desperté, había perdido dos millones. Aquí se me hizo la pregunta sobre los sueños. Digo: "He tenido un hermoso sueño". Y entonces recibí... —se lo contaré a la gente que aún no lo conoce—, soñé una noche mis propios sueños; los del otro lado siempre son diferentes y mejores, entonces tienes al instante un asidero. Pero soñé que

la princesa Guillermina —espero que lo oiga esta noche— me preguntaba: “Jozef Rulof, a ver si viene alguna vez, he oído hablar mucho de usted. Yo también pinto”.

“Sí, lo sé”.

“Oiga, cuénteme a lo que se dedica en el fondo”.

Y yo que voy para allá, con el señor Van Straaten. Llegamos a la puerta. Le digo al señor Van Straaten: “Tú mejor vete a la cocina, porque aquí tienen sopa de pollo”.

(Risas).

Digo: “Porque eso no lo hemos tenido últimamente”. Y él que se va a la parte trasera, por un callejón, y lo recibió el cocinero. Pienso: a ese le va bien.

Y entro. Y allí está la majestad. Y entonces llegué donde estaba ella, digo: “Bueno, señora, es que...”, digo, “no dude en que nos tuteemos, así nos acercamos un poquito, ¿verdad?”. Eso me pareció lo más divertido.

Y entonces dijo: “Claro que sí, mejor hagámoslo”.

Digo: “Está tan lejos si tengo que... ejem”.

“¿Cómo tenemos que...? ¿Qué tengo que hacer?”.

Digo: “Sé hacer todo”.

Y entonces viví un viaje con ella por el universo, planetas, estrellas, la condena, Dios, la Biblia. La cabeza le daba vueltas. Dos horas seguidas. Y entonces me pude ir. Y me dice: “Te voy a dar dos millones”.

Digo: “Le demostraré que los gastaré con cabeza”. Digo: “Y ya lo oirá”. En primer lugar le enviaré todos los libros. Le mandará un hermoso cuadro mío, de los maestros.

Y nosotros que nos vamos a casa. Digo: “¿Te dieron sopa de pollo?”.

Y me dice: “No, no tenían”. Pienso: ‘Pues, entonces yo también me he quedado sin mis dos millones... (inaudible)’. Y por la mañana me despierto y que viene mi mujer con el té, digo: “Dios mío, Dios mío, fuera de aquí ese té”.

Dice: “¿Y a ti qué te pasa?”.

Digo: “Anoche he perdido dos millones”.

“¿Dos millones?”.

“Sí”.

Y ese es el sueño mío.

Señora, si se cumple ese sueño, en medio año tendrá todos los libros gratis. Gratis. Incluso le añadiré cien más para que los reparta. Ojalá fuera verdad. Hay que ver lo raquíuticos que somos, hay que ver. La dama, la señora, ha... estuvo hace poco en el periódico con ciento setenta y cinco millones, que era una de las soberanas más ricas de Europa. Señora, escriba, por favor, una cartita. Que no le van a responder, no se crea. Pero si tiene muchas ganas de tener la cosmología...

Señora, sintamos gratitud por que haya salido la parte número veinte. Con

la gente que ha ayudado, ha habido mucha gente que ha ayudado... Los libros, las conferencias y todo lo que vamos haciendo por allí, todo eso está en 'Jeus III'. Y ahí está. Y cuando luego lo tenga entre las manos, ya no me hará falta contar nada. Usted también está encima de una silla, yo aprendí a conducir sentado en una silla, y ya se lo contará luego Bernard, porque él volaba subido a la máquina de coser, arriba, las ganas que tenía de vivir el drama. Dijo: "¿Es que te has vuelto completamente loco?"

Digo: "Sí, estoy loco". Digo: "Pero voy a hacerme chófer". "Voy a hacerme chofer". Y es lo que he llegado a ser.

Señoras y señores, vamos a empezar. Aquí tengo... Naturalmente, ya se encargarán ustedes de llevar esa mañana dinero en el bolsillo, ¿verdad?, y a ahorrar, rápido, porque, claro, este verano se lo han gastado todo. A ahorrar.

"Estaba sentada fuera", escribe alguien aquí, "en una terraza", ¿lo ven?, "y me quedé mirando a una chica". ¿Acaso era un hombre? ¿No ha sido esto un hombre? ¿De quién es? Ah, gracias a Dios, de una señora. "Estaba sentada fuera, en una terraza, y me quedé mirando a una chica que pasó en bicicleta. Por la espalda tenía una raya ancha, de color violeta. ¿Qué puede haber sido eso? ¿Es una irradiación, o es una ilusión óptica?"

Señora, no llevaría un par de copas encima, ¿verdad? Mire, señora, eso es algo que se puede percibir en cualquier sitio, porque cuando el ser humano camina por la naturaleza y va... un destello momentáneo... el ser humano pasa, por ejemplo, de la sombra a la luz, y llega a ver centenares de miles de fognazos. Y esto no es precisamente algo que puedo tratar más a fondo, porque no es nada.

¿Le importa?

(Señora en la sala):

—Una raya ancha, así, pasando por...

—Bien, aunque fuera el sol, señora, eso tampoco me diría nada; porque todo eso se puede vivir en el exterior. Pero si alguna vez ve otra cosa, no dude en consultarme. Ah, aquí detrás hay más texto. "A veces oigo historias sobre platillos volantes", el maestro Zelanus habló de ello la semana pasada en Ámsterdam, "¿podría decirnos qué clase de fenómeno es este? ¿Tiene que ver con armas de guerra o es un fenómeno natural?"

Ahora se lo repetiré. Yo, por cierto, ya lo sabía desde hacía tiempo, de eso no se trata ahora. Vamos a ver, señoras y señores: ¿qué es un platillo volante? Porque Jozef Rulof lo sabe todo, ¿verdad? Llegamos a los platillos ardientes pasando por las blasfemias.

Señora, señor, ¿qué es un platillo volante? ¿Qué será? Los eruditos se vuelven locos y terminan dementes, ya solo por esos horribles platillos volantes. Pero ¿qué es?

En el universo los ángeles están jugando a las cartas y entonces de vez en

cuando sale volando un destello de esos.

(Risas).

Y después, cuando ve a cinco, seis, siete, así juntos, están jugando a las cartas, echados unos junto a otros.

Señora, son reflejos de luz, producidos por campos magnéticos. ¿Verdad? Así lo afirmó el maestro Zelanus la semana pasada. Dio una sorprendente explicación al respecto. Usted quiere que se le aclare todo eso; pues entonces debería preguntárselo a él, porque es un problema cósmico. Pero está relacionado con el desarrollo y el crecimiento del universo, y para el mismo. Dice: “La única posibilidad que hay, y eso lo sabemos, claro, sería que el otro lado se manifieste, que sea una materialización, es posible. O sea, una personalidad en el otro lado, el maestro Alcar o el maestro Zelanus, podrían dejarse ver en el universo, sin problema alguno, por las fuerzas del universo. Habrá leído sobre el plasma espiritual, ha leído usted ‘Los dones espirituales’. La densificación del aura humana, esta también ya se puede densificar en el universo. Y eso ya ocurre por las leyes de la naturaleza, porque cuando empieza a haber bochorno, esta noche volverá a tener un delicioso chubasco. Y entonces llegará ver —eso también ya lo hemos explicado aquí— el origen de las creaciones, porque así son, así es como Dios empezó Sus creaciones. Primero no hubo nada, entonces hubo nieblas y después aparecieron las densificaciones, a continuación esas nubes se separaron y surgió la vida embrionaria en la luna, y así también empezó la tierra.

Ese mismo problema lo puede ver en el universo. Se convierten en densificaciones. Así que una personalidad astral podría... podrían dejarse ver con millones más. ¿Y por qué no lo hacen? Bueno, eso no es cosa nuestra. A Cristo lo asesinaron, lo asesinaron porque apareció con milagros divinos. Los milagros ya no sirven. Si se le volviera a clavar al Mesías en la cruz, ¿que iba a hacer la gente en el otro lado, los maestros, o quienes fueran, qué iban a hacer con milagros? Pero podría ser, dice el maestro Zelanus. También el cuarto grado cósmico, vive en esto, atraviesa el universo así, podría densificarse por nubes. Ese plasma puede desplazarse tan rápidamente, dice el maestro Zelanus, en un solo segundo del polo norte al polo sur. Y entonces es un reflejo solar, que ves de pronto allí, zas. Se detiene, entonces también ha desaparecido el empuje allí, y es un reflejo, la imagen invertida de aquello que en el universo se densifica, se edifica y produce leyes. Se materializan. Es un aura, es un plasma. Es una imagen inversa de una verdadera fuerza. Y así puedo seguir, dice, hasta el infinito, y entonces seguirá sin saberlo usted, pero requiere un libro para explicar todo eso. ¿No le parece divertido?

Y los eruditos... y los eruditos... y los eruditos... Y los aviones persiguen un cacharro de eso, y entonces lo tienen allí y de una vez lo apartan. Pero es que no llegan a saber para qué. Digo: “Doctor, venga, le daré una explicación. Lo

sé desde hace muchísimo”. Nunca nadie me lo preguntó, así que no lo voy a tratar más en detalle. Hay tantas cosas más que sé, y eso tampoco me lo preguntan ustedes. Vaya, vaya.

Aquí tengo: “Estimado señor Rulof, ¿me permite preguntarle...?” ¿Qué es esto? “Un niño sin estudios que jamás aprendió ningún otro idioma, ahora habla una lengua extranjera; no quiere tener que ver nada con ello y aun así siempre vuelve”.

¿De quién es esto?

Señora, esa criatura es mediúmnica. Y es muy sensible. Pero hay dos posibilidades. Puede ser que el mundo astral viva y hable en esa personalidad. Pero supongo que está hablando el subconsciente, la vida anterior de esta personalidad.

En esta vida estoy dedicándome con determinación a Egipto, he vivido allí. Solo tienen que leer ‘Entre la vida y la muerte’. Y si yo no lo hubiera visto, tampoco lo aceptaría, para eso soy demasiado pragmático y agudo. Pero mis fuerzas son incuestionables, al igual que es incuestionable cuándo me viene emergiendo ese Dectar. Y eso siempre es severo, duro; porque allí todo es severo, duro. Si uno vende humo en estas cosas y te quieres poner a agitar los brazos y a planear, el ser humano jamás llegará a conseguir nada en este ámbito. Todo esto tiene que tener lugar al cien por cien. No entrar en las cosas es imposible. Aquí hay que tener siempre la realidad, o aparecerá un abismo o un boquete, y es por esa apertura por donde descenderán los seres. Basta con que releen ‘Dones espirituales’. Esos sacerdotes de allí andaban por la calle sin cabeza; iban buscándola, la llevaban bajo el brazo y dicen: “¡Mi cabeza! ¡Mi cabeza! ¡He perdido mi cabeza!”. Había ocurrido durante ese desdoblamiento corporal. Él también la había perdido, la espiritual.

Y ahora estamos allí ante problemas. ¡Si oyen eso! Hay más gente que lo tiene. Allí tienen sin ningún género de duda el fenómeno de la reencarnación; y por centenares de miles de fenómenos... por estos pueden constatar que los seres humanos hemos vivido cien millones de años y de veces en la tierra. Si la criatura... si también... La ciencia todavía es tremendamente pobre, la física, la psicología, la teología, la astronomía, la biología, la geología, etcétera; no lo saben. Y si viene usted ahora, y a un patito... Si toma una gallina y doce huevos de pato y el animal los empolla, la madre gallina se pondrá a gritar como una loca porque no sabe nadar. Pero esos patos saben. La ciencia dice: “Mira, eso es Dios”. No, es esa reencarnación irrevocable. Porque ese patito regresará, regresará muchas veces a la madre pato, para luego volver a abandonar ese estadio, porque esa es la reencarnación. Los seres humanos sabemos poco de nuestras reencarnaciones, de nuestras vidas. Bueno, sabe usted cuando...

Señoras y señores, voy a presentarles rápidamente un hecho y una ley de

las que hemos hablado con frecuencia, y por los que les haré pensar de inmediato.

(Dirigiéndose a la gente en la sala):

—Pasen, señoras. Siéntense, no hay problema, quedan algunos asientos libres.

¿Por medio de qué, señoras y señores, y sobre todo la gente de avanzada edad...?

(Dirigiéndose a la gente en la sala):

—Siéntense, caballeros, allí hay asientos libres, por allí.

¿Por qué la reencarnación apela al instante al ser humano? Y la ciencia vuelve a estar... convierte ese problema, esas tremendas leyes, convierte la ciencia en majaderías, líos animales. No lo saben. No lo saben. (Hay bullicio en la sala).

Allí tampoco lo saben.

Señoras y señores, ¿qué es lo que nos permite ver de inmediato la reencarnación?

Señor Berends, ¿tiene alguna cosa más? ¿Puedo ofrecerle algo más?

(Dirigiéndose a alguien en la sala): Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—Yo diría: por el sueño.

—Vaya, señor, eso se puede comprar en Egipto, pero ahora ya no.

(Dirigiéndose a alguien en la sala): ¿Qué deseaba, señora?

(Señora en la sala):

—Esa criatura que...

—¿Lo ven? Ahora van a volver a vivir una cosa. Vuelven a no enterarse de nada.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

—¿Deseaba algo más?

(Señor en la sala):

—La personalidad.

—Ya me lo imaginaba, ustedes no piensan, señor.

(Señora en la sala):

—¿Señor Rulof?

(Señor en la sala):

—Rasgos del carácter.

—No, señor, sí que estaba cerca, pero eso no es.

(Señora en la sala):

—Por la gente de color.

—¿Por la gente de color? ¿Quién dice eso?

Sí, señora, pero eso no es.

Pues, la semana pasada todavía hemos hablado de esto. No aprenden nada.

Pero parece que no es tan sencillo. ¿No es así? Uno salta así como así en una ley del espacio y entonces hay que saberlo. Sí.

(Señora en la sala):

—¿Jozef?

—Dígame, señora.

(La señora dice algo inaudible).

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—... grados de los sentimientos.

—No, eso no es. No. Sí que es... Si lo vuelvo a decir, me dicen: “Vaya”. Pero así es como aprenden a pensar. Hay un fenómeno muy agudo por el que tenemos que aceptar la reencarnación, aunque la ciencia no sepa sondear los fundamentos, verlos, entonces dicen: “Pues vaya”.

¿Qué es?

(Señora en la sala):

—¿El homosexual?

—Ya me lo imaginaba, ya estamos. Y ahora no dicen todos: “Sí, pero ya estamos”, ¿no? La homosexualidad. El hombre que vive en el cuerpo y que acaba de salir de la maternidad no sabe qué hacer con ese organismo. Son personas que dan pena. Se dice: “Líos animales”. Señoras, todos lo hemos sido. Usted acaba de salir de allí, yo también. Y todo el mundo. Acabamos de salir de allí. ¿Quién quiere hacerme creer, como madre y padre, que es usted al cien por cien hombre, creador, y al cien por cien madre? No se trata del creador, ese no hace más que dar una vuelta por allí... nosotros, los hombres, caminamos al margen y al lado de la creación. Es la madre. Hombres que... los hombres tienen que empezar a tener mucho más respeto por las madres. Si son buenas, claros.

Pero esos sentimientos los volvemos a ver luego en el niño, más tarde. En los niños se ve rápidamente, si uno conoce esa mirada y reencarnación, esas leyes; entonces es posible analizar todo en el ser humano, en el niño. Pero esas leyes existen. Y en ellas reside la reencarnación. Y ahora si usted... Entonces se dice “homosexualidad”, es la transición de la paternidad hacia la maternidad. ¿Siente usted lo sagrado que es ese estado del ser humano que vive en eso? Una vez tuvimos aquí un hombre así, dice: “Gracias a Dios, me quita usted un peso de encima”.

Digo: “Sí, señor”.

Igual que blasfemar, hace poco. Aquel señor que dice: “Ay, ay, ay, menuda bestia que he sido en mi vida, pero ahora no he blasfemado, qué gusto. Sí, señor Rulof, a los maestros les voy a dar flores”.

Digo: “Le creo”.

Pero a ese señor lo ponen tieso de insultos —cuando el ser humano se

entrega a sus sentimientos y son así—, bueno, ¿a dónde lleva eso? No pueden remediarlo. Siguen siendo al cien por cien madres y andan con un organismo creador, no saben qué hacer con él. El idioma y la ciencia, el diccionario dice: “homosexual”. Resulta que el hombre, y la madre, de pronto quedan estigmatizados. Y todos lo somos. Todo el mundo tiene que atravesarla. Porque eso son los siete grados para la paternidad y maternidad. De eso la ciencia no sabe nada todavía, señor, ni tampoco lo acepta. Y luego, cuando se haya llegado a ese punto, y la psicología se haga espiritual y espacial, dirán: “Dios mío, en 1952 ya daban conferencias sobre eso”. Los libros ya están. La homosexualidad no existe, porque es la transición hacia la sagrada paternidad y maternidad.

Señora, ¿está aprendiendo otra vez algo esta noche?

(La señora dice algo inaudible).

¿Merece la pena?

Y ahora los dones. A partir de esa personalidad... Todos sabemos francés, alemán, inglés, conocemos todos los idiomas de la tierra, chino, japonés y todos. Pero viven en nosotros. Desde el instante que se nos abrieron los ojos la reencarnación, la última, nos abandonó. Hay genios para los idiomas y se dice que hay gente aficionada que aprende idiomas. Un chico de nuestra calle, allá, cuando yo era todavía conductor, un muchacho del carnicero se puso a estudiar idiomas, en cuestión de cuatro, cinco años dominaba dieciséis; y él podía con ellos, porque seguía con ambos pies en la tierra. Dieciséis idiomas en cinco años. Un muchacho del carnicero. Era carnicero, dice: “Ese muchacho mío tiene... es un genioficionado”.

Señora, señor, y así es como tenemos arte. Unos ya lo hacen cuando apenas se van arrastra... Mozart se va arrastrando hasta el piano, y lo hace. Yo pensaba antes, aunque mis hermanos y mi madre no lo supieran; mi madre lo sabía, Crisje lo sabía. Y otro también lo tiene, es la reencarnación. Pero la ciencia dice: “El ser humano como alma aparece por primera vez en la tierra al nacer”. Ahí estamos. Tan profunda y consciente es ahora la psicología. Un psicólogo, si ese hombre es médico, y además, catedrático, se estrella contra un muro, no conoce al ser humano, no se conoce. Y nunca llegarás a conocer al ser humano. La psicología es todavía material, corriente y moliente, pero él ni siquiera conoce la materia, ni el cuerpo, porque entonces ya tampoco hablaría de homosexualidad.

Entonces uno dice: “Ay, criatura...”. A esa gente... he acogido a miles de personas, digo: “Señora, usted no lo es; y el señor tampoco”. Digo: “Pero ahora tiene que intentar sintonizar su sentimiento con eso, para ser madre, para ser madre de verdad. Tiene que intentar usted tener un bebé. Entonces subirá de inmediatamente un escalón, por ese nacimiento, entiende, ¿verdad? La conducirá de inmediato a lo hermoso, a lo poderoso; por el bebé tendrá

usted de nuevo la maternidad y entonces por sí solo le llegará el sentimiento, la conciencia como madre, por ese nacimiento, portando ese niño. ¿No es poderoso? Es más sencillo que nada. Y esos eruditos se quedan detenidos, y no lo saben.

Y así las ciencias espirituales todavía son migajas, todavía tienen que poner los primeros fundamentos espirituales. Fundamentos espaciales, un fundamento divino, la voluntad, eso es... esta noche pongan un fundamento divino, adelante, es la respuesta divina, espacialmente divina, y eso es: es usted padre y madre, estoy viviendo, porque el alma, que es el ser humano, es Dios. Y esa alma dice, Dios: vivo en ambos cuerpos. Y ahora pónganse a escuchar la radio, tomen la Biblia y entonces escuchen y lean. ¿Qué sabe el señor Spielberg, el doctor Spielberg, y qué saben los católicos, qué sabe el catedrático, el doctor, el sacerdote, de Dios? Señora y señor, aún están en ese paraíso de allí, solos. Bueno, esta noche mejor no me adentro más en eso, si no se reirán demasiado. Allí siguen con esa serpiente y ese peral; no eran manzanas, eran peras.

(Risas).

Eran limones. Había también peras rojas, dulces, amargas y Adán supo exactamente dónde estaba la más rica, con un colorcito rojo. Tampoco es que fuera tan lelo. De eso no se trata. Los eruditos siguen ante esas leyes, y siguen sin aclararse. El teólogo es más pobre, más pobre, más pobre que una rata. Humanamente inconsciente. Y se atreven a hablar de Dios, y del espacio.

Señora, esto es puramente una reencarnación. Aquí es donde emerge el subconsciente. Mire, si... y puede darse cuenta... ¿Qué edad tiene el niño”.

(Señora en la sala):

—Once. En realidad tiene...

—Claro, ya me lo imaginaba. Pero uno se puede dar cuenta a medida que... cuando el otro lado trabaja —ahora aparece la sensibilidad, porque ese sentimiento ya está—, entonces sigue habiendo, incluso, ahora, influencia. Y entonces se puede estar en contacto. Y allí... Mire, y ahora soy así: me habría vuelto completamente loco si no hubiera tenido un freno para mí mismo. Cuando la gente venía a mi casa en esos años y eran tal y cual, y así y así, pensaba: ‘¿Cómo es posible si ha leído usted todos esos libros?’. Y tengo otros cien mil más en mí, por no hablar del maestro Zelanus, entonces no se puede decir más que: “¿Cómo lo soportas?”. La gente me lo dice: “¿Cómo lo sigue soportando?”. Digo: “Señora, tengo un freno”. Y no me vuelvo loco, usted sí, yo no, porque usted no piensa. Voy a seguir todo el tiempo hasta haber llegado, una sola cosa. Y cuando lo haya superado, señora, será una posesión. Entonces albergaré más espacio. Eso no me molesta. Siempre tengo que encargarme —eso me decía el maestro Alcar, que tanto me enseñaba— hasta haberte quitado todo de encima. A eso se le llama meditar, revivir.

Y ahora va a comenzar con usted misma. Si esa voz, ese idioma... Es lo que pienso yo. Ese idioma ¿es capaz de servirme y de ayudarme? ¿Me sirve para ganar algo de dinero? ¿No? Pues entonces lo tiro por la borda, no me sirve de nada. Y esa es la voluntad de usted. ¿No es así? Tan sencillo como eso.

Pero la gente... hay gente que quisiera escribir, y le gustaría lo otro, también en este ámbito. Digo: “Señora, si le apetece estar loca, pues siga”.

¿Qué significan esas cosas si a uno mismo le causa problemas? ¿Cuántos espiritualistas no están en los (centros psiquiátricos como) Rosenburg? Y allí están ahora.

Sí, sí, y entonces se ponen a escribir, sin más. Sí, dice: “Sí, ya me encargaré de mi hijo”.

Digo: “O sea, ¿al manicomio? ¿No dice ese lo mismo?”.

Tenemos que aprender a pensar. Las cosas peores, interiormente, espiritualmente, que sentimos y vivimos, pueden salir. Primero tenemos que ponernos a preguntar: ¿qué quiero? ¿Qué amor me quieren vender allí? El que puedo encontrar sin más por la calle no vale un pimiento. Por el amor y la felicidad hay que luchar, por la conciencia hay que luchar, hay que pensar por ella. Y si se dice: “Mañana comenzaré con ello”, mañana es el otro lado. ¡Vive usted en el otro lado! No hay “mañana” en el cosmos. Alguien dice: “Mañana comenzaremos con ello”. Mañana estarás loco, serás pobre, mañana ya no hará falta: es ahora cuando estamos ante el Gólgota. ¿Qué quiere?, ¿qué desea? Su palabra, con la boquita abierta, y ya lo sé: su tarjeta de visita ya está encima de la mesa.

¿Cierto o no, ingeniero? ¿Qué dijo su catedrático de eso? Eso no lo sabía, ¿verdad?

(El señor dice algo inaudible).

¿Entiende lo sencillo que se pone esto? Puedo seguir sobre ello, pero entonces va a ser un clase muy densa. ¿Está contenta? ¿Dice usted que...?

(Señora en la sala):

—¿Me permite hacerle una pregunta?

—Claro.

(Señora en la sala):

—Sobre el maestro Alcar... (inaudible) ... si en ese caso aquí no estuviera ningún maestro Alcar que, bueno, pudiera decirme...

(Eleva la voz).

... y que aun así quiere venir. Quizá no le he comprendido bien a usted.

—Mire, si lee ‘Dones espirituales’... Tengo un maestro que se llama Alcar, sí, señora, por lo visto me tocaba hacer algo por este mundo.

(Señora en la sala):

—Bueno, a mí se me permite...

—Cada ser humano es mediúmnic, sensible: todos. Puedo convertirlos

a todos en instrumentos, solo que no lo hago porque no quieren pensar y de todas formas no harán lo que quiero. Puede convertirlos, como les he dicho, de golpe, en un segundo, en sanadores, sanadoras, y que sean hachas, igual de fuertes que ese hombre en Inglaterra, igual de fuertes como lo he vivido yo. Pasamos por encima, y de las heridas, había unos agujeros así en las piernas: se cerraron a la primera. Eso ustedes también lo pueden hacer. Si hacen lo que quiero y lo que quieren ellas. Pero ustedes no tienen fe. Quizá. Dice: “Quiero”, señora, pero entonces es que todavía no existe por dentro. Y después dirá: “Haré”. Pero entonces por dentro sigue habiendo un cepo de antes que no quiere colaborar. Y así es el ser humano, la personalidad, fragmentada. Viven en la conciencia diurna.

¿Sabe usted cuál es mi felicidad, señora? No tengo nada. Pero todos ustedes tienen algo. Y en esto no tienen que ser nada, no tienen que querer ser nada, entonces llegarán a ser algo. A mí me pegan y patean, me calumnian y cotillean y parlotean sobre mí; pero no me hacen nada. Hay gente que cuando las miras a la cara y solo les dice algo: zas, allí están los libros. Siete años de estudios por la borda, así, sin más. Ya están tocados. Señora, esa gente necesitaría una buena paliza. Pero me contendré. Digo: “A ver, para acá, lo que necesitan es una buena tunda”.

He recibido unas palizas y patadas tan tremendas; no, patadas no: fueron zarpazos del maestro Alcar. Me dice: “Vaya, ¿tengo que dejar que te infantilices y que enloquezcas? Entonces esto, o lo dejo. ¿De verdad quieres pensar? Entonces puedo seguir”.

Digo: “Sí, por favor, ¿qué tengo que hacer?”.

“Entonces esto y nada más que aquello”.

Dos semanas con un solo problemita, un día tras otro. ¿Hago esto bien? ¿Hago aquello bien? ¿Lo superaré? ¿De verdad? Y a seguir. Así es como tenía que apañárselas conmigo ese pobre maestro Alcar. Pero pude hacerlo. Sé escuchar. Sé hacer algo. Y es lo que quiero: hacer algo. Y, además, en primer lugar: no quiero pensar mal sobre el ser humano. Para mí el ser humano es una vida divina. Ese carácter a mí me resbala. Y esa personalidad que hay, o la señora tal y cual, y el señor tal y cual, a mí me resbalan. Todo eso es vida. Así es como vivimos en el otro lado. Así son los maestros, y así fue Cristo.

Y ahora se dice: “Ya, pero nosotros no tenemos ningún maestro Alcar”. Tienes a Cristo en lugar del maestro Alcar, ¿qué quieren? Pues, sí, ahí estamos ahora.

Señora, debería aprender a hablar con el Mesías. Yo puedo hablar con Él a cada instante. ¿No lo cree? Pero no así como así hacia ese Omnigrado de allá. Sino que entonces lo tengo a Él aquí, es cuando lo veo como ser humano aquí, tal como Él vivió aquí, de lo contrario a Él no lo consigues. Y entonces no tiene que empezar usted con “usted” y “le”; hay que decir: “Oye, ¿cómo te

va? Cuando estabas aquí de niño”. No vas a hablarle de usted a un niño, ¿no? Porque ahora Cristo es un niño. Y entonces lo verán a Él. Y así eso viene por sí solo, lo verán a Él automáticamente. Todo será de una poderosa sencillez, pero emocionante de forma sagrada, señora, que cada día uno mirará a Dios en pleno rostro. Basta con que empiece usted con ello. No se puede hacer nada con el ser humano si dice, irrevocablemente: “Empiezo”. Pero el ser humano sigue estando fragmentado. Para ese carácter no ponen fundamentos. ¿No es así? ¿Que el ser humano es fuerte? “Hurra”, dicen, “¡y yo haré esto!”. Y cuando llega la hora de la verdad, ¡pum!, allí se quedan tirados.

No se fíe de nadie. Yo solo confío en la vida. El maestro Alcar tenía que fiarse de mí. ¿Sabe usted cuántas palizas he recibido? Eso lo leerán enseguida en ‘Jeus III’, ese luchar de verdad, luchar por poder vencer las estrellas y los planetas. Yo no asalto los cielos. Yo asalto el universo, lo he atravesado. No me pregunten si... Cuando hayan terminado de leer ‘Jeus III’, deberían preguntarme... deberían ponerse a hacer preguntas luego: “¿Cómo lo ha atravesado?”. Bueno, entonces aquí se desangrarán por la noche. Divertido, ¿no?

Y “no tengo ningún maestro Alcar”; señora, fui en un momento dado al maestro Alcar ya ni lo miraba a la cara. Digo: “Y no quiero saber nada de usted. Voy a seguir, más alto”.

Y entonces clamaron en el universo: “En la tierra hay uno que ha despertado y que ha entablado una lucha con el Mesías”.

Digo: “Y ustedes pueden irse al cuerno”. ¿Que si es duro? Digo: “Aquí se trata de vida o muerte, de un hombre que tiene que morir y de una mujer y un niño. Y para eso quiero morirme. Porque dijo: Quien quiera aceptarme aceptará lo Mío”. Digo: “¿Él dijo eso?”. Digo: “Maestro Alcar, ¿usted qué dice?”.

Dice: “Sí, entonces tengo que llevarlo a usted conmigo”.

Digo: “No, Él mismo tiene que venir”. Digo: “¿Ha vivido un Cristo en el mundo?”. Ese ser humano, Cristo, ¿ya no se interesa por los judíos en Jerusalén?”.

Señora, póngase a luchar así y le da un patatús. Mañana le daría un ataque al corazón, porque no confía en usted misma. Yo sí.

Y entonces vino Él, llegó Cristo. “¿Me has llamado? Jeus, Jozef, André, ¿todavía me conoces?”.

Digo: “Sí, te conozco”.

Eso lo podrán leer, escuchar, más adelante. Es cosmología, señora, puede escucharlo en la cosmología. Pero entonces se trataba del universo entero. Entonces se trataba... Digo: “¿Soy un instrumento o no? Y si piensan que lo soy, los adelantaré, porque ahora tiene que venir el propio Jefe”.

En la guerra me quisieron enviar a Alemania, se lo he contado, eso también estará en ‘Jeus III’, y entonces mandé una notita al espacio, tan pancho: “Hoy

búsquense la vida, mañana ya iré a Adolf. Vamos a comenzar con ‘Dones espirituales’, porque el maestro Zelanus lo había contado, “o me iré a Alemania, porque allí también viven criaturas de Nuestro Señor”. Eso a mí me importa un... Sí, voy a sumergirme, voy a entrar en la clandestinidad, en cuatro años, cuatro, dos años, tres años no voy a hacer nada. ¿Escribir en un rinconcito? No, me tiraré encima de Adolf, y del Satanás mismo si hace falta. Y el diablo... lo soy yo mismo. Mire, y entonces envié a los ángeles... Digo: “Maestro Alcar, ahora búsquese la vida, son ustedes enviados de Cristo, maestros: ¡ demuéstrenlo!”. Y entonces supieron... lo oyeron millones de personas en las esferas: André está en ello y está desafiando al maestro Alcar. A las diez y media. Y un solo segundo más tarde el doctor De Ruyter ya entró en contacto y oyó: “Vete a Jozef Rulof”. Igual que yo: “Vete a La Haya, vete a Johan, vete a Bernard”. “Vete a Jozef Rulof, vete a Jozef Rulof, vete a Jozef Rulof”, y estaba fijado; y a las tres y media lo tenía delante de mis narices. Y entonces me fui a la cama, tenía un cáncer sangrante. Me dieron huevitos y leche de Hitler y estaba estupendamente, señora, los cielos habían dado su bendición. Pero mejor lo dejamos aquí, ¿no?

Si quieren recibir la fe y el saber, y empezar a hacer algo por ellos, señoras y señores, entonces accederemos enseguida a las máscaras y los seres humanos, y entonces el ser humano llegará a despertar. No vayan al maestro Alcar, señora, porque él es mío. Y él no les puede ayudar, porque dice: “Con uno solo ya me basta y sobra”. Porque ese Jeus era terrible. Era demasiado revoltoso y agitado. Casi estallaba por dentro de tanta fuerza. Y entonces, bueno, pues me iba del garaje, cruzaba el bulevar, volvía, estaba un poco cansado y había vuelto a frenarme. Ahora lo hacemos con sabiduría, lo hace con pinturas, con los libros y con todo. Qué divertido, ¿verdad?

¿Ya sabe bastante ahora?

Gracias.

(Señor en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Dígame.

(Señor en la sala):

—¿Me permite que le haga una pregunta más sobre esto, una cortita? Dijo usted hace un momento: si una madre da a luz a un niño, que así... se elevaba su estado emocional. Pero ¿qué pasa entonces con alguien que tiene el organismo masculino y que para ello tiene propiedades maternas? ¿Cómo tienen que verlo ellos en esta vida? ¿Continúa y sigue siendo así porque es que es imposible que él se eleve más, a diferencia de esa madre?

—¿En esta vida?

(Señor en la sala):

—En esta vida.

—Miren, señoras y señores, ahora vamos a hablar de la homosexualidad, claro.

(Señor en la sala):

—No, solo un momentito, oiga.

—En la paternidad hay siete grados. Uno no es... Digamos que usted, señor Berends, está en el grado más elevado, todavía no está listo con la tierra, la madre tierra lo mantiene todavía apresado, es el ciclo de la tierra, tiene que vivir usted el planeta plenamente como madre. ¿Entiende? Así que entonces aquí (quizá Rulof esté dibujando en la pizarra), tienes siete vidas como hombre, y de pronto uno llega aquí, y después vuelve, y entonces hay que salir, y entonces ya no tiene la fuerza creadora, porque el organismo materno, la conciencia materna es después de las vidas, de allí sale uno mismo, porque está descendiendo, así que uno sale de donde se crea a donde se desciende, y entonces uno está allí. Decir ahora... ahora eres un hombre, todavía, aquí todavía eres hombre, y lo tienes, ahora voy así, pero tengo que ir asá, porque aquí es donde se es madre, esto es paternidad, esto es maternidad, esto es el ciclo, eso es un ciclo, oiga, esto va así, bien. Pero la adopto aquí, aquí es donde tengo que hacerlo, porque aquí es maternidad, y entonces llegas aquí y te has hecho padre, y todavía eres madre, todavía te sientes madre, porque esas dos mil setecientas vidas, esas siete vidas que has tenido como madre es imposible sacarlas de uno mismo a hachazos: es una ley natural. Y eso tiene que desangrarse poco a poco, tiene que disolverse por lo creador, lo creador en el organismo, y para el organismo, que adopta los sentimientos, usted, como personalidad, y entonces vive usted en ese cuerpo. Poco a poco irá saliendo usted y entonces volverá a ser plenamente madre —¿entiende?— e íntegramente creador. Entonces esos sentimientos de ser masculinamente maternal —eso es— saldrán de usted, porque ese sentimiento maternal se disolverá poco a poco, y se convertirá usted en hombre, en creador.

Y ahora vuelve a tener siete vidas, siete transiciones, esas son, es el universo, planetas de transición de otro planeta, de la luna a los planetas de transición es exactamente igual, cuando uno fallece adquiere realmente esos sentimientos universales, divinos, creadores, entonces son ustedes... entonces vamos de forma pura a esa paternidad encantadora. Esa verdadera paternidad es servir a la madre y los hijos. ¿Entiende? Así que el padre y la madre sirven ahora para reencarnación, para la nueva vida. Y esa gente anda con eso. ¿Entiende?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Y son semiconscientes en la paternidad y maternidad. El mundo dice: “Son animales”. No son animales. No miro a esa gente de mala manera. Esa gente es como yo, igual, yo acabo de salir un momento. Mire de otra forma a la gente. No tienen que convertir las leyes divinas en perifolladas ni circos.

Ahí está. ¿No es así? La sociedad escupe encima de eso. La sociedad pisa encima de eso, les miran con malos ojos. Señor, claro que marchamos, claro que necesitamos un punto de algo que nos irradie hacia allá, ¿no le parece también?

(Señor en la sala):

—Yo creo que sí, desde luego.

(Señor en la sala):

—Sí, reconózcalo sin problema. Si somos nosotros de verdad, somos padres y madres, entonces ya es una maravilla, señor, pero acabamos de irnos de allí hace dos segundos; por la vida, por la reencarnación.

¿Entiende lo poderosos que son esos problemas, pero lo sencillo que se hace todo en realidad? Yo he vivido esas leyes, señor. Se las puedo explicar. He hecho cien mil viajes con los maestros. Sí, no está mal, cuando lo piensas todo eso ahora dices: “Dios mío, Dios mío, Dios mío, ¿cómo lo hemos aguantado?”. Bueno, es que allí está. Y nadie me lo quitará nunca ya. Si comienzan, es que lo conseguirán.

Pero no sucumban por alguna que otra palabrita dura. Hay gente que se siente tocada un instante, pfff, así, un soplo de aire. Y luego resulta que luchan por Cristo, y que además recurrimos a todo, y entonces llega desde ese lado un leve soplo: pfft, adiós. Y esos son los luchadores. ¿De qué le habrían servido a Nuestro Señor semejantes fantasiosos?

Pedro, Pedro —de eso también hemos estado hablando—, y Juan y Andrés, y ahora son sagrados. Yo he hablado con Pedro, digo: “Tú también eras uno de primera”.

“No, es que yo todavía no estaba allí”.

Digo: “Caminar junto al Mesías y luego renegar de Él”. Digo: “Yo también soy de ese tipo”. Yo he visto a Juan, a Pedro, a Pablo, a Andrés, también he visto a Judas. Con Judas..., por Judas lucho aún más que por Pedro, porque Pedro sucumbió. Judas no, él dice: “He traicionado lo más sagrado que tenía”, iba a ahorcarse. El maestro Zelanus le ha ofrecido esas conferencias, ¿qué más he de decir?

Cuando llega usted a esas leyes, señora, señor, entonces Dios estará a su lado, en su interior. Entonces vivirá usted realmente feliz. Y entonces ya no habrá desgracias, ya no habrá el estar equivocado, entonces solo habrá amor —va usted hacia lo equivocado, a lo que desintegra, al cotilleo, a las tonterías...— que dirá: “Fuera, a la calle, Satanás”. Porque eso a uno lo conduce... Solo escuchando ya es usted de la misma índole, del mismo grado. Que nadie venga a verme a mí. Antes, con Crisje, más nos valía que no se nos ocurriera. Cuando ibas a largarle: “Bernard lo ha vuelto a hacer”.

“Claro, entonces será que tú empezaste”, decía mamá en esos casos.

“Sí, mamá, fui yo quien empezó”.

“Ya me lo imaginaba”.

Sí, y cuando había que pegar, bueno, pues entonces manteníamos los codos en alto, y así se pegaba ella misma, la pobre. Y decía: “Ya, por allí no puedo pasar”. Así que, bueno, eso hacíamos.

(Risas).

“Allí hay un gamberro, él ha hecho algo...”.

Señoras y señores, ahora voy a comenzar.

“Estimado señor Rulof”, vean, me estiman y todo, “quiero dar las gracias a usted y a los maestros por el amor y la paciencia que ha mostrado ante la audiencia y las preguntas. Siento mucho que esté tan decepcionado sobre nuestro pensamiento”. Sí, soy implacable. No con todos. “He asistido a muchas conferencias en Diligencia y a veladas en el edificio Conócete a ti mismo, y también he releído con frecuencia sus libros Pero ahora, por fin, estoy empezando a intuir de alguna manera la profundidad. Mejor no se desespere. Hago lo que puedo”. De modo que sí que he enganchado a alguien, veo. “Todavía estoy en mi cuerpo material y me parece muy difícil pensar de forma abstracta o en el espíritu”.

De forma abstracta. ¿De quién es eso?

(Señora en la sala):

—Mío.

—“De forma abstracta”. ¿Es suyo, hermana? ¿Usted llama...? ¿Qué es...? ¿Piensa de forma abstracta?

(Señora en la sala):

—... bueno, eso es lo que una desea...

—Señora, ni siquiera es capaz de eso.

(Señora en la sala):

—¿No?

—No, no puede, de forma abstracta no puede... Sí que se puede pintar de forma abstracta, pero no por eso es así. A eso se le llama... el mundo lo llama “abstracto”. Pero ¿qué es abstracto?

(Señora en la sala):

—Eso no es material.

—Señora, hermana, eso es medio... Si tomamos un loco —¿entiende?—, sigue siendo consciente en su estado. Pero si quiere usted lo abstracto tiene que estar más loca que loca, y ni así habrá llegado. Porque lo realmente abstracto es lo verdaderamente astral. ¿Entiende? Y aun así sigue siendo verdadero. Pero ¿lo tiene usted? Ya entenderá que esa palabra tiene espacio, tiene espacio. El verdadero conocedor de palabras ni siquiera comprende lo que es lo abstracto. La gente no entiende, señora, que cuando se habla de la muerte, y sobre morir, que no hay un morir, ni muerte. ¿Entiende? Así le puedo despojar todavía de medio diccionario. Fuera esa palabra, porque no hay muerte.

No se muere. No se fallece. No hay condena. Y entonces podemos continuar y por fin Dios obtendrá luz para Él mismo. Porque Él dice: “La humanidad en La Haya o en Holanda, o donde sea, tendrá un nuevo diccionario, Mi diccionario”. Porque de este todavía no tenemos nada.

Lo que se ha hecho para el mundo literario, las facultades, las universidades, hermana, todo es algo abstracto que está semidespierto, allí no hay ni una pizca de realidad, no se puede vivir nada de verdad. Nada, nada en absoluto. (En alemán): El ser humano también muere. ¿No lo dije la semana pasada?

Por eso me detuve un momento ante esa palabra: “abstracto”. Pero no voy a seguir más con ella. Si siguiéramos, vería, sin embargo, qué es una palabra, una palabra. Primero tiene que aprender a comprender palabras, y analizarlas. Cuando el ser humano... esa calamidad... el ser humano escribe cartas, y entonces escriben así, y me pongo a leer, pienso: ‘¿De verdad que son ellos?’. Señora, ni siquiera usted misma... usted misma no comprende lo que escribe, porque allí hay palabras que existen, cierto, pero eso no es. Ni siquiera conoce el idioma.

Yo vengo del campo de Güeldres y tengo que enseñar el idioma a los habitantes de La Haya. Jamás en la vida he tenido una página en las manos, pero yo siento la realidad de la palabra. Así es como me han educado. O sea, ¿por qué no lo hacen ustedes? Sí, sí, allí están otra vez.

(Jozef continúa leyendo):

“... o pensar en el espíritu. Ahora estoy volviendo a leer sobre Gerhard, el cochero, cuando está transformando su forma de pensar. Y a él todo se le enseñaba poquito a poquito. A Gerhard se le dijo: ‘Tiene que hacer usted comparaciones desde lo espiritual con lo terrenal’”.

Y eso, precisamente, es lo que les estoy enseñando. ¿Es que ustedes no son capaces de eso? Hacer comparaciones con lo espiritual. Si ya se asusta en este punto, hermana, ante algo que es real —pero se le dice que es verdad y usted no lo acepta— ¿qué quiere hacer entonces en el otro lado como espíritu, cuando haya salido de la materia? Está usted ante esos fundamentos, ese muro frío, ese espacio es un espacio, es un mundo, está completamente frío como un Polo Norte, porque aquí ustedes también lo están. El ser humano no despidе calor. En las palabritas, en el pensamiento, no hay calor ni amor ni espacio, todo es zaspumpacazaspumpam. Escuchen, ya tienen edad y entonces dicen: “A ver, déjalo ya, anda”. Y entonces te sueltan un gruñido, y te darían ganas de... Yo no, yo ya no pego a nadie. Entonces te pegas a ti mismo. Darían ganas de decirles: “Hijo, hijo, hijo, hijo”, pero entonces tienen ochenta años, y sesenta y setenta. “Hijo, hijo, piensa lo que dices, anda, por favor”. Primero hay que aprender el idioma y llegar a comprenderlo.

Donde nosotros decían: “Claro, ya te gustaría. Estás loco de remate”.

(Risas).

“Tiene que hacer usted comparaciones con lo terrenal desde lo espiritual, y pudo ver”.

¿Y no son capaces ustedes ahora que han leído todos esos libros? Vive usted en el otro lado. Yo vengo desde el otro lado, tengo que volver a la tierra, yo, por todos esos empujoncitos del maestro Alcar —pronto lo leerán en ‘Jeus III’— perdí mi sentimiento terrenal. Pienso: ya no me va a quedar nada. Ya entenderán que de esos egipcios sucumbieron bastantes, porque entonces estaban aquí y ya no podían volver: ya no puedes volver cuando empiezas con esto. Escuchar, sí, leer, también, siempre es posible volver, porque uno sigue estando ahí. Pero yo tenía que salir. Tenía que desdoblarme corporalmente, tenía que irme. Y llegué a tener en mi interior tanto espacio espiritual que me quedaba sin aliento y entonces había que seguir. Y entonces, en 1940, llegamos a estar ante ‘El origen del universo’, y me dice el maestro Alcar: “Tengo que parar, porque va usted a reventar”. Así lo dijo: “Vas a reventar, sucumbirás”.

Digo: “¿De verdad?”

Dice: “Puedo aportar cosmología”.

Pero por encima de esto aún no ha pasado nadie. Ningún Sócrates, ningún Platón, ningún egipcio. Porque, fíjense: todavía hay piedras que tienen que representar a los dioses, un viento, una noche, una deidad. No, señor. Sí, bien, es... Estaban cerca, señor. Una deidad: una piedra, un trocito de fuego y un trocito de luz: todos eran dioses. Y es Dios. Estaban cerca. Pero era Dios, sin duda alguna. Así que eso iba demasiado lejos. Y entonces sucumbieron. Porque no podían seguir. Y entonces me desafiaron. Pero de eso tampoco estoy hablando. De lo contrario se convertirá en una conferencia, y todo eso vendrá luego. Hagan ustedes mismos la pregunta cuando tengan en las manos ‘Jeus III’.

Pero entonces empezamos a pensar de forma esencialmente espiritual, según las leyes. ‘Vivo aquí’. ‘Estoy aquí en la tierra’.

¿Cómo piensan ahora todos los días?

‘Todavía estoy en la tierra’. ‘Vivo en la sociedad’. ‘Esa de allí es mi mujer’. Ya te gustaría. ‘Y ese de allí es mi marido’. Ya te gustaría. Todo lo que tienen —ya puedo empezar— son bienes que han recibido hoy.

¿Tiene usted una mujer cariñosa, señor? Quizá luego la pierda, porque puede ser que pertenezca a otra persona. Hemos tenido millones de vidas. Puedo ir, así, sin más, a soberanos y reinas, digo: “Esta que está allí es mi abuela, tengo algo que ver con ella, con aquella”. Pero no te creen, señor Götte.

Y así todo son bienes prestados. Ahora viven para la edificación. Yo vivo

en la infinitud. Me da igual si me encuentro a mi familia muerta en la calle, porque iré por encima, dado que sé: llegarán a tener “alitas”. El ser humano está junto al ataúd y llora hasta quedarse vacío, se pone un sombrero negro de copa y dice: “Sí, uuuu”.

(Jozef hace sonidos sostenidos de sollozos).

¿Cómo dice? Digo: “No me haga reír”. Con Hendrik el Largo, en el cementerio, estuve partiéndome de la risa, porque no estaba muerto, él mismo estaba entre los asistentes. Y en la iglesia escribí: “Aspira esta botellita un poco, Jeus’, de la tía Trui. Digo: “Allí también la tienes a ella’. “Eso que lo hagan tus gallinas. Yo, yo, yo sé... Papá está aquí mismo”. Y papá estaba contemplando su propio cadáver. Dice: “Y encima que le dan la bendición, cuando soy yo quien la tendría que haber tenido”. Y entonces supo de una vez por todas lo profunda que era la iglesia católica.

Señora, piense un poco sobre eso.

Pero primero voy a terminar de leer esa carta. ¿Siente lo poderosamente hermoso...? Puedo empezar con cien mil problemas, y entonces dejo eso... solo con un par de palabritas. Y entonces les contaré cosas poderosas y escribiremos de golpe otro libro. Pero tengo que acabar con esa nota de usted. Una sola palabra implica tantas cosas. Sí.

Tiene que hacer usted comparaciones desde lo espiritual hacia lo terrenal, fíjese en eso un instante, así podrán aprender, señoras y señores, así todos podrán... Y a todos los convertiré en escritoras y en escritores. Si tienen dinero y se lo gastan ustedes mismos, claro. Yo también lo tengo. Pues entonces a trabajar. Nosotros fuimos empezando con monedas de diez y veinticinco céntimos para publicar los libros. Habíamos juntado mil cuatrocientos florines y entonces venía ese conductor de (la editorial) Mouton y decía: “Eso también es sangre”.

Digo: “Sí, eso es sangre”.

“Hurra, ha salido el primer libro”. Y yo regalé setecientos, se me fueron de las manos de golpe, en dos días.

Y entonces el maestro Alcar dijo: “Si continúas así, no llegaremos nunca”.

Digo: “¿Por qué? ¡Los he perdido!”.

“¿Pues dónde está el dinero?”.

Digo: “No tengo dinero”.

(Risas).

Y entonces ya solo me quedaban trescientos. Así que, señora, ¿cómo recupero mi dinero? A empezar otra vez, los había perdido. En lugar de que esa gente hubiera empezado a ayudarme... pero no he visto nada, ¿verdad? Estaba tan contento de poder repartir mis libros. Y más tarde tuve que dejarlo —es cierto, te detienes—, porque teníamos que seguir. Con monedas de diez y de

veinticinco céntimos, de un céntimo.

(Jozef continúa leyendo):

“Mejor tenga un poco más de paciencia. Y, por favor, no se sienta tan decepcionado”, añade usted encima. “Tengo muchas preguntas, pero todavía no vuelan a mucha altura de la tierra, se trata principalmente de mi profesión”. No tengo nada que ver con eso, señora. “Todavía no puedo pensar más allá, porque todavía no quiero hacerme ninguna ilusión”. Y eso, ¿qué es? Se hace usted Dios. “No me hago ilusiones de volar a demasiada altura”.

Si vuela a demasiada altura, ya se caerá. Sí, eso a la gente le causa desgracias. Si la gente de aquí... Hace años vino alguien... A esa gente tampoco la veo ya. Ya se fueron hace muchísimo. Tampoco aguantan estar mucho tiempo con Jozef Rulof. Ese hombre me preguntó una noche: “¿Podría estar también en las sesiones?”. Entonces los maestros habían empezado a hablar.

Digo: “Sí, claro, ¿cómo no?”.

Ese hombre viene a casa: “Y ahora a ver si te atreves a decirme algo más. ¡El que manda ahora soy yo! Puedo acudir”.

Digo: “¿A dónde vas a poder acudir?”

Y entonces me dice: “¿Qué ha pasado?”.

Digo: “Este sí que se ha vuelto loco”.

Entonces al señor le entró la locura soberbia, porque se le permitió acudir a las sesiones de los maestros. Digo: “Señor, ya se está saliendo”.

Y se salió. Miren, es cuando se apresuran a tomar la espada y a ponerse a dar sablazos. Entonces se les coloca encima de un pedestal. ¿Entienden?

Cuando andas con esas condecoraciones de hojalata en nuestro reino, señora... ¿Cómo es que no andaré esa gente así? Es que siempre que me encuentro con un alto dignatario de esos, como un almirante, un general, siempre hago esto: pfft. Digo: “Señor, eso es sangre”.

“Soy almirante, ¿es que no lo ve?”.

Digo: Señor, no tengo ningún respeto por esos cacharros asquerosos, sucios, pegajosos”. Digo: “Tampoco ya por esos claveles. Al clavel de Nuestro Señor también lo están contagiando ya. Hay dos millones de personas atadas a eso”.

(Jozef continúa leyendo):

“Todavía no puedo seguir, tengo que aprender a pensar”.

Y ahora continuó. Claro, la gente que vuelve a estar aquí esta noche por primera vez piensa: ese hombre está como una regadera. Como una regadera. Pero ya hablaremos. Si tienen paciencia, claro.

“Me gustaría saber lo que es el reuma”. Vaya, es una enfermera del hospital. “En Inglaterra se han descubierto inyecciones analgésicas”, ahora voy a aprender latín, “butazoladine, butazoladine”, ¿no es así? ¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Butazolidine.

—Pero ¿por qué no lo dicen en holandés?

(Señora en la sala):

—No lo sé.

—Yo tampoco. Pero ¿por qué ahora tenemos que...? ¿Por qué la cien...? Ah, así no lo comprendemos nosotros, claro. Entonces no importa tanto cuando lees lo que contiene. Pero de allí saldrá veneno, ¿verdad?

“Con eso, sin embargo, no se consigue combatir la causa de la enfermedad”.

Claro, ahora quiere tener usted un diagnóstico. Entonces debería usted hablar alguna vez en el futuro sobre el reuma. Si les parece bien a los maestros. Porque yo, bueno, puedo analizar el cáncer, la tuberculosis, pero, oiga, señora, el reuma también se puede analizar así. Y entonces también le ofreceré ejemplos y preguntas. Pero de eso no estamos hablando ahora. “¿Quiere usted contarme más sobre esto?”. Luego, más tarde, cuando hayamos llegado a ese punto.

“La irradiación magnética, ¿tiene un efecto sanador de persona a persona, o son los rayos de determinados metales?”. Señora, solo tiene que leer ‘Dones espirituales’. “Todo lo que se hace por los demás es algo que se hace por uno mismo”. Desde luego, señora, pero no si le robas veinticinco florines a otra persona. “Aquí se me ha despojado de algo y no he recibido nada a cambio, eso no debe ser lo que pretenden los maestros con su doctrina, ¿no?”. ¿Qué quiere decir con eso?

(Señora en la sala):

—Lea un poco más, por favor.

—Ah, gracias.

“Permítame que cite un ejemplo. Antes, cuando había lavado y cuidado a una parturienta y a su bebé, me decían: ‘Ah, que delicia estar tan fresca y cuidada. Y hay que ver lo bien que huele el bebé’.

Sí, huelen bien. Pero, ¿por qué, señora? ¿Lo sabe? Hay madres, muchas madres. Por qué huele su bebé... ¿A qué huele, señora? Y entonces, ¿qué clase de olorcito es? Se lo puedo explicar.

(Señora en la sala):

—Es imposible situarlo.

—¿Que no es posible situarlo? Señora, todo se puede situar.

(Señora en la sala):

—Sí, usted, pero yo no.

—Cuando se va al cementerio, ¿qué huele entonces? Y cuando siente el rocío, señora, ¿qué huele en el campo? El nuevo nacimiento, la nueva vida, huele a fondo la vida no contaminada. Huele más la vida astral que la material.

Esa carne todavía está sin contagiar. ¿Y a qué se debe eso, hermana?

(La gente en la sala habla a la vez).

Porque la criatura todavía no ha comido carne ni alimentos animales. ¿No lo sabía? Y entonces llega usted a oler la irradiación de un bebé y decimos: “Ah, qué delicia de olor”. Sí, señora, ahora huele usted la inmaculada inocencia, sí, sí.

En el espíritu pueden llegar a bullir muchas cosas, incluso podrías tener un psicópata. El psicópata como bebé, señoras, tiene otra irradiación, así lo he vivido, ese diagnóstico hice, digo: “El niño se va a hacer psicopático”. Después de cinco años ya lo vieron. Dice él: “¿Por qué, señor?”.

Digo: “Lo husmeaba”. Lo usmeaba. Husmear no es lo mismo que humear, ¿no? Humear y humear, entonces tenemos que ver con tabaco.

Señora, hermana, ¿no es interesante? Conviértame en médico y tendremos una fiesta en el hospital y aprenderemos. Ojalá tuviera esa posibilidad.

“Antes, cuando a una parturienta...”, cantémoslo otra vez...

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

¿Me da un minuto más?”.

(El técnico de sonido):

—Yo se lo doy, claro... (inaudible).

—Ah, qué bueno.

—Antes, cuando había lavado y cuidado a una parturienta y a su bebé, me decían: ‘Ah, qué delicia estar tan fresca y cuidada. Y hay que ver lo bien que huele el bebé’, madres; ¿fue así con todas ustedes? “... y me entraba una cálida sensación de gratitud”. Sí, lógico. “Pero ahora siempre me asalta el pensamiento: ‘No se hagan ilusiones, madre y bebé. Todo esto lo hago por mí misma’”.

Sí. O sea, sí, yo también estoy trabajando aquí por mí mismo. Pero si lo hace usted, señora... Bien puedo decir: “Señora, con usted no tengo nada que ver, vivo para mí misma, también lo hago por mí misma, todo... no hace falta que me dé las gracias”.

La semana pasada no les di las gracias a las señoras por las flores. Me fue así, sin más. Pienso: ‘¿Lo entienden?’.

“Mmm”, dice otra persona, “el canalla ni siquiera ha dado las gracias por mis rosas”. Esa persona no estaba ahora, pero antes así ocurría.

Señora, ¿por qué me da usted entonces flores si por la intensidad de enseñarle algo, me olvido de decir “buenos días”? ¿Qué puede ser ese “buenos días”? Mire, así lo vuelve a tener otra vez. Lo hace por su criatura, por su madre, por un hospital, por conocidos, la gloria pasa a la madre. Señora, lo hace usted por usted misma, pero esa madre lo llega a ver y enseguida también comenzará. Ahora lo tiene usted para sí misma. Cuando llegue a conocer las leyes en el otro lado, ya no querrá tener que ver nada con “gracias”

y edificación, ni con “señor”, ni con “ay, señor Rulof”, ni con “ay, Nuestro Señor”, Nuestro Señor ya no quiere tener que ver nada con eso. Él dice: “Mejor conserva toda la sencillez del mundo y a acéptame allí donde todo empezó”. Es cuando empezamos a aprender.

Si duda tiene que estar contenta de poder ayudar a la gente, es su posesión. Pero también es algo que se irradia hacia la otra madre. ¿No cree? Y si no es así, señora, algún día tendrá que empezar con ello. Y entonces usted no tendrá que... Tampoco hace falta que se sulfure ni que se altere, señora, hermana, por haberlo hecho. No me hago ningún tipo de ilusión sobre poder hablar aquí y poder enseñarles.

Hay gente que piensa: entonces llegan a estar en una alameda, en un castillo y entonces ven a un catedrático. Y entonces llamo a la puerta con la cara que se me cae a los pies y digo: “Señor, ¿qué pasa?”. No tengo cuernos.

“Bueno, es que quería darle las gracias por el libro”.

Digo: “Señor, mejor no haga eso, porque quizá llegue un día en que quedarán arrinconados y entonces pisoteará esa obra”.

Pues, sí, eso también lo hemos tenido. Hemos recibido flores, de cuatrocientas, quinientas rosas en una cesta de esas, y años más tarde, señora: ay, adiós, flores. ¿Por qué no quieren los maestros que se les dé las gracias? ¿Y por qué no lo quiere Cristo? Dice: “Luego me iré de todas formas, luego pensarán de otra manera sobre mí”.

“Soy sucio, a usted no lo acepto. No quiero tener que ver nada con usted”, dije aquí una noche, pero lo digo en serio. Pueden tenerme de todas formas, porque me tienen. Pero me quedo a la espera. Esperaré unos pocos años. Cinco años, siete. Ahora ya llevo cien, ya me está tomando cien años. En el otro lado, señora, me tendrá de inmediato, aquí ya no. Porque no quiere venirse conmigo. Tiene usted miedo a... Bien, dice usted “sí”, que quiere, pero ay si aparece una pequeña nube, con una hoguera detrás: ay, ay, entonces se van corriendo. He visto correr a muchos. Señora, ¿cree usted en los castillos construidos en el aire? Conviértalos en espirituales, con realidad, y deles una irradiación y una orientación.

(Dirigiéndose a unas personas en la sala)

Pasen, señoras, así podrán escuchar todavía unos minutos.

Y así verán y vivirán realidad. La semana pasada dije: “Empecemos con los rasgos del carácter. Empecemos por fin a convertirnos a nosotros mismos en realidad”. Aprendan eso y se verán automáticamente de otra manera. Y las máscaras estarán por los suelos. ¿No es instructivo? “¿Instructivo? ¿Leer libros?”. No, señora. “¿Leer cien?”. No, señor. “¿Conferencias?”. Bueno. “¿De los maestros?”. “Anda ya”, dice el maestro Zelanus, “¿de verdad se cree que yo pueda aceptar que tienen esa felicidad? Eso hazlo tú. Juntos lo convertiremos en cosmología. Entonces los podremos acoger detrás del ataúd, uno por uno,

y empezaremos”. Y, oigan, si no a cerrar el pico. Entonces le pondrán una hermosa túnica. Mmm, allí ya están, los colorcitos los tiene el sastrero, el sastrero espiritual ya los está esperando. Sí. Y entonces hay uno que dice: “Pero ¿allí también se consigue pescado frito?”.

Digo: “Desde luego”.

Porque le encanta el pescado.

Digo: “Sí, en el límite de la tierra de odio es posible comer pescado, y también ginebra”. Señora, ¿no es así allí detrás de las rejas? En el otro lado todo es posible. Pero todo eso te conduce a una personalidad muy diferente si no va acompañado de amor. Y entonces tenemos que ver con Pepe Satanás.

Lo terminaré rápidamente. “Y es tan egoísta, todo me parece así, hacerlo todo por ti misma. Y el amor egoísta o propio no significa nada en las esferas. ¿Dónde me equivoco en mi pensamiento? Tengo más preguntas, pero por el momento lo dejo aquí. Muchas gracias... Hermana Zwaantje (‘pequeño cisne’)”.

¿Es usted de la familia de los cisnes, señora? No, ¿verdad?

Mire, si el ser humano... Hermana, tiene usted... si hace todo eso, el mayor cumplimiento del deber posible, la espiritualidad que el ser humano quiere vivir en la tierra es el hospital, es la paternidad, la maternidad; en casa la madre para los niños es exactamente lo mismo. Pero si está usted en el hospital, señora, acéptelos. Pueden hacerse películas sobre eso.

Debería llevarme con usted mañana y dejarme jugar a ser enfermero allá. Ya verá: en media hora los tendré a todos llorando; eso si añades algo que aún no conocen, si dices algo por el que un perro y un gato te acariciarían. El amor de un perro, señora: este se muere junto a su amo en el cementerio. ¿Y por qué no ibas a poder alcanzar a un ser humano de esos que de todas formas ya está quebrado en un hospital? ¿Verdad que ha leído usted mi vida, la vida mía, cuando me encontraba en el hospital, cuando me convertí en Sientje, en la segunda parte de ‘Jeus de madre Crisje’? Bueno, pues yo ya tenía... El hospital no quería comerme, pero casi me devoraba. Y todas las enfermeritas chifladas. ¿Y por qué? Porque me era desconocida la desgracia.

¿Qué es estar enferma, señora? La enfermedad se pueda curar, puedes hacer que se dilate. Y a la hermana y al médico que andan por allí, a esa gente se le puede dar algo con los sentimientos de uno y el saber que uno tiene. Y entonces empezarán a decir automáticamente: “¿Qué clase de ser humano es ese? ¿Qué clase de personalidad?”. Y entonces uno ya recibe algo a cambio. Y así nos vamos dilatando. Es como nos embellecemos por dentro.

¿Qué más tenía?

(Señora en la sala):

—Sí, todo eso lo hace uno para sí mismo, ¿o no?

—Bueno, pues, yo también estoy haciendo las cosas por mí mismo, seño-

ra. Y sí que recibirá usted algo a cambio. Está usted dilatándose. Todo esto lo hago por mí mismo. Y a su propio hijo, a sus padres y madres también empezará usted algún día a... Aquí tengo sentados a veinticuatro, madres y padres, e hijos de anterior... Aquí tengo a dos hijos que vienen directamente de Turquía. Y hay otros que todavía descienden de los hindúes. También hay un par de negros (cuando se celebraron estas noches informativas, de 1949 a 1952, la palabra “negro” era una denominación habitual para alguien de piel oscura), pero estos ahora se han hecho blancos. Señora, a ellos los voy a desarrollar. Porque son mi sangre. Todos ustedes tienen que ver con su propio núcleo en la tierra. Ya no es posible eludir al ser humano, porque todo lo que posee Europa y todo lo que forma parte de la humanidad procede de su sangre, de su vida, de su espíritu, no de su espíritu porque es una sintonización propia. Y ahora hace usted eso para sí misma. Todo eso lo hacen para otros también, señora. No tiene que empezar a tener un complejo de inferioridad. Mejor me como eso, cómase esas cosas buenas sin problema alguno, yo también lo hago; porque a fin de cuentas me lo paso pipa por poder darles algo. Sí, eso conlleva satisfacción. Pero no tengo que imaginármelo.

Señoras y señores, los espera el té.

DESCANSO

Señoras y señores, voy a seguir. Aquí tengo: “Jozef Rulof, una pregunta rara: cuando Elsje y Erica...”. Aquí hablamos de ‘Las máscaras y los seres humanos’, la gente que no haya leído todavía esos libros, claro, no entenderán nada de esto. Pues, pónganse a leerlos si les interesan. “Cuando Elsje y Erica, más tarde Frederik y Anna, se fueron a Egipto con René y Karel, ¿quién cuidó entonces de la casa, del castillo?”.

Señor Koppenol. ¿Qué quiere decir con eso, señor Koppenol? ¿Dónde se encuentra?

(Señora en la sala):

—Aquí.

—¿Se metió allí en un rincón? ¿De la casa? ¿Simplemente, de la casa?

(Señor en la sala):

—... Frederik... castillo.

—¿Cuando se hubieron desdoblado?

(Señor en la sala):

—Sí.

—¿Y mientras ellos dormían allí? Señor, hay tanta gente que se desdobra corporalmente, que... entonces sí que sueñas, pero también pasa algo. Y han salido del cuerpo por la noche mientras dormían, allí han vivido algo difer-

ente, claro, bajo control. Eso se controla. El espíritu mismo, los sentimientos del ser humano mientras sueña... Y pase lo que pase durante el sueño, sigue siendo un porcentaje equis en ese estado, en ese cuerpo, que vela sobre algo, sobre muchas cosas. ¿Eso qué es, pues?

Cuando duermen, señoras y señores, y siguen soñando mucho y hacen viajes... En el Antiguo Egipto... Yo también he asistido a eso; cuando salía de mi cuerpo, sí que permanecía algo —oigan, todo eso ya lo han leído— ... algo allí que continuaba velando. Sí que necesitábamos ayuda porque empezábamos a tocar las leyes conscientemente. Íbamos a la luna, al más allá, así que entonces uno empieza a pensar de forma consciente, y entonces tiene que haber aún más sentimiento que parta de ese cuerpo —ya se lo digo— para poder vivirlo en las esferas... porque si llegas allí con el cinco por ciento, no ves nada, entonces sigues con los ojos cerrados. Y cuanto más... Cuando pasas el cincuenta por ciento, se despiertan los ojos, se abren. Así que la vida en cada célula de su cuerpo, el corazón, la sangre, el cerebro, cuida y vela el pequeño castillo, ese castillo: ese cuerpo. ¿Ha quedado claro?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Ahora lo sabe de una vez por todas. Podía haberlo sabido.

“Porque ya llevaban algunos meses de viaje...”: entonces estaban materialmente de viaje. Salieron físicamente al exterior.

(Señor en la sala):

—Aun así.

—Sí.

(Señor en la sala):

—¿Aun así?

—Aun así, sí. Entonces fueron todos juntos a hacer ese viaje. Y entonces no tenían que velar, quizá entonces mandaron a un viejo que cuidara el jardín, un vigilante nocturno para la casa, para que no hubiera robos, y durante el día... Karel... Karel estaba forrado. Y entonces se iban de viaje. Dejaban la casa cerrada bajo siete llaves, bajaban las persianas y la familia Wolff salía de viaje. Materialmente. ¿No lo sabía?

(Señor en la sala):

—No, siempre pensé que...

—Sí, mire, ahora tiene que atenerse a lo que dice el texto y así se irá con él a Egipto. Más tarde hicieron el viaje juntos. Primero Frederik con René, y entonces liberarse los dones, volvió a haber contacto.

Exactamente lo mismo que lo que hizo el maestro Alcar conmigo, desde detrás del ataúd hacia acá, despertándome. Ahora ya no a través de Oriente, sino de una silla, haciéndome chófer, porque ese fue el fundamento más profundo —eso lo leerán luego— por el que me consiguió. Porque entonces me

fui a sentar allí... esas tonterías encima de la silla también las podría haber hecho de otra manera. Pero fueron los fundamentos para el antiguo Egipto. Así es como fue poniendo sus fundamentos espirituales para conseguirme. Porque así, al margen de lo normal, podía yo acceder —deberían leer cómo lo analizó el maestro Zelanus— a lo anormal, al margen de lo normal: hacerme chófer. Dice: “Jeus lo hace justamente un poco diferente, al revés. Avanza andando hacia atrás”. Y entonces aprendí a conducir encima de una silla. Pero es que esa silla era de hecho un coche. Cuando lees ese capítulo y empiezas a entrar, ya todo el mundo tiene que estar convencido por ese acontecimiento de que me sentara en una silla. Todavía lo veo sentado a Bernard. “¿Tú qué te crees que vas a hacer?”. Digo: “Esta mañana voy a conducir. Voy a hacerme chófer”.

“Vaya, vaya, vaya”.

¿Cómo que “vaya”?

(Risas).

Digo: “Podré entrar a tu cuartucho, ¿no? Tú mejor ponte a trabajar”. Y yo que me siento encima de la silla: brrrum.

Ay, Dios mío, ya no soporta la ciudad. Se vuelve loco de remate.

Eso es lo que deberían leer ustedes.

Pero el maestro Alcar continúa leyendo, me lo encontré en la calle Weteringkade. Digo: “Tú también sabes hablar en dialecto”. “Sí”, dice, “yo también hablo dialecto”. Casje. Deberían oír eso, deberían leer lo sorprendente que ha sido esa evolución. Hay que ver el esfuerzo que han tenido que hacer con nosotros. Sí, el sentimiento de Egipto estaba allí.

Y Frederik con René, exactamente lo mismo, pero ellos se fueron un momento a Oriente. Allí había un iniciado.

Yo, con el hipnotismo y todas esas cosas, le puedo... Entre comillas, hace poco les conté: el hipnotismo es peligroso. ¿Han leído ustedes (la revista) ‘Vizier’?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Digo: mejor que no hicieran esas majaderías con un ser humano. Ahora ven ustedes el peligro. Y eso ya se lo conté el año pasado. Digo: eso es tremendamente peligroso. Ahora ya están surgiendo víctimas. Incluso está interviniendo la justicia. Jugar con el alma humana, Dios mío, Dios mío, Dios mío, ¿a dónde vamos a llegar? Y entonces deberían mirar un charlatán de esos por allí. “Ahora estás durmiendo”. Yo, si es necesario, los puedo hacer dormir a todos, a quienes sean sensibles. “Estás durmiendo”. Y entonces dejan que una criatura de esas llore y baile. “Hay fuego, hay frío”, y otro que paga. Y se ríen: vaya, vaya, vaya. Y ni siquiera saben por qué ríen. Porque ocurren accidentes.

La sociedad primero tiene que enseñar al ser humano a no jugar con fuego divino.

Pero Frederik y René se pusieron a hacer un viaje, más tarde fueron a hacerlo materialmente, echaban el cierre, y a Grossglockner, a Turquía, una delicia. Y entonces volvían y abrían otra vez la puerta, ese es el núcleo material. Entonces llegaron. Es cuando hay que... Estuvo usted ocupado un rato con René y Frederik en el espíritu, y entonces apareció la familia, ¿verdad?

(Jozef continúa leyendo): “Si la conciencia diurna está dormida, entonces ya no tienen nada que contar a la tierra, o tendríamos que soñar en voz alta, pero ahora de día. En relación con esa pregunta sabemos que todos poseen algo de esas personalidades, que vivimos como rasgos del carácter”. Quiere decir usted toda la familia por allí. Karel, todos. “Si la conciencia diurna está dormida, ya no pintamos nada en la tierra, o tendríamos que soñar en voz alta”.

Quiere decir usted: cuando el ser humano está dormido... “la conciencia diurna dormida” quiere decir: el ser humano vive durante el sueño. Pero el espíritu nunca duerme. Ese espíritu está eternamente despierto. Porque si el espíritu se durmiera, señor, ¿qué ocurriría entonces? Es cuando se produce la muerte inmediata. El espíritu no duerme nunca, porque el espíritu humano mantiene despiertos los sentimientos, y estos se encargan de la circulación de la sangre. Así que, sí... es posible soñar. Mi hermana pequeña Miets siempre soñaba en voz alta. Y Teun también hacía cosas muy parecidas. Y entonces nos sentábamos donde Miets y oíamos el día entero, oíamos todo lo que había preparado. Y al día siguiente decíamos: “Oye, eso de ayer lo deberías volver a hacer”.

Miets: “Entonces me han traicionado”.

Digo: “No, hablas en sueños”.

Porque todos éramos sonámbulos. Bernard deambulaba hasta unas buenas alturas, se cayó donde Bosman del tejado, mientras iba a por una pelota. Y Hendrik estaba encima del tejado cazando palomas, dormido. Solo tienen que volver a leer ‘Jeus II’. El maestro Zelanus dice: “Pero, qué extraño, ¿no? No conocen la máquina humana”.

El ser humano en la calle está despierto y sueña. Y el ser humano que está dormido está despierto y está encima del tejado sin saberlo. Hendrik dice: “Esa negra, esa no quiere entrar”. Lo que había vivido durante el día, se repetía durante el sueño. Y eso, sin embargo, es más sencillo que nada.

Pero la ciencia todavía no sabe, el psicólogo todavía no sabe lo que ocurre en este momento cuando el ser humano habla en sueños. Siguen sin saber de dónde viene eso. Dicen: “Claro, la personalidad, los sentimientos”. Pero lo que son sentimientos eso tampoco lo saben. Eso —esa es la cuestión— no lo saben, puede que esté en la espalda. No, señor, es el cerebro, el cerebro que

piensa para los eruditos. Bueno, es que no se enteran de nada, porque son los sentimientos.

El maestro Zelanus lo dijo el martes por la noche: “Señoras y señores, carece de importancia, porque el cerebro acoge los sentimientos —y así es, todo eso lo he podido ver por esos desdoblamientos—, el cerebro acoge el sentimiento y lo reenvía, o de lo contrario nosotros estallaríamos como sentimiento... Cuando empezamos a pensar, es tremendamente fuerte. Cuando tocas algo determinado con los pensamientos, señor, este edificio entero se desploma. Solo por pensar. Igual que la vibración de un sonido, ingeniero, ¿verdad?, y tocas el sonido fundamental, entonces se derrumba un castillo.

¿Y qué es entonces el pensamiento, un sonidito de esos, aunque ahora el pensamiento del ser humano? Sin embargo, no lo saben, dicen: “Es por el cerebro”. Pero este acoge los sentimientos, los reenvía, los fragmenta, los envía a la izquierda, detiene la presión, allí están los nervios —deberían observar ustedes lo que pasa allá cuando se pierde el equilibrio, porque todos esos nervios los conocemos— y entonces eso continúa, vuelve, por encima de la espalda, al estómago, y así vuelve; es como se produce, aquí en el paladar, el sonido, el timbre. Y si uno es entonces cantante, señor, podemos decirle inmediatamente si canta usted a partir de su garganta, con su sentimiento o por medio de su cerebro. Sí. Así es eso.

Y cuando eso duerme, es empuje. De lo contrario no podría haber tenido esos sueños sobre mis dos millones.

(Risas).

Y cada ser humano sueña y todo ser humano tiene algo en su sueño. Sigue viviendo porque en él jamás hubo un estancamiento. Hay que ver, ¿no? Y si vienen después de esta medianoche, toda La Haya estará roncando. Y medio mundo estará roncando. A eso lo llaman roncar. Pues duerman con la boca cerrada, así ya no roncarán.

Pero el mundo entero está dormido, dice el mundo, y en el fondo allí nadie duerme, solo el cerebro y los nervios duermen, pero el propio ser humano está eternamente despierto. Dios también.

(Señora en la sala):

—¿También en el mundo de lo inconsciente?

—Señora, no hay un mundo de lo inconsciente. “En el mundo de lo inconsciente”, quiere decir usted: en la vida celular. Cuando el ser humano llega a un mundo para volver a ser atraído, estará usted en el primer estadio del pensamiento, ¿para qué? Señora, ahora piensa usted de forma humana. Pero no piensa usted para el nacimiento. Y eso también es al cien por cien. En la vida embrionaria, señora... Cuando el niño entra en usted como embrión, empieza a vivir; es exactamente lo mismo que el mundo de lo inconsciente. El mundo antes del nacimiento, para volver de nuevo a la tierra, es exacta-

mente igual. Ese niño piensa. Esa personalidad piensa al cien por cien, como embrión, para el nacimiento. No está dormida. De lo contrario el fruto sería evacuado y tendría usted una hemorragia. Cuando esa vida ya no piensa, señora, la vida desaparece como en un flujo. Pero nunca hay estancamiento. El ser humano nunca está sin sentimiento. Somos empuje eterno. El sueño no dice nada, señora. El sueño es bueno para las piernas, están cansadas, así, descanso.

(Señora en la sala):

—Cuando el ser humano del quinto o sexto grado cósmico hace la transición, ¿no es necesario que el ser humano, el alma, conscientemente, del todo...?

—Señora, de eso hablaremos luego, porque estoy ocupado con el señor Koppenol. No voy a ir con usted al sexto grado cósmico, mire por dónde.

Señor Koppenol, ¿contento? Aquí se lo quitan de delante de las narices, ¿no le parece? ¿Empiezo con ese señora?

(Señor en la sala):

—No...

—Ah, ¿lo ve? Pero entonces esta noche tendrá que pagar usted veinticinco céntimos más.

(Jozef continúa leyendo):

“Cuando Frederik sale del manicomio, cuando se ha conocido a sí mismo”, bueno, solo un poquito, “dice a Hans: ‘Sé un poco amable con la gente, dale un poco más de amor’. ¿Quiere decir eso que a aquellos locos interiores les tiene que dar un poco más de libertad, que tiene que enseñarles algo de la sociedad?”.

Frederik, el señor Koppenol quiere decir, y así viene en ‘Las máscaras y los seres humanos’, que cuando uno empieza a mezclarse con los locos... Frederik se mezcla con ellos, con los locos de Hans, es un catedrático, un psiquiatra, y ese amigo suyo, señoras y señores que todavía no saben nada de eso, se encierra con los locos y los llega a conocer. Y sale de allí y dice: “Sé un poco amable y un poco cariñoso con esa gente”.

Pero, señora y señor, cuando están allí como médico, no sabrán cómo entregarles su amor a esa gente. No. Porque hay que infantilizar el amor y la cordialidad, tal como son esas personas, y entonces empiezan a sentirlo. Se lo demostraré si me ponen en contacto. He tenido ese tipo de gente. Y, miren, cuando entraba y tenía que tratarla, me miraban así, y entonces yo hacía igual que si estuviera loco, como un niño. Y así empezaban a sonreírse. Digo: “Qué buen tiempo hace”. Zás, ya los tenía en el bolsillo. Digo: “Tranquilo, no te haré nada. Solo haré que te calmes”. Entonces conseguí que ese gran ser humano, ese ser humano, despertara. Pero primero tenía que hacerme niño. Así me comprendían. Y entonces el contacto con esa gente era una maravilla.

Los adultos se pusieron a llorar, decía: “Habla un poco más conmigo, porque aquí no lo saben hacer”.

Digo: “No, aquí no hacen más que hablar por los codos, que soltar gruñidos, que parlotear”.

El ser humano piensa que cuando dicen “Tesoro, ¿cómo estás?”, que así le puedes ayudar. No, señor, no, señora, eso de “tesoro” y “cariño” es tan viejo, tan seco, tan trillado. Señor, ¿no tienes otra cosa que “cariño” y “tesoro”? ¿Verdad? No, nos tenemos que...

Es cierto, ¿no, señora? Hay que poder contarse historietas maravillosas cuando tenemos una edad avanzada, que contengan algo. Ser infantil de verdad. Infantil. Miren, esas dos señoras de veinticuatro ya se están burlando. Ochenta, ¿verdad, señora? ¿No son ochenta? ¿Casi ochenta? ¿Usted?

(Señora en la sala):

—Sesenta.

—Señora, que no le estoy hablando a usted. Me estoy dirigiendo a esa ancianita tan encantadora de allí. ¿Ochenta casi? Un poco menos, ¿verdad? ¿Pues?

(Señora en la sala):

—Usted adivine.

—Yo, qué va. ¿Y yo por qué iba a, ejem...? De las damas no se puede decir la edad. Digo treinta y cuatro.

(Señora en la sala):

—No soy una dama.

—Sí es usted una dama, la conozco.

Pero vamos a seguir con el señor Koppenol. Sin embargo, señor, ¿qué es ser cariñoso con los locos? Háganse infantiles, sean diferentes, adelante. No se hagan “normales” y no lo sean con los locos. Si quiere ser un cuidador resuelto, el médico dirá: “Ese no sabe qué hacer con esa gente”. Pero las cosas en las que ese hombre anda metido las desconoce. Dice: “Señor, yo también me he infantilizado”.

Vuelvan a ser infantiles. Que me viene a ver un enfermero de un manicomio, dice: “Señor Rulof, ¿esto qué es? He leído unos libros suyos, y ahora me comprendo”. Dice: “Y me viene uno, el médico, que dice: ‘¡No entres allí porque se te echará encima, te liquidará! Y resulta que el señor no hace nada’. Y que viene; y entonces ya va esa fuerza. Dice: ‘Ese hombre irradia algo’. Dice: “Señor...”. ¿Y qué dijo Nuestro Señor? Y el señor que se pone de pie, dice: “Bueno, pues, mátame. No te haré nada”. Hizo sentir a la serpiente que no era una serpiente. Estaba allí, miraba, se hizo infantil, se hizo niño. Y entonces el loco que estaba allí dijo: “Caramba, ese de allí no es ningún peligro”. El médico, el ser adulto en la sociedad, todo es peligro para el ser humano, para el loco, para el enfermo.

El enfermo mental, señor y señora, está quebrado por la sociedad. En la sociedad no hay más que serpientes y osos, según 'Las máscaras y los seres humanos' y Frederik, ellos son los que han quebrado a esas pobres almas. Ya no hay ni una sola palabra que se pueda imaginar ni sentir de forma infantil, pura, ingenua. El ser humano piensa que conseguirá cualquier cosa con su "cariño" y "tesoro", señor, señora, es más viejo que tu propia vida, ya no significa nada. Si quieres alcanzar esa gente como ese hombre... Dice: "Doctor, voy a hacerme niño, no lo sé". Sí, ese hombre irradiaba algo de lo que habló Cristo. Dice: "Hazte niño y tendrás a Dios y me tendrás a mí". Era una criatura de esas que estaba ante un gran ser humano que había sido quebrado. Y el león, el tigre no hace nada si puedes quedarte quieto como una estatua y hacerte niño. Eso lo dicen esos descubridores también. Dice: "Señor, y deténgase. Como una estatua. Deje de pensar". Y el león quiso dar un salto, dio una vuelta alrededor, miró un poco así y piensa: eso de allí ya no vive. Y así puedes alcanzar a un loco.

Y eso fue lo que le dijo Frederik a Hans. Y este piensa: 'Bueno, unas manzanas, un cigarrito'. Señor, de eso de todas formas no se dan cuenta. Pero si quieres volver a hacerlos humanos, hay que empezar, señor psicólogo, allí donde comenzó la primera desintegración y por lo que esa gente fue golpeada. Allí es donde tienes que poner el primer pequeño fundamento, para suavizarlo, para hacer que vuelva a emerger ese sentimiento y para despertarlo. Para eso hay que tener la medicina de tu espíritu. Eso es lo que quería decir Frederik. Bueno, ¿y lo tenía Hans? ¿Lo tienen los psicólogos? Vaya, pero con pildoritas y venenitos.

Que llega un psicólogo a su manicomio. Es... Viene a verme un chico de Leeuwarden, supervisor jefe de las instituciones de salud mental, médico y psicólogo, dice: "No sé nada de eso, Jozef Rulof. Enloquézcame con sus palabras, solo tengo una hora". Y entonces lo enloquecí hablándole. Dice: "Y ahora conozco un poco a mis Napoleones". Porque tenía veinte de esos en su casa. Hoy eran granjeros y estaban ordeñando las vacas, así, eso fue de una vida anterior, ese hombre venía de la oficina, en todo el día no hacía otra cosa que ordeñar las vacas. Digo: "Ahora has agarrado un viejo noruego de esos. Claro, en el pasado tuvo una granja de vacas, y ahora ordeña". "¿Leche? Quince céntimos por kilo". Entonces había vuelto a ser verdulero. Había vuelto a ser verdulero: "Quince céntimos, un kilo de leche". Pienso: 'Pues...'. En esos tiempos.

Dice: "¿Qué será eso?"

Digo: "Señor, en esos tiempos todavía pesaban el agua con piedras". Digo: "Claro, ese es uno del antiguo Jerusalén".

"Bueno", dice, "ahora sí que se está poniendo crudo esto".

Digo: "Bien, pues apáñeselas, señor". La humanidad entera vive en un solo

ser humano.

Pero me voy al señor Koppenol. Y a usted, ¿qué le importa en realidad?

(Jozef continúa leyendo): “Que lo que quiere decir eso, dice. ¿Significa que a esos locos interiores les tiene que dar un poco más de libertad?”. La libertad, señor, ahora lo sabe, no sirve de nada. “¿Tener que mostrar algo de la sociedad?”.

Han sido quebrados, destruidos, por la sociedad. La sociedad, nuestra maldita vida gloriosa, hermosa, consciente, esta maldita sociedad es la que vuelve loco al ser humano. El catolicismo genera locos religiosos, y la Biblia también, señora. La Biblia produce locos religiosos. Hay más locos religiosos en el manicomio que locos callejeros normales, comunes, sociales. La gente de la feria no enloquece de buenas a primeras. Enloquece la gente que se dedica a Dios. Señor, ¿por qué? Porque no conocen a Dios. Si nos aceptaran, ya no habría un Dios que condenara a la gente y la enloqueciera, porque es el miedo en el ser humano lo que lo enloquece. ¿Cómo es posible? Si no hubieran nacido religiones, señora, tampoco habría locos religiosos. Así de hermosa es la fe, pues. Cuando ya no haya locos religiosos, entonces el pastor dictará su justicia y verdad universal. Pero entonces ya no habrá locos. Pero él mismo todavía estará mal de la cabeza. Estará haciéndose el loco conscientemente.

Todos esos Spelberg, díganse, ¿son teólogos conscientes? Desde luego, son locos mientras sueltan sus rollos humanos. “Y recemos por hoy”. Dios, Dios, Dios, cómo ha vuelto a alterar a Dios hoy. “Y demos las gracias, postrémonos”. Ay, señor, ya me gustaría hablar alguna vez con usted media horita de forma humana, espiritual, espacial. Pero entonces habrías perdido a este Dios. Y ahora el manicomio está lleno.

¿Aprende algo, señora? ¿Sí? ¿De verdad? ¿No lo sabía, que había tantos locos religiosos? El ser humano se volvía loco por Dios. ¿Cómo es posible? Usted no se volverá loca. La gente dice: “No tienes que ir a ver a ese tipo ni leer esos libros, perderás la cordura”. Pero ¿quién está loco? Vaya, vaya, vaya, vaya: la de cosas que el señor alcalde de La Haya todavía tiene que aprender. Ay, ay, ay, y el profesor Van Dijk en Leiden. Mmm. Sería mucho mejor que se quitara su sombrero de copa, porque todavía no se lo merece. Esas distinciones que ha recibido por su erudición a mí me la refanfinflan, señora. Prefiero una bolsita de papas (patatas) fritas de veinticinco céntimos en Scheveningen, me dicen más que todas esas distinciones doradas. Porque entonces tengo dentro de mí una papa (patata), un trozo de naturaleza. Pues, sí, ¿a dónde iremos a parar? Eso también es algo de Frederik.

Bueno, señor, y así uno puede seguir.

(Jozef continúa leyendo):

“Así el loco que luego llegará a tener una vida terrenal sabrá algo, o en cualquier caso algo más, de la vida material, y aprenderá cómo comportarse

más adelante”.

Señoras y señores, señor Koppenol, todos hemos atravesado la locura. Si ahora todavía no la ha vivido usted, podrá llegar a serlo más adelante. ¿Piensan ustedes, señoras y señores, que están libres de la psicopatía y locura? ¿Aunque actualmente hablen de forma normal todavía? Mejor síganme; deberían intentar ser este instrumento; si en dos semanas se han vuelto locos, perderán la realidad. No deben empezar a vivir por encima de sus posibilidades. Si Dios, si el espacio, empieza a hablar en usted y se despierta, señor, entonces irá por sí solo. Y ya de por sí será bastante grave, porque entonces tendrá que luchar. Pero entonces irá por sí solo. Y lo que pone aquí: el ser humano aún tiene que despertar.

Lo conté la semana pasada, ¿se le ha olvidado? ¿Conoce usted a Dios? Lo va a conocer. Ya no se volverá usted loco buscando a Dios, a Jehová.

“Y el mundo perecerá. Apresúrense y entréguese, porque la tierra desaparecerá del espacio”. Sin duda. La criatura que sigue y acepta a Jehová es anormal, porque eso no ocurre. La tierra concluye su tarea. La tierra no pierde su posesión. La tierra no se derrumba. Entonces aparece un agujero en el universo; es cuando Dios ya no tiene transiciones. Es cuando de verdad podemos hablar de destrucción, pero es imposible. Ahora las personas seguidoras de Jehová.

El ser humano en conciencia diurna en la calle, señor... ¿Es usted capaz de un pensamiento espiritual normal?

Empiece conmigo, así le contaré de inmediato si piensa mal. Ha leído usted veinte libros, ha leído veinte veces, treinta veces ‘Las máscaras y los seres humanos’, señor Koppenol, dice usted, ha asistido usted a ochocientas conferencias en Diligentia, ¿verdad? Ya es capaz de pensar, eso sí. Este invierno pasado lo he puesto a pensar. Digo: deberían ponerse a hablar entre ustedes sobre todas las cosas que ya saben. Y lo que entonces saben les entrará, hasta en el último rincón; y después empezarán con lo que todavía no conocen. Así uno se deshace de la locura bíblica, eclesiástica, secular, social, esa falsedad, esas tonterías. Fíjense —se lo he enseñado— en cómo habla la gente sobre el espíritu, sobre Dios, sobre la muerte, sobre el nacimiento, sobre los niños, sobre la ciencia; todo al margen de la realidad, porque lo desconocen. Y ahora llegan ustedes a la universidad y allí vuelven a hablar de un Dios que condena; y lo hace un catedrático. Échenlo a palos de su cátedra, porque no lo es.

Y ahora estamos en 1952, hablamos de cosmología, de ese Dios en particular, el real. Y no hay más que uno. Y en la tierra viven todavía cien mil, que son eruditos. Señor, ja, ja, ja, me río de un erudito de esos en medio de la cara. Digo: “Señor, no me haga reír”.

Hubo un señor, un gran señor, un erudito, un teólogo en la tierra, y entonces en casa no se les permitía decir nada, porque estaba pensando. “Papá,

ya está la comida”.

“¡Estoy pensando!”.

(Risas).

Cuando murió, la señora dijo: “Por fin, ahora podemos empezar con nuestras vidas”.

Habían sido esclavos durante treinta y cinco años, porque el señor catedrático tenía que pensar. Ahora ya ha sido olvidado, porque es que no tenía nada. Así es cómo hacen la vida apestosa. ¿Apestosa? Sí, señor. Fragmentada. El señor catedrático está pensando. No siento respeto por nadie, señor, si parlotea al margen de Dios. Pero cuando es la realidad, señor, entonces me arrodillo inmediatamente ante usted. Digo: “Gracias a Dios, volvemos a tener un fundamento”. ¿No es así?

Cuando hablan entre ustedes —sí, tengo que acabarlo—, si quieren ser felices de verdad, señor y señora, deberían aprender a contarse cosas verdaderas, lo que realmente tiene realidad. Y entonces ya verían. Empiecen, por ejemplo, hablando de arte. De mantener limpia la casa, de preparar la comida, eso también ya lo conocemos, pero empiecen con las cosas sagradas que albergan, que viven en ustedes, con el espíritu, con el alma, con los sentimientos, con la personalidad. Ay, ay, ay, ay, ¿quiénes son ustedes? Sí. Pero ¿quiénes son? Claro, yo les parezco descarado. Pero se lo puedo demostrar.

Bueno, voy a seguir. “Así el loco que luego llegará a tener una vida terrenal sabrá algo...”.

Sí, señor, eso usted también lo sabe. Cuando ese loco estuvo loco, este volverá a enloquecer un poco hasta que haya alcanzado la realidad. ¿Por cuántos miles de rasgos de carácter se vuelve loco el ser humano? Hubo un ser humano, hubo millones —siguen en Rosenburg— que amaban. Y el muchacho dejó sola a la muchacha, y ahora ella ya tiene cuarenta y cinco años, y dice: “Y me ha dejado. Y me ha dejado. Y me ha dejado”. Y de allí ya nunca saldrá. Porque no existía nadie más que él, no había otro. Y se volvió loca por el amor roto.

¿Cuántos miles de personas, de hombres y mujeres, se han...? Hombres, sí, tantos no hay, suelen ser las madres. Los hombres, que... que...que... menudos adefesios...

(Risas).

... van corriendo, se han hecho un nuevo prado y compran ovejas; bueno, entonces ya sabemos por dónde van los tiros. No es necesario que diga que compren vacas, sino que se hacen con ovejas. Pero esas pobres mujeres a las que pegan allí... También hay algún que otro muchacho, uno que sea muy sensible, pero casi todas son chicas, a las que resulta que han pegado y terminan en el manicomio, y entonces están allí, toda su vida. Han perdido el

amor. Ay, ay, ay, ¿qué es el amor? “Ese muchacho me ha engañado”, y entonces se van hundiendo, por el amor.

Aquel por pérdidas, ese señor había perdido veinte mil florines. “No tengo más que una chabola, una chabola”, pero aún tenía veinticinco casas. Señor, esa mujer sigue allí, la he conocido, solo por haber perdido un par de casas, por la guerra. “Ya no tengo nada, todo ha desaparecido”. Un hombre perdió su mujer, sus hijos, en la guerra: “Ya no tengo nada, todo ha desaparecido”.

Pero allí seguíamos nosotros, los vecinos, la gente, la sociedad, seguía habiendo millones de personas, y entre ellas gente de lo más encantadora. No: “He perdido todo. Ya no tengo nada”. Un manicomio, Rosenburg. Y ahora puedo seguir.

¿Cuándo está usted loco con su personalidad entera, señor? Puede usted vivir miles de vidas, y en cada una de ellas seguirá estando loco, porque tiene que llevar todos esos pequeños rasgos del carácter hasta la realidad espiritual. Y si no la tiene todavía, señor Koppenol, siempre podrá seguir derrumbándose. ¿No lo sabía? ¿Está claro? ¿Cuántas veces puede enloquecer usted?

Y ahora tiene que empezar ya, señor, con este estudio: soy verdad, soy amor. ¿Para quién? ¿Cómo?

(Dirigiéndose a alguien la sala):

Estaba usted molestando. Aquí ni siquiera está permitido susurrar, señora.

No, pero el sentimiento se nos acercó y entonces nos quedamos detenidos.

Pero ¿cuánto hay en nosotros que tiene realidad? Y esos otros rasgos todavía son capaces de descender, entonces tenemos que... tenemos que librar la lucha para conducirlos a la vereda espiritual, a la armonía espiritual. Y para cuando los tengamos, señor, ya habremos sucumbido mil veces. ¿No es así? ¿No es así? Señor, esa es la psicología humana. ¿Cómo... qué hago conmigo?

Ahora habla un teólogo —ahora puedo volver a arrancar—, un teólogo, que desde luego dice, señor: “Esta es la palabra de Dios, y es la verdad”. Señor, se han empezado guerras, porque uno...

Lutero dijo: “Así es”, y la iglesia católica dijo: “Es así”. Y Lutero dijo: “No, es así”. Y cuando Lutero agotó su lucha, señor, nos seguimos viendo ante el pan, y lo rompimos y bebimos un vinito terrenal; y allí seguía habiendo un Dios que condenaba. Sí. Y aun así, Lutero... libró una tremenda lucha, y el bueno de él —basta con escuchar la iglesia luterana—, el bueno de él sufrió mucho. ¿Para qué? Para nada, señor. Porque el ser humano, la fe luterana sigue insistiendo en la condena. ¿Pues? Y ahora encima hay un infierno. Y también sigue habiendo eso de arder una eternidad. Y ahora resulta que ese pobre... En realidad, ¿para qué estuvo luchando ese pobre de Lutero? ¿Por qué se alteró tanto ese hombre con la iglesia católica? ¿Por qué no dejó que siguiera siendo católico lo que era católico, y protestante lo que era protestante? Y ahora se ha añadido una fe luterana. Pero ¿nos hemos hecho más

sabios? ¿Ha habido ampliación por Lutero?

Fíjese, señor, en todo lo que va saliendo a la luz si conoce usted a Dios y el espacio. Todo eso tiene que salir. Y, señor, si entonces aún no es consciente en ese espacio: aquí tiene la metafísica, aquí tiene la ciencia espiritual, entonces volverá a enloquecer. Porque irá usted a pique, no conseguirá atravesar los fundamentos y volverá a estrellarse contra su fe, su sentimiento, su escuela. En fin, que se vuelve a convertir en cualquier cosa, vuelve a querer volar demasiado alto, quiere ponerse a jugar a ser Paganini y no puede: zas, otro ser humano contra el suelo. ¿Por un poco de arte? Señor, ¿sabe usted lo que es arte? Si ve usted en el ser humano las lucecitas en los ojos, entonces es arte. Si quiere hacerse clarividente, señor, y toca de forma decidida la vida...

¿Quiere saber usted lo clarividente que soy? Entonces le daré esta noche una bonita prueba. Sigue habiendo por alguna parte un seguidor mío. Estoy hablando una tarde con una chica de veintiún años, una tarde de hace años, la miro a los ojos, hablamos así, comentamos los libros, una criatura hermosa, muy hermosa. Vuelve al día siguiente y necesita algo: un par de libros. Vuelvo a mirarla a los ojos. Dice: “¿Qué estás mirando, Jozef?”

Digo: “Te has hecho madre”.

“¿Puedes verlo?”.

Dije: “Sí, tus ojos han cambiado”.

Esa clarividencia, señora y señores, ni siquiera la tenían en el Antiguo Egipto. Esa noche se había hecho madre. Sí, sí. Había tenido relaciones. Pero los ojos habían cambiado. Yo lo veía. Entonces dijo: “Eso es maravilloso”.

Digo: “Sí, estoy hablando de mi clarividencia. Que si lo tuyo es maravilloso no es asunto mío. Pero mi clarividencia ve a través de la conciencia diurna. Voy directamente a tu maternidad, y tus ojos son ahora maternos. Has perdido el hecho de ser una niña, sí, te has hecho más hermosa”.

Señor, esa irradiación iba directamente a mi corazón. Esa es la clarividencia, ¿no le parece?

Entonces dijo: “Qué maravilla”.

Digo: “Sí, el maestro Alcar me pone un diez”.

Pero quizá haya dos personas en el mundo capaces de eso. Pero entonces primero hay que encerrarse durante ochenta años, cien, en soledad, así uno vuelve a recuperar un panorama natural, y entonces salen todos esos sentimientos sociales, porque, señor, si usted los alberga —y yo también vivo en la sociedad, pero sigo siendo capaz de ello—, si alberga usted esa sociedad y todas esas chapuzas y toda esa inseguridad, ¿cómo quiere empezar a ver entonces la inmaculada claridad? ¿Cómo quiere ser entonces clarividente de forma inmaculada? Y sin embargo es capaz de ello. Todos pueden empezar a ver de forma nítida cuando lo turbio los haya abandonado.

Las cosas que dije. Oiga, que eso tampoco es mío, señora, eso lo decía

Sócrates antes.

Bueno, yo estoy aquí: “Dicho de otra manera: el ser humano que ahoga sus sentimientos se encuentra detenido ante la vida interior, tampoco aprende nada de la vida, pero nosotros diríamos: ‘Hay que ver la persona tan correcta que es’”.

Sí. Eso es lo que quiere decir usted. Aquí, en la sociedad, tenemos —y es a lo que mira el ser humano, porque esto vuelven a ser tomos enteros—, hay gente que nunca actúa mal, siempre acierta, todo es una maravilla, todo es hermoso. Y cuando te vuelves a encontrar con esa gente veinte años después, treinta, cuarenta, señora y señor, no se puede decir nada malo de ella, siguen sin... todavía no han hecho nada malo, porque su carácter es fuerte, pero no han cambiado en nada. Y cumplimiento del deber, y esto, y lo otro, y aquello, y son más honestos que nadie, y tienen una fe y van a misa, y rezan, basta con mirarles los morritos, esa gente no cambia. ¿Cambia esa gente? No, señor, esas vidas solo pasan de forma eclesíástica y dogmática, no aprenden nada. Pero entonces deberían ir al mercado y charlar —como lo dice la sociedad— con una pescatera. Y por mucho que esté de cháchara, será alguien que habla desde la experiencia.

¿Por qué Cristo fue a los leprosos y a los peores? Dice: “Aquellos que andan allí y que piensan que lo son, no lo son”.

Es cierto. Señor, si hablamos de eso, bueno, pues entonces los analizo a todos ustedes. Y si dicen: “Ah, aquí tengo a un buenazo”, yo diré: “Señor, lo que es su felicidad a mí me importa un comino”.

Aquella de allí que vive en la belleza ataviada con una poderosa túnica, una señora de esas, con esos perifollos... Señora, ¿es hermoso eso? Ah, señora, ¿qué dice ese lío terrenal? Eso interior déjeme que yo lo...

Déjeme a mí mirar un poco en esos ojitos, y lo sabré. No, señor, a mí esa riqueza no me dice nada, aunque tenga usted diez millones, porque será más pobre que las ratas. ¿No es así? Qué sabiduría. Pero ¿no está en la calle, señor? Solo tiene que verlo.

Sí. Y con esto puedo seguir y seguir. Pero a esas personas las tiene que averiguar usted mismo.

(Jozef continúa leyendo):

“Cuando Frederik habla de cómo conoció a Erica y Karel, dice: ‘Hicimos un viajecito. Los conocí en el barco, a Karel y Erica, mientras se acercaban los fiordos a lo lejos’. ¿Se refiere eso al tiempo anterior al nacimiento material de Karel?”.

No, señor, eso se refiere al pragmático norte corriente y moliente. Habían ido hacia el norte. A Dinamarca, en los fiordos. Desde luego, estaban haciendo un viaje. Y no es tan antiguo, ese ‘Las máscaras y los seres humanos’. Puedo enseñarles todavía a gente, puedo conectarlos todavía con las personas

de aquellas que siguen vivas. Pero también tiene que ver, a su vez, con la reencarnación. Ojalá lo supieran todo, ¿verdad? Pero no lo saben todo. No se lo diré ni aunque me den un millón. Si lo dicen arriba, sí. Eso le sorprendería, señor. Y entonces uno estaría muy agradecido de saberlo, ¿verdad? Pero uno no se aclara con eso. ¿Se aclara uno si lo sabe todo? Venga, vamos.

Ahora tengo aquí también: “Frederik dice: ‘En mi vida he hecho muchos amigos, y los he conservado’”, sin duda, “aunque eso no me dio ningún buen conocido y sí me hizo pagar muchas cuentas etc.”.

Y eso hizo. ¿Sabe lo que significa eso?

(Señor en la sala):

—Tenía inclinaciones que siempre eran las equivocadas...

—Gastaba mucho y todos le engañaron. Pagaba sus cuentas y más tarde encima le dieron el golpe de gracia.

Ahora estoy ante la pregunta: “Si gasto dinero tal vez ni siquiera tengo derecho de hacerlo, al menos, he empezado a darme buena cuenta de lo que hago, con el dinero y con todo”.

Entonces hay que escribir “dinero” con h al final, porque sigue siendo dinero, hablamos de dinero. Pero, oh, ese dineroh... A ver, que me estoy liando. ¿Lo ve? Usted es de La Haya, ¿no es cierto? Yo no. Pero ese dinero es dineroh. ¿No es cierto, gente? No, yo tampoco soy tan erudito, pero de pronto lo sentí. Pienso: dinero y dineroh, son dos cosas. “Tiene que ir seguido de algo”, dice el erudito. Pienso: ‘Ah, ahora entiendo esa h’. Así es como aprendí la palabra. Ustedes no piensan.

Frederik... Si le das dinero a la gente, si les das bien, si les das esto, los pierdes un santiamén. Puedes comprar a un ser humano por dos florines, diez florines. Si a la gente... es duro, es terrible, pero la psicología... Yo tenía grandes aptitudes para una tarea social, y sobre todo para el trabajo social, porque miraba a través de las mentiras de ustedes. El ser humano da, el ser humano hace, también Frederik. Dice: “Eso me ha hecho aprender”. Pero son palos, porque pierdes a tu gente.

He hecho amigos, pero ¿dónde están?

Señor, ¿qué es la amistad? ¿Se pueden conservar los amigos? ¿Puede tenerlos para la eternidad? A mí me tienen, irrevocablemente, para la eternidad. Pero de todas formas de irán de mí. Jamás he espantado a un amigo mío; siempre me abandonaron. Decía yo: “Lo quiero, amo su vida”. Su carácter me resbala, señor. Y mejor alégrese, de lo contrario tendré que desplumar, y desplumo, y desplumo, y luego ya no quedan plumitas. Digo: “Bien”. No, eso no lo aguanta usted un día tras otro. Señor, ¿por qué no lo haríamos así? Así es como uno tiene que aprender a pensar para entrar en armonía con esta sociedad entera. Señor, tengo miedo a los amigos. Tengo tanto miedo a los amigos, señor, señora, porque los vuelvo a perder. Y eso es horrible. Los

vuelves a perder. Y por eso prefiero no tener ni uno solo. Tengo hermanos; no los tengo. Pero déjalos vivir a esos buenazos, esos encantos. A mí me tienen irrevocablemente, pero ellos mismos me echaron. ¿Entienden?

No voy a su casa, señor, para hablar, de todas formas siempre estoy ocupado con usted, aunque no me vea. Y así de espaciosa se hace la amistad. No es necesario verse. Ya pueden estar contentos, sí, después de haber tenido las conferencias: vuelven a verse. Pónganse a pensar. La verdadera amistad, señor, la verdad espiritual, y así podemos seguir un rato más, vuelve otra vez el diccionario, todo eso tiene que tener otra vez un fundamento espiritual. Solo entonces la amistad empieza a significar algo.

El maestro Alcar me decía al comienzo: “¿Quieres vencer todo eso de golpe?”.

Digo: “Sí, me encantaría”.

“Eso lo puedo hacer con un solo golpe”, dice. Dice: “Ama la vida, entonces tendrás al amigo automáticamente. Y si te la pega, lo verás al instante, si te engaña. El amigo lo hace. Lo que importa es que no lo hagas tú. Entonces lo tendrás al instante”.

Señor, aguantar ser bueno durante tres años no es cualquier cosa. Para ser verdaderamente amigos durante cuatro años, cinco, diez, veinte, señora, señor, esposo, dama... ya desde hace tiempo que no tendrá al amigo, porque en esos años ya se habrán dicho algunas cosillas. Y entonces la amistad desaparecía. El amor, vaya, vaya, vaya, la amistad ya había desaparecido y ya no tenía fundamento espiritual. ¿Quieren que los monte a ustedes como hombre y mujer? Entonces primero les enseñaré a vivir la amistad, porque para este mundo, señor, la amistad está por encima de su amor. ¿No lo sabía? Porque ya no nos necesitamos para ninguna amistad. Porque si le pregunto algo a él o a ella, dice: “Hazlo tú”. Y para un amigo andamos...

Si somos juveniles, y ella mira, nosotros, al menos... Ay, señor, estuve cinco horas, seis, bajo la lluvia, por la noche, pero ay de quien se le ocurra volver a hacerme eso. Empapado, señor, y me encantó. Y menudo frío; a la cama, dos semanas enfermo; me mantuve allí. Eso deberían volver a contarse ustedes cuarenta años después. Pero eso es. Eso es, eso de mantenerse allí de pie. ¿Tenemos algo del auténtico todavía? De ese verdadero amor loco, dice Frederik en alguna parte del libro. ¿Quién no quiere vivir este amor loco? Estamos todos locos, señor.

Si vives el amor de Frederik, la verdadera amistad pura, señor, si la vive, ¿sabe lo que dice entonces la sociedad? “Esos están locos”. Señor, aunque lleve usted un traje negro y zapatos blancos, dirán: “Ese señor ya luce túnica”. Entonces nos hacemos anormales... La verdadera amistad, señoras y señores, ya ni siquiera existe, porque todo está mancillado. Pero ¿cómo somos? Estamos edificando la amistad. ¿La tenemos? Vaya, vaya, vaya. Háganlo ustedes mis-

mos. Blanqueen ustedes mismos sus tabiques.

Tengo aquí una cosa tremendamente grande y material.

(Jozef desdobra algo).

¿De quién es eso?

Señor, ¿lo ha hecho usted?

(Señor en la sala).

—Sí.

—¿La ha hecho por iniciativa propia, por nuestros libros?

(Señor en la sala).

—Sí.

—Señor, tenemos un catálogo para usted. El jueves podría traerle más de mil. Y eso lo ha hecho alguien de Haarlem. Y yo los he revisado. Y lo había hecho muy bien; las esferas, los infiernos y todo. Y eso en... lo hemos... Podemos traerlos. Las conferencias de Diligentia todavía no las tenemos. Pero allí también las tenemos. Nuestra gente conoce el origen de los infiernos y de los cielos, y de los sistemas planetarios, ¿verdad? Eso lo ha hecho el señor Giebels, de Haarlem, y nosotros lo tenemos. Pero ahora quiere saber usted de mí si es absolutamente correcto, ¿no? Ya lo tenemos, y está preparado por el ser humano, en su integridad. Mire, señor, si quiere dibujarlo, puedo darle lo correcto, sin vuelta de hoja. Si lee ‘El origen del universo’, lo tendrá. ¿Ha leído esos libros?

(Señor en la sala).

—Acabo de empezar.

—¿Acaba de empezar? ¿Ha terminado los tres?

(Señor en la sala).

—No, solo uno.

—Señor, entonces ni siquiera voy a leer esto. Porque luego lo escribiré de otra manera, ¿entiende? Cuando haya leído esos tres libros, junto a ‘Una mirada en el más allá’, infiernos y cielos, así podré ir a ver si usted ha llegado, porque aún no ha llegado a ese punto. Y ahora ya me está ofreciendo usted un análisis, mientras todavía hay dos mil mundos subyacentes. ¿Es así? Sí, tengo que esperar hasta que usted tenga el conjunto. Claro, eso no lo tiene.

(Señor en la sala):

—No.

—Pues, claro, esa es la cuestión. Así que necesita usted las tres partes —‘El origen del universo’ es una trilogía—, y si entonces usted da una cosa, un mapita de esa realidad, le podré decir “sí” o “no”. Todavía le falta. ‘El origen del universo’, materialmente, materialmente, muchas veces. La luna. Muchas veces, dos, muchas veces. ¿Qué es? Un planeta de transición, la tierra. Muchas veces. ¿Quiere decir usted muchos millones de vidas?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Señor, todo eso es cierto. Pero eso está en el libro. Así que me está dando usted algo que ya sé, y que yo mismo he vivido y escrito. ¿Y resulta que ahora me lo da usted?

(Señor en la sala):

—No. Solo pregunto que si es cierta, esa visión.

—O sea, usted quiere que yo... ha hecho usted unos dibujos, y ¿quiere que yo le diga si lo ha comprendido?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Entonces es otra cosa.

(Jozef continúa leyendo):

“Lo que viene aquí en el margen, ¿es correcto? Si fuera así, ¿había entonces en los planetas receptores entre dos y siete seres, ya masculinos, femeninos...?”. ¿Lo ve? Le pueden responder las señoras y los señores que ya lo han terminado. “... para recibir el alma material?”.

Bueno, señor, usted póngase a hablar con todos esos ancianos míos y estos yo le podrán clases universitarias. Qué divertido, ¿verdad, señoras? Ya son personas cósmicamente conscientes. Pueden darle clases universitarias, señor, señoras y señores, y se lo llevarán y le explicarán todo. ¿Quiere hablar con la gente? Se los indicaré ahora mismo. ¿No les parece divertido? Pero tienen que... Ya entenderán que recibirán la segunda parte, allí ya se dice, y la tercera lo dice del todo. Así que usted va a...

¿Cómo dice?

Así que usted va a leer.

(Jozef continúa leyendo):

“Señor, la descripción del Templo del Amor me hace pensar en la gran construcción hindú”.

Sí, señor, se parece algo. Se parece un poco. Pero ¿ha leído también ‘Una mirada en el más allá’?

(Señor en la sala):

—No.

—¿Lo ve, señor? Mejor póngase a leer primero ‘Una mirada en el más allá’, a continuación ‘Aquellos que volvieron...’, ‘Las enfermedades mentales’, ‘El ciclo del alma’, ‘El origen del universo’, ‘Entre la vida la muerte’, y empiece con ‘La Línea Grebbe...’, ‘Los pueblos de la tierra’, ‘Dones espirituales’, y ya después venga a verme otra vez, entonces, no lo dude, le daré respuestas durante toda la velada. ¿Le parece un buen trato?

Gracias.

Bien, pues esta noche el señor Berends se va a quedar sin turno, porque debería haberlo tenido yo. Pero, señor Berends, sí que se lo desea a la gente, ¿ver-

dad? Eso me lo llevo y lo revisaré un poco en casa. Pero el señor Berends —sí, claro, usted se reía—, pero el señor Berends tenía razón la semana pasada.

(Señora en la sala):

—Sí, es cierto.

—Ponía “jacintos”. Pero yo ya lo decía. Digo: osos e hienas... Eso, claro, es allí, más tarde, y barrios de serpientes y un nido de serpientes, ¿se acuerdan? Pero con osos e hienas lo sacas completamente de contexto, y entonces yo ya no tengo contacto, pero los osos y los jacintos —pienso: ‘Sí, tengo que saberlo, así o así’—, entonces los jacintos tienen ese significado y así llegamos a lo que es cariñoso y a lo que es malo. Entonces la flor es lo cariñoso para el ser humano, el carácter.

(Señora en la sala):

—Pero eso lo dijo Frederik a Hans cuando acababa de...

—Sí, y de eso digo... De lo que se trata ahora es ese estado de loco que vive Frederik, sacudió el mundo entero, de un lado para otro. Y ahora tenemos que seguirlo a él en su locura, pero también tenemos que ver la realidad. Y entonces necesitas ese capítulo entero.

Señor Berends, ¿lo acepta?

(Señor en la sala):

—Sí, tendré que aceptarlo.

—Señor: ¿“tendré”? Le devuelvo con honestidad sus cosas hermosas. Pero yo también recibo lo mío, porque no tiene que desquiciar usted las cosas. Este libro, ¿es suyo?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Claro, esta noche no lo he estado leyendo. ¿Quiere que lo haga la semana que viene?

(Señor en la sala):

—Sí, me encantaría.

—Bien, pues la semana que viene empezaremos. La semana que viene me pondré entonces a tratar esto antes que nada. ¿Le parece bien?

(Señor en la sala):

—Sí, muy bien.

—Continúe un poco más, consigne más cosas hermosas. Así sacaremos de allí un núcleo muy hermoso.

(Señor en la sala):

—Sí, de eso se trata, precisamente.

—De eso se trata. Y así, claro, aprenderemos algo.

(Señor en la sala):

—Desde luego.

—Señoras y señores...

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

¿Cuántos minutos me quedan?

(El técnico de sonido):

—Un par de minutos.

—Un par de minutos. ¿Se me ha concedido esta noche darles algo? ¿Han sentido aunque sea una pizca de lo que quería decir? Si ustedes también empiezan, señoras y señores, estarán seguros detrás del ataúd. No deseen cosas terrenales. Sí, claro, es divertido tener un coche, un bonito castillo. Es una gloria ciento cincuenta mil florines en el banco, y sentirse seguro, cuando resulta que aquí no tienes qué comer. Pero puedo demostrarles, señoras y señores: pan seco —eso lo leerán luego en ‘Jeus III’— con rábanos, ganados honestamente, así es como se han ido edificando mis dones, de eso tiro ahora y es lo que me dio posesiones espirituales. Pero estoy volviendo a citar de algo que todavía no conocen. Cuando luego hayan leído ‘Jeus III’, volveré sobre el pan seco con rábanos.

Señoras y señores, la gente siempre piensa que soy rico. Esta mañana vino a verme alguien que se creía: ‘Vaya, este vive en una alameda, es un escritor, ya tiene veinte libros’. Y después casi se parte la nuca con los cubos de ceniza. ¿No es horrible?

(Risas).

Dice: “Señor...”. Sí, digo: “Señor...”.

Y hace poco tocó en mi puerta una mujer, que si soy muy rico: “¿Es usted la criada del señor?”.

“No”, dice, “soy la mujer de Rulof”.

Vaya, otra decepción. Y entonces aparecí yo y eso ya fue el colmo. Estaba allí y dice: “Vaya, pues este tampoco es gran cosa”.

“No, señora, todavía no somos nada ni tenemos nada”.

Señoras y señores, duerman bien, y hasta la semana que viene.

Ni se conviertan en nada, así serán algo, justo lo que fue Nuestro Señor y por lo que Él lo dio todo a los seres humanos, así tendrán alma, espíritu y el más allá.

Señoras y señores, esta noche les mando un beso del espacio.

(Suenan aplausos).

Noche del jueves 18 de septiembre de 1952

—Buenas noches, señoras y señores.

(Gente en la sala):

—Buenas noches.

—Espero que puedan comprenderme; quizá “comprender” sea más bien otra cosa, más bien entenderme, porque he perdido mi sonido.

(Señora en la sala):

—Un constipado.

—Oiga, eso ya lo tendrá usted más adelante. También tendrá un poco de frío.

(Señora en la sala):

—Ay, no.

—Esta noche voy a comenzar de inmediato con el señor Berends. Veamos qué es lo que ha puesto aquí. Ah, hay que ver lo a gusto que ha estado ese hombre en ese libro... Miren, eso es leer, ¿entienden?

(Jozef empieza a leer en voz alta):

“¿Estás, Frederik?”, materialmente. “No lo oigo. Digo: “Exacto, capitán, allí es donde era. Y entonces hubo víctimas’. Hans lo intenta otra vez”.

Mire, señor Berends, comenzaré por la página 180, incluiré su mole, pero añadiré que aquí estamos ocupándonos de un manicomio, Frederik ha abandonado su lugar en la sociedad y sigue estados, algo hay allí, contiene verdad, humanidad, y siempre es posible situarlo. Dice que solo lo hace para demostrar, para sí mismo y para el lector, que sigue teniendo su conciencia, y que puede contar majaderías. Y si Hans también hubiera hecho eso, y Karel, tal como un médico psiquiatra, un psicólogo desciende realmente hasta el núcleo, pierden esta conciencia.

La ciencia, si me permite que se lo diga un momento, nunca se enterará porque el médico tiene que poner los fundamentos. Lo cual es posible. ¿Y a qué se debe la aparición del mundo metafísico oculto? Solo porque Egipto, China, Japón, pero sobre Egipto, comenzaron con la edificación de esos fundamentos.

Si toma mi libro ‘Entre la vida y la muerte’, allí verá un análisis de primera. Así perderá irrevocablemente la conciencia diurna, pero recibirá otra cosa a cambio. Y en ese estado Egipto tenía plena conciencia. Cuando me desdobló corporalmente, mi cuerpo yace allá, contiene todavía un veinticinco por ciento de sentimiento, como muerte aparente, está completamente vacío y aun así está lleno, hay un veinticinco por ciento de sentimiento para la circulación de la sangre, ya entenderán que de lo contrario se detendría el corazón

y así se quedaría, y uno estaría de golpe, realmente, fuera de este mundo.

Pero cuando Frederik desciende allí —lo que Hans no hace—, ya entenderán que eso para el ser humano es la enorme escuela, y es en esto donde Frederik quiere demostrar que ha conservado la conciencia. Si ustedes quieren aprender ahora de esto, se lo explicaré: cuando el ser humano hace un estudio de la vida —y eso lo presenciamos a diario, lo vemos en las revistas y los periódicos, y en todas partes del mundo pasa algo—, social, espiritual, espacialmente, tiene que disolverse en ese estado. Y los genios, las personas que viven el ser uno con, por ejemplo, un planeta, un astrónomo, empiezan a pensar y se disuelven. Un catedrático se olvida su sombrero, o lo lleva puesto, y ese hombre busca sus gafas, y solo porque ese hombre se ha disuelto en su estado. Y entonces dice: mira, otro de esos pirados, ¿verdad?, o un catedrático despistado de esos, está buscando su sombrero y sus gafas. Pero ese hombre se disolvió en su estado; lo que a mí jamás de los jamases se me concedió hacer, o ya me habría ido. Uno ya está irrevocablemente disuelto en dos grados para estas leyes, uno ya no significa nada, porque en nuestro subconsciente, dentro de nuestro... digámoslo así... no de nuestro subconsciente sino del inconsciente, tenemos que pensar y conservar nuestro contacto con el mundo material. Y ese, pues, es el estudio de Frederik.

Pero si ustedes —y eso lo recibirán al final, en la tercera parte— llegaran a conocer ahora a Frederik, sabrían que ya es un psicólogo y un pediatra —y eso ha ocurrido, señor—, entonces ya sentirán que está en una posición tremendamente fuerte, porque ha constatado para sí mismo: así no llegaré jamás. Y todo eso está allí. Y si se adentran en esa materia y la sienten, podrán hacer esas preguntas, y yo les daré respuestas realmente hermosas, porque detrás de eso vive la psicología humana, espiritual, espacial. Allí es donde pueden vivir esa unidad.

Así que ahora llegamos a esos proverbios. A mí no me dicen gran cosa. Pero si de verdad quieren saber lo que significa todo eso...

“Frederik le da un besito en los labios”, es aquella enfermera, ¿verdad?, “y esos pequeños labios reaccionan, pero el cuerpo se queda de piedra, dice él, porque se ha quedado hipnotizada de inmediato. ¿Se debe esta reacción a que Frederik haya revelado sus sentimientos más profundos a la vida de ella?”.

Señor, cuando el hipnotizador entra en un sujeto, en usted u otra persona, y consigue controlarlo, la conciencia de usted, su centro de equilibrio, se duerme, desaparece su capacidad de reacción, y estará dormido por la voluntad de otro. Bueno, pues esa chica, esa enfermera, se disolvió. Frederik, así lo hace la psicología moderna. El hipnotismo moderno ya no lo hace como antes: “Te dormirás”, “harás esto”, y pfft, pfft, y a soplar y a soplar más... Si han visto (la revista) ‘Vizier’ de esta semana, allá, les advertí de eso hace poco, o la semana pasada. Ya hace dos años vinieron con la pregunta: ¿es peligroso

el hipnotismo? Yo digo: a esa gente habría que echarla a patadas de los escenarios. Porque hay una chica infeliz en Inglaterra que ya lleva así tres, cuatro, cinco meses, no consiguió salir, se puso nerviosa; el trabajo desbaratado, la personalidad rota, todo roto; y ahora un gran juicio. Juegan con fuego, escriben ahora. Cuando nosotros lo decimos aquí... No. Primero tienen que ocurrir esos accidentes. Y ahora tienen ustedes la prueba.

Cuando se produce la psicología (hipnótica), uno ya no pinta nada, y entonces yo puedo hacer que alguien despierte —y otra persona— lo que queramos. Y sobre todo... Imagínense esto: hacen que unos muñequitos se pongan a bailar, y todo eso, y luego se meten en cosas peores aun, ¿qué más no despertará algo así? Eso se adhiere a esos sentimientos como una lapa, es un aguijón que va penetrando más y más, que extrae algo que hasta hace unos momentos usted mismo desconocía. Allí está el peligro.

Eso Frederik lo hizo sin darse cuenta, hablar así y hablar... solo quiero decir, el hipnotismo moderno es así: atravesamos al ser humano sin más, ni nos damos cuenta, y ya estamos debajo. Porque los sentimientos... eso lo envían a un solo punto, es la concentración en un solo punto, se tocan sentimientos, se recuperan pensamiento, se añade la telepatía, y de pronto...

Les he contado que yo también soy capaz de eso si hace falta. Y eso es lo que querían tener de mí una vez. Salimos y entonces dijeron: “Tú no eres capaz de eso”.

Digo: “Vaya, chico”, digo, “cuando llega el sueño es una delicia dormir bien, qué gusto”. Zás, ya se había ido.

Lo hemos dejado roncar durante dos horas. Y entonces quiso... cuando llegamos al lugar de destino: “¿Lo dices en serio?”.

Digo: “¿Todavía no sabes tú mismo que has dormido en el tren? Digo: “Pues, ponte a dormir otra vez, tranquilo, ah, qué gloria, dormirás sin sentir nada, soñarás, genial”. Bien, allí se fue otra vez.

Digo: “Mejor déjalo así hasta esta noche, así nos comemos todo y tan panchos”.

(Risas).

Y entonces lo dejamos allí cuatro horas. Después quiso comer gachas y nos lo comimos nosotros, y tan a gusto.

Digo: “Has comido gachas mientras dormías, y te hemos dejado comer un bistec, y te hemos dado un arenque en escabeche”, digo, “y arenque adobado”, igual que hago en la feria, “y un arenque ahumado, y un postre”. Digo: “¿No estás mareado?”.

Entonces dijo: “Sí, algo tengo por aquí”.

Digo: “Ya estamos”.

Esta es la desgracia espiritual contenida en aquello. Y somos capaces de ello. Por eso conozco los grados de contacto y sentimiento para el hipnotis-

mo, porque el trance psíquico es exactamente lo mismo, solo que ahora es por las leyes de la madre naturaleza.

Y, naturalmente, la enfermera estaba bajo la hipnosis de Frederik, de su sentimiento. La hipnosis es la imposición de la voluntad. Uno la adopta y si se es un poco sensible, señor Berends, encima hacemos de usted esta noche un acróbata. Claro, ya les gustaría, ¿verdad? O lo convertimos en ministro de Hacienda, y entonces esta noche todos tendremos billetes de mil florines. Y luego él dice...

“¿Cuántos quiere tener?”.

“Diez”.

Y entonces es usted mismo, señor, porque en ese instante habrá perdido usted su conciencia diurna. A las personas que son más fuertes no las pueden... No me importa entrar en contacto con un hombre así. Digo: “Señor, entonces mejor hágame desaparecer”. Pero entonces me desplazo un momento al espacio... Esa gente, sin embargo, choca contra un muro espiritual, lo exploran un momento, y entonces es imposible ocultarse, señor, no puede ir usted ni a la izquierda ni a la derecha, y hay que... es cuando lo arrinconan a uno y está vendido. Pero cuando uno tiene espacio, va un momento al infierno o va al cielo. O va a... se sienta en el anillo de Saturno, que me busque allí. Tomo un meteoro o voy volando por el espacio, voy a la jungla, todo son espacios de sentimiento, y entonces él tiene que... si no lo tiene controlado, entonces ya entenderán ustedes que no pasa nada.

Pero una enfermerita de estas, tan ingenua, que no se da cuenta de nada, cayó y de pronto se había ido. Y entonces él la besó de esta manera, y eso a Frederik le costó una casita. Fue honesto. Porque la justicia espiritual no besa así como así. Claro, eso ustedes no lo saben. Eso solo es para los caballeros, señor.

(Señor en la sala):

—¿Es que allí no juegan ningún papel las mujeres?

—No, porque ellas de todas formas no lo hacen. Si nosotros no lo ponemos en marcha, señor Berends, entonces las mujeres no reaccionan, es lógico, ¿no?

(Jozef continúa):

“¿Se debe esta reacción a que Frederik haya revelado sus sentimientos más profundos a ella?

Señor, eso es lo que acabo de explicarle; claro, sobre eso podemos continuar hablando una hora y ni así sabrá usted lo que es el hipnotismo.

“Hans pregunta: ¿Estás allí, Frederik?”. Y responde: “Exacto, capitán”, porque Hans es el capitán, ¿no?

¿Vio usted allí otra cosa? Basta con que lea lo que pone.

“Allí estaba. Y entonces hubo víctimas”.

¿No las hay? Hans es una. Karel lo es. Esa enfermera también. Y todas

esas personas allí, cuando Hans llegó a ese psiquiátrico, cuando vio su propia miseria en esas personas, entonces estuvo encima de sus propias víctimas. Todas son víctimas de la sociedad. Y entonces hubo víctimas. ¿Lo ven? Hans no entiende a Frederik ni conoce las leyes. Y entonces hay que ver a millones de víctimas. ¿Es así? Víctimas.

“Hans vuelve a preguntar: ‘Frederik, ¿estás allí?’”

“Sí, teniente coronel”, carga las tintas un poco más, porque Hans es un doctor profesor, y qué más le tienes que dar, puedes darle de todo, porque de todas formas no lo es. “Sí, teniente coronel”. Bueno, dice lo que sea. “Y entonces se derrumbó el tejado”. Entonces se derrumbó Hans. Su mundo entero se derrumbó y se quedó hecho tizas, no trizas, sino trozos. Esta noche me estoy tragando un montón de cosas, así que eso ya lo averiguarán la semana que viene.

(Se refiere a su voz tomada).

(Risas).

“‘Los locos van a dormir’, dice Frederik”. Frederik ve durante el sueño que la enfermera viene a verlo varias veces. Los locos van a dormir. “Cuando Frederik se despertó, pensó que Anna estaba al lado de su cama y que le había traído un té. Después tuvo que darse cuenta de que lo habían ingresado en un manicomio, y que llevaba allí enchironado desde hace cuatro años y medio. Así que la conciencia diurna funcionaba a pleno rendimiento por el sueño”.

¿Lo ve? Es muy sencillo: cuando despertó allí por la mañana, pensó: ‘Vaya, pero ¿dónde estoy? ¿Dónde me he metido?’. Pero, disculpen, ¿en qué cosas se había metido? Así que pensó: ‘Ah, es verdad, no estoy arriba’, porque allí arriba era Karel quien le daba su té. Y entonces aparece una enfermera de esas, piensa: ‘Dios mío...’. Ah, es verdad, estoy en el manicomio. Miren, eso es algo de lo que conviene darse cuenta un momento. Eso no es na.

Y ahora me pregunta usted aquí: “Así que la conciencia diurna funcionaba a pleno rendimiento por el sueño”. ¿Lo ve? “Y después se puso a hacerse el loco”. Tan pancho, a hacerse el anormal. “Frederik empieza a escribir. ‘Bueno, ¿y en qué piensa un ser humano que ha dejado atrás su casa, en un mundo extraño? Estoy solo aquí y estoy rodeado de masas de gente. La enfermera de mi hotel...’”.

¿Lo ve, verdad? Porque él había dicho a la gente, a Karel: “Me voy a Suiza. Ya te escribiré unas líneas”. Ahora lo está esquivando. Porque en ese tren... Se lo monta de tal forma que sí que se queda con sus locos. Piensa: ‘Si luego me entero de lo que pasó, y de en qué me metí, te lo podré contar de tal forma que esa carta vuelva a cuadrar’. Todo eso no significa nada, ¿entienden?, son cosas accesorias. Es por su carácter, por las cosas que hace, para rellenarlas, no las que hayan ocurrido, sino para rellenarlas, adoptarlas, explicarlas. Tiene

que contarlos de alguna manera, ¿no?, porque dice: “Escribiré”. Y eso lo hace desde allí. Y eso es más normal que nada. Lo que escribe allí se refiere, a su vez, a sus anormales entre quienes vive.

Y luego escribe usted aquí: “La enfermera del hotel en el que me encuentro, estoy en un sanatorio”, ¿lo ven?, “he elegido un sanatorio, está a mi lado pensando... Acaba de preguntarme si soy escritor. Dije: ‘Sí’. El viaje fue bastante cansado”, pues fácil no lo tuvo, “porque había muchos locos en el tren”, ¿ven?, la institución de Hans, “que iban a Suiza con su médico para recuperarse”. Qué divertido, ¿no? ¿No decimos eso nosotros también a diario?

Es un simbolismo maravilloso. No es simbolismo. Es un sentimiento y pensamiento maravilloso, poderoso, de Frederik. Porque si dieras una historia de estas al periódico, al menos contendría algo. ¿No le parece, señor?

Y entonces vuelve a haber risas y dicen: “Ja, ¿cómo se las arregla?”.

“En Bélgica aquella pareja se subió a mi coche. ¿Qué te parece? No muy divertido, ¿verdad? Pero dado que me interesan bastante los locos, llegué a comprender muchas máscaras. Había algunas que eran hermosas. Ahora estoy disfrutando en la naturaleza”. Allá. “Allí, delante de mí, está...”.

Ah, cuando ocurrió eso, en el instante en que se escribió esto, señor, podría haberse convertido en cincuenta páginas, en un tomo entero, ya solamente para hacer comparaciones desde ese mundo con la sociedad, para la mujer, el hombre, el gobierno, Dios, Cristo. Entonces ya solamente sobre esto habríamos escrito —por eso, puedes escribir cincuenta libros sobre ‘Las máscaras y los seres humanos’— diez libros. Solo ese trocito, esa breve carta, son mil páginas, cuando rápidamente se pone a... y se pone a hacer comparaciones con Dios, Cristo, Gólgota, la Biblia, el universo. El psicólogo, el médico. Pues. ¿Cuántas cosas no contendrá?

(Señor en la sala):

—Sí, eso contiene una tremenda cantidad.

—Tremenda, señor. Es enorme.

“También había hermosas máscaras. Estoy disfrutando en la naturaleza. Allá, ante mí, está ‘Neu Karelshof’”. Eso es el movimiento de Hans. “Es un hotel tremendamente grande donde mucha gente de fuera pasa un tiempo para recuperar el aliento”. Sigue enganchado a la verdad. ¿Lo ven? “Hay enfermos a bordo”.

Porque no tienen que saber donde está él. Cuenta la verdad irrefutable. Tengo algunas páginas de esas, que cuando se escribieron por la noche... por la tarde... las habré releído no menos de veinte veces, por la noche; pero con Van Eeden, eso sí. Ese libro entero, juntos lo hemos... Dice: “Si le preguntan algo más tarde, tendrá que saberlo”.

Me lo contó igual —yo solo repito lo que él me dice—, me lo contó igual que lo que quería decir, y eso era de sentimiento a sentimiento, ¿verdad? Y

entonces fui yo quien llegó a vivir sus libros, mientras escribía. Esto, estos tres libros, se me concedió vivirlos conscientemente con él, porque yo permanecía en mi organismo; él dentro, aquí el maestro Zelanus y detrás de nosotros el maestro Alcar. Así que encima de este trabajo había cuatro psicólogos. Y yo lo viví así: al cincuenta por ciento. Él dice: fifty-fifty. Dice: “Ay, Dios mío, he comenzado, ya está consignado”, y al instante el maestro Zelanus continuó, ¿verdad? El maestro Zelanus teleaba en la máquina, y yo dentro de él, y además Van Eeden, en un solo organismo, en una sola aura, es un espacio, es un mundo. Estábamos así de compenetrados. Yo con los ojos cerrados, Van Eeden con los ojos cerrados, y el maestro Zelanus delante de la máquina de escribir. Y el maestro Alcar miraba de esta manera, estaba encima. Y entonces el maestro comenzó... Por cierto, cualquiera que venga de ese mundo y que se ponga a contar cierra los ojos. Llegas a la unión.

Pero el cochero, aquel Gerhard, y Theo de la Línea Grebbe, ay, señor, señora, cómo disfruté con eso, ya solo por la unión. Y entonces, cuando te succionan hasta no dejar nada de ti después de consignar y vivir sus vidas... El día, la hora, el minuto llegará irrevocablemente. Y entonces recibes el último puntito, señor, eso simplemente es una transfusión espiritual en la que uno pierde el corazón, el cerebro, la sangre y todo. Ahora vuelvo a asustarme cuando tengo que ponerme a escribir otra vez, ya solo del último punto. Ya solo eso me da miedo. Y me asusto aún más, porque vivo tres meses, cuatro...

Cuando ahora estoy ante un libro de trescientas páginas, cuatrocientas, ese libro me toma seis semanas, seis semanas que vivo en ese mundo. Y aquí he hablado, aquí he contado —y uno piensa: ‘Ese es Jozef Rulof’—, aquí soy consciente, y entonces vivía en mi libro, porque yo también tengo que ir. Con tanto espacio. Cuando luego tengan ‘Jeus III’, ya de todas formas no se lo creerán, pero allí está y ha ocurrido. Entonces dirán: “Dios mío, Dios mío, Dios mío, ¿es posible que eso lo procese un ser humano?”

Señor y señora, pueden procesar un universo, siempre que uno empiece con lo real, con la verdad. Pero ese placer con Van Eeden... Así que él, cuando se fue, comenzó, y entonces llegaron esas cosas. Yo no tenía permiso para decir nada, él simplemente las consignaba, dice: “Después lo volveremos a vivir”, y mientras tanto, con el maestro Alcar, consignándolo, y yo veía lo que quería decir. Pienso: ‘Dios, Dios, Dios, Dios, lo bien que sabe pensar ese hombre’. La de cosas que ya había traído al mundo, con una obra de teatro, y con una obra psicológica que tiraron a la basura —y que es lo más poderoso de él—, porque otra vez no se comprendía. Que era la obra menor, optaron por decir.

Su obra de teatro —con ella estás en el escenario divino— la silbaron, señor, lo más poderoso que hay. Van Eeden. Y ahora regresa al escenario divino, pero de otra forma. Algo bastante divertido, cuando estás detrás del

ataúd y quieres empezar a hacer algo por Nuestro Señor, que uno pueda volver a empezar detrás del ataúd y regresar.

“¿Mantiene usted contactos? (Véase ‘Jeus de la madre Crisje’, parte 3, el capítulo ‘1939-1945’).

“Sí”.

“¿Con la tierra?”.

“Sí, tenemos contacto con la tierra”.

“Dios mío, Dios mío”.

Vaya por Dios. Cada pensamiento, señor y señora, que tengan de verdad para la Universidad de Cristo —es Cristo, es la deidad de su espacio en este universo—, si ponen fundamentos para ello, ya nadie se los podrá quitar. Y aunque hoy quizá se enoje alguna vez, señor, y entra a robar en algún sitio, o comete un asesinato, todo eso no significa nada, ese acto nadie se lo podrá quitar, porque permanecerá. Entonces la gente dice: “Bueno, ese ha hecho cosas hermosas, y ahora todo está destrozado”.

Oh, señor, ¡tonterías! Yo he visto los demonios estar encima, de pronto volvían a tener los sentimientos de antes —delataron a Cristo e hicieron todo, y asesinaron a gente—, y de pronto podían sanar y vuelven a meterse, así como así, en la sagrada sanación, y él era capaz.

¿O es que pensaban que un asesino siempre sigue siendo un asesino? ¿Y pensaban que cuando un ser humano comete un error, simplemente hay que tirar a la basura su personalidad entera? Pero eso es lo que hace la sociedad. “No”, dice la sociedad. Y entonces te lapidan, ¿verdad, señor? No, primero uno se va a la cárcel. Uno cumple su condena y entonces no hay ni un solo ser humano que te mire. Y, da igual si uno quiere o no, señor, hay que volver a ser destruido, porque nadie lo aceptará. Y esa, pues, es la hermosa fe en la que vivimos, ¿ven? O sea: Dios es amor. Desde luego. Claro, podemos seguir con esto, pero no es eso lo que queremos.

Aquí escribe usted también: “Solo lo tengo para mostrar lo hermoso, para que se vea lo profundas, lo poderosamente hermosas que son esas máscaras y los seres humanos, y su profundidad, porque esos libros nos enseñan a pensar”; “El ser humano se desloma en la sociedad. Hay enfermos a bordo”.

“El ser humano se desloma en la sociedad...”. ¿No lo entienden? Pero ¿qué otras cosas le hacen deslomarse? ¿Qué es lo que hace que el ser humano se destruya? Luego puedo contar mucho más, puedo quebrarlos a ustedes mucho más, quebrarlos, y entonces tendrán, santo cielo, entonces tendrán la imagen de cómo me quebraron a mí. Y yo sentía gratitud por una paliza.

Y con solo mirar al ser humano ya se asusta. Si quieres enseñarle algo... Y no toques esa pequeña personalidad, entonces ya se va al suelo. Ay, Dios, y entonces arrojan a un lado a Dios y a Cristo y al mundo entero. ¿Entienden? Y así de fuerte es la gente entonces.

A mí me ha quebrado el sol, la luna, y eso es lo peor que hay, la madre naturaleza, el agua. Yo lo que quería erairme todos los días al agua. Así que me había “suicidado”, decían; no: era uno con el agua. Todo habla.

Es en el agua donde nacimos. El invierno pasado... ya llevo dos años que no me atrevo a ir a Scheveningen, porque si me meto en el mar, ya no vuelvo. Voy y en un abrir y cerrar de ojos me voy al agua, y ese poderoso espacio en el que hemos nacido me llama de golpe: “André, por fin vuelvo a tenerte”.

Digo: “Claro, ya te gustaría”.

Y si yo entonces, señor... no con violencia... Es la hipnosis de la naturaleza. ¿No cree en eso? Medio Egipto se metió, en el Nilo, y se ahogaron, porque oían hablar el agua. Esa es la unión con la vida de Dios. Y el agua es Dios como madre. Sí. Allí estamos ahora.

Pero cuando te metes allí, puedes aprender algo. Y entonces el ser humano realmente puede hacer algo con su propia vida. El ser humano, lo machacaré una y otra vez, el ser humano se desguaza en la sociedad. En el fondo, ¿para qué viven ustedes? ¿Qué dicen ahora las máscaras y los seres humanos? ¿Qué es lo que dice Frederik allí?: “Solo aspavientos, solo codicia”.

Esta noche... ayer publicaron algo maravilloso en el diario *Algemeen Dagblad*, algo maravilloso: un marinero inglés ha vendido su Cruz Victoria por setecientos florines, porque no tenía qué comer. Y entonces dicen estos... este diario tan divertido: “Claro, ese trocito de hojalata...”. Esa hojalata, esa hojalata, esa hojalata; así que al final no es más que hojalata. Esa hojalata. Pero es la orden y el honor militar más elevado que se puede conseguir en Inglaterra, la Cruz Victoria. Ese muchacho no tenía qué comer, ojalá la vendiera, así al menos tenía comida para su mujer y tres hijos.

Señor, ¿permitirá que le sigan tomando el pelo con un trocito de hojalata? (Risas).

¿Señora? Y el ser humano, ¿para qué se deja la piel en esta sociedad? ¿Para qué cosas? Hágase ministro, señor, y será un hijo de Satanás. ¿Qué digo? Sí, es... tampoco es que sea tan seguro. Porque es buena gente, ¿no? Señor, cuando uno oye... Dedíquese a la política, señor, y ya verá el lodazal al que irá a parar.

Cristo también era un político. Los maestros se dedican a la política. ¿No dijeron los maestros en Diligentia: “Hazme rey de toda la tierra en este estado y diremos: ¡no!”? Porque entonces todavía, respecto a la injusticia —sí, si de mí solo dependiera—, entonces no tienes que cometer más que injusticias, consentirlas.

Pero el ser humano en la sociedad se sablea a sí mismo con cien mil cosas. Puede usted decir: está usted fuera; usted está dentro. (La gente podría decirle a Jozef Rulof: “Usted está fuera de la sociedad, nosotros estamos dentro de ella”). Yo también estoy dentro. Cuando era taxista, señor y señora, yo era

exactamente igual.

¿Por qué iba yo a...? “Un quickie”, decíamos nosotros, ¿verdad? Un quickie. ¿Por qué lo haríamos, señor, si no hace falta? Yo los he castigado allí todos los días. Así de lelo era. Las cosas con las que te encuentras en la sociedad... Basta con preguntarle a un taxista de La Haya, señor: “¿Sabe por casualidad dónde vive ese señor?”. Ay, señor, cuanto más subimos, más claro nos va quedando la sociedad. Lo sabíamos todo. Y ellos pensaban... ellos pensaban que no lo sabíamos. Nosotros íbamos siempre, los viernes por la noche, siempre íbamos a la plaza Oranjeplein, a la vuelta de la esquina de la pequeña iglesia, porque a las nueve menos cuarta venía el cura, y eso no lo sabía absolutamente nadie. Digo: “¿Tú vas allí? Si no ya iré yo”. Y yo a por el cura. Y entonces había que ir a la calle Waldeck Pymontkade, por allí.

“Puede volver dentro de una hora”.

“Sí, su reve..., sí señor”. Porque vestía de paisano.

Pienso: ese ya me la pagará. Pienso: ‘Crisje, aquí hay otro que va esta noche’.

Y yo que me vuelvo. Me dice: “¿Qué le debo?”. Y entonces lancé que veinticinco céntimos. Y me dice: “No, eso es demasiado”.

Digo: “Señor, ¿por qué?”. Digo: “Usted es malo y soy malo, su reverencia”. Digo: “Usted se fue exactamente allí, y yo sé exactamente cuántas chicas hay allí”. Y digo: “¡A ver, esos veinticinco céntimos, padre!”.

“¿Me conoce usted?”.

Digo: “La Haya entera lo conoce a usted, ¿le vale así?”. Dos semanas después el señor cura se había largado. Miren, así es como uno llega a conocer...

(La gente se ríe con ganas).

Señora, madre, eso ha ocurrido de verdad.

(Señora en la sala):

—Me refería a que...

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Ha echado usted a perder su cana al aire.

(La gente se ríe con ganas).

Señora, destrocé su carrera entera.

(Risas).

Pero, en fin, estas cosas pasan, y entonces los chicos dijeron —ya les contaré la historia completa—, entonces los chicos dijeron: “¿Dónde está el señor? Ya no se le ve”.

Digo: “Ese señor se fue”.

Digo: “Su reverencia...”.

“¿Su reverencia?”

“¿Me conoce usted?”

Digo: “Señor, no hay ni solo chófer en La Haya que no lo conozca a usted”.

“¿Qué?”

“Sí, señor, usted es historia desde hace año y medio”. Y obtuve mis veinticinco céntimos. Y lo acepté para echarlo de su escondrijo.

Digo: “Señor, su reverencia, ¿va a usted a officiar ahora la misa?”

Y, caramba, allí va.

Pienso: ‘Dios, Dios, Dios’. Sí, por aquel entonces André ya estaba haciendo chapuzas dentro de mí, ¿entienden?, ya estaba ocupándose de eso, ya lo hacía.

Pero en esa sociedad... Puedo contarles miles de historias que nos permiten aprender. Y entonces castiga de inmediato al ser humano.

Voy allí.

“Pare. Mejor lléveme un momento...”

Sí, en el fondo estamos tratando con máscaras y seres humanos, eso también es una máscara, estamos con máscaras y seres humanos, pero vale la pena. ¿O les parece muy aburrido? Entonces lo deajo.

Otro señor. Cuando luego reciban ustedes Jeus el conductor... ese también sabe algo. Y dice: “Ay, chófer, me permite que me... que me siente allí?”

Digo: “Señor, adelante, por favor”.

“¿Delante?”

Digo: “Pues atrás hay espacio de sobra”.

Bueno, señora, entonces... Un ser humano decente, un señor no se encaja junto a la caja de cambio, porque nosotros teníamos allí colgando un recipiente con un litro de aceite. Y el señor que se sienta allí con su bonito pantalón. Bueno, pues...

No, esa gente era menos psicóloga que nosotros. Podías aprender de ella. Digo: “Señor, tome asiento, adelante”. Pero yo ya tenía preparado el fleje. No, no iba a pegarle. No iba a pegarle, pero un fleje... A veces también nos atacaban de noche, señora, y entonces nos machacaban vivos. Sí, oiga, es una bonita profesión. Pero me permitió aprender muchas cosas. Si me pregunta cómo el maestro Alcar me metía allí y cómo aprendí, puedo decir: “La mayor parte de las cosas cuando era taxista”. Entonces aprendía. Cada día nueva psicología.

Y entonces venía ese señor, dice: “Chófer, hace buen tiempo”.

Digo: “Señor, es un día espléndido”. Pero al mismo tiempo lo subí, digo: “Precioso, un tiempo precioso”..

(Risas).

... y yo que paso por la calle Prinsenstraat, hacia la Scheveningseweg. Y yo que ya le iba pisando; y otra vez que viene, dice: “Sí, sí”.

Digo: “Vaya, vaya, vaya”.

Y yo que le vuelvo a ganar por la mano; por mis piernas tan hermosas.

(Risas).

Y yo en la calle Parkweg, pienso: 'A ver si ahora voy a tener que dar el cambio de veinticinco florines. Dios mío, ya le soltaré una buena. Entonces robé, señora. Pero a ese hombre lo castigué con las monedas.

Que me dice: "¿Qué le debo?". Y, en efecto, me viene con veinticinco florines.

Digo: "Me debe dos florines y cuarenta céntimos".

"Bien, quédese con tres. ¿Contento, chófer?".

Digo: "Sí".

"¿Quizá un café?".

Digo: "Un momento, le cobro, señor". Digo: "Señor, aquí tiene diez florines, el resto me lo quedo". Digo: "Eso por los tocamientos".

(La gente se ríe con ganas).

Digo: "Señor, si eso lo cuento en la (sala) Scala, me gano todas las noches un millón. Le está saliendo demasiado barato". Y entonces se puso a increparme. Digo: "Qué hermosura". Digo. "Sí, señor, usted tiene tanta grasa por dentro y por fuera como ese indicador de aceite detrás de mi pantalla. ¿Le parece bien así?". Digo: "Señor, tengo el honor de saludarlo".

Y me dice: "Sí".

Digo: "Sí. Ppft".

(Risas).

Sí, señora, era aquel granjero de 's-Heerenberg, ¿entiende?

Pero aprendí por el ser humano. Y si entonces uno quiere saber aún más cosas en la sociedad, señor Berends... El ser humano se desloma en la sociedad. Y por eso les cuento ahora una historietita tan bonita. Lo he vivido físicamente, es más: lo sentía, lo he vivido social y materialmente. Porque cuando uno abre los ojos, se puede aprender en cualquier momento cómo no hay que hacerlo en la sociedad. Bueno, pues ahora háganse taxista, así aprenderán más, señor, que si van a (la universidad de) Leiden como psicólogo.

Porque los he tenido: "Bueno, hola, criatura, vamos a echar muchas partidas de bridge".

(Jozef imposta la voz).

Entonces había que llevarlos a la calle Daendelstraat, a los señores.

"Quiere usted ir a buscar al excelentísimo señor barón, señora?". Bueno.

Pero aquí no voy a poner tarjetas de visita. Digo: "Ah, sí, señor, ¿va a jugar al bridge?".

(Jozef imposta la voz).

Pues a esos siempre los castigábamos con cincuenta céntimos.

Señor, ¿usted cree que eso es robar?

Sí, eso es birlar.

(Risas).

Birlar. Si ahora va usted a mi jefe de antes, dice: “¿Jozef? Bueno”, dice, “este ha vuelto loca a La Haya entera”.

Ahora estoy volviendo a hacerlo. Realmente, los vuelvo locos. ¿No les parece? ¿De qué se reían hace un momento?

(Risas).

¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Con ese trocito de fleje me imagino a un hombre con un hierro...

(Risas).

Bueno, señora, mejor empecemos la nueva temporada con algo de decencia, porque todavía va a ser larga, ¿no le parece? De verdad que no soy —acabo de salir de la cama, ya lo ve— que no soy un amargado. Porque esta mañana a las nueve ya estaba haciendo el pino. Pienso... soñé de repente que era una bailarina y entonces fui a parar a la cocina, que es cuando sentí que no era así de verdad. Pero entonces al menos había perdido un montón, de lo contrario esta noche no podía haber hablado.

¿De verdad que piensan que estoy loco? ¿No, verdad?

(Gente en la sala):

—Que no.

—¿Lo ves? Ahora ya estamos hablando otra vez con sagrada seriedad.

Señor, todo eso lo aprenderá, señor Berends, si aprende a pensar. Puedo profundizar en la misma medida en la farsa como en la sabiduría. Porque cuanto más profundo se haga su sentimiento, más divertidas son las cosas que puede decir. A mi mujer, por ejemplo, la hago reír —me las arreglo así desde 1930— tres veces al día. Una vez a las diez, entonces digo algo, y después por la tarde, así, cuando está medio dormida, vuelvo a decir algo, y claro, se despierta de golpe, pero entonces me hace un té. Lo hago por ese té.

Pero si usted también es capaz de hacer eso en la sociedad, señor Berends, y es capaz de procesar los golpes y los palos y todo, y aun así amar la vida y no pasarse de la raya como esas personas que se sientan al lado de un bote de aceite y de un chófer gordo para empezar a manosear el esqueleto —a esos hay que castigarlos con diez florines; si me hubiera dado cien, no le habría devuelto nada de nada—, entonces uno llega a conocer la sociedad. Y en cualquier parte, en cualquier sitio, se puede aprender algo. Y eso lo dice Fredrik. “La sociedad desguaza al ser humano”.

Y si luego analiza la esencia espiritual de eso, su fundamento, tendrá usted ampliación. Y es para eso que sirven las máscaras y los seres humanos. Arranque esas máscaras. Lo hace en la segunda parte. Ya las arrancan. Y son expli-

cadadas en la tercera parte. ¿Entiende? Es por eso que aparece el fleje, señora.

(Jozef continúa leyendo).

“Vayas a donde vayas”, dice Frederik, “por todas partes ves desgracias”. ¿No es así? “No soy capaz de procesar tanta pena. No voy a entrar en ella”. Su intención es primero recuperar las fuerzas, porque esta gente hace todo por ti. También quiere ir a Italia, primero va a pie, haciendo una travesía por las montañas”. Sigue teniendo... todo eso sigue siendo sobre la carta, ¿verdad? “Hay enfermos a bordo. El ser humano se desloma en la sociedad. Vayas donde vayas, por todas partes ves desgracias”. Eso es allí, claro. “No soy capaz de procesar tanta pena. No voy a entrar en ella. Su intención es primero recuperar las fuerzas, porque esta gente hace todo por ti”.

Frederik se prepara para aventurarse a dar el salto de descender en la psicopatía para esa gente. Y si comienzan ustedes ahora... A eso deben ustedes ese ‘Las máscaras y los seres humanos’, esta trilogía. Si se ponen a procesar y a analizar por ‘Las máscaras y los seres humanos’ estos libros, en la sociedad, cualquier cosa mala con la que se topen ustedes —ahora trata de Dios, ¿verdad?, de Cristo, trata de la lepra, la demencia, la psicopatía— llegarán a ver la inmaculada claridad. Y al final de la tercera parte estarán encima del escenario divino. Y eso desde luego que no es cualquier cosa.

Ese libro los levantará del lodo de la sociedad, y librá con ustedes una lucha de vida o muerte, y estará con usted ante el ataúd. Es el propio Frederik quien muere, consigue la libertad, y entonces la familia entera estará en el escenario divino. Y de eso se están ocupando ustedes ahora. Hermoso, ¿verdad?

(Señor en la sala):

—Desde luego.

—Sí. Desde luego.

Pensé que dijo usted: “Bueno”.

(Señor en la sala):

—Bueno.

—Esto es poderoso, señor. Pero si el ser humano no siente ni entiende lo poderoso de un núcleo pequeño, de una cosa pequeña, de una revelación nimia que la vida les ofrece para cargar y ver, señor, entonces los grandes milagros tampoco significarán nada.

Y luego tenemos aquí: “Primero va a pie, y después hago una travesía por las montañas... Pero ¿irá también un guía?”. Eso lo es la conciencia de Frederik. “En lo anterior Frederik ofrece un resumen sobre los locos, las máscaras, el dolor y la pena, quiere recuperar la fuerza, adentrarse en la naturaleza, viajar, etcétera, con lo que se analiza la sociedad de muchas maneras. ¿Es así?”.

Señor Berends, lo ha intuido bien. Si continúa así, tendrá que resolverlo irrevocablemente. Y después sabrá algo, podrá analizar algo. Pero entonces se añade algo, una sola palabra dura de usted hacia otra persona... Alguna vez

es posible que... Alguna vez la sociedad nos chincha, y entonces puede pasar que respondas, pero, ay, si nos ponemos a dar golpes o lo que sea. Entonces también habrá perdido esa conciencia. Hay genios que lo han hecho todo, y podido, por el mundo, pero no tenían amor, no tenían sentimiento, y así todavía no eran nada.

Puedo convertirlos a usted en algo, si también comienzan con ello. ¿Es así? Y si lo hacen de verdad... Les vuelvo a decir, señoras y señores, es aquí donde viven detrás del ataúd, no cuando están ante ese acontecimiento que se llama “se morirán”. Porque estar muerto no existe. Y luego ya pueden ponerse a arrastrarme por los pelos, pero esa muerte ya la he visto y vivido cien millones de veces, se lo juro. Esos libros, ¿de dónde...? Santo cielo, ¿de dónde tiene que venir todo? ¿De La Parca?

Cuando luego tengan la tercera parte entre sus manos y conozcan mi vida... ¿tengo que...?, ¿de verdad que he de inventarle todo eso? Y entonces, claro, puedes hablar de subconsciente... Pero, “Estamos por primera vez en el mundo”, dice el psicólogo, “esta vida es la primera”. Y hemos tenido cien millones, como padres y madres.

Dicho de otro modo: acéptenlo, acéptenlo; empiecen ahora mismo. Si no paran aquí con su amargura y pataleos interiores, y con sus pensamientos y sentimientos raquíticos, estarán luego en el espíritu en un mundo enorme y estarán igual de fríos que ahora. De eso se trata para mí. Yo tampoco les puedo ayudar allí. Y no habrá nadie que les pueda ayudar. Aquí no les da la real gana, aquí no lo hacen: allí estarán solos. Aquí tienen todavía a personas, aquí todavía pueden tomar un café o un té, aquí todavía tienen compañía, aquí todavía tienen esto, todavía están a su lado, allí estarán solos. Allí ya no habrá nadie, porque se blindarán contra ese otro mundo por el que el Mesías vino a la tierra.

Y así pueden seguir, destrócense, destrúyanse. El ser humano caza, caza, caza: ¿qué?, ¿para qué? Para ese trocito de hojalata de ese muchacho allí. La Cruz Victoria, la más elevada que existe, el muchacho la vende —¿quién le va a decir que no?— por setecientos florines. Ese chico no encontraba trabajo por ninguna parte. Es un héroe de guerra. ¿A quién se vende usted?

En Indonesia leyeron ‘La Línea Grebbe’. Y vino el teniente, que dice: “Ah, ahora entiendo el levantamiento de aquí”.

Es que uno había dicho. “Pues lea usted mismo, entonces también se irá usted”.

Había cuarenta muchachos, todos leyendo ‘La Línea Grebbe’. Y entonces él dijo: “Aquí lo dice”. Y después quisieron irse. Que viene un chico de La Haya aquí, uno de los nuestros, dice, para el examen médico: “Yo no les serviré de nada”.

“¿Por qué no?”.

Dice: “¿Qué tengo que decir?”.

Digo: “Nada. Solo tienes que decir: ‘No mataré. No mataré, de ninguna manera’”. Y dice el coronel: “¿Por qué no?”. Y dice: “Bueno, ¿qué religión tienes, pues?”.

“Estoy en la Sociedad Científico Espiritual de Jozef...”.

Otra vez ese Jozef Rulof. Para aquel entonces ya había habido ciento cincuenta.

Dice: “Muchacho, Jozef Rulof tiene razón. Pero mejor no se lo digas a nadie más, si no mañana yo tampoco ya no tendré qué comer aquí”.

Ese también leía mis libros, ese teniente. Dice: “Tiene razón. Pero ¿qué queda de nosotros? A él, ¿quién de nosotros puede aceptarlo? Así también ya le podríamos entregar el gobierno”. Y dice: “Fuera con esa porquería”.

¿Una bomba atómica? Vaya, vaya, señor, la convertimos en arma para combatir el cáncer. Y ahora hacemos esto y lo otro. Y si los rusos quieren... Que vengan, los esperaremos en la frontera y entonces entablaremos una conversación de lo más agradable. Y si no quiere, nos pondremos a edificar piojos, nos pondremos a prepararles insectos. Pero no haremos nada, solo pensaremos en los piojitos del espacio, irán descendiendo del espacio, así, y los sacaremos.

(Alguien se ríe).

Sí, sí. Claro, usted vuelva a reír. Es posible, señora.

(Señora en la sala):

—¿Sí?

—Sin duda.

Mire, si ustedes, como masa, quieren vivir un milagro divino, lo primero que habrá que hacer, señora, es no armarse con puñales. Tengan cuidado. Dios mío, sí, allí hay alguien que habla de Dios, con un palo largo de esos por delante con el que casi se parte el pescuezo. A ese hay que animarlo así y andar asá, y entonces, claro, están en ascuas, porque allí abajo hace calor y se ponen a mirar arriba para ver si Dios lo bendice todo. Y entonces lucirán cañones, y luego bombas atómicas. Y van.

¿Vieron mi sonrisa?

Y esa gente quiere que Dios la proteja, claro. Vaya, vaya, vaya, vaya, cómo me reído. Dicen: “Y Padre: ayúdanos, ayúdanos”. Y yo que de un momento para otro me parto de la risa en la iglesia protestante. Ah, no, fue en casa, cierto, donde los católicos...

El pastor dijo: “Y Padre, ayúdanos. Y que expelan al enemigo de nuestra casa”.

Y, caramba, había colocado cien mil piezas de artillería en la frontera.

“Ama la vida que vive, la que hay, entonces me tendrás a mí”.

¿Qué es lo que en realidad quieren hacer esos pobres diablos?

¿Quieren vivir ustedes un milagro masivo por ‘Las máscaras y los seres humanos’? Eso también es posible si se entregan a Dios. Pero ¿cuándo puede Dios... cuándo puede Cristo...? Yo bien puedo construir una historia bíblica de esas. Lo he vivido, siempre hablo desde la experiencia. Todo eso lo he vivido. Yo no llegaré a ver a ningún maestro Alcar si le meto un balazo a este y aquel, y se apuñalo a este otro y me dedico a violar y a destruir por allí y hago lo que me dé la gana. ¡Y luego permitir que me cuelguen de la chaqueta una cosa con sangre! Dios santo mío, a mí dame una nomeolvides. Y esa gente es la que quiere vivir a Dios, a Cristo. Vaya, vaya. Basta con oír todos esos sermones.

Y Dios puede ayudar a la masa. Y eso de hecho pasó muchas veces al comienzo de la Biblia, que un puñado de personas, a las que de verdad se les protegía... Y todavía no habían hecho nada, así que Dios todavía podía ayudar; y eso eran, a su vez, los maestros. Pero no los llevan a ustedes de mal en peor. Y no los pueden ayudar si ustedes están armados. Primero hay que ser libres. Tendrán que estar desnudos ante el Gólgota. Y allí, desde allí comienzan esos milagros. No solo para el individuo, sino para un pueblo entero. Y ahora deberían plantearse ustedes, e intuir, la de cosas que les quedan por aprender a la universidad y al teólogo.

Y después ese hombre allí, un pastor está allí en el campo de batalla y reza. Y ese soldado luego encima se va al cielo, acaba de segar la vida de unos cuatrocientos, quinientos, así como así. Viene el cura, el pastor castrense, que encima le da la bendición. Madre mía, madre mía, es que esos nos tienen fritos, ¿no? Fritos de verdad. Pero entonces volvemos a la era prehistórica y nos dedicaríamos al canibalismo. Pero un cachito de un pastor de esos me entraría bien. Si por mí fuera lo freiría. Digo: “Tú te vuelves a de donde viniste. Y primero te vas a poner a buscar tu propia sintonización. Y entonces llegará un momento en que te mandaré a la universidad para que te hagas pastor. Pero para entonces ya no hará falta”. Y eso es algo que todos tienen que aprender; sí.

Señor Berends, ¿va a continuar con ‘Las máscaras y los seres humanos’?

(Señor en la sala):

—¿Me permite que le haga un momento otra pregunta? Esa carta de la semana pasada se ha traspapelado, ¿verdad? Es que se la metió usted en el bolsillo y esta semana nos la iba a leer aquí.

—La metí aquí. Quizá se la haya perdido a usted por la calle. Esperemos que no la haya encontrado algún pastor, porque entonces sí que la preparamos. Quizá la lea usted hoy o mañana en el periódico. Entonces dicen: tengo algo de... Si la ha encontrado un pastor protestante por la calle, señor Berends, sí que la preparamos, hermosa publicidad. Pero, oiga, que la metí aquí.

Quizá siga allí. Pero mira qué cosa tan rica que eres, ¿verdad?

(Jozef está buscando).

Aquí, ya la tengo... Sí. No. Pero aquí es donde la puse. Se la di para que se la llevara a casa, porque pensé: 'Quizá ese hombre la reelabore un poco más'.

(Señor en la sala):

—Pues, allí no está.

—Señor, ¿tiene alguna pregunta más?

(Señor en la sala):

—Sí, solo había aquella conversación, esa, hablaba en la página 171, arriba, sobre esos osos pardos y los jacintos...

—Sí.

—... por aquí, desde detrás del escenario, claro, eso tenía que sea "hienas"...

—Sí.

—... claro, eso se puede explicar de muchas maneras, pero...

—¿Se acuerda en qué página estaba eso, era la 172.

—... la página 171, en la parte de arriba...

—171.

—... la 171, en la parte de arriba.

—Mire, eso digo, tiene usted razón, porque allí lo dice, pero eso se ve, también dije entonces que si arranca cosas de aquí y allí, habré perdido... porque surgen nuevos capítulos... habré perdido el contacto, ¿verdad? Aquí está, sí.

“Cuando alguien incumple su palabra...”

(Dirigiéndose al técnico de sonido): ¿Cuántos minutos me quedan?

(El técnico de sonido dice algo).

“... le acecharán las serpientes de la vida”.

Ya entenderá usted... las serpientes en la sociedad, qué cosas, los rasgos de carácter que... si incumples tu palabra, vas a tener problemas, ¿no? Un ser humano que incumple su palabra, un ser humano que dice sin lugar a dudas: “Puede contar con eso”. Y entonces la palabra era la palabra. Y la palabra era “sí”, ¿verdad? Pero no existe y entonces a uno lo engañan por todos los lados, y aparece la serpiente, la desgracia en la sociedad que entonces lo destroza a usted. Porque todavía vivimos en la mentira y el engaño.

“Uno se queda como clavado en el suelo. Y encima digo: ‘Si la gente no cumple su palabra, vendrán los osos y también los jacintos para morderlos hasta matarlos’”.

¿Entiende? El jacinto es ahora el bien. Ahora el bien y el mal están frente a frente. Lo bueno del Gólgota menciona de inmediato... Claro, él puede decir: “Cristo... para matarlo a usted a mordiscos”, pero eso no lo comprenderá.

Sin embargo, el bien lo ataca a usted, el mal lo ataca, y el bien le llama de inmediato la atención para que se detenga, y entonces ya puedes ponerte

a demostrar lo que has hecho. Allí ya está el Juicio Final. Si él profundiza en eso, ya tendrán otras veinte páginas más que lo conectarán a usted con la sociedad. De jacintos sigue hablando aquí, "... exactamente, llegan los jacintos para arrancarles la cabeza a mordiscos... para que inclinen la cabeza y arrancarla a mordiscos..."

La flor es la cordialidad para la vida, la benevolencia, el amor, para hacerle inclinar la cabeza, y para desintegrarlo a usted mismo, para masacrarlo, para decirle a usted, de cara al espacio, de Dios, de Cristo, para mostrarle: "Mire, eso es, pues, lo que he preparado". Es el bien que contiene lo que le dice que se detenga usted. Resulta que tiene usted una florecilla de esas, corrientes y molientes. Y haga usted una comparación.

"Y ya se la haré pagar... Nunca todavía tuve la oportunidad, ahora se la haré pagar. Oh, que hermosas son esas manzanitas".

¿Lo ven? Está desvariando. Qué hermosas son esas manzanitas. Son algo ácidas, venenosas, allí dentro está todo. De inmediato se encuentra bajo el árbol de la vida. Porque por eso, de ese árbol de la vida, había... Ese árbol de la vida, ese en particular, que tiene de todo, es la vida de ustedes. El ser humano... Si hubiéramos tenido la posibilidad, este libro habría sido muy diferente porque entonces habríamos sacado el árbol de la vida y todos los rasgos de carácter. Les habría ofrecido una introducción precisa como un reloj. Pero en ese tiempo no teníamos suficiente papel. "Oh, qué hermosas son esas manzanitas. Nunca antes las había visto así. Es que las conozco. Sí, exacto, es que las conozco. Sé quién es él. Sé dónde está. ¿Visto eso, Hansi?". Ahora ya está empezando para él mismo. "¿Lo viste? Hans se asusta. ¿Lo viste, Hansi?". Porque ha perdido a Hansi. Y ahora va a... "Hans se asusta". Ahora va a... ahora a Hans ya lo va a sondar, directamente. Y constata con esas cosas... —Frederik se eleva por encima de todo— ... constata, por ese enorme pensamiento y por las comparaciones, constata que Hans ya no es más que una persona inconsciente. Y ahora solo toca por un instante esa palabra "Hansi". Es la mujercita con la que él se peleó y que lo engañó. Allí está Hans. Hans es alguien que se vuelve a olvidar del todo ese mundo de Frederik, y vuelve a estar ante la pequeña desintegración material, esa mujercita que se ha perdido, que le ha tomado el pelo y que lo ha engañado con el mayordomo.

"El nombre de Hansi es para él lo que el capote para un toro".

Ya me lo imaginaba, allí va el ser humano. Basta con que tengas algo, el ser humano... Si con lo más sagrado de todo... con los problemas más poderosos... Quiere usted saber cómo se retiene eso. Con que eso lo... por una sola cosa de la tierra...

Hubo una vez dos personas en la calle que estaba hablando que daba gusto, felices, dos mujeres. Y si usted de verdad quiere tener una confianza espacial, espiritual... Resulta que viene un hombre allí y que le susurra a esa mujer:

“Oye, mujer, allí está su esposo hablando con una mujer”.

“¿Qué?”.

Adiós mujer, adiós. Completamente desquiciado.

Y él que sigue. Dice: “Sí, le tomé un rato el pelo, para ver lo que había”. Y dice: “Bueno, tendrías que haberlo oído, ese hombre ya era hombre muerto”. Dice él: “Agarra ahora...”.

Si la verdadera sociedad, que es tan ruin, tan bestia, se nos abalanza... Mejor créanse todo, ¿verdad?, y si mañana los colocan ante eso, e intentaran... Señora, usted no se va a poner a arrancar esas máscaras para tal o cual mujer.

La semana pasada les conté: a Crisje había que dejarla en paz con esas cosas, eso lo aprendimos.

No, entonces el ser humano termina volando por los aire, en mil pedazos. Dice: “Ya me lo imaginaba. He...”. Ah, vaya. Entonces dice... viene ese hombre: “Pero, criatura, te tuve por una cosita de nada”.

“Claro, ahora encima me vienes con mentiras. Lo sé desde hace mucho”. Y allí va; dos semanas después, señor, que se divorcian.

Esas cosas ya han pasado cien mil veces. El ser humano no cree al otro ser humano. El ser humano no confía en el ser humano. Sí, ahora los grados de la confianza y de la fe los pueden...

“Lo he visto, que saliste por la puerta”. El ser humano coloca una bicicleta delante de la puerta para ver si el hombre no se va mientras la mujer no está.

“¿Ah, sí?”. Ese hombre coloca la bici allí, allí.

Y ella dice: “¿Lo ves? Has estado fuera”.

Entonces él dice: “Sí, claro, he subido y bajado, coloqué la bici allí, para no partirme la nuca. ¿Así te parece bien?”.

“No, ¡has estado fuera!”.

¿Eso qué es? ¿Qué es eso? El ser humano, ¿cuándo atrae nada más que demencia, desintegración? ¿Por qué no se le puede aclarar a un ser humano...? Dios mío, no es usted el único que vive aquí en la tierra; vivimos con millones de personas de nuestro grado. Cristo también está. Se tropieza uno con todo. Esas son las máscaras de los seres humanos.

Basta con contarle la verdad al ser humano... yo he vuelto a contar algo, lo dije así, digo: “Sí, señor... pero, señora... sí, señor..., pero entonces ocurre esto y le pasará esto”.

“Ja, ja, ja, ja”.

Pienso: Ay, Dios, hay que ver dónde he vuelto a meterme. Ay, santo cielo, en qué me he metido otra vez. Tengo que empezar a engañarlos. Al ser humano... cuando viene a verme, tengo que decirle: “No hagas nada que...”. O sí... (Pone una voz impostada).

“Córcholis, qué bello es eso, ¿verdad?, ah, qué bello es eso”.

“Sí, ¿verdad?”.

“Sí, es hermoso”.

Y cuando la puerta está cerrada...

(Risas).

Y entonces decir: “¿Es capaz de encajar algún golpe?”. Viene a verme un pintor. Digo: “Claro, quieres mostrar tus obras”. Digo: “Señor, ¿es capaz de encajar las cosas?”.

“Sí, adelante, dígamelo, señor Rulof”.

“Pues, que allí está el tumor”. Allí estaba. Estaba así de gordo, a la vista. Pienso: ‘Dios, Dios, Dios, aquí, en este trasto, hay al menos veinte florines en pasta de pintura’. Digo. “Con eso yo hago cien cuadros”. Digo: “Hombre, hombre, hombre, déjalo. Hazte panadero”.

“Eh, eh, eh, eh, eh...”.

Y hemos tenido que ir a por aspirina, a comprar morfina, a llamar al médico, porque el señor se derrumbó.

(Risas).

Señora, la casa entera patas arriba, porque tres horas más tarde seguía sin recuperarse. Digo: “Ven a verme alguna vez día con arte”. Ay, ay, ay, lo que lloró ese muchacho. Ese chico también estuvo aquí los últimos años. Fue a parar a Rosenburg. No como loco, señor, sino que leyó ‘Las máscaras y los seres humanos’ y se hizo cuidador. Tendrían que verlo ahora. Pero ha dejado de pintar. Dice: “Hay que ver lo loco que estaba, señor Rulof”.

Digo: “Estabas como una cabra”. Digo: “Vivías por encima de tu razón”.

Y tengo más de estos. Entonces me preguntan: “¿Qué opina usted, señor?”. Digo: “A ver, a ver, a ver: ¿cuántos... cuántos gramos puedo darle? ¿Un kilo entero?”. Zas. Ja, ja, ja, ja, allí van otra vez.

La sociedad, señor. Hay que tomarle el pe... Ah, es verdad, no está permitido decir “tomar el pelo”. Hay que engañarle. No quieren ver la esencia espiritual de esa verdad. Y entonces hay que dar rodeos, en la sociedad llegas a estar con tal y cual gente, lo hacen, y entonces a ustedes los engañan, por delante, por la izquierda, por arriba y por la derecha. Señora, señor, por allí no paso.

Con el maestro Alcar tuve que empezar directamente con la esencia, y entonces yo decía: “Esta cosa mía está podrida, es mala, no hay vuelta de hoja, hay que eliminarla. Torcerle el cielo”. Y entonces comencé. Ahora, claro, les gustaría saber lo que fue aquello, ¿verdad?

(Risas).

Ya me lo imaginaba. Sobre todo el señor Berends. Dice: “Así yo también podré empezar con ello”. Pero, de todas formas, ustedes no tienen esas cosas. De todas formas no tienen esas cosas, ¿verdad? Demuestra, señor, que uno aprende a pensar por medio de esas cosas. Pero ya llevo demasiado tiempo

con ese señor. Me voy a otra parte.

Pero por medio de todas esas cosas se aprende. Y si ustedes entonces... Luego podré hablar de una forma mucho más amena con ustedes, cuando tengan ese 'Jeus III'. Y entonces habrán terminado de leerlo y habrán visto esos problemas, y dirán: "Así llegas más lejos, por esto, por aquello". Y así podrán hacer preguntas al final y volveré a dar con las máscaras; eso hay que eliminarlo. Y ustedes tendrán que conducir las hasta la evolución, con fundamentos, es decir: allí están, verán cómo se van deshaciendo en pedazos y conseguirán extraer de allí un clavito y lo cambiarán por otro más fuerte, y verán esto y lo otro, y después, de pronto, estarán vacíos. Completamente vacíos. Dirán: "Dios mío, me he quitado todo de encima". Y eso se siente tan irrefutablemente que llegarán a un punto de descanso, señor, en el que su propio interior dirá: "Ciertamente, se lo ha ganado", señor. Y eso no solo es así con un librito de esos que lean por ahí, sino que tendrán que ver ustedes con cientos de miles de rasgos de carácter, tendrán que ver con cien millones de cosas en la sociedad; y llevarlas entonces al escenario de Frederik detrás del ataúd, en eso van a tener que aplicarse todos ustedes. Y eso es aquello para lo que viven ahora, lo esencial, lo espacial, lo universal. ¿Ha quedado claro eso? Sí, eso lo decimos nosotros también.

Aquí tengo lo pregunta: "¿Es posible que sean oídas nuestras oraciones, y qué idea debemos hacernos de eso? Dado que tantos miles de personas están rezando a un solo Dios".

¿De quién es eso?

Señora, ¿no lo sabe? ¿No lo sabe?

(Señora en la sala):

—Entonces lo he vuelto a olvidar.

—Miren, esta es una de mis discípulas más antiguas, pero de las más antiguas, allí. ¿Y me lo sigue preguntando?

(Señora en la sala):

—Pues sí.

—Ya, entonces... ¿Se le perdió todo en esos años? Naturalmente, no debo hablar ahora del infantilismo, de eso no se trata. Pero ¿qué fue de aquello entonces? En el pasado desde luego que hemos hablado de otra manera en Kijkduin.

(Señora en la sala):

—Sí, pero he cambiado.

—Yo tenía entonces treinta y cuatro años. ¿Se acuerda?

(Señora en la sala):

—Sí, antes de eso pasaron muchas otras cosas.

—Sí, ¿verdad? Sí, esta señora ya me conoce desde 1934. Y viene con: "¿Es posible que sean oídas nuestras oraciones, y qué idea debemos hacernos de

eso?”.

Pero eso usted lo sabe. ¿Y ahora ya no lo sabe? ¿Cómo es posible?

(Señora en la sala):

—Estoy empezando a dudar.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Estoy empezando a dudar.

—¿A qué se debe? ¿A la guerra, quizá?

(Señora en la sala):

—Sí, por todo.

—Por el dolor y la pena. Si vive usted dolor y pena, también se pondrá a dudar de Dios, claro.

(Señora en la sala):

—Pero solo quiero saber cómo es posible entonces que Dios, para toda esa gente que reza al mismo tiempo, pueda hacer que todo eso se cumpla.

—Bien, pues entonces sí que se le han borrado muchas cosas de ese libro. “Padre nuestro, Padre nuestro, Padre nuestro, ayúdame, por favor”: así reza alguno. Y a su lado yace uno que dice: “Eh, wuwuwuwuwu”. Y ese otro igual, igual, igual. Pero Nuestro Señor no oye nada, señora, no oye esas musitaciones.

(Señora en la sala):

—Vaya, ¿entonces quién sí?

—No, nadie la oye a usted.

(Señora en la sala):

—¿Nadie?

—No, nadie.

(Señora en la sala):

—¿No?

—Sabe cuándo se la oye?

(Señora en la sala):

—No.

—Cuando usted misma es buena por dentro.

(Señora en la sala):

—Sí, bien.

—Sí, entonces ocurre.

(Señora en la sala):

—Hago todo lo posible para eso.

—Y entonces llega usted hasta la esencia que es igual, y eso, pues, es el espíritu en el otro lado. Pero ¿para qué rezamos, pues? ¿Para qué?

(Señora en la sala):

—¿Para qué?

—Sí, en realidad, ¿para qué reza? Esas madres, y esos hombres, ¿piden todos...? Señor, ¿se pone todavía alguna vez de rodillas ante la cama para rezar que da gloria? ¿A que ya no lo hace, verdad? No, vamos rápido, rápido, al sobre.

(Risas).

Pero ¿quién se inventó eso de ponerse de rodillas ante la cama?

Frederik dice en 'Las máscaras y los seres humanos'...

Había una mujer, y un padre, y el hombre dice: "Eso ya no se hace, los niños enferman". A los niños les daba una neumonía. Ante la cama, qué frío. Sí, ¿cómo es posible que a Nuestro Señor eso le parezca bien? ¿Los niños que le están rezando a Él y que encima les da una neumonía? Sí, pero "papá no tiene razón". Porque papá dice: "Bah, eso no hace falta, si los niños están en la cama tan a gusto, bien calentitos, echados, también pueden hacerlo". No, eso hay que hacerlo de rodillas. De lo contrario no hay suficiente respeto. A ver, ¿quién tiene razón?

¿Cuántas disputitas no ha habido en el mundo protestante y entre los de la corriente reformista, en el mundo católico, sobre que sí que había arrodillarse? El dijo: "No". Allí era ella quien lo decía. Él era atrasado. Aquí volvía a ser ella. "A arrodillarse, de lo contrario la oración carece de significado".

(Señora en la sala):

—Pues eso es lo que se dice.

—Señora, esa sigue siendo la disputa en todo el mundo, y a usted nadie la oirá. Nadie. Pero en realidad, ¿para qué reza? Señoras y señores, hemos hablado tantas veces de las oraciones. Pero ¿cuándo hay que rezar? Si quieren hacerse cósmicamente conscientes, si quieren llegar a tener entidad espiritual, entonces les enseñaré cuándo tienen que rezar.

(El técnico de sonido):

—Un minuto.

—Un minuto.

Cuando ahora les den su tecito, su taza de té, o café, enseguida, empiecen entonces a preparar su pregunta: ¿cuándo tengo que rezar? Y entonces les daré tres cuartos de hora. Entonces primero voy a acabar esto y empezar con eso de rezar, porque es una necesidad urgente.

Soy la persona más feliz de la tierra. ¿Me creen? Puede decirse así, pero es que yo tengo esa suerte. Se lo demostraré. Yo es que saco la felicidad de cualquier cosa. Un frío agradable, delicioso, estos días, unos mocos que dan gusto, estar echado pensando que es una gloria, ahora ya ha salido eso demasiado pronto, señora. Una operación deliciosa, ups, no es posible. "Adiós, cariño".

(Jozef lo dice impostando la voz).

Señoras y señores, el té está listo. Enseguida continuaremos.

DESCANSO

Señoras y señores, primero voy a terminar de tratar esta carta. Y entonces empezaremos —y eso creo que hace mucha falta— con: ¿cuándo puedo y se me concede rezar? De eso hemos hablado aquí más de una vez, y entonces salió la verdad.

Aquí tengo: “Estimado señor Rulof, de su libro ‘El ciclo del alma’. ¿Sabe usted cómo nació el ser humano en la tierra?”. Escuche. “Cuando el padre o la madre se pone a pensar en este acontecimiento, ya se encuentran en una sintonización cósmica”. Y eso también ya lo hemos tratado aquí más de una vez. “Este acontecer es por tanto un milagro cósmico, una fuerza que refuerza y atrae esta comunión, por la que ambos seres han sido acogidos. Los padres, en el momento en que hacen la sintonización, tienen comunicación con el universo. O sea, con este mundo. Y esa conexión solo puede ser interrumpida por una violencia salvaje y es un asesinato espiritual. Es el propio ser humano quien de esta manera maldice la vida que queda repelida hasta ese mundo. Y eso lo tendrán que enmendar los padres, o el ser humano. La pregunta es: ¿cómo debemos ver esto? Cuando tenemos un coito y hacemos lo posible por no engendrar el fruto, ¿cometemos entonces un asesinato espiritual?”.

¿De quién es eso?

(Señor en la sala):

—Aquí.

—Señor, esta pregunta deja coja a la humanidad entera. Ha hecho usted una pregunta hermosa, poderosa, y la gente la anhela con toda su alma. Pero no se atreven, porque entonces siempre piensan... ejem... bueno, pues nada.

(El señor dice algo).

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Yo mismo soy un dios.

—Sí. Aquí he tenido a mujeres que dicen: “Señor, tengo que volver a la tierra”. Bueno, el ser humano que haya leído esos libros, aquellos veinte, y que haya seguido todas las conferencias, sabría de inmediato: esa mujer ha asesinado a un bebé. “Sí”, dice, “tengo que volver. Es que tengo que volver”. Porque conocía las leyes. Y eso es tener agallas. Eso lo sabe el espacio entero. Así tampoco hace falta colgarle a nadie esa tarjeta de visita de la cara, no es necesario para nada. Pero es la ley misma la que nos comunica con el ser uno.

Señor, si volvemos a arrojar al espacio la vida que atraemos, es una bofetada en la cara de Dios. ¿Y sabe usted —lo sabe también mi gente de antes— cómo

le sienta ese golpe a Nuestro Señor —así también lo podemos llamar—, a Dios? Lo golpean en pleno rostro Suyo. ¿Y cómo es esa bofetada? Olvídense de que esta noche haya allí un fleje, señora. Pero recibe un golpe en plena cara. Él le ofrece lo más sagrado de todo, lo más poderoso que hay, porque Dios, a través del niño, le ofrece renacer, puede regresar usted a la tierra. Resulta que el ser humano dice: “A este caos, a esta porquería, a esta desgracia ya no quiero volver”. Pero el ser humano se olvida de que uno tiene que vivir el ciclo de la tierra como cuerpo. A Dios le da igual qué hace uno con eso, ni de qué manera, al final llegará de todas formas. Así que vamos a empezar espiritualmente. De modo que tiene que vivir usted el ciclo de la tierra físicamente, es el organismo más elevado que ha hecho la tierra para el ser humano. Y eso es Dios. La tierra. ¿Cómo le sienta a Dios ese golpe? ¿Bueno? Se lo he contado.

Ahora, con lo horrible, usted tiene que... si también quiere que para la iglesia católica... En eso la iglesia tiene razón, cierto: no se debe hacer. Atraer almitas es lo más hermoso y lo más poderoso por lo que lucha la iglesia católica, sin saberlo. Lo que esta ha construido para ella misma, y para el ser humano, atraer pequeñas almas, hacia la fe: haz niños, niños, niños...

“¿No hay alguno nuevo?”

“No”.

“Qué lástima”.

Y entonces dicen: “Menudos fanáticos”. Pero si supieran ustedes. Y el papa y los cardenales son teólogos, todavía son tan atrasados e ingenuos que no saben que luchan irrevocablemente por leyes divinas cuando van persiguiendo al ser humano y le preguntan: “¿Cuándo vas a tener otro?”

Yo le digo de inmediato: “Hazte madre tú mismo, señor”. Pero eso no es posible, ¿verdad? Señor. No puede hacerse madre. “Señor, dé a luz y cree usted mismo, empiece usted mismo allí con sus hermosas monjitas y haga niñitos, así podrá volver más tarde. Ahora es la madre la que lo tiene que hacer allí, la que llega a tener quince, dieciséis hijos, por usted”. Porque estos tienen que volver al mundo, ¿no?

De modo que Dios le da a usted, al tener hijos, la reencarnación; de lo contrario el mundo se extinguiría. Si cada uno comenzara con eso, ya no habría vida en la tierra.

Otro ejemplo. Con eso cae al mismo tiempo la teología para y de la iglesia católica. Si todos fuéramos tan castos y sagrados —a eso lo llaman castidad, pero para ellos ya no lo es, pero para otros, en cambio, sí—, y todos nos hiciéramos tan castos, todos también cardenales, nosotros, los hombres, cardenales, y las madres nada más que monjitas y monjitas, entonces el mundo se esfumaría en un año. En cincuenta, sesenta años, ¿verdad? Los niños crecerían, pero ya no habría nuevos, ninguna evolución, la reencarnación se detendría, porque todos nos haríamos cardenales, todos nos haríamos papas.

Ja, ja, ja, ja. No me hagan reír. Y que éramos tan santos, y que estábamos casados con Nuestro Señor, teníamos esa unión, albergábamos la autoridad divina en nosotros, lo habíamos asimilado. Claro que sí.

Pero gracias a Dios que el ser humano no sigue ese estudio del todo, o allí estaríamos otra vez. ¿Qué haría Roma? ¿Qué haría la iglesia católica si todos dijéramos, el mundo entero, cada hombre: “Voy a hacerme papa. Voy a estudiar”? Bueno, entonces habría cien millones de mujeres de más. ¿Y ahora? Ahora tiene usted un ejemplo de lo raro que es eso, o lo horrible, si descendemos desde la espiritualidad hacia lo material, humano, y si después vemos ante nosotros las leyes por las que hemos recibido la vida.

¿Y qué hace el propio ser humano? Señor, entréguelo a su yo divino en usted. Y entonces ya podrá volver a hacer preguntas, y sobre eso se pueden organizar tres, cuatro noches, ya ve. Es igual de horrible que rezar. Bien, unamos una cosa con otra.

Bueno, bueno, ¿cuántos millones de personas no rezan por un bebé, madres y padres? Ella también se va a confesar los sábados, para estar más pura aún, y se preparan, son uno, y entonces llega un niño, hecho trizas, al mundo. O... Ese Nuestro Señor, o ese Dios, no hace caso a las oraciones. Y ellos que esperan y que esperan y que esperan; no llegan a tener hijos. Y al final sí que vino uno, pero estaba loco, era psicopático. Una vez me vino a ver un señor, católico también, que arrastra un terrible problema: ¿por qué ella?, ¿por qué ella?, ¿por qué ella?, ¿por qué ella? Mira esos de allí, juran como carreteros, nosotros somos castos e inmaculados y puros, no engañamos a la gente...

Tenía qué comer, un verdulero pequeñito de eso, con su tiendita, le iba bien. “Nosotros no aceptamos manzanas, manzanas podridas a cambio de dinero de verdad, eso no lo hacemos, señor. Yo soy honesto. ¿Fue usted también católico?”.

Digo: “Tiene suerte, porque yo también lo fui. Sigo siéndolo”.

Dice: “Y ahora, ahora, señor, ahora mi mujer se topa con otra cosa, y se queja y no hace más que quejarse, y quiere saber algo y se encuentra con una mujer”, una que había leído mis libros, “que dice: ‘Léelo’”. Y entonces me viene a ver ese hombre y quiere hablar. Dice: “Resulta que hemos esperado dieciocho años, me ha costado dinero a raudales en flores, señor”. Y se leyeron misas, cien florines, cincuenta florines, setenta y cinco florines, y ahora se van. “Hay que esperar, señor, esperar, señor, encima eso, encima eso, ¿es que no basta con lo buenos que somos? Y al final vino un niño que era psicopático. ¿No es como para arrancar de su poltrona a ese Dios de allí arriba?”

Eso Hans también se lo dijo a Frederik. Hans dijo, en ‘Las máscaras y los seres humanos’: “Frederik, si a mí se me muere uno —y de eso se entera el mundo entero, todos mis colegas—, un loco de estos aquí, le colgamos una tarjetita de la nuca”. No del cuello: de la nuca. Dice: “Así se vuelve directa-

mente y digo: ‘¿No tienes allí arriba otra cosas que hacer, más que fabricar locos, que destrozar la sociedad?’. Estamos impotentes. En realidad, ¿usted qué es?’. Bueno, eso es lo que dice el médico. Señor, el verdadero psicólogo, el que quiere llegar a conocer la vida, está ante una máscara divina de cara a sus enfermos, ¿o no es así?

El padre que no tiene un bebé... que quiere tener uno con la madre, con su mujer, que quiere tener un bebé, porque es felicidad para el ser humano, ya conocen la felicidad, “hijo mío, hijo mío, hijo mío” —no, señor, es la reencarnación de usted, va al universo— rezan y llevan flores y mandan oficiar misas —así podemos seguir, qué va a hacer uno—, rezan día y noche, son honestos y es buena gente, y les toca un loco. Vaya, vaya, vaya, vaya, hay que ver lo santo que es ese Padre allí arriba. Y después, cuando no llega, empiezan a dudar, y ya no hay fe, y entonces llega el derrumbamiento. Y eso es ese Dios, un Dios de odio, y un Dios de venganza, y algo más, y algo más, y después eso se vuelve a arrumar. Ese se sale de la iglesia, van volando por encima de La Haya, esa gente, y dicen: “Necesito otra cosa”.

Señor, si a nosotros se nos nace mañana un bebé y está loco como una cabra —¿no les basta lo duro que es así?—, que es psicopático al cien por cien, señor, entonces decimos todavía: “Gracias”, porque soy yo mismo. Yo tengo que ver con ese estado de locura. Es vida con la que tengo que ver. Ella o yo. Mujer u hombre. Y si no viene un bebé y el cuerpo es normal, me voy al médico y digo: “¿Está bien?”. “Bien, señor”. No viene, no tenemos contacto, no hay ser uno con Dios; entonces hay algo que habla, a saber: que nos hemos echado a palos de ese nacimiento armonioso divino. Y eso ya es bastante triste.

Y ahora el ser humano que empieza a asesinar él mismo, el que desespera aquí. Porque hay padres y madres...

Yo he luchado como un poseso por mi bebé. No se me dio. Pero he luchado tanto como un hombre y una mujer a quienes les hubiera gustado tenerlo. Para mí habría sido algo fantástico, porque ya conocía los infiernos y los cielos y el espacio, ya estaba viajando. Pienso: ‘Ahora algo de mí mismo, el ser humano en la sociedad no quiere aprender, entonces por fin puedo hablar con mi propia sangre’. Y ahora digo: “Imagínate que este también habría sido un psicópata?”. Dios mío, Dios mío, ¿qué es lo que deseamos?

Imagínense ahora lo siguiente: había estado yo allí, la semana pasada todavía lo comenté; mi hija, mi hija, mi hija ya había estado con la madre detrás de la mesa, con los libros, y ya había hablado para papá. Imaginen que entraba a la calle Wagenstraat, y que dijera: “No quiero tener que ver con ese follón tuyo”. Y ahora, pues, a sacarla a porrazos. Entonces yo habría recibido una paliza aún mayor. Quizá los habría asesinado. Claro, ¿qué ocurre cuando quieres recurrir a tu sangre, tu alma, tu espíritu, tu yo entero a favor de tu

propia hija y te dicen: “Fastídate”. Y dicen: “Sí, pero ahora el que manda soy yo”.

Igual que durante la guerra, y entonces llevaban a Mussert y polainas y pantalones de montar, y una gorra, y aparecían con un revólver: “A ver, ¿ahora qué me dices?”. Dice: “Jo”, dice el capitán, eso también ha ocurrido, señor, “aquí tengo algo para ti. Vente conmigo arriba. Un regalito”. Le metió una bala en la cabeza a su hijo, sin más.

Después se entregó. Dice: “He asesinado a mi hijo. Porque estamos todos acabados”.

Señor, es lo mismo que si cometiéramos ese asesinato espiritual. Cuando arrojamos a ese bebé, estamos ante exactamente la misma imagen. Para eso no hace falta un revólver: pfft, soplas un poco y adiós vida. Y ¿ahora qué tenemos que hacer? ¿Qué tenemos que hacer ahora? Cien millones de problemas —que no son problemas para mí— se abalanzas sobre la pregunta de usted, y todos los podemos acoger si aprendemos a pensarlos. De lo contrario tendré que escribir aquí un libro.

Está sin lugar a dudas mal hacer aquello, o esto y lo otro, ya entenderán... A varias personas les dije: “Señor, despréndase de eso”. A esos católicos también los pude acoger, digo: “Señor, mejor estese contento”, alegría, uno no sabe siquiera si puede ser feliz, “puedo asegurarle que el psicópata significa felicidad para usted”. Y entonces dice usted: “Sí, pero no es cualquier cosa si Dios te envía un loco a tu casa, destroza tu vida entera”.

Hay gente que tiene tres, cuatro, y dicen: “Sí, sí, sí”. Pero el ser humano con sentimiento espiritual y que lee estos libros dice... “Santo cielo, santo cielo”, dice esta gente —escuchen ahora la diferencia—, “dónde me metí entonces en tal y cual momento?”. Y ellos son capaces de soportarlo, pueden procesarlo. Y es que esa es la única posibilidad. Uno se desprende de aquello porque sabe. No, señor, su propia desintegración está a su lado. Pero arrojar esa vida conscientemente al espacio... eso también es volver a uno mismo conscientemente, y entonces se está ante esa ruina, espiritual y físicamente, ese es el lado psicopático.

A ver quién se pone a rezar por un bebé, señor. Pero los hay, millones de madres, padres, hay millones que dicen... Una chica de veinte, de diecisiete, sí, Dios mío, Dios mío: está embarazada. A esa niña la sociedad la maldice, y el chico encima la abandona; a ver qué haces entonces. ¿No pasa eso todos los días? Los críos, ¿tienen una razón humana, social? ¿Y dice la sociedad: “Oye, niños, les (os) damos a cada uno mil florines porque hay un bebé, porque ya hay otro que puede volver a nacer, la evolución sigue”? No, señor, lo único que ocurre es que se cotilleará sobre la madre y el niño.

¿Y ahora qué ocurre? Zas. Pero sigue siendo un asesinato, es desintegración para la vida de usted. Porque uno acaba de dejar atrás los años de la pubertad,

señor, cuando hay menstruaciones, claro ya se es madre y se está lista para dar a luz, hasta allí se remonta. Y entonces estamos ante la conciencia natural, responsabilidad, se desarrolla la unión divina, se materializa y empieza a tener sentimiento espiritual. Y un carácter que ya existe cuando el crío despierta en el cuerpo, el espíritu. ¿Qué vamos a hacer cuando tengamos veinte años, veinticuatro, veinticinco, treinta? ¿Qué hacemos con nuestra vida por nuestro matrimonio, por nuestro ser uno? ¿Pues?

¿Qué más quieren saber ustedes de esto?

(Jozef continúa leyendo):

“¿Cómo tenemos que ver esto? ¿Cuando vivimos unión y hacemos lo posible para no engendrar el fruto?”.

Señor, entonces tenemos anemia, estamos locos y psicopáticos, y estamos tan tremendamente dementes y locos, no solo física y espiritualmente, sino que tocamos el timbre en el paraíso, y queremos verlo todo, y entonces lo conseguimos y prendemos fuego a todo. ¿No es cierto? Prendemos fuego al paraíso. Así somos nosotros. Y todo el mundo comenzó con eso. Todos nos hemos dedicado al canibalismo, todos hemos estado locos, señor. Antes todavía no se tenían esos centros psiquiátricos de ahora, porque entonces andábamos por alguna parte en la jungla, y entonces dábamos de esos pequeños gritos, ya saben: “Huwhuwuhu, huwhewhe”. No, no se entendía, porque en esos tiempos todos gritaban así. Claro, ya se quieren poner a reír, pero yo no lo hago. Pero allí gritábamos. Y ahora siguen gritando en la sociedad, pero no hay quien los entienda.

Tener hijos, señor, es lo más sagrado de todo, lo más sagrado de todo lo que hay. El ser uno humano es un viaje divino al espacio, es el hacerse uno con los planetas y las estrellas. Es Dios. Porque es el renacer que está en nuestras manos. Es la paternidad y maternidad. Si la madre todavía no se conoce a sí misma, se lo enseñarán las esferas y las leyes y los planetas y las estrellas; la madre es lo más sagrado de lo sagrado en este mundo, para la tierra y para todos los espacios creados por Dios. Así es.

Una vez estuvimos hablando aquí por la noche sobre los ricitos espirituales, pero ¡a ver si son capaces de rizar aquello! ¿No les parece?

¿Algo más señor?

Reflexiónelo, así lo sabrá. Lea ‘El ciclo del alma’, lea ‘Una mirada en el más allá’.

(Señora en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Dígame, señora.

(Señora en la sala):

—¿Entonces en realidad es un asesinato?

—¿Qué cosa?

(Señora en la sala):

—No querer tener, engendrar, hijos.

—Señora, es peor que un asesinato.

(Señora en la sala):

—Pero entonces todavía no ha descendido el alma, ¿no?

—Quien lo vive y recibe, y lo vuelve a reenviar, al menos ha vivido algo.

Pero quienes no quieren vivir nada de nada... No quiere, no quiere...

Sí que quieren vivir algo, pero no recibirlo, ¿eso quiere decir usted?

(Señora en la sala):

—No, quiero decir que entonces todavía no ha descendido un alma en esa madre, ¿no?

—Piensa usted que... Bueno, sí, me trago algunas cosas, mejor no lo digo. Vuelvo a precipitarme.

Señora, en la vida no ha descendido alma alguna, ninguna. Desde luego que hay estados por los que la madre y el padre no pueden dar a luz ni crear, porque entonces no hay fecundación. Y entonces tampoco se está en armonía con la vida que atraerá usted. Solo podrá atraerlo cuando usted esté lista. Y lo extraño es que hay madres con quince, dieciséis hijos, o sea, uno tras otro, y entonces se dice: “Mira esa pareja de conejos”. La gente se pone a increparlos. No saben que lo hacen por ellos y que allí sucede algo por lo que tienen la vida. Hay millones de personas que deben la vida a esos cien millones de personas que han tenido allí doce, quince, veinte, hijos. Porque el resto en nuestras vidas, sí que tenemos...

Dios santo, la de cosas que aprendemos en una sola vida, seguimos teniendo una conciencia animal. Si leemos libros y conocemos leyes y hacemos todos los viajes, y no empiezo a hacer esto, lo otro, aquello, no significará nada; porque estamos ante la realidad. Y el mundo entero arroja todo por la borda y pisotea todo y rompe todo. ¿Cuántos millones de hijos llegarán a estar hoy ante la faz de Dios? ¿Cuántos? ¿Hoy? Y eso sobre ese millón de nacimientos... esto continúa cada segundo, hermana, cada minuto, cada millonésima de un segundo hay alguien que muere —no muere nadie en absoluto—, que regresa a ese ciclo, eso sigue. Eso ya es así desde que comenzaron las creaciones, desde que Dios se manifestó, es cuando empezó. Y ahora el ser humano atraviesa el ciclo de la tierra, para la materia y el espíritu, el otro lado, más allá; el Omnigrado está ahora allí.

¿Cuántos asesinatos se cometen en este momento debido a que los niños, la vida, vuelven a ser arrojados a la faz de Dios? Y eso tiene que volver. Porque esa alma nacerá a tiempo. Sí, también se lo puedo explicar de forma cósmica, porque entonces no tendrán la oportunidad, señora y señor, de lanzar esa vida de vuelta. Por eso no solo son materialmente dementes, sino también espiritualmente. ¿De verdad que pensaban que...? Si de verdad quiero empezar

un día cósmicamente... Ahora tengo que empezar a pensar humanamente, ahora voy a dar la respuesta espacialmente, puedo darles la respuesta divina. Esta noche aquí soy Dios, ¿y de verdad que pensaba usted que si les daba mi vida y mi luz y mi paternidad y maternidad, de verdad pensaba, señora — solo tiene que reflexionarlo un poco, señor— que me lo podría volver a arrojar usted a la cara y que yo no sabría lo estúpida, lo raquítica que sigue siendo en ustedes esa vida, esa conciencia? ¿Y de verdad que pensaba que un Dios de amor, un Dios de justicia —la psicología divina se llama cosmología— que Él no sabe que ustedes no son capaces de comprender Su vida?

Claro, claro, claro, y el mundo se ríe. Y el mundo reza. Y el mundo continúa. Y la gente hace eso. Basta con que vean ustedes esa desgracia. ¿Quién puede darles una respuesta? Yo, por medio de los maestros, y estos, a su vez, por los suyos, y al final estarán ustedes ante Cristo, que dijo: “No mates, si no quieres que te asesinen”. Sí.

Vaya, vaya, vaya, iglesia católica: hazte cardenal. Allí van. “Oye, mira esas alas de sartén”, decíamos antes. ¿Saben lo que son alas de sartén? Mariposas. Alas de sartén, así las llamábamos. Van por allí con medio kilo de encaje, con el que puedes hacer delantales sin gastarte dinero, con mitras como la de San Nicolás, con un revólver a su lado a modo de tenazas, igual que el obispo de España; y por dentro están secos como arena. Salamalaikum.

(Risas).

Sí, señor, salamalaikum.

Vaya, pero ¿ahora de qué está hablando?

(Señora en la sala).

—No, esa voluta es un pincho para cazar lombrices.

—En realidad, ¿qué cosa es esa?

(Señora en la sala).

—Una incógnita.

—Ah, sí, él y ella son incógnitas.

Y ese tipo encima me oficia una misa, porque me hago madre. Sí. Pues, vuelve a enviarme algún día el catequismo, entonces Roma entera me echa a patadas de la iglesia.

Señora, ¿tenía algo más, hermana?

(Señora en la sala):

—No, tengo que procesarlo todavía un poco.

Vaya, pues tampoco es que sea para tanto.

(Risas).

A mí no me parece más que corriente y moliente.

(Señora en la sala):

—¿Le parece?

—Sí. Sí, señora, todo me parece normal en este momento.

Hágase rica por dentro. No se sienta nunca jamás irritada ni golpeada, hágase espaciosa, hágase...

¿Cómo dice?

Señora, entonces dilátese. Y no viole la paternidad ni la maternidad. Sí, ya me gustaría tener hijos. Pero mañana aparecen con cuarenta. Entonces no puedo hacer otra cosa, es imposible. Ser maestro de escuela es divertido.

Señor, ¿tiene alguna cosa más?

(Señor en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—En el fondo, ¿es posible que cuando dos personas son una y ninguna de las dos es capaz de atraer vida conscientemente, que pueden ser allí uno en pensamiento o en la ejecución del acto? Quiero decir: en el acto, ¿no yace... no subyacen al acto los pensamientos del ser humano mismo, es más, aquellos por los que en el fondo no pueden vivir el ser uno?

—Señor, le podre... bueno... Hay de esos psicópatas... En Assen hubo una vez un señor... vino a verme y quería contarme, con una patraña deliciosa: que físicamente era uno que daba gloria, y que era tan maravilloso. Digo: “Vaya”. Digo: “Ahora tendré que salirme a la calle, ¿verdad, Jan?”. No, eso no era nada.

Señor, ¿de verdad cree que el ser uno humano significa algo para el espacio? Sí, para la madre sí. Pero nosotros, como hombres, caminamos al lado de la creación. Señor, realmente, es verdad, y no hace falta que se lo... Puede hablar usted tranquilamente en público. Una vez, en esos años, oí en Pomona (un hotel de La Haya) a un hombre que habló de la vida sexual. Pienso: ‘Vaya, eso sí que está bien, porque este hombre al menos no se anda con medias tintas. Y dice: “Sí, niños, chicas y chicos, he de hablar”, también había gente de edad avanzada, tan sencillo como eso. Pero ahora, bueno, hay que ver las majaderías que ha contado ese hombre.

Sin embargo, ¿de verdad pensaba convencerse de que las esencias divinas en el ser humano están sujetas al carácter humano si hay amor? Dicho de otro modo: ¿quiere hacerme creer que lo corporal recibe palizas porque el ser humano no es uno con otro? Sí, es posible. Porque es una cuestión de sentimientos. Y es por los sentimientos que la materia es obligada a dividirse, ¿verdad? Así es como lo hizo Dios en las creaciones. Él se dividió de la maternidad y la paternidad, y entonces se desgarró el universo. Así sigue siendo dentro del ser humano y para el ser humano.

Y, claro, no es que no tenga razón, señor, pero entonces ¿ante qué nos encontramos? ¿Ante qué estamos cuando habla esa ley a la que usted se re-

fiere? ¿No lo sabe? Vaya, pues, señor, cuando se lo diga enseguida, dirá usted: “Bah”.

(Señor en la sala):

—... el aura.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—... el aura material.

—No, señor. ¿Dónde estamos cuando hablan esos sentimientos, señora, señor? ¿Perdón? ¿Cómo dice?

¿Sí?

(Una señora en la sala dice algo).

Mire, en la primera esfera. Si quiere usted vivir esa santidad espacial y espiritualmente, señor, encárguese entonces de estar en armonía con todo, para la palabra, para el pensamiento. Cuanto más amor tenga usted por el hombre y por la mujer, señor, más profundamente llegará a ver el ser uno divino; y entonces, ciertamente, tendrá usted la sintonización divina, señor, y cada uno saldrá volando en pedazos de tanta felicidad. ¿No es así? Y eso lo conocemos todos, señor. Pero ¿qué significa eso de lo que habla usted?

Si quieres crear y dar a luz, señor, no se da lo que es ir a contracorriente ni desintegración. Porque eso también se lo puedo explicar, señor, incluso el psicópata siente que todavía le entra la necesidad de la creación y el alumbramiento, porque una mujer en el manicomio, señor, sigue deseando, igual que el hombre. Y cuando una criatura de esas está allí, señor, y está allí manoseando el cuerpo y hace algo, señor, a ver quién se va a creer que todo eso no es más que pasión.

Y no piense para nada que cuando un perro sale corriendo por la puerta y se pone allí, un machote de estos que se pone cuatro semanas delante de la puerta de usted, y la perrita no sale, entonces uno dice: “Pero allí no está la perrita Mientje”. Es que él lo huele.

Pero nosotros hemos depuesto y fragmentado nuestro órgano fonador, y el olfativo y nuestras antenas, nos hemos echado de la naturaleza a patadas. Ya no sentimos nada, señor, porque nos hemos hecho tan duros como una piedra. Ojalá lo fuéramos, ojalá.

No, señor Berends. Si usted de verdad está creando, señor, uno se queda al margen y ya no tiene nada que decir como sentimiento, porque entonces Dios hablará en nosotros. Porque el ser uno del ser humano es dividir, es mezclar, es el ser uno de la paternidad y maternidad divinos. Así que, señor, cuando eso habla la personalidad se arma un lío con la sociedad y la naturaleza. ¿No es así?

Sí, sí que lo sabemos. El matrimonio tiene grados. El sentimiento tiene grados. Hay sentimientos que son tiernos, reconfortantes, que portan. Un ser

humano que da golpes y patadas, y que gruñe y lloriquea y que hace todo; señor, ¿cómo vas a poder amar esa vida? Eso quiere decir, ¿verdad?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Claro, señor, entonces uno se parte el cuello espiritual. Y ahora también es verdaderamente humano. ¿No le parece? Porque así es como quiere resaltar lo divino, lo espacial, de cara a lo humano, y entonces verá usted aquello que es suyo y aquello que pertenece a la creación. ¿Ha quedado claro?

(Un señor en la sala dice algo inaudible).

Gracias.

¿Quién de ustedes?

¿Y por qué y para qué, señora, vamos a rezar? ¿Que esa madre o ese hombre va a deformar el carácter de ella? Vaya; por Dios, empiecen a sentir cariño y cariño y cariño, entonces tendremos la vida... Sí, gente, si de verdad tienes cariño, sus vidas también empezarán a ampliarse dando a luz y creando.

Y él dijo esto y ella le dijo aquello. Allí tú, una broma, una ruina. Vayawrbaya. Escuchen. ¿Qué piensan... cómo piensan, luego detrás del ataúd —les digo: ¡aquí está la eternidad!—, cómo piensan imaginarse allí esas cosas? ¿Como aquí?

(Señor en la sala):

—Como es uno mismo, allí tendrá que seguir, en su propio estado...

—¿Y a dónde iremos a parar entonces, señor Berends? ¿A dónde iremos a parar entonces? ¿Dónde volveremos a vernos?

(Señor en la sala):

—Pues, creo que no nos volveremos a ver para nada. Por el momento seguramente que tendremos que ser totalmente para nosotros, y estar alrededor de ellos en el frío...

—Usted al menos sigue siendo honesto a partir de esa esencia, gracias.

Sí, él irá, ella irá. Ah, sí: “Ya te veré luego”. Señor, solo podrán verse, señora, cuando alberguen en todas esas fuentes la justicia y el amor de las leyes divinas, y para ellas.

Un amigo mío, que mucho me ama aquí, también tiene que poder profesar ese amor. No me gusta un único amor. No puedo vivir de un ser humano que no ame más que a un solo ser humano. Allí me asfixio. ¿Usted no? Eso se convierte en un amor poco variado, aislado, señor, Dios ya no lo tiene, ya no lo tiene con ningún espacio, con ninguna naturaleza... Son de esas personas que solo se aman a sí mismas.

Sí, siempre añadido: “No voy a aguantar la vida”.

Yo he aprendido, señor, usted todavía no.

Hay personas que se ponen de los nervios por otros seres humanos. Sí, si hace falta. Si hace falta cien mil veces, señor. Precisamente cuando hay que

enmendar, señor, hay que tener cuidado, porque sigo habiendo hecho el mal. Y más tarde aprendí. Y entonces supe que no tenía que hacerlo. ¿Cómo nos hacemos sabios? No: ¿cuándo nos hacemos conscientes para la sociedad, y eso directamente según el espíritu? ¿Y entonces paternidad, maternidad, Cristo, Dios, el Gólgota, Getsemaní? Ya llevamos hablando aquí desde hace siete años, de Getsemaní, y ¿esa gente quiere experimentarlo? ¿Y qué sacan de allí?

“Ah, esa santidad, ¡menuda mañana, menuda mañana, qué maestros!”.

Santo cielo, ¿le sirve de algo al maestro que solo te lleves aquella lucecita de ese Getsemaní y que el resto lo tires por la borda?

Dios mío, me gustaría tener el libro ya. Cuando luego lo tengan, léanlo pronto, así al menos podré empezar una lucha verdaderamente humana, solo entonces serán felices, cuando se atrevan a agarrar al toro por los cuernos dentro de ustedes mismos. ¿Es así? Entonces la gente dirá: “Bueno, es difícil”. Es difícil, a eso lo llaman “difícil”. Dios mío, ¿es difícil morir de hambre? ¿Tan mal la pasaron durante la guerra? Entonces era posible comprar al ser humano por una papa (patata). Sí, mujeres y hombres. Sí, y todavía, si añades cinco florines. La guerra y las desgracias fueron el tiempo más maravilloso, hermoso de mi vida, porque entonces la gente me seguía como corderitos. Y ahora dicen: “Los drudels”. Ya habíamos tenido aquí cientos de miles de personas, señor, cuando venían, pero se me iban. Porque “es tan difícil”. Difícil. Luego me dirán ustedes: “Mejor habernos matado a palos, Jozef Rulof. Porque qué feliz soy de haberme quedado escuchando. Eso ya no me lo quita nadie, lo que tengo ahora”. Si no empiezan con ello, es cosa de ustedes.

Pero ¿cuándo tenemos que rezar, señora, cuándo tenemos que rezar? Ahora mejor recen por la felicidad espiritual. Bueno, bueno, bueno, vayan por la noche, tan a gusto, o luego, ahora usted tiene cuarenta y cuatro años, ¿verdad?

(La señora dice algo inaudible).

Digamos ciento tres.

(La señora dice algo inaudible).

Bueno, pues un poco menos, no importa. Ciento tres. Métase en el sobre, señora, tan a gusto, a disfrutar, boca arriba, tápese bien, y entonces póngase a pensar un poco en Nuestro Señor, en su Dios.

¿No se hace eso? ¿Por qué no?

(La señora dice algo inaudible).

No, solo es un ejemplo. Yo lo hago así, señora. Ya no voy a ponerme más de rodillas.

(Señora en la sala):

—No, yo tampoco. Pero entonces lo que pides es apoyo.

Pero ¿quién quiere usted que se lo dé?

(Señora en la sala):

—Dios.

—Y ¿qué le va a pedir entonces?

(Señora en la sala):

—Fuerza, para la vida de mi hija.

—Fuerza. Esa fuerza, ¿para qué va usted a...? ¿Qué fuerza? ¿Cómo... cómo tiene que ser esa fuerza? ¿Para qué quiere usar esa fuerza?

(Señora en la sala):

—Pues, para ser buena, para hacer el bien...

—Sí, señora, pero no hace falta que lo pida, si lo hace, ya lo será. Entonces no hace falta esa fuerza de Dios. Si usted se dice con resolución: “Quiero hacer el bien”, no es necesario que la ayude Dios, ¿no? Porque entonces esa fuerza ya está activa. De lo contrario, esa fuerza tendría que llegarle desde el espacio.

(Señora en la sala):

—Pero te acompañan los espíritus protectores, ¿no? ¿Es que se les puede pedir algo?

—¿Los espíritus protectores?

(Señora en la sala):

—Sí.

—¿Quiénes son?

(Señora en la sala):

—Sí, ¿quiénes son?

—Ángeles de la guarda...

(Señora en la sala):

—Ángeles.

—Con... con... con... alitas. Señora, un ángel protector no es capaz de darle nada al ser humano si el propio ser humano no se ocupa de conocer la confianza en sí mismo.

Yo antes también rezaba al ángel protector, y cuando lo vi, dijo: “Sí, pero no es conmigo con quien tienes que hablar”.

Digo: “Pero, eres tú, ¿no?”.

“Sí, Jeus”, dice, “sí que soy, pero ese ángel protector está en ti mismo. Tienes que despertarlo”.

Porque Dios vive dentro del ser humano. Dios, con Sus leyes y fuerzas todopoderosas, vive dentro de nosotros, señora. Es que eso primero lo tiene que despertar con su voluntad, y entonces un ángel protector solo le podrá decir... imaginemos que tengo uno de esos a medias: “Señora, primero tiene que soltar aquello dentro de usted misma haciendo el bien, siendo amable, cordial, haga su vida”. Y cuando alguien le pregunte algo, le responderá educadamente, ¿verdad? Trabajaré usted hasta reventar. En primer lugar usted no es vaga, no es usted comodona, porque trabaja, aunque tenga usted ochenta o noventa años, trabaja desde la noche hasta la mañana, aunque se desplome, primero tendrá que consumir sus fuerzas divinas y humanas, porque para

eso las ha recibido el ser humano. Y entonces ese ángel de la guarda dirá por dentro: “Así va bien”.

Pero hay algo, y eso también es de Dios, es algo que todavía vive inconscientemente, pero por la voluntad fanática de usted para ser fuerte, ha hecho usted que hoy su chispa divina llegue a despertar para esto, y así es como Dios le habla a usted. Si no conoce ahora ese camino y se va a un ángel de la guarda, como dicen los espiritistas: “Mi ángel de la guarda, mi líder espiritual dice esto y lo otro”. Más no puede hacer, porque si de verdad fuera una persona espiritual y espacialmente consciente, diría: “Desciende en ti misma y despierta eso”. Porque no te regalarán nada.

(Señora en la sala):

—¿Y si quieres rezar por otra personas para que mejore...

—Claro, claro, claro.

(Señora en la sala):

—¿Entonces una misma...?

—Señora, le ofreceré una imagen. Rezar para otra persona para que mejore no le servirá a usted si ese hombre, ese sentimiento, no comienza él mismo con ello. Aquí hay hombres que son increpados por la familia entera, es católico, y dicen: “¡Hereje! Y ese tipo, ese hombre a donde vas, a ese habría que encerrarlo”.

Y él dice: “Voy a ir de todas formas. Aunque recen hasta que el diablo lo destroce”. Pero a ese hombre ya no se le puede destrozar.

(Señora en la sala):

—Se trata de mi hija...

—Señora, aquí hay gente, le ofrezco una imagen, aquí hay gente a la que le gustaría arrastrar hasta aquí al hombre, y el hombre a la mujer, y a la familia, porque entonces habrá felicidad, porque tienen el sentimiento. Y otro dirá: “Largo de aquí con esa porquería”. Y allí están luego. Alguna que otra vez se consigue. Pero entonces sale a la luz algo muy diferente.

Aquí hay gente que lucha por tener conciencia. Una mujer es el ser más poderoso para el espacio, y si el hombre no lo quiere, y la mujer sí, por ejemplo, entonces ese hombre también está en la sociedad y es más pobre que una rata, y así ya no puede experimentar el placer y el sentimiento espirituales ni la felicidad espacial de esta personalidad como madre. Y entonces nos vamos al señor Berends, y eso es lo que quería decir; es cuando recibes una bofetada en plena cara. ¿Entiende?

¿Y ahora se quiere poner usted a rezar por un ser humano, y cambiarle las ideas para bien? Señora, eso no funciona, y es imposible.

Mussolini se fue a Abisinia (Etiopía). Y cien millones de católicos y protestantes y protestantes reformistas, y todo ser humano biempensante, dijo: “Musos, ¡no vayas!”. Se le dijo amistosamente, porque eso ni siquiera existía.

No dijo “Mussolini”, sino “Muso”.

¡Pero allí fue! Y todos esos rezos... las iglesias estaban abarrotadas, y Muso que pensó, Mussolini pensó: “Bueno, mejor déjalo, puntu del ance del anco”, y allí fue.

(Risas).

Y eso en 's-Heerenberg lo decimos así: “Que te den los drudels”. También sé italiano, el problema es que lo entiendas.

(Risas).

Señora, se fue a Abisinia. Pero como se dice en ‘Los pueblos de la tierra’, vuelve a perderlo; porque de haber podido hacerlo antes, lo habría conservado cincuenta, cien años.

Antes íbamos a Indonesia, señora, hace trescientos años, Jan de Wit, y Jan Pieterszoon Coen, ¿cómo se llamaba ese muchacho? Piet Hein también estaba, creo. Y Hendrik de Groot y Jan de Visser.

(Risas).

Y también hubo un tal Herman de Koster. Y allí, señora, allí hemos llevado cultura, señora. Hemos incendiado kampongs (pueblos) porque no querían. Y después nos echaron a patadas.

(Risas).

Y todavía íbamos a llevar allí millones de soldador para salvarlo, pero tuvimos que traerlos de vuelta a casa, qué bien. Y ahora seguimos teniendo un montón de canadienses... ¿Cómo se llaman? Ahora están haciendo chapuzas allí, durante cinco meses, con esos pobres diablos que han luchado por la corona y la patria. Ay, ay, ay, esa política de ustedes me pone mal. Digo: “Para ya, fuera de mi espacio, Willem”. Sí, se lo digo a Willem, el de la panadería.

(Risas).

“Para tatuar a esas pobres almas de allí”. ¿No? ¿Cómo se llaman? ¿Albaneses?

(Gente en la sala):

—Amboneses.

—¿Cómo? ¿A ver?

(Gente en la sala):

—Amboneses.

—Ah, sí, amboneses. ¿No es triste eso? Esas criaturas tienen una fe como una roca en Su Majestad. Lo leí anoche en el periódico. Nuestra reina Juliana —un encanto— se fue a Winterrust; resulta que hay una niña pequeña que era de esa gente y la da flores. Pienso: ‘¿No se te cae el alma a los pies ahora?’. Pero, Dios mío, Dios mío, ¿es esto justicia? ¿Sí o no? Y entonces... Pues no sé lo que hizo ella.

Pero, Dios mío, yo les habría mandado hacer un viaje alrededor del mundo, para enmendarlo, porque la quieren, reina. Y aquí los machacan en una

plantación. Y si dicen algo, encima hay bronca y los masacran. Bonito país, bonito pueblo, ¿verdad? Bonita justicia. Señor y señora, ¿quieren rezar por eso? Si a esa gente maldita... Esa gente también tiene una fe, en primer lugar ya creen en la justicia material, social, y se llevan un chasco. Y entonces, ay, ay, ay, ¿qué ve usted de la vida? Rezar para que se le permita a uno volver a casa. Aquí padecen frío y pobreza, y dejaron la piel por la corona y la patria, y ahora les toman el pelo. No lo saben. Todo ese tejemaneje. Por ese tejemaneje quisieron morir. Murieron bastantes, señora.

Fuimos a Indonesia, señora, para llevar la felicidad y el bienestar. Y la gente rezó, porque dimos color a los estandartes mediante la autoridad y la ayuda de Dios, y las condecoraciones allí están colgadas. Sí, esos trocitos de hojalata.

¿Entienden? ¿También rezan por eso?

“Basta con hacerte general para ser un matón”. Se lo dije a un almirante en mi casa. Digo: “Señor, aquí no es usted general”.

Una vez tuve a un sargento holandés en mi casa, a un sargento, el comandante supremo. Digo: “Aquí en mi casa ni palabra sobre soldados, o lo arrojé por las escaleras”.

Dice: “Es que para eso no he venido”.

Digo: “¿Entonces para qué?”. Digo: “Quítese entonces esas condecoraciones de pacotilla del abrigo”. Digo: “Ahora no podemos ponernos a hablar de la Universidad de Cristo”, digo: “porque llevas puñales en el bolsillo”.

Y me dice: “La próxima vez vendré de paisano, señor Rulof”.

Digo: “Gracias”.

Y el que se va. Pues dos meses después vino de paisano. Digo: “Hola, colega”. Vaya, que si lo hago en la calle me habría echado con la mirada. Pero él estaba buscando a Dios, también él quería rezar. Digo: “¿De verdad?”. Digo: “¿Todavía tengo que enseñarle a rezar”.

No se puede rezar por una niña, señora. No puede usted rezar por su hija ni por su padre ni por su madre si a ellos no les da la gana de ser buenos, porque todavía sean psicopáticos, inconscientes. Para eso hacen falta vidas. Y usted no puede rezar: “Dios, protégeme”, si usted misma no va por la vereda armoniosa.

Y empiecen algún día, ¿no? Puedo explicarle cien mil problemas si no tiene que rezar. Porque una oración no les ayudará si piden algo que usted misma es demasiado vaga de hacer despertar. Desde luego.

¿Tiene alguna cosa más?

¿Y qué es lo que quería someter a sus rezos, señora? ¿Que su hija tiene que ponerse sana, cuando tiene que morir? No funciona.

Me viene a ver una señora, tengo las pruebas. Digo: “Señora...”.

“Sí, he oído hablar de usted. Vengo por mi hija”. Una niña de siete. Entro.

El maestro Alcar dice: “Ya se ve”. Digo: “Señora, va a morir gloriosamente”. Pienso: ‘¿Cómo conseguir serenar a esta gente’. Hu, hu, hu, hu. Pienso: ‘Vaya, vaya, vaya, ¿dónde me habré metido ahora? No me queda más remedio que contarles la verdad, digo: “La cría se va a morir gloriosamente’. Digo: “Pero no hay muerte, señora”. Digo: “Porque la criatura se marchará y se irá al mundo de lo inconsciente, volverá a nacer, luego quizá. Pero esta criatura irá a la eternidad y allí seguirá hasta la séptima esfera, y después más y más hasta Dios”.

“Ya, pero pierdo a mi hija”.

Y rezando y rezando. Después a la iglesia, velas y todo, y después esto. Pero la cría se fue. Y allí se quedó la madre.

Señora, si no puede usted aceptar las leyes de las que estamos hablando aquí, que su hija tiene que morir, señora, no podrá rezar por nada, porque el ser humano no conoce a Dios, ni su oración, ni a Cristo, ni la vida, ni la muerte, ni el espíritu, ni el alma. El ser humano es un psicópata en el espacio de Dios.

Sí, y ahora estoy acatarrado y todo, y me pongo como un energúmeno. Y esta tarde estaba rezando, digo: “Por favor, dame la fuerza de mi voz”. Digo: “¿Qué? Bueno, entonces haré que sea una voz rota. Pero lo que es hablar, hablaré”. Y para eso no me hace falta rezarle a Nuestro Señor.

Una vez fui a Diligencia, ya no tenía voz para nada, y me las arreglé en un pispás. Y entonces el maestro Zelanus dijo: “Bueno, puedo hacerlo una vez, no siempre, pero ya lo eludiré”. Y entonces apareció una voz de barítono. Y cuando volví a bajar del escenario... digo al señor... Dice: “Sí, yo también me estoy volviendo loco, porque ya no reconozco su voz”.

Digo: “Yo tampoco”. Digo: “Pero, ¿qué ocurría?”.

Dice: “Un barítono, oígalo usted mismo”.

Digo: “Surgió de alguna parte”. Digo: “Fue Dios”.

Y entonces lo dije allí de tal forma que alguien lo oyera. Y dice: “Ja, ja, ja, ja. ¿Lo ves? Ja, ja, ja”.

(Risas).

Digo: “Esta mañana ha hablado aquí Dios, porque me he quedado sin voz”.

Digo: “A ver, vete detrás de esa”.

“Pues”, dice, “rarísimo”.

Pero es que me había quedado sin voz, señora. Y tampoco me habría hecho falta rezar. Una mañana estaba en la cama, señora...

¿Para qué quiere rezar? Ja, ja, ja, permítanme que me ría de sus susurros. Cierto, soy severo y duro, señora, pero para sus susurros hago... allí le ofrezco volar un ratito por el espacio. Al enseñarle a pensar de otra manera pongo en

sus manos un cordelito, que la conecta con billetes de diez florines y con pequeñas águilas doradas. Y entonces, claro, verá dinero en el bosque, como yo.

Estaba en la cama con lumbago. ¿Sabe usted lo que es eso? Entonces es imposible hacer aquello. Y el maestro Zelanus dice: “¿Quieres, André?”.

Digo: “Sí”.

Dice: “Entonces vamos a ponernos a hablar esta mañana”.

Digo: “Sí”, digo: “pero entonces tú tendrás que sacarme de la cama”.

Dice: “Bien, ya lo haré”. Dice: “A ver, dame un diez por ciento”.

Digo: “Ya no tengo nada. No es posible”, digo: “porque allí hay un músculo, no es posible así como así”. Hay cosas que me obligan a obedecer a mí también, ¿verdad? A veces ocurre. Y entonces ocurrió algo.

Algunas veces también me he desmaterializado, señora, entonces me quedé tirado debajo del tranvía, la línea 3, en la calle Laan van Meerdervoort, y atravesé el conductor, la electricidad, la gente, di un bandazo hasta el otro lado, sin más, y llamé a la puerta, y entonces la gente dijo: “Tú lo que eres es un fantasma”. Digo: “Sí, señora”, digo: “tiene un poco esa pinta, porque lo fui yo, en efecto. Pero ahora vuelvo a estar en mi caja torácica”. Y digo: “Señor, ¿tan grave estoy?”.

Dice: “Míralo tú mismo”.

Señora, parecía un cadáver, porque me había desmaterializado.

Pero aquella mañana con Diligentia... rezar por el lumbago. Y cuánta gente no hay que no asiste a misa cuando tienen una cosita en las espaldas, en la cabeza, a escondidas, ya sabe. Ejem, y diez florines para un pobre, eso ayuda aún más.

Le dije a Crisje: “¿Qué haces rezando siempre?”.

“Bueno”, dice: “es que le he dado a ese pobre cinco florines”.

Digo: “Bien, entonces la creo, eso de rezar de todas formas no sirve”.

Pero en La Haya nos fue sorprendentemente bien, déjeme que empiece por allí. Si Crisje no hubiera rezado tanto, señora, no me encontraría aquí (Risas).

De veras. Y si mamá no hubiera hecho eso, señora, tengo que confesarlo honestamente, no lo habría tenido ahora, vaya, y ahora sí que lo tengo. Digo: “Mamá, mamá, si no hubiera rezado usted tan bien por nosotros, ¿qué habría sido de mí y de Bernard y de Johan? Nada, nada, nada de nada”.

(Señora en la sala):

—¿Lo dice en serio?

(Risas).

—Señora, me levanté de la cama, le di al señor... al maestro Zelanus, al señor Zelanus le di tanto sentimiento...

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

Me quedan dos minutos, ¿verdad?

... me agarró y me vestí... Qué manera de prepararse... Cierto, esa mañana tenía un aspecto un poco descuidado, pero me fui así, sin más, bajando por las escaleras, a Diligencia. Me sacaron a rastras del coche, gimiendo, iba andando así, ya saben, igual que una bailarina, agarrada por delante. Di unos pasitos extra para llegar a los camerinos. Y cuando empezó a sonar el Panis Angelicus, el maestro Zelanus dijo: “Vamos, levántate. A ver, ponte en jarras, André”.

Digo: “Bien”.

Dice: “Ahora te voy a adoptar”, y se fue, se subió al escenario y tenía un barítono.

(Señora en la sala):

—Pero entonces recibió además una fuerza del maestro, ¿no?

—Sí, señora, pero ¿por medio de qué? Por las leyes ocultas. Por embargarse el organismo. Por la doctrina metafísica, para la que exprimí a fondo mi sangre y a la que di todo. Y entonces me adoptó. Así que era posible hablar por medio del trance, señora, o no podría haber dicho allí ni una palabra. Y para eso no hacía falta Dios, ni Cristo, porque era una cosa entre los maestros y yo, entre el maestro Alcar y el maestro Zelanus. Y la gente, cuando terminó la conferencia... “Fue impresionante”, dijeron. Y cuando bajé del escenario y volví en mí, Jeus de la madre Crisje volvió a derrumbarse como si nada, ya no me quedaba ni una gota de fuerza.

Señoras y señores, recen, allá ustedes, pero pregúntense primero dónde quieren empezar.

Hasta la semana que viene.

Señora, ¿otra nohecita como esta?

(Señora en la sala):

—Se lo agradezco.

—Y yo a usted.

(Suenan aplausos).

Noche del jueves 25 de septiembre de 1952

—Buenas noches, señoras y señores.

(Gente en la sala):

—Buenas noches.

—Ahora se lo puedo asegurar: el domingo por mañana tendrán 'Jeus III'. Traiganse su banco porque tenemos suficientes en Diligentia. 'Jeus de madre Crisje III' saldrá el domingo por la mañana en Diligentia. Dicho de otro modo: pueden volver a arrancar. En Ámsterdam ya lo han terminado de leer, allí ya han hecho las primeras preguntas. No es cuestión de ingratitud hacia La Haya, pero así salieron las cosas, eh, así es como fue.

Aquí tengo la primera pregunta: "Señor Rulof, ¿podría contestarme las siguientes preguntas? En uno de sus primeros libros hay imágenes de cuadros con la firma 'Maestro Alcar'. ¿No los pintó Anthony van Dyck?"

¿De quién es eso?

(Nadie dice nada).

¿De quién?

Señora, el maestro Alcar nunca ha pintado. Pero bajo su dirección, bajo su control, aparecieron otros pintores. Así es. Bueno, en casa tengo algunos que por su sentimiento y arte sí que... En los platillos. Tengo van dycks auténticos. No las obras que hizo aquí en vida, sino trabajos que son todos simbólicos y representaciones, increíblemente buenos y bellos.

"Durante su conferencia anterior nos hizo ver que no sirve de nada rezar". Tampoco es que dijera eso. ¿Dije eso? Mire, eso, a su vez, es demasiado duro. "En uno de sus libros escribe usted que alguna que otra vez una oración llega al mentor. También su Crisje había hecho dieciséis veces el viacrucis y recibió respuesta por una visión. Así que aquí la oración ofreció una salida".

Señora, puede rezar todos los días. En los primeros libros de 'Una mirada en el más allá' los maestros nos adentramos en la oración, que lo es todo para el ser humano. En los primeros años rezaba hasta que me crujían las costillas. No se lo creen. Pero casi estallaba de tanta tensión, y solo por rezar y rezar y rezar y rezar. Solo pedía sabiduría, fuerza y amor. Y todo eso me fue dado. Más tarde vi que era yo mismo. Cuando tuvimos que empezar con la cosmología —los datos sociales terrenales como el pensamiento, Dios, Cristo y todo, fundamentados por los libros que vivíamos, los infiernos, los cielos— llegamos a tener el pensamiento cósmico. Y desde ese momento, señora, ya no he vuelto a rezar jamás. Nunca más. Ni falta que me hace. Yo sé, yo he visto, por los viajes que se me concedieron hacer: los cielos, los infiernos, los planetas. Ya no hay grado ni ley en el espacio que no hayamos vivido. Quizá

eso le parezca una locura soberbia, pero nosotros tenemos los libros, se lo pueden demostrar. Cuando uno conoce todo eso, empieza a conocer la vida y la muerte. Empieza a comprender su vida en la tierra, su voluntad, su sentimiento. Porque cuando usted quiere rezar, señora, gente, tienen que estar seguros de que ustedes mismos, para la oración, recurren al cien por cien de sus sentimientos para aquello por lo que rezan.

Quiero amor, dice el ser humano. El ser humano reza por amor. ¿Quién no?

Anda por allí una chica... o un chico, pues si ese chico es muy creyente, y sensible, él también, como católico, como protestante, se pondrá a rezar, a escondidas. Un salvaje que busque no reza, sino que dice: "Lo busco". Se va a un club de fútbol, o se mete en uno de balón canasta, y elige a uno. Se divierte, y ya es así. Pero hay gente que lo entrega a Dios, y a rezar y rezar y rezar. Pues bien, también es posible que la criatura ya... y entonces es una oración, que habrá sido oída, por el pensamiento y sentimiento de ella, porque ella se sintoniza con el amor, o sea que envía algo al espacio que capta su sentimiento —y es, irrefutablemente, una ley divina, espacial, espiritual—, que capta la vida con idéntica sintonización.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

Aquí quedan asientos, señor.

... con idéntica sintonización.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

—Señora, allí estarán muy a gusto juntos, así...

(Señora en la sala):

—Siempre nos sentamos juntos.

—Ya lo ve, señora. Debería haber oído de qué hablábamos. Ya ve, allí está la fuerza, la telepatía, el ser uno. "Siempre estamos juntos". Claro. En los cielos tampoco nos soltamos jamás las manos. Pero aquí dicen a veces: "Ahora vete a tomar viento". A la holandesa, de la forma más deliciosa, más hermosa, si le añades algo cariñoso.

Señora, la oración va hasta el infinito si quiere usted vivirla. La semana pasada ya estábamos con ello, cuando dije: "Sintonice con esa oración". Métase. Hay millones de problemas, y entonces recibía tres, cuatro... y el resto está sentado allí, escucha, espera. ¿Es que nunca jamás ha estado pasándolo mal, cuando el ser humano ya no sabe que uno va hacia arriba y: 'Dios esto'? Ahora vamos a comenzar, es un libro así de gordo con solo analizar la oración. Si usted a la iglesia católica o al protestantismo, al pensamiento dogmático... entonces debería escuchar, señora, señor, para qué de cosas no se le invoca a ese Dios. "Dame la fuerza sagrada para cumplir bien esa tarea". Bah, señor, esfuércese usted y así ya no lo tendrá que hacer Dios. O sea: hágalo.

Alguien dijo: "Si supiera usted quién soy". Digo: "Señora, señor, demuéstre-

lo y así lo sabré”. Y el espacio lo sabe y todo el mundo, lo único que importa es que se deje ver por ese amor. Pero nos entra la locura soberbia, ¿entiende?, no conocemos a Dios, ni el mundo, ni la maternidad, ni la paternidad, ni la vida y muerte, ni la reencarnación, ni los cielos, ni el espacio, ni siquiera sabemos nada de nosotros mismos, ni de su amor, ¿entonces para qué vamos a rezar? Bien, pues ¿para qué quiere rezar entonces? ¿Que le den una paliza aquí en la vida?

El ser humano, el hombre, la mujer, recibe una paliza, por el matrimonio, se le engaña, se le pesa y se le considera demasiado liviano, ¿y cuántas más cosas no hay de esas? Y luego resulta que lo ha hecho Dios. O quien sea un poco espacioso dice: “No, es cosa mía”. Estos son los pensamientos que les hacen tener sentimientos universales, y cuanto más elevados sean, más profundamente perforarán las leyes de Dios, más claro será su pensamiento.

¿Y qué quieres saber exactamente de todo esto, señora? Me gusta tratarlo a fondo cuando se trata de oraciones. Mi Crisje hizo dieciséis veces el viacrucis, porque eso lo sabemos, iba a rezar día y noche. Cada mañana comulgaba. El cura decía: “Crisje, ya no hace falta, si es que tú no tienes nada que confesar”. Ya, y entonces ¿qué? Dice: “He hecho cosas equi...”. Es que lo hemos vivido. “He hecho cosas equivocadas, cosas equivocadas. A esa mujer le di dos florines y cincuenta céntimos”, eso lo leyeron ustedes en ‘Jeus II’, en ‘Jeus I’, “y se lo va a gastar en priva. No lo sé. No debería decir que es así. ¿Lo sabe usted? He pensado cosas equivocadas sobre la gente, señor cura, eso lo tendré que confesar, ¿no?”. Esa es la palabra, el sentimiento para Dios, para el espacio.

Si somos así, si esos ejemplos ya los llegamos a despertar dentro de nosotros, señoras y señores, entonces para eso ya no necesitaremos ningún cura ni ningún cardenal, ningún papa ni ningún Dios, porque el ser humano sintonizará con el pensamiento armonioso, querrá ser bueno, y así ese pensamiento será la oración. No obstante, una oración tiene personalidad. Se puede elevar, se puede elevar un pensamiento, y entonces son espacialmente armoniosos, pero también hay quienes quieren saber como sea, para algo, en alguna parte, que pidan algo en algún lugar, y entonces quieren que haya un cambio en eso. Alguien dice: “Sí, además, veo a mi hija allí, y en realidad es malísima, es una pena que lo tenga que decir yo, y dura y loca y salvaje, no hace más que pegar y patear, y llevo años rezando, pero es que esto no cambia nada”.

Señora, puede matarse a rezar, no le servirá. Se reza, se reza, se reza, se reza. Yo estuve, por aquel entonces cuando sanaba a la gente, estuve ante los moribundos: se reza, se reza, se reza, se reza. El señor cura que viene un momento, ella dudó un poco, alguien apareció: “A ver, que alguien llame a ese hombre. Da igual!”.

Claro, entonces lo que se decía era que si te había mordido el diablo o Cristo, pero sigue siendo lo mismo; porque se trata de la sanación de su marido, se trata del amor. Bueno, entonces aparecí yo. Digo: “Señora, no hay nada que hacer. Su marido se va a morir. Pero la muerte no existe”.

“¿Eh? ¿Cómo dice?”

“No, no existe la muerte. Su marido no está muerto. Su marido no se morirá”.

“Ay, Dios”.

“Bueno, aquí sí que morirá. Sí que ocurrirá que lo que usted ama, y aquello por dentro que usted desconoce y por lo que reza y para lo que ahora, bien es cierto, se encienden velas, eso saldrá, y esto se quedará aquí, eso morirá, pero el resto no. Esa vida interior, que es Dios, eso no muere. Es sintonización espacial”. Claro, entonces ya me echaron de casa, ¿entiende?

Allí te quedas con tu sabiduría y nadie quiere saber nada de ella.

Mire, señora, ahora no voy a tratar demasiado a fondo lo de mi madre, pero ella era... a eso se daba en cuerpo y alma. Y entonces se puede vivir un oración, es cuando esta entra en armonía con aquello por lo que uno reza. Y si además es karma, causa y efecto —prepárese— entonces sentirá usted de inmediato, sentirá automáticamente, atraerá esa personalidad hacia usted. Y entonces El Largo dijo a Crisje: “Y ahora ya puede venir Wageman”, el barón de Casadiós, así lo llamaban allí, “ya puede venir”. El Largo enterró su ataúd de nada. Debería usted volver a leer ese libro algún día. Hay gente... Porque allí el maestro Zelanus empieza de esa manera tan fantásticamente buena, y luego saca de la chistera una sabiduría, ante nuestros ojos, ante el corazón, ante su vida y alma, y se pone a decir: “Ay, Crisje, debería usted venir alguna vez a La Haya, lo que allí se dice, en la ciudad, allí la gente se divorcia a cada instante. Y allí”, escuchen, “allí el ser humano se vende cada segundo, Crisje. Allí puedes comprar al ser humano por una bonita bicicleta, por una tienda de comestibles de poca monta”.

El ser humano, ¿tiene que ponerse a trabajar para otros? Aquí hay un padre, aquí tenemos gente, un hombre, por ejemplo, que dice: “Dios, Dios, Dios, si vuelvo a casarme tendré que tener una de Jozef Rulof”. Digo: “Uy, pues entonces la que te espera”.

(Risas).

Resulta que hay mujeres que quieren... Ya me cuidaré muy mucho, porque no voy a juntar a personas. Pero, ay, ay, cómo podría oír esa oración, y cuánta felicidad podría darle a esa gente. Allí hay un hombre con dos, tres hijos, su mujer murió, hay por aquí de esas almas caritativas sorprendentes, que no quieren más que hacer el bien, solo eso; pero a ver quién las pone ante los hechos con ese hogar doméstico. Reciben un marido que parece un apóstol, pero miren por dónde que no les voy a decir quién es, porque si no quizá

hasta se lanzan. Y entonces buscan su felicidad allí. “Que me voy a poner a trabajar, que me voy a poner a servir”, y entonces quieren tener un marido, quieren tener amor, “que no hago más que dar vueltas y no tengo nada que hacer, y rezo por tener algún día un amigo y un compañero”.

Señora, yo podía montarlo sin problema alguno, y tenías lo más sagrado del mundo, pero de verdad que me cuidaré muy mucho. Claro, si pasa algo, me lanzan un porrazo a la cabeza. “Ella lleva persiguiéndome toda la vida”, dice Buziau.

Pero, bueno, si se sintoniza, sí, señora, con la oración, y quiere vivir algo que toque su vida interior, entonces estará sintonizándose con la voluntad más elevada, el pensamiento más elevado, el sentimiento más elevado. Y si se trata de asuntos divinos, para los que ahora está en armonía, o sea, no causa y efecto, por dentro... Quiere tener usted un bebé, u otra cosa, y resulta que no es posible —de modo que está rezando para nada, porque no puede ser, hay trastornos en su personalidad, tiene que ver con la reencarnación, puede ponerse a rezar mil años—, primero se tienen que disolver esas causas y efectos, esas leyes del karma, y entonces su oración llegará a tener fuerza y es cuando esta será oída.

Hemos tenido aquí noches gloriosas. Cómo nos hemos reído. Sobre todo las mujeres se reían, y es que entonces estaban hablando del amor. Dijo Fredrik in ‘Las máscaras y los seres humanos’: “Sí”, dice, “ahora lo sé”. Y es cierto. “El ser humano lo que hace es rezar por el amor”. No se compliquen las cosas demasiado, son sus propios sentimientos, por allí van los tiros.

Dice: “Entonces salí, con un pan de doce céntimos bajo el brazo para dar de comer a las palomas. Dos días después la tenía a mi vera”.

“¿A usted también le gustan tanto las palomas?”.

Digo: “Sí, señora. ¿A usted también?”.

“Sí”.

“Son tan hermosas”.

Pues, miren, al día siguiente me invitó a su casa a tomar un café. Me dio café.

Y después fuimos a ver una peli. Y fuimos a echar unas cartas, o La Mona. Da igual cómo se llame. A jugar a las damas. Al teatro. Y el noviazgo ya estaba a la vuelta de la esquina. Todo es muy sencillo. Cuesta un pan, cuesta doce céntimos. Pero la gente se complica la vida.

(Una señora se ríe).

Pero ¿de qué se ríe usted? No cuesta más que doce céntimos, un pan viejo. Puede conseguirse por ocho céntimos, un saco lleno. Pero ahora el conocimiento de ir tirándolo por allí, señora.

(Risas).

El conocimiento de desmigajar una cosa de esas. Desmíguese a sí misma

hasta que no quede nada. Y arroje la paja después de separarla del grano. Y será usted felicidad, vida e irradiación, amor. Miren esos morritos.

Señora, ¿deseaba algo más?

¿Ya no hay nada más?

¿Ninguna pregunta más sobre esto?

¿Saben ahora todos cómo hay que rezar? Señora, así han surgido neumonías.

Papé dijo: “¡A rezar!”.

Y mamá dijo: “Pero, marido, hace demasiado frío, se resfriarán los niños”.

“No”, dice él, “Dios guardará mis hijos”.

Y dos días después ambos estaban ingresados. Entonces miró por la mañana hacia arriba, así. Igual que el médico, que el psicólogo, dice: “Otro psicópata en el mundo”. Pero ese mismo padre ya nunca más pudo creer en Dios debido a que los niños tuvieron una neumonía por rezar. Puede entenderse. Ustedes se postran de rodillas por la noche, por la iglesia protestante y las criaturas de la corriente reformada. Y es bonito, si es que la estufa está encendida, porque a Nuestro Señor eso le deja indiferente. “En primer lugar, no hace falta que se congelen por mí”, dice Él. Porque la oración de todas formas adquirirá... No se trata de cosas materiales externas, se trata de su sentimiento. Y para eso necesitamos otro calor. Pero enséñenle eso a la criatura dogmática, entonces evitarán muchas enfermedades en el invierno. ¿Entienden?

Y si entonces tienen esos sentimientos espaciales, esa conciencia, ya entenderán que papá, mamá, y también el niño, y además los niños, empezarán a dilatarse. Empezarán a entenderse, la vida empezará a ser hermosa, porque los hijos dirán algo al padre, y mamá y papá habrán leído libros y podrán responderles: “Mejor no tengas miedo, porque el Padre, el Dios de todo lo que vive no condena”. Y ahora, hala, a rezar. Aquí abundan los que rezan todavía.

Aquí tenemos personas, señora, vienen aquí, y para que Dios al fin y al cabo sepa que sus intenciones son buenas, sí que van rápidamente por la mañana a misa, entonces esto vuelve a anularse. Y es bonito, porque la iglesia católica tiene un puñado de horas hermosas, unos cuantos minutos hermosos. Pero falta esa seguridad increíble, esa dilatación espiritual. Sin embargo, respeto más a estas personas que a las que ya hablan de la hoguera y que se suben a ella por estar rezando y por encantadores proverbios escritos sobre papel, y que sucumben por nada y cualquier cosa. Entonces yo prefiero un medio católico de esos y un instrumento de esos, medio místico y metafísico, como ser humano y criatura; estos, al menos, se quedan con la seguridad espiritual, bíblica, universal. Pero ¿cuándo está usted segura, señora, de que ya no le hace falta rezar?

A ver, escuchen... A ver, escuchen: hoy leí por casualidad el libro del capitán Lagaay (Pieter Lagaay, capitán en la Línea Holanda-Estados Unidos

en los años treinta y cuarenta del siglo pasado), le había reenviado aquellas caricaturas de 'Jeus III'. Y entonces dijo: "He terminado mi libro". Digo: "Pues voy a leérmelo". A ver, escuchen: un capitán de esos... merece la pena lo que cuenta esa hombre. Un capitán de primera a la hora de la verdad, señora, todos se ponen de rodillas, y a rezar. Y al final siempre vuelve a ser: Dios. Sí, Dios. Nosotros —Dios mío—, nosotros podemos dejar a esa gente en jaque mate con cien millones de pruebas, pero incluso ante eso se encogen de hombros, no han llegado todavía a ese punto. Pero cuando llega la hora de la verdad —pues deberían sentir ustedes el marino en el corazón de este hombre— son personitas insignificantes de nada. Y entonces ves y oyes y lees muchas cosas sobre las personalidades. Y cuando llega la hora de la verdad todos se reducen a nada, porque basta con que le arrase una sola tormentita, a un barquito de esos, y todos se ponen de rodillas. Y que "ay, ay, ay", y que "ojalá no pase nada".

Allí tenemos un hermoso... También lo comentaron en la radio, en la emisora VARA, aparece... Unos austríacos, un hombre y una mujer, habían escapado de los nazis; y en el barco, a tres días de distancia de Holanda, la criatura empieza a tener fiebre y se muere. Y resulta que esa gente queda destrozada, de forma impresionante.

¿Y nosotros? No quieres perder a tu marido, no quieres perder a tu hijo, no quieres perder tu amor. Claro, claro, cuando llega la hora de la verdad, si eres consciente porque conoces las leyes: "Oye, te envidio por que vayas. Déjame morir en tu lugar, te lo ruego". Aquí abunda la gente así, señora, hombres y mujeres, que quieren largarse, porque así tendrán "alitas". A ellas La Parca les importa un bledo, porque no existe; al contrario, dicen: "Es el propio Jozef Rulof", y este sigue hablando.

¿Algo más? ¿Quién quiere saber algo por dentro?

(Señor en la sala):

—Señor Rulof, hablaba usted hace unos momentos de un medio católico".

—Sí.

—Pues eso es lo que yo soy.

—Y yo también, señor.

(Señor en la sala):

—Sí, pero eso es porque el domingo también voy a misa con los chicos.

—Bien.

—Porque, y así se lo dije a mi mujer: "Hasta que Gerard vaya a la primaria lo acompañaré a misa. Y después paso".

—Pasa.

—Y me dice: "Todavía no ha llegado ese momento". Dice: "Porque yo rezaré".

—Ah, claro.

—Estamos hablando de rezar.

—Sí.

—Y yo he...

—Claro, ya estamos.

—Me encuentro a dos pasos de la iglesia.

—Bien.

—Por mí como si salta por los aires. Pero cuando Gerard haya crecido, ya no iré nunca más en mi vida. Nunca más.

—Bueno.

—Porque ahora veo en qué sociedad tan sucia, asquerosa, me encuentro.

—¿Por esto? ¿Eso lo ha aprendido aquí?

—Aquí mismo...

—Esa sabiduría, ¿la ha aprendido aquí?

—Desde luego.

—¿Cómo dice?

—En sus libros.

—Gracias. Así nos pasó a nosotros también, señor. Pero es muy bueno lo que está haciendo usted.

—Pero hace tres años empecé con sus libros, y entonces también empecé a mirar un poco los libros de la historia bíblica.

—Merece la pena.

—Estaba espiritualmente acabado... (inaudible). Y digo a la gente, sin más: “Señor, no le estoy hablando a usted, porque es un erudito y yo soy un tonto”. Así es, ¿no? No soy más que un tonto, ¿no?

—Todos lo somos, señor.

—Soy un obrero no cualificado.

—Lo que pasa es que no quieren darse por enterados.

—Soy un obrero no cualificado. Pero mi nuevo jefe, donde trabajo dos días, ese hombre quiere ver sangre. Digo: “Pero la mía no. La mía no”. Y ese hombre también es protestante, reza también. Digo...

—Pero ¿quiere ver sangre?

—Quiere ver sangre, señor.

—Vaya.

—Que me suba y baje por las escaleras treinta y cuatro veces con un cubo de agua. Digo: “Pero no la mía”.

—¿La sangre de usted?

—Soy un obrero no cualificado, pero ahora lo sé.

—Claro, cuando se mete usted en eso, señor, y si luego esta gente... va a misa, y a rezar, a rezar, a rezar, y chupan de las personas hasta dejarlas vacías. Es para ponerse malo cuando uno ve esos perifollos sociales, con sentimientos dogmáticos.

Pero lo que hace usted para su hijo es estupendo. Hasta el momento ofrece al niño... Usted, sin embargo, piensa de otra manera.

—Claro, es que de todas formas ya no soy capaz de empezar a santiguarme un poco, porque hoy entro a esa iglesia, y donde nosotros, en la iglesia católica, lo que haces es arrodillarte, a doblar las rodillas un poco, así, y te santiguas y te sientas. Pero, de verdad, al igual que estoy sentado aquí, y él lo sabe, no puedo, y la consagración... ya no puedo arrodillarme, de ninguna manera. Y cuando pasa el señor cura, y reparte por aquí y por allá tortazos a esos niños, y se pone, dos minutos más tarde: in nomino Pater et filius et spiritus sanctus.

—¿Cómo es eso?

(Risas).

¿Lo dice en latín?

—Y después decir: abracadabra, allí está metido Nuestro Señor. Eso cuéntaselo a otro, pero a mí no.

—Señor, mire, eso son, ciertamente, pensamientos que ya han sido vividos por millones de personas. Pero nosotros lo hacíamos de una forma mucho más sencilla, Bernard y yo. Ha leído usted el libro en el que Bernard me enseñaba 's-Heerenberg, ¿verdad? Dice: "Mira, y esa es la iglesia".

Digo: "Bernard, ¿y allí está Nuestro Señor?"

"Sí", dice, "allí dentro está".

"Pero ¿por qué la iglesia no está entonces siempre hasta arriba de gente?"

"Porque la gente todavía no se lo cree", dice Bernard. "Cuando hayamos crecido, también iremos con mamá a misa".

Pero entonces desafiamos a Nuestro Señor, ¿verdad? Y entonces fuimos: "¡Bah!". E hicimos así. Fuimos un rato a divertirnos dándonos empujones, no nos quitamos la gorra, así, a toda mecha, y pasamos por delante de la entrada. Zas. Sin quitarnos la gorra. Porque allí todo el mundo se la quitaba. Nosotros, no. Con la gorra puesta. No oímos nada. No. Tampoco nos cantaron las cuarenta. Nada, no pasó nada. Más tarde hicimos más cosas, señor. Ha leído usted la segunda parte de 'Jeus'? Fue una bonita pugna.

(Señor en la sala):

—Son maravillosos.

—Señor, si hace eso... Lo había acordado con mis compañeros, digo: "A ver, muérdela". Mordimos la sagrada hostia.

(Señor en la sala):

—Señor, no exclama "au", yo me comí seis, una tras otra.

(La gente se ríe con ganas).

—¿Y no le dio dolor de barriga?

(Señor en la sala):

—Fui monaguillo durante seis años.

—Señor, entonces yo, desde luego, no he vivido todavía nada en mis libros.

(Señor en la sala):

—Señor, durante seis años fui monaguillo. Y siempre quedan... sobran hostias. Y yo que pienso: ‘Debería probarlas alguna vez.

(Risas).

—Sí, señoras y señores, miren, la persona que haya venido aquí por primera vez pensará: ‘¿Se ríen de eso?’. Pero esta gente, señoras y señores, que se ríe de eso... Si todavía no son capaces de eso, dirán ustedes: “Menuda panda de blasfemos estos de aquí”. Pero toda esa gente se ríe porque conocen las tonterías, porque han leído los libros y lo saben ellos mismos: se hacen de harina.

(Señor en la sala):

—Señor, a mí ya no me dicen nada, solo el sentimiento, eso me lo dice todo. Lo que hay que hacer es sentirlo.

—Sí.

—Si no lo sientes, mejor quédate en casa.

—Sí, pero ¿dónde en casa?

(Señor en la sala):

—Pero el capellán me dijo: “Señor”, dice, “tiene usted cinco críos estupendos, una niña suya se murió, si no habría tenido seis”. Pero dice: “Esto es un aviso: si continúa así, se quedará sin trabajo”. Encima tiene razón ese payaso.

(Risas).

—Chsss, esperen un poco.

(Señor en la sala):

—Aunque tenga que pasar con trapos viejos por las casas, pero “mis hijos comerán” le dije a mi mujer. Fijo.

—¿No tiene trabajo ahora?

(Señor en la sala):

—Bueno, un día todavía.

—Y ¿cuál es su profesión?

(Señor en la sala):

—Bueno, me dedico al galvanizado, el negoció tronó.

—¿Tornero?

(Señor en la sala):

—Galvanizados.

—Galvani...

(Señor en la sala):

—Galvanizados.

(La gente habla a la vez).

(Gente en la sala).

—Envolver cosas.

—Señor, aquí tenemos... No, no, mejor no acercarse a este señor...
 (Señor en la sala):
 —No, pero para mí no se trata de eso, para nada.
 —Cuando oigamos algo, diremos: “Oye, deberías ir allí”.
 Bien. Pero ¿entonces qué hizo con esa sagrada hostia?
 (Señor en la sala):
 —Me las comí, sin más.
 —¿La ración entera?
 (Señor en la sala):
 —Media docena, las que sobran.
 —Ya, pero quiero decir, las hostias, ¿no es el templo dorado que hay allí? Es la propia iglesia. Así que esas no se las podía comer. ¿Y qué ocurrió después? ¿Y qué pasó después? Nada.
 (Señor en la sala):
 —¿Qué iba a pasar?
 —Estaban buenas. Así que atravesó usted la iglesia, hacia arriba, fue trepando hasta el gallo allí arriba, y se fue volando al espacio. Y ahora está aquí.
 (Señor en la sala):
 —Estoy contento de estar aquí.
 —Sí, y ahora no tiene que... Ahora sabe exactamente lo que es rezar.
 (Señor en la sala):
 —Rezar es blasfemar.
 —Bueno, tampoco exagere. Rezar no es blasfemar. No deberíamos decir eso.
 (Señor en la sala):
 —Hoy el pequeño Hans, mi hijo, llegó tarde a casa,
 —Sí.
 (Señor en la sala):
 —”Si vuelves a llegar a casa tarde”, dice ella, “no te damos pan. Mejor de esto y mejor de lo otro... (inaudible). A rezar”.
 —¿A usted?
 (La gente en la sala murmura).
 ¿Fue a usted?
 (Señor en la sala):
 —No, fue a mi hijo pequeño. “A rezar”.
 —A rezar.
 (Señor en la sala):
 —En primera instancia lo deseché, y sin embargo repitió: “A rezar”.
 (Risas, la gente habla a la vez).
 Por la noche otra vez: “A rezar”.
 (Señora en la sala):

—Blasfemar y luego a rezar.

—Primero te maldicen y después tienes que rezar. Bueno, claro, eso no es impresentable, ¿verdad? Allí no hay orden. Pero la intelectualidad más elevada, señor, allí se acuchillan a muerte, también ello, se matan espiritualmente, tiranizan las vidas de los demás. Cada noche se ponen un encaje blanco encima de la cabeza, todavía son auténticos ortodoxos, y después: dale que te pego. Y después otra vez, y después dormir un poco; y entonces ya se les permite hablar. Y después otra vez a blasfemar, a tiranizar. Ay, ay, ay, ay, bueno, bien. Lo sabemos, y no hace falta que digamos mucho sobre eso, porque todos lo sabemos. La sociedad sigue siendo un desbarajuste raquítico. Y el ser humano es tremendamente inconsciente, y eso es todo.

¿Nadie más quiere hablar de rezar?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Dígame señor.

(Señor en la sala):

—Señor Rulof, mi hija llegó a trabajar en una tienda de dependienta...

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Mi hija llegó a trabajar en una tienda de dependienta...

—Sí.

—... y entonces dejaban que se quedara a comer, y ella también sabe de los libros...

—Sí.

—... pero debido a que intuía, esa gente era protestante... Y pensé: ‘Bueno, me siento, pliego las manos, cierro los ojos, pero no pienso nada, ¿verdad?, seguro que la comida me gustará’. Pero esa gente hizo exactamente lo mismo. Y entonces se llegaron a conocer más fondo y resulta que habían estado engañándose.

(La gente se ríe con ganas).

—Solo lo hacían... así que tomaban el pelo a su hija y ella les tomaba el pelo a ellos.

(Risas).

Y ese tipo de gente tiene que irse a Nuestro Señor...

(Señor en la sala):

—Y entonces hablé con la gente y surgió eso, y nos reímos con ganas del asunto. Y me dice: “Le invito a fumarse un cigarrillo”. Y me puse a hablarle de los libros. Y me dice: “Señor”, dice, “eso es lo que siempre he sentido, nos toman el pelo...”.

Claro, claro, nos toman el pelo. Esta tarde estoy con alguien que venía a

buscar un libro para una tienda grande de La Haya, dice: “Señor, nos llevan tomando el pelo desde hace mil años. Yo estuve en un campo de concentración”.

Digo: “Señor, eso no significa nada”.

Dice: “Pero cuando los oyes hoy es que nos siguen tomando el pelo”.

Digo: “Señor, esa es la palabra acertada”. Pero da miedo, mucho miedo, mucho miedo cómo los engañan. Es engaño.

¿Algo más?

(Nadie dice nada).

¿Algo más?

(Señor en la sala):

—No.

—Entonces voy a seguir. Si tienen algo sobre los rezos... Porque si tienen los problemas, es divertido, yo lo saco. Son...

(Señor en la sala):

—Bueno, me gustaría decir algo sobre eso.

—Bien, pues entonces yo puedo hablar de cien mil más, pero de eso no se trata. Porque tengo un montón de cartas.

(Señor en la sala):

—No, oiga, pero sí que es algo que tiene valor.

—Adelante.

(Señor en la sala):

—Tengo un muchachito en casa, tuvo un accidente de tráfico, estaba completamente de los nervios, y estuvo luchando durante cuarenta y ocho horas, y entonces el médico dijo: “Ya solo es cuestión de cuánto tiempo aguantará su pequeño corazón”. Pero esa vida pequeñita me importaba muchísimo; estoy inclinado por encima de la camita, así, eran más o menos las doce, y mi mujer estaba en la cocina, ella había estado con él día y noche, incluso está embarazada... Y digo: “Hija, vete a dormir”. No quería irse a la cama. Todo giraba en torno al muchachito. Les diré: mi sentimiento iba entonces tan hondo, que oía mi corazón, golpeándome los oídos, y las lágrimas que me corrían por la cara ardían. Lo he oído decir alguna vez: llorar sangre. Eso fue llorar sangre. Entonces dije: “Jesucristo, haz algo Tú, haz Tú que se quede dormido”. Y en cuestión de un segundo... el muchachito me mira, con desgan, me sonrío, cierra los ojitos y duerme.

Salí de la habitación tapándome los ojos con las manos. Entro a la cocina y mi mujer me dice: “Pero ¿qué ha pasado? ¿Está durmiendo?”. Y me dice: “¿Quién ha conseguido que se durmiera?”.

“Pos es Jesús quien lo ha hecho”. Digo: “Tú mejor vete a la cama, yo ya me quedaré un ratito...”.

—Esto es verdad.

(Señor en la sala):

—Fue en cuestión de un segundo.

—Hay gente aquí entre nosotros, señor, que han vivido el mismo problema que con su hijo, y decían: “Pues...”. Y ahora tengo que decir una blasfemia, pero entonces dijo: “Pues ahora, me cago en Dios, ya está bien: que reviente o que se cure”. Y se fue hacia arriba en nada. Se duerme. Y encima blasfemando. ¿No te parece divertido? “Pues ahora, me cago en Dios, ya está bien. Que reviente o se cure, madre”. Vaya que si se curó. Todo o nada. ¿Eso qué es? Es que el espíritu del ser humano...

(El señor en la sala dice algo inaudible).

—No, señor. Si usted toca algo que activa su chispa divina, sucederá un milagro físico espiritual. Y no es un milagro, sino la sintonización pertinente, divina, espacial, que posee el ser humano y en la que se encuentra. Porque el ser humano es una divinidad. Así que usted hace... en ese instante salva usted el estado material. Nada más.

(Señor en la sala):

—Exacto. Quiero decir esto: también era una oración.

—Sí. Porque su voluntad decidida, honesta, religiosa, mística, lo que quiere es el bien. Y eso ocurre, señor. Así es. Y resulta que rezar es el hacerse uno con el bien. Es cuando suceden estos milagros. Lourdes. Aquí hemos hablado muchas veces sobre la oración. Pero aquí todavía falta mucho para agotarla. Porque ya solamente sobre la oración... ¿Cuándo puedo rezar? Y siguen hablando de eso veinte noches, así tendríamos un poderoso libro. Porque desmenuzaremos la oración, y para qué. Y entonces tendrán que venir las preguntas desde la sala, desde ustedes —no solo... son máscaras, señor— para después ponernos a analizarlas, y así obtendrán respuestas divinas.

Aquí tengo: “¿Qué tengo que hacer cuando se encalla el matrimonio...”.

—Ja, ja.

—... en el que la mujer se niega con tozudez a dialogar y en el que el hombre se inclina por continuarlo? ¿Cómo tiene que actuar el hombre en este asunto?”.

¿De quién es? ¿De Arie? ¿Es un amigo suyo, señor Arie?

(Un señor en la sala dice algo inaudible).

¿Dónde está usted?

Ah, allí, en ese rincón.

¿Qué tiene que hacer ese hombre? Si el matrimonio encalla, señoras y señores, y eso no es cualquier cosa, ¿verdad?, en el mundo... Aquí no preguntan mucho sobre semejantes problemas, porque aquí todo va bien. La gente vive en armonía de una forma poderosa, aquí nunca pasa nada. Todo va por sí solo, son espiritualmente felices. Es la primera pregunta que recibo en

todos estos años: ¿Qué tenemos que hacer cuando se encalla el matrimonio?

Señor, ¿hay niños?

(Señor en la sala):

—Dos.

—Dos. ¿Es religiosa la mujer? ¿Tiene un Dios en su interior?

(Señor en la sala):

—Pues, no me atrevería a....

—¿Deseo por una iglesia o lo que sea? ¿No hay una religión anhelante en esa vida?

(Señor en la sala):

—No.

—Mire, cuando habla un Dios... y ahora, gracias a Dios, nos queda la Biblia y el protestantismo y el catolicismo, mejor no echen todo por la borda. Cuando el ser humano tiene un Dios, señor, siguen siendo susceptibles de vez en cuando. Entonces es posibles alcanzarlos, el cielo y los infernos, por medio de Dios, con nuestros libros. Si no hay eso, señor, le darán una bofetada en pleno rostro.

(Señor en la sala):

—He intentado darle también sus libros, pero no tenía ella ganas algunas.

—¿Ninguna?

(Señor en la sala):

—Ninguna. También le he mostrado alguna vez cuadros y esas cosas de usted; tampoco le despertó demasiado interés.

—Bueno.

—Así que he...

—¿Lo ven? Allí estamos ahora. Señor, aquí hay gente... y podría darle las pruebas, porque tenemos suficientes personas que han luchado a vida o muerte para llegar hasta aquí. Allí convencieron a la mujer, allá el hombre. Por fin, vaya, vaya, vaya. “Esas majaderías y ese loco y todos esos fantasmas, ¿verdad?”. Ahora vienen con: “Dios mío, Dios mío, qué estúpido soy”. Sí, qué estúpido soy. Solo entonces empiezan a darse cuenta de lo que les falta. Pero cuando ese sentimiento no existe, te quedas realmente impotente y ya solo lo puedes mostrar... Porque por lo que nosotros podemos convencer al ser humano es Dios, Cristo, el más allá, el renacer, la paternidad, la maternidad. Y da igual que hable usted a esas personas de: “Dios mío, tiene usted hijos, Dios mío”; allí está el hombre, y: “No le bulle la sangre y no le mina el corazón?”. Esa tipa gente suelta guantazos y hace lo que le da la gana, solo le interesan las cosas bonitas. Si tiene usted dinero, pues inténtelo, solo es posible satisfacerla con cosas nuevas un solo día, media hora, y entonces vuelven a apartarla, no tienen fundamento para la personalidad, para el sentimiento, no es más que un lío material hueco.

(Señor en la sala):

—Esa mujer era insaciable.

—Bueno, bien. Cuando el hombre lo ha intentado todo —y quiere ampliarse y enriquecerse— queda todavía esto: tiene que ser severo, también eso. Si esa mujer se niega decididamente a hacer el bien, lo hermoso... Porque uno no deja al otro así como así, no vas a quitarle a una mujer los hijos así como así, ni a un hombre. Y hay quienes a la primera lo tiran por la borda, lo que sea. Pero cuando tiene el sentimiento de salvar lo que se pueda salvar, tiene que hacer todo para decir, mira... Pero no para volver, si se encuentra ante la desintegración y la dureza y la negligencia y todas esas cosas. ¿Qué vas a hacer en ese caso con semejante personalidad y unos sentimientos así? Mejor entonces que se estrelle. Cuida a tus hijos.

Sí, señor, tenía eso... Si lee el mamotreto mío de 'Una mirada en el más allá', con el que estuve medio año... No lo sé, sigo sin saber por qué recibí la fuerza en esos tiempos. Y recé por esa gente hasta reventar. Pero todo eso lo tuve que atravesar, porque tenía que rezar hasta que saltaban chispas. ¿Y por qué? Porque de tanto rezar llegué a conocer la oración. ¿Entienden? Así que como el maestro Alcar me echaba rapapolvos, para meterme en eso, para luchar y para rezar por la gente, por los enfermos y por los muertos, y por mil cosas más. Y más tarde pude analizar uno por uno mis propios sentimientos como oración —¿entiende?— y llegué a ver la esencia para mí mismo y para esa gente. Y entonces me alegré de haberlo hecho, porque como persona inconsciente no tiene que tirar ninguna oración así como así por la borda. Uno no puede empezar a vivir sobre "alas" que posean conciencia espacial y que de todas formas usted no tiene, porque volverá a desplomarse sobre la tierra. Así que eso es vivir, pensar, sentir y actuar, espiritualmente por encima de sus sentimientos. No, eso no es posible. Entonces es mejor decir, como esa mujer: "Ya no puedo más". Ya entenderá usted que está aquí ante un carácter inhumano, ni más ni menos; porque quien no quiere no tiene sentimiento ni voluntad de hacer las cosas más hermosas.

Lo peor es para el ser humano aquí en este mundo cuando decididamente no quieren. Y entonces uno siente impotencia, todos la sienten, cualquier ley es impotente, y le entran ganas a uno de matarlos a martillazos. Sí, a ver quién se pone con eso. Dicen: "No". No les da la gana. Hay padres y madres que sin embargo... ¿Qué no le ha pasado con las criaturas de los siglos que transcurrieron? Los mataron y masacraron. Padres, padres y madres con hijos, ¿verdad?, y el padre o la madre, o el chico, o quien sea, a la cárcel. ¿Y qué alcanzaron? El hombre y la mujer se asesinaron. ¿Qué consiguieron? Él se fue al garete, ella murió, al ataúd. Allí lo fue él, ella tomó veneno, al final sí que fue. Más tarde: Dios, Dios, Dios, ¿no podríamos haberlo hablado? Sí, en la cárcel. Cuando haya pasado de todas formas. Porque así somos. Dejamos que

las cosas revienten, y entonces la cosa estalla.

Señor, él tiene que hacer todo lo que puede, y si ella no quiere, entonces mejor que se estrellen; si está convencido de que quiere el bien.

¿Más preguntas?

¿Qué tiene que hacer? ¿Cómo tiene que actuar?

¿Cómo tiene que actuar este hombre?

Este hombre tiene que sentir amor. Pero cuando se pisotea el amor y él ve que todo lo que quiere esa mujer, esos sentimientos, es contrario a la vida doméstica, a la amistad, a la justicia, a la armonía; bueno, entonces es que se trata de una persona conscientemente demente. Quien en estos tiempos, en los que se tiene de todo...

Esa gente ¿vive bien?

(Señor en la sala):

—Sí, muy bien.

—Muy...

(Señor en la sala):

—Rica.

—¿Rica?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Bueno, allí estamos. Casi le diría a ese hombre: “Mejor dígame que se vaya, aquí hay todavía quienes quisieran besar sus pies, ya solo por poder servirle”. Sí. Pero nosotros no podemos empezar con eso. Muy ricos, y todavía se van. Y él puede decir... ¿No lo es? ¿Lo hace todo y lo quiere todo?

(Señor en la sala):

—Sí, es un tipo estupendo.

—Cómo es posible. Es lo que hay.

(Señor en la sala):

—Siempre igual de estupendo... Hace sus negocios bien, con honestidad, con sinceridad.

—Sí. Señor, tenga cuidado, porque esta noche le van a perseguir diez mujeres.

(Risas).

Si yo fuera una mujer, preguntaría de inmediato: “¿Dónde vive?”. Y: ¿Dónde vive ese buen hombre? ¿Y además tiene un coche?”

(Señor en la sala):

—Sí, también.

—¿Cómo es posible? Y seguramente que un castillo también, ¿no? ¿Una gran mansión propia?

(Señor en la sala):

—Sí, además.

—Bueno. Ay, ay, ay, me gustaría que esa mujer se viniera algún día, así le podríamos dar un vuelco al corazón. Pero, claro, señor, seamos honestos, primero tienen que vivirlo en el cuerpo, en su espíritu, lo bien que les va a esa gente. Esa mujer vive demasiado bien. Se ha extraviado su gratitud. Ahora van... (inaudible), allí está... Si el ser humano no tiene sentimiento, no tiene Dios ni deseo de ampliación, ¿qué queda entonces de la mujer y del hombre, señoras y señores? Se quedarán por la noche uno frente al otro: vacíos.

Aquí hay una niña joven, he oído el drama. Va y dice a un muchacho: “Te aviso. ¿Te gustan estos libros? ¿Te gusta el espacio?”.

“Mmm, demasiado lejos para mí”.

Y ella que dice: “Te aviso, te lo preguntaré tres veces más”. Bien, esta es una. “Porque no tengo ganas algunas de luego tener que ponerme a mirar por la noche de frente ese espacio vacío: quiero contacto con un ser humano vivo. Es esto. ¿No hay deseo?”. Un chico universitario. Él todavía no se daba cuenta. Ella volvió. Entonces dijo ella: “Soy cordial, soy juguetona”. Y allí estaba el señor catedrático, así, fumando una pipa, sin decir nada, delante de la estufa en casa de los suegros. Pero él se fue de casa. Y ella que dice: “Pues entonces prefiero casarme con un cabeza de turco, porque así sabré a ciencia cierta que me darán un golpe en la cabeza. Pero este ya empieza así”. Va él y dice: “Siento muchísimo ya no verte más”.

Y ella: “A mí no, porque te me he quitado de encima. Busco otra cosa”.

Si se trata de leyes del karma...

Pero ya entenderán ustedes... se lo enseñé una vez: el desarrollo para y del ser humano les asegura el karma, causa y efecto. Dicho de otro modo: lo que aprenden ustedes como jóvenes de dieciocho o diecinueve o veinte años, es la posesión a veinticinco años cuando por dentro empiezan los cosquilleos. Porque entonces son críticos, están preparados. Porque un muchacho dice: “¡Ay, no!”. ¿Ah, ¿vas a hablar conmigo?”. “Ay, no. Vamos, ja, ja, ja, vamos, vete, menuda pobreza”.

“¿Ah, sí?”, dice ella. Va y dice: “Ese no tiene sentimientos. No tiene sintonización alguna conmigo”.

Tenemos aquí muchachas y muchachos de veinte años, veintidos, son niños de cien años; madres que llegaron a tener conciencia universal. Ahora se hacen críticos. Entonces dice ella: “Quizá me quede, porque ahora deberá de venir alguno que también lea libros”.

Y, señor y señora, resulta que llegan ustedes a casa, están casados, y tienen riqueza, fenomenal, fenomenal, fenomenal, pero aun así encallan, se estrellan, porque somos así, hemos terminado con los pastelitos, seguimos horneando un rato más en la cocina, otra tarta, demasiado seca, demasiado seca, una buena mañana, una noche de repente estamos allí y ya no tenemos nada que decir, ninguno de los dos. “Bueno, bueno, creo que voy a irme”.

“¿Qué quieres con esa porquería?”.

Y entonces empieza la cosa. Adiós carácter, adiós matrimonio. Ya no hay unión.

Y ahora esas criaturas se ponen a leer un libro todos juntos; santo cielo, qué diferencia. Por eso dos católicos son felices, dos protestantes también. Menos mal que luchan el uno por el otro. La persona católica con otra persona católica. Porque... (inaudible) la fe siempre destruye el matrimonio, los sentimientos, el amor.

(Señora en la sala):

—No siempre.

—¿Quién dice eso?

—No siempre, señora, esas excepciones, claro, también las hay. Hay cien millones de personas. Lo que hace feliz al judío y al católico eso lo sabemos, eso con el tiempo no... eso lo sabemos.

Pero, señor, ¿qué tenemos que hacer? Que haga lo que pueda, que diga todavía: “Piensen lo que hagan, no se trata de castillos físicos, sino de asuntos divinos, de la felicidad, para ustedes, para mí y los hijos. Sepan lo que hagan. Y si no son capaces de ello, no quieren cambiar, no están contentos con esto ni con lo otro ni con aquello...”.

Un castillo propio, un automóvil, y dinero a espuertas... Entonces ¿qué más quieren? ¿Y luego no inclinarse ante la vida? Porque eso es inclinarse ante la vida, ante el hombre, ante el amor, ante miles de asuntos. Sí, señor, así solo se agrava si uno vuelve a construir eso. Porque sucumbirán de todas formas. Hay que hablar, hablar y hablar. Y si no quieren, señor, entonces no hay nada que hablar y nos quedamos sin poder hacer nada. Dele a ella un empujoncito. Haga todo lo que pueda todavía. Y ponga los puntos sobre la íes. Y no descende en el momento que ya lo vea, señor, con compasión, porque eso no le servirá de nada.

Ahora ya... desde Ámsterdam me llegó ya mi primera pregunta, y es también para usted, para ese hombre. Ese hombre dijo: “Dios mío, Dios mío, Jozef Rulof, qué duro era Jeus. Porque es eso en el fondo lo que destrozó a Irma”, dice. Digo: “Sí. Mi palabra es ley. Y mi palabra es: ‘sí’”. Es cuando ya surgen las preguntas. “Vaya, eso sí que fue un poco duro”. Digo: “No, no fue duro”. La compasión nos conduce a la desintegración, a la destrucción, ¿no? Ya estaba comprometido y mi palabra es: “sí”. Aunque fueran cinco minutos. Sí es sí, y no es no.

Y cuando descendemos en la debilidad, señor, solo construimos cosas abstractas, que se derrumbarán de todas formas. Y entonces pueden querer y hacer lo que quieran, y pensar al respecto, de todas formas no les servirá. No.

¿Lo sabe ahora?

¿Todavía no?

Hablar, hablar y hablar e intentar lo que sea posible. Entonces, si piensa que necesita ayuda... Sí, primero inténtelo usted mismo, y después los libros... Si no quieren, si allí no hay ningún Dios, ni Cristo, si no hay un más allá, bueno, querida gente mía, ¿cómo quieren meter a esa gente en la vereda divina? Bueno, páguenles decentemente y digan: “Gracias a Dios, este karma ha terminado”.

Se ahogan en su propio mundo. Sí. Esos dramas se conocen en el mundo. Obras de teatro, películas, libros. Sobre eso se han escrito infinidad de libros. El ser humano se estrella, no le da la gana inclinarse. Amor, desprenderse, vaya, vaya, vaya. ¿Intentar algo? ¿De nuevo? Porque el ser humano no se conoce, el ser humano no está agotado, el ser humano todavía no ha sido tocado nunca espiritualmente. ¿Lo entienden?

Vino a verme una persona de edad avanzada, una anciana. Me dice: “Pues sí, ¿cómo es posible?”. Digo: “Señora, usted es todavía una cría de veinte años, porque nunca jamás ha vivido usted el amor espiritual”. La gente mira a los ancianos; estos todavía no han sido vividos nunca del todo corporal, materialmente. Porque no es posible. Eso solo es posible por medio del sentimiento. Y la madre y el hombre se mantienen jóvenes. ¿No lo sabía? Aquí está el comienzo de la creación. Así es como comenzó la creación. Y aquí estamos ahora como gotas de agua. Y en el ser humano caen gotas.

(Señor en la sala):

—No estoy del todo de acuerdo con su razonamiento.

—¿A qué se refiere?

(Señor en la sala):

—Al mismo caso del que está hablando ahora. Sitúese, por ejemplo, en el caso que yo mismo he oído de un conocido. Una pareja joven, casada”.

—Claro, problemas hay, sí...

—... todo, pero esa mujer se encuentra un buen día en el tranvía y se enamora del conductor, y deja todo lo que tiene, coches, abrigos de piel, todo el tinglado lo abandona por ese conductor de tranvía.

—Sí, pasa a diario.

(Señor en la sala):

—Exacto.

(El señor en la sala dice algo inaudible).

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—... ¿o sea, tenía que volver esa mujer a su propio marido?

—¿Entonces usted quiere que yo...? Se enamoró del conductor. ¿Llegó a estar mejor? ¿Le fue mejor?

(Señor en la sala):

—Se había enamorado.

—¿Eso qué es?

(Señor en la sala):

—Sí, eso quisiera saber yo también.

—Pero, señor, ¿qué será entonces de nuestro matrimonio? ¿Qué será entonces de nuestro “sí” y “no”? Es decir: ya no aguanto estar contigo, ya no funciona. Y allí anda ese hombre. ¿Cómo? Aquí ya hemos hablado diez veces sobre esos problemas. A esos hombres les digo: “Bueno, volvemos al harén, a la jungla”. No, señor. Puedo aclararle por ‘Una mirada en el más allá’, por los libros: termine esto. Esa mujer y ese hombre que no hacen más que irse, luego estarán de todas formas ante esa misma ley.

(El señor en la sala dice algo inaudible).

Sí, pero ¿qué es lo que experimenta esa mujer allí?

(Suenan truenos).

Nuestro Señor está gruñendo. Sí, eso siempre decíamos en casa. Nuestro Señor está gruñendo: a rezar. Y nos reíamos, porque ¿cómo iba a ser posible eso? Así no es Nuestro Señor, ¿no? Crisje, sin embargo, nos obligaba a echarnos en el suelo, oigan, en medio de la noche.

Pero, señor, ¿qué quiere esa mujer? Cuántos grados de sentimientos y sintonizaciones diferentes y personalidades no vemos, allí para el hombre, y allí para la mujer, que de pronto dicen: “Esto... bueno, ya. Bueno, aquí todo está muerto”. Vaya, vaya. Divertido, ¿verdad? “Está todo muerto, no funciona, de todas formas: no me entiendes. Mejor me voy. Tengo otra cosa. Tengo otra cosa mejor, cariñosa, hermosa”. ¿Cómo? ¿Cariñosa?

(Señor en la sala):

—Sí, pero en ese momento el poder, la obligación, el sentimiento de honor, todo junto, a la hora de la verdad...

—Señor, ¿queremos seguir usando para eso la palabra “amor”? ¿Sabe usted qué es el amor? Ese otro amor, ese amor loco, del que habla ‘Las máscaras y los seres humanos’ y del que se trata para nosotros, era: seguir en casa donde estés, terminar. Sí, una sola cosa. Ahora volvemos con: “¿Quién era él, ese otro?”. ¿Un tirano? ¿Tan incomprensible es, señor? Entonces tendré que darle la razón que esa mujer diga allí un buen día: “Pero ahora tengo... ah, qué cariñoso es usted conmigo”. Cuando una persona así reciba algunas palabritas cariñosas de otro ser humano. Claro, entonces ¿quién no cede?

(Señor en la sala):

—Sí, bien, eso también sería...

—Así que ahora tenemos que saber primero: ¿quién era él? ¿Quién es?

(Señor en la sala):

—Eso también se lo pregunté alguna vez.

—Señor, conozco a un muchacho, una mujercita, una madrecita, un auténtico crío, una cosa tan hermosa, antes, una cosa preciosa, pienso: ‘Qué

tipazo, qué tipazo'. Pero —esto también se aprende en los libros— el ser humano no se hace consciente hasta entre los treinta y cuatro y treinta y ocho años. Y no es a los treinta años que despierta el ser humano, sino solo entre los treinta y cuatro y treinta y ocho años, es entonces cuando uno llega a ver la conciencia adulta física y espiritual, y entonces uno sabe exactamente lo que pasa. A los treinta y cuatro, treinta, treinta y dos, treinta y tres años ya empieza eso, entonces ya sale algo que no era tan bonito.

Sí, ahora, después de tantos años... después de tantos años: "Ya no me sirves de nada". Esa mujer primero era un ído... una diosa, ¿verdad?, vaya, vaya, vaya. Ahora hemos visto que esa mujer —por casualidad la conocemos—, que esa mujer aceptó durante cuatro años los engaños y todas esas mujeres que él quisiera, y que lo procesó y que dijo: "Amo, porque he aprendido algo". Hasta que a ella le empezó fluir la sangre. Y ahora que la sangre se va físicamente, todo... Ya nadie la miraba. "Bueno, sí, vete, mejor vete. Ya no tengo unión contigo". Luego se añaden otras cosas, y cuando miraba a ese hombre a los ojos se parecía a una pescadilla. Psicopatía física. Ese milagro, esa joya de la fuerza creadora, que es lo que es esa madrecita, un niño más, y cuando la oyes hablar, señor, piensas que estás oyendo a la Virgen María delante de ti, de tanto sentimiento que tiene. "Y ahora lo soportaré, porque lo portaré, sigo amando a esa vida. La personalidad, bueno: esa vida. Y entonces acepto todo". Cinco, seis años después llega el momento: "Ahora ya no puedo más. Esto se ha muerto". Ahora está ante la desintegración espiritual.

Y, casualmente, hizo una pregunta en Ámsterdam. Y el maestro Zelanus la sondeó infaliblemente a partir del espacio, y se adentra en ella. Y de pronto ella lo supo. Sin que nadie supiera nada al respecto recibió la respuesta divina: "Mejor lárgate. Ahora ya ha terminado. Mejor échalo ahora". Dijo: "Voy a alquilarme una habitación, tengo otra cosa".

Pero, Dios mío. Y yo hablé, y esa otra persona habló y aquella otra, lo que se habló. Digo: "Hombre, debería darte un buen azote en el trasero".

Señor, así se pega a un psicópata. Pero antes no era un psicópata, ahora sí.

Y si ahora usted habla así y así y así, señor, entra por aquí y sale por allá; señor, no se enteran. Digo: "Eres un canalla. Una persona tan hermosa...". Pienso, ahora tengo que increparlo con todas mis fuerzas. Pienso: 'A asustarse bien'. Digo: "Te haces tan tremendamente ruin y asqueroso. Y eso es tan poderoso, Dios mío, es una Virgen María la que tienes allí".

Señor, nadie lo oye. ¿Rezar? Claro, claro.

Ha leído libros, señor, y escuchado a los maestros. Señor, eso llega hasta ese punto; hay una mujer, me escribe: "Dios mío, señor Rulof, ¿qué tengo que hacer?". Esa mujer y ese hombre vienen a las conferencias, un año tras otro. De pronto: "Ya no volveré. Tengo otra cosa". Y son tan descarados, encima van con esa otra persona a la conferencia. No es cosa mía, claro, porque es

asunto suyo. Entonces dicen: “Sí, no tengo unión física. No tengo amor”. ¿Entienden a dónde van esos pobres diablos? Señor, es tremendamente patoso. Pero todo vuelve—“¿Por qué?”, captamos—, y entonces decimos, si hay fe: “Aquí hay sabiduría”, señor. Y eso aparecerá más tarde. ¿Y sabe usted, cómo se llama entonces, señor? “¿Quién es usted hoy? ¿Y mañana?”.

“¿Quiere demostrarme... quiere hacerme creer que me ama?”, la mujer, la madre. “Muéstrelo entonces, demuéstrelo. Y si sigue estando allí, bueno, entonces mejor rece a Nuestro Señor, y diga: “Padre, sigue estando allí”. Y entonces te besas. E inclinas la cabeza el uno hacia el otro. Y entonces sientes gratitud por aquello que hace ella y por lo que hace él. Y entonces se acabó.

O les espera un té.

DESCANSO

Señoras y señores, aquí tengo la pregunta: “Con motivo del debate en materia de la limitación de la natalidad del pasado jueves llegué a la siguiente conclusión. A mi llegada a Holanda desde Indonesia me llamó la atención que aquí hay una muy notable cantidad de mellizos y trillizos...”, bueno, tampoco es que haya tantos trillizos, pero mellizos, sí, “... a diferencia de en Indonesia, donde esta feliz circunstancia no se da más que a cuentagotas”. ¿De verdad? ¿De quién es eso? ¿De verdad?

“¿Podría atribuirse esto a la limitación de la natalidad en el altamente civilizado Occidente?”.

Pero esto no es una limitación si se tienen más hijos, ¿no, señor?

(Señor en la sala):

—No, al revés: no tener muchos hijos.

—¿Aquí?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Ah, quiere decir usted que en Indonesia se tienen aún más hijos.

(Señor en la sala):

—No, en Indonesia no hay limitación de la natalidad. Porque si uno mira aquí, la gente dice: “Bueno, dos hijos como mucho”.

—Pero usted insiste en hablar de mellizos y trillizos.

(Señor en la sala):

—Sí.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Que en Indonesia nacen mellizos solo esporádicamente?

(Señor en la sala):

—Sí.

—En cualquier caso: ¿no tantos como en Occidente?

(Señor en la sala):

—Exacto.

—Eso no tiene nada que ver con la dilatación física. O sea, el cuerpo evoluciona. Uno va elevándose más y más hacia esa evolución. Así que también se puede ver. Y, bueno, lo de Indonesia no es desdeñable, porque si uno... allí hay gente que tiene diez, doce, trece hijos, ¿no?

(Señor en la sala):

—Sí, es cierto.

—¿Hijos únicos?

(Señor en la sala):

—Sí.

—¿Mellizos no?

(Señor en la sala):

—Mellizos no.

—Pero aquí, debido a que el organismo se dilata, hay más fecundaciones en un solo grado: mellizos y trillizos. Si uno tiene más es porque, por lo tanto, tiene que ver con el cuerpo. Pero usted lo que dice es... O sea, eso lo entiende, ¿no?

(Señor en la sala):

—Sí, sí.

Pero ahora tienen aquí: “¿Podría atribuirse esto a la limitación de la natalidad en el altamente civilizado Occidente?”. Sigo leyendo aquí: “Como representantes de esferas más elevadas en el tercer grado —con la capita de piel blanca— y también en relación con el hecho de que aquí tienen el órgano receptor para las esferas inferiores de este grado —la capita de piel oscura, la piel oscura— y que en los países orientales apenas existe la limitación a la natalidad —allí la bendición de tener hijos se considera un gran honor— llevo a la conclusión que donde tiene que continuar la reencarnación se puede atribuir este nacimiento de mellizos y trillizos a la limitación de los órganos receptores”.

—Mire, ya se lo comentaba, sorprende lo bien que lo ha entendido. Tiene que ver con la evolución para el cuerpo. Es la especie natural, son los tipos de raza (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es). Y un tipo de raza (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) es un organismo que representa tal y cual grado de desarrollo para la creación y la tierra. ¿Ha quedado claro?

(Señora en la sala):

—Sí.

“La creencia popular es que lo hace por las prestaciones por tener hijos”. Es algo típico de La Haya, señor. “Muchas gracias de antemano por sus aclara-

ciones”.

Aquí en Holanda, o en Europa, en Europa occidental, después de la guerra... Me acuerdo de cómo pensaba la gente de edad avanzada antes de 1914, en esa época, la gente casada, tenían un matrimonio muy distinto. En esos tiempos se besaba de una manera muy diferente. Sí. Ahora cada beso está calculado, ¿verdad, señor? Cuando estamos delante de alguien y miran: “Bueno, quizá esos padres tengan algo”. O: “Y tú, ¿qué tienes que ofrecer?”. Antes simplemente nos tirábamos en brazos de alguien, arrullándonos un poco. Así o así. Pero seamos honestos, ¿no era ese tiempo diferente en el ser humano? Eso lo deben saber los ancianos.

(Señor en la sala):

—Sin duda.

—Sin duda. Los sentimientos eran diferentes. El ser humano no es que haya avanzado, ha retrocedido en sentimientos. Por eso todavía podemos vivir que también el occidental conoció tiempos en que tenía unión con la madre naturaleza.

¿Y por qué, señor? ¿Por qué se ha fragmentado ese sentimiento?

Eso le permite ver que tenemos que volver sin rodeos al ser humano indonesio. Si es bueno, dice... Si ellos viven unión con la naturaleza... Yo me quedo con un encanto de esas. Pero cuando son falsos, entonces tienes que tragarte tu orgullo. ¿Verdad? Entonces te hacen casar inconscientemente. ¿Lo leyeron en ‘Los dones espirituales?’”. Son bastantes los que vuelven, están casados, y no lo saben. ¿Por el curandero? Bueno, déjenlo.

Pero ¿a qué se debe, señor y señora —es todo tan posible, social, humana, socialmente— que el ser humano se haya fragmentado? ¿Pues?

(Señora en la sala):

—Por los líos sociales.

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Por los líos sociales.

—Señora, por los milagros técnicos. Nos han dado un bicicleta y un coche, volamos, y por todas partes... Ya no hace falta que andemos. Ha desaparecido el esfuerzo. Ha desaparecido la voluntad. Todo son comodidades para el ser humano. Pero la comodidad ha estropeado y fragmentado del todo al ser humano. ¿No es así? En eso sí que va a tener razón, ingeniero.

La sociedad, Occidente, ha perdido cualquier vínculo con la naturaleza. Ya no tenemos nada de lo que... Se mira a esos negros en Indonesia. Pero, señor, debería usted ir a hablar alguna vez con esos encantos. Claro, allí tampoco es que haya cafres, sino que son aún más insignificantes, todavía no hay manera de aproximarse a ellos, y con ellos quizá todavía no es posible vivir una conversación intelectual, si a eso quiere llamarlo intelectualidad. Pero cuando

habla la naturaleza ya no necesitamos ninguna intelectualidad, señor. Porque entonces tenemos el espacio, Dios, la luna, el sol, las estrellas y los planetas. Todo buen holandés que haya experimentado Indonesia, y que lo haya hecho de verdad, vuelve con la cabeza inclinada. Pero quienes pasaron por encima y arrojaron a esas personas al fuego como si fueran castañas, con el látigo en la mano... Claro, ¿cómo te tratarán entonces?

Tengo gente que está casada con la babu, con la niñera indonesia. Señor, he tenido varios hombres, y diferentes personas, que decían: “Señor, ojalá tuviera usted una babu de esas, y no una de la ciudad.

Los seres humanos —no se confunda— han roto por completo las amarras con Dios, con la satisfacción, con el cumplimiento del deber, con la felicidad, con una cabañita rodeada de brezales. Queremos un hermoso castillo. “Vaya, esa maldita calle donde vivo”. Y “Este piso esto y lo otro”. La gente quiere un coche, la gente quiere aquello. ¿Qué es lo que deseamos? Un trocito de naturaleza, un cacho de naturaleza; ha desaparecido la unión con la naturaleza. Aquí en Holanda tengo que volver a ‘s-Heerenberg, a la provincia de Güeldres, entonces los bosques todavía llegaban hasta nuestra calle, la Grintweg. Ese silencio, señor. Ahora se ha destruido. La gente se ha fragmentado. La iglesia y la religión, señor, no han recibido evolución. La gente gana más dinero porque hace más cosas. Y la iglesia también me dice algo. Sobre esto, esto lo otro, sobre aquello. Así se ha vendido la religión. Los sentimientos se han materializado, en muchas gente se han animalizado. Señor, y ahora que el ser humano quiere tener aquello y ha soltado amarras con la unión doméstica y con su posesión, con la felicidad, no oímos otra cosa en la ciudad, en La Haya, en Occidente, que: “No quiero hijos. Con dos tenemos suficientes. Basta y sobra”.

(Señor en la sala):

—Así que entonces tienes menos cuerpos receptores.

—Pero otras madres, señor, solo tiene que echar un vistazo en Holanda, tienen dieciséis hijos, veinte. Hace poco alguien se fue a Estados Unidos con dieciocho hijos. ¿Y cuántas madres y cuántos padres hay, hombres y mujeres, entre esa gente de su propio grado, a la que sirven estas dos personas? Y luego reciben un rapapolvos de una persona inconsciente aquí en Holanda: “Fíjate en esa madriguera de conejos”. Un ser humano que habla de otro, una madre que da a luz a hijos —el milagro más divino, aún hoy, ¿verdad?, allí no se puede hacer ninguna chapuza—, y esa gente habla de líos conejiles. Pero en realidad ¿a quién nos dirigimos? ¿No es horrible? Y entonces, señor, el occidental puede aprender del oriental.

Siento tanta... no sé por qué... pero si yo fuera quien mandara... Siento tanta pena por esos pobres amboneses. Ya lo comenté la semana pasada. Basta que lea algo sobre esa gente para que diga: “Vaya, vaya, vaya, hay que ver las

malas jugadas que les hacen aquí”.

(Señor en la sala):

—Sí, pero no solo a los amboñeses. A sus...

—Sí, señor, sabe usted de eso más que yo. Y así podemos seguir y no parar nunca.

(Señor en la sala):

—Habló usted un momento sobre la naturaleza. Si quieres vivir un trocito de naturaleza, hay que ir a Nueva Guinea...

—Sí.

—... allí la gente todavía vive en la edad de piedra.

—Sí.

Sí, señor, pero hace poco hubo un médico en la radio, también un papúa, era médico...

(Señor en la sala):

—Sí, es posible.

—... y había un ingeniero, y también había un licenciado en derecho.

(Señor en la sala):

—Sí, es posible.

—Y el ministro aquí y la reina, o el ministro, tuvo que quitarse el sombrero. “Buenas tardes, señores”. Y eso es lo que se supone que son papúas.

(Señor en la sala):

—Sí.

—Con apenas salirte de su círculo todavía te comen.

(Señor en la sala):

—No.

—Que sí, allá, en la lejanía, él mismo lo dice. Dice: “Allí hay un peligro mortal. Allí todavía te meten en el puchero”.

(Señor en la sala):

—No, no se lo comen, porque tienen...

¿Ya no nos comen?

(Señor en la sala):

—No, es una disputa interna la que están resolviendo.

—Sí, de eso estamos hablando. Eso da igual. Pero lo que quiero decir es... él mismo dice...

—Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—Yo mismo lo he vivido con ellos... (inaudible) pero simplemente te dejan...

—Sí, pero solo recojo lo que dijo ese hombre. Hubo una entrevista. Sí, señor, estuvieron en la radio. Dice: “Sí, si te adentras mucho en las montañas, ya no puedes estar seguro de tu vida”. Eso lo dice el como hijo de pura cepa

de esa raza (véase el artículo 'No existen las razas' en rulof.es). Pero era ingeniero, no, era licenciado en derecho.

(Señor en la sala):

—Bien, pero esto, a su vez, era con motivo de su vida espiritual.

—Sí, evidentemente. Por eso lo que digo es: hay mucha diferencia entre un papúa y otro.

(Señor en la sala):

—Sin duda alguna.

—Allí estamos. Nosotros observamos a esa gente, la observamos. No se haga ilusiones como occidental. Porque si usted de verdad se pone a conocer los grados del organismo, nosotros mismos volveremos a esa jungla. Y entonces nuestro espíritu será muy raquítrico. ¿Cierto o no?

Pero, ¿está satisfecho? ¿Ha quedado claro?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Aquí, en Occidente, señor, de verdad que se trata de la ayuda estatal por tener hijos.

(Risas).

Ese bueno de Willem Drees (primer ministro de Holanda entre 1948 y 1958) hace cosas bonitas, pero para mucha gente vuelve a ser desintegración. Todo se nos está haciendo demasiado fácil. Es mejor ganártelo. Pero, claro, esas son las trampas sociales, ¿verdad?, las de la sociedad. Porque hay que ver lo que se cuece allí, ustedes ya me entienden.

(Señor en la sala):

—Pero, señor Rulof, en Oriente también reciben esa asignación.

—Tiene que volver usted allí.

(Señor en la sala):

—Sí.

—Sí, ¿y allí también están empezando?

(Señor en la sala):

—Bueno, sí.

—¿El (presidente) Sukarno le da ahora una ayuda?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Pero no como europeo, ¿no?

(Señor en la sala):

—Como europeo, y los autóctonos también.

—Toma.

(Señor en la sala):

—Todo.

—Toma. El señor va a volver otra vez. ¿A nuestro amigo Sukarno?

—Sí.

—Toma. Salúdelo de nuestra parte y dígale que queremos llevar la cosmología a Indonesia. Una vez tuvo allí mis libros; desconozco si se los leyó. Debería usted sondearlos por allí. Los había leído su secretario, los estuvo haciendo circular. Los recibió en el Kurhaus. Sí, espero que hoy o mañana escriban, pregunten: “Vente un momento a Indonesia, o da un par de charlas en la radio”. ¿Les interesaría, señor?

(Señor en la sala):

—Seguro.

—¿La masa?

(Señor en la sala):

—Seguro.

—Pero ¿cómo logro desprenderlos de Mahoma y del islam? Y hay millones de indonesios que saben que el ser humano nació en las aguas.

(Señor en la sala):

—Sin duda.

—Lo saben. En Occidente solo ahora lo están recibiendo.

(El señor en la sala dice algo inaudible).

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Los budistas.

—Sí, bien, millones, y todos ellos me dan la razón.

(Señor en la sala):

—Allí no hay budistas.

—No. Son metafísicos, son personas espaciales. Pero las religiones orientales sin duda las han... Bueno, bueno, ese islam es algo que yo no puedo cambiar. Porque entonces queda bastante por cambiar en él. Y esa gente no te acepta. Ya me habrán decapitado antes de santiguarme. Entonces tendré que volver de todas formas a la iglesia católica, señor. Para meterlos un momento en vereda, pero a ese punto no llegaremos.

Aquí tengo... ¿Todavía es parte de aquello? No.

Pregunta número uno: “Me gustaría volver todavía una vez a la última pregunta de la semana pasada, sobre los rezos”. Pero ese señor ya vino a verme, me dijo: “Ahora ya lo sé todo”. Veamos si usted tiene algo más. “Puso entonces como ejemplo las oraciones por una niña enferma que al final murió de todas formas. Así que todos esos rezos no consiguieron nada. Sin embargo, en sus libros André reza...”, se lo he contado, “por la salvación de la enferma Doortje”.

Sí. Pero el magnetismo, esos pequeños tumores que extraemos, fue una oración. Además le diré que el maestro Alcar me hizo rezar de forma decidida. Y yo también se lo aconsejo. Si todavía no lo sabe, si no está segura

de si misma, rece, por el amor de Dios, con toda la intensidad que pueda. Asegúrese de esa manera, si conoce las leyes y dice: “La muerte es ‘tiene que morir’, es evolución”, entonces no está rezando por ello. Saque de allí todo lo que se pueda e intente comprender para qué cosas puede rezar. Porque cuando conseguí mi conciencia por los libros y los desdoblamientos corporales, entonces supe, claro, que no podía rezar por la vida y la muerte, entonces eso ya se fue por la borda. Y no quedó nada más; eso, a su vez, es sintonización con el espacio: dame la sabiduría, la fuerza y además el amor, para que pueda recurrir a todo lo que sea mío para aquello que pido. Y entonces te queda todavía un ser uno universal, y vivirlo y rezar con el espacio. Y eso es lo más poderoso de lo que hay. Imposible quitárselo a nadie. ¿Entienden, verdad?

Y hubo personas que dijeron: “Dijo usted: ‘El maestro Alcar primero hizo que me dejara el alma rezando’”. Y el mundo astral, esos maestros hacen esto: los dan la vuelta a ustedes hasta que esos sentimientos hayan sido vencidos y empiecen a ser sentimientos espirituales. Y entonces el ser humano lo hace de otra manera. Y así muere el sentimiento material; y entonces se alimentará lo nuevo que haya despertado en usted. Y eso será saber, cambio, nueva conciencia para la personalidad. ¿No es sencillo? Si tienen preguntas sobre eso...

Pregunta número dos: “¿Cómo enfoca usted el padrenuestro tal como lo enseña a rezar la Biblia?”.

¿Hay gente ente ustedes que todavía reza a fondo el padrenuestro? ¿Nadie? ¿Ya no rezan para nada el padrenuestro? Menudos herejes que hay aquí.

(Risas).

Menudos herejes. Pero si empiezan y conocen las leyes y saben... Esta gente sabe... no son locos soberbios, sino: somos dioses, como seres humanos. Dios se manifestó por medio del ser humano, la vida: o sea, de nosotros. De los seres humanos, los animales, las flores y las plantas, el espacio, los planetas, las estrellas. Eso es el Dios aquí como ser humano. “No nos dejes caer en la tentación”. Cuando vino eso... Siempre ese padrenuestro, y que no para nunca, porque forma parte de esto, eso es el padrenuestro. Se dice que Cristo dio eso al ser humano. Entonces los maestros más elevados del otro lado dijeron: “¿De verdad dijo Cristo eso?”. No saben de dónde vino el padrenuestro. ¿Cuándo oyeren los autores de la Biblia que de verdad se materializó en los labios de Cristo?

“No nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal”. Señora, si no hace el mal ni quiere el mal, no hace falta que Dios la proteja. Y Dios de verdad que no la va a... ¿Qué clase de padre, de Dios, es ese que deja que la gente —eso no lo hace ningún padre ni ninguna madre de la tierra— caiga en la tentación? Nos pone ante los hechos y dice: “Mejor ni tocarlo”. No, los llevará decididamente a ese peligro. Y entonces a nosotros no nos queda más que pedir: “Por favor, mejor no lo haga”. Santo cielo, ¿de qué le serviría a

ese Dios? Entonces me tropecé. No conseguí que me saliera de la boca. Y toda la gente dice: “Yo tampoco ya sé hacerlo, porque sucumbo”. “No nos dejes caer en la tentación, líbranos del mal”. Si abandonas a tu mujer e hijos, ¿hay que pedirle entonces todavía a Dios: “¿Líbrame del mal?”. Uno mismo ya lo es. Y aunque lo somos y representamos en cien mil cosas, todavía ese padrenuestro sigue significando algo para el ser humano. Y entonces uno se pregunta, señor: ¿fue Cristo quien lo materializó? Y entonces se convierte llana y simplemente —¿no es horrible?— en un gemido.

Y a ver quién le dice eso a un obispo, a un teólogo. Al pastor Spelberg, por ejemplo. Digo: “Señor, ¿acaso es un disco lo que oímos cada viernes por la noche?”. “Venimos por ti y estamos ante ti, y nos inclinamos”, y después hay algo más. Siempre lo mismo. Dios, Dios, Dios. Ese es doctor. Los dos hermanos, y después se oye un poco esto: whuhuhummmm. Y es entonces cuando aparece. “Volvemos a estar ante ti, desnudos, y pedimos...” Ante ¿qué? Dios mío, Dios mío, pues, hazlo y ya.

“Y danos la sabiduría”.

“Señor Spelberg, cuénteles a la gente que el paraíso, el comienzo, es puro cuento y que el ser humano nació en las aguas, porque has recibido ‘Los pueblos de la tierra’. Pero no lo sacas a la relucir”.

Imagínense, señor y señora, lo terriblemente farsantes que son. Siguen mintiendo en la faz de Dios, porque no les da la gana. Porque cuando allí llega esa palabra, señora, señor, pierden su puesto de trabajo, ya no tienen qué comer. Y entonces se va el liberalismo, y el protestantismo libre... sucumbe la emisora protestante VPRO.

“Hoy, oyentes...”. Y entonces sigues sin oír nada. ¿No lo oyes? ¿No escuchan? A uno le entra el miedo cuando oyes cómo reza esa gente a fondo el padrenuestro. No sacan nada en claro. Ni meten nada nuevo, jamás. Mienten y engañan, porque no creo que un doctor Spelberg siga creyendo que Dios tomó una costilla de Adán para hacer a Eva, de un poco de barro y aliento vital. Ahora lo único que se hace es engañar al ser humano y mantenerlo callado. ¿Qué es en realidad? Bueno, pues a rezar.

Y ese padrenuestro es exactamente lo mismo. A la teología no le da la gana aprender a pensar de verdad lo que dice el padrenuestro. Dios dijo... El ser humano dice: “No nos dejes caer en la tentación”. ¿Qué clase de payaso fue ese Cristo, que andaba por Jerusalén y dijo: “Que pase de mí este cáliz”. ¿No se enfurecen ustedes entonces como seres humanos? En la guerra asesinaban a la gente con colillas, en la espalda. Entraban por detrás, señor, con unos grandes agujeros, salía la sangre. Y ya llegaban a los pulmones y aun así decían: “No, no diré nada”. Fuerza. Sí, si hubiera sido por Cristo, habría sido aún más poderoso, ahora era para los bajos fondos.

Y el Hijo de Dios yacía en Getsemaní, solo, y seguía enojado porque Pedro se había quedado dormido. Y los apóstoles dormían allí, estaban agotados, agotados de hacer preguntas, porque ese día habían andado treinta kilómetros. Y ahora sucederá. Y el Consciente divino, Cristo, dijo: “Que pase de mí este cáliz”. Fíjense, escuchen eso, siéntanlo a fondo: Cristo, el Consciente divino sucumbió en Getsemaní. Sí.

(Señor en la sala):

—Y a otro lo echaron a la hoguera y siguió siendo él mismo, ¿y que Cristo no iba a ser capaz?”

—No. ¿Y eso nos lo tenemos que creer? No, señor, no señora, decimos nosotros al pastor y al señor Spelberg y a todos los católicos, en eso han convertido ustedes mismos a Cristo, porque el nuestro no fue. El nuestro dijo: “No hay muerte, Yo voy a continuar”. ¿No es así? Y después siguen diciendo que estamos locos, que somos herejes. Pero tenemos un Dios muy diferente, un Cristo muy diferente. Y ese Dios nuestro ya no escucha ese padrenuestro. Claro, ahora podrías decir: “Señor, todo eso ya lo entiendo”. ¿Pero qué de cosas no hay allí medidas? No nos dejes caer en la tentación, dwubdubdubdub. Sí.

Naturalmente, la gente piensa: “Ese está como una regadera, ese tipo, no puede ser de otra manera”. Porque supongo que no todos estarán de acuerdo conmigo, ¿verdad? Es imposible, ¿no? Eso no es posible, ¿no? Hay cada vez más de esa gente tronada que viene aquí.

Resulta que el ser humano sí que está aprendiendo a pensar.

Gente, gente, ya me gustaría que Nuestro Señor nos preguntara alguna vez: “A ver, todos a cruzar el mundo en un grupo de treinta hombre y mujeres, cuarenta. Y a empezar mi obra”. ¿Quién se viene conmigo? Pero entonces viviremos de los cangrejos, Piet Hein, y de caracoles y pieles de hormigas y del jugo de una fruta y de unas hojas. ¿Y estaremos envueltos en una piel de esas de oso? No, señor, ni siquiera eso nos darán. Ya encontraremos por aquí o por allá una mata de paja. Tan a gusto en el frío. Primero vamos a convertir el polo norte. Sí, los esquimales, señor. Porque mejor ni irse a Occidente, allí ya tienen bastantes de esos mesías. Pero tampoco iremos con túnicas blancas, nos envolveremos con los colores de la bandera, rojo, blanco y azul, así al menos sabrán de dónde venimos, con una cruz pintada.

Pero sígo. “Quizá esta y muchas otras preguntas que se le hacen sean un testimonio de pobreza espiritual o de personas incapaces aún de pensar espiritualmente. Pero sus oyentes no están en comunicación con maestros ni poseen otros dones espirituales. Para muchos entre sus oyentes que han leído sus libros, esto es y sigue siendo una fe sin prueba alguna. Quedan a la espera del momento en que todo esto lo vean ellos mismos”.

¿Qué quiere decir usted? ¿El catolicismo o esto?

(Señor en la sala):

—Esto.

—¿Esto de aquí?

(Señor en la sala):

—Sí.

—¿Pruebas? Sí, pruebas hay de sobra. Hemos recibido los libros. He hecho sanaciones. Con las sanaciones ha asistido a milagros, los he vivido, la gente los ha vivido, una decena, una veintena de milagros a lo Cristo. ¿Y piensa usted que la gente me cree ahora y me aceptan sin dudar por ese milagro? Sí, un rato. Oiga, señor, en dos, tres años, los habrá olvidado usted. Y ahora entiendo por qué los maestros no quisieron comenzar con esos milagros. Porque no se consigue nada. Uno solo vive la pobreza humana que está hecha un asco por el dolor, la pena, la desgracia física. Cuando haya pasado eso... Es cuando al Mesías le arrojaron piedras por la espalda. “Me ha hecho vidente”, decían. “Me ha hecho vidente”. Sí, porque entonces empezaron a robar. Entonces el ser humano que veía también quería poseerlo todo. “Ojalá no lo hubiera hecho”, dijo papá, y mamá, “entonces esa hija nuestra no se habría convertido en una zorra”. Y ahora eso se lo echan en cara a Cristo. Señor, ahora los milagros no dicen nada.

Pero nosotros tenemos pruebas por los libros. No puede proceder de un solo ser humano lo que tenemos allí, porque lo que tengo aún no está a la venta en el mundo. Aunque hay bastantes sectas que han avanzado tanto como nosotros, solo que nosotros profundizamos un poco más, equis grados más. La teosofía es poderosa. Buda es poderoso. Aunque Buda no tuvo esto, la teosofía sí lo tiene, y aquello, en cambio, no, sino un cinco por ciento de lo que tenemos, a lo sumo; pero bueno, allí está. Aquí, señor, hay gente, sin embargo, a las que estas leyes conmueven y sacuden. Sienten pertinentemente: eso es. Y entonces ya no hace falta ninguna prueba, porque se han revelado su alma, sus sentimientos del pasado.

Se lo digo cien veces: si ustedes no estuvieran aquí... Ustedes ya son personas especiales. No debería darles eso, pero así es, son ustedes tremendamente maravillosas frente a este mundo. Lo que hagan con eso todavía no dice nada. Aunque sigan increpándose unos a otros. Aunque sigan teniendo desgracias. Pero el que ya estén acogiendo un galimatías del espacio, señor, es la conciencia más elevada, la felicidad más elevada para el ser humano de este mundo. Solo crucen un momento el mundo. Ya lo han hecho. El que ya escuchen a los dementes espirituales es la posesión más elevada, porque la ciencia no sabe todavía, ninguna universidad, que el ser humano ha vivido millones de veces en la tierra. U ustedes lo creen, ustedes creen en esas tonterías. Y eso es... para nosotros eso es la experiencia irrefutable, la aceptación.

Yo lo he visto, ya no me hace falta creer. De todas formas, ya no creo nada:

yo sé.

Y la gente aquí también lo sabe. Pero aun así siempre hay una esencia, hay... recibo todo el tiempo las pruebas de que todavía siguen sin saberlo. Tengo a gente que sigue viniendo desde hace años. Hay gente aquí que viene dos veces, tres, cuatro, diez, y aun así todavía sucumben, entonces ya están llenos. Tampoco quiere decir que lo arrojen por la borda. Pero, en cualquier caso, no adquieren un asidero. Porque tienen que hacer algo por ello. Los tengo acompañándome siete años, ocho, nueve. Los tengo en edades de veinte años, que ya conocía antes de la guerra, en 1930, 1934, 1933, y que luego siguieron, siguieron, siguen; y que, ciertamente, todavía sucumben en 1947, 1948 y 1950, en 1951. Y entonces lo que llegan a tener ustedes... ¿Y debido a qué? Por nada o por lo que sea, da igual; desaparecen.

¿Y quieren hacerme creer entonces que esa gente lo supo? ¿Y que de verdad tenían amor? ¿Y que esas rosas y esas flores que dan al maestro Zelanus se dieron de forma realmente consciente? Señora, son espinas para los maestros. Por eso dice una sola vez: “Denme una flor de su corazón y podré depositarla en el Gólgota donde el Verdadero”. Pero aunque depositen allí flores por cien florines, señora y señor, no podrán demostrar dentro de cien años que ustedes aún continúan... Y por el amor de Dios, no den flores a Nuestro Señor si todavía no están seguros, con todas esas dudas suyas. Si ustedes... si los seres humanos no estamos seguros de que esa florecita que ponemos allí a Sus pies la podamos representar ante el mundo eterno, entonces ya entenderán que esa cosa se marchitará allí en solo unos minutos. Así que la realidad nos obliga a creer y a aceptar decididamente.

Señor, es cien veces más difícil alcanzar, vivir, a nuestra gente, que a la criatura de la iglesia católica. Ojalá tuviera yo ese sentimiento de Jehová en el ser humano para la masa. Porque son hachas. “Un abonado a Jehová”, dicen. Esos no hacen más que ir de puerta en puerta.

La gente conmigo también quiso empezar con ello. Digo: “En el espacio no se pueden comprar las limosnas espirituales”. Todo eso son limosnas. Pero ¿cuándo nos entra, despierta en nosotros, el sentimiento de Jehová, la aceptación decidida de lo que dicen los maestros? Y eso es... no me es posible decir más: respondo con mi vida.

Señor, vengo del campo, todos ustedes han ido a la escuela y han estudiado; yo no. Conmigo esto empezó de niño. Y cuando empezaba, sin lugar a dudas, señor... Dice usted: “Esa gente cree”. No, señor, esa gente mía, esos pertinentes, que son pertinentemente míos, también encontró moneditas en el bosque, y es tocada por diferentes cordelitos. Y para esas personas... claro, están listas. Yo solo consigo una de entre cien mil, pero esa en concreto es de los maestros, y esa es la que recibe cordelitos. Esa gente será tocada hoy o mañana, y entonces la gente come bizcocho celestial. Y entonces estarán

ante la tumba, la persona que haya muerto estará a su lado. Porque también han vivido algo. Y entonces ya no es: ¿de verdad que será así? No, señor, esto simplemente es.

Aquí tengo a gente, señor... a cualquiera se le caerían las lágrimas. “Si tengo que demostrar con las manos, señor Rulof, que lo digo en serio, pues entonces córtemelas”. Ya me cuidaré de ello muy mucho. “Esa también, aquella también, esa por el sentimiento, aquella por la gratitud, ese cacho para mostrarme a mí mismo, y esa mano también, también mis piernas, mi sangre, mis ojos, mi luz”.

Digo: “Oye, mejor estáte seguro, cuidado con lo que digas”.

Pero, oigan, que lo hacen. Algunos están aquí. Si pudieran demostrarlo, señor, entonces puede usted... entonces los puede clavar esta misma noche en la pared, con clavos en las manos y las piernas, y le garantizo, si quiere saber usted cuánto he fortalecido a diversas personas, y no para majaderías... Si los llamo ahora, en este momento, y vamos a por los clavos, le demostraré que aquí tengo quienes dicen, y eso ya no es creer, señor: “Clávalos, tranquilo. Dale con el hacha”.

¿Quién se atreve? Y esos están aquí. Saben que yo también soy capaz de ello. ¿A eso lo llaman todavía creyentes?

(Señor en la sala):

—Es saber a ciencia cierta.

—¿Qué?

(Señor en la sala):

—Que es saber a ciencia cierta.

—Es saber. Y cuando entiendan eso —tienen que sentirlo ustedes mismos— será fuerza que durará para la eternidad, vigor, es la mano que sujeta y que dice: “Por aquí. Por allí”.

Señor, tengo un sagrado respeto por alguien que conozca la Biblia, el verdadero explorador de la Biblia, que ha estado escarbando hasta desangrarse. Un verdadero católico, uno de verdad, teníamos a Crisje como ejemplo, esa gente es tan sorprendentemente hermosa.

Pero lo que dice ese hombre allí: “Maldito canalla, y bicho y todo”. ¿Y después a rezar? Y a poner a parir a papá. “Y tu padre es un loco, y tu padre es lo otro”. Azuzan a los hijos contra el padre, son psicópatas. No se puede hablar con esa gente.

Aquí, sin embargo, sacamos hasta la última gota. Pero no quieren hacerme creer, si quieren recurrir a todo, que ya por un leve soplo mío, si los tratara con algo de severidad, ya se marcharían corriendo. Sigue pasando. Esa gente a mí ya no me dice nada, señor. Porque si de verdad quiere sanar usted, señor, entonces es necesario que esta personalidad... que estos perifollos de su personalidad, esas cositas que quiere usted vivir con semeiante hipersen-

sibilidad... Entonces son personas hipersensibles, esa gente es tan hipersensible... Lo cual no existe para el espacio. En el espacio no conocemos... en el otro lado no conocemos ninguna hipersensibilidad, señor, porque eso sigue siendo debilidad. Debilidad, debilidad, debilidad. Esas personas se sintieron apaleadas, fueron pisoteadas, fueron alcanzadas de lleno. Esto... ja... Están destrozadas. Vaya, vaya, a ver quién las envía al polo norte para ayudar a la gente. A ver quién convierte a esas criaturas, que veneran allí a los maestros, y todas esas cosas más, a ver quién las convierte en gente de Jehová. No lo tienen, no pueden.

¿Sabe usted cuándo siento respeto por mi gente? Cuando realmente se van desangrando. A ustedes los recibiré luego cuando hayan tenido 'Jeus III'. Así sabrán también de dónde viene esto. Cuando lo hayan leído, señor, señora, estaremos mucho más cerca el uno del otro. Y entonces para mí no habrá mendigos en el mundo. Basta con que ustedes me digan una sola palabra y les retiraré mi simpatía, por completo, durante mil años, con una sola palabra que me arrojen, sin más, a la cara, que yo oiga y ustedes digan. Ya ni siquiera reaccionaré, porque se convertirán en viento para mí. Los maestros, las personas, Cristo, nos dejamos la piel y luego encima la gente dice: "El espacio y esto y aquello los manda como mendigos a la calle". En el espacio no hay mendigos espirituales. Quien diga eso sí lo es. Y eso es pobreza e inconsciencia. A esa gente ya no me digno en mirarla el resto de mi vida. A esa vida la amo, pero el carácter no me dice un pimiento. ¿No hacen eso ustedes también? ¿Puede comprarse la conciencia espiritual?

Dios mío, ¿cuándo descenderemos en nosotros mismos y nos haremos seres humanos normales? Podemos hacerlo por medio de estas leyes y esos libros. Mejor no vuelen demasiado alto. Y si no sienten deseo por... Les digo aquí: esta es la eternidad. Inclinarsos, eso tenemos que hacer aquí. No ante un ser humano... También ante un ser humano, claro, eso lo oyeron en la historieta de ese hombre de allí. Inclinarsse ante el ser humano. Y si este no quiere, llega el final, entonces se muere el sentimiento del amor, la unión. ¿Cierto o no? Y entonces dice el abogado: "Aquí ya no hay nada. Zas, fuera. A separarse. Mejor hagan algo nuevo". Sí, ahora vamos a empezar de nuevo. Que surge algo. Bueno, así aprenden algo. Pero así es cuatro veces, cinco, seis, y nunca consiguen la felicidad.

Señor, ¿está satisfecho?

Puedo seguir con esto, porque contiene tantas cosas más.

Ahora volvemos a tener al señor Berends: "Página 191, 192, parte 2, de 'Las máscaras y los seres humanos'. Frederik está en el harén de Hans y constata que el sentimiento de odio es más fuerte entre las mujeres que entre los hombres. Precisamente debido a que las mujeres quieren dar algo y quieren recibir algo y a que estos sentimientos mueren aplastados y a que todavía son

demasiado débiles para esta vida material, se pierden a sí mismas por completo. La pregunta es: ese odio, ¿ya estaba presente en las mujeres? Esta demencia enfermiza ¿también es un karma material?”

Mire, señor Berends: ahora se desprende usted de la personalidad, los sentimientos lo dejan libre, y ahora sale usted con el karma material, que hace poco analicé a fondo. ¿Es así?

¿Por qué el odio de la madre es más profundo que el del hombre? Y eso que un hombre puede tener un odio profundo, pero el de una madre aun va mucho más allá. ¿Por qué?

(Señor en la sala):

—Porque ella es el principio alumbrador.

—Sí, el principio alumbrador. Pero eso ¿qué significa? ¿Por qué el odio de la mujer es más profundo que el del hombre? ¿Por qué puede tener un odio más profundo que el del hombre? Aunque los hombres tampoco somos moco de pavo. Enseguida ya los tendré, así me tendré a mí mismo también.

(Señor en la sala):

—Porque los sentimientos de ella son mucho más profundos que los de un hombre.

—Sentimiento más profundos, ¿en dónde?

(El señor en la sala dice algo inaudible).

—¿En dónde? ¿En dónde?

(Señora en la sala):

—Señor Rulof, yo diría más bien que el hombre tiene un odio más profundo que el de las mujeres, debido a que esta siempre tiende a sacrificarse.

—Ya, pero de eso no estamos hablando ahora. Entonces estamos hablando del sacrificio y del amor. Pero se trata del odio. Tenemos que atenernos al núcleo.

¿Por qué la madre es capaz de tener un odio más profundo que el hombre? ¿Conoce usted ‘Los dones espirituales’, esos dos libros? ¿No se acuerda de pronto? La madre es capaz de tener un odio más profundo porque también tiene contacto con el espacio. Nosotros estamos separados, libres del espacio. No tenemos unión con el espacio; la madre, sí. Porque la madre... o sea, dar a luz pasa por encima de la creación.

(Señora en la sala):

—Y nosotros andamos al margen.

—Y nosotros andamos al margen. Así que, a la hora de la verdad, el odio de la madre puede ser más profundo que el del hombre, porque este sí que tiene ese sentimiento como cuerpo, como espíritu, pero no como cuerpo, como ley de la naturaleza. ¿No es sencillo?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Pero el hombre también puede perder los papeles. Sí, esos encantos han destrozado todo. A su manera. Pero esto es un sentimiento natural. ¿Lo entienden? Esto es odiar divinamente. Es decir: hay una fuerza de voluntad que les hace sentir tan profundamente, por lo que la madre dice: “Tú prepara lo que quieras”. Y, ciertamente, la madre dijo: “No”, y siguió siendo “no”, mientras que el hombre ya se había derrumbado. Ella seguía sujetándose. Y era tan terrible, señor, se ahogó y dijo: “Si me muero, ya mostraré los dedos”. Y se ahogó en el agua y entonces todavía emergió la mano y dijo: toma. ¿No lo conoce usted? ¿Ese cuentito? Y encima ella tenía razón. Ella dijo: “Los drudels”.

Sí, señor, Berends, la madre puede tener un odio más profundo que el hombre.

Y dice usted: “Ese odio ¿ya estaba presente en la mujer?”. En la mujer, ¿en qué mujer? ¿En la espiritual o la material?

(Señor en la sala):

—En la mujer material.

—En la mujer material. Un cuerpo, ¿es capaz de odiar?

(Señor en la sala):

—No, yo digo...

—Sí, si habla usted de la mujer espiritual y la material... ¿Ya estaba ese odio en la mujer, en las mujeres? Señor, ¿está usted libre de odio? Una cosa le diré: si las señoras, cualquier loco, cualquier demente, si estuvieran libres del pensamiento erróneo, sin odio, sin envidia, sin disarmonía... agradables, con sentimientos, espacialmente... Señor, ¿cómo se puede convertir uno entonces en un niño? ¿Cómo se puede echar a perder uno? Entonces, ¿cómo pueden sus propios pensamientos apartarlo de la divina vereda? Porque eso es imposible. Debido a que el ser humano es inconsciente, unos seres humanos se vuelven locos, entran en disarmonía.

Así que, adelante, odien, pero se destruirán a sí mismos. Si no es ahora, luego. Los cotilleos, las habladurías, señor, desintegran; se convertirá a sí mismo en un nido asesino. Entrará en un mundo que no es otra cosa que cotilleos y habladurías. ¿No es así? De modo que de todas formas se desintegrará a sí mismo. Pero un ser humano, señor, que tiene cosas hermosas, que piensa de forma hermosa sobre la vida, sobre el ser humano, sobre la naturaleza, sobre Dios y todo, ¿cómo podría estar ese ser humano en las tinieblas? Todo eso es luz, vida, realidad, armonía, sentimiento, unión. Eso va mano a mano y hace un vuelo a través de la naturaleza. ¿No es así? Son cánticos, señor. Es Poesía y Verdad. Es un poema veraz, espacial, universal, porque lo conducirá al amor espiritual, espacial. Amor. ¿Lo oye? ¿No es así?

Con que usted, señor, solo piense un solo instante mal —aprenda eso de mí—, ya se sintonizará con la inconsciencia, y eso son tinieblas, no podrá

vivir esa luz. Con que yo solo pensara un instante de mí mismo: esa gente me está mirando y pienso: ¿qué quieren de mí? Ni siquiera debo pensar: ¿qué querrá esa gente de mí? Todo está bien. Aunque me den una paliza. No debo pensar mal de la gente, entonces ya me quedo fuera.

“Y cuando usted empieza, André”, dice, “a raíz de ese golpe, de esa bofetada”, porque seguimos viviendo sumidos en las desgracias, en las calamidades, en la desintegración, esa es su sociedad, “a pensar mal de quien lo golpea, entonces me quedo sin poder hacer nada. Porque pensamos de forma armoniosa sobre la vida de Dios”. Y cuando uno recibe ese golpe, será mejor no olvidarse que eso es desarrollo y evolución, porque nada ocurre a cambio de nada. ¿No es sencillo?

Que los colaboracionistas holandeses de los nazis apostaron por el caballo equivocado durante la guerra, lo pueden demostrar ahora, porque les sirvió de lección. Pero entonces no lo sabían todavía. Ahora sí.

Que haya otra vez un Mussert. A ese lo... ¿Saben lo que pasaría ahora con un segundo Mussert? Los míos ya no lo harán, ya hace tiempo que se les olvidó y están agradecidos por la paliza que se les dio. Pero para otras personas... Recibiría la misma paliza que la que recibieron los hermanos De Witt, y entonces ya pueden ponerse a construir una Puerta de los Presos. Porque a esos nuevos Mussert que todavía lleguen los descuartizarán y que quieren enloquecer al ser humano con una pequeña insignia.

Señor, ¿quiere que le dé una medalla? No cuesta nada. Pero se la tiene que pagar usted mismo. Le pondré en la solapa del abrigo una medalla de pacotilla, una bien grande. Le daré un colorcito muy diferente. Y la sociedad se reír de nosotros. Pero ¿qué hemos aprendido en estos cinco añitos? Ay, ay, ay. Señor, yo no estaba tan loco, pero me habría gustado luchar con Mussert. Pero hay que ver la escuela tan poderosa que ha tenido esa gente, esos colaboracionistas nuestros. Es sorprendente, ¿no?, es la gente más maravillosa con la que me encuentro ahora en la sociedad (véase el artículo ‘NSB y el nacionalsocialismo’ en rulof.es).

Los malditos están allí y han recibido puestos de trabajo en caballo blanco. Ellos ya saben. ¿No creen que habrá más de esos antiguos alcaldes que echamos hace poco? Porque tenía que largarse rápidamente, porque, claro, había más de esos. Señor, han echado a esos alemanes; si lo investiga un poco, ay, ay, ay, ay, ay, le dieron permiso, pudo cruzar la frontera, sin más. Al mayor bandido que tuvimos encima le dieron una paga. Ay, ay, ay, hay que ver lo honestos que fueron sirviéndonos. Bah. Debería de echar usted un vistazo entre bastidores. Debería hablar con gente que sabe algo de eso, señor, entonces hará que estalle todo el asunto. Y encima trabajan para Dios y la Biblia. Y a semejante pobre diablo que pensaba estar al servicio del progreso lo echaron en un campo de concentración de esos, para dentro, y...

Nuestra hermosa gente holandesa se convirtieron en peores verdugos que los alemanes que llegamos a conocer aquí, y a los que hace tiempo ya ejecutaron. Fíjese en lo que dicen los señores soldados holandeses, odiaron, señor; la misma táctica la aplicaron a los pobres colaboracionistas holandeses (véase el artículo ‘NSB y el nacionalsocialismo’ en rulof.es), a esos los despellejaron a golpes. Los pegaron contra la pared, desnudos, para que les congelara la espalda. Y después la quitaban de la pared, y pensaban que el resto ya seguiría. Ocurrió, aquí, en Holanda. Y esos son nuestros hijos holandeses.

Señor, atención, porque todavía vivimos en la jungla. Y esa gente luego hace comentarios sobre los papúas y los rusos. Y esa gente quiere representar a Dios. Y esa gente reza. Claro, claro, nosotros eso lo atravesamos con la mirada, gracias a Dios. Y todo eso no es más que odio, señor.

“Esta demencia verdadera, ¿también es un karma material...?”, ¿cómo puede decir eso? Eso es pobreza espiritual, “¿... debido a que se lo han causado el uno al otro en una vida anterior en un mismo estado?”.

No, señor, siguen trabajando, siguen trabajando en ellos mismos, y sucumbieron por la vida en la tierra, por desear algo, por eso surgieron locos. Hay gente que odia como diablos, solo porque representan una fe, porque: “Lo que tiene usted es diabólico”. Y ahora lo odian a usted, señor, hasta el infinito. ¿No conoce usted el odio católico hacia otra fe? Eso ni siquiera lo hace la iglesia católica, pero pasa así, sin más. Ese personajillo de la iglesia, sin embargo, debería fijarse usted, con los ojos y los oídos, cómo el otro ser humano es odiado por otra fe de Dios. Y eso ocurre ahora en 1952. Mejor no se haga ilusiones, porque la humanidad solo ha empezado a pensar hace una séptima parte de una millonésima de segundo. No siento respeto por un teólogo, señor, que hable de condena. ¿Lo tiene?

(Señor en la sala):

—No.

—Ya no hay nadie que se ponga a pensar y que intuya y vea la vida en la naturaleza.

(Jozef continúa leyendo).

“Hay una en el harén que regalaba mucho dinero y que al mismo tiempo lo conectaba con la pasión. O sea que también una debilidad, y detrás: una máscara”. Sí. “La sensibilidad”, pregunta usted, “y las máscaras ¿son más fuertes en las llamadas mujeres homosexuales que en los hombres? La homosexualidad de la mujer, ¿es más fuerte que la del hombre?”.

(Señora en la sala):

—Pero la homosexualidad ya es hombre y mujer, ¿no? ¿No es...?”.

La homosexualidad es masculina y femenina.

(Señor en la sala):

—Sí, claro, pero ¿no es...?, ambas están en el límite de convertirse en hom-

bre o mujer, ¿no? El hombre en mujer y la mujer en hombre, ¿no? ¿O es al revés?

—Sí, sí, o al revés, sí, de eso se trata ahora. Hay hombres que sienten que son madres. Y hay madres que sienten que son hombres. Son dos leyes diferentes. Ahora, respecto a esto, el señor Berends pregunta: “La homosexualidad de la madre ¿es más fuerte que la del hombre?”.

(Señor en la sala):

—No, la sensibilidad de la mujer, de la mujer homosexual, ¿es más fuerte que la de los hombres? En el caso del hombre el cuerpo material, donde la mujer, el sentimiento.

—La sensibilidad es el sentimiento, y eso se refiere al sentimiento “homosexualidad”. Y usted dice “no” y yo digo “sí”.

Así que, ¿hay una diferencia en ese grado de sentimiento?

(Señor en la sala):

—No.

—¿Por qué no?

(Señor en la sala):

—Porque los sentimientos de un hombre como materia con sentimientos femeninos los podemos equiparar a un ser femenino con un sentimiento masculino.

—Señor, no hace falta que busque tantas palabras. El sentimiento es uno con el sentimiento. Y de lo que se trata es solo: amor. Ahora de una manera que ya no puede experimentar un límite del amor. Así que en ella, en él, no hay más que un solo sentimiento. Y es anormal, porque todavía no son madre y él todavía no crea. Pero ambos están en lo maternal, en lo paternal; creando, dando a luz. Y ese sentimiento es anormal, es fragmentado, porque acaban de salir de allí. Y ahora: ella en un organismo masculino, él en un organismo maternal. Él en la madre y ella al revés.

Porque esos límites continúan. Transición: reflexionen sobre eso.

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

—¿Tengo tiempo todavía?

(El técnico de sonido):

—Unos dos o tres minutos.

(Jozef continúa leyendo):

—“¿Qué significa: ¿las mujeres son más serias que los hombres? Es innegable la sangre de la jungla”.

Allí estamos otra vez. El pensamiento de la madre puede ser más profundo, más profundo, más profundo en cien mil cosas que el del hombre, porque en ella está el sentimiento de la naturaleza como organismo materno. ¿Ha quedado claro? Está clarísimo.

¿Quién te da el amor más grande?

(Señor en la sala):

—La mujer.

—¿Quién? Claro, ya estamos otra vez. ¿Quién da besos más profundos?
¿El hombre o la madre?

(Señor en la sala):

—La mujer.

—Bueno, ¿y quién es más honesto?

(Señor en la sala):

—La mujer.

—Gracias.

Señoras, orquídeas de los caballeros.

“Quiere decirse con esto que el estado animal del habitante de la jungla, como mujer, alberga el principio alumbrador y que tiene que aceptar la maternidad?”.

¿Lo ve? “¿Qué significa: las mujeres son más serias que los hombres? ¿Quiere decirse con esto que el estado animal del habitante de la jungla, como mujer...?”. No, no tenemos que volver a la jungla. Nos quedamos con la sociedad en la que vivimos, “... porque en la jungla se ve poco la homosexualidad”.

Cuando se aleja usted y ya se sale de esa jungla y empieza a tener pensamiento humano, es cuando empiezan las chapuzas humanas. ¿No lo constató allí, señor? Continúe, sin embargo, más y más, y descienda, señora, entonces el ser humano no tiene el sentimiento, lo que tiene es... se disuelve en su trabajo, no tiene pensamiento, sino que actúa decididamente según el organismo. Y entonces llegará a ver usted una vida, un pensamiento, un sentimiento, muy diferentes que aquí en la sociedad. Porque ya entenderá, también en eso el ser humano vuelve a estar fragmentado.

Si quiere que comentemos la homosexualidad, ya entenderá, señor, que todo ser humano nació en ese grado. Porque tenemos que atravesarla. Entonces se disuelve. Y sobre eso ya puede escribir usted un libro de mil páginas y ni así llegará a resolverlo, porque hay que tratar y analizar todos los tipos de raza (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es), todos los grados de vida para el organismo, para el espíritu, ante Dios, ante el espacio, los planetas y el más allá, y solo entonces podrá decir después de las cosas: “Así es”.

Señoras y señores, ¿les he ofrecido alguna cosita esta noche?

(Gente en la sala):

—Sí.

—El domingo por la mañana volverán a hablar los maestros. Y cuando uno los oye, señoras y señores, entonces se oyen palabras de verdad y obtiene uno sabiduría. Porque Jozef Rulof no es más que un pobre diablo.

Buenas noches. Hasta pronto, hasta el domingo por la mañana.

(Suenan aplausos).

Noche del jueves 2 de octubre de 1952

—Buenas noches, señoras y señores.

(Gente en la sala):

—Buenas noches.

—Esta noche voy a empezar con un señor que todavía no ha vivido muchas cosas nuestras y que, por lo visto, tampoco ha leído todavía los libros, nada de ‘Los dones espirituales’, si no lo habría sabido. Aquí pone: “Cuando asistí por primera vez a su conferencia en Diligentia, me llamó la atención que el orador, según me dijeron, el maestro que hablaba por medio del cuerpo material de usted, se tiene que servir de una chuleta, y que leía de allí todo, usando las gafas de usted. Esto se me escapa un poco, dado que, digo yo, se podrá suponer que los maestros tampoco disponían de una chuleta al escribir los libros de usted. ¿Podría explicarme eso?”.

¿De quién es eso?

Señor, ¿“chuleta”?

(Señor en la sala):

—Sí, así es como lo llamamos.

—¿Eso qué es?

(Señor en la sala):

—Bueno, de donde copias las cosas.

—Chuleta. Así aprendemos aquí alguna palabra nueva.

Señor, ¿usted no ha leído ‘Los dones espirituales’?

(Señor en la sala):

—No, todavía no.

—Claro, ya estamos. Si pierdo mi cuerpo, mi circulación sanguínea, mi corazón y mi pelo negro por la desintegración, los maestros tendrían que darme un cabello nuevo, azul o rubio o negro, y una nueva circulación sanguínea, junto a todos los nervios. ¿Es posible eso? ¿Moriré alguna vez? Hace poco alguien dijo: “Vaya, no entiendo que ese señor Rulof se resfríe todavía”. Vaya, vaya, ya ni siquiera me puedo acatarrar.

Señor, lo que había allí delante de nosotros es un libro de la ‘Cosmología’ y de él fuimos citando. Pero no es una chuleta. Si usted estuviera delante de esos libros, la cabeza le daría vueltas. Tengo cinco listos para la cosmología. Y esos son los primeros libros —créame o no— de la nueva Biblia, que más adelante, en cincuenta años, en cien, en doscientos, se escribirá, porque la humanidad, la Biblia, tiene que empezar en las aguas.

¿Lo acepta?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Y allí empieza. Nosotros volveremos luego —a ese viaje no asistió usted el año pasado, fuimos atravesando el Omnigrado desde la Omnialma, la Omnívida, etcétera etcétera— al Omnigrado, el Omnigrado consciente. Y ahora vamos a empezar con la división del universo respecto al ser humano, la luna, el desarrollo, el origen de la luna para el ser humano. Resulta que el ser humano que no entiende eso todavía, dice: “Y eso, ¿qué es? La luna está muerta”. Y allí es donde tenemos que empezar ahora en estas conferencias, pero ahora recibirán preparación, la vivencia posterior —eso lo han oído— que yo les daré respecto a la materia, de los viajes que hemos hecho. No podemos empezar así como así de golpe y analizar las leyes de la luna. Ahora estamos preparando a estas personas.

Pero eso sí que me asusta un poco. De aquí en adelante ya no me haré ilusiones de ningún tipo sobre la cosmología, ahora tengo chuletas.

(Risas).

Señor, es una palabra hermosa, la recordaré. Quizá algún día me sirva de algo.

Pero ahora, cuando se escribe, el maestro Zelanus tiene que escribir por medio de esto. Ellos también lo pueden hacer así, claro. Sí, claro. Pero, o sea, cuando ellos —ahora atienda bien— cuando tienen que, o sea, cuando él tiene que materializar el espíritu, entonces tiene que adaptarse al instrumento que poseen. Y allí hay pequeñas cuerdas que se están descomponiendo: la luz en los ojos, esto y lo otro, quizá los músculos para escribir a máquina, y todas esas cosas más. A eso tiene que adaptarse. Y eso lo puede leer usted en ‘Los dones espirituales’. Son los dones espirituales para la escritura. ¿Entiende? Y entonces necesitan ese cacharro. Porque eso lo pueden... Pueden hablar al margen de ese cacharro, eso también lo pueden hacer, porque —eso usted no lo ha vivido, señor— hemos vivido aquí en Diligentia ochocientas conferencias, o seiscientas, basta con que se lo pregunte a la gente, sin ese cacharro. Y para nosotros es mucho más fácil, para los maestros es mucho más fácil... empezar a hablar, así como así, desde el cosmos y su mundo y conciencia, que tener que aferrarse a ese cacharro miserable de aquí, a esas gafas. Porque es un enorme suplicio para el maestro Zelanus, esto. Y cómo le va es algo que usted ya está viendo. Juega con ese cacharro. Y es muy sencillo. Es mucho más fácil que hable ocho horas, así, directamente, para afuera, libremente, entonces va desde su viviente... (inaudible). Y ahora tiene que leer en voz alta, otra vez por encargo de su maestro. Y entonces ya verá usted, lo oírás, mis ancianos ya sabrán entonces en qué se convierte una conferencia de estas.

El domingo por la mañana no leímos más que tres páginas. Y fueron veinte. ¿Entiende? Él miraba así, seguía leyendo, y entonces va a... mientras lee explica, además, las leyes, y después sigue como si nada. Es cuando po-

drá oír usted de vez en cuando... lo que aclara entonces viene después, pero después lo aclara aún más para el ser humano, de lo contrario ustedes no lo entenderán.

¿Lo sabe ahora, señor? Póngase a leer ‘Los dones espirituales’, entonces lo sabrá todo. ¿Entiende?

Hubo alguien que también le preguntó, en Ámsterdam: “¿Por qué no ofrece las conferencias en francés?”. Era un francés.

Dice: “Vaya, hay que ver. Pero ¿me entenderá entonces?”.

“¿No?”.

Bueno, lo de siempre. Pero si... Los idiomas. He escrito, hablado, en hebreo, el francés no lo domino —al revés—, he escrito de forma invertida, en árabe. Y la señora que estaba allí, de quien yo era el médium en esa época, apareció su hijo, que él solo ya sabía nueve idiomas, y yo ni uno. Y esos idiomas salieron a relucir, por medio de mi mano izquierda, del revés, escritura invertida, francés, árabe. Digo: “Hay que ver qué tonterías tengo ahora”, y lo mantuve así, y ella que mira en el espejo: “Para”, dice, “Jozef, es árabe”. Y que se pone a leerlo en voz alta. Y entonces: bewabdolebwu.

Digo: “A ver, tradúcelo al holandés”.

Y entonces fue su hijo, estaba hablando un momento con su madre. Y entonces dijo: “Ma, esta tarde a las tres y medio estuve con usted. Qué cariñosa es usted con el perro”.

Y dice ella. “Pero ¿dónde estaba, pues”.

“Allí”.

Claro, y entonces se puso a contar todo. Digo: “Pero ahora tenga cuidado, porque ahora ya se está acercando a la telepatía”.

Pero no era posible, porque el árabe y el francés, y la escritura invertida al revés, y el ruso —era una señora rusa, una holandesa rusa— y entonces apareció el idioma ruso. Es cuando alguien se manifestaba, por ejemplo, y cuando luego se escribía se explicaba además un poco.

Digo: “Sí, allí se está manifestando quien dice eso, allí, quien lo ha escrito en ruso”. Digo: “Se está mostrando y así lo conocerá de una vez”.

Dice: “Lo llamaban el Mont Blanc”. Era tan calvo como una bola de billar. El Mont Blanc.

Entonces dijo: “Vaya, es el abuelo”.

Y dice ella: “Bueno, mejor ya no me digas nada más”.

Mire, eso son pruebas que ya no se pueden ignorar así como así.

Y entonces, por medio de mi mano izquierda... Es cuando yo mismo iba a mirar a dónde se iba esa manita. Pienso, ay, santo cielo. Y entonces: ah, así, así, qué bueno, y entonces ras, y volvía a tomar impulso. Yo mismo me quedaba mirando esa mano, y que no paraba de moverse. Pienso: ‘Pues no sé qué majaderías anotaré, no lo sé’. Pero yo dejaba que siguiera garabateando. Y

entonces estuve hablando así con ella, y la mano que no paraba de garabatear. Y entonces terminó de hacerlo; apareció al final una seña medio chiflada, o una no seña, o una marca. Digo: “Señora, no lo sé”.

Y dice: “Es: te quiero”.

¿Cómo es posible? “La amo”. Y era algo como esto, con un angulito más. Digo. “Eso acaso lo puedo comprender, pero ese ángulo ya no”. Encima nos lo pasábamos pipa, señor.

Señor, ¿está satisfecho? Ya le tocará ‘Los dones espirituales’, entonces ya no hará este tipo de preguntas. Tampoco tiene que pedirles cualquier cosa a los maestros. Cuando lo hagan, tienen que hacerlo por sus propias fuerzas. Puedo seguir machacando este tema un buen rato más, pero no hace falta.

Tenemos levitaciones, desmaterializaciones. He levitado a través de una puerta en presencia de otras personas. Son capaces de cualquier cosa, señor. Una vez —de todas formas no se lo van a creer— volé por encima de una calle y entonces terminé debajo de la línea 3 del tranvía, atravesé el conductor, las luces, la gente, y llegué al otro lado de la calle Laan van Meerdervoort como un espíritu, allí toqué timbre en una casa; la gente huía de mí. “Pareces un espíritu”. Digo: “Sí, hace un momento lo era”. Sucedió, señor. Eso ni siquiera está en los libros, porque la gente de todas formas no se lo cree. Entonces dicen: “Cómo exagera ese tipo”. Sucedió, señor.

He vivido milagros aún más grandes, señor, constan en... Debería leer ‘Jeus III’... Hemos incorporado también muchas cosas a ‘Una mirada en el más allá’, pero los problemas más poderosos, señor, ni siquiera constan allí, porque la humanidad dice: “Claro, se cree que él es Nuestro Señor”. Tampoco es necesario que lo hagamos. Y gracias a Dios que los maestros no lo han hecho, porque si toma usted la tercera parte, allí sobran las pruebas. ¿Cierto o no?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Si eso nos los deja patidufusos, si no pueden aceptar eso, es que entonces ya no hay nada. Esta noche está actuando Jeus el orador. ¿Cierto o no, señor Götte?

(Señor en la sala):

—Es un libro muy hermoso.

—¿Es un libro hermoso? ¿Ya lo terminó?

(Señor en la sala):

—Sí, casi.

—Casi. Qué lástima, ¿verdad?

(Señor en la sala):

—No, en el fondo es una pena que lo haya terminado.

—Ya estamos otra vez.

¿Escribo unos más de ese tipo?

(Gente en la sala):

—Sí.

—¿Sí?

(Señor en la sala):

—... más allá del Pis Palas.

—Señor, si se me permitiera...

(Risas).

¿Usted también ha leído el Pispalas? Se dice: Peace Palace, sir. (En inglés): ¿No le gustaría pensar... saber lo que es eso? Entonces yo no sabía inglés para nada, y ni siquiera sabía lo que era el Palacio de la Paz. Digo: “Sí, señor, sé hablar francés, alemán, inglés”. Digo (en alemán): “Sí, me fui en coche a Schlappenburg...”.

Pero ¿mi francés? Tuve que ir al Kurhaus, y viene uno que me dice: “Parlez-vous français, monsieur?”.

Digo: “Oui, monsieur, oui. Oui, monsieur”. Y se sentó a mi lado, quería cotorrear en francés. Yo con “oui, oui” ya me quedé agotado. Digo: “Señor, ¿es que sabe holandés?”. Digo: “¿Es que sabe lo que significa ‘sí’?”.

“¿Cómo?”.

Digo: “Bueno”.

“Bien, de acuerdo, en el fondo tienes razón”, dice.

Digo: “Señor, siéntese y lo llevaré. ¿A dónde tiene que ir? De todas formas no voy a parlotear con su ‘oui, monsieur’ ni con ‘parlez-vous français?’”.

(Risas).

Digo: “A mí mejor deme doscientos cincuenta gramos de mayonesa”.

(Risas).

Pero, bueno, señor, ¿estuvo usted donde el Pispalas? Por esos tiempos querían que me fuera a Estados Unidos, señor. Pero de eso no hablamos todavía, para eso será mejor que vuelva más adelante. Y el rábano negro, ¿qué le pareció? ¿Pues? Sí, a Jozef Rulof le daban todo gratis. Sí. Claro, claro.

(Jozef continúa leyendo):

“Estimado señor Rulof, gracias por lo que responde durante estas veladas, lo que debe ser muy instructivo para todos”. ¿De verdad lo creen, señoras y señores? ¿Es esto instructivo? Esta semana fui a Diligentia, a un médico y he... Ah, pienso: ‘Me apetece...’. A mi mujer le entraron ganas de saber, de ver la diferencia, de saber lo que pasaba allí. No digo nada sobre ese hombre, que lo decida él mismo. Pero yo estaba esperando, esperando, esperando, esperando, esperando, esperando, esperando, esperando. Y entonces pasó la noche, y yo que seguía esperando.

Sí. Señor, yo me enfrento a los caballeros. Santo cielo. El ser humano y su

prójimo. Señor, todos deberían ir aquí y allá, así podrán ver la diferencia, eso también lo dice ese señor ahora. Yo les doy demasiado, según sé ahora. Mucho más de la cuenta. Y en ninguna parte lo conseguirán. Lo he visto, tengo que constatarlo para mí mismo. Me fui a Estados Unidos, es grande, ¿no?, allí la gente sí que se exhibe; lo tienen. Señor, no los hay. ¿Y aquí en Europa? No los hay. ¿Qué les dan a ustedes? La propia experimentación que tienen allí, señor. Ese mundo es el que me educó desde niño. Y esa gente no tiene más que hablar como loros. Hablan de Frank Nutsing y de Sócrates.

Con Sócrates he... yo con Fanny, en el espacio, y él con su cabra, juntos nos fuimos a la luna. Pero esa escuela él no la tuvo. También Sócrates andaba por allí acompañado de una pequeña manada de animales. Dice: "Porque una cabra me dio un lamido universal. Y fue el beso de Dios. Pero por entonces yo todavía no lo comprendía".

Y de eso habla esa gente. Ay, ay, ay, señora, cuánto tiempo tiene que esperar usted hasta que salga la palabra. Debería inventarla usted.

Ahora sé que ustedes reciben demasiado. Mucho más que demasiado. Ya tienen ustedes de mí más de la cuenta, ya solo por los veinte libros de allí. "Jeus III", la trilogía, 'Jeus III' es impagable en cuanto a conciencia y felicidad, paz, bienestar y amor, es impagable, si quieren hablar de eso. Sí, señor. Y todos solos, señor Götte, más solos que nada —oiga, eso no lo oirán allí, eso no sale de esas boquitas—, más solos que la una. Así lo decimos en 's-Heerenberg, en la provincia de Güeldres. Pero, bueno, no voy a estar quejándome aquí esta noche. Pero, bueno, tampoco haber empezado sobre el Peace Palace. No.

(Jozef continúa leyendo):

"Me gustaría, si fuera posible, que me diera una respuesta a las siguientes preguntas con motivo de una conversación con terceros. ¿Cómo ve usted la incineración de lo material frente a los enterramientos?"

¿De quién es eso?

Señor, ¿se ha leído usted 'Una mirada en el más allá'? Allí se le explican las leyes. La incineración está mal.

(El señor dice algo inaudible).

Bien, me está preguntando sobre la incineración.

"Mi punto de vista personal es que cuando se va el espíritu —el alma, la vida— del cuerpo material, que se elevará, que tiene que continuar... evitará que este siga algún tiempo comunicado con el cuerpo material. Esto no es así con todos. En la incineración el espíritu —el alma— asiste a la combustión del cuerpo material, lo que ha de ser muy doloroso. ¿Es esto así?"

Señor, todo eso está en mis libros. Allí se verá que tiene razón. Ya puede ir a decirlo a sus terceros. Tiene usted razón, irrefutablemente. Puedo explicar todo eso más en detalle. Pero aquí ya hemos hablado tantas veces sobre la

incineración. Si quiere aceptar la palabra de los maestros...

(Señor en la sala):

—Gracias por su explicación.

—‘Una mirada en el más allá’, parte 1 y 2: allí hay un músico, lo seguimos, lo vemos en el otro lado. Aquí se han hecho centenares de preguntas más sobre la incineración, ¿no? Profundizamos muchísimo en la materia, y entonces llega a tener una impresión veraz sobre la incineración.

(El señor dice algo inaudible).

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Exactamente como pienso yo sobre eso, ¿verdad?

—Señor, ha dado usted realmente con la esencia, tal como es. Y todo lo demás que va ocurriendo quizá no lo pueda saber, porque se le ha extraviado la materia cósmica, su plasma, para ese mundo, anda usted... de pronto deja usted todo tirado por todas partes, todo eso queda desgarrado, pulverizado, ya no tendrá dónde pisar el suelo, y todo eso está relacionado. Pero lo que intuye usted de eso, de forma directa, es irrevocablemente correcto.

¿Verdad, gente?

(Gente en la sala):

—Sí.

Mire.

Aquí tengo: “¿Hasta dónde es universal la clarividencia, y la suya, respecto a la gente y a los maestros?”. Sí. Es decir, esa es una cosa, una respuesta, una pregunta para el ser humano que está pensando sin duda. ¿Hasta dónde va mi clarividencia? ¿No lo ha leído en ‘Jeus III’?

(Señor en la sala):

—... es lo único que sé todavía.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Leer ‘Jeus III’, entonces lo sé, es lo único que todavía sé.

—¿Hasta dónde va a esa clarividencia?

(Señor en la sala):

—Esa clarividencia es cósmica. La clarividencia de usted es el trance físico y no el psíquico.

—Mire, esta clarividencia va... Al comienzo era para curar, veía las enfermedades y otras cosas para la gente, una y otra vez para la educación, la edificación, para ayudarlos. Pero al final, y detrás, el maestro Alcar siempre me dejaba vivir la esencia de la videncia. Y ahora, con los años, el ver se ha extendido hasta en lo divino. Aquí vemos de forma divina. ¿Cómo es posible, ¿verdad? Y eso lo pueden seguir ahora en ‘Jeus III’, y en todos los libros. Mire, hemos recibido la clarividencia para la muerte. Yo miro a través de la muerte.

Conozco a La Parca como si fuera mi madre, como si fuera usted, como si fuera yo. Así que ya tengo una clarividencia que parte de la materia hacia los mundos dimensionales, a los espiritualmente astrales. La clarividencia para los infiernos y los cielos; los conozco todos. Esa clarividencia no se limita al ser humano, al contrario: llegaba a tales profundidades hasta que el maestro me conectaba con el cosmos, el universo, el origen de los planetas y las estrellas; ya entonces mi clarividencia se fue haciendo universal, espacialmente profunda. Y más tarde empezamos con la cosmología. Fuimos accediendo al Omnigrado directo, consciente, divino, es cuando mi videncia se hizo divina. Y tuve que aceptarlo. Yo ni siquiera la quería. Digo: “Dios mío, miro a través de todos los espacios creados por Dios”. Y ahora, mire, ahora mi clarividencia es... se la he demostrado tantas veces, empiezo a ver de golpe. La pregunta que me ha hecho usted me conduce de inmediato... me condujo al cosmos, a los planetas. Aquí hablaron de Júpiter, Venus, de Saturno, de fuerzas de la gravedad, y de pronto estoy en los sentimientos de la tierra. De modo que mi ver, mi vivencia se convierte en una videncia inmediata, y así es como surge la unión espacial, espiritual. Y ahora es vivencia. Mi videncia pasa de inmediato a la vivencia, a la esencia y la realidad. Y es tan maravilloso que estremece. Y hacia allá...

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Conscientemente.

—Conscientemente. Cuando nos desdoblamos corporalmente aún sigo estando consciente. Solo ese cuerpo duerme, pero yo mantengo la consciencia. De modo que lo que puede mostrarme el maestro Alcar allí, también puede mostrármelo aquí. Es la razón por la que eso de hablar aquí... En Diligencia no les queda más remedio que hablar ellos mismos, porque yo me voy ahora demasiado lejos. Porque cuando allí llego a la unión, a la unión irrefutable... De modo que aquí me pongo a contar cosas que veo, pero la unión se consigue allá. Porque el maestro Zelanus, cuando dice: “Me estoy ocupando de la luna”, entonces es que él es la ley de la maternidad, de la paternidad, luna, entonces analiza esa ley, porque se está produciendo en su interior, es uno, y entonces empieza a ver y lo puede explicar sin más. Así es como hablan los maestros. Aquí lo que hago es ver. Pero ellos viven unión.

¿Lo haría y podría hacerlo? Me iría al suelo, me disolvería. Y de pronto estaría tirado por los suelos. Así que entonces surge la inconsciencia. Porque cuando veo, olvido, pierdo, por completo mi sentimiento y mi conciencia. Estoy aquí viendo y de pronto podría irme al suelo, pero es de forma muy controlada y edificada; eso también dura siglos, o dura siglos, pero ahora duró años. El maestro Alcar edificó por medio de cientos de miles de fenómenos —por el trance de la sanación, por el trance para la pintura, por el trance

para el desdoblamiento y todas esas cosas más— la videncia cósmicamente divina.

Si ahora el... Sea quien sea, y toque lo que toque el erudito, alguna vez he comentado con el señor Van Straaten lo de la grey suya, entonces dice: “Dios mío, qué sencillo es esto”. Dice: “Sí, así es”.

Digo: “Mira”.

“¿Lo sientes ahora?”.

Digo: “No, no veo. Ahora soy uno, veo. Lo veo”.

Entonces ¿qué es la clarividencia? Con esa clarividencia, cuando lean eso de Jeus en el garaje con aquel pequeño Karel, allí hay telepatía; pero al mismo tiempo por la telepatía empiezan a contártelo, empiezas a verlo. Digo: “Eso lo has hecho. Entonces fuiste allí. Entonces viniste aquí”.

“No, no he mangado, no he robado”.

Pienso: ‘Todavía no lo tengo, todavía no funciona’. A esperar hasta que funcionara. Pero entonces llegó.

¿Ya llegó usted a ese punto?

Entonces llegó, ese Willem. Y así centenares de miles, señor. Estados. Incluso volví a tener un perro. Una cosa de esas, pequeña. Digo: “Vete a la ama. ¿Tienes hambre?”. Digo: Ladra tres veces y entonces te daré de comer, ya te abrirá la puerta”. Entonces lo taladraba y se iba así medio retorcido, con una oreja colgando, por la calle Esdoornstraat, subía por las escaleras, y añadí: “Ahora, ahora, sube”. Me miraba así: ah, sí, hay que subir más. Y, claro, ese perro no lo sabía, pero entonces volvía a tener yo un medio Fanny. Y él que sube: guau, guau, guau. Se abre la puerta: “¿Tienes hambre?”. Sí. Y entonces le daban de comer. Y volvió, le digo: “¿Estaba bueno?”. Y venía así. ¿Que si es telepatía? Es ser uno con la vida. ¿Entiende?

Mi clarividencia, por ejemplo, daba miedo hasta dónde llegaba. Y eso todos ustedes pueden llegar a tenerlo, podría desarrollarlo en todos ustedes, si tuviéramos tiempo. Es decir, para eso primero tendría que sacar todo lo que tuvieran dentro. Y entonces, ciertamente, por la videncia, construyéndola, irían... Eso puedo hacerlo. Les puedo... puedo convertirlos en sanadores, en seres humanos hermosos, puedo convertirlos en conscientes, ya puedo convertirlos en profetas, claro, conforme a tal y cual grado. Basta con que vayan allá y hablen de lo que han aprendido, y cuéntenlo allá, a la gente la dará vueltas la cabeza. Eso lo vivirían.

Pero la clarividencia va así de lejos y hasta mucha profundidad, es muy sencillo. Estoy de pronto en alguna parte y de pronto se manifiesta... estoy a unos mil quinientos kilómetros de casa... pero de pronto se manifiesta allí alguien a mi alrededor que conozco. Pienso: ‘Nadie sabe que estoy aquí. Entonces ¿cómo pueden encontrarme aquí?’. Ustedes entonces ya... Porque de eso pueden aprender cómo sus pensamientos se construyen ellos mismos;

hagan cualquier perrería, pero en la “ley ser humano-espíritu” eso está registrado en una película y usted mismo lo predicará. De todo eso tengo las pruebas, las pruebas, las pruebas.

Directamente, escribí a casa, digo: “¿Qué pasó con ese hombre? Porque ese hombre sin duda que está dando vueltas aquí a mi alrededor”.

Digo: “¡Fuera de aquí!”. Él que se larga. Rompí el cordel.

Ahora alguien se manifiesta espiritualmente. Escribo. Digo: “Quiero saber, como sea, lo que está haciendo ese hombre en este momento”. Digo: “Porque me está haciendo algo”. Me está haciendo algo, porque de lo contrario ese hombre no se me acercaría.

Y entonces puede usted aprender, señor, cómo llega a ser el pensamiento divino. La manera infalible en que se manifiestan, sin embargo, sus propios pensamientos, que Dios conoce y que graba en una película: esto lo has pensado para esto y lo otro y para aquello y aquello otro. Y aunque diga usted a sí mismo en esta vida: “Bueno, si es que yo se lo he perdonado”, y vuelve a desaparecer, señor, es algo que no podrá eludir. Tiene que empezar con uno por uno. Sus cotilleos, y los parloteos de su marido, de su mujer, aunque diga usted: “Sí, me han golpeado y pateado”, ese parloteo queda consignado. Y esa desintegración está ahí. Y tendremos que poner las cartas encima de la mesa, los unos para los otros. De eso tengo las pruebas.

Recibí de vuelta: “Bien, pues, ahora tendré que contártelo. Pero eso ya fue hace años y años. Te han robado por un valor de tres mil florines”.

Digo: “¿Lo ves?”. Así que el ladrón se me manifestó a mí, ni siquiera se trataba de mí, todavía se trataba de otro. Así de rotundamente se manifiesta el ser humano cuando se trata de la vida de otro. Y eso desde luego que es ver. Esto todavía no es más que telepatía natural, de la que el domingo ya han oído algo por medio del maestro Zelanus. Que allí viene un estudiante desde el espacio. Dice: “Maestro, maestro, lo oigo”. Me oía.

En la guerra he podido acoger a miles de personas, judíos, cristianos, pastores, teólogos, todos gimiendo. Y entonces les devolvía: “¿Me oye, usted?”.

“Ay, Dios, estás”.

Ese pensaba que se trataba de Cristo, y el otro pensaba: Dios está. Y otro más decía: “Bien, ahora he vuelto a entrar en contacto con mi padre”. Y era yo. El maestro Alcar dice: “Ya dejaré aparecer algo, así podrás ver cómo será la unión para nosotros”.

Y eso todo lo llegarán a oír luego cuando el maestro Zelanus lo cuente en Diligentia. Será clarisentir, y eso es mediumnicidad sensible, no, mediumnicismo, no, es el ser uno con aquello que viene a su encuentro, con el ser humano, con la vida. La clarividencia no le vendrá a usted, no llegará a adquirir una forma, brillo y personalidad, hasta que no haya alcanzado y tocado la verdadera vida. ¿Entiende? Con un solo pensamiento equivocado,

ya sea del ser humano y aunque lo golpeen y pateen, se lo digo una y otra vez, y no podrán ser clarividentes, señora y señor, entonces se convierten a sí mismos en una chapuza, en tinieblas. Sumirán sus pensamientos interiores en tinieblas por pensar mal del ser humano. Aunque lo envenenen, aunque lo ahorquen, ni siquiera entonces podrán pensar mal sobre la vida, sino que tendrán que pensar primero quién dijo: “Ama todo lo que vive y me tendrás a mí”. Y si uno entra en esa vida, empezará a ver y a sentir; pero al ser humano no le da la gana.

¿Qué profundidad tiene la clarividencia? Cuando un ser humano ve una cosita —howau— anda cuatro días por encima de su propia cabeza, está desquiciado. ‘Dios mío, Dios mío’ pienso entonces, debería usted ver el otro lado. Ciertamente, debería ver usted alguna vez a su madre.

“Hablo con mi madre”. “Y escribo con mi madre”. Y “Mi madre dijo lo otro”.

Tonterías, señora. Su madre no mete las narices en eso, señor. Su madre es que ya ni es capaz de pensar así.

Porque llegará a ver usted por los libros, llegará a ver y a vivir que hay que alejarse de la materia mediante el pensamiento. Pero sus sentimientos y su ver todavía contienen fundamentos materiales. Mi ver siempre viene desde ese mundo a la tierra; no va de aquí para allá. Y ahora atienda. Puede usted intuirlo y comprenderlo inmediatamente, ese ver de aquel ser humano espiritual siempre es bárbaramente material. Vuelven a meterse, una y otra vez, con el ser humano en la tierra. Entonces se detienen. Entra por aquí, sale por allí. No avanzan, aquí entra, sale por allí. Digo: “Señora, señor, despréndanse de eso, porque están encima, ponen un punto que frena sus sentimientos”. Entra por aquí, sale por allí.

¿Y qué viene entonces, señor Götte?

Los ‘drudels’. Los ‘drudels’, señor, aclárese usted mismo. No quieren. Quieren ver, quieren contacto. Señora, de todas formas no lo tendrá. Usted va por el mismo camino, señor, que todos esos ocultistas, espiritualistas.

Sí, aquí hubo alguien en trance, yo también viví eso, y entonces hubo... Allí en la sala también había uno, eso pueden leerlo también en ‘Dones espirituales’, que agarra una florecita: “Me permite que se la dé, para entregársela, porque ha sido usted tan buena para mí en la tierra”. Ese sí que estuvo en el otro lado, y ese de allí también. Aquí había una hermana, y el hermano llegaba allá. Sí, el pastor. “Qué buena ha sido usted para mí”. Eso tenía que tener lugar en esta sala, no podían detrás del ataúd. En esa infinitud ni siquiera pudieron charlar un poco. Tuvieron que hacerlo aquí ante esas veinticuatro personas. Esos espiritistas.

Señor, ¿entiende ese pastel inflado?

Duro como una piedra, seco. Sin ni una sola migaja de sentimiento. Y así

siempre.

Gente, tienen que desprenderse del espiritualismo. Yo también me desprendo de él. Primero teníamos que atravesarlo. Pero ¿para qué? Mesas danzantes, contacto propio... uno no aprende nada con eso. Hay que hacerse más espaciosos. Hay que desarrollarse. Primero deberían aprender ustedes a pensar de forma normal, material. Todavía tienen que empezar a pensar de forma espiritual, universal, espacial. Siguen todavía pensando de manera terrenal, social. Hablan ustedes de esto y lo otro, de tal y cual, no avanzan más, no se liberan de ustedes mismos, de esa sociedad. ¿Y cuándo quieren ponerse a pensar de forma espiritual? ¿Creen de verdad que un ser universal, un ser espiritual astral, va a poder elevarlos, así como así, por encima de su pensamiento material y que los harán percibir espiritualmente? Esa clariaudiencia no aparece hasta que se manifieste la videncia. Y esa videncia, ¿es cosa nuestra? Pero ¿de quién es? ¿Esas tonterías que surgen por allí? ¿Esas majaderías que vive la gente?

Sí, allí puede ver los libros. ¿Sirven, señor?

(Señor en la sala):

—A otros muchos, sí.

—Gracias.

Bueno, entonces mejor lo dejamos en este punto.

(Señor en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—Quería hacer otra pregunta más sobre esto.

—Bien.

(Señor en la sala):

—Esa persona que le debía esos tres mil florines, ¿había hecho la transición?

—No, señor, andaba por aquí en la tierra.

(Señor en la sala):

—¿Y sobre qué base de la razón fue precisamente esto lo que vio claramente? ¿Partió de esa persona o de un remordimiento de él? ¿O como una verdad para usted mismo? ¿O es característico del desarrollo de la persona?

—Las armas. Cristo veía, era un clarividente, ¿no? Un divinamente consciente. Y Cristo tenía de esas cosas, dijo... ¿Sabe el alcance que tiene esto?

Hace poco les conté cómo era mi videncia respecto a una madre, ¿verdad? A quienes estaban aquí. Hoy miro en esos ojos, mañana han cambiado, en ellos se aloja la maternidad. ¿Puede ver eso, señor? ¿Sabe usted quién podía hacerlo? Ni siquiera Buda era capaz, ni Mahoma, ni ningún Sócrates ni ningún Platón. Solo unos pocos sabían hacerlo. Y yo no me hago ilusiones

de ser Cristo, pero solo pocos eran capaces de eso, señor.

Y esto, lo que ocurría allí, esas cosas, señor, también lo sabían hacer solo unos pocos. Sí, en Oriente había iniciados que decían: “¿Por qué te acercas a mí con un sonrisa cuando ayer todavía me engañabas?”. Esos orientales, con ese idioma sorprendente, con esas explicaciones y con ese habla, decían: “Criatura mía, siéntate, pero estás mancillando mi túnica”. Y entonces ese ser humano se sentaba allí y decía: “Y a ese ¿qué le pasa? ¿Qué clase de tonterías raras son esas?”. Pero entonces ya habían vuelto a mancillar a ese señor, a ese vidente, a ese iniciado, y lo sabía, lo veía. Y eso caminaba así como así por delante de esa gente.

Eso también lo pueden hacer conmigo, señor. Yo también soy capaz de eso. Este engaño también parte de usted, aunque el otro aún no lo capte. Pero este engaño, esos cotilleos suyos en la sociedad sobre los demás y la desintegración, va directamente a esa persona, solo que todavía no lo sabe ni lo ve.

Pero la película espiritual, la propia vida, deja constancia de esos cotilleos y parloteos y engaños y de esas matanzas. Y entonces llegarán a ver ustedes su propia película vital detrás del ataúd. Porque es allí donde la tendrán que ver de todas formas. Allí es donde vivirán en ella. Pero yo puedo hacerlo aquí. Y si yo no lo tuviera, ya podrían tirar todo por la borda. Pero así de lejos llegaba esa evolución para ver y vivir. De eso digo: “Yo no toco nada”. Eso no es para mí.

Hay gente que sana, gente que ahora se aferra a cosas. Que piensa: ‘Dios mío, sí, puedo ayudar a un ser humano, tengo fuerza. Señor, eso lo hace cualquier perro o gato. Pero el peligro, el enorme peligro de hacer eso, señor, es tremendo cuando uno empieza con eso. Por no conocer las leyes. Uno no ve. Sí, sí, un poco, ah, claro. Y fíjese en cómo se ponen a hablar por los codos a partir de allí. Y qué charlatanería. Se sienten llamados como sanadores. Yo mejor siempre aviso a la gente. Porque de todas formas se encallan. Destroza usted su pequeña personalidad. Porque la gente se pone a parlotear, a contar: “Allí va otro de esos dementes soberbios”. ¿No es así?

Y si simplemente toman entre las manos los libros y quieren aprender y se esfuerzan al máximo en la sociedad, obtendrán su fundamente espiritual. Y eso vale más que todo eso de extender las manos. Porque yo, señor, señora, le agradezco a Dios no tener que hacer más.

Y entonces a veces dicen: “Vaya, qué lástima que no sanó, es mucho más bonito, ¿no?”

Desde luego, más hermoso. Me he dejado la piel hasta en el infinito para portar a esa gente, y luego vuelven a aparecer; eso ni siquiera importa, siempre pude encajarlo. Pero, señor, lo que hoy viertes en esa gente, ella misma lo vuelve a destrozar mañana. Es eso. Eso es lo que se estrelló en mí. Digo: “Mi videncia, mi sanar, mi amor y mi portar de esa gente no vale un pimiento,

porque la gente no lo cree”.

Señora, por un solo gruñido y una patada y un estar quebrado, charlatanería y todos esos cotilleos vuelven a destruir mis fuerzas que descendieron allí con amor en esa persona. Y eso es lo que digo. Pienso: Dios mío, Dios mío, ¿cuándo saldré de allí? Qué bonito, ¿verdad? Y yo era un sanador tremendo. ¿Con la videncia que era mía? Tenía la fama en La Haya de “sí” o “no”. Si dice: “sí”, usted lo recibirá. Y si es “no”, es “no”. Eso era severo, ¿verdad? No, señor, cierto o no. Estuve ante cinco médicos, diez, veinte, y ya podían poner las cartas encima de la mesa. Y eso ya iba en plan Cristo, ya me entró un miedo general. Pienso: ‘Ahora la cosa irá bien’.

¿Qué es, pues, la clarividencia? ¿Qué es sentir y pensar? ¿Qué es la sabiduría?, ¿qué es desdoblarse corporalmente?, y ¿qué es todo? Con todos esos dones llegué al grado universal. Y no tengo dones, señoras y señores, porque sigo sin tener nada en mis manos, solo aquello que he aprendido. Y eso es lo que les doy. Es el maestro Alcar quien tiene los dones en sus manos. Es el que ve. Es el que oye. Es el que pinta. Es el que escribe. Es el que se desdobla.

(Señor en la sala):

—Es quien en el fondo le hizo despertar a usted.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Es quien le dio la imagen de esa forma personal ante la que tuvo que protegerse.

—Es quien me mostró que estaba siendo engañado.

(Señor en la sala):

—Eso es lo que quiero decir.

—Sí. Veo cómo viene a visitarme esa gente, y entonces ya he visto cómo han cotilleado sobre mí. “Sí. Sí, señor”. “Bien, señor”. Pienso: ‘Hay que ver cómo son estos farsantes’. Me cuidaré mucho de decírselo. Pero puedo contarle así, sin más: “Señor, qué farsante tan asqueroso es usted”. Digo: “Porque allí contaste esto ayer y ahora encima vienes a verme todavía con un pretexto de estos?”. Señor, el ser humano se atreve a todo. En Jerusalén también acudieron a Cristo, ¿no? Y acuden a iniciados, se presentan con un estupendo cuento para ver cómo pueden incendiar esos templos. El discípulo más elevado de Pitágoras prendió fuego a su templo. Los mejores discípulos de Rudolf Steiner incendiaron su templo.

Cuanto más alto llega el ser humano, señor, más peligroso se hace para esta posesión divina. Si piensa usted que ya ha llegado, es que no se entera de nada, porque no es así. Yo no estoy si los maestros no están, ahora. Con lo que he aprendido puedo seguir ahora. Y cuando se pongan ustedes a leer todos esos libros y los conozcan palabra por palabra, habrán hecho acopio de unas cuantas para dárselas, regalárselas, a los demás que todavía no sa-

ben nada. Entonces dirás: “¿Qué clase de benefactor para el espíritu es ese?”. Ustedes son capaces. Pero cuando ahora llega al punto de elevarse aún más, señor... Mire, todavía sigo siendo un instrumento. Todavía, todavía, todavía. Y, gracias a Dios, de nuevo, que no tengo en mis manos ningún don. Señor, no podría haberlo procesado. Ya es tremendo lo que tuve que procesar, vivir. Pero si eso lo hubiera tenido yo mismo en mis manos, señor, habría terminado destrozado en dos meses. Uno se estrella, por no ser capaz de encajarlo. Pero usted tiene que... Sígalo alguna vez allá. ¿Sí?

¿Algo más?

(Señor en la sala):

—Gracias.

—Gracias.

Aquí tengo: “Con motivo de la conferencia del pasado domingo por la mañana en la que el maestro nos ofreció un resumen de las conferencias de la temporada anterior...”, no estuvo nada mal, ¿verdad? “... y además comunicó con qué se empezaría esta, es decir, que la Omnimadre empezaría con su tarea, bueno, la luna, esperemos que precisamente por eso muchos oyentes se conozcan a sí mismos y puedan empezar con ellos mismos”.

Sí. ¿Por el Omnigrado? ¿Por esas conferencias?

(Señor en la sala):

—Sí, esas conferencias tendrán una influencia tan grande sobre diversas personas, que ellas mismas tendrán que ponerse a pensar, aunque hubieran tenido otra idea. Nos aporta lo adecuado y señala un medio, en el fondo nos proporciona el medio para poder alcanzar algo para nosotros mismos. Esa es mi opinión. Naturalmente, si no fuera cierto, no habría aquí tantos oyentes que irían a escuchar sus palabras, ni habría tantos oyentes en Diligentia para que en esas conferencias... (inaudible). Sin entrar en cómo piensan todavía al respecto ellos mismos, pero eso todavía tiene que despertar”.

—Entonces no nos va ni tan mal, ¿no?

(Señor en la sala):

—No, no me parece.

—No. No nos va ni tan mal. También dicen: “Cuando vas a ver a Jozef Rulof, es el que más gente tiene”. No sé. Hay gente que va a ver en todas partes. Pero aquí siempre tenemos gente. Pues muy bien.

Pero, señor, la cosmología en Diligentia, es tremenda, allí lo que se les da es teología. Así que: ¿quién puede procesar todo eso? Y tiene que hacerse, porque los maestros dejan constancia de eso por doble partida, la asociación pasará a ser propietaria de esos rollos (cintas en las que por entonces se grabaron las conferencias). Ya tenemos, el señor Van Straaten ya tiene una valio... ¿Cómo?

(Señor en la sala):

—Cincuenta y cinco.

—Cincuenta y cinco conferencias.

(Señor en la sala):

—De Diligentia.

—¿Solo de Diligentia? De hora y media. Así que pueden escuchar esas conferencias cincuenta y cinco veces, cincuenta y cinco mil veces, y ni entonces lo sabrán todo. Y eso ya está ahí. Y con esta temporada. Eso lo hacen por algo.

Pero ¿de verdad que creen que preguntaría yo a la gente: “¿Qué les parece?”? Y: “¿Le sirve de algo?”. Si la gente se pone a pensar, a pensar bien, como a mí me gustaría, entonces digo: “Dios mío, Dios mío, Dios mío, ¿no es demasiado peso ni demasiada cantidad?”. Pero quedará constancia de ello para la Universidad de Cristo. Y ahora tienen ustedes aquí veinte libros y así podrán dar un paso considerable, porque pueden leerlos y absorberlos; si hacen eso, tendrán más espacio. Todavía no hay espiritualización, porque veo demasiados altibajos, vuelvo a ver demasiada desintegración para el propio ser humano. Hoy se edifican a sí mismos y mañana dicen cuatro cosas y dices: “Vaya, ya estamos otra vez”.

Y entonces, señor, dos años después, tres, cuatro, cinco años... Sí, ¿se hace alguna idea del ser humano que está trabajando en él mismo?

(Señor en la sala):

—Sí, desde luego que me hago alguna idea, si tengo que recurrir a mí mismo como ejemplo. Desde luego. Aunque fuera de lo más lento. Y eso era para cada instante, había algo para cada día o noche, eso también tendrá que despertar, aunque en ese momento todavía no seamos susceptibles de ello.

—Una noche les dije... y había gente que quizá pensaba: ‘Menudo bicho que es ese tipo’. Porque dije: “No quiero tener que ver nada con ustedes”. Pero no lo entendieron.

Pero, señor, esa infalibilidad, parte de ella también es que el pensamiento y sentimiento de ustedes yo también... porque oigo tanto que uno diría: la gente no aprende nada, nada en absoluto, ni en cinco ni en siete años, porque es que siguen sin desprenderse de esos malditos deseos suyos, siguen sin desprenderse de esas malditas cosas, porque no empiezan a pensar, no, señor; encima quieren tener algo para tener posesiones. Esos dones también los quieren tener. Y quieren tener contacto. Nunca lo tendrán. Y entonces uno se pregunta: ¿por qué hemos empezado con eso? Hay gente que, ciertamente, lo merecen.

¿Y por qué no quiero tener que ver nada con ustedes? Señor, es que entonces cargaré con su pensamiento y sentimientos, y lo único que haría en mi estado es fragmentarme. No quiero tener que ver con ustedes porque los amo: eso he dicho alguna vez. Me lo enseñaron los maestros. Y eso quiere decir, señor: no me meto con sus pensamientos. Pero tampoco pienso mal sobre

ustedes. Porque es que no es necesario hacerlo ahora. Sigán chapuceando. Yo continuaré. Y lo que hagan ustedes es cosa suya. Aquí tienen la oportunidad. Y por eso puedo decir: “No quiero tener que ver con ustedes”. Señor, estoy abierto a la vida. Pero todavía no me debo conectar con esos caracteres y esas pequeñas personalidades. Eso alguna vez lo hice. Y cuando lo hago, siempre me dan una bofetada en plena cara. Porque va unos instantes: zas, ya están por los suelos. Otro poco más: pum, allí están, tirados. Todavía no pueden ser veraces, todavía no pueden enmendar. ¿Todavía no pueden? No, señor, porque esa fuerza y el sentimiento todavía no están allí.

Una vez vino a verme alguien, se reía de nuestra gente. Digo: “¿Señor, ¿ha llegado usted a ese punto?”.

“Oh, imposible que me ocurre a mí, esa gente está tarada, toda”.

Digo: “Vaya”. Digo: “Señor, ¿a qué se dedica usted? Claro, lo de usted son las estufas”. Casualmente, sí, es a lo que se dedicaba. Digo: “Pero cuando se desprenda de esa estufa y empiece a estudiar filosofía en Utrecht, se volverá loco”. Digo: “Es cuando vendrán esos altibajos”. Digo: “Esa estufa es su perdición”. Digo: “Pero Nuestro Señor y Dios tienen más mundos que el de las estufas”. Digo: “Usted dice: ‘Soy muy fuerte, a mí no me puede pasar’”. Digo: “Señor, debería empezar la carrera de cosmología y psicología, psiquiatría, teología. Ya solo con eso uno... usted se volverá un demente religioso, allí en la lejanía. Señor, asimile unas diez lenguas y ya sucumbirá por el idioma. Pero a usted solo se le conservará la conciencia de estufa, y esa es la que tendrá”. Y salió de casa corriendo.

Dice: “A mí no me vengas a pedir nunca carbón”.

Digo: “Ni falta que me hace, porque el suyo ni da llamas ni da calor”.

Sí, estaba más muerto que muerto, señor.

Y que se pira. Dice: “Qué granuja tan descarado”.

Digo: “Sí, si dice usted que la humanidad está loca, empezaré por usted”. Digo: “Demuéstralo”. Se dice: “Jozef Rulof está loco”. Yo digo: “Vengan aquí, empecemos. Empecemos a ver quién está loco. ¿Qué es la palabra ‘loco’?” Bah, bah. Sí, señor, y así podemos seguir.

¿Qué aprende el ser humano en Diligentia y aquí? Señor, a la cosmología de la luna le doy completamente la vuelta, aquí, dentro de ustedes. Y lo que cuenta allí el maestro Zelanus por encargo del maestro Alcar y más arriba lo pueden analizar aquí, por la noche. Y entonces obtendrán cosmología. En Ámsterdam el maestro Zelanus ofrece cosmología, por medio de la respuesta, de la pregunta. Y entonces se obtiene la cosmología social, espiritual, espacial. Ustedes quieren avanzar. El ser humano dice: “No”. Yo no me irrito, pero me parece tan terriblemente triste cuando veo cómo el ser humano que va por este camino tira por la borda sus sentimientos. Empezamos con algo, aprendemos a pensar. Señor, usted no sabe pensar. No es capaz de pensar

espiritualmente. Bueno, ya es capaz de poner unos cuantos fundamentos, algunos, para aprender a pensar espiritualmente, y eso es: no hay muerte. O sea, ya mira detrás del ataúd, así, sin más. ¿Cierto o no? Ahora, ahora vamos a empezar. Pero otros todavía están delante de esa tumba. Así que eso ya es pensar en abstracto. Tiene en sus manos fenómenos concretos por los libros, por las conferencias, por estas noches. Usted mismo puede ampliar sus sentimientos. Y entonces entre ustedes llegarán a tener... lo digo tantas veces, con amigos y amigos y hermanas... Sí, oigan, entonces solo tienen que mirar el espíritu. Porque entonces unos ya quieren subir a los otros al caballo y ayudarlos, y unos quieren, a su vez, convencer a otros de lo profundos que son, y al final nadie tiene nada. Entonces uno dice: "Ya se lo explicaré". No se enteraba de nada. De vez en cuando se enteraba de algo, pero después volvía a meter la pata. Así es como los seres humanos se ponen a desarrollar los unos a los otros, con lo mío. Y los he tenido aquí, señor, estaban aquí, y ahora lo hacen ellos mismos, ahora también saben hacerlo. Ellos mismos fundan una doctrina. Adelante, señor. Adelante. Claro, y ahora, ¿qué?

¿Cómo tenemos que empezar a pensar de cara a la cosmología? ¿No cree, señor...? Arriba no son unos dementes. Pero ¿cree que en todo estos años no me he preguntado: Dios mío, Dios mío, ¿dónde nos estamos metiendo ahora? Respecto a la cosmología. Y el ser humano ni siquiera se conoce a sí mismo. Pero ahora lo bueno. Yo lo he aprendido, lo he visto. Maestro Alcar, ¿lo ve? Debido a que empiezan a conocer el universo por fin llegarán a tener un fundamento cósmico y comenzarán a transformar su vida aquí, en esta sociedad, y a conducirla a ese espacio, con una sintonización embrionaria y cósmica. ¿Merece la pena?

(Señor en la sala):

—Desde luego.

—Santo cielo, usted ¿ha...? Puede comenzar con un rabanito y pan seco, sin mantequilla, pero entonces esa vida de los rabanitos la tendrá que... Yo amaba esos rabanitos, todavía ahora. Porque hay que ver lo hermosas que son estas criaturitas. Y debería imaginar cómo nace una flor, todos ustedes lo saben. Pero primero pónganse a seguir las cosas que realmente poseen cosmología.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

¿Usted se dedica a la electricidad, ¿verdad?

(Señor en la sala):

—Sí, un poco.

—Señor, si usted agarra una cosa de esas y piensa: 'Si añado una más, me caigo muerto en la calle'. ¿Qué es eso? Y entonces averigua todo eso. Yo tuve que atravesar el garaje, la máquina, tuve que desmontar el motor que jamás había visto y volver a montarlo, mediante la unión del espíritu. Cosmología.

Eso vive en la tierra, en la sociedad. Solo ahora se harán hermosos si comienzan aquí. Y entonces vuelvo a decir: sí, gente mía, aquí viven detrás del ataúd. No hay ningún “ataúd”, ninguna muerte, aquí lo que hay es su eternidad. Y ahora resulta que es tremendamente difícil pensar de forma espiritualmente real, concreta. Tengo que volver, tengo que volver mucho, si quiero volver a... como chico de quince años... y ni así llego allí, tengo que volver hasta el jardín de la tía Trui, tumbado de espaldas, allí tengo que volver, para aprender a pensar tal como mamá y los demás pensaron, porque mamá también iba todavía demasiado lejos.

¿Cómo llegaré a verme y a vivirme a mí mismo mediante la cosmología? Bien, entonces de algo les servirán las conferencias en Diligentia, porque eso allí es filosofía divina. Mediante las ciencias naturales. ¿Verdad? Lo más elevado, señor, lo que ahora puede conseguir por medio de los maestros en la tierra, porque en ninguna parte en la tierra puede vivirse. En ninguna parte, eso lo sé ahora. ¿No cree, ingeniero?

¿Algo más?

(Señor en la sala):

—No, de momento no.

—Ah, de momento no. No, no consigo colocar muchas cosas, ¿verdad que no, señor? Ay, ay, ay, con ustedes qué ganas tengo de... cuando luego llegue detrás del ataúd, y todos nosotros, entonces ya les presentaré la factura, ya verán.

(Risas).

A ver quién se atreverá entonces de acercarse a mí con eh... con... con eh... con... sí, desde luego. Pero entonces tendremos cosas que contarnos, señor. E ir, irán, pronto. Ay, la hermosa felicidad. Aquí he tenido gente, aquí, estaba aquí, ahora se ha ido. Y aquí: “Vaya, vaya. Vaya, no sé, pero sí que tendrás que demostrarlo”. Y después, seis meses después de su fallecimiento, y entonces el maestro Alcar dejó... que miraran dentro de mi casa, sin más. Entonces dijo: “¿No deberías hablar un momento con ese hombre? Porque antes estaba en la sala, por allí”.

Digo: “No”.

Digo: “¿Más dudas?”.

“No. ¡Bueno, sí!”.

Digo: “Eso mejor se lo cuentas a Pedro”.

(Risas).

Digo: “Porque estoy escribiendo”.

Que se pira. Bien, pero ¿a dónde? Allí va el pobre hombre. Quería contarme lo que ahora de verdad sabía. Vaya, vaya, vaya, vaya. Aquí tuve que matarlo a golpes y ni así se lo creía. ¿Y entonces viene a contarme esa alegría, ahora, desde ese mundo? Samu, Samu, Samuelín. ¿Contento, señor? Luego

lo podrá ver.

De todas formas lo leerá, el banquero volvió, ¿verdad?: “Es que yo... ¡Sí!”.

Digo: “Bueno, señor, cuéntaselo a Nuestro Señor”. Digo: “¿Ahora te lo pasas pipa?”. Digo: “Ahora su millón y medio se quedará en manos del jefe, y tan a gusto”. Y eso tenía que contarme.

El ser humano, señor, el saber fanático de recurrir a todo por él. Tenemos que edificarlo con dinero, ¿no? He logrado sacar veinte libros, con mis propias fuerzas, los últimos años con un poco de ayuda de algunas personas. Personas que depositaban aquí billetes, aquí dentro, y que en casa me los tiraban por el buzón. Todo ese dinero está ahora en ‘Jeus III’. Hemos terminado veinte. ¿Sabe lo que cuesta eso? Hace poco alguien publicó un libro. Se había estrellado, dice. “Fui a parar a Amberes”, dice. “Ya sabe cómo es eso, porque usted también se enfrenta a eso, ¿verdad?”.

Y yo que le replico en mi carta: “No, señor, porque los publiqué yo mismo”. “¿Cómo?”.

“Con monedas de diez y veinticinco céntimos”.

“Pero ¿cómo, señor?”

“Bueno, yo tampoco sé cómo lo logré, señor. Pero sigo viviendo en el segundo piso”.

“Es usted la sirvienta del señor Rulof?”.

“No, señor, soy la mujer del señor Rulof, sí”.

Solo piensan que vivimos en alamedas, en un castillo, un palacio. Allí me llaman... nos llaman la alameda Esdoornlaan. Pero sigue siendo “calle”. Sí. Y eso es el ser humano para la sociedad. Es el ser humano que quiere aprender. ¿Es el ser humano que va a dilatarse? Ay, ay, ay, ay, señor, podemos escribir cien mil libros sobre el ser humano, y del ser humano y de nosotros mismos, que nos han servido para aprender. ¿Qué quiere usted? ¿Hacer preguntas sobre la sociedad? Ante todo: ¿siente ahora que cuando haya terminado de leer ‘Jeus III’ estaremos preparados para poder responder? ¿Pues? Pero tampoco lo estaba yo en 1938. Y entonces yo ya era, en mi sentimiento... “Un catedrático”, decían. Ya en 1933 los tenía comiendo de mi mano, que querían manosearme. Ya lo leerá. Todos los eruditos, la intelectualidad de La Haya quería manosearme y fui yo quien los manoseé medio año después. Digo: “Señora, mi palabra se hará ley”. Y entonces todavía llevaba la gorra de medio lado, mi gorra de conductor. Pero ¿cómo iban a poder aceptar, una viuda de nobleza de esas, cómo iba a poder aceptar de un taxista: “Sí, así es”. “Y no así, señora, sino así. Sí, señora”.

¿Reconoce usted...? Saque la cortesía de la vida y de la sociedad, de su sintonización divina, señor, y no será: “Sí, mujer”, sino que será: “Sí, señora. Claro, señora”. Hay que ver lo educada que es esa criatura. Deberían ser corteses por fin.

¿De qué quiere hablar, señor? ¿De cosmología? Se trata de cortesía, justicia, armonía, comprensión, deseo. Dice usted: “Yo no lo hago”. Y: “No lo quiero”. A mí eso no me dice nada.

Otros dirán: “Tengo anhelos, anhelos, anhelos, anhelos, quiero despertar”.

Hombre y mujer. Unos dicen: “No, no me interesa”. ¿Por qué? ¿Por qué? Sí, viven aquí en la tierra, aquí pueden decir eso todavía: “Por allí no paso”. Porque estamos encadenados unos a otros por medio de un cordel espiritual. Pero detrás del ataúd, separados y libres de la materia, el ser humano ha vivido y concluido su causa y efecto; mejor vengan a verme entonces, a mí, a decirme: “No quiero obedecer y todavía no quiero tener anhelos”.

¿Entienden que si se niegan a ser cariñosos aquí, a ser justos, a tener anhelos, a tener hambre, para enriquecerse, que de golpe, en el mismo instante, ya habrán perdido su amor al que quieren, para Dios, para el espacio? Porque continuará. Aquí puedes decir: “Sí, ya te gustaría. Ya te gustaría volar, pero tú te quedas aquí. Estarás aquí”. Y entonces dice el hombre: “Sí”, vamos, rápido, “no lo quieres, entonces mejor me quedo aquí”. Pero entonces piensa ese hombre: “Ay de mí cuando enseguida vaya al ataúd. Entonces sí que me saldré. A ver si entonces me vuelves a dar órdenes: “Hazte católico””.

Eso también lo he vivido. Que el gigante sucumba en esta vida y que esa Pulgarcita de allí, como madre, corte el bacalao... y ese gran carácter fuerte se hunde. ¿Por qué? “Sí”, dice él, “¿por qué iba a estar nada más que peleándome todos los días? Mejor lo concedo”. A ver quien intenta eso detrás del ataúd.

Si ustedes, hombres, mujeres, se niegan a pensar aquí en la dirección de su cosmología, también verán cómo detrás del ataúd se les frenará en seco, espiritualmente, en cuanto a su infinitud astral; y eso es pobreza.

Y aquí dicen: “Bueno, ¿a mí qué me importa? ¿Qué tengo que ver con esa luna, allá, con ese espacio?”. Y esa luna está en usted. Porque esa es la vida embrionaria para el ser humano. Y este dice: “¿De qué me sirve toda esa sabiduría? ¿Qué puedo hacer con ella aquí? Ni siquiera puedo comer decentemente”. Sí. Sí. Eso también se entiende un poco, ¿verdad? Miren, lo complicado es esto: el ser humano ya tiene de sobra en la sociedad para alimentarse. ¿Cierto o no? Y lo más elevado de todo que es usted ahora y que puede hacer, como hombre, señor, es: demuestre de lo que es capaz si tiene niños y una mujer y una casa. Debería demostrar de lo que es capaz. Y entonces debería ver usted esos gandules.

¿No tengo razón? ¿Es duro, señores?

Entonces deberían ponerse a determinar a ese señorito que dice: “Pues yo estoy harto de eso”. Y todavía hay tantas cosas que se pueden edificar para la vida doméstica. Señor, debería pensar, póngase a bregar, derrumbese de cansancio, tan a gusto. Hay hombres que ni en toda su vida se han derribado. ¿Es así? Y ahora vamos... tenemos que comenzar, señor, a edificar

primero, nuestro pequeño yo —y el de su querida madre, hombres, mujeres—, a ponerlo en armonía, a pensar en dirección a la unión eterna y al amor. Pero ¿cómo puedo conseguir alimentos inmaculados, puros?

En todo he ganado mi pan, señoras y señores. Con el fútbol me habría hecho millonario si hubiera podido hacer eso todavía. Pero eso lo podrán leer al final de 'Jeus III', Jeus ya no volverá a pisar nunca una cancha de fútbol. Ya nunca más volví a ver una. Y yo era un futbolista, señor. Yo pensaba por quince a la vez. Señor, ¿que si es clarividencia? Andaba por allí con la pelota, avanzaba y entonces decían: “¿A dónde se va otra vez ese loco?”. Pero en dos segundos me llegaba el balón y entonces iba yo un momento y ¡pumba! Gol. Me encontraba en el lugar exacto por donde pasaba el balón. Lo sabía. Sí.

¿Con el atletismo en esa época? He corrido aquí en La Haya; cuando uno se pone con eso es cuestión de pensar mucho. Habíamos acudido mil ochocientos militares a La Haya, desde las ciudades de Arnhem y Amersfoort, fui el número uno en la maratón. A todos eso generales los dejé... los eliminé con las piernas, así. Porque eso lo había construido yo mismo, correr de verdad como un caballo, ¿entienden?, aguantan horas y jamás pierden. Yo era un viejo corredor igual que ellos. Yo también sabía hacerlo. Años más tarde me vi delante del general: “Te conozco”.

Digo: “Señor, yo a usted también”.

Dijo: “¿Es usted ese maldito que me mató corriendo en...?”.

(Risas).

Dije: “Sí, mi general”.

Entonces tuve que tratarle las patitas, porque tenía varices.

Digo: “Lo suyo no pinta muy bien”.

Dice: “¿No es horrible? Hombre, hemos hecho deporte, Dios mío, nunca desapareciste de mi vida, porque todavía veo a ese ciervo corriendo”.

Yo era igual que un ciervo. Sí.

¿De qué se ríen? Lo sigo siendo, eso quieren decir.

(Risas).

Señor, esas cosas le proporcionan pensamiento, pensamiento, pensamiento. No hablo aquí para ganarme el pan. Llegaré de todas formas. Mañana me verán en el mercado con flores. La gente dice: “Sí, pero Jozef Rulof habla allí para ganarse el pan”. Vaya, vaya, vaya, ya casi habría dicho: “De sus botones que recibo por la noche”. Pero eso no es verdad.

(Risas).

Bueno, también habrá siempre un puñado de peladuras de papa (patata). ¿Cierto o no? De todas formas, no voy a ofenderles. La semana pasada

alguien tiró encima cien florines. Eso también es bastante divertido, ¿no? Eso no son botones, ¿no? ¿De quién? No lo sé. Pensé: ‘Oye, algún día esa palabrería tuya valdrá algo. Esa cacareo de Jeus de madre Crisje, el orador, llegará a significar algo. La gente tira cien florines encima de la bandeja, así como así. Sí.

(Señor en la sala):

—Señor Rulof, casi dirían que es un botón”.

—¿Cómo dice? Oiga, ¿qué dijo?

(Risas).

(Señor en la sala):

—Que casi dirías que es un botón.

(Risas).

—¿Por qué? Para eso no hace falta decir que es un botón, ¿no?

¿Por qué, señor? Bueno, solo quiero decir, señor, que cuando empiecen, señora, empieza entonces, por el amor de Dios, con su cosmología en la sociedad. Deberían aprender... Allí estamos otra vez. Cuidado, allí está. Deberían aprender a besar espiritualmente. Ni siquiera saben. Ni siquiera pueden. Por eso no me gusta nada eso de besuquearse. Pero, señor, tiene cierto sentido. Una vez el maestro Zelanus dijo en Diligentia: “¿Qué de profundo es el beso de ustedes?”. Aquí tenemos ahora a hombres y mujeres casados. Señora, ¿qué de...? Ay, no, claro, como si me lo fueran a contar. “¿Qué sabor le deja el de él?”. No, ejem. ¿Verdad? A eso vamos, ¿no? ¿Así?

(Risas).

Igual que en el cine. Yo sigo haciéndolo así. Primero me lanzo así, me lanzo, de verdad, y después entro en vereda divina y espiritualmente, para sintonizarme con ese amor. ¿No es cierto?

Hace poco les dije: “A mi mujer la hago reír un mínimo de cuatro veces al día”. Esta tarde la hice reír como mínimo diez veces. Y toda la mañana estuvo riéndose de una sola cosa. Ahora pienso: ‘Demasiado, en realidad, porque mañana es otro día’.

(Risas).

Pero nos divertimos, somos felices, porque hablamos, analizamos. Me preocupo de acabar mis cosas, ella igual. Y eso escasea en esta sociedad. El ser humano no conoce su tarea, es demasiado vago, es demasiado lo otro. “¿Qué? Estoy cansado”. ¿Cómo que cansado? Ja, ja, ja. El cansancio, ¿qué es el cansancio?

Deberían leerse ‘Jeus III’. Yo he vencido miles de cansancios. No conozco el cansancio. Después de cinco libros, vino mi mujer, hemos terminado ‘El ciclo del alma’: “¿Todavía sigues con eso?”.

Digo: “Falta por escribir un pequeño epílogo, hija”.

Fíjense. ‘Aquellos que volvieron de la muerte’, listo. Cuatro días después, poco después, llegó directamente el maestro Zelanus, ‘El ciclo del alma’, estuvo listo directamente; vivido, escrito, preparado. Bastante complicado, señor. ¿Un breve descanso? Qué va, qué va, en ese tiempo los desdoblamientos corporales seguían como si nada. Entonce me dijo ella: “¿Qué vas a hacer ahora? Te pondrás a descansar un poco, ¿no? Te pondrás a descansar un poco, ¿no?, acabas de terminar el libro. Señor, ni siquiera nos pusimos un poco más de té por haber puesto en la tierra otra criatura vital de esas. Nada de aspavientos. Ningún “viva”. Daba vueltas, pienso: “Vaya, otra vez tengo uno, otra vez tengo uno. Listo’. Saldrá enseguida. Y la gente: “Ah, maestro Zelanus, hablando, qué hermoso, ¿verdad?, allí hay otro vez uno”. Dice: “Nos quedan un par de días, después seguiremos otra vez”. Y entonces, a la mañana siguiente, señor, después de ‘El ciclo del alma’... El editor dice: “A ver, dame una foto”. Tuve que ir rápidamente al fotógrafo, una foto, rápido, entonces ya empezamos, se hacían los viajes, por la demencia, la psicopatía. Digo: “Bueno, todavía necesito un breve epílogo”. Y entonces ese breve epílogo se convirtió en un montón así de alto, porque ya puestos escribí cinco más. Uno tras otro, seis piezas. En dos meses y medio, en tres ‘El origen del universo’, ‘El ciclo del alma’, ‘Las enfermedades mentales’. La trilogía de ‘El origen del universo’, también. Vivido, escrito y publicado, señor. Y ni un quejido. Por dentro, sí. Por dentro, muchísimas, señor Berends. Y eso lo puede leer ahora en ‘Jeus III’. Y si comprende eso, comience por el comienzo: ¿cómo me preparo en la sociedad para mí mujer, para mi marido, para poner juntos fundamentos espirituales, para que también seamos, detrás del ataúd en la infinitud astral eterna, camaradas, hermanas y hermanos. No soy muy dado a usar la palabra “camaradas”, porque entonces no tardaremos en juntarnos con los bolcheviques y no quedará mucho... (inaudible)... y entonces la palabra ya es sanación.

Señoras y señores, es la hora del descanso, hay té.

DESCANSO

Señoras y señores, vamos a seguir. Dije hace unos instantes: en la sociedad tienes que edificarlo todo. En el descanso alguien me contó una pequeña historia, con el tiempo ya he oído diez de esas, veinte. En los años que llevo ocupándome de esto he contado alguna vez algo sobre esto. Gente que besarían los pies de los maestros, que nos prometían becerras con cuernos de oro, hogueras. Ahora uno ya lo puede decir, bien: “Yo también iré”.

“Estupendo, eso es cosa suya”.

Gente que mostró su sangre. Hubo un tiempo, señoras y señores, en que los maestros todavía respondían a eso. Alguien también contó: “Entrego mi

sangre, mi vida”. Y una noche, era 1934, 1935, era aún temprano, llevábamos poco tiempo. ¿Cuándo fue? Un año terminado en cuatro, en cinco.

Una noche me veo así, ante la gente, digo: “Antes de que cante el gallo, renegarán de mí tres veces”.

“¿Es para mí?”, pregunta.

Digo: “No sé”. Digo: “Sí, yo también oigo que se ha dicho”.

La semana siguiente vuelvo a acudir. Otra vez estoy ante la gente: “Antes de que cante el gallo renegarán de mí tres veces”.

“Pero, santo cielo, ¿es a nosotros? Nosotros no traicionamos a los maestros”.

Y nosotros no hacemos eso. Y nosotros no hacemos lo otro. Y nosotros no hacemos aquello. Pero esa gente entra en un estado en que el señor se queda sin trabajo y puede conseguirlo en la iglesia católica, un trabajo bueno encima, y adiós maestros y Jozef Rulof.

Hay gente aquí entre nosotros que está en la sociedad y que tenía una poderosa tarea. El cura, el Tribunal Supremo se entera que esa gente acude a Jozef Rulof; a la calle. El cardenal y el obispo toman cartas en el asunto. Porque saben: Jozef Rulof es un rebelde espiritual. “¡Fuera!, usted también va allí. ¡Largo!”. Y se van a la calle. Los ponen en la calla, así como así. Pierden su puesto de trabajo porque escuchan a Jozef Rulof, porque leen un libro espiritual. Ese es el poder que aún tiene la iglesia católica entre su propia gente. Y así de estrechos de miras y dementes son las personas que aún manejan la palabra allí.

Vivimos en el siglo XX y el ser humano sigue sin poder hacer lo que quiere. Todavía lo avasalla su religión. Y entonces, por mucho que yo aquí diga... Claro, eso me lo arrojan luego a la cara: “Señor Rulof, para usted es fácil decirlo”.

Sí, señor.

“¿Qué le parece? ¿Qué piensa de esta historia?”.

Y entonces me la cuentan. La gente entrega su vida. El muchacho dice: “Estoy enfermo. Voy a ese sanatorio —y allí desde luego no quiero ir— porque así todavía podré leer los libros”, el médico que vive allí ya va a delatarlo, ya lo va a delatar.

Aquí tenemos a uno que es católico y que lee los libros de Jozef Rulof: “¡Fuera!”.

Y ahora yo. Y después ustedes. Y entonces dice la gente: “Para usted es fácil decirlo, señor, está usted metido en eso hasta el cuello, hasta el cogote, hasta los labios”.

Sí, señor. El protestantismo, la corriente reformada ya no es así. Aunque allí también, claro: “¿Qué estás haciendo? ¿Y por qué lees eso?”. Y si el jefe se entera de eso y está como consejero parroquial en la iglesia, pues ya me

gustaría ver lo que pasa luego en esa oficina, en ese hombre, por dentro, de cara a usted. Y entonces lo hará papillas. Y a mí. Y luego, cuando se juntan los caballeros un rato por la noche —¿cómo llaman una hora de esas, cuando los consejeros hablan con el pastor?— a usted lo someterán a un análisis, y se irá a la calle, que se lo digo yo.

Y, claro, luego dicen ustedes: “Para usted es fácil decirlo”. Y: “Cuando estamos ante eso en la sociedad... Luchamos a vida o muerte”.

Sí, solo les puedo decir esto, señor, señora: entonces ¿qué es lo que hace aquí? Están aquí. Y lo que vamos a hacer es mirar, desde ese mundo, a la tierra, y a nosotros mismos, analizaremos las leyes. Lo que hagan ustedes con ello es cosa suya, de eso no se trata ahora, sino que hablábamos de la sociedad. Tienen que hacerlo en la sociedad. Y ni así habremos terminado, de verdad. Y entonces tendrán, igual que esos colaboracionistas de los nazis de poca monta, de poca monta, de verdad que no eran gran cosa, primero irán... Ya no se atreven, si no, de lo contrario, ya pondrían en la hoguera a todos esos católicos, se irían al calabozo, igual que Galileo. ¿Porque leían un libro de Jozef Rulof? No, entonces, los echarán a ustedes a la calle, igual que a esos colaboracionistas de poca monta, da igual que tengan mujer e hijos, que esté usted enfermo, no importa: ya no sigue usted su iglesia.

Si estuviera aquí ese católico de la semana pasada, diría: “Mira... Bueno, ya puedes comértelo, aquello con lo que empezaste, de esa cosa dorada”. Porque esto de aquí es exactamente lo mismo. Pero gente... ¿Y qué dice ese hombre de allí? ¿Qué dice uno?, ¿qué dicen diez? “A mí me da igual, ahora, gracias a Dios, he dejado esas desgracias atrás. Puedo comenzar una nueva vida”.

Y tan pobre, señor y señora, es nuestra humanidad, es nuestra administración, es nuestro gobierno, es la iglesia, es la religión en Europa. El ser humano, la iglesia, el teólogo es inconsciente. No tienen más que borregos: “Si no haces esto, te largas”. Y ahora está ese hombre allí, y allá esa mujer, eso ya lo he oído cientos de veces. Digo: “Sí, señora, sí, señor, no puedo remediarlo. Eso lo tienen que saber ustedes mismos. Pero una cosa sí que les puedo decir: en estos momentos están ascendiendo, es decir, por encima de las cabezas de la iglesia católica”. Eso, sin embargo, no les da para comer. Yo tampoco puedo alimentar a esa gente. Solo puedo hacer que se disuelva su hambre espiritual. Y, oigan, para eso tengo una maravilla de pancito de centeno. Un pan de centeno que se ha construido directamente con el cereal del cosmos espacial, señor, y aquello, si toma unos granitos de eso, le dará de comer durante diez mil años.

Pero ese estómago nuestro, ese estómago material, y el señor casero, ¿verdad?, un trocito de propiedad, y entonces empieza. ¿A quién le apetece entonces todavía el despertar espiritual, la conciencia espiritual, el anhelo, si no hay qué comer? Vaya, vaya, vaya, vaya, hay que ver cómo nos rebajamos. Pero

esa es la realidad.

Vivir la cosmología, señor, en lo material, quiere decir: “Sí, jugar a ser Pablo, y reconocer: leo un libro sobre el universo de Jozef Rulof”.

Señor, en los años que llevo ocupándome de esto habrá habido fácilmente un centenar de personas a las que han echado a patadas de su trabajo por leer mis libros. Pero en ese punto seguimos ahora mismo. ¿Con qué tienen que comenzar ahora? Con grandes tareas gloriosas. “¡Fuera! No lo permitiremos. No sigue usted nuestra línea de pensamiento, en el fondo es usted un traidor. Se ha convertido usted en un hereje: ¡fuera!”. Acude el obispo. Vaya, vaya, vaya, el señor cura ya ni siquiera tenía la palabra. Para esto ya tiene que venir el obispo. “¿Lee usted libros de Jozef Rulof?”.

Si la gente supiera la de curas que ya tenemos entre nosotros, desde fuera. Pero, claro, la iglesia católica siente que la cosa se está tambaleando, se siente tambaleante. Ya echa a la calle a la gente que simplemente está leyendo un libro. Al ser humano ya no le está permitido pensar como quiere. Pero es eso lo que nos hace estar con ambos pies en la sociedad, señoras y señores, entonces tenemos que hacer algo con eso y tienen que decir ustedes algo, y eso es: “Ser humano, demuestra quién eres”. Hagan algo ahora. Para ustedes en este momento no ha cantado ningún gallo.

Pero, qué gracia, ¿verdad?, cuando está ese pastor o ese cura allí, y dice: “Dios bendice al ser humano”.

Pero ¿mañana, señor? ¿Comer? Pasado mañana, señor, tengo que pagar el alquiler.

Y: “El Padre cuidará de usted”.

“Porque a mí, por esto y lo otro, me han echado de mi trabajo”. Pero todavía estaba en la vereda de la iglesia católica.

“Pero usted también recibirá ayuda”.

Pero justamente eso es lo que no pasó.

Esas oraciones se le habían olvidado al señor cura. Quería rezar por él, y por ella, pero no sirvió de nada. Pero quizá el señor cura pensaba —cuando por esa gente, que había perdido su trabajo por haber luchado por la iglesia, él por lo visto todavía...— quizá Nuestro Señor esté demasiado ocupado, ¿no? ¿Y vendrá eso en unos meses o en unos años? Y quizá sí, señor, cuando estemos muertos. También es posible, ¿no?

Pero ¿qué vamos a hacer? Aquí están ante el hecho de que no solo ya van a tener la dificultad de empezar a trabajar unos con otros, porque otra persona dijo: “Bien, para hablar y pensar hacen falta dos”. A eso, claro, se le llama inmediatamente el hogar, hombre y mujer. Mujeres, hombres, hemos hablado muchas veces de eso. No es así en la iglesia protestante, porque allí ambos son protestantes, ambos están encima de la Biblia. Su beso también es bíblico, señor, y maldito. Ese beso, “con que haga esto”, entonces ese beso ya también

es maldito. El que yo doy hoy no tiene un significado universal. Señor, basta con que me equivoque un poco para ya estar condenado para la eternidad. Así de profundo es ese beso y ese amor. De eso ni siquiera estamos hablando.

Sin embargo, de lo que se trata para nosotros es lo siguiente. Que de verdad que ahora ya no es tan sencillo desarrollarlos a ustedes de cara a la sociedad, su tarea, del trabajo que tienen. Si están libres de ellos y tienen su tarea para ustedes mismos en sus manos, podrán actuar y hacer y romper lo que les plazca. Pero todavía hay gente que depende de su fe: y ahora se van a la calle. Eso es terrible. Y entonces a demostrar lo que uno quiere. La gente que pudo hacer eso dice: “Bueno, ahora me he quedado en la calle, ya veremos”. Bien, también ha habido gente que se ha estrellado y que ya no consiguió un trabajo, y entonces va. Por la doctrina.

“Vaya, la de cosas que se me vienen encima, ¿no?”.

Digo: “Sí, señor, pero se las tendrá que apañar usted mismo. Yo solo puedo darle alimento espiritual”. Pero, según dijo alguien, ahora no hago más que llevar a la gente de mal en peor. Porque perdieron su trabajo.

“No”, dice usted, “¿verdad?”. Si mañana pierde usted su trabajo, señor, en el gobierno, la tarea que tiene, dígame entonces al jefe de gobierno Willem Drees que tampoco él se entera de nada. Porque eso no se lo consiento.

Pero bueno. Hay gente que dice ahora: “Si quiere usted vivir ese desarrollo, hacen falta dos”. Hombre y mujer. Sí, eso es lo perfecto en la tierra, si él desea y ella desea, y ella está y él está. Y él que hace de vez en cuando: “Bien, ¿lo sientes, hija?”. Y ella también hace así un rato. Es cuando se despiertan las pequeñas orquídeas.

Sí. Sí, ahora se vuelven a mirar a los ojos, ¿entiende? Entonces piensan: ‘Sí, lo tengo, por casualidad’. Pero, señora, señor, si tiene usted eso, mejor no nos lo deje ver, porque millones de personas no lo tienen. Seamos honestos.

Y ahora dice usted: “Desarrolle, desarrolle, desarrolle”. Y: “Anhele y anhele y anhele”. “Pero yo no puedo decir lo que pienso. Con que diga una sola palabra ya hay bronca. Porque ella no lo soporta”. Y allí es él quien importa.

Y él dice: “Deberías consultar aquello y leerlo”.

Y ella: “Ah, bueno, eso es para ti, ¿no?, no es para mí, ¿no?”

Y ahora estamos ante los grados de los sentimientos, eso ya lo han podido ver de cierta manera en ‘El origen del universo’, pero en ‘Los pueblos de la tierra’ tendrán ustedes los sentimientos para el matrimonio.

De lo que estuvimos hablando la semana pasada todavía no es más que un matrimonio corriente y moliente, material. Al comienzo ustedes han... Sí, también lo animal, porque si tenemos dos ladrones y dos asesinos, con todas esas cosas, son matrimonios animales, personas animales. ¿De verdad? Un ladrón no es un animal, ¿no? ¿No? No, entonces son mangantes. Él manga y ella manga. Y ahora vamos a empezar con las cosas espirituales, eso no va.

Pero yo he presenciado, y es así... ahora, en cada sociedad —de golpe me encuentro hasta las cejas en el matrimonio—, ahora en la sociedad aparecen centenares, miles de grados de estados matrimoniales. Y entonces cada matrimonio es un mundo aparte, propio. ¿Cierto o no? Y eso es... entonces se llegan a ver los grados, de eso se puede escribir un libro, sobre lo que hay escrito en ‘Los pueblos de la tierra’, y entonces se llegan a ver los grados para el matrimonio humano en la tierra.

Y si fuera que los dos boxeáramos, señor, ella en el cuadrilátero y yo igual, pues, sí, entonces al menos por la noche podríamos comparar nuestros moratones. Pero resulta que yo no boxeo y ella sí; o él no y ella sí. Nosotros nos dedicamos a la esgrima, nos dedicamos al atletismo. Fanny Koen (atleta holandesa, ganó en 1948 en los Juegos Olímpicos de Londres cuatro medallas de oro) tiene que ser sorprendentemente feliz, porque él es el entrenador, ¿a que sí? Esos al menos tienen algo de qué hablar. No estaría mal que a su lado se sentara un pastor protestante. Bueno, puede ser, ¿no?

O un jardinero, un jardinero de andar por casa, pragmático. Un hombre que se dedique a los bulbos, y su mujer que le dice: “Ya, pero tengo que irme a Bélgica, hoy tengo que correr los cien metros”.

Y él que responde: “Bien, ¿y mis tulipanes?”.

Y granjero con sus vacas, y ella que solo quiere estudiar y escribir poemas. Ella está en el escenario en Diligentia, en el teatro municipal de Ámsterdam: (Jozef Rulof hace gestos teatrales).

“Y llegó la vida, cantaba y me inspiró”.

“Sí”, dice él, “pero aquí están las vacas con las ubres llenas de leche, y no pueden quitársela de encima”.

(Alguien se ríe).

¡Qué bronca, señor!

Claro, usted se ríe, señora, pero el mundo es así, ¿no?

La sociedad es... la sociedad se dedica a empapelar las paredes, ha estado erigiendo una cosilla, un pequeño palacio, pero se olvidó de la cola.

(Risas). Dice él: “¿Y dónde está mi brocha?”. El ser humano se casa, en el futuro...

Han leído ustedes libros, pero no me preguntan nada. Siempre soy yo el que tiene que empezar. No piensan. En ‘Los pueblos de la tierra’ hay cien millones de preguntas. ¿Pensaban ustedes...? Ese libro ya es tan antiguo, ahora ya, desde 1940, desde 1946, entonces salió, ya son siete años. ¿Creen que un solo ser humano haya hecho aquí una pregunta sobre ‘Los pueblos de la tierra’? Jamás. En Ámsterdam le dedicamos una conferencia. In Diligentia dieciocho, al comienzo.

Los grados del matrimonio, señor, los grados, los grados vitales del Gólgota, los grados vitales de un proverbio. ¿Cómo lo dijo usted tan finamente?

¿Y por qué me lo dijo de esa manera? Él se asusta, o ella. Pero ¿por qué no lo puedes decir así? ¿Por qué? Alguien que vino a verme me dice: “Es lo único en lo que siempre me atraganto, y entonces me dan ganas de...”.

Digo: “¿Por qué te vuelves a enfadar?”.

Y él responde: “Estoy sentado allá. Mi oficina está aquí, y así pueden ir andando hasta allá sin problema. Pero entonces suena de allí a lo lejos: ¡A comer!”.

Dice él: “No lo oigo, por el ruido de la máquina, y las chicas están ocupadas”.

Y de pronto se abre la puerta bruscamente: “Pero ¿es que no oyes nada?”.

“Pues de verdad que no te he oído, hija”. Además estaba encendida la radio.

Viene a verme ese hombre y dice: “¿Qué son, pues, los sistemas filosóficos?”.

Digo: “¿Quiere que se lo cuente?”.

Dice: “Pero he leído un libro de Sócrates”.

Digo: “¿Cómo lo haría usted?”.

“Sí”, dice, “yo lo haría así. Cuando estuviera lista, andaría tranquilamente por el patio, tocaría en la puerta y diría: “Marido querido, la comida está lista. ¿Vienes?”.

Claro, claro. Y entonces él diría, naturalmente: “Hija, ven a verme un momento, vamos a comer juntos”. Pues, así.

Señor, Sócrates vive entre ustedes, entre usted y ella. Solo la comida está lista.

El Gólgota, señora, Nuestro Señor.

Nuestro Señor andaba con los apóstoles por la calle. Habían cruzado el prado cuando uno, a lo lejos, que había visto a la pandilla, dice: “Menudos pelos esos de allí”. Dice: “Resulta que a ese hombre de blanco allí lo han...”. Era el Mesías, era un rabino, porque no hacían más que contemplarlo como un rabino. Imagínense, Cristo anda allí, anda así. ¿Quién dijo por aquel entonces: “Es el Mesías”? Y ahora toma usted allí a un ser humano por el Mesías. Y dice: “Ya llevan avisando cuatro veces y resulta que Él sigue sin oír que Judas tiene la comida lista”.

Entonces Cristo se dio la vuelta y dijo: “¿Por qué te metes conmigo? Te estás metiendo conmigo”. Cristo miró a ese hombre, a ese ser humano, era un hombre de unos sesenta años. Porque allí estaba bien y allí estaba mal, justo al lado de Cristo. Él andaba entre la gente y usted se podía poner a lanzar insultos, sin más. Todo eso me lo mostró el maestro Alcar.

“¿Por qué me llamaste? ¿Por qué me molestas? Hoy no como”. No. “¿Por qué me despiertas? ¿Por qué me molestas?”.

Y entonces dijeron los apóstoles: “Tendríamos que haber velado por eso”.

Y Cristo que dice: “No siquiera son (sois) capaces de eso”.

“¿Y por qué no, Maestro?”.

“Porque caminamos en la desintegración”.

El ser humano no piensa hacia arriba. Él se lo dijo de manera hermosa. Pero cuando entraba al mundo, Cristo lo decía con una metáfora, como la naturaleza.

Y eso es justo de lo que se trata y de nada más, señor, como decimos nosotros: “Oye, oye”.

¿Por qué, señor, por qué, señor, por qué, señora, no lo hacemos de otra manera? ¿Por qué no colocamos, como Sócrates, los sistemas filosóficos? En la sociedad, señora, hablan de filosofía alta: es esto. No hace falta que sea erudita. La aprende en casa, sin más. No gruñía, no grite. “No conviertas tu boca”, dicen los maestros, “en cotilleo”. Solo recibiste la boquita para alimentarte, no para hablar mal de la gente. Y ahora fíjese en nuestro rebelde, señor. Rebeldes. Cotillas. “Apártate de mí”, dijo alguien. Sí. Mmmm.

Señor, si empieza con eso, irá colocando cosmología, entonces empezará. Y así son ahora sus sentimientos en ese mundo cuando abandone este pequeño castillo, allí dependerá de usted mismo. Y entonces le ofreceré una imagen, que tiene ahora. ¿Es usted duro? ¿No quiere usted comprender? ¿Hace usted su trabajo? Sí. Pero todo eso es para la tierra. ¿Está bien eso? Estupendo. Pero ¿por qué no nos podemos vivir mediante la ternura, la comprensión y la inclinación? Y cuando se desprenda de esto... Aquí todavía hay luz, aquí hay sol, aquí hay luz. Pero allí estará usted en una jungla de tinieblas, créalo y acéptelo. Aquí se aferra a la luz y la sociedad, vamos al cine, volvemos a casa, tenemos qué comer, cuando tienes hambre, comes algo; y allí usted sentirá materialmente, no tendrá fundamentos espirituales, porque ni un solo pensamiento está decididamente terminado, ni de forma espiritual ni de forma espacial, no es armonía con ese mundo, porque es el mundo espiritual. Así que tiene que hacer usted que sus sentimientos lleguen a dilatarse, si quiere estar en armonía con su yo astral, la infinitud en la que vive. Bien. Y ahora tiene usted... Cada palabra llega a estar sintonizada con ese mundo. Voy caminando. Bueno, eso a nadie le importa, es cosa suya. Vivimos todos juntos, nos hablamos todos, todos trabajamos para los demás. No hace falta que usted lo haga. Trabaja para usted mismo, se preocupa de llegar a tener una existencia. ¿Es usted perezoso, es esto, es lo otro, sigue siéndolo, negligente? Ya entenderá: ¿a dónde va todo esto? ¿Qué quiere, quién es, qué hace? Para esta vida, para estos alimentos. Pero ahora viene el resto espiritual. Y eso, pues, es —el señor Berends se ha ido a casa— la cosmología para ahora. Y eso no es ahora, es una conciencia universal; su personalidad llega a tener un significado espacial.

Y ahora puede usted —con eso empezó Sócrates— convertir un pequeño pensamiento en conciencia espacial. Sócrates estuvo allí y dijo: “Si es usted feliz, señora, ¿qué siente entonces? ¿Qué es eso?”. Nadie lo sabía. Y entonces

él fue al hombre: “¿Qué siente usted cuando está feliz?”. Y: “¿Qué es el amor?”. No lo saben. Nadie en el mundo sabe lo que es el amor, señor. Ningún teólogo, ningún psicólogo. Para eso hay que ser un iniciado. Hay que tener unión con el espacio, con el macrocosmos, con planetas, soles y estrellas. ¿Y quién la tiene?

¿Qué es el amor? ¿Entiende? Y entonces estamos ante ‘Los pueblos de la tierra’, ante los grados del matrimonio humano y ante el Gólgota. Y ahora cada pensamiento y cada acto que se hará fuera de su cuerpo, fuera de los alimentos... y también cuando los prepara usted mismo y dice: “Bien, los ‘drudels’, prepáralo tú”. Eso tampoco vale. Cuando él dice: “¿Y qué comemos hoy?”. “Eso no es asunto tuyo, prepáralo tú mismo”. Y cuando están hablando allí, señor, una hora entera, y arriba todo se quema... Sí, entonces ¿qué?

Y ahora usted tiene que... y eso es lo raro, señor, lo único que queremos siempre es ir a ese cosmos, y siempre queremos ir al más allá. El maestro Alcar dice: “Deberías traerlos un poco de vuelta, porque vuelan demasiado lejos”. Donde tenemos que hacerlo es aquí.

¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Con qué va a comenzar?

Ahora puede usted, lo he dicho cien veces, puede vivir una conversación, tan poderosamente hermosa, porque entonces llegas a la unión. Pero el ser humano no tiene sentimiento. Ella lo tiene, él no; allí lo es él, y allá lo es ella. Y allí lo son juntos; sí, entonces va por sí solo. Estupendo. Estupendo, señor, entonces ya es posible captar más en la sociedad. ¿No es cierto? Y entonces empiezas a pensar de forma espacial. Uno ve y siente a la gente de otra manera, todos los días. Descenderá usted en ese ser humano y empezará a vivirlo de forma espacial, porque se pondrá... se pondrá a hablar con la gente desde su anchuroso sentimiento. Y entonces uno ya no es tan duro.

Cuando uno empieza a sentir eso y va en dirección al Gólgota... Santo, santo, santo, santo cielo. ¿Quién va en pensamientos al Gólgota? ¿Quién los pone allí en la balanza de Jerusalén? En ese follón de los judíos, en esa conciencia de rabino, dice la sociedad. Sabemos que es el Mesías, que es Cristo. Pero ¿quién coloca sus pensamientos encima? Porque nuestros pensamientos, nuestra vida y forma de pensar, nuestro sentimiento, cada día, cada día, todas esas palabras, esos miles de palabras, aunque vayamos pasando unos al lado de los demás, son sopesados en el Gólgota.

Sí, señora. Hay que ver lo pirados que estamos todavía, ¿no le parece?

¿Quién es usted hoy?

Ya veo a la gente caminado luego, volverán a hacerlo, volverán a hacerlo mal. Hubo alguien que también quería empezar. “Oye, ven a ver”, dice, “lo que está pasando aquí”.

Digo: “Bien, señor, ya iré a verlo alguna vez”.

Había empezado así: “Querido marido mío, ¿qué es lo que te apetece?”.

Y él que dice: “Bueno, pues dame un buen trago”.

Y ella que dice: “Ah, sí, ¿te parece que te lo ponga aquí, querido marido?”.

Y él: “Esto ya lleva así un mes”.

Ella llevaba ya un mes en los cielos, pensaba que tenía que decirlo de una manera bonita. Pero por la noche ya no podía más y hacía todo añicos, porque no lo soportaba más.

Y dice ella: “Sí”. Había pensado: ‘Tienes que decirlo de una manera bonita’. Entonces aprendió a hablar de una forma verdaderamente poética, pensaba que ese era el truco. Pero no lo era para nada, señor. Señora, es que de eso no depende para nada.

Solo se trata de que aportes armonía a la cosa. Claro, y yo que tengo que tratar a diario con la gente y entonces se lo tienes que enseñar. Y quizá yo mismo también haga... esto... Sí que presto atención, pero tal vez me parta la nuca tropezándome conmigo mismo, quién sabe, pero, claro, eso tendría que preguntarlo usted allá (probablemente se refiere a Anna, su mujer, sentada detrás de la mesa con los libros.

(Risas).

Pero yo sí que pensaba alcanzar la armonía. Y se me hizo muy fácil — puedo explicárselo rápidamente: cuando allí se decía algo, de todas formas me sobraba alguna palabra, de eso no se trata—, entonces el maestro decía: “Mira, empezará a pensar en mi dirección y solo entonces avanzaremos y estaremos en armonía, y entonces tú tendrás que... tú pondrás los fundamentos espirituales para tu materia”.

Y entonces no hacía más que pensar en su dirección, cómo lo harían ellos. “Y allí aférrate sobre todo a Jerusalén”, dice, “porque nuestra lucha se va al espacio, es a vida o muerte”. Y ahora mejor deberían leerse ‘Jeus III’. Es cuando empezó mi pensamiento. “Es que lo que no quiero es pensar mal”.

Y entonces debería ver usted, señor, qué problemas tan tremendos puede vivir usted en un pequeño hogar, de dos personas, o de tres, y que no significan nada, aunque sí poseen cosmología, porque ese pensamiento se va dilatando. Se va haciendo material, primero se endurece, duro como una mala bestia, y después se materializa, y entonces, a su vez, se pone uno a hacer las cosas de otra manera, de modo espiritual, espacialmente, y entonces ya has pasado por encima del Gólgota.

Señor, ¿no vivió eso —los hay que son así— en el campo de concentración? ¿No aprendió cómo tiene que empezar a pensar de cara a la sociedad? ¿Napoleón? Sí, usted quiere conciencia espiritual. La semana pasada les dije: viene una chica joven, lee mis libros, la acompaña un chico. A ese padre le digo: “Algún día ella tendrá que jugar el juego hasta el final”.

Y dice ella: “Oye, deberías leer ese libro. Yo también lo he leído, me parece maravilloso”.

“Vaya, vaya, vaya, huhwhuhuh...”.

“Deberías leértelo”.

“No”.

“Oye, deberías acompañarme a una conferencia”.

“Vaya, vaya, vaya, yo tengo mi propio mundo, ay, no”.

Y otra vez, y otra vez, y otra vez. Entonces dijo ella: “Ya no quiero saber nada de él. Porque ahora estoy solo en el mundo”.

Y enseguida cuando hayamos terminado de hablar, no, cuando hayamos vivido nuestro pequeño ciclo, señor, ¿qué quedará entonces?”. ¿Qué quieren vivir juntos hoy? Aquella dice: “Oye, compañero, mejor búscate otra cosa”.

Esa chica ya arrullaba en el grado espiritual. ¿No le parece, señor Götte? Y allí es el muchacho, allá es el padre y allí es la madre. Pero las personas de la tercera edad sienten más necesidad por ello y les hace más falta que a la juventud. Porque el ser humano solo empieza a pensar a partir de los cuarenta. Pero de verdad que no pretendo soltarles aquí esta noche un sermón.

Si quieren aprender a pensar y quieren hacer algo con sus vidas, entonces ya lo ven: ya están ante la sociedad. Si tienen que ver con un católico, se irán a la calle.

Y si quieren empezar para ustedes mismos y su familia, diré todavía a esa única persona... Porque el hombre dijo: “Sí, para eso hacen falta dos”. Y entonces tienes la desintegración, señor. Los diversos grados para el matrimonio.

Les he dicho que en el futuro... eso llegará irrevocablemente, porque la psicología llega hasta el punto en que luego el estado diga, en cincuenta años, cien años, cuando me vaya a casar: “Vente un momento con nosotros, anda”.

La madre llega a conocer la cosmología. Entonces ya no habrá combatientes femeninas, señor, señora. Fíjense en una maternidad raquítica de esas, la semana pasada en el periódico. Digo: “Señora, cuidado, de lo contrario encima la operarán en breve”. Ya me gustaría enviarlas a un hospital, digo: “Allí hay una bonita tarea”. No, esa gente se pone a jugar a ser soldados. La mujer se pone a jugar a ser soldado. La madre empieza a pensar en asesinar. “¡Atención”, dijo una, era capitán.

Una vez iba yo por la calle, no puedo evitarlo, pero esa gente no me cae bien. No es que me caiga mal, esas vidas me caen bien, pero esos caracteres... Y salgo así del coche. Ptt. Sí, por Dios, anoté el número. Digo: “Venga, vamos”. En este siglo la mujer juega a ser soldado. Al lado pone: “Se buscan chicas para el hospital”. Los hospitales se han quedado sin enfermeras. Allí estamos. En estos tiempos. No, se hacen soldados. Militares femeninas, se hacen capitán, soldado. Allí están con su gorra azul de la Marina, con hermosas medias azules y guerreras grises. Y allí está la mujer entre centenares de soldados, de oficiales. Fíjense, se vienen al frente. Qué divertido, ¿no?

¿A servir? ¿Quieren hacerme creer que allí vive un grado, una semillita, del Mesías? Cuando la madre comprenda para qué está en la tierra... ¿Para jugar a ser soldado? No estamos hablando de eso.

Pero ustedes viven en la sociedad. Fíjense en lo que hay alrededor de ustedes, y determinen su tarea, su pensamiento y sentimiento. Señor, qué difícil se está poniendo. Eso es para el ser humano que siempre quiere irse a esos planetas en ese espacio. Devuélvanme con ustedes a la sociedad y los convertiré en seres humanos. Les enseñaré a pensar. Llegarán a vivir una joya de vida. Y usted, jovencita, elegiré un chico muy diferente; y el jovencito, igual. Se pondrán a hacer preguntas antes de que ocurran los accidentes. ¿Es cierto o no? Y eso es el arte más elevado para esta vida. No se lo puede dar la universidad ni el psicólogo, porque no tienen espacio. Ustedes lo recibirán aquí. Se lo dirán los libros. ¿Sí?

(Señor en la sala):

—¿Señor Rulof?

—¿Cómo dice, señor?

(Señor en la sala):

—Hemos llegado a tener la suerte en la sociedad de que esos católicos apostólicos a los que echaron a la calle no se hayan quedado sin qué comer, ¿no? De eso se ha encargado Dios en el transcurso de los acontecimientos, ¿verdad?

—¿De qué está hablando?

(Señor en la sala):

—De esos católicos apostólicos a los que echaron a la calle, por los libros de usted, que no se han quedado del todo sin qué comer...

—Sí.

—... debido a la asistencia social...

—De eso al menos se encarga Willem Drees.

—... eso es así en todo el mundo.

—Sí, eso ya es... Puede decir usted lo que quiera del parlamento, pero el gobierno aún no puede vivir como quisiéramos. Les he contado: “Bueno, a mí háganme ministro de Hacienda”, y tendrán todos los días para desayunar en la cama: pan, pan con pasas y té. No hace falta que hagan nada en todo el día, solo a la una voy a llamar a los hombres y las mujeres y entonces trabajaremos unas horas para los demás. Y por la noche se irán juntos al cine, una gloria, o quizá tenga alguna obra de teatro para ustedes.

(Risas).

Claro, claro, sí. Digan que sí. Sí, señora. Háganme ministro de Hacienda y ya no habrá presos. Digo: “Muchachos, que cada uno me prometa que ya no cometerá ninguna maldad. Veinticinco florines, bollo de pasas y a correr. El resto ya pueden venir a buscarlo mañana”.

Señora, y encima me sobraría dinero. Porque hoy volvieron a apartar ciento cuarenta millones para cruceros de guerra. Casi iba a decir: “Por poco me quedo daltoniano de tanto escribir”. Digo: “A mí mejor me das esos dos millones de entonces, esos ciento cuarenta millones para equis cruceros de guerra, no son más que dragaminas, y así podré darle al mundo arte, ciencia, sabiduría y amor”. Pero no me los dan. Señor, no me creen. Así de pobres somos. Todavía sigo hipnotizando en esa dirección. Pero siguen sin darme esos dos millones.

Señor, ese hombre recibe apoyo del segundo gobierno de Willem Drees, ¿no? Sí, es que también se llama Willem II. Porque primero tuvimos otro, ¿no?

Hace poco hubo un norteamericano que... Va ella y dice: “Pero ¿qué clase de hombre es ese?”.

Digo: “Ah, es William el Taquiturno”.

(Risas).

“Sí”, digo, “es William el Taquiturno”, digo, “desde hace mil años que es taciturno”. Digo: “Tú al que buscas es Willem el Hablador”.

Y dice ella: “¿Y dónde está, pues?”.

Digo: “Para eso tienes que irte a esa plaza”. Y entonces opté por mandarla a Jan de Wit.

(Risas).

Digo: “Es que, a mí, ese Guillermo el Taciturno, ¿qué me va a enseñar?”, digo, “ese Guillermo el Taquiturno y Willem van het Hart qué me...?”.

No hemos aprendido nada nuevo porque seguimos viviendo en un caos. Porque Guillermo el Taciturno tampoco era más que un protestante. Sí, un exégeta. “En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, hala, a ese córtale la cabeza”. Sí, señor. Y con la mano sobre la Biblia. Si yo coloco mi mano, ustedes jugarán al juego de la soga o a dar patadas. Y entonces ahorcaron a uno y hubo alguien que puso la mano sobre la Biblia. En el nombre del Padre y del Hijo castigaré con justicia. Pienso: ‘Ay, ay, ay, desgraciado’. ¿Saben dónde vive ahora el Willem tal y cual? ¿No? En el barrio de Lamgroen.

(Risas).

Aquí tengo: “Muy apreciado señor Rulof...”.

¿Desde cuándo lo soy, señor?

(Señor en la sala):

—Bueno, desde ayer.

—Ah, gracias.

“Quizá valga la pena someter a escrutinio unos breves artículos del Diario de La Haya del siete de junio pasado. Después de lo cual quienes hayan leído ‘El origen del universo’ o ‘Los pueblos de la tierra’ podrían trazar paralelis-

mos con sus posesiones y con el erudito inglés Hoyle, o sea el que agitó los círculos de la astronomía. Naturalmente, con el mayor respeto por sus ciencias técnicas matemáticas”. Claro. Por supuesto, veamos. “El sol que se dilata se tragaría la tierra”.

(Señora en la sala):

—Vaya.

—Bwrr. Sí, claro, ahora dicen: “Sí, el señor Rulof, Jozef Rulof solo dice: ‘Eso son tonterías’. Demuéstrelo”. Sí, señoras y señores, si ustedes siguen pensando así y no consiguen que yo a ustedes les dé la razón, yo ya jamás les daré la razón si se trata de eso. Y es eso a veces, entonces me digo: “Maestro Alcar, sí, a veces se pasa usted de la raya, porque a la gente ya no le damos la razón”. Y ahora es un astrónomo el que lo dice. Y ahora vamos a explicar en Diligentia: los sistemas de los planetas, el sol y la luna... Y les contamos cuál es la lógica de esto. Pero después dirán de todas formas: “¿Quién puede demostrarlo?”. Sí, una profecía. Y entonces Jozef Rulof es... Pues, no, todavía no lo soy. Pero, ay, cuando pronto me den la razón. Ya verán.

(Señor en la sala):

—Eso ya vendrá.

—Claro, señor, eso lo dice usted.

(Jozef continúa leyendo):

“La tierra ¿es hija del sol? ‘No’, dice Fred Hoyle. Y cuando al astrónomo inglés se le pregunta si puede decir de forma resumida cómo surgió la tierra contesta con dos frases. Hubo una vez una estrella que se movía alrededor del sol y que en un momento dado estalló con una enorme violencia. La explosión fue de una intensidad tan tremenda, tan tremenda...”. Sí, señor, imagino, porque cuando oyes cómo estalla una estufa, ya solo con eso salimos a la calle. Pero ahora un sol. Y fue tan tremenda esa explosión, “tan tremenda, que los escombros de...”

(Risas).

Sí, salieron volando por todas partes. “... de esta estrella salieron despedidos con fuerza”. Los escombros, ¿lo oyen? Ja, ja.

(Risas).

Los escombros lejos de... Bueno, mejor empiezo de nuevo porque esto es demasiado, es demasiado.

(Risas).

“Hubo una vez una estrella...”, quiere decir no la de Belén, de esa no hablo, “que se movía alrededor del sol, y que en un momento dado estalló con una enorme violencia”. Sí, es posible, ¿no? Porque allí lo puedes ver aquí al lado. Solo miren. Por aquí. “La explosión fue de una intensidad tan tremenda que los escombros de esta estrella salieron despedidos con fuerza hacia el espacio,

con excepción de una fina estela de gas...

(Risas).

Claro, eso fue el rábano negro que se iba extinguiendo. "... una estela de gas de la que surgieron los planetas por condensación".

Y ahora lo sabemos. El biólogo de hoy dice: "El ser humano nació en las aguas". Sí, señor, eso lo sabemos ahora. Pero ¿cómo? De modo que hubo un estadio embrionario que comenzó por su propia fuerza, esa vida embrionaria era el ser humano, y era la luna y era un planeta. Y ahora viene ese erudito... viene con eso. Había un sol que lo escupió. Aquí también dicen: "Primero, en un momento dado, una buena mañana, la tierra vomitó la luna". Digo: "Pues será que la tierra se comió un arenque adobado en mal estado".

(Risas).

"De lo contrario es imposible".

Esa ciencia, señor, la puede maldecir y malformar, porque no quedará nada de ella. Porque este hombre está completamente loco. Se lo demostraré. Dejo que me fustiguen por mi doctrina; que se atreva, que lo diga. Para lo mío digo: "Bueno, de todas formas tendré razón". Fíjense, tenemos más todavía, vale la pena, señor. Ya verá cómo nos vamos a divertir. El ser humano tiene que vivir cosas.[nr](Risas).

Eso dice Fanny Koen, a su vez, no era Fanny Koen, fue Corrie de Honk, sí, materia.

(Jozef continúa leyendo): "Durante mucho tiempo el tono lo marcó en ese aspecto la teoría de Jeans, compatriota de Hoyle. Jants, Jeans, vaya, Jeans. Una e y una a forma un Jean. Sí, esta noche al menos aprendo algo. "Eso...". ¿Cómo dice? "Que el planeta, la materia, fue desgarrada del sol...", fíjense, "... por la fuerza de atracción de una estrella que pasaba por allí o que impactó".

¿Cómo es posible? O sea que con ruido, dando golpes y patadas y gritos: "Hala, fuera".

(Risas).

Al final sí que surgió una tierra. Qué tinglado tan infeliz ha debido de ser eso al comienzo de la creación. Dios dice en la Biblia... Y es verdad, ¿no? Señor, ¿somos nosotros quienes dejamos eso en ridículo? Eso no es cierto, ¿no? Nosotros no ridiculizamos eso. Porque, miren, no me agarro más que a una sola cosa; Dios dijo: "Haremos luz para la noche y una luz para el día. Y que así sea". Y entonces fue el cuarto día.

(Señor en la sala):

—Y así fue.

—Y así fue.

(Risas).

Dios creó el cielo y la tierra, soles y estrellas, y todo eso sucedió con armonía. Unas cosas se densificaron: las leyes elementales y las eras de la den-

sificación centrífugas. El ventrículo y la circulación sanguínea del universo, el cerebro, la personalidad, los sentimientos, eso fue cosa de Dios, y se fue dilatando, poco a poco, y eso duró millones de años.

Y ahora, en su lugar, llega un sol de esos, fíjense, a ese universo, va girando y todo eso está sintonizado con lo demás. Pero de una vez la tierra empieza a comer arenques adobados y vomita la luna. Sale a chorros... Oigan, fíjense, si tirara, bueno, no me atrevo a hacerlo...

(Risas).

... si tiro mis gafas por los aires, bueno, pues ya podré ir mañana a comprar unas nuevas, porque será: catapum. Otra vez rotas. Y esa tierra escupió la luna, otra cosa de esas... ¿verdad?, macrocósmicas. Señor, eso no volvió, ¿que se cree? Se fue y tan a gusto.

(Risas).

Se puso a describir su propia órbita, tan a gusto. Y ya ni caso a la tierra. Y que así sea. El quinto día.

(Risas).

Y entonces vino Adán, no, era Eva, que dijo: “Oye, que yo también estoy aquí”. Sí, así fue, hasta aquí, no seguimos. Vamos a seguir.

Señor, la comedia que podría montar yo con eso. Solo tienen que darme una sala en el Scala y les haré reír, tanto que en diez años ya no podrán reír más. Solo por la sabiduría. Porque yo conozco eso, porque es ridículo. Me pondría a hacer el papel de Buziau. No, voy a hacer de Newton, de Newton, de Galileo. Porque lo sé. Y a los Galileos contemporáneos los voy a golpear en medio de la cara. Así, zas. Pero, al lado, señora, no se crea. Me como un par de arenques adobados y los echo al espacio.

(Risas).

Muy mal. Así lo han demostrado las estadísticas. Pero tuvieron un pequeño error de cálculo de un par de millones de eras. Y entonces fue el sexto día, señor.

(Risas).

Sí. Fin de la tierra. Toma ya. Ah, no, todavía no he llegado. Sería una lástima que se lo negara.

Si ya lo he leído, señor, qué le queda más que ayudarme. “Hoyle también aduce que el impacto o el paso rozando...”, no, esto sí que es nuevo, “... de dos estrellas en el universo es muy raro, mientras que la estrella doble, en cambio, es un fenómeno muy frecuente”.

Señora, fíjese en ese hormiguero en el universo. Allí hay, cuando llega usted a ese espacio... ¿Ya ha visto alguna vez un hormiguero?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Pues, allí pasan unas por encima de otras, todas mezcladas. Pero todavía

podría decirlo de otra forma. Una crepe que no se hace nunca, cuando la ve, totalmente apolillada, ¿entiende?, y sin embargo cada agujerito está cerrado. Y así fue al comienzo de la creación, y más tarde, millones de eras más tarde, esas estrellas estaban... estaban unas tan encima de otras... y aun así ya no se podían conseguir las unas a las otras. ¿Entiende? Y se iban rozando sin apenas separación alguna. Cada estrella, señor ingeniero, ... usted puede agarrarme y ese señor también me puede atrapar... Cuando empezaron las fuerzas centrífugas, el ventrículo del espacio, empezó a haber en cada cosita... En cada partícula material vive un corazón, un alma, un espíritu, Dios, fuerzas centrífugas, leyes elementales de densificación, creadas por Dios, dadas a la cosa como entidad, unidas. Es así, ¿no? Ahora ustedes tienen que... Eso empezó y al instante ya tenía empuje. El embrión en la madre ya se encarga él mismo de que al crecer no se quede pegado a la madre, se va dilatando, y el embrión se encarga de las aguas en la madre para seguir planeando.

Y esos eruditos que dicen... tienen que aferrarse... Cuando una estrellita de esas pasaba rozando por allí, había truenos en el norte. Y entonces se desgarró un iceberg de eso, ¿no? No, señor, entonces unos planetas escupían a chorros a los otros. El séptimo día.

(Risas).

Vaya, vaya, vaya, vaya, vaya, vaya: y eso es un erudito. “Hoyle también aduce que el impacto o el paso rozando de dos estrellas en el universo es muy raro”. Dios mío, Dios mío, Dios mío, señor. Señor, a ver, venga aquí, ¿a qué era se refiere esto que dice usted?

(Señor en la sala):

—Sabe Dios.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Sabe Dios.

—Yo lo sé, señor.

(Señor en la sala):

—Ah.

—Yo eso lo sé. Y si lo coloco a usted ante le hecho, entonces digo. “Señor, ¿usted también lo sabe?”. Aquí lo he tenido alguna vez. ¿A qué tiempo se refiero eso, señor, que escribe usted? Sí. Ahora. Señor, entonces lo dejo en jaque mate. ¿A ahora? Sí, es posible. No, señor. Eso se remonta a millones de años atrás. Digo: no, señor. Porque ¿sabe usted por qué una estrella coloca una vía, señor? ¿Sabe por qué se formó una estrella a sí misma y por qué un meteoro va tronando por el espacio, a toda velocidad y volando? ¿Lo sabe? La muerte. En esa época todavía no había muerte, señor. Por eso me dirijo a él: ¿en qué era es eso, señor? ¿En eras prehistóricas? A ver un momento. Sí, era posible, entonces ya moría una estrella, porque eso es la muerte. Es atraído por los

otros soles, lo sacan bruscamente de su órbita, todo lo que es sacado así de su órbita, señor, es la muerte.

Cuando se muere usted: hoy solo lo arrancan de su órbita. Y entonces usted se desploma, pero se larga. Su cuerpo va a la tierra, y esa es la muerte para usted, ha fallecido usted, pero recibe “alas”. Porque el espíritu del sol, y la estrella, y el meteoro, regresa a Dios. ¿Lo sabe él? ¿De qué tiempo habla usted? Qué divertido, señor. Me encantaría hablar alguna vez con esa gente. Claro, no me tocará ese honor. Fin de la tierra. Y que así sea. Retenga eso, señor Götte.

“En las conferencias de Hoyle no solo se trata el origen, sino también el hundimiento de nuestra tierra...”.

Me voy a Londres, los abandono. Quiero visitar a ese hombre. Entonces diré: “Señor, soy el doctor, el catedrático, el astrónomo Dzyou Dzyou”. ¿Quién me dice que no soy un catedrático? Y entonces empezaré con él y lo dejaré en jaque mate. Y entonces diré, al final de nuestra conversación y pugna diré: “Señor, no estoy de acuerdo, vengo del campo”. Eso de todas formas no se lo creará.

“En las conferencias de Hoyle no solo se trata el origen, sino también el hundimiento de nuestra tierra. Ese final tendrá lugar, según él, en unos diez mil millones de años”. Bueno, pues entonces nos queda un rato. “Y la estrella sol será la que cometa el acto”.

La estrella sol no comete actos, sino que es el autor. Porque el sol es masculino. La luz radiante es creadora. Usted dice que eso es el sol, pero el sol es la paternidad para el espacio. Y la tierra es la hija del sol y la luna. ¿Por qué el padre —el padre del espacio es el sol, señor—, por qué el padre destruiría su propia hija, cuando todo eso ha sido creado en mutuo interés? ¿Es posible eso? Ni lo sabe debido a que no conoce el universo, debido a que está ante un sol y porque él dice “ella” a él. Porque la terminología de Dios quiere decir que el sol significa paternidad, y que hace dilatarse a un planeta que tiene maternidad, y entonces ya está en jaque mate, eso lo tiene que aceptar.

Sí, señor. Eso no es un farol, solo es irritación por tenerlo. Y yo esos viajes los he hecho. No se lo cree, lo verá enseguida. Entonces uno dice: “Dios mío, Dios mío, Jozef Rulof, ¿cómo has aguantado aquí?”. Yo he visto esos viajes, conozco los planetas. Yo sé que el sol es padre. Y ahora estás ante un erudito cósmico, un inconsciente, pero para la tierra es catedrático y eso es lo que dice.

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

¿Solo me quedan tres minutos? Santo cielo. Pues añádele quince minutitos más, por favor.

(Jozef continúa leyendo):

“A medida que este proceso continúa, seguirá aumentando la temper-

atura del sol. Llegado el momento en que el sol haya consumido una tercera parte de su actual reserva de hidrógeno, el clima en la tierra será demasiado caliente, incluso en los polos, para cualquier forma de vida conocida por nosotros”.

Señor, en cierto sentido sí que va encaminado, pero las cosas no llegan hasta ese punto, porque el sol, la tierra, nuestra atmósfera en Occidente se dilata, empieza a vivir dilatación espiritual, nuestro verdor se hace mucho más hermoso, y el polo norte cambia, claro. Pero ¿eso? A ese punto no llegan las cosas. Porque eso sería el ocaso para este universo divino y el ser humano. Y eso es imposible. Porque el último embrión volverá a Dios.

“Más tarde aún los océanos solo contendrán agua hirviente”.

No, señor, más tarde aun los océanos se secarán. No desaparecerán hirviendo, señor; se secarán por completo. Irán disolviéndose poco a poco. ¿Por qué, señor? Porque también el océano morirá. El agua morirá. Los océanos parecerán luego lodazales. El agua empezará a podrirse. Habrá un tiempo, señor y señora, en que los océanos, dentro de millones de años, en que la gente esté encima del agua: todo estará podrido y hediondo en el océano, porque la madre tierra estará muriéndose. ¿No le parece divertido, señor? ¿No es mejor así? Porque se morirá. Los animales se disolverán, llegarán a tener las “alas”. El ser humano se irá al otro lado. La naturaleza cambiará, toda la vida de Dios irá al Omnigrado divino, las aguas morirán, verá que todo cambiará.

Le he ofrecido una pequeña impresión, el final de la tierra, el final de la humanidad en ‘Los pueblos de la tierra’. Pero de eso podríamos escribir diez mil páginas. ¿Qué se le puede enseñar a los eruditos? No mucho.

Y así, siempre. “... contienen agua hirviente...”, Dios, Dios, “... será destruido”.

“El cuerpo solar se dilatará a una velocidad cada vez mayor hasta que sean engullidos uno por uno los planetas más cercanos”. Vaya, vaya, vaya. Primero Mercurio, después Venus, después la tierra, Marte, y según Hoyle probablemente el último planeta que experimentará este destino, aunque considera que es posible una dilatación mayor del sol hasta donde ahora se encuentra Júpiter”.

¿De modo que ese poderoso sol hermoso que tenemos ahora y que da dilatación y perfección, vida, a todo lo que vive, lo único que hará luego es engullirnos. Sí que recibimos vida, pero la gente que venga después ya no la tendrá, porque el sol se tragará a esa gente.

¿Dónde vivimos? Gente, ¿vivimos bajo Stalin? Pos, no. Estamos bien, ¿no? Nos va de maravilla, ¿no?, porque el ser humano... Pues entonces que estas sean mis últimas palabras, señor, así les ofrezco todavía algo divertido, y después nos vamos a casa. Solo me quedan cinco, señor. Solo me quedan cinco. ¿Quién quiere la última? ¿Quién recibirá la última palabra? ¿Qué habrá

ahora, señor? ¿Qué quiero decir ahora? ¿Ya lo sabe?

El ser humano refunfuña en estos tiempos, golpea y pateo, y ser humano roba, saquea, asesina e prende fuego a las cosas. Señora, señor, háganlo, adelante, porque Dios no es amor, Dios es injusto, porque Él hará que luego los planetas, las estrellas, los animales, los seres humanos y la madre naturaleza desaparezcan completamente de este universo. Nos engulle. Dios, el padre que nos engulle.

No estamos mal, señoras y señores, eso no es para nosotros, también lo es para el tiempo... es para dentro de millones de eras, el ser humano que viva en la tierra dentro de millones de años, señor, no será engullido o asesinado por los nazis ni por otras cosas, sino por el sol, la luna y las estrellas. Y si eso lo convierten esta noche en un hermoso sueño, señor, pues, quién sabe si se le dará alguna palabrita más, y entonces bailará mañana, y ya esta noche, por las calles, de alegría, porque se dirá a sí mismo y a su mujer e hijos: “Hijos, mujer querida, tenemos que estar contentos de formar parte de este siglo, y no de ese otro siglo raro que vendrá luego, porque entonces el espacio nos violará y comerá conscientemente”.

Señoras y señores, no sé si les habrá servido de algo, pero les digo: hasta la semana que viene.

Y gracias por su atención.

¿Les he ofrecido alguna cosita?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Bueno.

(Suenan aplausos).

Noche del jueves 9 de octubre de 1952

—Buenas noches, señoras y señores.

(Gente en la sala):

—Buenas noches.

—¿Qué cariñoso, verdad, señoras? Vaya, hay que ver qué cielito. Hoy se las daré al maestro Alcar.

Aquí tengo la mitad del señor Berends. ¿Está usted aquí?

(Señor en la sala):

—Sí, sí.

—Y la leeré un momento desde el comienzo, así sabremos dónde nos habíamos quedado. “Con motivo de la conferencia del pasado domingo por la mañana en la que el maestro nos ofreció un resumen de las conferencias de la temporada anterior, y además comunicó con qué se empezaría esta, es decir, que la Omnimadre empezaría con su tarea, esperemos que precisamente por eso muchos oyentes se conozcan a sí mismos y puedan empezar con ellos mismos”. Y entonces dije: si vivimos la cosmología por los maestros en Diligencia, es decir, la edificación de nuestro sistema planetario que habitamos, vivimos en el espacio, planeamos por el espacio, entonces quiero analizar esos sistemas planetarios —de hecho es la tarea que se me encomendó, y es lo que les sirve para aprender— a través del ser humano, y dentro de él, porque todas esas leyes y poderes viven en él. Y si entonces ustedes quieren pensar para hacer aquellas preguntas, pueden hacerlo de maravilla cuando el maestro Zelanus les ofrece una impresión del pensamiento macrocósmico para el ser humano en la tierra, con el que ya han empezado, así también tendrán una magnífica impresión.

(Dirigiéndose a alguien la sala):

Por aquí tiene cuatro asientos estupendos, señora, justo delante del estrado.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

Las señoras, claro, no se sientan al lado del caballero. Oiga, señor, eso es sospechoso.

Entonces recibimos el análisis para el alma, la vida, el espíritu, el sentimiento, la personalidad, la paternidad y maternidad para nuestra sociedad, porque entonces nos sirve de algo. ¿Se acuerdan? Eso dije.

Y ahora ustedes me devuelven: “Dectar era en el templo del Antiguo Egipto un iniciado, que quería llegar a conocer las leyes del espacio por medio de la meditación, con sus propias fuerzas, y que alcanzó una cierta altura para esa cualidad de iniciado”.

¿Lo entienden? Porque si ahora toman la diferencia —pero esa respuesta aún llegará aquí— con el ahora, sí, entonces ya se habrán completado una decena de vidas, una veintena. Y también otro templo, otro, otro, otro, y estudios, y más y más. Y al final el ser humano consigue su sentimiento, su pensamiento, y llegamos a las leyes vitales de Dios por las que vivimos.

“La pregunta es: ¿Cómo tenemos que explicar que Dectar nunca volvió a alcanzar esa altura en sus siguientes vidas, y que al final, como André-Jozef, tuvo que volver a revelar el saber de las leyes ocultas...”. No, aquí dice que: “como André-Jozef volvió a revelar el saber de las leyes ocultas”. “Tuvo que aportar”, podría añadir usted.

¿Cómo tenemos que explicar eso, señor Berends?

(Señor en la sala):

—Bueno, así lo vi: la conciencia astral de ese Dectar...

—Mejor llámelo “conciencia espiritual”.

(Señor en la sala):

—... la conciencia espiritual de Dectar tendrá que volver alguna vez al saber cósmico”.

—Tendrá que “ir”, no “volver”. Porque en Egipto, ‘Entre la vida y la muerte’, en el libro ‘Entre la vida y la muerte’, señor Berends, allí todavía no tenemos más que contacto.

La cultura egipcia es tan impresionante que lo hemos convertido en una facultad. El egiptólogo... En los años 1940, 1939, no, en el año 1940, vino a verme el profesor Scheurleer, ese egiptólogo. Dice: “Y una y otra vez los estudiantes vienen a verme y dicen: ‘Vaya a ver a Jozef Rulof, profesor, porque usted tampoco se entera’”. Y entonces ya habían leído mi libro. Y una y otra vez ese profesor Scheurleer está ante ese Jozef Rulof.

Y por fin pensó él: ahora voy a visitar a ese muchacho. No se encontraba bien. Digo: “Pase”. Digo: “Buenas tardes, profesor”.

Y me dice: “¿Me conoce?”.

Digo: “Señor, todavía no le he visto nunca, pero es usted”.

Dice: “Sí, soy yo”.

Digo: “Siéntese. ¿Qué sucede?”.

Dice: “No me siento bien. Dicen que usted lo sabe todo”.

Digo: “Sí, tiene usted los nervios algo revueltos”. Digo: “Esa materia egipcia, esas momias lo están persiguiendo”.

Dice: “Bueno, pues entonces deme un poquito de su fuerza”.

Lo trato. Se sienta a gusto, como un niño pequeño. Digo: “Ahora será mejor que se aparte un poco con su erudición”.

“Es lo que hago”.

Y era un ser humano especialmente bello, sensible. Igual que un niño. Cuando terminamos, empezó a hablar. Estaban llegando mis pacientes,

digo: “Profesor, tiene que marcharse”.

Dice: “Eso haré”. Que se va.

Pero exactamente a tiempo, ni un minuto demasiado pronto o tarde, el profesar volvía a visitarme a las tres y media. “¿Hablamos directamente?”.

Digo: “Vamos a hablar”.

Ya hacía un frío considerable, nosotros sentados junto a la estufa, él en cuclillas, y yo. Digo: “Esos basilos ...”.

Dice: “No digas eso, eres demasiado espacioso para eso; eso se llama ‘baci-lo”’.

Digo: “Gracias, profesor”. Digo: “En el garaje le di a un chico veinticinco céntimos”. Porque entonces dije... Entonces me preguntó: “Jefe, ¿a dónde ha ido usted?”. Eso lo oirán, ese Willem de allí, en ‘Jeus III’.

Digo: “A Diligentia, ofrecían un rez y tal”.

Y me dice: “Jefe, se dice ‘recital’. Un chico de catorce años.

Digo: “Toma, aquí tienes veinticinco céntimos. Gracias”. Digo: “Vengo del campo, me apetece conocerlo”.

Pero yo me voy un día a escuchar.

Y ya entonces dijo el maestro Alcar: “Escucha, escucha, escucha, así no hace falta que lo haga yo; por fuera. Por dentro, eso es mi trabajo”.

(Dirigiéndose a gente en la sala):

Siéntense, señoras y señoras.

Bien, llegamos a hablar de la egiptología. Y entonces tuvo que poner las cosas encima de la mesa, que no sabía nada de eso. Dice: “Durante cuatro años me han estado volviendo loco. Ojalá hubiera venido”. Una noche, una tarde, viene y dice: “Anoche tuve una poderosa visión”.

Digo: “Adelante”.

Dice: “Así, así, estaba yo en Egipto. Soy egipcio, porque me he visto a mí mismo allí”, dice.

Digo: “Es posible”.

Dice: “Me encontraba allí como un gigante, tal alto como el cosmos, y detenía a los italianos. Y no avanzaron ni un paso más”.

Digo: “Vaya”. Digo: “Ahora no tengo ningún tipo de visión. Ahora mismo no estoy en contacto. Pero ahora lo enfrenté de inmediato con mi propia visión. Te hago una predicción, una profecía”. Digo: “Ahora mismo estoy en Alemania y voy corriendo dejando a todos patas arriba. Y eso ocurrirá luego”.

Y dice: “Entonces, claro, mi visión ya no valdrá un pimiento”.

Digo: “No, son tus propios pensamientos”.

Señor, señora, seis semanas después llegaron los alemanes. Y entonces el profesor Schuurleer se quedó patas arriba con su Egipto. Y entonces dice: “Vaya, vaya, vaya, ojalá el mundo supiera lo que sabes tú. Eso lo dijiste tú”.

Digo: “Sí”. Digo: “Porque he acabado ‘Los pueblos de la tierra’”. ¿Entiende?

Ha ocurrido.

Hemos hablado y hablado y hablado, durante seis meses. Ya se había mejorado hace tiempo, dice: “¿Me permite que vaya entonces? Ya pagaré esa horita. Sola para hablar”.

Digo: “Tú vente”.

Vino su hija, igual de deseosa que él. Dice: “Tengo más unión con mi hija que mi mujer, que con la universidad entera, porque el alma, el ser humano que está abierto, que quiere aprender a pensar, es un poderoso concierto, si juntos pueden vivirlo por medio de la palabra”. Dice: “Y entonces oímos y sentimos el silencio del espacio. ¿Verdad, hija?”.

“Sí, papi”.

Pienso: ‘Qué personas tan hermosas’.

He hablado con él hasta ponerle la cabeza como un bombo. Dice: “Todo eso lo voy a desplegar en la universidad y cuando todos, mis colegas, tengan la cabeza como un bombo, les diré quién es mi maestro de enseñanzas”. Y esa posibilidad no la tuvo, porque ocho meses después estaba en el ataúd aquel.

Digo: “Piénsalo, si quieres hacerlo, tienes que ser rápido”.

Dice: “¿Voy a morirme?”.

Digo: “La muerte no existe para ti, ¿no?”.

“No, pero”, dice, “entonces hace falta que... ¿Lo dices en serio?”.

Digo: “Entérate tú mismo”.

Pero tres semanas después... de pronto ni rastro del señor. Después volvió a visitarme. Apenas cinco días después, señor, señora, me lo trajo el maestro Alcar, y se sienta en mi silla, a mi lado, y poniéndome la mano encima. Dice: “Se me va a permitir vivir unos instantes cómo escribes tus libros por medio del espíritu. Porque aquí estoy”. Igual que ese Rosanoff del que les hablé. ¿Necesitan más pruebas todavía?

Tienen cien mil pruebas gracias a ‘Jeus III’. Aprendan a pensar. Schuurleer sigue viviendo. Esta misma tarde lo volví a ver.

“Todo bien, ¿verdad?”.

Digo: “Todo bien”. Digo: “Y tú, ¿a qué te dedicas ahora?”.

Dice: “Fíjate”. Estaba haciendo chapuzas en Marte. “Me he dado un resbalón”, dice, “desde Saturno. Ahora conozco el anillo de Saturno. Vale más que la egiptología, más que calar esas momias. Voy resbalando hacia abajo, y junto a mí cien millones de personas más, y entonces vamos volando, así, cuando ese Saturno se desvía un poco, así, hacia Júpiter, Venus y Urano”. Dice: “Lo definitivo vive en mi corazón y en mi conciencia. ¿Qué te parece, Jozef?”.

Digo: “Magnífico”. Digo: “Pero eso yo también lo sé hacer. Ese ris ras yo también lo he hecho ya alguna vez”. Un ris ras, así, en cadena. Ya saben, ¿verdad? Así, hombres, con las patitas estiradas, hombres y mujeres, unos cien

mil, uno tras otro, y bien sentados en nuestras sillitas, hala, así, dando vueltas a Saturno, ris ras. Ese es el juego del espacio.

Bien, pues allí están ahora. Eso es más hermoso todavía, señor, que un puesto de feria. Columpiarse. ¿Verdad, Bernard? Esta noche nos vamos al cine, señoras y señores. Y esto también es un cine, esto, todo esto. Con las imagencitas de luz de Nuestro Señor. ¿Ven?

Y entonces llegamos sin proponérselo a ese Dectar, a 'Entre la vida y la muerte'. Se lo devoró, lo leyó veinte veces. Yo podía... Y ese Dectar no hacía más que seguir. Y después se llamaba de otra manera, y luego de otra manera, y así de nuevo. Y al final llegó por fin Occidente, Crisje. Porque entré en Crisje en calidad de Dectar, y no de André. ¿Entiende? Dectar era el ser humano de los sentimientos. Me había adelantado por los pelos a cientos de miles, a millones de otros. Eso lo recibirán en 'El origen del universo'. Para este siglo. Era como tener un sentimiento, ni siquiera un gramo, una millonésima parte de un gramo, una millonésima parte de una fuerza, pero dentro de mí, para finalmente no sucumbir —llegarán a conocerlo por 'Jeus III'—, justamente para evitar derrumbarme. Y para no tirarme por la ventana ni destruirme, porque hablaba el espacio. El sol, la luna, las estrellas, la vida de Dios hablaba. ¿Y tenía yo solo un poquito —lo suficiente— más que esos otros millones de personas que vivían por debajo de la primera esfera? No, que todavía estaban pendientes de ir a la tierra para vivir una vida más. ¿Lo entienden?

Y después llegamos a Inglaterra y continuamos hasta llegar al otro lado, donde nací conscientemente para esto. Ahora les puedo... cuando ese sentimiento se hizo consciente... Ahora llega algo hermoso, que les permite tener la experiencia, gente, de que su propia dilatación está en sus manos. Y esa es la cosmología. Siempre insisto en ello machaconamente —si no quieren ustedes mismos, pues búsquense la vida— pueden llegar a tener lo que poseo yo. ¡Y eso es imponente! Es una suerte, gente, y un amor y un espacio y una personalidad. No hay nada que no me dé felicidad. Es que todo lo convierto en espacio, serenidad, paz, felicidad.

Y con que den un solo pensamiento equivocado al ser humano, a su mujer, y a su marido, y no quieran comprenderlo, estarán también ante una tinieblas absolutas y un punto muerto, por muy lejos que estén. Y no lo recibirán. Aquí uno siempre tiene que poder captar todo, la paliza, su tunda, su cotilleo, sus habladurías del mundo. Porque ¿a usted qué le importa? A ustedes no hay manera de asesinarlos. Tienen que poder captar todo y solo entonces empezarán a vivir y a sentir lo que Cristo, el Mesías, en el Gólgota, quiso y vivió durante Su viaje. Y es entonces cuando salen sus corazones, cuando se desangran.

Ese pequeño sentimiento cuando llegué a la tierra crepuscular, y Van Dyck, cuando me vino a ver la hermana, es tan real como si ocurriera ahora,

todo eso se ha vivido. “Ha fallecido usted en la tierra”. Digo: “No me vengas con cuentos”. Porque no te pasa. Habla usted mucho. Todavía conserva uno su propio traje, señoras. Solo se han desaparecido los rizos. Han desaparecidos sus medias. Sus zapatitos. Uno puede verse allí —perdón— como un gato ahogado. Y de los señores diré aún menos, porque tienen un aspecto lastimoso. Mucho peor todavía. Caballeros. Señoras, ustedes vuelven a ganar, claro. Porque esa es su luz, su vida, su mundo, según su sentimiento, según su comportamiento, según su pensamiento. Su mundo, su espacio. Y con que solo pienses un momento mal, no puedes estar de ninguna manera en la luz armoniosa, en esa justicia espacial, poderes y fuerzas que emiten leyes, pensamiento y vida; porque uno no está en la unión armoniosa para ese pensamiento. Tal como Dios espiritualizó y materializó su propia vida por los universos, por el ser humano. Se convirtieron en planetas. En eso se ha convertido el ser humano. Esa es la madre naturaleza y ese es el animal.

Entonces vino la hermana y dice: “¿Tiene usted a su madre aquí?”

Digo: “Mi madre aquí?”

“Sí, su madre está aquí”.

Pero mamá y papá tenían que volver a la tierra, no podían encontrarlos. Entonces vieron en mi aura que esa madre y ese padre no vivían en el más allá. Esa pregunta también subyace a esto. En mi estado vieron que esos padres míos... el contacto directo, porque mi aura lo recibí como aura corporal de papá y mamá. ¿Ha quedado claro eso? Así que en eso, allá, el espíritu consciente, ese maestro, vio que mis padres, ya vueltos... que todavía vivían en el mundo de lo inconsciente. Quizá ahora estén en el trono de Rusia. Sabe Dios. ¿Dónde vivirán? No me interesa en lo más mínimo.

Qué duro, ¿verdad?

(Señor en la sala):

—No.

—Qué duro se hace para el ser humano normal de la calle. Si dices: “Sí, oiga gente, atienda: por mucho que estén fanfarroneando con su esposa y marido, y que son ricos, pero eso no es más que de prestado”. Lo han dicho más personas cósmicamente conscientes. Y así es. Cristo también lo dijo. “Lo que poseen hoy, ya no será suyo mañana”.

Y así es con el mundo entero, la humanidad entera, todo lo que tienen ustedes. Con su arte, con sus sentimientos, los Tizianos pudieron... Rembrandt, Van Dyck, Beethoven, Bach, Wagner pudieron llevarse sus sentimientos, pero no su arte. ¿Lo entienden? Todo permanece en la tierra.

Y cuando me desperté allí, digo: “Sí, pero tengo a mi amigo, se ha muerto”. Y era Anthony van Dyck. Y ya lo leen, él podía... así, entre los pequeños arbustos, a través de las palmeritas... pero son arbolitos muy hermosos, con florecitas, y silenciosos, y cantaban los pajaritos. Ya me había enviado diez

pajaritos. Pienso: 'Pero ¿qué quieren esos bonitos animalitos allí?'. Me encontraba sentado allí en un lecho de reposo de esos, hermoso. También es posible vivir allí lechos de reposo, porque uno yace en la madre naturaleza, una cama de edredón, de fuerza y energía. Y esos pajaritos trinaban y silbaban: era él, ya me los había enviado.

Y allí estamos. Y entonces empezamos la investigación. Primero mi muerte. Entonces mis vidas, hace cinco, seis, siete vidas. La última como astrónomo, por lo que me estrellé. Pero a todos esos astrónomos los acogemos de momento. Porque los Galileos han vivido, ahora siguen viviendo detrás del ataúd y son espacialmente conscientes. Nos aferramos de inmediato a Galileo y decimos: "Muéstranos el camino. ¿Cómo ha creado Dios todo esto?". Después vuelta al origen, el primer comienzo, con el que empezaremos el domingo, en tres semanas, cuatro, claro, porque en Diligentia primero les ofreceremos la introducción. Y eso duró ciento cincuenta años. Ciento cincuenta años. Siempre viajando. De modo que conozco los viajes en el otro lado. Antes de que yo llegara aquí, ya estaba. Alcanzamos entonces la primera esfera, en ciento cincuenta años, por eso, por la lucha, por el pensamiento, por ayudar a la gente. Y en ese tiempo el deseo, el deseo de edificar, el tremendo deseo, el gritar a los cuatro vientos, la sangre la transformamos en el acto para darle esto a la humanidad, porque la humanidad en la tierra es inconsciente y vive en el caos, y no sabe que nosotros estamos vivos.

Ese imponente deseo de Moisés cuando llegó allí... ¿quién es Moisés? Nadie lo sabe; el que se metió en la madre, que descendió en el útero, en ese poderoso templo para el renacer, que se echó junto al óvulo. Y tres meses después fue expulsado por completo, y vivía al margen. Porque esa célula de aquella madre era para otro, no para Moisés. Lo han leído, ¿verdad? ¿No te quedaste llorando allí un poco? Debería oírme la psicología, la facultad, el psicólogo, y luego debería aceptar de mí que todo es posible. Eso es Dios. ¿Quiénes somos entonces? ¿Quiénes somos entonces?

¿Y qué felicidad recibe ahora el ser humano? Y eso Dectar lo vivió. Pero entonces me llamaba Dennis Lefton, era inglés.

Cuando ofrecí mi primera conferencia en Estados Unidos, dijeron allí a mi hermano, bueno, es muy sencillo: "¿Desde hace cuántos años vives aquí, Antoon?".

Entonces dijo: "Dieciséis, diecisiete, dieciocho".

"Bueno", dice, "entonces no sabes hablar el inglés que acaba de usar tu hermano".

Y no tuve que sacar del libro más de algunas de esas palabrejas. El maestro Zelanus dice: "Ya lo volveré a sacar luego". (En inglés): "¿No cree usted...?". Y empecé a hablar de lo más cursi. ¿Qué les pareció? Igual que esos auténticos ingleses. Haciendo pucheros, ¿verdad? A la antigua y solo a la antigua. Bue-

no. Pienso: ‘¿Cómo es posible!’

Entonces dijo mi hermano: “Pero ¿es que no tienes ningún nervio en el cuerpo?”. Porque un cuarto de hora antes de la conferencia me había quedado dormido. Es que todo estaba tan tranquilo que daba gusto. No pensaba en Estados Unidos. Y tampoco en que tenía que ofrecer una conferencia “about reincarnation”. Pienso... estaba sentado en un rincón, pienso: ‘Vaya’. Deberían haberlo visto. Y pienso: “Qué divertido, voy a sentarme en un rincón”. Y de golpe me quedé adormilado.

Y que viene mi hermano y me dice: “Dios mío, ese está sobando. ¡Y eso que tienes que subirte al estrado!”.

Digo: “Subirme, ¿a dónde? ¿Para quién?”. Digo: “Caramba, es cierto, estoy en Estados Unidos. Tengo que dar una conferencia, en inglés. Cierto, claro”.

Bueno, pues yo que me subo al estrado. Y allí estaba. Y entonces empezamos. “Hermanas mías, hermanos míos...”. Cómo es posible, jamás se me olvidará. “First of all...”. Señor, esta noche no me pondrá a parlotear con usted. Pero entonces se me subió esa cursilería del pasado. Y entonces el maestro Zelanus, mientras descabeza ese sueñecito, que viví así, sin más ... durante ese sueñecito recondujo mis sentimientos y personalidad a Inglaterra, hasta un par de centenares de años atrás, como si nada. Y de eso se nutría su inglés.

Y es cierto, gente.

Cuando el maestro Alcar escribía y me llevaba con él a la casa donde se dedicaba a pintar, y cuando yo iba a verlo, en los tiempos en que yo... Dice: “Vivirás las pruebas”. Dice: “Tú te vienes conmigo y luego lo verás”. Habíamos hecho entonces el viaje sobre ‘El origen del universo’, la tercera parte, la segunda. Y vuelvo, no hacía más que andar, en esos tiempos de Dennis Lefton, de ese inglés, volvía a andar, y por las mañanas no hacía más que dar vueltas en casa, así, ¿ven? Digo: “Me gustaría tener un bonito caballo”. Porque siempre había sido un jinete, tenía caballos propios. Y quería tener un vinito, pero ya. Y el traje que tenía no valía. Necesitaba otra cosa. Y dice la otra mitad mía: “Ahora se pone bonita la cosa”. Digo: “Sí. Pero si vuelvo a pensar un poco en eso”, digo, “entonces lo soy por completo”.

No me doy cuenta de nada, señor, señora. ¿Qué es lo que no les puede influir? O sea, ¿qué leyes, qué vidas, qué psicología vive cada uno? Aquí no hago más que manosear esa barbilla mía.

Dice ella: “Pero ¿qué haces? ¡Si ya la tienes todo roja!”.

Digo: “Esa perilla, ese trocito de perilla me está molestando”. Porque volvía a sentir los mismos picores que tenía la madre en ‘Las máscaras y los seres humanos’. Y me dice: “Doctor, quizá le parezca extraño, pero cuando estaba embarazada de mi bebé, sentía picor aquí, en la barbilla. Y entonces le dije a mi marido: “Vamos a tener un chico”, y así fue. Y entonces dijo Frederik: “Esa mujer, esa criatura en esa mujer”, y llega hasta ese punto, señoras y

señores, esa criatura en la madre, “¿ya sabía dónde puedes comprar las cuchillas de afeitar de adulto?”.

Cosmología, gente.

Pero ¿de dónde sacaba Dectar todo esto? Nací como Dectar, señor. Ese fue el punto del sentimiento, la fuerza, el mundo para el maestro Alcar, porque lo han averiguado, y han podido seguirlo: ese está listo. Y cuando llegamos al otro lado y nos fuimos preparando para el macrocosmos, fue hasta ese estado, entonces llegamos a ese punto, él no tenía más que volver a abrir todo y sacarlo a la luz. De lo contrario ya me habría desplomado en ‘s-Heerenberg, señor. ¿Que no?

Así que de allí saca fuerzas André; no, Jozef Rulof. Jozef Rulof se disolvió, hemos recibido a Jeus, Jozef, André, Dectar. Cuatro personalidades.

Pero esas las tiene usted también, señor, señora. Aunque hoy se llame Mientje o Anneke, en dos semanas tendrá de esos aires raros, y entonces su marido ya no comprenderá, porque entonces será: Señora Anna. (Jozef imposta la voz). Entonces dirá: “Quiero otra cosa”. Entonces aparecerá algo elevado, saldrá a la luz algo de la nobleza.

Y entonces dices: “Oye, ¿de dónde sacas esos pensamientos extraños?”.

“¡Dinerito!”.

Y cuando el marido no me entiende entonces y ella no lo entiende, eso adquirirá una conciencia aún más fuerte, y tendremos una riña. Dirá ella: “Vete, que eres un agarrado”. Y si la mujer no es fuerte en su amor por su familia, mirará al otro que sí tenga dinerito. Y entonces decimos: “Qué milagro es eso, o qué maravilla. Me abandona, sin más”. Pero, señor, puede ser el pasado de ella. Porque no se entiende a sí misma.

Claro, ahora pensarás: ‘A ese todo le parece bien’. Pero el ser humano es así de profundo.

¿Algo más?

(Señor en la sala):

—Eso es algo que la sociedad todavía no quiere aceptar.

—Es que la sociedad no puede aceptarlo.

(Señor en la sala):

—No, claro que no.

—El psicólogo dice: “El ser humano está por primera vez en la tierra. Cuando nace un niño, es por primera vez. Porque Dios sigue haciendo nuevas almitas”.

El psicólogo no puede hacer nada y no puede aceptar el renacer. Así de pobre y así de estrecha de espíritu es la humanidad, señor, ... es la facultad de psicología y teología. ¿Bueno?

“¿Cómo tenemos que explicar que durante sus siguientes vidas Dectar nunca volvió a alcanzar esa altura y que el conocimiento de las leyes ocultas

se manifestara, finalmente, como André, Jozef?”. Eso ahora ya lo saben ustedes. “Cuando André hubo vivido su viaje al universo y volvió a su cuerpo material, a André, empezó a sentirse más viejo debido a que había vivido el alma divina. ¿Significa esto que tenía más años, que se había hecho más consciente, o sea, que tenía más conocimiento? ¿Es así?”.

Señor Berends, este es el saber. Usted ya es más viejo que Matusalén para la sociedad inconsciente ingenua. Todos ustedes. Si hubiera leído usted los libros, ya estaría... entonces se elevaría por encima de la conciencia de la humanidad entera, entonces ya iría a parar a un mundo imponente. Porque sabe usted una cantidad enorme. Hace poco dije: no aprenden ustedes nada. Pero a mí no me queda más que aceptar. Es algo que se oye una y otra vez, y siempre se vuelve a oír al ser humano, y entonces pienso: ‘Dios mío, ¿de dónde sacan eso? ¿De dónde sacan esa sabiduría?’. Y entonces resulta que es mía. Dice él: “Yo acabo de contarle allí un momento”.

Y es cierto. Si quisiéramos, si lo quisieran los maestros, podrías enviar a los hombres y las mujeres por todo el mundo como profetas hacia el ser humano que esté por debajo. Hay que tenerlo en cuenta. Cuando uno alcanza la filosofía divina, o un iniciado, u otro sacerdote, ya les gustaría dejarlos a ustedes patas arriba mediante su saber y sentimiento y pensamiento. Pero podrían ustedes acogerlo muy lejos. Son capaces de acoger a millones de personas y ser maestros para eso. Se lo garantizo. Solo tienen que ponerlo en juego.

Como ya les dije, deberían sentarse tomados de las manos —pero de todas formas no lo harán, ¿o es que lo hacen?—, mirarse los destellos en los ojos y decir entonces: “Mujer...”. Si es que están juntos. Si uno está solo será mejor, claro, buscarse otra cosa por allí, ustedes vengan a verme a mí. Entonces uno está delante de la puerta y hay que volver a marcharse, por desgracia. Pero entonces dice él: “Mujer, ¿cuáles son ahora todas las cosas que sabemos?”.

“Bueno, marido”. “Sabemos esto, sabemos lo otro, sabemos aquello y sabemos aquello otro”.

Fíjense lo larga que llegaría a ser esa lista. Increíble, señor. Debería leer otros libros. Debería acudir a otra gente que diga algo. Y entonces podrá ver la diferencia. La semana pasada les dije: yo mismo fui a hacerlo. Santo cielo, santo cielo, allí me asfixio, claro, no lo aguanto. Porque tengo que esperar demasiado tiempo una palabrita espiritualmente veraz. Y aquí derrocho la noche entera conciencia divina.

Y entonces no lo aguantas.

Escribe usted aquí también: “¿Qué significa: ‘la Omniexperiencia aún tiene que materializarse?’ Y: ‘la reencarnación aún tiene que materializarse?’”.

Sí, señor, la Omniexperiencia la tenemos que espiritualizar y materializar. Ya está lista. Ténganlo en cuenta. Pueden vivir la Omniconciencia como mundo material. Lo he visto. ¿Cómo ha surgido el cuarto grado de vida

cósmico, un universo, por este universo? El otro volvió a crear uno nuevo. Tiene que ser así, todavía no está usted aquí en el Omnigrado; porque si de verdad posee amor, si puede vivirlo, y estuviera detrás del ataúd en la primera y segunda esfera, eso todavía no sería un Omnigrado divino. Porque allí también yace todavía gente que está enferma y que tiene que descansar —y en el Omnigrado el ser humano ya no descansa—, abatida a muerte por sus vidas y que yace mientras medita para procesar todo eso que ha tenido que captar en poco tiempo, que ha recibido de sus maestros. Pero de lo que se trata para nosotros es esto: Jeus se convirtió en Jozef. En el urbanita, ¿verdad? Y cada tocamiento... Eso lo oirán en la cosmología; André dice a Jeus: “Cuando jugabas al fútbol, Jeus”, dice, con Jozef no tenemos que ver ahora, ese está relacionado con la ciudad, “cuando jugabas al fútbol, ¿viste entonces en nuestro desván, cuando Teun estaba jugando allí con cerillas, que había un incendio allí? ¿O era yo?”.

Y entonces Jeus le dice a André: “¿Hubo un incendio en nuestro desván?”.

Y él: “Ah, que no lo sabes. Era mi vida, mi tocamiento”.

“¿Quién de nosotros, Jeus, encontró ese dinero en el bosque? ¿Tú?”.

Y dice Jeus...

“Me fui a la feria”, dice André, “con los florines y las monedas de veinticinco céntimos que tenía”.

Y dice: “¿Es que tú encontraste dinero en el bosque?”.

Y dice André, en la cosmología, gente, téngalo en cuenta. “Jeus, eso fue el tocamiento para nuestra nueva personalidad. Sí que tienes que ver con eso, pero era yo quien se iba a convertir en eso, André-Dectar, ahora. Y Jozef, el urbanita, tiene que captar todo eso, y procesarlo”. Dice: “A veces tenemos que...”. Cuando luego lea la cosmología, señor... de eso pueden escribirse mil libros. Dice: “Ese Jozef sí que tenemos que tenerlo un poco en cuenta. Cuando tengas algo de dinerito”, dice a Jeus, “no te gastes todo en golosinas y deja que él se fume el cigarrito”. Porque es él quien comenzó a dejar de fumar para que los maestros pudieran dibujar, para que pudieran hacer garabatos con un lápiz cualquiera”. Yo no solo he comido rabanitos y pan, sino que di mi céntimo que tenía. Dejé de fumar. ¿Porque no quería? No, porque no tenía. Porque esas monedas eran para los maestros.

Cuando tenía que salir de la ciudad con un rico conde, con la gente, y nos daban cinco florines, gente, así: “Chófer, usted también sírvase una cena”.

“Sí, señor”. Y entonces me compraba un poco de salchicha y un poco de pan, y el resto era para los lápices. Para esto quería pasar hambre, señor, señora. Porque cuanta más hambre pase uno... no hace falta hacerlo, pero la voluntad muestra que uno está habitado por un carácter de verdad para hacer algo con uno mismo. El fantástico sentimiento de querer servir, de ser algo de uno mismo, para que el ser humano pueda decir: “Qué maravilla de ser

humano, es una mujer que robaría cualquiera”. No por eso hace falta hacerse con ella. “Pero es un hombre al que puedes amar”. Porque ¿no dice la gente: “Qué guapo es ese hombre”?

Anda un anciano por la calle, señor, y luego dicen: “Es una maravilla de... ¿Te has fijado en esa alma vieja tan buena?”.

Digo: “Sí, pero no es cualquiera”.

“Mira, sigue, lo adelanta uno por sí solo”.

Si quiere saber usted que está desarrollándose, señor, o si está desarrollándose, señora, no tiene que preguntárselo nunca a sí mismo. Tiene que esperar, en cambio, eso yo también lo he vivido, hasta que el ser humano dice por fuera: “Así y así”. Eso a uno se le viene acercando.

Cuando tuvimos que hacer el primer diagnóstico para la sanación, el maestro Alcar dijo: “No pidas nada y no hagas publicidad. Pero dentro de cinco años se nos devolverán nuestras propias palabras”. Entonces, sin embargo, ya tenía tanta gente, porque las personas me devolvían mis palabras, lo que había hablado, mi pensamientos, mis actos. Y después un solo pequeño error, señor, de mi parte, y toda esa gente habría sido tirada por la borda de nuevo. Un solo pensamiento equivocado del magnetizador. Digo: “Puedo hacer de usted un sanador. Sí, señor. Si veo que es usted en el espíritu y sus sentimientos amor infalible, ‘lo es usted’, dijo Cristo”. Y entonces lo es usted, lo somos. Y entonces un perro puede sanar a un gato. Los hombres quieren vivir el amor, los hombres quieren construir un carácter, los hombres quieren ser buenos; todavía son lelos.

Sí, bájenme de aquí a golpes. Se lo demostraré. Porque la palabra que dice el ser humano es su sentimiento y personalidad, y si uno escucha eso, oirá durante un año, dos años, tres, cuatro, palabras muy hermosas, y después, de golpe, se acabaron. Justo un pelín demasiado. Entonces sucumben. Y, señor, entonces ya puede decir usted: “No es más que una tontería, es esto”, pero su personalidad entera habrá desaparecido. Tendrá que esperar otra vez cuatro, cinco años —escuchen cómo se dilata esa vida, pero también nuestra vida mala— hasta que podamos demostrar de nuevo que podemos mantenernos en ese momento, sin sucumbir. ¿Es así? Y solo entonces se habrá convertido en nuestra posesión. Eso lo he visto en el otro lado. ¿No les parece divertido? Qué difícil, ¿verdad?

Señor, me he encontrado con la gente más hermosa, más poderosa, nunca me han hecho nada. Pero para poder superar toda esa birria de cosas sé que tengo que esperar una vida, porque ya nunca más —tal como las he amado, así las sigo amando—, nunca más las podré aceptar. ¿Por qué no? Porque para eso hace falta la vida, sesenta años, setenta, ochenta, por una birria de rasgo de carácter de nada erróneo, para demostrar que allí está el fundamento espiritual. Y cuando uno vuelva a sucumbir, decimos: “Vete al cuerno”. Sí,

sí. Si no lo dices de verdad, no importa. Pero, ay de ti si habla esa personalidad. De vez en cuando decimos cosas peores.

Yo opto por mejor aferrarme siempre a “los drudels”. Porque eso no lo comprenden y a la vez lo dice todo. Seamos honestos. He puesto a bajar de un burro a la gente más hermosa. Digo: “Señor, ‘los drudels’”.

Entonces dijo: “Eso ¿qué es?”.

Digo: “Entérate tú mismo. No diré nada”.

Hubo una vez un granjero, tenía dos gallinas, una blanca y una...

Señor Berends, ya puede continuar usted mismo.

(Señor en la sala):

—Una negra.

—No, las negras no me saben bien.

Pero aquí tiene usted todavía una tarjeta fea. A las señoras de este año les daré ánimos, y bien. Y a los señores también. Haré algo hermoso de los señores. Haré del ser humano algo tan hermoso que el vecino dirá: “Mujer, ¿a usted qué le pasa?”.

Y cuando te encuentras con el vecino le dices: “Buenas tardes, señor”.

“Buenas tardes, señor”.

Entonces el de abajo dice: “Es tipo de arriba está loco”. Dice: “La educación te indica la puerta de salida”.

Pero imagínense que sean capaces de captar todo eso. Y eso lo tuve que hacer yo. Tuve que poder hacerlo. “No podía ser que hubiera alguien”, dice el maestro Alcar, “que pudiera tener quejas de ti”. Pero hay que ver la de lodo que me han arrojado a la cabeza, señor. Algo tan fantástico, estaba riéndome en la calle, justo cuando incorporaron al príncipe Bernardo y se iba a comprometer con la Julianita, yo estaba en la calle Groenmarkt. Y gente, qué ruido, y justo estaba ocupado con el universo, y oía a mi maestro, miraba al espacio, no veía nada de todo ese follón en la calle. Y de pronto oí: “André, ¿qué haces?”. Estaba en ese momento casi en medio del ruido y yo también me dejaba arrastrar sin darme cuenta de ello. Digo: “Al final sí que me han engançado”.

Ya ni siquiera sabía que vivía aquí. No hacía más que soñar. Soñaba hacia el espacio, hacerme etéreo. Y ay, ay, ay, señor, si pudiera haberme acompañado. Y eso estando en la calle, así, así estaba en la calle Groenmarkt. Así empecé a mirar y de pronto me disolví, y: “Ay, ay, qué maravilla, ¿verdad?”. Y todo el mundo que piensa: ‘Ese hombre cómo está disfrutando lo de aquí, ¿verdad?’. Casi me había puesto un clavel en el ojal del abrigo. Claro, pero eso no se hace en esos tiempos, señor, eso se hace en los tiempos de aquí.

Aquí tengo: “Estimado señor Rulof, ¿es posible que alguien que haya matado a otra persona sí tenga, al hacer la transición al más allá, sintonización con la primera esfera de luz?”.

Santo cielo, señora Zwaantje, hermana Zwaantje, ¿no lo sabe?

(Señora en la sala):

—No me lo puedo imaginar...

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Me parece inconcebible.

—¿Qué le parece inconcebible?

(Señora en la sala):

—Que entonces aún tengas una vida eterna.

—¿No he hablado de esto cien mil veces? No se estará haciendo vieja, ¿verdad?

(Señora en la sala):

—Soy vieja.

—No es usted vieja. ¿Quién es viejo? Ochenta años, noventa años, señora, es no es ser viejo. En el espacio no existe “ser viejo”. Su pequeño cuerpo, su organismo, su pequeño templo empieza a dar un poco de miedo. Ni siquiera eso.

Pero, ¿no lo sabía? ¿No lo sabía?

(Señora en la sala):

—No.

—Bien, entonces tampoco me hace falta enviarla por el mundo.

(La señora dice algo inaudible).

¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Yo tampoco me iré todavía.

—Si no sabe eso, todavía no tenemos profetas entre nosotros. Porque usted ya ha oído bastantes cosas.

Señora, eso no es posible. ¿Y por qué no? Si el asesinato de verdad significa transición por medio del ser humano y para el ser humano, tal como han leído en ‘El ciclo del alma’, puede ser que un asesinato incluso aparte esto a la fuerza y que el ser humano, justo antes de que le llegue la hora, cuatro horas, o quince, o cuatro semanas, o veinte días, dos años... Entonces estará usted... habrá cometido usted el asesinato, pero entonces el ser humano estará en su mundo y tendrá que volver, pero deberá usted enmendarlo en veinte días, o también en cuatro semanas.

Pero la primera esfera, señora, todavía está... es un mundo muy diferente. Acabo de decir, es el mundo de la armonía, del ser uno divino, espiritual. ¿Cómo queremos entrar allí entonces con manos que estrangulan? ¿Con barro en los pies?

Llega allí un ser humano con una bonita túnica blanca, embadurnado de sangre como un carnicero, y entonces de allí arriba dijo: “¿A dónde vas tú,

amigo?”.

Dice: “Quiero ver a Cristo”.

Y dice: “¿Es eso por los cerdos que has matado?”.

Dice: “No, es de una matanza, pero de personas, todas. Y lo hice en Su nombre, porque no le querían prestar oídos.

“¿Y sabe usted quién era?”, me dijo el maestro Alcar. Nunca lo va a adivinar. Y llegó ese carnicero. Un matarife humano. ¿Pues? ¿Quién creen que era?

(Alguien en la sala):

—Hitler.

—Vaya, Adolf Hitler. Otra vez con ese bueno de Adolf (véase el artículo ‘Hitler’ en rulof.es). ¿No carga ya con bastantes cosas? No, no era Adolf.

¿Quién creen que era?

(Una señora en la sala dice algo inaudible).

(Señora en la sala):

—Un papa.

—Ciertamente, era un papa de Roma. Porque había arrojado a miles y miles de personas en la hoguera que habían transmitido a la humanidad un poemita espiritual de inspiración espiritual. Porque el ser humano al que Roma ha arrojado a la hoguera, no se olviden nunca, andan todos con crucécitas en la cabeza.

Frederik van Eeden me dijo, al entrar a mi casa, dice: “A mí también me echaron a la hoguera y ahora los voy a seguir a todos, uno por uno. Sé exactamente dónde viven”.

Todo el buen resto divino, señor y señora, sigue gritando en el país del odio y de las tinieblas. Porque todavía no hay ni uno que verdaderamente haya podido representar las Omnileyes divinas. Porque muerto es muerto, ¿no? No, señor, la condena está por encima de su grado. Y si habla usted de condena, señora, no puede ser usted Dios, porque Dios no condena. Y debido a que usted piensa de forma equivocada, y debido a que usted manda eso al mundo, y a que detiene usted el desarrollo y la pena del ser humano... Porque hay ingentes cantidades de personas que se han vuelto dementes religiosas por la condena de usted. Y ese dolor y esa pena también están todavía para usted, y tendrá que transmitirlos algún día a toda esa gente para volver a captarla hacia la inmaculada claridad divina, tal como Dios entregó sus almas para la madre tierra. Sí.

¿Saben quién era cuando llegué? Porque pude decir algo cuando comenzó el maestro Alcar. Digo: “Dame pruebas”. Digo: “Porque no estoy dispuesto a ponerme a contar mentiras”.

Dice: “Se desdoblará usted y verá los mundos”.

Porque había sentimiento en mí por Dectar. Digo. “Dame pruebas”. Fui

tan fantásticamente crítico, tenía que serlo. “Dame pruebas”. Y obtuve mis pruebas. Y no puedo hablar al margen de esas leyes, porque así es.

Empiece a desear. Pero ni siquiera es capaz de eso. Pero, señora, hermana, un asesino no entra a esa primera esfera a no ser que mediante la maternidad devuelva la vida de esa gente a la que quitó la vida. Usted conoce esas leyes. Mejor lea ahora ‘El ciclo del alma’ y los otros.

¿Tenía algo más?

Pero, oiga, sí que lo sabía.

Bien, pues volvemos a tener al señor Berends.

“Después de que el plantea tierra”, empieza diciendo, “hubiera aceptado su forma de existencia en el universo, y de que tuviera lugar la endurecimiento...”.

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

¿Cuántos minutos me quedan, señor?

(El técnico de sonido):

—Un cuarto de hora todavía.

—¿Quince minutitos todavía?

“... surgieron diferentes eras como procesos de evolución”. Sí. “Mi primera pregunta: ¿a qué se debe la aparición de esas eras glaciales en esos tiempos?”. ¿A qué? Señor, ¿es que no sabe lo que es el polo norte?

(Señor en la sala):

—El polo norte y polo sur los podría comparar como una línea imaginaria que va hacia el centro de la tierra...

—Vaya, una línea imaginaria que atraviesa el centro de la tierra. No, señor, así no es. Si no tomará mucho tiempo y ya habremos vuelto a consumir esos quince minutos. No, señor, eso no es.

Pero ¿cómo, cómo vemos eso? ¿Por medio de qué? Puede verlo ahora mismo todavía, señor. Oirá sobre la cosmología y leerá sobre ella. Aquí ya también hemos hablado de ese estado. Todo eso ha desaparecido. ¿No le parece divertido? Todavía me acuerdo de cada palabra que dije aquí en todos esos años. Están grabadas. Y usted ya no lo sabe. ¿No lo sabe?

(Señor la sala):

—No.

—¿Nadie? ¿Nadie lo sabe? ¿No? ¿De verdad que no?

(Señora en la sala):

—¿No tiene que ver algo con el sol?

—Sí, señora, ya está usted cerca.

(Señor en la sala):

—... los rayos de calor son inclinados”.

—No. Bueno, sí que es, pero tampoco lo es. Sí que está cerca, esta señora. El sol todavía no había llegado a ese punto. De modo que entonces había

frío, frío. Y eso empezó a evolucionar, empezó a haber sombras. Después empezó la construcción del norte, sur, este y oeste. Porque todo eso hubo que construirlo, señor. En el universo no había más que un solo estado, una sola era de calentamiento, entonces todo ardía. Y dijeron: “Sí, entonces todavía no había gente viviendo en la tierra”. Pero hemos visto, cuando apareció esa evolución aquí... Y eso también es verdad, señor. ¿Por qué sigue habiendo irrupciones allí y aquí no? ¿Y por qué de repente vuelve a aparecer una isla en el océano? ¿No es así? ¿Lo ha leído? Es evolución, señor. ¡Todavía! Por las eras glaciales y el enfriamiento, otras siete eras glaciares sucesivas y siete eras de calentamiento sucesivas, eras de endurecimiento. Porque la tierra tiene el mismo proceso de recalentamiento y de crecimiento y atómico que el sol, como vida divina semidespierta. Y eso es, pues, el sol que irradia la luz, pero la madre tierra lo tiene por dentro.

¿Lo sabe ahora?

(Señor en la sala):

—Sí, en parte.

—Seguro que sí.

(Señor en la sala):

—Sí, en parte.

—O sea, debido a que se densificó el universo se dieron diversas eras: enfriamiento y calentamiento. Eso está claro, ¿no?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Gracias.

¿Usted también lo cree, señor?

Eso lo puede vivir en su acero. Las mismas leyes.

Contrátame mañana como gerente de la empresa, señor, así tengo unos ingresos extra.

(Señor en la sala):

—Venga mañana para empezar.

—¿Mañana? ¡Esta noche he conseguido un trabajo!

Bien, señor, le daré las pruebas de que el acero tiene las mismas leyes vitales que las que Dios densificó y creó en todos Sus cuerpos, a los que dio luz. Le diré exactamente, señor, cuándo su acero tiene sin duda el endurecimiento. Usted sabe de eso, yo no. Pero se lo diré, se lo diré por la luz del acero.

¿No se dedica usted también a esa lucecita? Así, ¿un poco?

(El señor en la sala):

—Sí, claro.

—Ah, sí, pero yo todavía no lo sabía. Ahora lo dije.

Pero bueno. Sí, pero eso no lo acepto así como así, eso cuesta dos florines y medio.

(Risas).

(El señor en la sala dice algo inaudible).

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Solo doy una paga a la semana.

—¿Pondrá aquí también veinticinco céntimos en la bandeja? Esta noche le costará un florín. Muy bien, señor.

Vamos a seguir. “Mi primera pregunta: ¿a qué se debe la aparición de esas eras glaciales en esos tiempos?”. Eso está hablado. “En el otro lado los maestros pueden fijar un pensamiento determinado en un cuadro, o sea, materializarlo. Un pensamiento puede ser espiritual o material”.

¿Qué es eso? ¿Qué quiere decir con eso?

(Señor en la sala):

—Sí, mejor siga leyendo.

—Ahora, señoras y señores, vamos, así como así, de las eras glaciales a un cuadro.

(Señor en la sala):

—No...

—No, señor, se lo leeré, espere un poco.

“Mi pregunta: ¿a qué se debe la aparición de esas eras glaciales en esos tiempos? En el otro lado los maestros pueden fijar un pensamiento determinado en un cuadro, o sea, materializarlo. Un pensamiento puede ser espiritual o material”. Sí, también lo sabíamos ya. “Mi segunda pregunta: ¿qué es un pensamiento?”. ¡Ja! “¿Y dónde está la fuente del pensamiento?”.

Ahora al menos vamos a tener cosas que merecen la pena. Voy a leerlo un momento en voz alta, señora, porque de lo contrario no lo sabremos.

“¿Qué es pensar? ¿Qué es un pensamiento?”.

(Señor en la sala):

—De eso se trata.

—¿No lo sabe?

(Señor en la sala):

—Sentimiento.

(Señor en la sala):

—No por lo que...

—Por eso esa gente habla tan alto, señora. Los hombres no pueden pensar para las madres. Ni las madres para el hombre. Solo mantenemos un diálogo de sordos y no somos más que duros, estrechos de miras e ingenuos. También tiene que materializar, señor, esas palabritas hermosas, encantadoras, por el pensamiento. Y ni siquiera es capaz de eso si no se conoce a sí mismo y su vida.

¿Lo acepta?

Si usted esta noche...

¿Qué es pensar, señor? ¿Qué es un pensamiento? ¿Qué es el pensamiento para la reflexión? Si tiene usted pensamientos, señor, ¿ya ha llegado entonces? ¿O estará pensando? ¿Qué es un pensamiento? ¿Es el futuro, el pretérito indefinido, o vivimos ahora el estadio actual? ¿Qué quiere decir el pensamiento, señor?

(Señor en la sala):

—Es una manifestación de los sentimientos.

—Señor, un pensamiento es reencarnación, es pasado. Yo pensé. Esta noche la profe y los profes me van a dar la razón aquí. Yo pensé. Así que ahora primero tiene que ponerse a pensar si ese pensamiento no lo conecta con el pasado, con lo anterior. Ahora puede retroceder diez mil millones de años. Yo pensé. ¿Qué es un pensamiento? Hasta allí ya alcanza una sola palabra.

¿Qué es pensar? ¿Estoy en armonía con Dios, con el espacio, por mi pensamiento? La humanidad no puede pensar. El ser humano no sabe en qué tiene que empezar a pensar. Solo hablamos por los codos. ¿Qué es, pues, un pensamiento? Sí.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Concentración.

—Un pensamiento es concentración, señora. Mire, esta es, pues, la escuela para la filosofía. Vaya, vaya, vaya, encima me voy a hacer profe.

(Señor en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Sí, señor.

(Señor en la sala):

—Mi pensamiento pasa en un pispás por encima de esa era glacial.

—Sí, señor, pero ahora no vamos a la era glacial. Señor, insistimos: ¿qué es pensar?

(Señor en la sala):

—Bueno, de eso se trata.

—No, pero sin alejarnos tanto de nuestra vida cotidiana. Por ejemplo, tomemos esto: ¿qué son un par de zuecos? Y ¿qué tengo que hacer mañana? Y ¿qué vamos a hacer esta noche? Y ¿de qué estamos hablando esta noche?

(Señor en la sala):

—También estamos hablando de eras glaciales.

—Sí, pero eso queda demasiado lejos de la calle Wagenstraat. Quedémonos esta noche cerca de la calle Venestraat, por la calle Groenmarkt.

(Señor en la sala):

—Si no iremos a parar a la Omnifuenta.

—Si no iremos a parar a la Omnifuenta. Todo el mundo quiere volver a la fuente de donde viene.

Y entonces alguien pregunta: “¿Qué hago luego cuando sea Dios? Entonces ¿qué?”

Digo: “Se lo puedo contar ahora mismo, señor. Cada mañana te darán cocido de guisantes con huesos”. Y entonces se asustaron y salieron corriendo por la puerta. Pienso: ‘Me lo he quitado de encima, por el momento’.

Sí, señor. Viene... hace poco vino a verme Pedro y dice: “André...”. No, no era Pedro. Era Gabriel. Bueno esto es para hasta el descanso y entonces nos ponemos.

¿Qué está mirando?

Dice: “André: ¿cómo va la humanidad? ¿Piensan un poco? Dios me envía a la tierra para ver”. Digo: “pues, bah”, digo, “pero algo ha estallado y ya no lo aceptan”. Y le conté algo como...

(Jozef susurra algo).

Digo: “Vamos, cuéntalo”. Y él que se larga. Unas alas así. Porque Gabriel tenía unas alas muy grandes. Y él que se larga. Me quedé mirando cómo se iba, pienso: ‘Cómo vuela ese hombre’. Y él que se eleva más y más y más, y fuera de la atmósfera, más alto, los grados cósmicos —podía seguirlo sin problema— y ya entre el sexto y séptimo grado cósmico Gabriel empezó a reírse y a reírse, y de vez en cuando daba un bandazo a la izquierda, así, ya saben, igual que una gaviota. Y entonces en cuestión de nada... hacen un vuelo así y hacen esto. Pero Dios, Dios mismo, el Padre, está ante el paraíso celestial y piensa: ‘Ese de allí, ¿no es Gabriel?’. Y dice: “Pero ¿de qué se ríe? Está riéndose. Y menudos bandazos que da”. Y las alas iban batiéndose, por lo que, claro, Nuestro Señor pensó: ‘A ese Gabriel le pasa algo’. Y por fin que llega allí, dando bandazos. ¿Has visto alguna vez cómo desciende una gaviota? Pues llega de golpe: zas.

(Risas).

Y entonces las alas por atrás hacen así, y después un poco eso de frotarles, ya saben, ¿verdad? Y Gabriel que frota sus alas así. Nuestro Señor dice: “Esta vez pasará mucho tiempo antes de que puedas descansar”. Y dice: “¿Y a qué venían esas risitas por el camino?”.

Gabriel que dice: “Sí, estaba riéndome, Padre Nuestro, porque...”.

Y dice Él: “¿Qué pasa?”.

Dice: “Bueno, es que hablé con alguien allí que está luchando duramente por ti”. Dice: “Pero pasa algo”.

Dice: “¿Qué ocurre, Gabriel?”.

Responde: “Padre Nuestro, los hombres han perdido una costilla”.

“¿Qué me dices? ¿Lo han averiguado?”.

Dice: “Sí. Por la tierra dicen que el hombre ha perdido una costilla. Y por eso hay tantos que se desploman. Se cansan demasiado pronto”, dice Gabriel.

Nuestro Señor se queda mirando así y se va. Dice: “Vaya”. Por la mañana, a la siguiente mañana, llega Gabriel; cuida de Nuestro Señor...

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

¿Cuántos minutos me quedan?

(Risas).

Y entonces dice... A ver, un poco de silencio, señoras y señores.

Y dice... que está así... llega con la sopa para Nuestro Señor. Oigan, que Nuestro Señor también come sopa. No es sopa de gallina, sino sopa celestial. Porque, claro, allí esa gente tiene que comer. Me parto de la risa cuando esta noche nos oigan los teólogos. Entonces iré a parar a la hoguera. Pero ya estoy encima.

Y ese Gabriel... Nuestro Señor que prueba así, dice: “Oye, Gabriel, esto está bueno”. Y añade: “¿Qué haces dando vueltas?”.

Y él: “No, nada. No me pasa nada”. Gabriel que se va. Y dice: “Vaya, vaya, vaya...”. Tiene una vocecita de esas suaves. “Vaya, vaya, vaya, ay, ay, ay”. Gabriel suele estar sollozando por dentro. Y entonces interpreta al reino animal entero, por ejemplo, porque Gabriel lo sabe todo. Pero eso sigue cuatro, cinco, seis, siete días, dos semanas, tres. Y Gabriel que vuelve a venir por la mañana, iba algo retrasado, ya eran casi las once.

Y dice: “Pero ¿tú qué quieres, Gabriel?”.

Y él que dice: “Bueno, es que no dices nada. No hablas. Y en la tierra hay un caos”.

Entonces Nuestro Señor dijo: “Gabriel, no te alteres.

No te enojas, Gabriel”. Dice: “Porque luego encima también vienen las Eva y dirán: ‘No nacimos a partir de Adán, porque eso son tonterías’. Y entonces sí que se arma un lío”. Dice: “Gabriel, ciertamente, hemos creado un caos allí. Y es por eso que siempre hay guerra. No entienden”, dice Él. “Pero no hace falta que se lo demos a la gente, Gabriel. Que se las arreglen entre ellos. Y cuando vayan a hacer eso, Gabriel...”, y ahora atención, y Gabriel que lo está pasando la mar de bien, dice Él: “Porque así es como los pongo a pensar a todos. Porque esa agujero en el lado izquierda, de donde saqué la costal, siempre pica”.

Señoras y señores, y ahora vamos a tomarnos un té.

DESCANSO

Señoras y señores, voy a seguir con lo mismo de hace un momento. Pero

no con lo de Gabriel, claro. Sino: “¿Qué es pensar?”.

¿Dónde tienen que empezar? Pensar es... atención ahora... Es por eso que Dios —para volver un momento sobre eso— le quitó una costilla al hombre, porque... siempre hay un cosquilleo allí, es la infusión de alma, eso siempre los despertará a ustedes. Es por eso que el hombre, la mujer, busca sabiduría divina; una tontería.

Pero: “¿Qué es pensar?”.

Si de verdad ha leído ‘Jeus I’, señor Berends, sí que debería saberlo.

(Señor en la sala):

—Evolución.

—Si con ‘Jeus I’ y ‘Jeus II’ usted de todas formas... Cuando Jeus soltó al verdadero Cristo de la imagen de piedra en la iglesia como algo suelto... ¿me preguntaría usted todavía? Claro, sí que lee libros, pero en realidad todo ha vuelto a desaparecer, allí es donde está la prueba más hermosa: ¿cómo aprende un ser humano, una criatura, a pensar? Con las virtutas en el cuello, saliendo y entrando del aserradero, a la caldera. Pensando, pensando, pensando, pensando y pensando. Pienso de la mañana a la noche y termino algo. Usted no termina nada. Si de verdad hubiera leído ‘Jeus II’, no me habría hecho esa pregunta. Es una tremenda pena que semejantes libros no se lean. Porque los pasa volando, solo para oír la historia. ¿Cierto o no? Pero debería detenerse ante una sola oración.

“¿Qué es pensar?”.

Jeus comenzó... —ese pensamiento fantástico— ‘papá ha muerto’. Papá no está muerto, porque he visto a El Largo en su ataúd. Estaba a mi lado cuando llegó detrás del ataúd. Papá ha muerto. Papá no está muerto. “Ja, ja, ja, ja, El Largo está en la tumba”. Entonces le dije a Crisje: “Pero él... está... muerto, ¿no? Pero el Verdadero no está muerto”. Y no es Nuestro Señor quien está metido en esa imagen, ni María. Bueno, puedes poner flores delante de la imagen. Eso también es posible.

Entonces vas al Verdadero. Pero todo eso se puede hacer muy diferente.

Con las virtutas en el cuello, a los doce años, así empezó, señor. Y si ahora vuelve a leer ‘Jeus II’, no haría esa pregunta: ¿qué es un pensamiento?

Un pensamiento: ¿qué es Dios? Aquí viene otra pregunta. ¿Qué es Dios? ¿Qué es Cristo? ¿Qué es el ser humano?

Más sencillo todavía: ¿cómo nacen sus hijos, señor?

¿Conoce usted ese problema?

Siga. Ahora sabe usted por nosotros tantas cosas más: para dar a luz al niño —porque para eso ni siquiera hace falta el alma— tengo que hacer esto y lo otro, y tendrá división para la creación. Ahora sigue usted. Ahora ya sabe del alma, del espíritu y de la vida y del sentimiento y de la personalidad. Eso lo puede leer en los libros. Entiende usted del más allá. Sabe usted del mundo

de lo inconsciente, del renacer. Vuelve a descender usted a la vida embrionaria. Es un gran problema, un gran pensamiento, un mundo, un espacio, Dios. ¿Como llego a nacer? Debería pensar sobre todo eso. Pero también tenga en cuenta: ¿cómo alcanzo la armonía con mi marido, con mi mujer, con mis amigos, con la sociedad? Y eso es mucho más necesario, porque eso también forma parte de aquello. Si es capaz de pensar más allá, es usted genial. Y entonces llega usted a dilatarse. Materializa algo. La tarea que hace usted solo puede nacer y solo adquiere espacio si piensa más allá.

Una persona rápida... Un hombre que dice: “A ese hombre lo puedes usar para lo que sea, ese hombre piensa”.

Otra persona dice: “Sí, ya tuve diez; para nada, demasiado bobo para vivir”. Sí. Ese hombre sale de casa y no gana nada. “Me han echado a la calle”.

Ay, ay, ay, ay, eso para mi no es concebible, señor. Tengo un hambre tan atroz de aprender cosas. Pero tampoco me olvido de nada. Porque lo vivo. Usted no lo vive.

Uno puede decir mil veces lo mismo; se vuelve. Demuestra que la gente no quiere pensar. Es una pena tan tremenda cuando uno no quiere pensar. Les cuentas las cosas más poderosas; mañana han desaparecido. ¿Pasado mañana? Ya no está. Y les digo: es absolutamente necesario empezar con eso. Es imposible eludirlo.

Desear. El ser humano anhela. Anhelar es un pensamiento, es sentimiento, y sentimiento es pensamiento.

¿Por qué los seres humanos no anhelan? Viene a verme un señor en el descanso y dice: “Sí, siempre estoy sin pensamientos, no soy capaz de pensar”.

Digo: “Ah, claro”.

Podía haberlo admitido al instante, pero tenía que irme.

Digo: “Señor, ¿qué es esto?”.

“Té”.

Digo: “¿Cómo nace eso?”.

“En Indonesia”.

“Bien, señor”.

“En la tierra”.

Digo: “Son una especie de hierba, nada más”.

Una hoja de un árbol —seguimos con el té— que se prepara, echamos un poco de agua encima y después nos lo bebemos. Y ahora pueden seguir más cosas. ¿Qué ocurrirá cuando lo tenga dentro de mí? Entonces me pongo a seguir la evolución de esa agua, de ese té. Luego lo sabrán. Pero entonces tampoco lo saben todavía. Porque allí es donde se encuentra ahora la creación entera. Allí están todos los ácidos clorhídricos del espacio. Todos los sistemas planetarios están representados por los riñones del ser humano. Porque los riñones del ser humano purifican el cuerpo. Y eso es Júpiter, Venus, Saturno

y otros planetas. Igual que la plantita del acuario purifican el aliento vital para el macrocosmos. Ahora puedo ir hasta ese punto; me desplazo de inmediato de ese té al té espacial, a la claridad espacial, el proceso de limpieza para el aliento vital espacial, ese organismo, porque es un cuerpo. Los astrónomos ni lo saben.

¿Qué es pensar, señor?

Ahora tiene que empezar usted, en primer lugar de todos, y se lo he dicho cien veces: debería sentarse una noche ante el diccionario y no se lea todos esos libros de golpe. Léaselos de una vez, pero después comience por el comienzo. Yo también tuve que hacerlo. Y entonces empiezan, empieza usted con: araguato. La a de anguila. Y cuando haya avanzado un poco, señor, se encontrará ante el simio. Y dirá usted: ¿y yo qué tengo de él? Un mono. “Ja, ja”, digo, “Darwin, todo eso ya me lo sé”. Eso puedo decirlo ahora. Antes no lo sabía. Pero ahora vamos a comenzar. Pasión. ¿Verdad? Ay, no, porque la a, todavía hay muchas a: como un araguato, atemorizado. Bueno, y así más. ¿Qué tengo yo de atemorizado? ¿Qué es ser atemorizado? Estar atemorizado. Atrasado. ¿Tengo yo eso? Ya no soy un atrasado. Tampoco ya no soy un atemorizado, porque conozco la muerte, conozco mi vida, conozco la sociedad, conozco mi renacer, conozco Dios, conozco Cristo. Yo ya no soy una persona atemorizada. Mejor máteme a golpes, señor, no me dice nada. ¿Atemorizado de que me roben? Es cosa suya, yo de todas formas no tengo nada.

Ahora vamos a empezar, señor. ¿Qué es estar atemorizado? ¿Qué es estar aterrorizado? ¿Qué es tener un aguijón en nuestro corazón? ¿Un aguijoncito? Con la p de Pedro, ¿neutral, o lo femenino o lo masculino? En realidad, ¿qué es? ¿Qué es un aguijoncito? ¿Qué es una anguila? Bien, pues ahora vamos a empezar: a, b, la b de berrinche. ¿Tengo un berrinche? Brecha, brote, barcaza. Qué divertido, ¿no les parece? Y aun así contiene un montón de cosas. Averígüenlo. Todo eso lo tuve que hacer. ¿Qué tienes de esto, de eso, de aquello y de aquello otro? Pienso: ‘Madre mía, la de cosas que tengo que hacer’. Eso comenzó en 1930. No para aprender el idioma. Ni siquiera me lo permitían. No me dejaban aprender idiomas. Solo me permitían palparla. No me dejaban que la asimilara en la cabeza, porque entonces se detenía el maestro Alcar. Entonces habría hecho chapuzas.

Ahora empezamos a pensar. Y entonces, por fin, llego... Pensar. Y entonces llega después: un pensamiento.

Sí. ¿Qué es pensar, señor?

Vivir la cosa de la que uno está hablando. Desde el comienzo hasta la a. De la a hasta la zeta. Ahora quien puede empezar es usted —y esa es su felicidad— para su cuerpo, para su alma, para su espíritu. De todas formas, no podrá usted imaginar su alma, porque es Dios en usted. Entonces ese señor tendrá enseguida una respuesta. Es Dios en usted. Comenzará usted a

analizar todos esos pequeños rasgos del carácter, mediante el pensamiento. A acabar algo. Y lo que usted haya imaginado, señor, es tan sorprendente, es lo mismo que lo que el profesor de lengua le mete en la cabeza por la fuerza. Otra vez: a. Entonces estás allá. Y por fin va por sí solo. “Yes” dices entonces. No “sí”, sino “yes”. ¿No es cierto, señor? Le cuesta. Bueno, trataré. ¿Qué es, señor? ¿Qué es un pensamiento?

Señor, debería retomar esta semana ‘Jeus II’. Retómelo y luego fíjese. Allí se desmenuzaron los sistemas filosóficos. Porque un pensamiento, señor, analizada en el camino hacia arriba y hacia el mundo astral, es recorrer el camino de Sócrates.

¿Lo acepta usted?

Así es como han surgido los sistemas filosóficos y ha construido la gente una universidad. Mediante el pensamiento. ¿Quién soy? ¿Qué soy si soy feliz? ¿Qué es ser feliz? Y entonces Sócrates dijo, preguntó al ser humano: “Madre, es usted feliz, pero ¿por qué es usted tan feliz?”.

¿Qué es el amor? ¿Lo saben? ¿Saben lo que es el amor? Una vez, una noche, se lo conté aquí: cuando empezamos a arrullar por primera vez, dije, pensábamos que arrullábamos, pero no era así. Porque era Dios en nosotros quien lo hacía. La creación, la evolución. Y nosotros íbamos a la zaga. ¿No es así? El arrullo, el amor para el ser humano y del ser humano, ¿cuándo es una posesión, señoras, señores? Y entonces llegaremos a ver luego que nuestro amor habla, señora; por eso Cristo vino a la tierra. Y entonces: hay que amarse los unos a los otros, ama a los demás como a ti mismo. Y entonces todo se encamina hacia la cordialidad, la benevolencia, la comprensión. No hacia el pensar mal y con trampa de los demás. Eso es un lío psicopático, satánico y diabólico. Pero lo hacemos. Lo hacen día tras día. Cuando digo: “Me voy, tengo que irme medio año”. Y entonces dicen: “Bueno, pues ahora ya me entraron ganas de ver cómo va a volver este”. Entonces ya me quedo derribado contra el suelo. Pero me voy. Porque ¿confían en mí? No, la otra persona me quiere.

El ser humano hace algo y entonces dicen: “Ah, sí”.

Sí, hay gente que no tiene eso. Digo: “Querida hija mía, es cierto”. Primero tenemos que intentar poseer en todo, para todo, hagamos lo que hagamos, la confianza total para el ser humano. Y entonces tenemos que demostrarlo, y solo se hace por medio de la cordialidad y el amor. Pero no por el cuerpo ni el organismo, señor y señora, sino justamente cuando pisamos la tierra con firmeza y cuando en la sociedad tenemos que materializar nuestro pensamiento y sentimiento, la tarea. Entonces estaremos ante el amor espiritual —y ya no tendrá nada que ver con el amor físico, porque este estará muy muerto— y este podrá permanecer para los siglos de los siglos, porque todo eso se lo puedo demostrar.

Señor Berends, ¿volverá a empezar 'Jeus II'?

(Señor en la sala):

—Desde luego.

—“¿Qué es pensar? ¿Qué es un pensamiento? ¿Y dónde está la fuente?”.

Ustedes mismos la son. La son ustedes mismos. Sus sentimientos son el cuerpo espiritual para su materia, su conciencia diurna, su personalidad. ¿Está claro?

Cuando me pongo a pensar —y ahora estoy hablando, y hablo de ustedes y hablo de mí mismo, o hablo de otra cosa— echo mano para ello de mi fuente como sentimiento por los millones de vidas que he tenido como hombre y mujer. Y eso, pues, es mi personalidad. Tienen ustedes su propia personalidad. Y esa personalidad se deja ver por sus sentimientos, de que no posees esto, que no posees lo otro ni aquello otro, ni tal y cual. No les da la gana ser cariñosos ni cordiales ni dulces. No tienen el sentimiento. Sí que sabemos que tenemos psicópatas conscientes y que los tenemos inconscientes. Pero el ser humano que camina por la sociedad y con el que trata, que están sentados así en el tranvía, y por todas partes verán personas que los pagarán sin más en la cara con solo acercarse un poco a ellas; son los psicópatas conscientes, los dementes conscientes, porque esos seres humanos se golpean a sí mismos hacia la disarmonía divina. Y eso es un follón demencial.

¿Lo acepta?

(Señor en la sala):

—Desde luego.

—¿Sí? De todas formas, no podrá eludirlo, porque es que es así.

(Señor en la sala):

—Igual que ese médico que llegó al más allá. Igual que ese médico en 'Jeus III', que...

—Sí. Sí. Sí, una cosa de esas, por ejemplo. Bueno, allí lo espera una porra. Mía, no, señor.

(Señor en la sala):

—De él mismo.

—De él mismo. Se aporreará a sí mismo. Ese hombre —ya se lo he contado alguna noche aquí— volvió a visitarme siete años después. Me llamó. “Vaya, vaya”, digo, “¿qué se le perdió por aquí?”.

“¿Me conoce?”.

Digo: “¿Me conoce?’ Bulldog”. El doctor Rademaker, del diario 'Het Vaderland'. Digo: “Señor, pase”.

Quiere sentarse. Digo: “Donde se va a sentar es allí”.

“Por qué?”.

Digo: “Donde se va a sentar es allí, señor”. Él quería allí. Digo: “Aquí. Se va a sentar aquí”. Y me senté, lo miraba directamente a la cara. Dejaba que

mirara al sol, tan a gusto. Entonces ya lo tenía neutralizado para mí. Eso también es una poderosa fuerza, ¿sabían? Lanzo golpes por doquier en el mundo, poniéndolo todo patas arriba, a la mayor personalidad, cuando la pongo a la luz, y yo en la sombra. Porque no para de parpadear. Y yo, tan a gusto, miro desde la sombra a la luz. Es mucho más sencillo, muy fácil. Y mira que lo tenía parpadeando.

Dice: “¿Un puro?”.

“Si son buenos, porque de lo contrario no me fumaré sus petardos”.

Y me dice: “Menudo pájaro descarado que es usted”.

Digo: “Señor, si vuelve a llamarme ‘pájaro’ lo echaré a la calle”. Digo: “¿Me conoce?”. Digo: “Maldito ladrón”. Digo: “Maldito pastor huido”.

Porque, oigan, primero había sido pastor protestante.

Digo: “¿Usted quería cargarse mi libro? ¿Y ahora otro mío? En realidad, usted ¿a qué se dedica?”.

“Bueno, primero quise leer ‘Entre la vida y la muerte’ —me lo contaron—, pero no consigo comprarlo”.

Digo: “Ja, ja, es usted más pobre que una rata”. Digo: “Señor, yo...”.

“Sus libros continúan”.

Digo: “Sí, señor, ¿cree usted que a base de golpes iba a desequilibrarme?”

“Pues”, dice, “yo a usted lo respeto. Y decían... y decían...”.

Digo: “¿Qué decían?”.

“Bueno, que no te cortas un pelo al hablar”.

Digo: “Vaya, qué cosas”. Allí estaba.

Y mi mujer que dice: “¿Y tú qué andas increpando?”.

Digo: “A ese hoy le voy a dar una paliza”.

El señor viene a verme, a la boca del lobo.

Digo: “Señor, ¿quién lo envió aquí?”. Digo: “Allí tienes un par de libros míos desechados”. Digo: “Usted no se los merece nuevos. Si no se los daría”.

Digo: “Pero le está esperando una porra, señor”.

Madre mía, madre mía, menuda paliza que le di a ese hombre, le conté la verdad.

Digo: “Solo quiero advertirle, señor”. Digo: “Detenga su asquerosa pluma si no conoce a Dios ni a Cristo, porque se asesinará a sí mismo”.

Y que vuelve a verme. Y me dice: “Bueno”, y ya se iba a algún sitio, que me dice: “Dígame otra vez que ese es un lelo”. Lo había dicho al hombre que le dijo: “Mejor vete a buscar esos libros donde ese hombre”. Dice: “Dios mío, Dios mío, cómo fue increpado ese tipo”.

Digo: “Mejor envíeme también a ese amigo. Señor, no le tengo miedo. Lo conozco”.

“¿Me conoce usted?”.

“Por dentro y por fuera, señor”. Digo: “Porque usted no es más que un

amasijo de debilidades. Renegar de Cristo”. Digo: “Antes un poco de alma infundida”, digo, “y entonces se puso a fabricar cosas con esa pluma”.

“¿Entonces sí que me conoce?”.

Digo. “Leo todas sus historietas fantásticas, señor”.

Santo cielo.

Señor, ese hombre... Ya estamos. ¿Qué se imaginaban? Si soy verdad, si de verdad poseo la realidad y hay un más allá, señor, y usted eso lo destroza aquí, entonces usted conducirá a Dios a todos esos miles de personas que lo hayan leído. Y esa es su porra. Y eso no es tan sencillo, señor. Se le golpea hasta sangrar, señor. Se queda desangrándose.

Allí vi a un señor —ya se lo conté— al que le di una novelita sucia, y resulta que ese estaba ya en la otra orilla, convertido en buena persona, ya había vivido su lucha.

Digo: “¿Lo estás pasando muy mal?”.

“Vaya, vaya, vaya”.

Señor... El maestro Alcar dice: “Mira cómo gime este”.

Digo: “Entonces, ¿qué es?”.

“Un escritor”, dice.

Señor, irá usted, con su interior asqueroso, guarro, satánico, apasionado, odioso al otro lado, ¿no? Llegará a ese mundo con su librito, ¿no? Y lo están leyendo muchachas y muchachos jóvenes, y otros también, y todas esas cosas asquerosas van a estar persiguiéndolo a usted. ¿De verdad que pensaba usted...? Ese hombre se puso a enriquecerse, le iba bien aquí, y entonces llegó allí y no tenía nada, estaba metido en su propia suciedad. Por su librito. ¿Pues?

¿O pensaba usted que allí se sigue leyendo? ¿Y pensaba usted de verdad —ese es el asesinato espiritual— que se le iba a regalar? Vaya, vaya. Enriquezcanse en la tierra por el dolor y la pena de otros miles de personas, señor; detrás del ataúd tendrá que volver a enriquecerlos de todas formas usted a ellos mediante su espíritu.

¿No es justo, señora?

“Es más duro que una roca”, dicen. No, es la justicia de Dios y del espacio.

Señor. Ese hombre también, ese señor muy grande.

El maestro Zelanus dice: “Denle una buena tunda”.

Sí, señor, apenas mencionaré nombres, porque tengo muchos más. Pero a ese... a ese lo puedo mencionar sin problema, porque... Quizá le sirva para aprender. Si viene aquí, ya me defenderé.

Digo: “Señor, siéntese allí y entonces libraremos un combate”.

Bueno. “El grado de un pensamiento depende del grado de los sentimientos de la personalidad”.

Mire, ese Berends... está metido. “El grado de un pensamiento depende del

grado de los sentimientos”.

No le hace falta que también se sirva del grado de los sentimientos. Simplemente, dice: “El pensamiento viene desde los sentimientos a la personalidad”. Usted mismo lo dice.

Mire, usted siempre vuelve a estar dentro, y a la primera vuelve a salir.

“Cualquier dilatación ofrece una victoria del pensamiento. ¿Es así? Cualquier dilatación ofrece una victoria del pensamiento”.

Una dilatación del pensamiento les ofrecerá una victoria si vuelven a recurrir a ese pequeño diccionario y pueden decir al final: a mis pensamientos les di espacio espiritual, y luz y amor. Y entonces se dilatarán sus sentimientos, ese pensamiento. Hoy pueden vivir un pensamiento divino. Y solo entonces, señor, señora... ¿Cuándo desprenderán algo de su yo divino? ¿Cuándo van a quitarle algo a su alma divina y...? Porque tenemos que despertar esa alma, ese ser humano divino —eso es el ser humano— dentro de nosotros.

Así que si ahora no les da la gana aprender, los libros no les dicen nada y no tienen demasiado interés en hacer algo con sus vidas, estarán sin duda en un circulito pequeño, bien pequeño, y de allí no saldrán. ¿Es así? No podrán eludirse a sí mismos. Tienen que querer dilatarse a ustedes mismos, hasta el Omnigrado. Su pensamiento tiene que empezar a tener fundamentos espirituales, alma infundida, ampliación, un carácter espacial propio. Cada rasgo de carácter, cada pensamiento, cada palabra, la cosa más pequeña tiene que empezar a tener sintonización espiritual. ¿Está claro? Más sencillo, imposible, ¿no?

Imposible que sea más sencillo, ¿no? ¿Tan difícil es ser cordial? La gente hace algo. Dicen: “Por Dios, deja de hacer eso, porque terminarás destrozado”. Física y espiritualmente. Espiritualmente, al manicomio, y físicamente llegarás a tener cara de besugo. Te disolverás aquí. Te abandonará tu conciencia diurna, entonces aún tendrás la cara radiante. Pero mírale ahora a la cara a un psicópata y a un demente. Los tienes enfrente, no ven nada, tienen una conciencia diurna ciega. ¿Ha quedado claro? Y es así. Es decir: con que solo salgan un instante de la armonía del espacio, ya se les pondrá cara de besugo. Con su luz natural propia, antes de que se desvanezca el día aquí en la sociedad, porque se desvanecerá su interior, y porque la cara no tendrá luz interior. Y encima luego hay eruditos que dicen: “Pensamos mediante el cerebro”. Sus sentimientos son la luz vital para sus ojos.

También hay esa gente que mira con mucha precisión, entonces hay que tener cuidado, señor, cuando de esos ojos sale una fuerza así de intensa. Pues, ojito, entonces. Es cuando la gente dice: “Mira esos ojos felinos”. Pero yo alguna vez me he encontrado con esos ojos, era el amor mismo. Entonces decían: “Pero ¿cómo es eso?”. Digo: “Sí, mira eso ahora”. ¿Qué es lo que habla ahora en los ojos de esa mujer? En esos ojos felinos. En ese sentimiento. En

esa personalidad. Y entonces era arte. Una a minúscula y una a mayúscula. Pero arte era. Y después también fue torpeza, también la había, sí. Porque los ojos humanos representan millones de rasgos de carácter. Y ustedes pueden atravesarlos con la mirada. Yo miro a través de esos millones de vidas, se lo conté hace poco.

¿Cómo es mi clarividencia? Veo, cuando desaparece la immaculada claridad de la niña o del chico, veo en los ojos si él se ha hecho padre y ella madre. Ustedes no son capaces de eso, ¿verdad?

Sí. “Yo creo que el pensamiento es una expresión de la vida interior”. Fenomenal. “El grado de un pensamiento depende del grado de los sentimientos...”. Eso ahora ya lo saben también. “Cada dilatación da... la ampliación del pensamiento...”. Correcto, también. Ahora viene. “Mi pregunta es: ¿es posible relacionar la velocidad del pensamiento con la de la tierra?”. Bwwuh.

Hace años Einstein colocó a la humanidad ante un problema y la humanidad entera se rió de él a sus espaldas. Y yo dije aquí en La Haya: “Einstein tiene razón”. Y entonces vino a verme un doctor que dice: “Pues eso deberías demostrarlo”.

Digo: “Primero intenta enterarte tú durante una semana y entonces ya conseguiré doblegarte”.

Y una semana después volvió, no se aclaraba. Digo: “Pero qué tonto que eres”. Usted mismo lo dice: ampliación. Einstein dijo: “Si va usted en un tren que va a cien y yo corro al lado —a cien kilómetros, y yo ando al lado, yo no voy en el tren, yo voy corriendo— habré llegado al destino antes que usted con su tren a cien kilómetros”.

“Sí”, decimos en ‘Las máscaras y los seres humanos’ por dentro. Pero en eso no pensaba el mundo. Era el freno espiritual. Por dentro. ¿No les parece divertido y sencillo?

Y entonces dijo Einstein... dejó al mundo entero patas arriba, la universidad entera, tres meses después dice: “Por dentro”. Frederik también dijo... A ver, ¿qué es lo que dijo, señor?

(Señor en la sala):

—... ese viaje, esa tormenta, se trata de la tormenta.

¿Lo ven? Al final sí que se enteraron. Ahora se han enterado. Cuando vino Mohamed, ¿verdad?, ese viaje... Y cuando le dijo a Erica... Esa noche hubo tensión, porque Karel tenía que irse a los enfermos, llegaba un niño al mundo, o una mujer que iba a morirse. Y entonces hubo contado toda esa historia, que estaba con Mohamed en el desierto, y entonces ya no tuvo nada que decir y se encendió un buen puro, se puso a pensar, así, Frederik.

“Pero”, dice Erica, “¿lo dices en serio, ¿Frederik?”.

Entonces Frederik dijo, como Einstein: “Sí, Erica, por dentro. La tormenta

había sido abatida por dentro, y continuamos”.

Y eso desde luego que lo dijo Cristo. ¿No es así, señor De Groot? ¿Qué tal le va?

(Señor en la sala):

—Fenomenal.

—Estupendo. Señoras y señores, si le gustara hablar alguna vez sobre la Biblia allí tendrán otro auténtico orador de esos, el experto en la Biblia. Allí hay otro. Aquí tengo unos estupendos expertos en la Biblia. Gente magnífica que conoce la Biblia y que ahora lee los libros.

Señor De Groot, esta semana releí su pequeño relato, aquel primero que aquí usted... Sigue siendo una maravilla.

La gente dice: conferencias, conferencias, conferencias.

Lo suyo: ¡fenomenal!

Señor, todavía los tenemos. Volví a leerlo; pienso: ‘Mira por dónde’.

Alguien preguntó: “¿No sería posible pasar eso a papel, señor? Y ¿no es posible?”. Hemos tenido que hacer trizas mil conferencias de los maestros en Diligencia, porque ¿qué es lo que dice la gente?: bah.

Lo hermoso sigue siendo hermoso, señor. Ojalá tuviera usted un libro gordo sobre eso, ¿verdad? Ojalá me hubieran escuchado hace años. ¿Es cierto eso? Les daré un beso.

Habríamos tenido hoy tres, cuatro libros.

¿No es así, señor?

(Señor en la sala):

—Desde luego.

—Gracias. Gracias, de verdad. Pero pienso muchas veces en eso.

“¿Es posible relacionar la velocidad del pensamiento con la de la tierra?”. Ay, señor. ¿Qué quiere la tierra con nosotros? Voy volando, en la millonésima parte de un segundo estoy en la luna. Ahora estoy en la luna, ahora, ahora estoy allí. ¿Qué quiere saber usted de la luna? Los oigo hablar.

“Ay”, dice, “André, ¿me abrazas un poco?”.

Digo: “Sí, estoy dando un momento una conferencia allí, pero sí que iré un rato a verte”.

¿Saben que una noche hablé aquí, ese cuerpo estaba hablando, hablando, hablando, y esa boca también, y yo estaba en el espacio con el maestro Alcar. Y esto no paraba. Entonces controló algo. “Si quizá pasara algo con ese preciado corazón”, dice, “todavía podríamos seguir de ese modo”.

Porque en Diligencia alguna vez me he... algunas veces fueron demasiado lejos, tanto que el señor Van Straaten pensaba cuando me bajaba del estrado: ese muere ahora mismo. Amarillo, verde, azul. La circulación de la sangre, que tenía que arrancar de nuevo. Y así es como podíamos acogerlo. Sí.

Señor, ahora puede desplazarse en una millonésima parte de un segundo

por todo el espacio si sabe cómo tiene que continuar. Si no de todas formas volverá a estrellarse por su propio pensamiento inconsciente.

¿Es cierto eso?

Sí. Y ahora tienen que aprender ustedes a andar espiritualmente, pensar espiritualmente, volar espiritualmente. Por dentro. Sí. Otro sistema filosófico de esos por el que surgieron las leyes de la relatividad. Y entonces Einstein empezó a pensar sobre otra cosa. Pero le hizo una jugada al mundo entero. A mí no. A mí no. Ahora vamos a seguir.

“Si alguien provoca su propia muerte por su temeridad, ¿es un suicidio consciente?”. Sí, señor. “¿Igual que si alguien acaba con su vida con gas?”.

No, señor, eso es otra cosa. La semana pasada estaba en el cine, y resulta que hay allí un hombre que va volando por el agua con una lancha a trescientos sesenta kilómetros, y un poco más, un poco más, un poco más y zas dice la cosa y salió despedido, adiós nuca. Eso es suicidio haciendo deporte. Pero ese hombre no buscaba la muerte. Así que ahora no está atado a la putrefacción, sino que se arrojó demasiado pronto de su propia vida. Y ahora tiene que vivir la imagen que vivió Lantos Dumonché cuando se soltó de su esqueleto. ¿No es justo eso?

Pero si uno entra conscientemente al asesinato y uno dice: “Me quito de en medio”, entonces también te quedas atado a tu cuerpo, porque piensas directamente desde ese cuerpo.

Ese hombre está volando, quiere vivir el deporte. Un piloto de aviones vive lo mismo. Y entonces se convierte en algo temerario. Y allí estamos, lo dice usted mismo: “He sido demasiado temerario”. Porque sabe de antemano: todos esos pilotos de caza van a terminar destruidos. Todos son... Esos muchachos, un muchacho de esos de veinte años que vuela allí, de veintitrés, quizá pueda alcanzar una edad de sesenta años, setenta, en la tierra, en la esfera, porque no se podrá desprender, porque la tierra no lo deja marchar a uno al mundo de lo inconsciente, sigue en la esfera de la tierra. Y durante sesenta, setenta años no vive en lo real, ni tampoco en lo visible, vive entre la vida y la muerte. Y no hacen más que errar por allí.

Allí te puedes encontrar con cien millones. Corriendo, gritando, completamente solos. Sin nadie a su lado. Esa pena satánica, señor, señora, de un muchacho, de un joven así, un piloto de esos, ese hombre que con una lancha de esas, el motociclismo... ¿Cuánta gente no se estrella a diario volando o en coche por querer dedicarse al deporte? Esa pena de estar solos durante sesenta años, setenta —fíjense— completamente solos, ni un alma, nada, nada, nada. Basta con cerrar los ojos y meterse en la oscuridad, y a andar: puede usted... no se chocará contra nada, porque allí no hay nada: ha eliminado usted la vida... se ha eliminado a sí mismo del mundo espiritual y material. Qué cosa, ¿verdad? Así que llega usted a un mundo inexistente que no tiene

nada. Ni es usted nada ni tiene tampoco nada. Pero allí están ahora, durante setenta años. Allí uno se queda cien mil veces completamente demente, solo de pensar. Pero uno vuelve a despertar y entonces no queda otra que volver a empezar.

Esa tremenda pena de un ser humano que se arranca a sí mismo de la vida por el deporte y todas esas cosas, por una cosa de esas, eso es... El propio maestro Zelanus lo dice, dice: “Entonces es casi preferible la putrefacción de tus propias lombrices en los ojos, y los sientes, y los vives conscientemente”, dice, “porque eso es un tormento aún mayor, porque no tienes nada. Te golpean y patean y te descuartizan exprimiéndote por delante, por detrás, por la izquierda y la derecha, por dentro y por fuera, y no puedes hacer nada. Nada, nada, nada”. No. Eso ya lo podría haber escrito también. Pero entonces ‘El ciclo del alma’ se habría hecho así de grueso.

Señor, dedíquese también a... Tómese un barquito. Y dedíquese también a pilotar cazas. Vuele a dos mil millas, señor, y así también será el primero en matarse. Y tan a gusto estará... Ayer alguien voló a dos mil millas por hora. Incluso más rápido que la velocidad del sonido. También fue el primero en estallar en mil pedazos. Ja, ja. ¿Que si da pena? A mí no, señor. Esa madre: “Ay, ay, ay, pero ¡qué desgracia!”. Y flores y flores y flores. Ay, señor, no puedo evitarlo, señor, pero yo lo atravieso andando.

Digo: “¿Ha muerto uno? ¿Sí? ¿Se ha matado volando?”.

“Sí, sí, hay que ver qué cosas, ¿verdad?”.

Digo: “Sí, ahora mejor cómase un rábano, así sentirá que sigue estando aquí”.

Sí. ¿Sienten compasión por eso?

Señor, la compasión no existe. Pero un ser humano que se destruye de forma decididamente consciente para todo, que se elimina a sí mismo para cualquier ley divina, para el espíritu, el sentimiento, la personalidad, para la luz y la vida, y que quiere matarlo... Señor, señora, adelante, hagan lo que quieran, a mí qué me importa, por mí como si lo hacen esta misma noche.

Y ahora les daré otra cosa, así por lo menos aprenderán algo. Aquí en la tierra el ser humano no quiere escuchar, al ser humano no le da la gana. He advertido miles de veces a las personas... Digo: “Oye, no sigas con eso”. “Mujer, no lo hagas”. Digo: “Señor, va a destruirse”.

“No, vaya, fuera esas tonterías”.

Destruído en cuatro meses.

“Sí, pero es que no era capaz. Yo al final sí que...”.

(Jozef hace un ruido extraño).

Ha despertado.

(Imita un ladrido).

¿Que ha despertado? Ahora ya no se dormirá nunca más. ¿Ves? No im-

porta, ¿eh? Señor, al señor De Wit alguna vez también lo he... Cuando ladraba así por la noche... Cuando el señor De Wit estaba aquí y yo de pronto ladraba... Pienso: ‘Si le hablo conseguiré que se duerma, porque eso emana algo, ¿verdad?’. Una vez ladré como Fanny y ya nunca más durmió. Cuatro semanas después seguía mirando así. Pienso: ‘Ese Fanny resulta que tiene más conciencia y fuerza que yo. Pero es cierto. Es, sin embargo, una ayudita, ¿entiende? Usted sí que me oía. Desde lejos. Por dentro. Por dentro.

Señor, ¿sabe usted ahora lo que significa cuando se estrella físicamente por estar volando, corriendo? Sí? Ay, ay, ay, ay, ay, ay. Hay que ver lo hermoso que es. Deberían ponerse a boxear. A mí también me gustaba verlos. Ya solo por la técnica de ese pensamiento de esa gente. Es, digo: “Oye, oh...”. Una costilla abierta, medio ojo perdido. Digo: “Lástima, ¿no?”. Digo: “Señor, por mí como si lo ahorcan a usted esta noche, ¿a mí qué me va a importar?”. “Le parece duro, ¿señor?”.

Digo: “¿Por qué no va a cortar leña? ¿Por qué no hace otra cosa, señor?”. El sensacionalismo del ser humano. El ser humano se estrella por el sensacionalismo, señor. Todo eso es suicidio. Pero la diferencia es: si somete a su cuerpo, a su espíritu, a una presión permanente, y dice usted: “Me quito de en medio, porque ya no lo aguanto más”, entonces también se quedará atado a ese cuerpo.

¿Ha quedado claro, señor?

(Señor en la sala):

—Desde luego.

—Muy bien.

Bien, ¿dónde me había quedado?

(Señor en la sala):

—Con la última pregunta.

—Eso es.

“Si alguien causa su propia muerte por temeridad...”. Sí. Sí. “... que se mata por gas”. Igual. Entonces es así. “De modo que ¿el alma se queda con el cuerpo hasta que se produce la muerte natural?”. Eso también. “Pero esto es completamente diferente...”. Vaya, allá han agarrado ‘Jeus III’. “... totalmente diferente que con Irma en ‘Jeus III’. Miren, ya me lo imaginaba. ... (inaudible) y entonces a ella también le dan una paliza. “Debido a que Jeus no quería saber nada de ella y a que ella sí daba amor al cien por cien”, bah, “se fue por su propia debilidad al mundo astral y completó su vida para la tierra”. ¿No entiende, señor, que ahora todo lo que tengo está en la calle, desnudo?

Alguien me dijo esta semana: “Pero qué duro fuiste”. Digo: “Ah, ¿sí?”. Digo: “Señor, dejo morir a mi Crisje si ella no tenía la razón”. Y a mis hermanos también los dejo morir. Si quieren tener la razón y llega el momento de la verdad, dejo que el ser humano se muera. Porque les deseo que despi-

erten. Dado que conozco al ser humano y la ley, ¿no? Conozco al ser humano y sus leyes. Y si digo “sí”, es “sí”, señor.

No estoy a la venta, señor, a cambio de amor. Sí si usted mismo me destruye. Eso primer tiene que morir en mí. Todo tiene que morir, señor. Un pensamiento también. Un amor también muere. La gente sabe perfectamente de lo que hablo, señor.

Si... Acuérdense, se lo vuelvo a decir una sola vez más: se acabó. Una vez más. El amor: maravilloso, maravilloso, maravilloso. Cien mil veces, otra vez más, otra vez más, y otra y otra. Pero ¿no es cierto, señor, señora, que ustedes han destrozado su contacto porque al final no han querido obedecer a esa verdad? Han perdido ese verdadero amor, esa confianza de antes, porque ya solo le queda desconfianza. Han fragmentado, los unos para los otros, su sagrado yo desnudo, por completo. Porque ella ya no cree en usted ni usted en ella. Porque no es más que hablar, hablar, hablar, hablar y hablar. Todas las cosas hermosas que al ser humano le dan confianza y el divino ser uno se han esfumado. Y eso empieza con el primer amor, señor.

Ahora estoy muy agradecido, y más tarde también lo estaré. Lo han leído, ¿verdad? Hay que ver qué persona tan poderosa es ese maestro Alcar. Porque yo para el amor era como una momia. Quita, quita. Demasiado peligroso para mí. El dinero, ¿verdad? Claro, otra vez para cortarme el cuello, ¿no? Conmigo que no cuenten. Estaría loco.

No, señor, mi palabra es ley, mi palabra es: sí, sí, sí, sí. Y entonces usted se puede morir. No tengo que vivir cosas con usted. Con nadie más que con: mi palabra es “sí”.

¿Y por eso les parecía yo duro? Digo: “Señor, eso se ha convertido en mi posesión”. Debería preguntarles al maestro Alcar o al maestro Zelanus lo que significa eso. Pero usted no cumple con su palabra. Cuando uno ve a los débiles: “Madre mí, madre mía”. Vaya. No, señor, entonces usted ha vuelto a marcharse. Ya no le considero digno de ningún pensamiento mío si alguna vez me tomó el pelo con mis pensamientos y mi amor. No que me engañara, sino que me tomara el pelo. Ya nunca se lo daré. Seguiré amándolo, pero ya nunca me podrá alcanzar, señor. Porque esto sé: primero tendrá que darme usted esas pruebas. Les dije que a mí me pueden... “Te quiero”, pero eso de todas formas no lo entendían. Y eso es Sócrates. Es Cristo. Es el espacio.

Los quiero, señor, a todos. Claro, me dirá: “Ya, no hace nada, solo palabras”. Desde luego, señor, desde luego, señora. ¿Palabras? Se lo demostraré detrás del ataúd.

Amo la vida, señor, pero ¿el carácter? Bueno, eso es algo muy distinto. Y si amo la vida, señor, acojo el carácter, entonces acojo esa personalidad. Pero todos ustedes se tropiezan con esos pequeños caracteres, con esas pequeñas personalidades, con esos gruñidos. Sí, claro, claro. Con los bufidos

y los gruñidos, con las patadas, con ese no querer, con ese no querer hacerse más espaciosos, con eso se tropiezan. Me la refanfinfla si ustedes no quieren ampliarse. Ustedes mismos se lo buscan.

¿No lo dijo así Cristo, señor De Groot?

Miren, estos son los sistemas filosóficos, cada palabra la puedes llevar al Mesías. ¿Cree usted que el Mesías tenía los dolores del mundo porque al ser humano no le da la gana predicarlo a Él? Él también tuvo que hacer ese viaje y ganárselo Él mismo, ¿verdad, señor? Llegarán ustedes al punto en que cuando luego su hija esté lista y haya alcanzado edad —¿no lo saben ustedes mismas, señora y madre?—, entonces a una ya le darán los “drudels”, ella de todas formas hace lo que quiera. Y cuando mueran, señor... Gracias a Dios he conseguido convencer a la gente de que...

Hubo un hijo que se puso delante de su padre con un revólver.

Dice: “¿No es horrible, señor? Robar, mentir, engañar, robar todo lo que se mueve; la prisión. Ahora el señor tiene otra condena de tres meses de cárcel”.

Padres, yo aquí he tenido a esa gente. “Pero, me ha enseñado usted algo, señor”, aquella madre, “para que no me destruya. Si no encima luego también quedo destruida de pena”.

Digo: “Madre, no lo haga. No entre al trapo”.

Dice: “Por los libros que he leído he aprendido que tiene una personalidad propia; señor, ¿cómo le puedo dar las gracias?”.

Señora, entonces vale la pena que siga hablando más tiempo, que siga parlotando.

Digo: “No se deje destruir por el dolor de otros”. Pero el ser humano se deja destruir, aunque eso no merezca la pena. Los manicomios, señoras y señores, están llenos, solo con gente rota. Ja, ja, ja, váyase por ahí. Yo respondo a los gruñidos, a las patadas y los golpes del mundo. El ser humano... Venga, señor, no se corte, de todas formas no conseguiré destruirme. Seguiré amándolo, señor. Seguiré... a ese golpeador y a esa pateadora los seguiré amando, pero no quiero tener que ver con ellos. Digo... Sí, de todas formas no voy a seguir metido en ese estercolero, señor, en esas tinieblas. No voy a tener un trato diario. Seguiré volando por aquel espacio. Sí, sí, voy a sentarme junto a esas desgracias, en una sillita, y a hablar y hablar, apretando. Sí, apretando de verdad.

Señor, yo me río de todo. Para mí no hay preocupaciones. ¿Preocupaciones? ¿Desgracias? ¿Qué es una desgracia? “Sí, imagínate que no puedes”, dicen. Sí, gracias a Dios no tengo tuberculosis, si no, claro, estaría en el hospital. Y entonces no podría hablar, no podría trabajar.

Hay gente, señor, que han aceptado la lucha, la paliza de tener un organismo enfermo. Allí hay un buen muchacho, al que bombardearon en el barrio de Bezuidenhout; un ojo menos, un brazo menos, y ya tenía un brazo y una

pierna. Hecho polvo. Y yo apretando y apretando y apretando durante medio año, hasta que dijo: “Dios, lo sé, estoy contento de estar hecho polvo, porque ahora estoy empezando a pensar”. Y fíjense en la gratitud de semejante ser humano, golpeado y pateado por Adolf Hitler.

Y ahora sigan y sigan maldiciendo todos los días a ese Adolf Hitler: fue él, fue él. A ver si piensan también en su propia causa y efecto, en su pedacito de karma. Y por esa gente, señor, siento respeto. Siempre estaré para ellos; siempre me tendrán, siempre que no se dediquen a causar desastres. Entonces tendrás a Dios, tendrás a los maestros, tendrás a Cristo. Sí.

No vengan a quejarse conmigo, señor, cuando no es así y así, porque eso no me estimula por dentro. Y oigan, ustedes son iguales. Son exactamente iguales. Porque al otro también le dices: “A ver, ahora para ya, y agarra la vida por los cuernos”.

Los débiles despertarán. Y algún día los psicópatas también se pondrán a trabajar y harán pan para los demás. Ahora todavía se lo comen.

Tenemos que cuidar de nosotros mismos. Y no pueden ayudarse los unos a los otros. ¿No es así? Uno mismo tiene que empezar. ¿Ha quedado claro? Sí. Hay que ver cómo estoy cascando otra vez esta noche.

(Jozef continúa leyendo):

“Cuando alguien está en un trance físico, o sea, cuando se ha desdoblado corporalmente, y los órganos materiales no funcionan a más del veinte, veinticinco por ciento para el mantenimiento del cuerpo, si este cuerpo fuera tocado, podrían ocurrir accidentes. ¿Tiene esto alguna relación con el cordón fluido?”.

Señor, eso tiene relación con su circulación sanguínea, con su cerebro, su corazón, su hígado, su vesícula biliar y todo. Porque estará usted en la muerte aparente y lo descuajará.

Estuve con Tenhaeff en Ámsterdam: él tenía un médico medio inconsciente a su lado, un neurólogo de Haarlem, el doctor Franken. Y ya me había echado, en trance, cuando ese médico que estaba allí ya me quería hacer volver... “Vamos, despierta”, dice.

Y detrás del ataúd con el maestro Alcar digo: “Oye, mira allí, por favor”. El maestro Alcar se mete volando en ese organismo, sujeta los sistemas, todavía con el doctor Franz, el más elevado. Poco a poco voy despertando. Digo: “Canalla, este cuerpo no lo toques”.

Y entonces viene Tenhaeff y dice: “¿Tocaste tú ese cuerpo?”.

Digo: “Haz que se largue ese ser inconsciente de aquí”. Me tenían con cadenas de acero.

Dice: “¿Lo tocaste?”.

Dice: “Sí”.

Y entonces me examinaron completamente; solo me quedaba un cachito

pequeño en el lado derecho del pecho, eso todavía vivía. Pero me metió una flecha de esas en la boca y ya no podía tragar, nada. Eso era, pues, un veinticinco por ciento. Pero eso tenía que seguir viviendo. Sin embargo, era aún menos. Y entonces elevaron mi trance dos veces más que el sueño normal. Así que estaba dos sueños más allá que el sueño normal.

Dice: “Eres el mayor milagro que hay para el mundo”.

Digo: “Sí”.

“Vamos a seguir, Jozef”.

Digo: “Bueno, si no hay bronca”.

Una semana más tarde —creo que ya se lo conté— el señor Tenhaeff ya se había peleado con un neurólogo de estos de aquí. ¿Cómo se llama? Diets. Que quién tenía que ser: él o ella. Porque ambos estaban al acecho de la cátedra. Entonces se pelearon.

Digo: “Muy buenas, señor”. Entonces llegó la guerra y ya no volvimos a oír nada.

Pero yo era el fenómeno, el milagro para el mundo. ¿Tú oyes algo de eso? Mentía en todo. Ahora reniega de todo. A Jozef Rulof no lo conoce. Bueno, sí, lo sabe, pero a él lo echaron a perder los espiritistas.

Señor Berends, hasta la vista.

(Señor en la sala):

—Muchas gracias.

Aquí tengo: “Al abajo firmante le gustaría... ¿Es y era Jesús un mediador para llegar hasta Dios? Si es así, ¿en qué grado y cómo? Si no es así, ¿qué es o era Él entonces?”.

Señor, eso puede leerlo en todos los libros que tenemos, veinte, nada menos.

¿Ya empezó usted? ¿Ni uno todavía? Entonces, señor, tampoco le responderé, porque entonces le voy a exigir que lo haga, que los lea.

Me he deslomado hasta dejarme el alma para conseguir traerlos al mundo, para procesarlos, y si usted quiere hacer preguntas sobre ellos, puedo decirle: “Pues primero léalos”.

¿Le parece que es mucha pereza por mi parte?

Si no ya lo podrá encaminar el señor De Groot. Y allí hay otro.

Y así ya se podrá poner a contar, como en la Biblia, señor De Groot, qué es lo que quiso Cristo. Y entonces ya insertará usted lo mío.

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

¿Nos queda un cuarto de horita o así?

Qué noche tan hermosa estamos teniendo, ¿verdad, señor? Qué suerte, qué gloria.

Pero también traíganle al señor un paquete de cigarros, porque sí que fuma. ¿Verdad, señor De Groot?

(Señor en la sala):

—Desde luego.

—No cuesta nada de dinero, ¿verdad? Un buen purito.

Un buen purito. ¿Usted también fuma?

(Señor en la sala):

—Un poco.

—Pues denle un buen paquete de cigarros. La mujer ya se encargará del té, señor De Groot, ¿verdad que sí?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Señor, debería ir a verlo. No, las cosas como son, entonces tendrá usted una noche, señor, de un placer espiritual desconocido. Y ya le contará él quién es Cristo. Y después vuelve usted a verme. Entonces le daré el Cristo cósmico, el divino —claro, eso también se lo puede contar el señor De Groot—, el divino.

(Jozef continúa leyendo): “Si hemos salido de Dios y Dios es omnisciente”, otra de esas cosas típicas del señor De Groot, “¿cuál puede haber sido su intención al colocarnos como seres humanos en la tierra, dado que al comienzo estábamos libres de pecado? De modo que Dios sabía que ‘pecaríamos’”.

Vaya, Vaya. Sí. No es usted el único que tropieza con eso.

Señor, no hay pecados en la tierra. El señor De Groot ya hará lo que falta. Pero no hay pecados. Puede usted cometer asesinatos y provocar incendios, señor, porque luego todo volvemos a justificarlo.

Así que fijese lo justo que es Dios. Pero no hay pecados. No puede cometer usted ni un pecadito. Aunque robe todo lo que se mueve, no puede cometer un pecado. Aunque mienta y engañe, aunque sea un demonio, todavía no ha cometido ni un solo pecado, señor.

¿No le parece raro eso? Ahora sí que estoy siendo un poco raro esta noche.

Señor, no hay pecados, solo hay evolución. Porque si el pecado existiera —¿verdad, señor De Groot?— estaríamos atados al castigo, pero es que este tampoco existe. No. Dios no castiga. ¿Cómo puede hablar Él de castigo? Todo lo han puesto en boca de Cristo. ¿Cómo puede hablar Dios del pecado si sabe que de todas formas no necesita castigar?

Si yo me parto la nuca, si hago algo mal, si me voy al otro barrio, resulta que con ese motor me empotro... Hace tiempo... me ha entrado una hermosa imagen... una tarde gloriosa estaba sentado, observando la naturaleza, y todo se difumina. Y estoy solo, regreso un poco, pienso: ‘La de pelos que me están saliendo’. Y entonces resulta que estoy sentado en un tronco, antes. Me vi a mí mismo de nuevo en la jungla, mordisqueando tan a gusto un huesito humano, cuando era caníbal. Y encima estaba bien bueno.

Señor, yo era un asesino, porque me estaba comiendo a un ser humano. Todo eso lo hemos hecho. Y seguimos haciéndolo. Y no se me castigó, porque

en realidad debería estar condenado eternamente, seamos honestos. Pero la condena no existe.

¿Verdad que entiende a dónde vamos?

Solo existe la evolución, señor. Dios empezó por la vida embrionaria en las aguas y eso lo hemos comido más tarde en forma de pececitos. Así. Y después fuera. Conciencia terrenal, conciencia acuática. Y en todas esas vidas hemos comido, bebido, destruido animalitos, y a nosotros mismos. Y entonces con los pecados y ese lío de la serpiente, señor, y los árboles con manzanitas de sabor amargo y ácido y marrón... No, señor, tampoco nacimos a partir de barro y un poco de aliento vital, señor, pero hace muchos millones de años ya nadábamos. Igual que los renacuajos.

¿No es así, Bernard? Los renacuajos... esos los pescamos allá donde nosotros.

Entonces estábamos en las aguas, señor, y nos fuimos a tierra firme, y continuamos. Y así es como nació el ser humano.

Pero los pecados y la condena no existen. Porque el asesinato, el pensamiento erróneo, señor, los volvemos a enmendar, porque vivimos un cuerpo maternal, y somos creadores. Esos pecados los volvemos a echar con nuestros partos como seres humanos materiales. ¿No le parece justo? Y entonces a Dios no le hace falta castigar.

Pero no iré tan lejos con usted porque no le da la gana leer libros. Su morrito ya lo he visto aquí más veces, pienso: ‘Ese lee libros de todo tipo’, pero ahora ya no me queda más remedio que suponer que no es así.

(El señor dice algo inaudible).

¿Solo ha estado aquí dos veces? Bueno, pues sí que tomé buena nota de su morrito.

(Señor en la sala):

—Sí.

—Señor, ¿se pondrá a leer? ¿Sí? Bueno, usted mismo.

(Jozef continúa leyendo): “Si lo he entendido bien: Dios es amor. El amor no condena. ¿Cuál es su opinión respecto al diluvio? ¿Y a la señal, el arco iris, de que Dios ya no hará perecer al mundo por agua, sino por fuego?”

¿Señor?

—Sí.

—Señor, ¿ha visto usted la película ‘Los verdes pastos (1936)? Entonces ya va siendo hora de sacarla de nuevo.

Dios estaba pelado con Noé por tres barricas de coñac.

(Risas).

Eso ha ocurrido. Noé dijo: “Sí, señor, sí, Dios”, dice.

(Señor en la sala):

—Sí, señor.

—Sí, Caballero. Y Nuestro Señor está como un gran negro (cuando se celebraron estas noches informativas, de 1949 a 1952, la palabra “negro” era una denominación habitual para alguien de piel oscura) junto a la mesa, con unos ricitos estupendos por aquí. Y Noé, ese hombre pequeño —eran todos negros en esa película— dice: “Bueno, pero con esos tres barricas de coñac, ese largo viaje...”. ¿Porque cuándo toca a su fin? Y dice: “Pues mejor dame cuatro”.

“No, Noé, con tres vas que chutas, si no estarás todos los días como una cuba.

(Risas).

Y, señor, eso también forma parte de esto, el señor De Groot también lo conoce.

(Jozef continúa leyendo): “Acabo de tener el pasado domingo una conversación...”, el último numerito, “... una conversación con una enfermera de un manicomio. Contó que allí, con gran sorpresa por parte de los médicos y el personal sanitario, hubo un chico y una chica que llegaron a tener contacto físico, con el resultado del nacimiento de un bebé...”. Vaya, o sea, ¿dos locos? “... que está aún más loco que los padres. La niña tiene ahora tres años y la inmovilizan mucho con una camisa de fuerza, por lo agitada que es. La madre no es consciente de haber dado a luz a una niña y la llama su ‘hermanita’. El médico del centro contó que la pasión de la demencia es más que animal, lo que no se produce en los seres humanos normales”. En eso tiene razón. “Y que los padres tenían mucha culpa en su desgracia”. Los padres no. Sentí curiosidad y pregunté: ‘¿En qué sentido tienen culpa estos padres?’”. En ninguno, señora. “Es porque los padres y los antepasados eran unos borrachos, y hubo casos en los que quisieron eliminar el fruto con veneno, en lo que fracasaron. Mi pregunta es: ¿Tuvieron que atraer estas criaturas dementes un alma?”.

¿De quién es eso?

(Señora en la sala):

—Mío.

—Señora, esas criaturas no tenían que atraer un alma demente, sino que atrajeron un mundo en el que viven ellos mismos, ellos mismos. O sea, su propio grado ya es anormal, es inconsciente y ahora han atraído unos sentimientos aún más inconscientes. Porque es posible atraer unos que son tan terribles, señora, que ya como bebé de cuatro o cinco meses dan patadas dejándolo todo hecho añicos, si fuera posible.

Así que es posible vivir siete profundidades diferentes como mundos para la demencia y la psicopatía. De modo que no tiene nada de extraño. Y, claro, habría sido mucho más hermoso si esa criatura, si esas dos criaturas locas, o esas criaturas inconscientes, ese chico y esa chica, hubieran enviado un Beethoven—¿por qué no?— a la tierra. Pero, bueno, eso nunca será posible,

porque esa gente atrae su propia sintonización y su propio mundo. ¿Ha quedado claro? Es un caso bonito, es un libro muy grueso.

Oiga, querida gente mía, ¿he podido ofrecerles esta noche alguna cosita?

(Gente en la sala):

—Sí.

—El domingo por la mañana hablarán los maestros y entonces sí que podrán escuchar algo, señor, señora, porque Jozef Rulof no es más que un chapuzas.

Buenas noches, señoras y señores, hasta la semana que viene.

Hasta el domingo por la mañana.

(Suenan aplausos).

Noche del jueves 16 de octubre de 1952

—Buenas noches, señoras y señores.

(Gente en la sala):

—Buenas noches.

Esta noche voy a empezar con una pregunta: “Estimado propietario, o estimada propietaria, de este libro...”. Ah, claro, esto va del domingo, ¿no es así? “... muchas gracias por la lectura. En mis cuarenta y ocho años de carrera espiritualista nunca antes había leído un libro así de asombroso, impresionante”.

¿De quién es eso? ¿De qué libro, señora? Porque tenemos veinte.

(Una señora en la sala dice algo inaudible).

¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Había dejado prestado el libro a un amigo, y le pareció tan hermoso...

—¿Cuál?

(Señoras en la sala):

—El que dejé prestado.

—¿Qué libro es?

(Señora en la sala):

—‘El ciclo del alma’.

—Ah, sí. Ya entiendo. Pues dele los otros también, señora.

(Señora en la sala):

—Si los tuviera, lo haría.

—¿Si los tuviera?

(Señora en la sala):

—Solo tengo uno, señor.

—¿Solo tiene uno?

(La señora añade algo inaudible).

—Puede sacarlos de la biblioteca, ¿no?

(Señora en la sala):

—Eso iré a hacer la semana que viene.

—Ah, bien. (Jozef continúa leyendo).

“Si tuviera usted alguna otra cosa hermosa para mí, me haría un favor”. Así que es el propio señor el que viene. “Lo he tratado muy correctamente”. Y más me vale, ¿no les parece?

(Risas).

Bueno, bueno.

Aquí tengo: “¿Cuál es la verdad sobre la herencia genética? Una madre

¿puede ser portadora de una enfermedad que sea inconsciente y que luego no se manifieste hasta tres o cuatro generaciones?”. Una pregunta muy hermosa, puede escribir un libro sobre esto. “La ciencia presume que una enfermedad regresa...”, a ver, a ver, a ver, porque he roto algo del papel, “... después de tres o cuatro generaciones. Pero ¿existen directrices al respecto? Yo creo que no...”, dice este señor, “... pero sí que sé que el cáncer, por ejemplo, está presente en un ser humano en un estado inconsciente y que luego hacen falta años antes de que se haga consciente, si esa gente tiene suficiente tiempo de vida”.

Señor, ¿de quién es eso?

Dice usted: “si esa gente tiene suficiente tiempo de vida”, eso me lo ha copiado usted. Porque usted eso no lo puede saber. Porque entonces añadió: “esto es una profecía para los médicos”. Porque no es posible sondar la profundidad de la sangre, de la sangre humana, señor, si no conoce la creación. ¿Qué antigüedad cree usted que tiene su propia sangre?

Si hace preguntas sobre esto —no tango tantas notas— puede estar uno ocupado con eso la noche entera, porque esto merece la pena.

¿Qué antigüedad cree usted que tiene la sangre humana? Tengo que demostrar todo, de lo contrario no le servirá de nada. Y es que lo puedo demostrar. ¿Bueno?

(El señor dice algo inaudible).

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Desde la luna.

—Desde la luna.

¿Lo acepta, gente?

(Gente en la sala):

—Sí.

(Señora en la sala):

—Más allá.

—¿Más todavía?

(La gente habla a la vez).

(Señora en la sala):

—Más atrás todavía.

—¿Más atrás? Más, más atrás que atrás. Quiere decir usted: cuando Dios no se había manifestado, la sangre ya estaba presente. Sí. Ay, la de cosas que estamos aprendiendo. Nadie lo sabe.

¿Cómo dice?

(Alguien dice):

—Los padres...

No, señor, ese padre y esa madre, a su vez, también lo recibieron, y es su propia raza (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es).

Miren, dije una vez una noche que su sangre es tan profunda que no hay ni un ser humano en la tierra, o apenas alguno, o usted habrá vivido a ese hombre y mujer como padre y madre. Han tenido ustedes millones de vidas. Eso se lo pueden creer tranquilamente. Nos lo demostrará el futuro, todo esto son profecías, sí, profecías; la conciencia de la ciencia aún no ha llegado hasta ese punto.

Así que es muy sencillo, señora, desde el espacio llegamos a la tierra como espíritu. Así que no trajimos sangre con nosotros, de verdad que no. ¿Ahora ya lo sabe? Así que la tierra, el comienzo de la vida embrionaria en la tierra... Así que imagínese, señor, ahora puede retroceder millones de eras, puede ponerse a hablar medio millón de años sobre millones de eras y ni así conseguirá llegar, así de antigua es la tierra. Así de antiguos somos. Y después de nuevo al espacio. La ciencia no lo sabe. ¿Y por qué no? Dicen: “Claro, pueden ser diez mil millones de años, de siglos, pero no lo sabemos”. Señor, esto se remonta mucho, mucho, mucho, mucho más; porque la creación es lenta en evolucionar y en densificarse.

Así que la sangre humana comenzó a densificarse en las aguas. Y eso lo pueden aceptar, porque todavía aparece sangre cuando se le corta la cabeza a un pescadito. Un poquito, ¿verdad, señor?, solo un poquito. Pero es sangre. Eso demuestra que es allí donde empezó a formarse la sangre. Y nosotros, en nuestro estado, teníamos mucha más sangre, porque éramos esas focas tan divertidas. Ya saben, así. Si ustedes a una...

La ciencia... Otra cosa: volveré a insertarlo, así vuelven ustedes al instante al estadio actual para pensar.

(Entra gente a la sala).

Esas dos criaturas necesitan un sitio donde sentarse. Aquí queda una silla libre. Señora... Señor Van Rossen, por favor, traiga otra silla. Cerquita de la estufa, qué gloria, cuesta cinco céntimos más. ¿Verdad? Sí, cuesta cinco céntimos más, señora, esta noche.

Pero la ciencia aún no ha llegado a ese punto. Y la ciencia determina: así, así, así, así, así. Pero volvamos, es necesario que volvamos. Se lo quería explicar, insertarlo. Por ejemplo, cuando van al circo y ven un león marino y ven un chimpancé... son dos animales surgidos a partir del ser humano, del ser humano. Es decir, todo ha nacido a partir del ser humano. Cierto, Darwin dice: “Hemos surgido a partir de los monos”. Nosotros decimos: “Darwin, estabas cerca y próximo y encima”. Y ha surgido a partir del ser humano, pero eso también es hace millones de años, pero pueden remontarlo al estadio actual. Ayer mismo nació un bebé, esta mañana, y esas leyes las seguimos viviendo, al nacer, al atraer, al formarse de célula, y en todo. Pero cada entidad creó vida. Vida. Leones no, sino vida. Cada entidad. De modo que las aguas crearon un organismo, cuya conciencia más elevada era... ¿cuál?

Ahora ¿qué? Como conciencia más elevada. Hacia el ser humano. Deberían sentir e imaginar lo sencillo que es que ese león de mar, que hace todos esos trucos... Porque nosotros también somos capaces de hacer esos equilibrios en la vida, ¿no? Alguna vez nos caemos, nos damos un tortazo contra el suelo, pero un poco sí que somos capaces de hacer equilibrios. Pero una foca de esas tiene sentimiento. ¿Que si es temperamento? No: sentimiento. Es un malabarista de la especie más elevada. ¿Y se adapta al sentimiento y pensamiento humanos? No, es el instinto que sintoniza con tal y cual grado, surgido a partir de tal y cual materia. El mono es igual. Pero para nosotros ahora no se trata de eso. Lo que quiero decirles, simplemente, es que todo eso nació en las aguas.

Y entonces ya llega a ver usted una imagen de nosotros mismos. Nadábamos y vivíamos en las aguas. Eso es lo que ahora acepta la ciencia y está demostrado científicamente: el ser humano tiene que haber nacido en las aguas. Y ahora hay muchas cosas que se caen.

Hubo un astrólogo, un astrónomo, el hombre del que estuvimos hablando hace poco. Vino a verme alguien que dice: “No, Jozef, eso no es tan extraño”. Dice: “Se acerca mucho a ti”. Pero a ese hombre ya lo increpan en la ciencia y lo llaman hereje. Pero él sí que viene allí. Dice: “Tenemos que aceptar que es así, así y así”.

Y entonces se llega de forma pura hasta la densificación de las nebulosas. Y así es como empezó la madre naturaleza, señor. Nosotros veníamos del espacio. La tierra tiene la conciencia más elevada para el espacio, eso también hay que constatarlo todavía. Los astrólogos lo siguen buscando por encima de Júpiter, de Venus, de Saturno, en tal y cual casa y en tal y cual estrella. Mañana habrá que tener cuidado de no partirse las piernas. Y jugar a la lotería. Y sobre todo en tal y cual tiempo, señor, se tiene suerte en el amor paseando por las alamedas. Claro, si uno maúlla, si maúlla de verdad. Si arrulla, si arrulla bien, para que a uno lo oigan en la ciudad, de lo contrario no vendrá nadie. Pero, vean, todo eso es posible.

Y así es como llegamos a tener una imagen de la realidad, que es: la sangre humana surgió con el comienzo de la tierra. Primero en las aguas. Esa sangre se densificó, empezó a tener color porque fueron cambiando los tejidos, y finalmente fuimos teniendo conciencia terrestre, se convirtieron en seres humanos animales, peludos y todo, en esas junglas, y tuvimos sangre humana. Y a partir de allí, señor, hemos tenido millones de vidas. ¿Qué profundidad tiene, pues, su sangre? Actualmente, todavía aparecen enfermedades aquí en la tierra, en nuestra sociedad. Si el médico tuviera el conocimiento del espacio, podría decir de inmediato: “A ver, vente, mira qué fenómeno tan extraño que es aquel”.

Y si ahora uno pudiera seguir el desarrollo del organismo humano, y uno

conociera esas leyes, se abre ante nosotros la enfermedad, todavía de las eras prehistóricas, a la luz del día. Eso lo viven a diario.

Tuve un médico y dice: “Tengo un paciente. Oye, ven a echarle un vistazo”. Y me dice... Tenía un agujerito, así, aquí atrás, en la pierna derecha, encima del tobillo. Dice: “En la vida voy a conseguir cerrarlo. No sé lo que es”. Dice: “Puedes mirar dentro, sin más. Mañana es esto y mañana lo otro”.

Digo: “Claro, señor, ¿y eso qué será?”. Digo: “Esto solo se puede curar, oiga, no con caca de vaca, pero sí con algo así, con hierbas”. Digo. “Señor, es una fístula ósea”.

Dice: “Pero atraviesa la carne”.

Digo: “Sí”.

Se había creado una situación extraña, era una cavidad, se había encapsulado. Dice: “No lo entiendo”.

Digo: “Es muy sencillo: cada célula adquiere un nuevo espacio y aquí hay unas cuantas células enfermas”. Y había un agujerito, casi podías introducir en él el dedo meñique, estaba todo encapsulado y detrás estaba infectándose. Por fuera había una herida.

Dice: “Jamás había visto algo así”.

Digo: “Sí”.

Entonces tuvimos que recorrer la creación. Y entonces tuve que hablar horas y horas con el hombre para explicar eso. Y entonces por fin conseguimos llegar hasta ese punto.

Dice: “A diario estás todavía a veces ante cosas que no conocemos, y entonces le damos un nombre a esa enfermedad, pero no lo saben”.

¿Qué es el cáncer, pues? ¿Y qué son todos esos otros procesos para las enfermedades? Señor, han recibido un nombre. ¿Y qué es el cáncer y qué es la tuberculosis? ¿Y qué son todas esas cóleras y lepras? ¿Qué es todo eso?

¿Qué es la sangre?

Pero para nosotros no se trata de eso, de ponernos a jugar a ser médico esta noche, se trata de: ¿a qué se debe que la enfermedad adquiera conciencia?

Si lo quiere saber, y no hay nadie entre nosotros que tenga la sangre al cien por cien sana, que tenga salud natural. Porque eso no existe. ¿Y por qué no? Porque nuestra verdadera esencia como ley natural... Hay que entenderlo bien. O sea, yo tenía antes un cuerpo en la jungla, pero nos hemos conectado con grados más bajos. Hace poco les dije: cruzábamos las montañas y entonces raptábamos allí un par de mujeres. O robábamos un par de hombres. Sí, quizá se asusten, pero se iban directamente al perolo. Los domingos por la mañana siempre teníamos un buen muslito. Y, claro, luego venían ellos también para quitar a nuestra gente. Porque vivíamos como caníbales, señor. ¿O no es así, señora? ¿Se asusta?

Mire, pero detrás de eso hemos regalado nuestro propio grado a otro or-

ganismo. Y este no poseía nuestro grado ni nuestra divina sintonización natural, por lo que de este modo hemos fragmentado nuestro cuerpo y ... nuestros sentimientos no era posible, sino nuestra sangre, y así se han endurecido miles de leyes vitales divinas en cuanto a fuerza, en cuanto a densificación, más, y así se debilitaron. ¿No es sencillo?

Porque sigue ocurriendo. Si usted dijera: “No, señor”, me lo llevaría a usted rápidamente. Aquí hay mujeres y hombres de Inglaterra; ese tiene una francesa y aquel una indonesia, y esa un ruso, un medio ruso, un medio alemán, bueno, así es como el ser humano recorre el mundo. Dice: “Sí, tenga una... mi mujer es húngara”. Y la mía es vienesa, y esa mujer es de Turquía. ¿Tenemos ahora nuestro propio grado? Todavía no hay nadie en el mundo que diga: “Oiga, señor, pero usted no se case con esta vida, no, tiene que casarse usted con aquella de allí, porque ella tiene el grado de usted, su propia sangre”.

Ya entenderán que el ser humano está fragmentado hasta en el infinito. No solo espiritualmente, sino también, y principalmente, corporalmente. Y resulta que esa sangre tiene una profundidad cósmica para el ser humano y del ser humano. Contiene algo que ahora, durante nuestra corta vida, posee suficiente fuerza vital para seguir siendo normal, para alimentar. Pero ya se estarán dando cuenta a dónde va eso. De pronto pasa algo y se queda afectado un órgano, un tejido, y ¿qué hace entonces el señor? “Sí, pero, vamos a ver, señor, señora...”.

“Señor, solo lo tengo desde ayer”.

“Ya”, dice el doctor, “puede ser, señora, pero tiene usted... está usted llena de cálculos biliares”.

En esa época vino a verme gente que decía: “Señor, solo lo tengo desde ayer”.

Digo: “Señora, ya desde luego constato que tiene trescientos. Eso ya empezó hace veinte años. No es que usted tenga ahora de golpe...”.

Señor, mañana tendrá dolor, el médico constata: piedras, operación. Sacan cincuenta, sacan trescientas... Y ya han salido mis trescientas. ¿Y de verdad que pensaba usted que eso empezó ayer? Señor, eso ya empezó cuando todavía vivía usted en su madre, ya entonces empezó.

Una piedrecita, un cálculo biliar, son duras como el acero. No es posible endurecerlas así como así, señor. Comienza como una membrana. Comienzo como algo viscoso. Y en poco tiempo, una vez que empieza a densificarse, entonces la falta de oxígeno y de todo ya ha desaparecido en el cuerpo y empieza la bilis, por falta de alimentación y entonces aparece la formación y la desintegración. Todo eso tiene que escamarse, tiene que salir también del cuerpo, pero no sale: piedras.

¿Cuándo comenzó eso? Y eso ni siquiera es tan malo, porque todavía puede aguantarse. Un cálculo biliar no es ni de lejos una desgracia material. ¿Cuál

es la base sobre la que se forma el cálculo, señor? El cáncer es mucho peor que las piedras. Pero ¿qué es el cáncer? Ya entenderá usted que ahora estamos llegando a ver los grados de las densificaciones. Y la putrefacción. Porque las piedras no son putrefacción; son endurecimiento. Es otro centro en el organismo que se niega y que no puede detener el endurecimiento. ¿Entienden, verdad? El cáncer, sin embargo, es putrefacción. Es desintegración. Es la desintegración de la sangre. Es puramente putrefacción. La diferencia entre dos enfermedades, señor. Esta se densifica y aquella desaparece como una viscosidad. Y en un solo organismo. ¿Sí?

Cuando se tienen semejantes conversaciones con los médicos, da gusto. Dice: “Dios mío, tendrías que haberte hecho médico”.

Digo: “¿Y qué hubiera importado eso?”.

“Bueno, entonces le habrías dado un empujón al mundo”.

Digo: “Como si ahora no, ¿verdad?”. Digo: “Me sirve más un libro para el espíritu que diez doctorados”.

¿Cierto o no?

Y resulta que este señor pregunta... Sí, todo eso no lo voy a contar, si no tendremos clases académicas para el doctor.

(Jozef continúa leyendo): “Creo que no. Pero sí que sé que el cáncer, por ejemplo, está presente en el ser humano en estado inconsciente...”.

Señor, “El estado de la herencia genética”, dice un médico mío, “ya no existe”.

Digo: “¿Desde cuándo, señor, se tira por la borda la herencia genética?”.

Y entonces dijo: “Sí, en Zúrich hablé con doscientos cuarenta médico y hubo algunos que me dieron la razón”.

Digo: “Pero el resto no te dio la razón, ¿no? Es imposible”.

Dice: “Es el propio ser humano quien construye todo espiritualmente”.

Digo: “Sí, claro, ahora, desde ayer”. Digo: “Vamos, vamos, señor”. Y entonces me puse a armar un jaleo con él. No tardé en arrinconarle, en la esquina de allí y de allí, y aquí y allá. Digo: “Pero ¿dónde te has metido?”.

“Bueno, bueno, todavía no hemos llegado a ese punto”.

Digo: “No, señor, no, señor doctor”, digo, “claro, eso puede decirlo ahora y construir una nueva teoría, se han oído más de esas voces en la ciencia, pero eso todavía no es posible, señor, porque, veamos, usted dice... Entonces también tiene que tener un organismo limpio, sangre pura inmaculada y todo”. Digo. “¿Y de dónde sacamos eso, señor?”. Digo: “Señor, deje que se vacíe un ser humano, que se vacíe por completo, y dele ocho litros, o seis, de sangre nueva, y esta seguirá estando podrida. Es decir, no del todo, pero entonces sí que habrá algo de placa por debajo. En esa sangre, señor, vive su pasado. En esa sangre todavía vive la era prehistórica”. Porque, oiga, todavía no hemos salido tanto de allí. Sí que pensamos, nos hemos hecho un poco

más pequeños, eso sí. Cuando ve un hombre de esos como una rosa, con un morrito hermoso...

Hubo aquí una señora... dice: “Yo también estoy todavía en la era prehistórica, porque soy así de grande y mi marido no es más que así de alto”.

Digo: “¿Qué más da?”.

Pero el ser humano prehistórico era muy diferente. Los seres humanos prehistóricos eran gigantes, salvajes. Es que cuando te encontrabas con uno de esos, señor, parecía... parecía... Sí... No, no eran diablos, pero aun así te comían, te convertían en un bizcocho. Hemos llegado a tener conciencia, nuestros cuerpos están desarrollados, señor, pero la sangre en el ser humano sigue siendo impura, porque la era prehistórica, y tiempos muy anteriores, sigue estando presente.

Hemos hablado aquí de los grupos sanguíneos, sobre el estado de la sangre. Alguien dice: “Bueno”, ha sido operado, “pues a mí me han dado sangre de un negro (véase el artículo ‘Anti racismo y discriminación’ en rulof.es) y tan a gusto”.

Pero dije: “Señora, la sangre de un negro no es negra”.

Pensaba ella: claro, pero ahora voy a tener manchitas, ¿no?

Una señorita blanca de La Haya recibió sangre de un negro. Y no terminó negra. Otra vez hay algo que no encaja, ¿ven? No, no terminó negra. Y encima se siente fuerte, bueno, solo unos aires algo diferentes, porque golpea y da patadas, un poco así... (Tal como se entiende por la siguiente aclaración de Jozef, quiere decir que la señorita de La Haya adoptó temporalmente rasgos de carácter del donante de la sangre que recibió; lo de golpear y dar patadas no tiene nada que ver con el color de la piel del donante y todo con el carácter de este donante específico; véase el artículo ‘Donación de órganos y trasplantes’ en rulof.es). Parece distinta, ¿verdad? Porque esa sangre todavía tiene que...

Si la personalidad fuera muy sensitiva, muy sensible, les garantizo que... Yo mejor ni lo intento, para eso prefiero desaparecer del mapa. Si me tienen que dar cinco litros, cuatro, de sangre nueva, digo: “A mí mejor dame del grifo. Así no tendré ningún tipo de molestia”. Y si tienes esa sensibilidad... Yo puedo contarles algunas cosas de la sensibilidad.

Alguien dice —en ese tiempo todavía estaba en el garaje—: “¿Te gustaría tener un bonito traje, Jozef?”.

Digo: “Sí”.

Me puse ese traje bonito. Y andaba... un par de días más tarde andaba...

(Jozef adopta una pose).

Y entonces me ponía así, ya saben. Y mi mujer me dice: “¿A ti qué te pasa?”.

Digo: “Nada, nada”.

Y yo me ponía a tirar de esto y luego de lo otro. Pienso: ‘Los “drudels”, es algo del traje’. No tardé en dárselo a un trapero, porque casi me entran los siete males. Solo de ese trajecito. Y ahora tengo que encajar además la sangre de un hombre así, señor.

(Risas).

No, eso es imposible, ¿verdad?, es imposible. Me sentó fatal. Por ejemplo, estábamos solos, escribiendo ‘El origen del universo’. Volvíamos a Inglaterra. Se lo he contado hace poco. Estaba yo aquí todo el día, me dice mi mujer: “Pero ¿qué te está pasando?”.

Digo: “Esa perilla de aquí”, porque vivía en esa época. Esa perilla, llevaba yo entonces una perilla y un bigotito. Digo: “Me siento mucho más gordo. Y me voy a dar un delicioso paseo y todas esas cosas”. Y quería tener un horse, un caballo. Tenía un caballo propio, pero ahora en Holanda también quería tener un horse. Al final opté por ponerme en el tiovivo y entonces tuve uno por dos céntimos, ¿verdad? Me fui al zoo, digo: “Es que necesito tener hoy un horse, porque ya no aguanto más”. Y entonces me horseé hasta cansarme. Al volver a casa era Jozef otra vez. Digo: “Pues”, digo, “ese inglés me abandonó hoy”.

Pero, ay, si no conocen eso, porque me encontraba poseído conscientemente por una vida anterior. Sí. Y allí estás, señor. Pero todavía me falta la sangre de ese otro hombre, señor. Por eso es: no tiene usted esa sensibilidad. Y eso de dar sangre para el ser humano es algo que todavía va de maravilla. Más tarde ya tampoco hace falta, porque la ciencia llegará al punto en que podrán ser vencidas las enfermedades. El cáncer y la tuberculosis y todo eso será vencido. Así que eso luego ya no nos afectará.

Señor, ¿qué más tiene que preguntar usted? Y ¿hay más preguntas sobre esto?

(Señor en la sala):

—Sí, señor Rulof, dijo usted hace un momento: el ser humano prehistórico era mucho más grande, más basto. Pero por casualidad escuchamos hace quince días a otro... (inaudible), y este ofreció una comparación, de que el ser humano prehistórico era más pequeño, que ahora estaba creciendo algo, que luego volvía a encoger, porque eso también lo demostraban las corazas. En general, las corazas eran más pequeñas que las del ser humano de hoy en día.

—Sí, señor, todo es posible, todo eso es estupendo. No es la era prehistórica que nosotros... ¿Sabe usted dónde vive ahora la era prehistórica?

(Una señora en la sala dice algo inaudible).

¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Entonces no había corazas.

—Entonces no había corazas. Pero se puede ver y vivir mucho más cer-

ca, incluso puede sentirla. ¿No lo sabe? Señor, la era prehistórica la sacan en Limburgo de las minas; endurecida y densificada. Se ha convertido en carbón. Allí está metida toda esa gente, que se ha quedado negra como el carbón, señor. Pero hay que ver lo que siguen encontrando, señor... Imagino que entenderán ustedes que esa tierra se revolcó cien millones de veces. Era un calor; y nosotros no parábamos de correr. Pero esa era prehistórica que comentan los maestros, señor, con eso encendemos ahora nuestras estufas. Señor, ese esqueleto está en ese carbón, todo eso está disuelto. El ser humano que sienten ahora es uno de una era que pertenece a la nuestra. Pero han desaparecido cientos de miles de eras. Se han disuelto por completo, señor. ¿Y cómo pueden verlo? Alguna vez verán alguna cosa en la naturaleza por la que la era prehistórica pasó, se fue, desapareció.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

—Dígame.

(Señor en la sala):

—... por los esqueletos...

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Eso puede verse por los esqueletos de esos seres prehistóricos, la gente... (inaudible)... tiene que ser así de pequeña.

—Señor, ha estado usted en Indonesia, allí todavía se pueden ver marismas realmente antiguas, árboles prehistóricos. Aquí en Occidente eso ya no lo tenemos, señor. Pero Occidente era exactamente igual. ¿No es cierto? Es decir, hemos recibido fruta, árboles, flores, señor, todo para estos siglos.

Y las eras prehistóricas... bueno, alguna carbonilla, una cosilla, ha ido evolucionando de todas formas, tenía que embellecerse y llegó a tener otra capa exterior, una nueva evolución, ¿no? ¿Dónde se quedó, señor? Eso lo usamos ahora de combustible para la estufa. Es el petróleo que recibimos, petróleo y gas con alma infundida como jugos vitales. Esa materia ha vuelto a tener una posesión universal. Fuimos recibiendo el carbón como endurecimiento, en la tierra. Lo que ocurrió por arriba está ahora abajo. Hemos recibido gases, tenemos la sangre y los riñoncitos, y todas esas cosas más. Es el petróleo con el que ahora vamos en coche, y para los barcos, es el petróleo; esos jugos los ha sacado a relucir la tierra.

Todos esos millones de organismos diferentes se han disuelto. La sangre también. Entonces teníamos fácilmente un par de kilos de grasa en nuestra espalda. ¿Cierto o no?

Pero eso no quiere decir, señor, que de esa forma se generó el petróleo, retenga eso un instante, si no volverán a decir de mí por todas partes: “Jozef Rulof dice: ‘El ser humano es bizcocho de petróleo’”.

Pero, señor, ya lo ve, y aunque diga “grande” y “pequeño”, todo eso ya

forma parte de esta era.

¿Algo más usted allá, señor, con su pregunta?

(Señor en la sala):

—No...

—No, doctor. Oiga, que no tengo ningún doctorado. “No, doctor”, eso no se dice, ¿no, señor? No, no está permitido, ¿no?

¿Quién de ustedes tiene algo más sobre esas cosillas de la herencia genética?

(Señora en la sala):

—¿Me permite preguntarle algo, señor Rulof? Los rasgos de carácter que hemos recibidos de nuestro padre y nuestra madre, ¿qué hacemos con eso?

—Sí, otra herencia más. En la psicología se dice que si el padre o la madre tiene talento, el hijo también lo tendrá. Señora, nosotros decimos: eso es imposible. Sí que hay influencia. Y es muy sencillo. Incluso hay gente que hasta los setenta años todavía está bajo la influencia de los padres y que no tiene la autonomía, ese sentimiento, esos rasgos de carácter, esa voluntad de liberarse de los padres. Todavía estamos allí. Sigo pensando fácilmente en un setenta y cinco por ciento a partir de la conciencia de mi madre, de sus sentimientos. Infaliblemente. Y así es como uno llega a vivir esa tremenda unión. Y dice el doctor: “Sí, eso es de su padre. Tiene un aire de su madre, tiene un aire de su padre”.

Señora, usted tiene su propio carácter, mire, porque... Tiene usted un espacio. El ser humano posee un espacio con mucha gente. Es el propio grado para su organismo. Y es un espacio. Es decir, en ese estado puede atraer y edificar. Pero siempre volverán a tocar su propio grado de pensamiento y sentimiento. Porque tienen que ver ustedes con esas vidas. ¿Entienden? Y ahora, claro, ustedes mismos atraen unos sentimientos sintonizados con los suyos propios. Y entonces se dice: “Sí, esa criatura se parece a su padre”. ¿Ven? Y entonces llega un niño. “No, a ese niño no lo entiendo para nada; ¿a quién se parece?”. ¿Ven?

Y desde luego que hay pruebas de que tendremos razón, señora. Esta noche tenemos a gente aquí, esa madre lo dice ella misma: “Todos mis hermanos, normales y corrientes, comunes. Llego al mundo. Casi soy un negrito (cuando se celebraron estas noches informativas, de 1949 a 1952, la palabra ‘negro’ era una denominación habitual para alguien de piel oscura), con hermosos ricitos”. Entonces mi madre dijo: “Bueno, si yo misma no hubiera estado allí... ¿de dónde hemos sacado a ese negro?” (Véase el artículo ‘Anti racismo y discriminación’ en rulof.es). Un niño negro en una familia rubia, ¿de dónde ha salido? Entonces uno se pone... cuando no se está seguro, señora, uno empieza a dudar del otro. Oírgan, así ya han surgido peleas. Porque hay más de esos problemas. Claro, se ríe usted, pero es la sagrada verdad. Si esa madre dice: “Lo sé, mi bueno de Hendrik no haría algo así”. “Ni mi querido Bart”.

Pero ¿ahora qué? ¿De dónde viene ese niño, señora? Si digo: “Tenemos que volver a la jungla”, la gente dice: “Qué ridículo”. Pero allí pasan esas cosas. Se puede volver hasta los negros (véase el artículo ‘Anti racismo y discriminación’ en rulof.es). Recuperamos nuestra vida. ¿Qué de profundo no es eso? Esa sangre se ha ido construyendo, esa sangre construyó este organismo. De modo que en esa célula de ese padre emergió algo.

Pero, señor, veamos ahora. Va a ser un libro así de gordo, de la pared hasta aquí, de miles de páginas, lo único que pretende es explicarles cómo surgió todo esto. Y entonces tendrá que salir de centenares de miles de especies raciales

(véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) de usted mismo, tendrá que salir de la familia entera, y luego volverá a meterse en miles de otras, y otra vez entraré en miles de familias, para seguir ese grupo para usted mismo, su vida. Y entonces debería usted mirar de dónde procede. ¿Qué es, pues, su sangre? ¿De dónde viene que soy medio rubio, moreno, negro...? Eso es europeo, aquello es lo otro. En el pasado hemos hablado de: ¿cuáles son los colores de su pelo? Nadie lo sabe. ¿Por qué rubio? ¿Por qué castaño, castaño dorado, pelirrojo dorado? ¿Bueno? También hay colorcitos hermosos. Ahora podemos hacerlos nosotros mismos. Pero es la naturaleza la que los ha creado.

Sin embargo, ¿de dónde viene todo eso?

Así de profunda es la sangre humana. Y ahora seguirá pensando usted, ahora piensa el padre, y la madre, en este siglo... Fíjense en todo lo que viene, es sorprendentemente científico y didáctico. Nos casamos, contraemos matrimonio, tenemos un bebé y entonces dicen. “Este es mi bebé”. ¿Verdad? Es su bebé, ¿no? Señora, allí no hay nada de usted. Ni siquiera físicamente ni tampoco espiritualmente, nada, nada, nada, nada. Puede pasar alguna vez que también haya algo suyo, pero entonces es un caso entre millones. Porque su hijo tendrá irradiación por el espíritu de usted, allí hay algo suyo. Por eso sí que se le parecerá en la carita. Pero de vez en cuando, señora, llegará a ver allí un rostro que no tendrá nada que ver con su familia entera. No se parecerá en nada. Y ahora es ese millonésimo antepasado que se está manifestando en la conciencia diurna de hoy.

Así que hay algo que sale de nosotros. La células que tenemos, señora, son millones de veces espaciosas, universalmente espaciosas. Y todos son seres humanos. Todas son sociedades. Todas son especies raciales (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es). Están en esa célula, en la nuestra. O de la madre, o del padre. Atrae usted la célula... Nosotros damos la fecundación. Usted la recibe. Y en ese semen viven millones y millones de generaciones. Pero la última, la que viene ahora mismo, que nace mañana, ¿es de usted? ¿Y mía? Desde luego que sería una casualidad. ¿No le parece? Y entonces debería ir usted a su médico y preguntarle: “Doctor, ese hijo ¿de verdad que

es mío?”. Bueno, así ni siquiera lo debe preguntar. No debe hacerlo, porque si no ya se pondrá a pensar mal. No, pero: “Doctor”, sin tonterías, “es que he oído hablar en algún sitio de un loco”, eso ya lo puede añadir, “ese hombre dice: ‘Nuestra sangre y nuestro esperma tiene millones y millones de años de antigüedad’”.

Señora, es tan cierto. Y ya hay muchos médicos que vienen diciendo: “¿A dónde vamos a parar con esto?”. Y entonces dicen: “No, sigo sin saber nada”.

Tuve un profesor doctor en Delft, ya hace años, en 1935, en 1936, había leído libros, dice: “Ojalá no me hubiera imaginado tantas cosas durante mi vida, entonces me sentaría libre y feliz en un taxi y me iría a ese hombre. Pero ahora ya no me atrevo a mirarlo a la cara”.

Se refería a mí. Digo: “Pues haber venido, señor”.

“Ay, ay, ay, ay, ay”, dice, “la de cosas que nos inventamos allá”. Siempre que aparezca esa golilla, ya sabe, ¿verdad? “A sentarse”, esta mañana, eh. Y comienzan las clases académicas.

Sí, tengo un gran privilegio: yo he visto esas leyes. Pero ¿quién las ha visto? ¿De dónde sacaría yo todas esas explicaciones, todos esos libros y toda esa sabiduría si no me hubieran estado persiguiendo? ¿No? Sí, hay que ver, oigan, asusta cuando entras en eso. Entonces todavía te preguntas: ¿cómo es posible que aún puedas vivir la sociedad de una forma normal y sosegada, con mucha calma, de forma común y corriente? Es que es común y corriente. Porque la sabiduría no le vuelve loco a nadie. Es imposible volverse loco por eso. Y a veces dicen: “Todo eso es magia negra, eso te hace enloquecer”. Señora, a esos eruditos que lo dicen es posible acogerlos de inmediato. Digo. “Señor, ojalá no hubiera empezado usted con su religión, así no nos habrían hecho falta esos manicomios”. Porque ¿cuántos locos religiosos no hay ahora en Rosenburg?

Frederik lo dice tan hermosamente en ‘Las máscaras y los seres humanos’.

Dice: “Es es un pastor protestante”, dice, “sí, ¿cómo los ves?”. Es Hans quien lo pregunta.

Entonces dijo: “Sí”, dice, “ese se fue a buscar a Jehová y se olvidó de llevar una escalera”.

¿También lo leíste en ‘Las máscaras y los seres humanos?’ Te tronchas de la risa cuando lo lees. Pero es cierto, señor, ahora planea entre el cielo y la tierra, es un demente religioso. Por un loco de esos como Jehová. Ese hombre se pone a buscar a Jehová. “Oh, Jehová”. “Prepárese, mañana el mundo quedará destruido”. Jehová.

Y ese mundo tiene que seguir existiendo millones de años. Ojalá que ese hombre hubiera venido a vernos, señora, aquí, entonces no habría más locos. Pero un teólogo lo entiende. Un teólogo no se lo quita de encima tirándolo por la borda. Pero locos religiosos los hay. Un ser humano que busca a Dios

se ha vuelto loco. ¿No le parece horrible?

Cuando uno se desfoga y nos ponemos a dejar todo hecho añicos y decimos: “Bueno, es que...”, es brillante, es posible. Pero un ser humano que reza, que reza, que reza, que reza, un día tras otro, porque son almas pías, señor, tiene que aceptar que sea noqueado por la locura. Y día y noche, y mira que son píos, y hermosos, y hermosos, y castos, ay, ay, ay. Y desaparecen del mapa. ¿No les parece horrible? La realidad de la oración no ha podido ayudar a esa gente. Lo impresionante que esa gente ha tenido que aceptar... se han quedado alicaídos de tanto pensar y rezar, han perdido el equilibrio a golpes. Así es, pues, la religión. Religión, religión. Pues, es horrible, ¿verdad?

Pero los teólogos no llegan a darse cuenta de que ellos continúan con esa misma locura. Un estudiante no puede esquivar el azote, empezará, como sea, con la Biblia: que había un árbol allí, y que apareció una serpiente, y Dios hizo... a partir de una costilla de Adán hizo a Eva. Un poco de barro, ffff, un poco de sople, a mirar a los ojos, qué gusto y: “Hala, a correr”.

(Risas).

Ya, ya estamos otra vez, ¿verdad, señor? Allí están otra vez muertos de ganas, señora, si empiezo sobre el paraíso. Pero esta noche no les voy a ofrecer circo.

(Señora en la sala):

—... entonces mejor te saltas ese trocito.

—Sí. Sí. Ah, los pastores. En la guerra tuve a alguien así. Me dice: “Sí”, dice, “pero nos apoyará el Señor”.

Digo: “Sí”.

Dice: “Porque no tengo miedo a nada”.

Pero dos días después se levantó... Yo vuelvo a estar en la esquina. Pienso: ‘Mira, ese pobre pastor, ¿no?’. Él que estaba así. “Ay, ay, ay”, dice, entonces estaba sollozando junto a una mujer, “ay, qué hambre tengo”. Opté por desviar el camino, si no tendría que haberle dicho algo. Dice: “Tengo tanta hambre, tengo tanta hambre”.

Digo: “Señor, pues haber llamado un momento al Señor, entonces seguro que habrías tenido algo”.

Pero no se aclaraban, señora. Ahora ya pueden saltarse trozos. Se habla a la juventud. Tendría que oírlos gemir. Ay, cómo se ponen. Nuestro tiempo llegará. ¿No se lo cree? Esto está siendo duro, señora, hay víctimas por todas partes. El teólogo, el experto en religiones: “Sí, es posible que gire...”. Pero de inmediato le dicen: “Pero, señor, ¿es que eso es posible? ¿No dice el biólogo esto?”. Y es cierto, señor. ¿A dónde tenemos que ir?

“No, no de golpe. No de golpe, ¿entiende? Sátese ese trocito, porque luego ya tendrá usted el resto”.

Y la humanidad espera. La juventud se muere de hambre. Críos de quince

y dieciséis años, a los que es maravilloso acoger, con los que es una maravilla hablar, incluso mejor que con gente de edad avanzada, adultos. Pero una chica de esas, a la que ese parloteo y esas majaderías, y todo ese buscar, hay que ver cuántos gemidos... ¿No ha vivido usted esos dolores? Busqué como un loco entre los cinco y seis años. Fui bastante precoz. A los seis años irrumpo donde está Crisje, digo: “Ya me he enterado”.

Y dice...

“Ya no hace falta que me cuentes cuentos, cuando vuelvas a tener un niño, sale de ti misma, ¿no? Pero ahora vamos a tener una niña”.

Entonces dijo Crisje: “Así que seguro que tienes hambre ahora, ¿no?”.

Digo: “Desde luego”.

Bueno, estaba listo. Pero entonces esos gemidos, esa búsqueda terrible y ese zanganeo, digamos, de nosotros mismos hay que...

¿No estuvo usted también ocupada con eso, señora?

Yo lo quería saber todo. Pero hay que ver qué gemidos. No, papá se encierra.

Hace poco hubo una bonita película italiana. ¿La vieron? Se habrían reído. Una niña dice... una niña pequeña: “De aquí salen los bebés”. Tenía un repollo, como decimos en el campo, una col rizada, blanca. Y ahora esa búsqueda del bebé. Maternidad, paternidad. Qué maravilla de película. Al final... al final casi hay una muerta, una niña que casi sufre un accidente mortal. Pero a lo largo de toda esa película, esos niños: buscando, buscando, buscando. Paternidad, maternidad. Hubo otra vez un asalto a los cines.

¿No le parece horrible?

No había entradas para ver la película, ni de día ni de noche. Sí, eso le dice algo al ser humano. Señora, la sangre llega hasta tal punto, el nacimiento es tan profundo que los seres humanos vivimos todos en aquello que hemos recibido hace siglos, y que otros construyeron para nosotros. Lo que tengan ustedes hoy, señoras y señores, si son muy hermosos y maravillosos, sientan gratitud por tener un organismo sano. Porque todavía sigue dentro. Porque nosotros también... nosotros mismos también somos culpables de esa desintegración. Si están sanos... La creación ya avanza a una velocidad tremenda. Hay todavía muchos enfermos, y si no los hubiera, señoras y señores, créanme, ya viviríamos desde hace tiempo en el reino de Dios. Pero hasta ese punto no hemos llegado todavía.

La ciencia, los médicos avanzan a pasos agigantados. Cuando luego se use la energía atómica para eso, se lo garantizo, en cincuenta años, sí, entonces se habrán vencido el cáncer y la tuberculosis desde hace tiempo. Pero ahora ya están luchando. Señor, señora, quizá tome mucho menos tiempo, porque en estos momentos los medios salen volando del espacio. Vamos a tener poderosos instrumentos técnicos, poderosos, para diversas enfermedades, que

se disolverán por completo. Más adelante tendremos poderosos instrumentos sensitivos. Luego tendremos la voz directa y entonces la palabra caerá irrevocablemente del Omnigrado consciente a la tierra. Y entonces ya solo les quedará inclinarse.

Otro dice: “Eso todavía tardará siglos, siglos, siglos”.

Mire, señora, eso ocurrirá en una sola noche. Vivimos tiempos sorprendentes. Si no viviéramos en estos tiempos, tampoco lo habríamos recibido.

¿Algo más? ¿Quién de ustedes?

Allí atrás. ¿Señora?

(Señora en la sala):

—El color rojo de la sangre, ¿tiene algún significado para el espacio?

—Sí, señora. ¿Por qué se es rubia o negra?

(Señora en la sala):

—Sí, yo tengo...

—Mire, la sintonización de la sangre es la atmósfera del espacio. Y adquiere un color rojo. Y eso es cierto, señora. Es la atmósfera del espacio. Estados atmosféricos. Son leyes. Densificaciones que han sido construidas por eso, por la dilatación y el endurecimiento y todo. El color del ser humano. Si la luz del sol y del espacio no hubiera adquirido ninguna irradiación ni ningún color, tampoco la veríamos, ¿no?

Así que la sangre ha llegado a tener la misma forma, el mismo desarrollo que su cabello y que su piel. Tenemos el moreno, tenemos el negro, tenemos diferentes tipos raciales (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es). Los indios: es, a su vez, otro tipo de sangre, y otro tipo de gente. Así que ese estado exterior e interior, según el reino de los colores de Dios en cuanto a fuerza vital, infusión de alma, impulso, se ha... La sangre es en el fondo protoplasma, protoplasma materializado. Si ustedes lo pueden... Ahora tenemos que empezar a vivir cosmología, y entonces tenemos que retroceder hasta el Omnigrado, si queremos llegar hasta la sangre humana a través de todo el espacio. Y eso volverá a desaparecer. Y al volver a desaparecer y marcharse, pueden aceptar tranquilamente que también tiene que ver con el espacio.

Ese color de sangre ya no lo tenemos en el cuarto grado cósmico. Así que ahora esa sangre es todavía... también es considerada —¿se sabe eso?— animal. Ese color desaparece y se disuelve, luego llegará a ser una irradiación violácea. La sangre espiritual para el ser humano en el cuarto grado cósmico es rosa, por ejemplo. Puedes atravesarla con la mirada. Porque los órganos ya no son tan animales. Miramos, como si dijéramos, a través de nuestras manos.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

—Dígame, señora.

(Señora en la sala):

—Le pregunté por aquel entonces por qué al comienzo de la creación la

tierra tenía un aspecto rojo. Y entonces usted dijo: “Eso depende todavía de la inconsciencia de la tierra”. Al comienzo de la creación...

—Sí, mire, debería usted ... Bien, si dije eso, señora, quiero decir con ello que la tierra era todavía inconsciente, es decir, la tierra todavía tenía que empezar a densificarse. Y el sol para el espacio acababa de alcanzar tal y cual irradiación en cuanto a fuerza y luz.

(Señora en la sala):

—Sí, pero ahora dice usted: cuando nos elevamos, la irradiación de nuestra sangre también adquiere otro color. Así que esta forma de sangre...

—Sí.

—... roja, pues...

—Sí.

—... es entonces también una señal de inconsciencia.

—Sí, señora, si se lo estoy diciendo: este universo está conformado por tres leyes vitales. Es el primer grado cósmico, el segundo y el tercero, tierra. Este universo. Es una conciencia animal, el universo entero. No es un universo espiritual; es el cuarto grado cósmico. O sea, por sí solo... Esa, pues, es la prueba, señora, de que tengo razón y de que así también ha de ser. Porque aquí es animal; no tiene más opción que disolverse. Tiene que disolverse cuanto más nos elevemos, de lo contrario no saldremos de ese grado animal. No tendremos ampliación. Nuestros órganos no llegarán a tener ampliación, porque la esencia animal, el protoplasma, el alimento, es animal. Ese es el fundamento para cada tejido.

Y entonces nos vamos elevando más y más y más. Estamos libres de... miren... estamos libres de pensamiento y sentimiento equivocado. Nuestro cuerpo está ahora construido de forma espiritual. Porque ya entenderán que el cuarto grado cósmico está libre del pensamiento animal, del pensamiento inconsciente. Ya no hay contagio, porque ese cuerpo de allí se ha mantenido puro. Allí atraemos a quienes pertenecen a nuestra conciencia y a nuestro cuerpo. Porque vamos a la Omniexistencia, ¿no? Allí seguimos estando siempre despiertos, eternamente despiertos. Oiga, señora, eso ya lo estamos ahora.

Si les puedo aclarar, señoras y señores, que ya viven aquí eternamente —y eso vive dentro y debajo de sus corazones— llegarán a tener un regalo divino. Porque es cuando uno empieza a vivir de otra forma, a pensar de otra forma. Y entonces ya no hace falta ninguna iglesia católica, ninguna Biblia. Porque entonces despertarán a Dios en su interior, si aceptan aquí: serán eternos. Porque no dormirán nunca, señoras y señores. Claro, enseguida irán a dormir tan ricamente. Y entonces: “Ah, qué bien he dormido”. Y ahora están durmiendo; su espíritu está eternamente despierto.

¿Puedes seguirlo todavía, muchacha?

Oye, estupendo, solo tienes que retenerlo. Y podrás hablar enseguida con

mamá. Con un poco de té y una galleta. A llamar a papá.

Estamos y seguiremos estando despiertos. En el cuarto grado cósmico. Deberían vivir alguna vez esa vida. Porque hemos vivido esas conferencias, ¿no? He vivido esos viajes. Sí, gente, ¿cómo es que aguantan aquí todavía?

He hecho caminatas con gente de la primera esfera, de la segunda, de la tercera, de la cuarta, de la quinta, de la sexta y de la séptima. Deberían ver a un ser humano de la primera esfera. Deberían ver la santidad de una madre allí. Esa mujer aquí... Mi Crisje tenía setenta y cuatro años. Ya vieron ustedes que... De esos grandes agujeros aquí en la cabeza —¿lo tienen en la foto...?— salía un amor y una sabiduría que me daba miedo, de allí... Optábamos por llamarlo... Digo: “Es como si Crisje tuviera dos agujeros en la cabeza”, así de profundos eran esos ojos. Digo: “Dios, Dios, Dios, qué hermosa es ella, ¿verdad? Qué hermosa es esa alma”. Cuando yo llegaba a casa me quedaba mirándola a escondidas durante horas. Y dice ella. “¿Pero ¿qué haces mirando todo el tiempo?”. Digo: “¿Qué pasa si miro un momento?”.

Ese cuarto grado cósmico... Es ahora. Quiero contárselo. Crisje ya está allí, la semana pasada la vi todavía, el domingo por la mañana estaba encima del escenario, señora. ¿La vieron? Estaba allí con Hendrik el Largo, junto al maestro Alcar; Miets también estaba, y había más gente. Muchas veces viene a echar un vistazo. Porque El Largo está orgulloso, ¿verdad? El Largo dice: “Mira, mira, mira”. Dice: “Si ya se lo dije a Crisje, que la llevaba al escenario. Pero con uno lo he conseguido”.

Y entonces dijo Crisje: “Sí, lo ha hecho sin ti”.

No es que se pelearan, pero de vez en cuando alguna gracieta. Miré a El Largo a los ojos, así, le hice un guiño. Digo: “Mira eso, Largo”.

Sí, ahora ambos somos adeptos. Digo: “Venga, vamos. Yo sigo aquí, tú estás allí. Venga, vamos, venga, vamos. Ven, y así hablamos un poco, en el dialecto de ‘s-Heerenberg, como tiene que ser”.

Pero ya lo habrán entendido. Crisje tiene ahora veintisiete años, veintiocho. Ves un ser joven, hermoso. Ustedes también verán a sus padres y a sus madres si han tenido esa felicidad, ese amor, ese sentimiento, si se han ampliado. Hay que ver lo hermoso que es entonces un ser humano, ¿verdad? Ay, qué poderoso es entonces el ser humano.

Y ahora vamos a la segunda esfera, a la tercera, a la cuarta. Tendrán que ver ustedes con esas personalidades reales. Y ahora un ser del cuarto grado cósmico. Allí, en el Omnigrado, he visto al ser humano, señor. He visto al ser humano Omniconsciente. O sea, el ser humano que aquí en la tierra... por el espacio, por este macrocosmos, el otro lado, el cuarto grado cósmico, el quinto, el sexto, mundos, mundos, enormes universos creados por Dios, allí es donde vive el ser humano, y dice: “Todo eso es mío”.

Alguien que lo oyó dijo entonces, dice: “Bueno, y a mí ¿de qué me sirve?

¿Hacemos algo allí? ¿Puede tomarse una copa allí? ¿Es posible tomarse una copa en el Omnigrado?”.

Digo: “Sí”, digo, “pero de ácido sulfúrico”.

Dice: “Pero ¿necesitaremos todavía zapatos, un traje? ¿Seguirá habiendo sastres?”.

Las señoras dicen: “¿También hay una peluquería?”.

Señora, tendremos una túnica. Tendremos las pequeñas sandalias, ¿verdad? Tendremos ‘Las máscaras y los seres humanos’. Ustedes saben exactamente cómo se construye una sandalia, una túnica, una túnica espiritual. Fíjense en una túnica espiritual de esas. No esa cosa andrajosa mía que sale en ‘Jeus III’, porque eso todavía no es nada. El maestro Alcar tiene una túnica mucho más hermosa. Pero, fíjense, sí que llevo una bonita camisa blanca. ¿No les parece? (Risas).

(Señora en la sala):

—Bueno.

—Ah.

Ya tengo una camisa. Pero irradia algo. Allí es donde está la sabiduría de ustedes. Allí es donde está su maternidad, su paternidad, su espacio, su conciencia. Está en ese rostro, en esos ojos. Fíjense en un ser tan hermoso de esos. Señora, señor, ya no dormimos más, ya no estamos enfermos. Ya no comemos ni bebemos, porque nuestra aliento vital será nuestra comida y bebida. Hay que ver lo impresionantemente hermoso que va a ser.

Estuve tratando a una mujer que no había comido en siete años. Mi gente todavía lo recuerda. Su hermana dice: “Mientes. Mientes”. Y responde: “Pues, mejor ven a verme un día, así ya sacaré esas mentiras a golpes”. Y entonces ya llevaba tres meses de visita y seguía sin comer. Entonces la hermana quedó ingresada, del miedo.

Y dice: “Bueno, ¿ahora lo ves?”.

“Sí, señor”, dice, “pero es imposible, ¿no? Es que”, dice, “me está asustando. Y que no come y que no come. Un par de gotitas de té”.

Esa mujer vivió siete años sin comer. He hablado con los médicos. Digo: “Señor, aquí tiene la maravilla del mundo. Se la puedo explicar, siempre que empiece usted”.

Señora, todos los médicos se reían de esa mujer en plena cara. Con esa gente no había forma de tratar. A esa gente no se le podía dar nada, decían: “Todo eso son majaderías, son mentiras, es engaño. Mejor váyase, no vamos a entrar en eso”.

A esa mujer la estuve cuidando año y medio, el marido incluido. Solo vivía con mis fuerzas. Digo: “Cuidado, porque ahora le va a entrar el hipo”. Con que solo me acercara un poco... Digo: “Ahora ya tiene bastante”. “Huqj,

hugi”, ya empezaba. Media horita, esa era su alimentación, porque yo ponía ese estómago en marcha. No había nada dentro. Nada. No podía comer. Pero lo que es vivir, vivía. Y seguía haciéndolo. Y esto, pues...

Pregunté al maestro Alcar: “¿Qué clase de diagnóstico es ese?”.

Dice: “Aquí ya tenemos un organismo que tiene sintonización con el cuarto grado cósmico. Y ese organismo ya era alimentado por ese cuarto grado cósmico. Así que había células en ese organismo que ya tenían que ver con ese grado. Todavía no era una conexión, pero sí que le infundía alma. Así tiene una prueba de que es posible, porque esa mujer tendría que haber muerto, solo podía haber muerto.

Sí, señora, nos vamos elevando más y más. Y nuestra sangre se va haciendo de color rosa, siempre conserva un colorcito hasta que el ser humano tenga un agua vital dorada en su interior. Porque sabe usted, señora, por qué todavía no... bueno, claro, tenemos los adonis, esos hombres guapos, pero eso todavía no es belleza cósmica... pero ¿qué es lo que embellece la piel, el ser humano? Si quiere usted, como madre, ver bellezas deliciosas, tendrá que aparecer otra circulación sanguínea, otro sentimiento y pensamiento, el espíritu tendrá que ser más radiante que la materia. Y solo entonces es hermosa la madre. Claro, es en lo que nos fijamos los hombres, que somos como una olla de grillos. Basta con ver esas miradas de espías, señora, bueno, la de los caballeros.

Algo más, ¿señora?

(Señora en la sala):

—No, señor, gracias.

—Un placer, señora.

(Señor en la sala):

—Señor Rulof, ¿no hay entonces para nosotros ningún peligro en la transfusión de sangre?

—Sí. Sí, señor. Sí. Pero aquí ya me hicieron esa pregunta. Mire, dijo: “¿Qué haría usted?”.

Nunca tomo una transfusión, señor, o... Bueno, sí, si es necesario. No es mi intención ser un egoísta. Por ejemplo, mañana me rompo... pierdo un brazo, he perdido sangre, y si sé cómo hacerlo, sujeto yo mismo esa mano, hago un torniquete para la sangre, para la vena, pero bueno, ahora sin duda necesito sangre debido a un accidente o lo que sea. Si llego a tener una enfermedad normal, señor, bueno, eso no me dice nada, ¿no? Si estoy enfermo, estoy enfermo y punto, porque a mí esa enfermedad como tal no me dice nada. Puede ser... Porque no deseo dolores, señores. No soy un loco religioso de esos que dice: “Bueno, hay algo que está supurando”, o: “Quémenlo eso” y “Me da igual”. Pues es una locura, eso hay que vivirlo. Yo igual que ustedes. Pero bueno.

Se trata, sin embargo, de una transfusión de sangre. Si no es necesaria, señor, no la tomo. Pero usted no se encuentra en el mundo en el que me encuentro yo. No puede usted pensar y entregar como yo. Tampoco puede vivir lo que siento yo, porque cada ser humano es diferente. Tiene que actuar usted conforme a su propia conciencia. ¿Entiende? Si usted no ha visto eso de sí mismo detrás del ataúd, tampoco podrá empezar a vivir conforme a esas leyes. Así que aquí todavía es ser humano. Si entonces hay transfusión de sangre y la necesita, pues deja que le den un poquito de sangre, no pasa nada.

Pero ahora viene lo que pregunta, y es: ¿puede ser peligroso? Sí. Y ahora le diré esto, en primer lugar, y es lo que dice, a su vez, ese hombre de allí, lo oyó aquí, y eso es así, lo he tenido que aceptar de los maestros: toda sangre que reciba usted, en tal y cual grado, tiene empuje, en la medida en que sea consciente. Si tomo una sola gotita de sangre, entonces tengo —o sea, en esa gotita de sangre— millones de fuerzas que me pueden llevar al cáncer, a la tuberculosis, a la lepra... todas las enfermedades del mundo pueden estar presentes en ella, en esa gota de sangre, porque allí es donde viven. Y entonces el médico puede... el médico ha llegado ahora al punto en que puede ver... esa sangre es pura hasta en tal y cual grado, y se la dan.

La conciencia diurna quizá no la puedan vivir ustedes ni en doscientos años, no llegarán a esa edad; eso es lo que dice este señor. Así que les darán sangre para cincuenta años, sesenta, para treinta, para cuarenta. Señor, la sangre tiene una profundidad de miles de años. De modo que esas pocas horas que viva usted con la sangre de otra persona no hay peligro. Entiende, ¿verdad?

Pero ahora... ¿Qué es el tiempo cósmico para el ser humano como cuerpo? Aquí se dice que ya tenemos treinta años, cuarenta, cincuenta. Pero el ser humano puede alcanzar una edad de doscientos setenta y cinco años. Según este cálculo cósmico ciento setenta y cinco años, y entonces ya se irán al organismo espiritual. Porque habremos desintegrado el cuerpo. Ya no habrá ninguna célula en nuestro cuerpo que no esté enferma, que no sea anormal, que no esté contagiada. La duración de nuestra vida ya no tendrá una justificación cósmica, señor, porque nosotros mismos la hemos hecho papillas. La duración de nuestra vida la hemos hecho papillas. Y nos las hemos comido, señor. Nos hemos dedicado a matar y a incendiar. Esas vidas, esas leyes vitales divinas para ese organismo... En la tierra ya no hay nadie en absoluto que no viva en la desintegración. Pues bien, esta ya es la muerte prematura para el ser humano normal que no se pone a volar en cohetes, no es ningún piloto de aviones a mil doscientos kilómetros por hora, todos esos saben: van a reventar. Nosotros paseamos por la calle, sin mas, nos esforzamos, tenemos miedo por lo otro, prestamos atención, y así es como hacemos la transición a su debida hora. Señor, para el cuerpo es como mínimo setenta años de-

masiado pronto, y para el espíritu, para nuestros sentimientos, ya llevamos millones de años de más en la tierra. Porque ya podríamos haber poseído los cielos desde hace mucho tiempo si no hubiéramos empezado con la causa y el efecto, con la desintegración y la destrucción. Señor, todos ocupamos el lugar del ser humano que necesita nuestro cuerpo.

Qué divertido, ¿verdad?

Ni hay ni un solo ser humano en la tierra que no ande por aquí algunos millones de años de más. ¿Qué sabe de eso la ciencia? Nada. Pero hay que ver lo poderosamente sencillo y justo que es esto, ¿no les parece?

Ahora mismo todavía estamos todos pagando facturas. Señor, hay quienes preparan las facturas. Y es de eso que quiero advertir al ser humano. Por eso hablo tanto. No añadan ninguna factura, por el amor de Dios, señor, señora. Ya está usted desacreditado aquí, tiene que liquidar usted —de forma disarmonica— las facturas para Dios y la madre tierra. No, es que nosotros lo dejamos todo hecho un asco. Basta con que echen un vistazo a las damas y los caballeros. Son pobres diablos. Pobres de espíritu. No saben, desconocen, viven y piensan que lo son. Señor, allí está la desgracia. Están encima. Qué suerte, ¿verdad? Si usted no sabe nada, uno es tan pobre como una rata.

Y si se juntan, hombre y mujer, tranquilamente, y uno se pone a pensar en todo eso, qué conversación tan hermosa será. Ay, señor, entonces estará contento de que viene usted, porque habrá descubierto algo. Como niños estamos detrás del ataúd, y aquí no nos da la real gana.

Desde el comienzo, eso no lo ha sabido ni un ser humano, sino que ha sido anhelante de forma fantástica cuando recibí el primer toque, sobre ese maestro. ¿Cuándo volverá? ¿Cuándo volverá? Deme otro empujoncito más. El tremendo deseo también ... cuando un ser humano me cuenta algo, me quedo pendiente de cada palabra que diga si no sé nada todavía de eso. Esto es ampliación.

Señor, la sangre la puede aceptar, como le digo, así que no me dilataré demasiado, puede aceptarlo, tienen que aceptarlo si es necesario, porque de todas formas no podrán aguar la fiesta ni vivirla, porque su tiempo aquí es demasiado corto. Pero eso no lo sabe el médico.

¿Algo más?

¿Quién de ustedes tiene alguna pregunta más? ¿Nadie?

Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—Sobre la cuestión de las costillas.

—¿La costilla de Adán?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Ah, sí.

(Señor en la sala):

—Eso me sigue teniendo un poco en vilo.

—Sí, no me extraña. ¿Usted también se suele derrumbar? Es que por eso que a todos esos hombres les molesta tanto la espalda. ¿Entiende? En estos tiempos no pueden oír a ningún hombre que no tenga problemas de espalda. Es la costilla que nos falta. Y esas señoras no hacen más que andar, ¿verdad, hacen lo que quieren y no dicen nada. Y no hacen más que agotarnos. Y somos nosotros a quienes nos falta una costilla, señora. Sí. ¿No siente usted pena por nosotros?

Señor, ¿qué deseaba?

(Señor en la sala):

—... con el nacimiento en la madre, ¿verdad?, que tiene como destino que llegues al mundo como hombre o mujer...

—Sí.

(Señor en la sala):

—... y que ya en el fruto...

—Sí...

—... esa

—... costilla haya desaparecido...

—... más o menos presente, ¿verdad?

—¿Cómo dice?

—Que esa costilla estará más o menos presente.

—Ja, ja, ja, ja.

(Risas).

—Bueno, me hace usted reír, y bien, sí. Vaya, vaya. O sea, sí.

(La gente se ríe con ganas).

Señor Götte, alguna vez uno puede contar estupideces, pero usted seguramente que habrá soñado toda la semana con Gabriel? O sea, quiere usted decir que esa costilla que nos falta, según la Biblia, que ya nos falta en el tercer y cuarto mes en la madre.

(Señor en la sala):

—Efectivamente.

—¿Sabe usted de qué depende eso, señor Götte? En ese período las madres siempre reciben esos empujoncitos. Entonces esa costilla va hacia... ¿Entonces sale, lo ve?

Pero ¿de dónde saca usted eso?

(Señor en la sala):

—Pues... eso es... esto...

—¿Usted todavía creía que la madre recibía esa costilla durante el tercer y cuarto mes?

(Señor en la sala):

—No, no. Lo que le estoy diciendo que entonces tiene que estar presente en esa madre. Hay mujeres que no pueden dar a luz más que a personalidades femeninas, y hay quienes pueden dar a luz a chicos, ¿verdad? O sea: todo ese juego está presenta en la madre. ¿No es así?

—Señor Götte, devuelve usted a la realidad una divertida historia. ¿Me está tomando el pelo? ¿O qué está haciendo?

(Risas).

Porque no creo que usted no lo sepa. ¿De verdad que me está engañando?

(Señor en la sala):

—No, no, no.

—¿Lo dice en serio? ¿Es en serio de verdad?

(Señor en la sala):

—Oiga, que sí.

—Entonces esta noche le voy a dar un buen azote.

(Señor en la sala):

—Estupendo.

—Señor Götte, ese cuento de Adán y Eva de la Biblia es la cosa más demente que pueda vivir la humanidad.

(Señor en la sala):

—Sí, lo sé.

¿O sea por qué me viene ahora con esa locura en la madre en el tercer y cuarto mes? De eso está hablando, ¿no?

(Señor en la sala):

—No me refiero al tercer y cuarto mes, me refiero al ...

—Sí, da igual.

—... al estadio inicial del fruto, de que el fruto solo determina: hombre o mujer”.

—Bien. Pero usted saca... Hablábamos de esa costilla. Y esa costilla también se vio en medio.

(Señor en la sala):

—Pero entonces también está en el fruto, ¿no?

—No, entonces primero tenemos que volver a sacar esa costilla. Señor, esa alma...

(El señor en la sala dice algo inaudible).

—¿Cómo dice? ¿Cómo dice usted? ¿Llegará a buen puerto? No va a ser nada.

Esa alma ya está lista en el mundo de lo inconsciente y sabe si es madre o padre. Pero no en ese tercer y cuarto mes. Entonces sería justo demasiado tarde, ¿entiende?

(Señor en la sala):

—No hemos hablado del tercer y cuarto mes, señor Rulof.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—No me he referido a ningún tercer o cuarto mes.

—Pues, bueno, pero entonces en la madre.

(Señor en la sala):

—En la madre.

—Bien, bien. Ahora voy a retroceder un momento. Si ustedes como hombre y mujer quieren dar a luz un bebé, ¿es entonces de ustedes mismos? ¿Son sus propios sentimientos y es su propio amor? Una vez, una noche, estuvimos hablando aquí... Tuve un follón con un teósofo. Y entonces dijo: “Pues no, no lo acepto”. Es una lástima que ese muchacho se haya ido, porque daba gusto cómo nos lanzábamos las palabras, porque así es como se aprende algo. ¿Es usted entonces quien da a luz al bebé? ¿La madre también? ¿Y papá?

(Señor en la sala):

—En condiciones normales, sí, ¿no?

—Normales.

(Señor en la sala):

—Sí.

—Que no, que no lo son, mire por dónde.

(Señor en la sala):

—No, seguramente, no.

—No, es el propio Dios. Es Dios. Ahora me desprendo un momento del ser humano. Dios mismo se da a luz a sí mismo por medio del ser humano. Porque somos dioses, como seres humanos.

Una noche dije aquí una cosa bonita. Cuando la criatura... si como muchachos de quince, de dieciséis, de diecisiete años, nos ponemos a desear, a arrullar, ¿de verdad que somos nosotros? Ya ven lo estúpido que es el ser humano todavía. Pero también lo hermoso que es. ¿Somos nosotros? Cuando una se quiere poner a besar, señora, ¿es usted entonces en ese momento? Y ¿por qué no? Entonces piensan: ‘Pero somos nosotros, ¿no? El mundo dice: “¿Quiere usted hacerme creer que anoche no estuve besando?”’, ¿no?

Digo: “Señor, de eso no se trata”.

“¿Ha dado usted a luz a un bebé? ¿Ha empezado a tener usted el deseo de adentrarse en ese ser uno?”.

“Sí, soy yo”.

“Señor, no es usted. No, señor, la personalidad como sentimiento va tras el acto de la creación, que es Dios. Todo eso se lo tienen que merecer todos todavía, señor”. De todas formas, nunca van a tenerlo en sus manos. Nunca lo llegarán a tener en sus manos. Nunca jamás.

Dice usted, señor... ¿Qué más tiene que aprender el ser humano? ¿Qué es

la psicología del espacio? La psicología espacial dice: “Eso, eso”, señor, “es Dios mismo. Y después usted solo vivirá la proyección de su sombra”. ¿Sí? Y eso es la verdad, señor, porque no llegará a tener usted jamás la creación de Dios en sus manos. Cuando el ser humano siente eso, el animal, la flor y la naturaleza, y esos capullos se abren de golpe, ¿quién es? Es Dios. ¿Como qué? Como padre y madre. Sí, señor. Cosmología.

Sí, debería usted advertir ese hombre alguna vez, porque casi he llegado, de lo contrario tendría que echarlo a las tinieblas. Pero ya entenderá usted, señor Götte, el alma ya no está —ahora vuelve a emerger: la chispa de Dios se dividió en miríadas de partículas—, o sea, el ser humano ya no está en el más allá, sino en el mundo de lo inconsciente, el mundo para el renacimiento, donde el ser humano ya está listo como vida embrionaria, porque ya ha vivido la maternidad y ahora va por sí solo hacia la paternidad. Eso ya está listo.

(Señor en la sala):

—Es que esa es la idea, señor Rulof, de por qué pensaba que tiene que estar presente en la madre. Porque somos una personalidad, y solo entonces somos hombre y entonces somos mujer.

—¿Cuántas veces es que es usted hombre en la vida?

(Señor en la sala):

—Bueno...

—¿O pensaba usted que solo una vez?

(Señor en la sala):

—Tantas veces como...

—Lo es siete veces según la creación... Si no hubiera siete fases, señor, tampoco tendría siete transiciones, entonces los grados de sueño no serían tan profundos. Transiciones, no: entonces podría ir usted directamente desde la maternidad a la paternidad, ¿verdad? Pero no las hay, señor. Porque existe la madre de pura cepa, al cien por cien. Y eso es una cantidad de súplicas, señor, para vivir eso; esa es la verdadera maternidad. Pero eso no es la personalidad, es el propio cuerpo. Es el cuerpo que es madre al cien por cien. Y entonces tenemos que asimilarlo como espíritu y sentimiento y personalidad. Y ahora estamos fuera de ese amor divinamente físico y estamos ante el Mesías, ante el Gólgota, porque ahora llegamos a ver y a vivir la personalidad universal como amor. ¿Entienden? ¿Saben cuántos libros son eso? Unos cien. Puedo analizarles cien libros, por medio de los maestros.

Pero, señoras y señores, eso debe ir acompañado de un té. Por favor, allá.

DESCANSO

Señoras y señores, voy a seguir con: “Las últimas semanas usted ha sacado a relucir más de una vez que tenemos que aprender a pensar. Léí una vez

que no todo el mundo puede alcanzar una misma altura espiritual, porque esto está vinculado al nacimiento”. No, está vinculado a sus sentimientos. “Muchas veces tengo que constatar en mí mismo que donde quiero pensar con lucidez tiene lugar un hecho opuesto, que no sabría denominar más que como ‘estar vacío’”. Es que es eso. “¿Podría explicármelo usted?”.

¿De quién es eso?

Señor, creo que aquí entre nosotros, entre todas esta gente, no hay nadie que sepa pensar espiritualmente. ¿Y por qué no? Son capaces. Allí hay veinte libros para aprender a pensar. Pero el domingo...

¿Estuvo usted el domingo en Diligencia?

... como novelitas, señor. También aquí como novelitas. Esa señora de allí, dice el maestro Zelanus, es usted, pero los leen como novelitas. Porque de lo contrario deberían haber sabido mucho más, ¿no? Si usted me hace una pregunta sobre uno de esos veinte libros, estaré inmediatamente listo para seguir. ¿No se dan cuenta? De modo que esos veinte los sigo teniendo dentro de mí, y otros miles más. Y ahora los maestros. Pero no me queda más remedio que pensar.

¿Y qué es, pues, pensar?

Si empieza usted con algo le entra algo, y de pronto está distraído, ¿verdad? Puedo ponerme a escribir libros ahora, me siento aquí, nos ponemos a escribir, ya pueden ponerse a tocar jazz, pueden ponerse a gritar todos, a mi izquierda y por detrás, señor: nos sentamos y ya no los oímos. Hasta ese punto nos anulamos.

(Señor en la sala):

—¿Es posible llegar a aprenderlo?

—Sí, en cuatro semanas ya lo puede aprender.

(Señor en la sala):

—¿Podría ayudarme con eso?

—Sí. Entonces tendré que darle una horita de clases por las mañanas, por las tardes y por las noches. Y entonces nos pondremos a hablar, a hablar y a hablar. ¿Por qué nos alteramos tanto en la sociedad? En el pasado ya dije: compremos un hermoso castillito en el campo entre todos. Hoy trabajarán los hombres y mañana, las mujeres. Con té en la cama, señoras y señores, por las mañanas acudiremos nosotros, con bizcocho y todo. “¿Qué desean comer las señoras hoy?”. A pensar, a pensar y nada más. Hacemos algo, preparamos unas papas (patatas), un poco de tierra, y también un pequeño zoo. No. ¿Bueno? ¿Poeldijk? Unas uvas y todas esas cosas más. Unos pepinitos, rábanos —¿le gustan los rábanos, señora?—, rábanos, pepino, y todo eso. Tendremos con qué alimentarnos.

Pero Frederik van Eeden quiso empezar con eso, un hermoso paraíso donde el ser humano pensara.

En la sociedad hay que alimentarse. Nos ponemos a dividirnos. Eso tiene esto, aquel hace eso, ese hace lo otro. Y nadie está conforme. Cuando uno trabaja para sí mismo o para su jefe, puede hacer algo. Se puede pensar, pensar, pensar. Pero es posible —no es necesario que lo tengamos—, es posible aprender a pensar por medio de todo, aprender a pensar, señor. Y entonces tiene que empezar...

He hablado con gente, señor, a la que en esta vida jamás le volveré a dar una respuesta. Hasta ese punto he tenido que anularla. Lo intento fácilmente treinta veces con las personas, después tiro la toalla. Siempre intento volver todavía a la gente. Vienen a verme, a hablar y a hablar; están confusos. Digo: “Vaya”, y entonces opto por escuchar. Si no se aclaran, entonces sigo yo. No, no empiezan; entonces yo también lo dejo. Paro. Pero muchas veces lo intento. Pienso: ‘Bien, vaya, vaya, vaya, ¿qué han hecho con sus vidas?’.

Si a un ser humano lo avisas —ya se lo dije una vez— se enoja. Cuando les das un toque de atención por sus errores y les dices la sagrada verdad sin rodeos, se enojan. Les quitas algo. A un ser humano que de verdad avisa a otro no le puedes quitar nada, porque eso es amor, es despertar, es sabiduría. ¿Qué hace un catedrático, señor? ¿Qué es la teología? ¿Qué es la psicología? ¿Qué es la pedagogía? Todos somos pedagogos de los demás.

¿Cuándo comenzaremos a pensar? Señor, es esto con lo que se tropieza al ser humano una y otra vez. Al ser humano no le da la gana pensar. Y tienen que empezar a hacerlo. Ustedes escuchan. No vienen aquí para nada, ¿no? No leen los libros para nada, ¿no? Y eso no quiere decir, señor, que yo tenga más sentimiento que usted. Sí que tengo más sentimiento, pero usted puede enseñarle cosas a cualquier perro y gato.

Tengo aquí sentada ante mí una dama, la señora Van Straaten, que era capaz de adiestrar a perros para los seres humanos. Digo: “Si eres capaz de eso, también puedes hacer más”. Su perro era lo más elevado para Holanda, señor. Eso estaba en esa señora. Míralos, ella era capaz. ¿Que si era una afición? No, señor, uno de sentimiento a sentimiento. Si eres capaz de enseñarle a pensar a un perro, también eres capaz de hacerlo tú mismo. ¿No es así? Y esa es la verdad, señor. Hasta es posible enseñarle cosas a un caníbal, a un indio, siempre que ese hombre sienta que tus intenciones son buenas.

A cualquier animal se le adiestra, señor, un león y un tigre, es posible enseñar todo. ¿Y el ser humano no es capaz? Anda, ya, ¡no le da la gana! Hay instintos. No diré que tenemos que ver con seres humanos vacunos. “Borregos”, se dice, es un borrego. Bah, señora, ¿quién no lo es, señor? Mejor no se hagan ilusiones. No hablen de instinto del borrego, vamos. De una criaturilla de esas protestante, católica. A un ser humano que vive allí a Cristo por una fe y que piensa: ‘Así es’, ¿a eso lo llaman un borrego? Es lo más sagrado que hay. Así no es como destrozó la iglesia católica. Allí dentro realmente está

Cristo. Pero a Él lo puedes... Cuando se trata de tales y cuales cosas, entonces se ponen —otra vez el propio ser humano— a envolver al ser humano en tinieblas. Hay cosas que no cuadran, porque el ser humano se pone a preguntar, a preguntar, a preguntar, a preguntar, y ahora no puede preguntar y la gente no quiere pensar; entonces, claro, pueden decir ustedes: “Bueno, ese sercillo humano, ese sentimiento, acepta exactamente lo que dice el señor cura”. Y así es para el protestantismo, y así es para la sociedad entera. No solo es la fe. Y ahora dice usted: “¿Cómo llego a...? Estoy pensando y de pronto llega algo y entonces se me va como un soplo de aire”. Señor, le recuperará. A recuperar. A recuperar. ¿Y qué es, pues, en lo que está pensando? ¿Son problemas graves, profundos?

(Señor en la sala):

—Sí.

—¿Realmente son problemas por los que entra usted en el espacio, por los que tiene que entrar? En lo que piensa usted ¿es psicología? Cosas terrenales comunes y corrientes.

¿Qué le parecería si esta noche empezamos un partido de fútbol con usted de árbitro?, ¿no podría pitarnos entonces cuando sepa que hacemos algo mal? ¿No? Algo así como: “Pff, pff”. ¿No hacer eso?

(Risas).

Sí. Vamos a jugar a las damas. Váyase a echar una partida de damas, señor. Ese fulano, por ejemplo, y entonces dicen: “Sí. Reténgalo”. Es un estudio, hay que mantener el cerebro en vereda. Quizá antes, en otra vida, usted haya pensado siempre a partir de la naturaleza, y ahora siempre ande saliéndose. De lo normal. Ahora tiene que volver a lo normal. Y ahora puede comenzar con diferentes cosas. Sobre todo con las damas. Tome un tablero y alguien más: a concentrarse. Así podrá constatar directa e inmediatamente lo profundos que son sus pensamientos. Ciertamente, no se convertirá en ningún Piet Roozenburg (campeón mundial de damas de 1948, 1951, 1952 y 1954), pero bien. Porque esos piensan por adelantado veinte jugadas, cien, esos tipos. Oiga, no es cualquier cosa. El arte de un maestro del ajedrez es pensar, ¿no? Todo es pensar, pensar y pensar. Quien no quiera pensar, señor, tampoco tiene amor, está vacío. Y todos ustedes se atascan porque no quieren pensar por los demás, porque no pueden. Son capaces de pensar conforme a sus sentimientos. Pero les añado: si son capaces de enseñarles esos truquillos a una ballena, no, a una ballena no, pero sí a una foca y a un león marino, y a un gato salvaje, a un tigre y a un león y a un mono, y a un perro y a un gato y a un conejo, y hasta a un cerdo... A un cerdo. Alguien había adiestrado a un cerdo. Dice: “Perico, venga, vamos a tomar un trago”. Y entonces Perico, un cerdo de 175 kilos donde nosotros en el campo, y entonces aparecía Juanito con su cerdo, y el cerdo. “Échate, Perico”. Y el cerdo se echaba. Dice: “¿Cómo

has conseguido meterle eso, Juan?”

Dice: “Me obedece”. El cerdo. Era la conciencia de un cerdo. Pero el cerdo lo acompañaba, y obedecía. ¿Qué es eso? Uno de sentimiento a sentimiento.

Es posible meter en vereda a un animal. ¿Por qué no podrían hacerlo ustedes con sus propios sentimientos? Y eso es para todo, señor, es Dios. Entonces recibirán los grados, el espacio. Un pintor que no sea capaz de imaginar la pasta con la que pinta, tampoco puede aplicarla a su paleta, al lienzo. Me viene a ver un pintor y me dice: “Bueno, yo... Y ojala que sea capaz de esto y de aquello”.

Digo: “Señor, entonces no tiene que ponerse a aplicar la pintura, sino a pensar primero”. Si yo fuera profesor de arte, señor, no verían ni un lienzo en el primer medio año. Digo: “Primero a pensar”. Porque hay que ver el dinero que cuesta toda esa pintura. Unos pegotes así de gordos, aplican pintura por diez o doce florines, y todavía no tienen nada. Pero esa cosilla la tenemos que vender. Tenemos que vivir de ella, señor. Echarla a perder un poco. ¿Por qué no antes de ese tiempo? ¿Por qué no antes de ese momento?

Alguien que se dedica al cine. Ese hombre grabó trece veces la misma escena. Yo que aparezco por allí. Eché un vistazo a mi alrededor, digo... Esos pensaban: ‘Ese ¿qué va a entender?’. Miré así un poco a mi alrededor, por todas partes veía retales de película.

Digo: “Señor, conozco su conciencia”.

“¿Cómo? Si todavía no ha visto nada, señor”.

Digo: “Está allí, en la papelera. Película y más película. Rodada. Para nada, señor. Para nada, nada, nada. Trece veces”.

“Bueno, sí, trece veces. En Hollywood son veinte veces. Nosotros, trece”.

Señor, trece veces equis florines. Señor, esa película costaba doscientos cincuenta mil florines. Y solo en película habían echado a perder setenta y cinco mil florines. Y yo podría haberles advertido contra eso. Más tarde tuvieron que aceptarme una vez. Digo: “Usted es el director, señor?”.

Dice: “Sí”.

Digo: “A ver, haz algo”. Digo: “Quiere verlo, señor?”.

“Bien, señor”.

Digo: “Le haré una predicción, señor”.

Digo: “Usted es la señora. ¿Usted también tiene un papel, señora?”.

Ah, sí, voy a comenzar. ¿Y sabe usted con qué empecé? Así de pronto.

Digo: “¿Por qué me tomaste el pelo anoche? No estabas en casa”.

“¿Qué?”.

Digo: “Llegué a casa y no estabas. ¿Dónde estabas?”.

Y esos ojitos que se ponen a parpadear, encima que los tenía hipnotizados. Se puso blanca como una sábana. Entonces dice ese hombre: “Dios mío, ¿qué pasa?”.

Digo: “Pff, nada, señor”.

Y dice ella: “¿Qué es eso?”.

Digo: “Simplemente hipnosis, señora”. Así jugamos nosotros.

Digo: “Usted lleva algo al interior”.

“Bien”.

Digo: “Tiene que tocar en la puerta. Es usted por ejemplo una chica del servicio. Adelante, toque la puerta”.

(Se oyen unos golpecitos).

“Pase”.

Digo: “¿Así lo haces?”. Digo: “Claro, ahora se pondrá usted a rodar”.

“Sí. Estupendo. Muy bonito”.

Digo catorce veces: “Otra vez”.

Digo: “Señor, ¿por qué no la deja que lo haga así hasta que se desangre? Eso por lo menos no cuesta dinero. Señor, Hollywood ya ha dejado de funcionar así desde hace mucho. Gary Cooper y todos esos otros no dejan que se les mate a base de rodajes. Greta Garbo tampoco. Ella: ‘¿Ah, sí? ¿Veinte veces?’”.

En Hollywood han descubierto, señor, que el primer y segundo pensamiento significaba el cien por cien de la conciencia en la película, y en la acción, en el carácter, la psicología, y después todos se equivocaban. Todo dinero, dinero, dinero, dinero. Y eso se lo puedes enseñar a la sociedad.

Psicología, pensar. Tengo cien... Tengo dones para escribir, pintar y sanar, los maestros, pero lo que ha recibido para mí mismo, señor... ya no hay ningún artista, ningún psicólogo en el mundo entero que pueda conmigo. Lo sé. Nada de faroles, se lo demostraré. Por el pensamiento, pensamiento. Todo lo termino. Tienen que comenzar ustedes con una cosa pequeña. ¿Qué es una pera? Bien, entonces ya irán llegando al cosmos. Una pera es un producto cósmico. Si quieres analizar esos jugos vitales y ese tejido, señor, no queda nada más que... ¿Entonces qué?

¿Lo sabe? ¿Morritos? ¿Qué? ¿Qué queda, señora? ¿Bueno?

Protoplasma.

Todo, el alma divina vuelve a salir. ¿No es cierto eso? De todo. Pero eso es demasiado lejos. Empiecen, sin embargo, con cosas terrenales normales y corrientes. Señor, el pensamiento social hermoso, espiritual ya es en primer lugar —para eso pensamos, y eso es lo que querían los maestros—: ¿qué es la amistad?

¿Quiere hacerme creer que posee usted algo de su ser camarada para el ser humano? Es usted un camarada para el ser humano y le toma el pelo al amigo: “Toma un pastelito. Delicioso”. Oiga, señor, eso no lo ves. Cuando comienzan las señoras tienen esto y lo otro. Pienso: ‘Bueno’. Sí, yo me dedico a la telepatía. Lo sé directamente. Pero ustedes también pueden.

Lo que estamos haciendo es... Cuando uno empieza a tener amigas es-

piritual de verdad, señor... es algo mucho más elevado que el matrimonio humano. Porque ya no somos camaradas entre nosotros. Porque hemos perdido esto, hemos perdido lo otro, y eso y aquello. Quiere reconducirnos al comienzo de los tiempos, pero entonces ya nos metemos en otro problema. Entonces sí que nos queríamos. ¿Y por qué ahora no? ¿Por qué no es posible, ahora que ya tenemos más edad, hablar entre nosotros? Las personas no saben hablar entre ellas. No tienen tiempo para ello. Se echan de la sociedad a patadas, están agotadas. “Ay, hija, no me hables de esas tonterías”. Y el pensamiento espiritual es la conciencia de usted, señor. Mañana u hoy le aumentarán el sueldo, porque ese jefe suyo se coscará de inmediato. Todo el mundo lo verá. Todo el mundo lo sentirá. Qué extraño, ¿verdad?

Así que nosotros mismos hacemos nuestros sentimientos. Pero no soy yo quien puede empezar a revelar mil de esas cositas: ¿cómo aprendo a pensar? Usted lo que tiene que hacer es darme los problemas, entonces nos pondremos a analizar la psicología para el pensamiento.

¿Qué es lo que se tropieza en usted?

¿Qué es lo que distrae, descarrila, sus sentimientos? ¿A qué se debe?

Se pone borroso, no logra retenerlo. Y es ahora cuando tiene que empezar poco a poco. Porque si lo hace con violencia, solo tendrá acideces. Y luego una pequeña úlcera. Entonces encima tendrá que tomárselo todo con más tranquilidad. Porque ni siquiera con violencia se puede hacer. Jugando. Igual que se aprende un idioma.

Aquí hay un profesor de idiomas, señoras y señores. Tengo... la semana pasada tenía un anuncio, me lo había colocado él en la cabeza, ¿entienden? Sí, él. Por cierto: esta noche ese anuncio lo costará cinco florines. Pero si quieren leer francés, alemán e inglés, entonces tienen que acudir a ese hombre, ese bueno de Jean nuestro, que casi estalló en mil pedazos en el barrio de Bezuidenhout, y que tiene una maravilla de carácter. Lo digo yo, porque es él. Señoras, señoritas, si alguna vez... francés, alemán... El español también, ¿verdad?

(Un señor en la sala dice algo inaudible).

Ay, no, pero sí francés e inglés y alemán. Por aquí. Y entonces les enseñará francés que da gusto, con “pouler-quoi de Paris”. O ¿cómo se dice? Y entonces dice... se pone a aprender a pensar con ustedes. Porque les meterá eso de “Oui, monsieur”. “Bonsoir. Bon...”. Igual que el “Peace Palace”, algo así.

(Risas).

Empieza de una forma tan fantástica y entonces tienen que retenerlo ustedes, y al aprender algo empezarán a pisar en firme para aprender a pensar. El espíritu de ustedes, sus sentimientos ya no se desprenderán de eso.

Sí que sé lo que es eso, señor, porque sin duda está relacionado con nervios más débiles, por aquí y por allá en el cerebro, y está relacionado con vidas anteriores, por lo que al ser humano no se le permitía pensar más que en una

sola cosa. Y eso era o bien esto, o bien aquello. Y con este porte.

(Alguien en la sala):

—Uh.

—Uh. ¿Cómo dice? ¿"Uh"?

Sí, señora, entonces nos salimos de la creación a base de pensar, y de lo normal. Basta con que vayan a ver a una monjita de esas hermosas, una de esas hermosas, muy hermosa; están muertas en vida. Oigan, no por dentro, porque... bah... Por fuera, así. Ya no vive nada. Cuando uno llega a un hospital de esos, te toman por una momia. Uno no es un ser humano. Al menos no como hombre. Te ven como algo parecido a una momia. Pero detrás de esos ojitos ven otra cosa. Sí. Qué extraño que nos cosquemos de todo eso, señora, ¿no le parece?

Pero ¿cómo aprendo a pensar?

Ahora podemos aprender a pensar humana, física, socialmente. Podemos empezar a pensar espiritualmente. Pienso y siento a fondo millones, billones, de procesos, y los he vivido, vivido, vivido, ampliado, terminado todo de la a a la zeta para el cosmos, para el alma, para la vida, para los sentimientos, para la demencia, la psicopatía, para los planetas y las estrellas. Tengo una carga cósmica tan pesada, señor, no albergo ni el más mínimo pensamiento equivocado que pudiera trastornarme. Estoy más vacío que nada. Estoy completamente vacío, vacío. Vacío de narices, como decimos en 's-Heerenberg. Sí.

¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—¿Cómo le resulta entonces posible pensar si está usted vacío?

—¿Cómo se puede pensar si está usted vacío? Señora, todos ustedes están llenos. Están mil veces llenos de algo que no han terminado. En ustedes hay tantas cosas fantásticas, que como hombre y mujer... Es lo más hermoso que hay, hombre y mujer. La mayor gracia es aprender a pensar. La mayor gracia es el matrimonio. El matrimonio es de una hermosura tan fantástica y poderosa si ustedes... Claro, hay... Sí, ya estamos otra vez, para eso hacen falta dos. Pero cuando esos dos se ponen a pensar en este terreno, con nuestros libros, con los maestros y el espacio, y uno se pone a hablar y existe amistad, camaradería, hay estima mutua, hay respeto mutuo... "Sí, títalo...". Uno dice: "Vete, vete con esa porquería. No quiero tener que ver con ese loco". Allí está el ser humano. Y entonces es que es cierto, y uno se queda solo. Hay que empezar solo. Pero incluso así se puede estar haciendo cosas. Porque en ustedes vive la eternidad. Y esa nadie se la quita. Pueden seguir.

Y entonces deberían mirar ustedes cuánto está atrasado uno respecto al otro. El ser humano lo que no quiere es pensar. Pero el ser humano que no quiere, se encuentra en un punto muerto. Para miles de cosas, señor. Problemas y nada más que problemas. Ustedes no terminan sus sentimientos como

materialización para la sociedad, para eso, para lo otro, para aquello y para eso otro, el ser humano no lo termina.

¿Pues? ¿No es así?

¿Y ahora, señor? Ahora ¿qué?

Dígame, señor.

(Señora en la sala):

—... a diario... pensado divinamente... y uno tiene sus ocupaciones...

—Es la mayor felicidad que hay. No le hace falta hacer nada más en la tierra que pensar, pensar de forma hermosa, de forma maravillosa. Pero ¿cómo quiere despertar? ¿Cómo quiere llegar a tener ampliación con solo cotilleo, majaderías, desintegración... Fíjese en cómo se piensa sobre el ser humano. Allí va un ser humano que está en boca de todas. ¿No? ¿Es eso despertar? No.

Si quiere llegar a despertar, tiene que caminar por la creación tal como Dio espiritualizó y materializó las cosas como materia, como seres humanos y animales y flores y plantas. Lo reconduce usted de la tierra hasta Él.

Y entonces la vida es hermosa, señor. Porque todo el mundo dice: “Qué buena persona es esa. Deberías oír a ese hombre, a esa mujer”. Y entonces el ser humano es poderosamente hermoso. ¿Y no es eso, pues, beatitud, la serenidad, cuando uno se sienta en ese sillón? Es cuando el otro ser humano siente la serenidad de usted. Y ahora a arrullar, señor, ¿no le parece?

¿Algo más, señor?

Eso es pensar. Al señor que ha hecho la pregunta: termine las cosas como sea y écheles fuerza, termínelas. Usted lee los libros, ¿verdad? ¿Ya los ha tenido todos? Pero al menos unos cuatro, cinco, seis, ¿verdad? ¿Comprende usted ‘El ciclo del alma’? Puede retenerlo cuando lo lee?

(El señor dice algo inaudible).

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Ninguno de todos esos.

—Bueno, creo...

(Señor en la sala):

—No puedo procesarlo.

—No, señor, nadie es capaz de eso.

(Señor en la sala):

—No quiero leerlos como una novela.

—¿Quiere procesarlo? ¿Quiere vivir todo eso? Está usted jugando un poco a ser Frederik en esos libros. Cuidado, señor, u hoy o mañana recibirá su toque de atención. No, nadie en el mundo es capaz de eso. No hay nadie todavía que pueda hacerlo. Aquí no son capaces. Porque entonces usted debería escribir ese libro, vivirlo y tendría esa personalidad. En su pensamiento ya va demasiado lejos. Si puede leer ‘El ciclo del alma’, lea lo que dice allí... Y en-

tonces hablamos del “ataúd”, del asesinato, sabe usted lo que es un asesinato, lo meten en la tierra con Lantos Dumonché, ¿verdad? Y eso se siente.

Y entonces sigue estando usted allí. Pero ahora usted también quiere sentir lo que él vive. No, eso no es posible. Mire, ahora ya va su pensamiento, ahora ya estamos preparando algo, ahora ya va demasiado lejos. Ahora ya está pidiendo demasiado. Y hay cosas normales, ¿va a dejarlas al margen, así, sin mas? No, uno las retiene. Porque lo que vive Lantos Dumonché, señor, cuando yace allí y las lombrices le comen los ojos, se van pudriendo, eso tiene podredumbre, ¿quiere vivir usted eso? Uno se vuelve majareta. Mire, ya está yendo usted demasiado lejos. Pero mucho. Porque esa es la doctrina oculta, señor. Usted vive, ahora es usted —fíjese, ahora se pone divertido—, ahora está usted en el fondo, lo normal, en realidad, y quiere, digamos, que lo entierren, porque tiene que experimentar allí una putrefacción. Eso no lo tiene que seguir, ¿verdad? Ya basta con cómo es allí debajo de la tierra —para temblar, fangoso, para gritar— cuando se oye gritar allí a Lantos Dumonché. Por el amor de Dios, siga en ese libro sobre la tierra. Y entonces su pensamiento de verdad que no es tan infantil, porque ahora ya lleva un buen trozo de camino. ¿Lo entiende ahora? Ahora ya está yendo demasiado lejos. Así que ya puede ponerse a hablar...

Ya le he podido aclarar esta noche que no piensa demasiado poco, sino que ya está profundizando demasiado. Y si usted todo eso, consigo mismo...

Hemos tenido aquí quienes querían jugar a ser Frederik, y en cuestión de una semana estaban en la clínica psiquiátrica Ramaer. Eso no lo haga. Tiene que... Dije... Esto no le volverá loco si no quiere poseer lo que soy yo. Es imposible. Porque entonces a todos los pondré en una silla e iremos... en una sola semana nos haremos pasar por chófer. Sí que hay quienes son capaces de ello, pero entonces necesito a quienes no son capaces. Y entonces ya me gustaría ver si ustedes también son chóferes. Porque entonces en lo que se convertirán es en coche. Y si quieren morir en ese momento, entonces los... es que atravesarán la muerte. ¿Y quieren eso...? ¿Lo piensan también? ¿También quieren atravesar eso? ¿Qué ocurre, pues, cuando están durmiendo? ¿Piensan también sobre eso? Sí. Y no son capaces de retener eso, ¿no es así?

Señor, alégrese de que no sea capaz de retenerlo. Porque si no, de golpe, de repente, si lo retiene y está dentro de eso, si desciende en eso, se irá de golpe al suelo y se quedará inconsciente. Y el médico que lo levantará dirá: “Ese hombre tiene epilepsia”. Pero usted se había hundido un poco, más allá de sus sentimientos y pensamientos de la conciencia diurna. Ahora son ustedes... según eso usted es incluso más que el resto, que cien mil otras personas, señor. Aquí se está revelando usted, está aprendiendo. Aprendemos algo, ¿entiende? Aquí se está revelando: no sé pensar, no puedo retenerlo; va usted a una profundidad excesiva, muy excesiva. Aténgase a lo que es de la

conciencia diurna. Y entonces ya verá lo sencillo que es pensar. Y entonces podrá determinar, seguir usted mismo la fuerza de sus sentimientos, de su voluntad, de su pensamiento, y vivirla.

¿Algo más? ¿Le ha quedado claro?

(El señor en la sala dice algo).

Es que lo que le digo tiene que quedarle claro. Si ahora usted vuelve a pensar en el pensamiento sobre esto y aquello... de eso no estamos hablando. Lo que le digo, si sigue las cosas y las vive hasta allí y allá, entonces no tiene que querer vivir y seguir así un poquito el otro lado, ni el espíritu, ni los sentimientos de un árbol ni el de todas las demás cosas; no podrá hacerlo; no será capaz. Es un estudio oculto. ¿Lo comprende?

(Señor en la sala):

— Sí.

—Pues eso es lo que digo.

(Señor en la sala):

—Pero el pasado domingo, después de la conferencia, llego a casa y entonces a uno le entran ganas de seguir pensando un poco más sobre eso...

—Sí.

—... quieres recuperarlo un poco...

—Sí.

—... pero ya no marcha.

—Señor, eso lo saben hacer...

(Señor en la sala):

—... pero ¿cómo es posible?

—Señor, creo entre las doscientas personas no hay ni... No, señor, no creo que... bueno, sé con toda seguridad que ni una sola persona —es imposible, señor— tenga esa conferencia del todo en su interior.

(Señor en la sala):

—No.

—Se dicen demasiadas cosas, señor. No es usted solo, ni un solo ser humano es capaz. Solo las cosas que le hayan tocado, sí, de esas ya nunca se desprenderá. Señor, si de verdad acogiera usted todo lo que hemos contado allí los maestros, entonces se quebrarían sus sentimientos y no lo aguantarían sus nervios. Lo que lee en ese libro, señor, tampoco lo retiene. Todos esos libros son nuevos para usted, y son siempre nuevos, basta con leerlos. Y entonces uno se pone a descubrir cada vez más cosas, porque sacará siempre más cosas, también porque es que hay más dentro —una novela la tiras sin más, allí se queda—, nunca se morirán, seguirán siendo nuevas.

Pero eso de la conferencia, señor, lo de reflexionar, eso no lo sabe hacer.

Cuando lo oí el lunes por la mañana... pienso: 'Dios mío, Dios mío, qué poderoso es eso'. ¿Fui yo quien dijo eso? Es lo menos que se puede decir. Lo

he vivido espiritualmente. Pero me gustaba la idea de oírlo materialmente. Bueno, señora, dije: esa cinta vale cien mil florines. Cuando llegue el día en que se lo dé a la humanidad para que se lo aprenda cuando ya no estemos, señor, podrá usted... Entonces darán con gusto una entrada de un florín y diez céntimos para escuchar eso. Eso es posesión para la humanidad, lo que contiene. Es poderoso.

Y yo... ¿de verdad se cree que dentro de mí está toda esa conferencia del maestro Zelanus? Solo vuelvo a succionar aquello como sentimiento, lo que él ha consumido de mí, y entonces lo recupero, de lo contrario habría un agujero. Sé de lo que él está hablado, veo lo que hace y lo que dice. Pero eso ya ni me hace falta, señor, porque todo lo que usted recibe allí yo hace tiempo que ya lo procesé. Así que ahora puedo quedarme sentado tan pancho. Ahora ya estoy recurriendo a mi pasado, estoy encima de ese pasado. Porque la cosmología ya se ha vivido, ya se ha pensado. Porque ya ha quedado consignada, ¿no? Eso lo oirán. Y entonces verán cómo pensé como André.

Pero todo, en eso y en aquello, señor, eso ningún señor Van Straaten lo puede...

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

—¿Es usted capaz de eso, señor?

(Señor en la sala):

—Pues, no, oiga.

—Y eso se lo dan a todos ustedes. Son incapaces, señor.

(El señor dice algo inaudible).

¿Cómo dice, señor?

(Señor en la sala):

—Bueno, esa máquina sí que es capaz de hacerlo.

—Sí, ella sí.

Sí. Pero el ser humano no es capaz. Ya lo está viendo: lo que piensa usted los demás tampoco lo pueden hacer.

(Señor en la sala):

—Por lo visto.

—Por lo visto. Ahora ya lo ve. De verdad que no es usted tan estúpido.

(Risas).

Si me permite que yo le ponga ese botón esta noche en la gabardina, señor. Eso donde un psicólogo cuesta bastante.

¿Tiene alguna pregunta más?

Ahora vamos a empezar tranquilamente. No demasiado lejos. Poco a poco, así.

¿Quién de ustedes, señoras y señores?

Ah, aquí tengo algo más.

Eso lo tengo que ir juntando con cola, por lo que veo.

(Jozef lee en voz alta): “En el festival...”. ¿Alguien lo ha dejado aquí? “... de música sacra, de Perugia, Mascine ha...”. ¿Cómo se dice? “... Masciné, o sea...”. ¿Quién lo ha dejado aquí roto?

(Señora en la sala):

— Señor, yo fui.

— “... ha dado a luz un nuevo ballet, en el que se representa el nacimiento de Cristo, la muerte y la resurrección. En el ensayo general ante una comisión papal en el Vaticano se criticó la versión original, dado que en la representación se consideró incompatible con la humildad cristiana que el mensaje de Gabriel fuera acompañado de percusiones en los timbales y un estruendo de trombones. Masciné cambió su ballet en ese sentido”.

Claro, ¿ya es necesario poner a bailar a Cristo? ¿Hay que ponerse a bailar el nacimiento de Cristo y Su vida?

A mí parece... si yo fuera un cura o un cardenal, o si tuviera algo que decir en Roma, pues, yo le diría adiós muy buenas a ese idiota balletístico con todos sus bailecitos... Como si no hubiera otras cosas para un ballet en el mundo.

Señor, a ver, venga aquí con su ballet. Esta noche quiere hacerle bailar a un tigre. Viene directamente de la jungla y le haré enojarse y todo, en lo que haga. Y entonces temblará usted y se estremecerá, solo por la marcha. Eso es ballet, ¿no? La naturaleza entera la pueden... un pájaro volando lo pueden... Bueno, ¿cómo se llaman? Anna Palowna (Anna Pavlova, 1881-1931, bailarina)? La muerte del cisne. Eso es arte. Y ahora un loco soberbio de esos de pone a hacer bailar a Cristo.

¿No les parece horrible también? ¿No hay nada más en el mundo? Roma tendría que haber echado a ese hombre a la calle.

(Señor en la sala):

— ... funcionario.

— Sí. Ahora Roma es... ni el papa ni los cardenales dicen: “Señor...”.

Sí, un tipo de esos puede hacer lo que quiere, claro. Pero criticar eso un poco... Me parece que es volver a destruir a Cristo. ¡Hacer bailar a Cristo! Si haces una película de Su vida y quieres aportar a la gente cómo sufrió y cuáles eran Sus intenciones, entonces vale la pena. Pero no vas a... Por el amor de Dios, ¿cómo quieres hacer bailar a Cristo? Eso desde luego es una maldición.

El ser humano ha perdido el norte, señor, ya no sabe qué hacer. A ver, toma una abeja que va de flor en flor, la bailarina, y vete dando saltitos por el escenario y hazte por una vez de verdad como una abeja.

Ya les enseñaría algo, ¿verdad? Ya les gustaría. De verdad.

“Por favor, sal al escenario. Ahora a dar buenos pisotones”.

Sí, pero fíjense, ¡aúpa, aúpa!

A mí se me hace demasiado largo, oigan.

Ya tengo aquí otra cosa. No, no vamos a convertir a Nuestro Señor en bailarina.

(Señor en la sala):

—Señor Rulof, ¿me permite hacerle una pregunta?

—Dígame, señor.

(Señor en la sala):

—Hace algún tiempo yo mismo tuve la idea sobre la Pasión...

—¿La Pasión según San Mateo?

(Señor en la sala):

—... sí que se había hablado de eso, pero siempre había tenido la idea de que en realidad no procede representar allí a Cristo...

—En la Pasión según San Mateo, cuando uno oye todo eso... Y entonces está Cristo allí. Willem Ravelli (1892-1980, un barítono bajo), lo oí, maravilloso, espléndido. Y entonces canta Cristo. Maravilloso, maravilloso.

Tengo una contralto que cantaba la Pasión según San Mateo, antes de la guerra, en Ámsterdam. Y dice: “Cuando leí ‘Los pueblos de la tierra’ y ‘El origen del universo’, ya no pude cantar”. ¿Qué les parece? “Porque entonces conocí la realidad y ahora no hago más que cantar mentiras como un loro. Tonerías”. Y qué pena, qué pena, qué pena, y buscando, y solo pena. Mire, Bach lo interpretó a Él de forma dogmática, en el mundo. Puramente a partir de los sentimientos: la Biblia. Y ahora el Cristo está allí... Se puede introducir otra cosa. Ojalá que uno lo hubiera vivido a Él y hubiera escrito música por la que se introdujera la traición de la humanidad. Sí, y entonces ya no son gemidos, sino que sale algo muy diferente. Y ahora no hace más que seguir. ¿Entienden? Sí. Y ahora eso ya también lo están desmontando, oigan, porque ellos mismos sienten: eso tiene algo. La Pasión según San Mateo ya no es cada año esa experiencia de hace quince años. ¿Ya lo saben? La gente ya se pone a decir: “Pues, si, vaya, no, ya la he oído bastantes veces”.

Pero el amor divino, señor, no se extingue. La Pasión según San Mateo está sometida a una tremenda presión, está moribunda, por lo que el ser humano dice en estos tiempos: “Pero, Dios mío, Cristo no murió allí para los pecados del ser humano”.

Y entonces dice esa señora: “Cuando oí la primera conferencia del maestro Zelanus en Ámsterdam”, dice, “inmediatamente he...”. Con Willem Mengelberg (1871-1951, director de orquesta). Dice: “Yo ya no canto”. Cantaba en esa época. Y dice: “Ay, ay, me asfixio por dentro. Esos gemidos de María Magdalena ya no los consigo sacar de la boca”. Entonces dice: “Porque es demasiado... allí viene tal y cual cosa”. Y entonces me la quedé mirando. Y dice: “Entonces me fui”. Por los libros.

Y es cierto, señor. Esa mujer ya no podía cantar. ¿Por qué no? Porque todos esos años no sintió ni vivió: allí hay algo que se ha quedado pegado. Allí

enviaron a Cristo al Gólgota como si Él, el Mesías, tuviera que hacer un sacrificio. A Él simplemente lo traicionaron y asesinaron. Pero eso no está. Y Bach tampoco lo pudo conseguir.

(Señor en la sala):

—Así que en el fondo mintió.

—Cierto, Bach se dedicaba al arte, pero no había llegado. Una vez me preguntaron: ¿por qué Bach era tan inconsciente todavía? Bach había llegado a ese punto, se atrincheró en el arte. Lo veían revolver todo, ya había llegado al otro lado, allí lo veían pensar, pensar y pensar: ‘Ojalá pudiera interpretar esa vida de Cristo’. Pero Bach todavía no tenía conciencia cósmica. Y la Pasión según San Mateo solo se ha interpretado bíblicamente. No es más que arte dogmático.

La Pasión según San Mateo que aparece más tarde, señor, aparece allí con traición, y entonces debería oír uno a Cristo. Y cuando entonces te pones frente al mundo y dice a Pilato: “¿Y por qué no me quieres aceptar?”.

Eso no va de esa notita ni de ese pentagrama ni de ese timbre. Señor, eso es un sonido que se enfrenta al cosmos como un estruendo. Y entonces aparece la psicología, el arte. Entonces habría que dejar que se dilaten esas voces. Y la mitad del mundo dice: “Vaya, bueno, no, te estás poniendo que da miedo”. Llegan a casa, después de cuatro horas, lamentable, hambre, encima hay que comerse algo. Y, claro, ¿qué es lo que queda? ¿Qué queda? Todo se queda en un punto muerto.

¿Algo más, señor?

(Señor en la sala):

—Esas voces ya atentan contra la realidad.

—Sí, para usted, pero todavía no para un teólogo que esté atado al todo ese caso, a todo ese acontecimiento. Ese hombre dirá...: “Para, para, para...”. Basta con oír ese organillo, no entra otro sonido. Ay, ay, ay.

(Señor en la sala):

—Eso pone de los nervios.

—Sí, es como para que te dé un ataque. Y los “drudels” también. Sí.

Sí, eso es... mire... la gente que vive eso aquí por primera vez dice: “Allí están destrozando la Pasión según San Mateo”. No, señora, no, señor. Pero el propio Mengelberg aún dijo en su época aquí, dice: “Sí, hay algo que jamás conseguimos superar”.

Y entonces dijeron: “Profesor, ¿qué es?”.

Dice: “Estamos atados a la Biblia”. Porque Mengelberg era medio teósofo.

Estamos atados a la Biblia. Todo eso no lo podía decir, porque entonces le habrían echado a patadas del Concertgebouw. Ese gran genio nuestro al final sí lo echaron del país. Entonces lo que hará la humanidad... Es justamente otra vez una de esas cosas de nuestra casta conciencia sagrada.

Mengelberg dijo: “También toco ante el diablo; es arte”. Y entonces tocó ante los nazis y tuvo que largarse. Y entonces lo llevaron al matadero. Un escándalo. Mañana volverá a pasar.

Señor, hágase pasar por profeta y aquí lo colgarán, entonces te vas al Oranjehotel (una temida prisión durante la Segunda Guerra Mundial). Porque aquí somos tan inmaculados, tan castos. Traidores de la patria, los tenemos, sí.

Y a esos grandes genios, igual que a Rembrandt, los dejaron morir de hambre. Y ahora andan trapicheando con su arte. Por diez millones de florines, y por veinte. ¿No es un escándalo? Él y su pobre Saskia tuvieron tuberculosis. Y ahora encima la humanidad devora su sangre. ¡Hay que ver como chupan de su arte, maldita sea, cómo zarandean su arte por medio mundo, léanlo! ¿A ustedes no les pone malo eso? Entonces se encontrarán de inmediato con el auténtico Rembrandt a su lado. Dice: “¡Envenenadores! No pude pagar mi casa, me echaron. Mi mujer se murió de hambre, lisa y llanamente”. Claro, y ahora...

Y toda esa gente anda haciendo sus chapuzas, se olvida de todo lo que pasó. ¿No es un escándalo monstruoso, divino, espacial, que a nuestro Willem Mengelberg, que tocaba ante el diablo, los niños y los animales...? Dice: “El arte es de Dios”. Y entonces se lo tomaron a mal que tocara ante los alemanes. “El arte es arte”, dijo Mengelberg. Y debido a que tocara, tuvo que ser desterrado. Ahora está muerto. Y ahora encima deja a los artistas una casa y equis dinero. Encima trapichearon con sus trompetitas. Hay que ver lo hermosas que somos las personas. ¿No les parece? Ay, ay. Denme media horita, entonces llamaré al orden a toda Holanda. Pero no me dejarán.

A ver, ¿qué tenemos aquí? Qué bonito esto también. (Jozef lee): “El arzobispo católico de Milán, el cardenal Schuster, advirtió el martes a los italianos contra los peligros del protestantismo. Dijo...”. Claro, ahora vamos a tener otra guerra con Lutero. “Dijo: ‘La unidad de nuestro pueblo corre peligro por religiones venidas del extranjero’”.

Miren, cuando el año pasado, o hace dos años, se reunieron teólogos de todo el mundo aquí en Ámsterdam, ¿se acuerdan? Yo estaba entonces en Estados Unidos... entonces vinieron las curacachas... las cuca... las cucarachas vinieron... vinieron las cucarachas ...

(Risas).

... los católicos no vinieron, porque a ellos no les hacía falta, porque ellos tienen la única fe, la fe salvadora.

Yo también recibí una educación católica, así que algo sé de esto. Pero nosotros no les dábamos nada. No teníamos dinero.

Tuve una señora, esa felicidad la he vivido finalmente, señoras y señores, eso no tengo ningún problema en decírselo a ese cardenal. Viene a verme una

señora y me dice: “Señor Rulof, le he traído flores, bueno, a sus maestros”.

Digo: “¿Y eso, señora?”.

“He leído un par de libros suyos, ‘Una mirada en el más allá’”.

Digo: “Pase, señora”.

“Es que quiero tener un par de libros más”. Y me dice: “Pero ¿sabe lo que ha pasado?”.

Digo: “Bueno, siéntese”.

Y me dice: “Mi marido y yo somos católicos, intensamente, al cien por cien. Cuando se fue, mi marido ya dejó diez mil florines a la iglesia, sin dudarle, para las misas y todas esas cosas. Yo no estaba muy por la labor, pero él, como convencido, podía hacerlo. Yo en eso de todas formas ni pinchaba ni cortaba. Pero bueno. Ahora, sin embargo, está en el otro lado. ¿Y qué ocurre, pues? Resulta que llego a tener en mis manos un libro de usted. Y que me pongo a leerlo. Y yo allí sentada, solita. Y pienso: ‘Vaya, debería haberlo tenido ... en mis manos, cuando todavía vivía. Porque entonces aún habría tenido esos veinte mil florines. Ahora los hemos perdido”.

Pero ¿qué pasa? Ella acaba de terminar dos libros. Y allí viene el señor cura.

“Buenas tardes, señora”.

“Pase”. Y ella que piensa: ‘Ahora verás’. Y ella dice: “Bueno”.

“¿Cómo está usted?”.

Y ella que dice: “Bueno, bastante bien”. Pero yo ya sentía... Pienso: ‘Ya vendrá’. Y ella que dice: “¿Qué es lo que le oprime, señor cura? Mejor dígalo de una vez, así queda dicho y ya”.

Dice: “Bueno, es que hay que ofrecer algunas misas más. Él todavía no ha llegado del todo”.

(Risas).

Y dice ella: “Señor cura, ¿es que está colgando con una pierna fuera del cielo y con la otra está dentro?”.

Y va y dice: “Así es”.

Ella: “Bueno, que siga así con la pierna colgando. Ni un céntimo mío más”.

Entonces dijo: “Señor Rulof, esto es lo que quiero darle en señal de gratitud por la lectura de sus libros, si no me la habrían vuelto a jugar por veinte mil florines”.

Dice ella: “Pero ahora ya ni un céntimo más. Creo que ahora le saqué una sonrisita en la cara. Pero ahora ya ni un céntimo mío”.

Y dice él: “Entonces estás poseída por el diablo”. Y él que ve allí un libro y dice: “¿Lees esos libros, los de esa víbora?”.

Y la señora que dice: “¿Conoce a ese señor?”.

“Sí”, dice, “a ese diablo lo conocemos”.

Y dice ella: “Bueno, entonces es un gusto cómo da en el blanco”.

Porque Roma sabe que Jozef Rulof vive en La Haya. Qué divertido, ¿no? Allí, todas las mañanas, el papa se... Cada mañana, cuando se despierta —y a uno lo convencí— me pongo a tirarle de las faldas.

(Risas).

Y cada mañana y cada noche, a las siete de la mañana, voy gateando hacia arriba y tiro de algo. Otra vez un alma de Dios para mí.

Señora, eso no es odio. Sin embargo, se trata de una lucha honesta. Y entre él y yo está Cristo. ¿Y quién tiene razón, pues? Yo no condeno, él sí. ¿Pues? ¿Y el loco soy yo? Claro, claro.

Pero, señora, yo no tengo infiernos que arden. Tengo un Dios que es justo. Y si usted comete un asesinato, señora, se va a la cárcel, qué se le va a hacer. Cumple su pena. Llegará a tener una nueva vida, según se dice en el espacio, y volverá a enmendarlo. Para la iglesia y para el señor papa usted estará crujiendo para siempre jamás, ardiendo, hasta que no quede nada de usted, ¿verdad? No, señora, eso no es posible. Porque allí tienen unas llamitas especiales. Allí tienen una llamitas en las que usted arde, pero que no la consumen nunca, aunque siempre esté metida en ellas.

Una vez vino a verme una mujer y me dice: “Bueno, una sola cosa, y así habré terminado de golpe: ¿de verdad que hay fuego en el infierno?”. Dice: “Porque no se aclaran. Solo quiero saber cómo han encendido ese fuego allí”.

(Risas).

Y la otra persona que viene y que me dice: “Señor, pero ¿qué clase de fuego es ese? Porque vives en él, ardes y nunca te consumes. Porque estás ardiendo eternamente”. Dice: “Allí hay algo que no cuadra”.

No, señor, allí también hay algo que no cuadra. Porque no hay fuego. Solo el fuego en su interior, su sentimiento espiritual.

Pero ahora voy un momento a ese señor capellán. Se produce una lucha con Lutero. Ah, sí. (Jozef lee en voz alta): “... la unidad de nuestro pueblo...”. ¿De qué pueblo? ¿Del pueblo católico? “... corre peligro por religiones que vienen del extranjero”. Nosotros también somos parte de eso. “La advertencia del cardenal se publicó en el diario vaticano ‘L’Osservatore Romano’”. Sí, es posible. “Trató principalmente el incremento del número de protestantes en su propio arzobispado. La propaganda protestante entre los católicos se basa frecuentemente en difamar e injuriar a la jerarquía católica. Según el cardenal. Insistió en que el gobierno dedicara atención a las graves atenasas...”, bueno, será “amenazas”, “que había mencionado. Hay una diferencia entre la libertad de conciencia y de información. Esos extranjeros libran una propaganda desleal, según Schuster”. Es el viejo Spehrfache, Herr Schuster. Claro, “Schuster” viene de “zapatero” en alemán. Schuster es zapatero. “Por haberse publicado en el ‘L’Osservatore Romano’ el artículo...”, vaya, todavía no he llegado al final, “lleva, según Ruitter, la aprobación tácita del Vaticano”.

Bueno, bueno. Y así sigue y sigue.

Vamos a tener otra guerra contra Lutero. Lutero empezó con el protestantismo.

En Estados Unidos he tenido riñas con el ser humano luterano. Digo: “Sí, hombre, es todo genial, maravilloso. Mi hermano menor también lo era”. Digo: “Pero tu sigues viviendo en la condena. Y a ver si te pones a pensar”.

Hay gente aquí entre nosotros obligada a vivir en su interior la misma guerra. Hay católicos de esos, protestantes, teósofos, rosa... Tenemos de todo. Pero muchos católicos. Gente, deberían tomar un yunque, no, un yunque no, bueno, denle unos buenos golpes. Tomen ejemplo en mí. A mí me dieron una educación católica. Ya de niños acordamos la lucha a vida o muerte. Aquí, ese muchacho de allá, ese católico de allí, dice: “Fui monaguillo”. Deberían oírle a ese hombre, allí, ese padre de cinco hijos. Es un sentimiento gimiente. A ese muchacho, a ese señor, lo dejé hablar la semana pasada. Escuchen. Les da risa, ¿verdad? Nos hemos reído, ¿no es cierto? Pero ¿es que no sienten ese terrible dolor vivido por ese hombre antes de que pudiera decir: “Ahora lo sé”? Su familia entera lo insulta diciendo que es un loco porque quiere ampliarse. Piensa de otra forma. ¿De acuerdo?

No tienen que ridiculizar esa enorme lucha del ser humano. “Todavía no puedo... Sí, supongo que actúo mal.

Hoy estoy obligado a ir a misa, y a donde voy es a Jozef Rulof”. Ay, ay, ay. Sí. Claro, entonces ¿qué? Mejor no les prives de eso. Que vayan a misa. Pero que tampoco les obliguen a volver pensar de forma prehistórica. Dense entonces espacio. Cuéntense cómo lo sintió ella, cómo lo sintió él, como lo vivió aquel otro, y tendrán otro reino. Poco a poco sí que se irá disolviendo la iglesia católica en la conciencia de ustedes mismos. Deberían hacer algo que valga la pena. Y eso, una vez más, solo es pensar. ¿Cómo se acoge al ser humano? ¿Cómo se vive eso? Guerra con Lutero. ¿Por qué materializó Lutero semejante olla de grillos? “Lutero, ay, ese pobre de Lutero ha sufrido tanto”, dicen entonces.

Oí a una señorita de esas, una mujercita de veinticuatro o veinticinco años, en (la emisora protestante) VPRO; allí hay de esas tardes de Lutero, ya saben, ¿verdad? Y entonces enseña a esas criaturillas. “Y, ah... ese bueno de Lutero sufrió tanto, chiquillos, y ahora pongámonos a cantar juntos para él”. Y entonces cantan un par de salmos, esos niños tenían que ponerse a cantar tan ricamente para Lutero, un par de salmos por Lutero. Y entonces empezó a contar: “Sufrió tanto, nuestro pobre Lutero”.

Pero, Dios mío querido, ¿por qué empezó él con eso? Todavía seguimos con su condena. Lutero no nos ha dado un infierno sin fuego.

Miren, esa gente... la historia está construida... todavía hay gente que están al servicio de la desintegración. Y entonces tienen Dios, Dios, Dios, Dios. Y

también la iglesia católica. Un cardenal... ahora está metiéndose con el protestantismo. Es el Dios suyo, otra vez. Y ese Dios de Lutero, ¿no es el mismo?

Señora, señor, hay millones de dioses en la tierra, y todos tienen una pizca de ellos. Y el auténtico... están encima de Él. Vive aquí. ¿Cómo quieren amar a Dios, al ser humano, el espacio, a ustedes mismos, sus vidas, si destruyen ustedes la fe de los demás?

Yo siempre pongo algo en su lugar. No ridiculizo el catolicismo. Sí cuando dicen cuando Hendrik sigue colgando con una pierna fuera del cielo. Porque allí la cuestión es directamente el dinerito. Yo he aprendido y he tenido que aceptar que yo... que con velas no puedo tener ningún reino de los cielos, señora. ¿Y rezar? Les he contado... en 's-Heerenberg había un barón... tenía, creo, medio millón de florines, porque todos los alrededores eran del caballero. Y después, muchos años después, volvimos de la ciudad, digo: "Crisje", mi madre, "¿siguen rezando por ese barón de allí?".

"Sí", dice.

Digo: "Bueno, pues entonces ya estará en el Omnigrado, en los cielos".

Y dijo: "Sí, a nosotros también ya nos está aburriendo".

Cada domingo por la mañana una santa misa por el barón de Arbolete. Ese nombre jamás se me olvida, Arbolete. Digo: "A ver, a ese hay que plantarlo en otra parte, si no le saldrán hojas.

Pero, claro, claro. Pero, señoras y señores, miren, ¿de qué estamos hablando? Se trata de la realidad, se trata de un solo Dios. Y el nuestro no condena. No es ni católico ni protestante. Es budista. Es musulmán. Se dedica al islam. Conoce el Corán. Conoce al judío. El nuestro tiene vida, espíritu y personalidad, es un Padre de amor y justicia. Algún día el ser humano aceptará a ese Dios único, no queda más remedio. ¿Cómo dice, señor?

¿He dicho suficiente, entonces, señor?

(Señor en la sala):

—Oiga, para mí sí.

—Ah, entonces ya puedo parar, señoras y señores.

Señoras y señores, les doy las gracias por sus hermosos sentimiento. Espero haberles dado algo.

Hasta la semana que viene.

Y ahora: a aprender a pensar de otra forma.

Gracias.

(Suenan aplausos).

Noche del jueves 23 de octubre de 1952

—Buenas noches, señoras y señores.

(Gente en la sala):

—Buenas noches.

Vamos a empezar con la primera pregunta.

“Los niños que nacen sordomudos, ¿es un trastorno físico o espiritual? Veo a veces en diversos padres hijos que no son del todo normales. Son de esos mongolitos, tipos como mongólicos”.

Los llaman mongólicos. Pero sí que es un nombre extraño, “mongólicos”, ¿no? ¿Y por qué tienen que llamarlos “mongólicos”? Mongólicos. ¿Por qué no los llaman “apáticos”, “semiconscientes”? Ponen un nombre a esos niños y ya. Un mongol, las razas mongólicas (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es); ¿es porque esta criatura quizá tenga que ver con las razas mongólicas, allí atrás, en Siberia? Tenemos un mongolito. Vaya, entonces tendremos que preguntar lo que es eso, un “mongolito”. Ese nombre me resulta horrible.

“... tipos mongólicos. Son todos parecidos, dicen. Tienen de esos ojitos rasgados. ¿A qué se debe eso?”.

¿De quién es eso?

Señora, esa criatura tiene los mismos ojitos que yo. Pero los ojos rasgados tienen que ver con algo, señora. Y esta noche sí que les quiero... después de todos esos centenares de conferencias sobre esa psicología... Hay gente que se dedica a magnetizar y también tienen fuerza, y entonces lo son, y entonces van, y entonces lo hacen. Ya tengo ganas de preguntarles a esos sanadores: ¿qué clase de fenómeno es ese? Un mongolito con ojitos rasgados. ¿Por qué tienen esos niños unos ojitos tan estrechos? Oigan, creo que el médico tampoco lo sabe. Solo un estímulo de esos. ¿No lo saben? No lo saben. Nadie de ustedes lo sabe.

Un tipo mongólico, un niño que llega al mundo en esa situación, señoras y señores, es semiconsciente. Y ni siquiera semiconsciente. Porque se imaginarán ustedes que esta alma, esta vida, ha vivido millones de veces, ¿verdad? Pero esta vida llega aquí a la tierra y es apática, psicopática. Son niños psicopáticos y padecen entonces anormalidad espiritual, inconsciencia espiritual, pero tienen un cuerpo completamente normal. Y entonces, uno tiene esto, el otro aquello.

Este verano allí abajo, en el jardín, también tuve un chico así, de unos diez años. Y entonces: “Wrluh, wuh”. Ay, y después esas manitas y esas pierne-citas. Pienso: ‘Sí, puedo imaginarme que su madre...’. Ha habido suficientes

asesinatos. Padres que a un niño... ya no podían verlo más, lo mataban. Lo dormían, y así desaparecía.

Pero eso no se hace así como así; no si tienes un poco de sentimiento y si eres madre no lo haces de ninguna de las maneras. Porque esa madre es más feliz con esa criatura paralítica que con los sanos que tiene. Entonces dijo: “Porque recibo mucho más amor de esa criatura”. Ya estamos otra vez.

Aquí tuvimos un señor, siempre venía, ya no lo veo, por esa época andaba un poco triste, vino aquí y dice: “Bueno, yo tengo tres. Y entre ellos hay uno de esos que son bobos. Y esta semana se cayó desde arriba, de la segunda planta, así, abajo, sobre un balconcito, bueno, unos dos o tres metros. Pienso: ‘Bueno, ahora sí que sí. Y nos lo quitamos de encima’. Porque no es vida, señor”. Así hablaba ese hombre. Pero al crío no le pasó nada. Dice: “Pero el otro se cae de la silla y se rompe el tobillo”. Dice: “Ni siquiera es posible acabar con ellos”.

Digo: “Oye, no hables así. Hombre, no hables así: ‘acabar’”. Digo: “Venga un día a escucharme”.

“Sí, eso ya me lo dijeron”.

Entonces le expliqué aquí una noche esas leyes para esa criatura. Pintaba. No dejaba de mirar mis cuadros. Estaba casi llorando, dice: “Ay, ay, ay, si yo tuviera eso, quizá me daría apoyo”.

Le di uno. Bien. Sí, algo sí que le ayudó, le dio algo de apoyo. Pero al final se quedan ante esos mongólicos, esos estados apáticos y no se enteran. Lo examinan todos los días. Y media sociedad, señoras y señores, es psicópata. Esos con los ojitos rasgados vienen... ¿Todavía no lo saben? Es que todo es tan tremendamente sencillo. Esa cosmología, esto es cosmología...

Dígame, señora.

(Señora en la sala):

—... la conciencia diurna... que han emergido, de eso...

—Desde luego que está usted cerca. Si un brazo ya está retorcido y ese cuerpecito no puede, y tiene esto y lo otro, también tendrá que poder remitirse a otros órganos, ¿no? Y miran a través de esos ojos que no tienen —escuchen lo sencillo que es— ... que no tienen la plena conciencia. O sea que eso va desapareciendo.

Cuando Yongchi, ese sacerdote chino, pinta por medio de mí, me convierto poco después también en un chino; entonces va... o sea, solo por esa influencia, entonces estos también se me empiezan a poner rasgados. Entonces hay una tirantez. Parezco casi medio chino, con cara de uno de La Haya.

Pero esto son tipos de vidas, señora, que viven su vidas del karma y que han transgredido su causa y efecto, y las leyes del espacio, las leyes vitales de Dios.

Y ¿qué es entonces “transgredir las leyes”? ¿Ven? En esta vida, si son ustedes conscientes, pueden ponerse como energúmenos todo lo que quieran,

cuanto quieran, como quieran, y ya tiene que pasar algo muy gordo para que se reenvíen a sí mismos a lo apático. Pueden enloquecer por empinar el codo y por “a vivir con desenfreno”. Por ejemplo, hay la demencia consciente y la inconsciente. También la posesión consciente e inconsciente. Hay arte... Existe la posesión por el arte. Hay psicopatía enfermiza y sana, igual que con la demencia. Todo eso es la verdad y puede analizarse, porque esas leyes existen.

Pero cuando llega una criatura de esas al mundo, entonces esa vida del alma ... esos sentimientos oprimen la vida orgánica, los tejidos, en ese estado celular, ese embrión, hasta romperlo. Y no es que lo rompan todavía, porque entonces se produciría un aborto. Y eso pasa. Porque no puede producirse un aborto si esa madre está en armonía con y para el nacimiento. Y no se atrae la psicopatía si uno no tiene sintonización, ya como padres, con esa alma, con esos sentimientos. Todo eso la ciencia todavía lo tiene que constatar. Pero esto es psicología espiritual. La psicología espacial es directamente cosmología porque esta vida, esa alma...

(Jozef se interrumpe):

... dejen pasar a esas personas si es aquí a donde vienen...

... porque esta vida comienza, irrevocablemente...

(Dirigiéndose a la persona que entra):

... señora, tome asiento...

... irrevocablemente, con otra vidas. Y entonces aparecen los estadios previos, es decir, aparecen estados por los que el alma vive por tanto un contacto con la madre, el óvulo, la célula, y por medio del sentimiento, por medio de este despertar los sentimientos retuercen esa célula hasta romperla. Y eso ocurre cinco, seis, siete veces, hasta que la personalidad ahora despertada conserva la armonía, de alguna manera, con el cuerpo; pero piensa y siente de manera completamente psicopática, disarmónica. Y entonces el fruto de todas formas sigue creciendo, nace el niño, que está hecho un guñapo. Verá usted sentimientos retorcidos, y así es también el cuerpo de sus mongolitos (véase el artículo ‘Psicopatía’ en rulof.es).

¿Los conoce ahora? Esa vida... ese organismo yace abierto, de forma cristalina, ante nosotros. Y ahora puede comenzar el ser humano.

Ese crío no aprende nada, señora. ¿No es así? Pero miles de psicópatas aprenden más que el ser humano que lea libros, siga conferencias y quiera asimilar algo. Y eso, ¿cómo es? Sócrates dijo una vez: “Los locos andan por la calle, son los enfermos mentales. Pero los normales están encerrados”. Y eso es irremediablemente verdad.

Cierto, ustedes están aquí y son capaces de pensar. Pero imagínense ahora lo que hago, lo que tengo que hacer, súbanse en estos sentimientos míos, en una sola noche, en una hora, estarán completamente locos y habrán perdido el norte. No serían capaces de procesarlo. Sé lo que me ha costado. Y yo sé

cuántas vidas hacen falta para eso, para prepararse para eso.

Claro, hoy pueden decir... Luego vendrán a otra vida, y no se han desfogado, todavía están en armonía, pueden valerse por sí mismos en la sociedad... Porque todo lo que ustedes poseen no es otra cosa que sentimientos sociales y conciencia, no tienen nada más.

¿Lo aceptan?

Tampoco son nada más. Pero lo que pueden hacer con esta cosa social es poner fundamentos espirituales si aceptan y viven las leyes de Dios y Cristo. Y entonces ya se detienen ustedes mismos —siempre lo comento— con majaderías y cotilleos, mentiras y engaños. Entonces no violarán cosas que no poseen. Y entonces no meterá desde arriba la mano en un vestidito para magnetizar a una madre por encima del vientre; eso se hace a una distancia. Esa gente existe. Y entonces uno no se pone a hablar así y asá, sino que se pondrá a vivir las cosas, vivirá la ley tal como fue creada, en armonía. Y entonces deberían fijarse en todo lo que del ser humano y para el ser humano se termina por echar por la borda. Y si no empiezan con eso, luego tampoco verán otra cosa que la conciencia social detrás del ataúd, y tendrán que aceptarla. Y les puedo decir de inmediato cómo es ese mundo: basta con que tomen el tercer tomo ('Una mirada en el más allá'), y entonces vivirán directamente en el límite de la tierra del odio, al menos si, vrrt, siguen mintiendo y parlotando así, por aquí, así. Sí, ríanse, pero es la verdad, señora. Estas son las cosas por las que puede despertar el ser humano. Y esos psicópatas, esa gente apática, señora, están todos despertando. Pero ¿pensaban ustedes —se lo dije hace un momento, al comienzo— que no han ostentado en alguna parte una princesita o un título nobiliario, o que lo recibieron, y que habrán realizado una tarea en alguna parte en la tierra? Quizá se toparan con ellas antes, si era chica, una princesa preciosa, una mujer hermosa. Un señor, un sacerdote. Y sucumbieron. Se desfogaron por completo por cien mil cosas. Vivieron el diccionario entero. Seguramente que comprenderán ante qué caos se encuentran estos sentimientos para la célula divinamente inmaculada, pura, cristalina, como materia en la madre. A esta no le pasa nada, porque el organismo del ser humano se ha mantenido divinamente inmaculado y puro. Solo que nosotros hemos cerrados esas puertecitas y esas ventanillas de golpe, con cosas hermosas y feas. Ya no se puede ver nada. Nos hemos encerrado en desgracias y tinieblas. Y esa es la vida del ser humano. ¿No es así? Pero a la célula en la madre no le falta nada, no es posible influir en ella, continúa tranquilamente; y esa es la divina inmaculada claridad para la madre y el nacimiento en la tierra.

Naturalmente, sobre su pregunta se pueden escribir como mínimo veinticinco libros. Así de profundo es esto. Porque ahora ya estamos averiguando los caracteres, los sentimientos, de semejante criatura, comparándolos, a su

vez, con otros estados. Unos tienen esta conciencia, otros tienen aquella; pero todavía no la hay. Ahora, sin embargo, vamos a seguir la reencarnación, vidas, y al final vamos a poner al lado entre cinco, diez y veinte vidas, cinco, seis, siete vidas, y entonces se recupera la vida humana normal.

Esa gente, esos psicópatas, señoras y señores, esos mongoles —todos los pueblos de la tierra lo padecen, tienen miles y miles de dementes, también dementes religiosos—, están todos recuperándose y se viven a sí mismos. Para volver a Sócrates, él lo dijo: los locos están en la calle y a los normales los han encerrado. Son desde luego espacial y divinamente normales, porque esa gente vive su estado normal.

¿Ustedes también? ¿Todos nosotros? ¿Está usted pensando de verdad de forma armoniosa, espiritual?

¿Sí? Allí estamos de nuevo, ¿verdad? Qué difícil es, hay que ver lo difícil que es pensar. Que difícil es ser cordiales, veraces, de forma normal y corriente. ¿Pues? ¿Sí? Sí.

(Alguien en la sala dice algo).

¿Cómo dice usted?

(Señor en la sala):

—Todos somos cordiales.

—Que somos, ¿cómo?

¿Qué?

(Señor en la sala):

—Lo somos todos: cordiales.

—Todos somos cordiales.

Sí.

Santo cielo, qué buenos somos, ¿no les parece? Y cuando luego lleguemos detrás del ataúd, salimos de este cuerpo, y entonces decimos allí arriba: “Y no digas nada de mí, porque yo fui bueno. A mí me va bastante bien. ¿Cuándo llegan los pastelitos?

(Risas).

Y entonces aparece allí un Gabriel de esos de segunda mano. Porque el verdadero está...

(La gente se ríe con ganas).

Y ahora ¿de qué se ríe, señor?

Porque el verdadero Gabriel está donde Nuestro Señor y ese nos echa a patadas de la primera esfera. Dice: “Vete, mocoso”. Y ese ser humano o ese ángel nos mira a la cara y entonces seguiremos teniendo esos ojos rasgados, ¿entienden? Esos ojitos rasgados y esos ricitos del cabello de las señoras habrán desaparecido. Ni tendremos un pliegue. Llevaremos un traje, sí, ahora seguimos siendo todavía señor, ahora seguimos estando pulidos. Pero allí seremos pegajosos. Esos hombres parecen unos tarros de cola viejos, de antes

de la guerra.

(Risas).

A ver quién le dice eso a un teósofo o a un sufí, o quien sea. Sí, señora. Pero otra vez ya estoy haciendo polvo ese cacharro (el micrófono).

(Risas).

Señora, son las leyes para la vida y la muerte, para el renacer, la reencarnación. Y ya entenderán... puedo lograr algo con todo eso, pero voy a parar a todos esos locos y entonces cuento cosas sin sentido, ¿entienden? Es curioso, pero la influencia de esa nota ya me está enviando a la raza mongólica (véase el artículo 'No existen las razas' en rulof.es). Y enseguida me pongo a decir majaderías. Lo adopto de inmediato. Pero si lo he contado, ¿no? Si ya está en un traje, también está en el papel. La grafología incide de inmediato sobre mis sentimientos. Mejor no pongan demasiadas de esas cosas aquí, porque entonces yo también saltaré por la ventana, ¿entienden?

Pero es eso. Más preguntas, señoras y señores.

(Señora en la sala):

—¿... ser sordomudo es eso...?

—Señora, es exactamente lo mismo. La misma ley, desintegración. No es posible ser sordomudo. Claro, sí puede vivir usted —es usted sordomuda— que sea por un trastorno material. Porque yo traté a una niña sordomuda para el intestino ciego, y conseguí que se pusiera a hablar. ¿Sabe usted cómo? Por dentro.

La madre dijo... Cuando la madre deseaba, ella ya lo anhelaba cuando iba los martes, los martes por la mañana. Entonces decía: "Señor Rulof, ¿va a volver a hablar con mi niña?"

Digo: "Sí".

Y entonces nos poníamos a hablar. Entonces le decía espiritualmente —telepatía, claro—, digo: "Oye, a ver si le das a tu madre esa florecita roja".

Y entonces me miraba. Hacía sentir... estaba sentada, daba un brinco y se me escabullía y tomaba: "¿... mmmm, mmm, mmm-mm?". Así se quedaba.

Y entonces, esa madre ya lloraba cubos enteros. Y dice. "Sí", dice, "ojalá tuviera yo un poquito de usted, así al menos podría hablar con la niña".

Digo: "Señora, es el ser uno espiritual. Si llora usted más... solo llorar no le va a ayudar usted". Digo: "Sentir y pensar sí. Llorar usted tan rápidamente, tan pronto".

Cuando un ser humano llora en mi presencia, señoras y señores, miro de inmediato el color de esas lágrimas. Soy un ser humano peligroso, ¿no les parece? Hay un madre que está sollozando a mi lado. Digo: "Sí, señora, de todas formas no voy a reaccionar", digo, "porque esas lágrimas no me dicen

nada”.

“¿Por qué no?”. Y ella llorando.

Digo: “Señor, echo en falta el color”.

Más tarde sí que salió, porque, oigan, no era nada. Eran sollozos impostados. Ya conoce esa gente que llora a la primera. Dices una palabra normal y ya lloran. Ni siquiera es posible llorar por la verdadera pena. No.

Pero esa señora tenía que llorar, y digo: “Dé su sentimiento a esa criatura. Conviértase en amor. Conviértase en amor, entonces su sentimiento pasará a usted. Ella la sigue a usted. Y no tiene que pensar en ella”.

Sí, y pensamos todo el día. E incluso queremos hablar. Tiene que salir usted de esa vida, señora.

Los espiritistas también vienen a verme. Aprendí mucho en 1930, 1940. “Ah, sí, se ha ido mi marido”.

Digo: “Señora, si hace lo que quiero yo entonces recuperará a su marido de inmediato, después de un tiempo”.

“¿De verdad, señor? Ah, estupendo. Entonces usted le habla, ¿no?”.

Digo: “No, no quiero verlo para nada. No simulo ante usted tener contacto con él. Pero ahora tiene que desprenderse usted de él. Su marido sin duda que tiene que desaparecer ahora del mapa. Lo tiene que desterrar por dentro. Porque el pensamiento de usted es humano y no espiritual. Sigue estando sentada con él en la mesa. Y él tiene que irse. Esa vaso de agua allí junto al plato...”.

“Bueno, entonces lo hago, entonces al menos tengo algo”.

Digo: “Señora, está usted atada a eso, a ese plato vacío”. Digo: “Echéle un rico... Ya, ¿qué? Helado o algo así... Ponga algo divertido, quizá entonces vengán animalitos. Pero su marido-espíritu no vendrá”. Digo: “Porque él ya no come albóndigas. O estaría muy mal allí, ¿entiende?”. Digo: “Pero allá sí conozco puestecitos de esos con pescado frito”. Digo: “Pero tampoco les va muy bien a aquellos que allá piden pescado y un trago”. Allí también es posible vivir una película. Bah. “Señora”, digo, “déjelo libre, deje que se vaya, deje que se vaya. Tiene usted un hermoso sentimiento, y es posible. Pero no piensen en él, déjenlo completamente libre, porque así él podrá edificar un camino para llegar de otra forma hasta usted y hablar de otra forma a la que usaba antes. Porque esa persona tiene que irse. Porque si piensa por medio de usted, vuelve a ser usted misma”.

¿Ha leído usted bien ‘Los dones espirituales’? Para todo lo que hago siempre tengo que entrar en el sueño epiléptico. Tengo que ser completamente nada de nada para los maestros, así pueden trabajar. Y ahora las cosas vuelven a encajar —¿ha leído usted ‘Jeus III’?—, no se me permitió aprender nada. Pero es que ni palabra. Más tarde, a la primera que pude usar lo que fuera, con ese muchacho del garaje, por ejemplo, dice: “¿Dónde estuvo usted, jefe?”.

Digo: “En Diligentia, allí dieron un rez y tal”.

Y me dice: “Se dice ‘recital””.

Digo: “Toma, veinticinco céntimos”.

“¿En serio, jefe?”.

Digo: “Cómprate un paquete de cigarrillos. Si tienes algún día más cosas: a mí me encanta aprender”.

Pero, bien, me lo pude meter sin problema en el bolsillo. Pero que ni se me ocurriera aprenderlo; ya me habría ido. Y eso se lo tienes que quitar al ser humano, si uno quiere llegar a tener contacto.

“¿Quieren sanarse?” les dije. De todas formas no harán lo que hago yo. Porque ni siquiera son capaces, porque aún albergan esos pensamientos materiales, sociales. Así que tienen que... ya en su subconsciente, completamente... Escuchen. ¿Cuándo atraen usted la infusión de alma —deberían preguntármelo a mí— sobre la sanación, contacto? Entonces, en su subconsciente, ya tienen que ser completamente armoniosos y espirituales, amorosos, o esa corriente no saldrá de ustedes, porque allí hay agujeros. Bueno, ahora tiene que construir usted un nuevo contacto, y eso solo es posible si se libera por completo de su ser querido. Y entonces lo recuperará espiritualmente. Pero, claro, ese contacto es diferente.

Y eso es exactamente lo mismo que esa madre con esa niña. Y después de cuatro semanas, cinco —ese intestino ciego ya lo había sanado con tres tratamientos— el maestro Alcar dice: “Vamos a ayudar sus nervios un poquito más”. Y entonces acudí durante un tiempo por mi propia cuenta cuando andaba por allí. Porque esa cría ya me echaba de menos, ¿entienden? Digo: “Señora”, digo, “a su niña solo la he tratado desde fuera, si no realmente la habría perdido”. Ese peligro también existe. La madre habría perdido a su hija, señora. Porque la cría tenía contacto conmigo, y no con los padres.

Una vez estaba yo jugando con mis amigos en la calle y allí también había un niño de esos, hace años, antes de la guerra. Para que vean lo verdadero que es todo eso. No, de todas formas no me lo podrán quitar, porque todo eso lo he vivido yo mismo. Solo hablo a partir de aquello que he llegado a conocer, de lo que he vivido. Así que he recibido una poderosa escuela. Estoy jugando fuera. Era 1937. Y estamos allí en Wassenaar, y allí ese hombre... ese hombre va acompañado de una niña y un niño, el chico tendría unos cinco años. Me pongo a jugar con él. Voy a esconderme. Ese padre no le hacía ni caso al crío. Esos padres no hacen el pino. Yo hice el pino para el hijo de otra gente. Es que yo soy así de loco. “Pero estoy loco y por esas locuras también recibo algo, y usted no, padre”. ¿Entienden? Si los hombres son así, digo: “¿Ah, sí?”. Entonces ya dicen otra cosa.

Recuérdeme que vuelva sobre esto, porque toco tantos problemas que de entrada olvido cuatro.

Pero otro dice: “Me encantaría vivir alguna vez una visión, o un contacto”.

Digo: “Señor, eso ya lo podrá recibir mañana si quiere”.

“¿Lo dice en serio?”.

Digo: “Sí”. Digo: “Las leyes divinas funcionan siempre”. Digo: “Métase cincuenta, sesenta florines en el bolsillo y ande alguna vez por un barrio pobre, lo habrá perdido en un santiamén”. Pero solo por el contacto espiritual. Y entonces también oír del otro: “Señor, contaba con ello”. Eso ya lo puede decir todo el mundo, pero ahora toca usted al bueno.

Y dice: “Sí, pero eso a mí me cuesta dinero”.

Digo: “Señor, yo al dinero jamás le he hecho caso, ¿entiende?”.

Digo: “Prefiero el contacto espiritual y la experiencia que ese dinero”.

Digo: “Tampoco quiero tener nada en el bolsillo, o estoy sin blanca. Me desmadro al instante”.

Se ríe usted, pero así es, señora.

Me desmadro al instante. Por eso ya tampoco quiero tener visiones, porque he vivido suficientes. Esas visiones me han dejado más pobre que una rata. Suena por dentro... He construido un banco con posesiones espirituales y con conciencia. Pero a cambio sí que he tenido que dar mis céntimos materiales, señora. ¿No lo cree? Hay pruebas de sobra. Eso lo recibirán luego en la cosmología en Diligentia. Va a ser hermoso.

Pero ahora esa señora, esa criatura. Estoy jugando y me alejo cada vez más, estoy fuera, y esta gente está charlando —mi mujer también estaba, así que les podrá decir ahora mismo si miento— y yo que me piro. Me voy por lo menos hasta la calle Laan van Meerdervoort, atravieso arbustos y árboles, y me siento en un hoyo. Y entonces pensé en él. Y de golpe está junto al borde del hoyo: “¡Ja, ja, tío, lo he encontrado, mire por dónde!”.

Digo: “Chico, eres un tesoro”.

Volvemos. Pienso: ‘Ahora tengo que parar’.

El crío se despierta por la noche y pregunta por el tío Jozef. ¿Qué dicen los padres? ¿Qué dice ese hombre? “Ese maldito tío ha embrujado a mi hijo”. (Gente en la sala):

—Oh.

—Adiós gente. Digo: “O sea yo me muestro cariñoso con su hijo, lo que él no hacía, y resulta que estoy embrujado”. Señora, señor, saber esto es así de peligroso. No puedo meterme con nada. El maestro Zelanus lo dijo una vez en Ámsterdam a la gente: “André no tiene amigos”. Es que no los tengo. Aunque me traten ustedes día y noche, les faltará mucho para tenerme. Porque no lo conseguirá usted nunca, señor. Porque si me pongo a pensar en usted, lo hará de otra manera, tal como de verdad tiene que hacerlo. Así que nunca puedo involucrarme con mis amigos. Ya pueden estar contentos

ustedes de que no les mire, porque en nada se pondrían a actuar bajo mi influencia. ¿Lo creen? Es hermoso. Pero entonces resulté ser un poseso.

Y eso, pues, es contacto, señora. Pensar, pensar y pensar.

Se lo dije a aquella madre: “Señora, si solo lo he hecho al quince por ciento, de lo contrario habría perdido a su hija”. Y ese niño de aquella gente se quedó preguntando durante tres días por tío Jozef, tío Jozef. Y: “Padre, ¿por qué el que juega conmigo no es usted?”.

Eso no era jugar, señor, señora. Si quiere usted de verdad tener contacto con su hijos, señora, madre, se lo puedo enseñar. Pero siempre me echan en cara: “Claro, porque tú mismo no tienes”.

Cuando digo a la gente: “¿Eso es educar?”.

“Vaya, entonces primero los necesitas tener tú”.

Digo: “Sí, yo”.

Y ahí te quedas. Ya no puedes contar nada, nada. Porque son ellos. Ellos tienen. Pero no hablan por dentro con ellos, señor. Señor, el padre y la madre no son capaces de hacerlo ellos mismos. Y si quieren ustedes aprender algo más... Y tampoco tienen tiempo para ello, porque esto es psicología espacial, espiritual. Pero están ante ello. Ese hijo está delante de ustedes y ha nacido por usted, madre, pero ni siquiera tiene usted una pizca de contacto espiritual. Qué pobres somos, ¿no le parece, señor? Sí, la madre y el padre todavía son —¿lo digo como lo decimos en ‘s-Heerenberg— pobres como ratas.

Y esa es la verdad, señor, porque pueden aprenderlo a diario. Puedo educar a las madres, puedo educar a los padres, puedo educar a la familia en el hogar. Pero no aceptan nada de mí. Tampoco voy a empezar con eso, porque ya entenderá usted que eso sería un caos. Aprendí precisamente a no meterme nunca en aquello que no me concierne. Hablo muy poco. No les doy sin mas unas pequeñas orquídeas. Porque aprendí a hablar solo cuando la propia ley dice: ya, adelante.

Pero ¿cómo hablan ustedes? Cuando sigo a la gente aquí un poco, pues, hablan mucho más de la cuenta, ¿verdad? Ojalá se pusieran a pensar, a pensar, a pensar. Y empezaran a dejar de hacer algunas cosas. Les advierto tantas veces. Y me dirijo a todos ustedes. Pero —esta noche no quiero soltar un sermón— ... pero ese no es el asunto cuando uno se pone a responder a esas preguntas y recibe esas poderosas conferencias. Querrán ser algo detrás del ataúd, señoras y señores: esto es el más allá. Vivirán eternamente. La Parca no existe. ¿Qué quieren ponerse a hacer en breve?

Sí. Allí estamos otra vez. Mejor pararé porque de lo contrario no dormirán esta noche.

(Señora en la sala):

—¿Señor Rulof?

—Dígame, señora.

(Señora en la sala):

—¿Me permite que le pregunte algo más sobre una criatura sordomuda?

—Sí.

—Unos conocidos míos también tienen una criatura sordomuda y la mujer me dijo: la niña es sordomuda porque ella vive tan mal con su marido.

—Eso son tonterías, señora. Tonterías. Majaderías. Que vive mal con su marido. Esa niña nació así. Y en un noventa y nueve por ciento es un estado espiritual y no un trastorno material, ¿entiende? Pero se junta con trastornos materiales y estos se manifiestan, o tienen lugar entre el tercer y cuarto mes. Pero digamos que como mucho un cinco por ciento es trastorno material. El resto es desintegración espiritual. Esa es la personalidad. Es el grado más leve para la psicopatía. ¿Ha quedado claro?

Ahora tienen ustedes siete transiciones hacia abajo. Desciendan siete veces y solo entonces estarán ante el verdadero psicópata. Y si resulta que pasan por encima, pues entonces aparece el desgarramiento entre el espíritu y la materia, y entonces yacen así, tiran, no tienen sentimiento, están paralizados.

¿Quién dijo algo por allí?

(Señora en la sala):

—Ya se lo diré a esa señora.

—Pero, señorita, tiene que decirle: “Deja al Pedro, o al Germán que tenga, que hable. Y usted solo dedíquese a sí misma y a la niña”.

Tenemos aquí a alguien entre nosotros que tenía un niño así, dice: “El más bonito que tenía, ¿verdad?, se ha ido”. Hicieran una escultura de piedra de él. Y después hubo más. Pero ese era el niño. Y es que lo es. Porque es cuando se alcanza la unidad. Y ese hombre se involucró con ese niño, con sus sentimientos. Dice: “Sin que te des cuenta...”. ¿Ven? Tendré la razón en todo. Es por esa gente que nuestros libros llegan a significar algo. “Sin que lo quieras y te des cuenta, el niño ya se te ha metido y te habla. Y entonces te entra la llorera”. Dice: “Sí, ojalá tuviera todavía al niño, solo para sujetarlo así y volver en mí”.

Sí, las cosas a las que el ser humano no se aferra, ¿verdad?

¿Algo más sobre esa cosa como mongólica?

¿Señor?

(Señor en la sala):

—Dígame.

Sí, señor.

(Señor en la sala):

—Dijo hace unos instantes: el subconsciente tiene que tener un contacto espiritual, armonioso.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—El subconsciente tiene que tener contacto espiritual, armonioso para poder entrar en esas leyes.

—¿En qué leyes?

(Señor en la sala):

—En este caso, con la criatura sordomuda, para tocar los sentimientos de ese niños por los que podía vivir el interior, notar lo que quería otra persona”.

—Sí.

—¿Qué relación hay entre una cosa y otra? ¿Cómo tenemos que enfocar esa criatura de cara a esta persona que quiere depositar en ella su subconsciente?

—Ah, ¿usted también quiere empezar con eso?

(Señor en la sala):

—No, es lo que le estoy preguntando.

—Bien, bien. No, mire, señor, ¿cómo tiene que hacer eso? En primer lugar: tiene que expresarse mejor. No es para darle un tirón de orejas, sino: ¿cuál es la relación entre el subconsciente y esa conciencia diurna y esos sentimientos?

Ahora tiene que empezar usted por: el subconsciente es sentimiento. Y esos sentimientos reaccionan en la conciencia diurna. Sí se habla de subconsciente, pero, oiga, en el fondo no existe. Porque los sentimientos representan el subconsciente, ambas cosas. Pero debido a que lo hemos aprendido por los maestros, porque... allí y allí se encuentran los grados del sueño, allí se produce el desgarramiento de la materia, y detrás de eso están los grados, son los millones de vidas que hemos tenido, millones de vidas. ¿Qué hemos asimilado en esas vidas? Y todo eso está allí metido.

¿Y ahora quiere saber usted cómo reacciona eso en la conciencia diurna para la criatura sordomuda?

(Señor en la sala):

—Sí.

(Señor en la sala):

—Señor, no reacciona para nada. Si se produce una reacción, la materia tiene que poder revelarse. La criatura reacciona, siente por dentro. Pero no es una reacción. No es posible la descarga en forma de reacción porque la criatura es sordomuda, porque le faltan los medios, los órganos materiales para poder descargar, para transmitir algo. Así que en el caso del niño sordomudo sí que hay sentimiento y pensamiento, pero ninguna descarga. Porque no existe esa posibilidad. ¿Ha quedado claro?

¿Algo más?

Porque esto es interesante.

Aquí tengo: “Alguien suministra inyecciones de opiáceos a un enfermo. ¿Hace bien esa persona?”. ¿De quién es eso? “Y cuando se ha constatado

cáncer, ¿se puede rechazar la radiación?”

Señora, alguien da por suscripción médica inyecciones. ¿Por qué? Hay diabéticos, señora, que se tratan ellos mismos. Y eso aquí también se puede hacer. Pero este no es mi tratamiento, es algo que hay que preguntar al médico.

(Señora en la sala):

—Quería tener una respuesta espiritual y no una médica.

—Sí, pero oiga, señora, cuando está siendo tratada por el médico, no podemos ir a Pedro y decirle: “¿Y tú qué opinas?”. Y entonces aparece Gabriel y dice: “Fuera de aquí, lárgate de aquí”.

Sí, se ríe, señor, pero Gabriel es el jefe de la tribu antes de que usted pueda acceder a esos planetas. Hace falta una guardia, ¿no? ¿O pensaba usted que en los cielos no tienen guardianes? Pues debería leer esos libros, esos libros antiguos, libros ocultos. Allí tienen de esos viejos guardianes con lanzas y armaduras, y ellos lo arrojan al infierno, ¿no? No, no encontrará la salida. Porque solo hay una puertecita.

(Risas).

Y esa puerta es así de alta, ¿ve? Pero yo me pasé por debajo a rastras. Allí no tienen la conciencia de los topos.

Sí, señora, pero nosotros sí que la tenemos. Porque nosotros siempre nos pasamos por debajo de los fundamentos a rastras. Y entonces echamos un vistazo rápido a la vuelta de la esquina, y si no hay moros en la costa, ¿verdad?, todo listo, y entonces: vrm, para adentro, o para afuera.

Señora, esos diabéticos también lo hacen. Y esta es una pregunta que tiene que someter al médico.

“Cuando se ha constatado cáncer, ¿se puede rechazar la radiación?”

Es posible... Señora, si esta noche todos ustedes tuvieran cáncer... Espere-mos que ojalá no. Mejor no pensaré en el cáncer, si no igual lo tiene usted en dos semanas y entonces he sido yo otra vez, ¿verdad? Entonces dirán: “Enci-ma te provoca cáncer. Porque de lo contrario que no hable ese señor de eso, ¿no?”. ¿Es eso posible, señora? Está usted en el hospital, usted debería saberlo. (En alemán): Influencia de los gladiadores.

Señora, estos especialistas en el cáncer de verdad que ya sabrán lo que usted puede soportar: sí o no. Pero lo que quería decirle: si toda esta gente de verdad estuviera influenciada, todos serían diferentes. Son los gladiadores que están en sus sentimientos. Entonces nadie de ustedes puede ser alcanzado por ese grado en concreto, pero unos necesitan una dosis mayor. Más pro-fundo, más profundo. Y esa radiación la puede quemar por dentro, sin duda.

(Señora en la sala):

—Eso lo he vivido con alguien.

—Sí, vivido. Señora, hubo mujeres que vinieron a verme antes de la guerra y eso, claro, ha seguido. Pero los médicos en el barrio Zuidwal y todos los

hospitales... Para la radioterapia, primero una operación, o una irradiación en ese lugar. Usted ha leído 'Los pueblos de la tierra'. Pero la mayoría de la gente que andaba por allí estaba del todo consumida por el fuego, interior y materialmente. Y eso es aún peor que el cáncer. Señor, eso es un dolor que arde y todo. Tuvimos gente que gritaba de dolor. Y mi corriente, o la corriente, las fuerzas, el magnetismo de los maestros era aún más fuerte que el radio. E iba enfriando. Entonces dijo ella: "Ay, ay, ay, es como se me estuviera metiendo en un baño de agua tibia, tirando a fría; ahora todo ha desaparecido. Y tres meses después lo hemos vencido. Debería imaginarse usted lo que puede alcanzar un ser humano. El aura del ser humano puede ser más fuerte que el radio.

Pero esos médicos no conocen el grado del tejido de usted, no conocen los sentimientos suyos de cara a esos órganos, no conocen su sensibilidad de la personalidad, tienen que tenerlo en cuenta. Porque esa materia incide según el sentimiento. Y ahora unos se consumen por el fuego y otros pueden tener aún más. Y así todo es diferente, y tendrá que volver a consultar a su médico.

O sea, eso es una respuesta general. Si no lo único que hará es abandonar a su médico y luego me echan la culpa a mí.

Así que esa señora recibe radioterapia, y tiene que preguntar al médico: "Doctor, ¿qué opina? Tengo estos y aquellos síntomas". Y ese hombre también preguntará eso. Porque de ese modo... han aprendido tantísimo en los años en que apareció el radio, han aprendido tantísimo por esas radiaciones; porque después cada ser humano gimoteaba. Pues hay miles de persona que arrastraban una resaca de radio, tal como lo llaman los médicos, y que ya no tenían ni una hora de descanso. Y hay miles. Y aquí en Europa ya son un par de millones. Así que esos médicos desde luego que algo han aprendido de esos millones de personas. Y ahora sintonizan, poco a poco, con los sentimientos del ser humano, del hombre, de la mujer. Y entonces dicen: "Sí".

Ya se llegó en esa época hasta el punto en que venía a verme una mujer: "Pero, señor Rulof, ¿esto qué es? Esos médicos, señor Rulof, están avanzando".

Digo: "Bien, señora".

"Sí, me preguntaron si quizá tenía ganas de tener hermosas lecturas. ¿Le gustan los libros espirituales?". Digo: "Sí, doctor, leo los libros de Jozef Rulof". "Sí, hay más gente aquí que hace eso".

Ahora el médico ya tiene en cuenta la radioterapia. Mire, es cuestión de sondar hasta el fondo el sentimiento. Y eso es algo que tiene que oír de usted. Él no es capaz de intuirlo a usted. Voy a... vemos su aura, venimos por usted... Si ahora quisiera tener un trabajito y me fuera al barrio Zuidwal o a un médico y digo: "Doctor, ¿me permite darle un momento las pruebas de que

puedo someter a esa señora con precisión a una radioterapia con los mismos conocimientos que tiene usted?”. Digo: “Porque recibe tantas cosas, el aura es esto, lo otro y aquello, los sentimientos son así: ella sí que puede recibirla, tanto tiempo”.

Y él que dice: “¿De dónde sacas eso?”.

Digo: “Bueno, lo tengo de Nuestro Señor. Y usted, ¿de dónde lo saca?”.

Y cuadraba al milímetro. Ya se está empezando a pensar para el sentimiento. Y conforme a la conciencia, al sentimiento...

La bailarina... viene a verme una bailarina... qué cosas. Y me dice...

“¿Se dedica al arte?”.

“Sí, bailo”.

Ya estaba recibiendo una nueva radioterapia.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

Oiga, señor, que todavía no hemos llegado, ¿no? ¿Hace demasiado calor? Entonces descenderemos en los infiernos.

Así que, señora... En el infierno también hace calor, pero de otra forma... Va a decirle a esa señora que se entregue al médico.

Pensaba que ya habíamos llegado, pero esto va un poco demasiado rápido. ¿O tienen más preguntas? ¿Tienen más preguntas sobre esto?

Señora, está usted hablando; yo también estoy hablando. ¿Tiene alguna otra pregunta?

(Una señora en la sala dice algo inaudible).

¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Digo: préguntelo entonces.

(Otra señora):

—Sí, pero ¿cómo?

(Otra señora más):

—¿Qué quiere decir ella?

(Señora en la sala):

—Que ella pone esas inyecciones. Digo: pues pregúntalo. Eso desde luego cojea un poco.

—Y se aclaran entre ellas.

Señora, puede confiar en que esas inyecciones... Una enfermera se lo puede mostrar sin problema —ya, dígaselo a esa señora— y entonces recibirá usted esas inyecciones, porque el médico sabe muy bien lo que hace. O sea, eso no es malo, no es peligroso. Siempre que usted las ponga donde tiene que ser. ¿Cómo dice, señora? Aquí en los ojitos no las puede poner.

Vamos a seguir.

Aquí tengo: “En las eras que hemos dejado atrás, casi todos los derechos eran para el hombre, y la mujer... vivía a la sombra del hombre”.

(A Jozef le cuesta pronunciar las palabras).

Oigan, esto tengo que verlo un poco mejor.

(En la sala se oye un bullicio).

Todo se pone en movimiento. ¿Ha escrito usted esta carta entera?

“En las eras que hemos dejado atrás, casi todos los derechos eran para el hombre, y la mujer... vivía a la sombra del hombre”. Bueno, esto no... esto no puede estar bien, ¿no? “Al menos, en el ámbito oficial”. Encima eso.

Pero ¿de quién es esto?

Bien, señora... Así ahora sé que se trata de una señora. Entonces, claro, seré un poco más cauto, ¿verdad? Pero ahora sí que va a tener que ayudarme con lo que quiere decir. “En las eras que hemos dejado atrás, casi todos los derechos eran para el hombre y la mujer...”.

(Desde la sala):

—No, no...

(Risas).

—¿Es que he...? Bueno, lo diré una vez más.

“En las eras que hemos dejado atrás, casi todos los derechos eran para el hombre y...”.

(Gente en la sala):

—No.

—Pero ¿de qué se ríen?

(Risas).

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Hay que poner una coma detrás de “hombre”.

—Ya, pero es que no la hay. Será usted quien dice eso. Yo no puedo salirme de esas letras. Tengo que leerlo tal como está escrito.

Señora, ¿no estará usted...? Da igual, ¿no? Claro, se ha olvidado de algo.

“En las eras...”.

Bueno, otra vez. “En las eras que hemos dejado atrás, casi todos los derechos eran para el hombre...”.

(Señora en la sala):

—Así. Punto.

(Gente en la sala):

—Coma.

—Ah, claro, claro, claro. “... y la mujer vivía a la sombra del hombre”. Bien, lo he conseguido. “Al menos en el ámbito oficial”. ¿Todavía no está bien?

(Señora en la sala):

—Sí, así está bien.

—“En nuestros tiempos la mujer lucha en todos los ámbitos por la igualdad con el hombre y ya la ha conseguido en muchos terrenos. ¿Cómo explica usted este incremento en la actividad de la mujer en nuestro siglo? ¿Tiene que

ver con las diversas encarnaciones como hombre que ha vivido la mujer de ahora?”.

Señora, esto es simple y llanamente el sentimiento y pensamiento sociales. Por ejemplo, hace poco... Fíjense lo loca que está —y esta pregunta tiene que ver con eso— ... loca que está nuestra sociedad. Todos ustedes han vivido esa enorme lucha —nosotros, en el campo, no tanto, pero aquí en La Haya digo yo que sí, y en todas partes— ... que se ha luchado por la familia humana, doméstica, hombre y mujer, ¿verdad? La madre tiene que estar con los niños, ¿no es así? Y la madre ha de aceptar la tarea de la familia. Y donde la madre empezó a salir todo se atascó. ¿Ya no se acuerdan? Basta con que lean los diarios, señora, ahora quieren tener a la mujer otra vez en la fábrica, y en las oficinas. Es el mundo puramente al revés.

En la radio la semana pasada, en la emisora (progresista) VARA. Digo: “Ya estamos”.

Al final dice: “Tú misma decides lo que haces. Pero a tu edad, ¿qué vas a hacer?”.

“Quiero servir”.

Vaya, vaya, vaya, entonces se ponen a ser serviciales. Entonces ¿por qué no sirven completamente, al cien por cien, esos pobres gusanos que tienen en casa? No, claro, tienen que ir a la oficina, o tienen que hacer esto y lo otro. Ahora esas madres tienen que salir. La mujer también tiene que empezar a hacer algo. Aquello por lo que se ha luchado durante veinte años, cincuenta, a vida o muerte, ahora lo dejan de lado, así, sin más. Debido a que estos tiempos se han vuelto locos, la madre ahora también tiene que ponerse a buscar un trabajo.

Entonces dijo él: “De todas formas, no lo necesitas, nos sobra de todo”.

No, ella quería; y lo hace; lo hizo. Y entonces aparecían mujeres y un par de hombres, pero sobre todo un par de mujeres, que contaban lo que hacían. Bueno... y... esto... bah, es que, así sí que vale la pena hacer algo”. Bueno, ¿de qué estamos hablando? De ahorrar hasta conseguir un coche, entradas para el cine, ah, sí, qué especial, claro. Bueno, quizá yo no entienda de esto. Quizá sea un atrasado. Pero ya entenderán ustedes, los caballeros que lucharon por esto hace tiempo. Y las señoras de la alta sociedad, que libraron batallas por ello, porque se trataba de la madre. Y la iglesia, que escribía sin parar esos folletos eclesiásticos sobre: “La madre tiene que estar en casa, y la madre es para los niños, y la madre...”. Eso se tira ahora por la borda, sin más.

Señora, ¿qué le gustaría tener ahora? ¿Qué le gustaría conseguir ahora con esto, con estas preguntas? ¿Qué significa? Solo le aclararé lo siguiente: los tiempos en los que vive se han vuelto completamente locos.

(Señora en la sala):

—¿A qué se debe que eso sea ahora así?

—Se lo puedo decir en dos minutos, señora. ¿Conoce Picasso? Antes pintaba. Ahora es un chapuzas. Pero esas chapuzas tuyas... Es por... Hace poco había otra vez algo en el periódico, tenía un par de rayas, tenía un pedazo de fortín. Que viene otro señor, un experto en arte, dice: “Eso vale ciento cincuenta mil florines”. Bueno, para quien lo dé por eso.

Picasso mismo dice a un escritor italiano, dice...

(Dirigiéndose a la señora en la sala):

Lo suyo también lo tengo metido.

... dice: “Señor, ¿cómo se siente cuando mira esos cuadros?”.

Dice: “Entonces es como si estuviera loco”. Dice: “Y me encuentro tan deplorable. Con que solo mire un instante esa desintegración y todas esas cosas, esos rayajos”, dice, “entonces vomito de pura miseria y mala voluntad, porque el mundo está tan loco”. Dice: “Pero me ha dado dinero y ahora soy famoso”. Dice: “Esto no es arte. Soy un mentiroso y un estafador. Pero el mundo se lo traga”.

Pero ¿quién está loco? ¿Picasso? Debido a que ingresa millones de florines por esas majaderías, ¿está loco? Ya lo ve, señora, los locos no pintan. No, son los normales. Pero son los locos quienes compran esas tonterías. Siempre es verdad.

Pero la dama, señora, la dama, la madre... ¿Para qué vive la mujer actualmente en la sociedad y, en realidad, para qué ha creado Dios todavía a las madres? No sé si estará usted enojada conmigo, pero... No es que yo sea una persona odiosa, pero a una militar de esas la podría escupir así a la cara. Veo un artículo en el periódico con fotos y allí está la madre, bueno, la capitana, o la teniente, yo qué sé, la comandante, y entonces hay otra mujer al lado y tiene que prestarle juramento. “Por la gracia de Dios”. Dios, Dios, Dios, Dios mío, Dios mío, ¿por qué no la has vuelto loca?

Sí, debería oírlo el mundo entero. Pero yo quiero gritarlo a pleno pulmón en la calle Groenmarkt: “Mujer, madre, piensa en el alumbramiento y la creación”. Pero, claro, hemos...

Estaba en Estados Unidos, señora. Aquí en Holanda todavía somos castos, y las mujeres, las madres, son verdaderas madres. Pero allí vi una vez en la televisión una mujer que se dedicaba a la lucha libre. Dos mujeres en el cuadrilátero. Se dedicaban, igual que los hombres, a la lucha libre. ¿Han vivido eso alguna vez? Es muy sencillo. En Estados Unidos pueden verlo por todas partes. Me dejó enfermo para el resto de la semana. Había una que le retorció los pechos a la otra, así, sin más. Se daban patadas. Le arrancaba la pierna a la otra, señora. Y la arrastraba por los pelos, así... a una la arrojaron por el estrado tirándola de los pelos, así. Las sacrificaban y quebraban como animales. Y después vino otra señorita, una cosa de nada. Pienso: ‘Hija, ¿tú a dónde vas?’. Y aparece una allí en... Miren, unos codos enormes. Y una media

china que agarra a esa lombriz, pienso: ‘Ay, ay, la va a hacer picadillo. Digo: “Uf, ¡ya no puedo verlo más! ¡Ya no puedo verlo más!”’.

No pude dormir durante cuatro noches. Se me echaban encima los diablos del espacio. Allí es lo más normal del mundo; y son ¡madres!

Pero, bueno, eso no es más que un deporte. En la guerra hemos tenido madres con subfusiles en ristre que decían: ratatatatá. “Son quince?”. “Ah, sí, quince”. “Hala”. Eran nazis, eran colaboracionistas de la NSB. Mujeres holandesas, madres holandesas andaban con subfusiles, y arrasaban el resto del mundo. Entonces lo de la lucha libra no es tan terrible.

Mire, y esas comparaciones aquí con la tierra, con la sociedad, con Europa... pueden aceptarlas, entonces a la madre holandesa ni siquiera le va tan mal. Pero ¿qué quieren hacer en la sociedad? La madre ¿tiene que...? ¿Quieren ir ustedes hacia la edificación espiritual? Señora, mejor se lo cuento esta noche, yo en casa no pinto nada. La jefa es ella. Sí, ¿por qué? Como este carácter tampoco comete errores en eso, no tengo que meter las narices allí. Todo marcha solo. Solo depende de cómo uno quiera que sean las cosas. A veces miro por encima de una escalinata que hay por nuestra casa. Que viene esa mujer...

Digo: “Qué bien vives conmigo, ¿verdad?”.

Y dice el hombre... Entra aquella mujer: “Oye, Nico”, no, no es Nico van Rossen, “oye, dame dieciocho céntimos, vamos, rápido, que me falta por comprar azúcar, porque... esto...”. Al día siguiente necesitaba veinte céntimos, porque quería comprar unos arenques ahumados. Y yo todo eso lo oigo. Digo: “Señora, aquí tiene...”. Ah, no, no me está permitido hacerlo, si no diría: “Tome, aquí ya tiene esos veinte céntimos”.

Pero allí yace ese perro guía, señora.

(Un señor en la sala dice algo).

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Digo: “Una ovejita”.

—Allí anda la esclava. Pero, señor, señora, ese hombre encima tenía razón. Si ella hubiera tenido la cartera, y ahora sí que vamos a empezar por lo más bajo, lo más sencillo, lo más de andar por casa, entonces en dos días ella se habría desmadrado y a él nadie le daría de comer. Y él pagaba la semana por adelantado.

(Risas).

Señora, son problemas sociales que tiene que resolver el propio ser humano. Y ahora los puedes... te los encuentras en cada hogar. Conozco a gente... esa mujer recibe de ese señor, del buen hombre, recibe ciento veinticinco florines a la semana. El jueves por la noche: “No, no sé. No queda nada”. “Pero, ¿no lo había yo...?”. Sí. ¿Qué ocurría? Él encima quería... Tardaban

demasiado los ingresos de él. Entonces él lo que hizo fue esto. Él se fue al hoyo y ella se estrelló, completamente, solo por un par de céntimos. Y ahora el ser humano se está desintegrando a sí mismo, porque ella, la madre, no sabe manejar el dinero.

Todos ustedes quieren cosmología, desarrollo espiritual, ¿verdad? Medio cielo, medio infierno... no, ustedes quieren conocer los cielos e infiernos, a Dios y el espacio. Es que, señora, eso está en casa. Y si desatienden eso, desatenderán todo su yo espiritual interior. Porque es quien gasta el dinerito. Usted no es esa madre material por cuyas manos pasa el dinero, señora, la cosa está por dentro. Y es por dentro donde algo falla, y es espiritualmente. Y si usted no es capaz de armonizarlo con el otro lado, señora, entonces allí también habrá agujeros y se podrán vivir sangrientos campos de batalla. Porque si no tiene usted diez céntimos para el tranvía, señora, entonces hay que andar. Y diez céntimos es mucho dinero.

La psicología comienza aquí, señora, es de lo que está hablando. Ya ve, soy capaz de hacer algo con las cosas, con lo que sea. Y en todo también vive la esencia divina para la edificación, para el despertar. Ojalá los hombres hubieran llegado a ese punto, pero ojalá también las madres hubieran llegado a ese punto en que se comprendieran a sí mismas y que no volaran tan alto, y que, en cambio, todo ya empezara, simple y llanamente, con el felpudo delante de casa.

Se sabría al entrar a casa. No es una casa, señora, lo que hay allí, sino que es su personalidad. ¡Muy mal! Dele unos buenos golpes a esa cosa, porque en medio año no ha estado fuera de la puerta. Sí, es así, ¿no?

¿Tan profundo es, señor? Bueno, simplemente está tirado por las calles de la ciudad, pero la gente no lo ve. Aquí pueden enseñar a niños. Los adultos piensan: eso me sobrepasa. Señor, puedo empezar a hablar con niños pequeños de siete años, y analizaré las leyes de Dios, así, sin más, mediante los juguetes. Es muy sencillo. Pero usted todavía no puede pensar. Primero tiene que empezar a nivel casero, físico, para poner orden para su espíritu. Y si no lo hace, señora, le irá igual en el otro lado; allí estará ante su desintegración material, esa alfombrita, esa silla, esa mesa.

Ya lo comenté alguna vez. Llego a un sitio, algo pronto, tengo que ayudar a ese hombre, pero esa mujer está haciendo...

Por aquí, pero siempre con eso de allá. Y por aquí, otra vez en esa esquina. (Jozef imita algo, la gente se ríe).

Pienso: 'Sí, ese de allí piensa, ese tipo sí que ve algo'. Pero yo lo veía. Otra vez así... y luego allí en esa esquina. Pero de una vez a la de allí.

(Jozef sigue revolviendo algo).

Digo a ese hombre: "¿Les va bien a los dos?"

"Ah, sí", dice, "muy bien".

Digo: “Entonces mejor no digo nada”.

Pero la siguiente sí que hubo algo. Digo: “Sí, señora, tiene que... mire esto”, digo, “está usted fragmentando su personalidad”.

Y dice: “Me gustaría aprender algo”.

Digo: “Señora, ¿entonces por qué una mañana aquello recibe todo y esa silla no recibió nada?”. Digo: “Pero ahora algo más bonito todavía, señora, debería hacerlo usted con cordialidad, benevolencia”.

Debería usted hablar con la gente, y ponga ese regalito por encima, ese leve brillo, por encima de un pequeño rasgo de carácter, señor. Habla usted de camaradería y amistad; sáqueles brillo, suavemente, con esa cosa, un día tras otro, señora, y tendrá usted cosmología. Es una verdad como un puño, ¿no le parece?

(Jozef responde a la señal de luz del técnico de sonido).

Bueno, se encienden las luces. ¿Cuántos minutos me quedan?

(El técnico de sonido).

—Unos minutos.

—Miren, esas son las cosas, señora, en la sociedad. La mujer, en la sociedad, tiene que... Puedo aceptar y ordenar centenares de miles de cosas y lo veo todo, pero mejor no digo nada. Se lo vuelvo a decir a la gente, y otra vez, y después otra vez, señora, y entonces ya puede ponerse a pulir y hacer y a deshacer lo que quiera, pero ya no será cosa mía. Pero, ay de usted si me cuesta dinero. ¿Entiende? Y entonces llega a edificar algo en casa. ¿Y cambia entonces toda esa casa? No, es la personalidad entera la que va a cambiar. Esa madre empezará a tener colorcitos, señora. Orden. En primer lugar: cumplimiento del deber. Esa madre empezará a actuar tan armoniosamente, empezará a repartir de una manera espiritualmente tan veraz, social y materialmente, y es un arte cuando empiezas a ver cómo va eso, siempre todo está ordenado, no hay alborotos, va por sí solo, cae por su propio peso, siempre que él también se encargue de poder cargar esa vida con su tajo. Pero resulta que luego llega un lelo de esos a casa por la noche y dice: “Ay, mejor no me digas nada, estoy agotado”.

Bueno, bueno. Hay madres que arrastran día y noche a cinco o seis hijos. ¿Pues? Viene a verme alguien —claro, soy un tipejo extraño, ¿entienden?— y entonces... La gente piensa: ese hombre de todas formas no ve nada. Pero da miedo todo lo que veo, siento mucho, porque es la propia gente la que me lo dice. Estoy hablando con uno de esos. Digo: “A usted creo que le gusta estar poco en casa, ¿no?”.

“Es divertido un ratito”.

Sí, cuando el señor llegaba por la noche estaba mirando su prole, seis, siete, ocho. Y eso no es fácil después de venir del tajo. Pero ahora toda la... Y entonces... él que se larga, ¿verdad? Con los cuentos más divertidos; adiós.

“Tengo que irme un momento allá”. Pero qué presión.

Y cuando los críos ya estaban ricamente en la cama, subía el lord. Y luego encima a veces con cara larga. Y él que nunca pensaba en esa madre, señora. Pero ahora esa madre, desde la mañana hasta tarde por la noche con todos esos niños. Pero él, ese granuja, esa canalla, ese sinvergüenza, se va. Sí, estaba para otra, y la señora es amor. “Vaya, qué mujer tan amable, es una buena mujer, ¿verdad?”. Y allí es “señor”. “Vaya, ese hombre está dispuesto para lo que sea”. Sí, para salir por la puerta de casa.

Señora, me lo dicen ellos mismos. ¿Entiende? Y entonces quizá espere diez años con eso, pero lo que es llegar, llegará. Quizá pueda enseñar algo al ser humano. Y, señor, eso es la sociedad.

Señora, enseguida vuelvo con usted, y entonces empezaré con esto. Pero antes del descanso tengo...

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

¿Me quedan unos minutos?

Antes del descanso les daré algo para que reflexionen. Es muy hermoso sobre todo para el ser humano que haya tenido una educación católica.

Ocurrió en 1942, señora, señor. La gente anda por la calle, también hay un judío. De pronto suenan las sirenas y todo el mundo tiene que... tiene que meterse en los refugios. El judío que anda por allí lleva una estrella en el pecho.

Se acerca a ese señor, dice: “Tú, fuera de aquí”. Claro, el otro era un colaboracionista de la NSB.

Dice: “¿Por qué tengo que salir?”

Dice: “¡Fuera!”.

Pues, lo echan a patadas. Pero en el otro lado de la calle hay una iglesia abierta y él entra. Se va volando, porque las sirenas suenan de manera atrozadora y los agentes van volando por las calles. Es algo que merece la pena aprender. Entra y al instante se encuentra con el señor cura.

Dice: “¿Tú que haces aquí, hijo?”.

Entonces dice:

“Señor cura, allí no me quieren dejar entrar. Podré resguardarme aquí un momento, ¿verdad que sí?”.

Dice: “Por supuesto”.

El señor cura se le queda mirando la gabardina, dice: “Tú eres judío, ¿no?”.

“Sí”.

“No te gustaría convertirte?”.

Y dice: “Tan sencillo no es”.

Dice: “Bueno, no puedes saberlo, nuestra fe es hermosa, maravillosa. Tenemos un Dios que es justo”. Pero bueno. El señor cura que se lo queda mirando un poco más y dice: “Aquí tienes un rosario, mejor siéntate allí un poco.”

Y medítalo. Y cuando luego haya terminado, te vas tranquilamente a casa. Nunca se sabe”.

¿Qué es lo que pasó? Ese judío se sienta y empieza a rezar. Toma la primera cuenta entre los dedos y dice: “Dios mío, Dios mío, si existe un Dios, de esta iglesia, que manifieste esa justicia, porque yo también soy un ser humano. ¿Por qué me echan a golpes de ese refugio?”.

Sí, eso ha ocurrido, señor. Y eso ha ocurrido aquí, en La Haya.

Dice otra cosa, dice: “Dios mío, Padre mío, si puede ser, dame alguna pequeña prueba. Es tremendo cómo se nos pega y pate a los judíos”. Suelta esa primera cuenta y agarra el rosario entre los dedos, así, la segunda, dice: “Sí...”. ‘Caramba’, piensa, ‘esas cuentas dan inspiración’. Dice: “Padre de amor, si eso es amor, ¿por qué se nos golpea tanto en la vida? ¿Por qué se les corta el cuello a los judíos y tengo que andar con esa estrella? Soy hijo de Su sangre, de Su espíritu, ¿no? He leído un poco y estudiado”. Se queda esperando. Y justo cuando quiere tomar la tercera cuenta, una bomba da de lleno en el exterior, justo encima de ese refugio. La destrucción total. El señor cura viene a toda prisa.

Dice: “Moisés, Moisés”, grita el judío, pero bueno, “Moisés, Moisés, achenebbish, achenebbish, ni siquiera he llegado a la tercera cuenta; ¡menuda fe es esta!”.

(Risas).

(Señora en la sala):

—Muy bueno.

(Risas).

DESCANSO

Aquí tengo otra pregunta, rápidamente, de esta mujer. Aquí escribe: “En nuestros tiempos la mujer lucha en todos los ámbitos por la igualdad”. Mire, eso es conciencia social. ¿Sabe? Ya entenderá usted, señora, que esto tiene que ver con conciencia social. Pero yo hablo del ser uno espiritualmente para la gente. Y eso también es concienciación social en casa. Y si no se consigue allí, no será posible en ninguna parte. Pero ¿a usted qué le importará, y a mí, si mañana votan o no, o si entran allí o no? A la mujer se le permitía...

Yo antes siempre iba a la sociedad De Witte (un club privado en La Laya), ya saben, ¿no?

(Risas).

La sociedad blanca. Sí, ríanse. Estoy vinculado a ese club, ¿entienden? Pero a mi mujer nunca la dejaban entrar. Y ahora estamos entre nosotros, los señores, el caballero tal y el barón no sé cuantos, también estaban. Digo: “A ver, colegas, queremos que alguna vez las señoras también estén aquí”. Y

ahora a las mujeres se les permite... Yo también intercedí por ellas. Ahora las mujeres pueden acompañarnos una vez al año. La semana pasado incluso tuvimos un baile.

(Risas).

La semana pasada comimos arriba y abajo bailamos hasta no poder más. Incluso bailé con una... Ah, no, eso en el fondo no es asunto suyo. Porque no puedo hablar del club de puertas afuera.

Pero, señor, eso es, pues, conciencia social. La mujer quiere tener allí derechos que tiene el hombre. Ya entenderá usted que si me pongo así, dejaré todo en ridículo. Y soy un cómico espiritual. Porque todo, por muy poquito que se aparte de lo normal, señora, y lo realmente justo, lo convierto en... Será mejor que me conozca usted aquí bien y así verá luego que en las majaderías está mi profunda pena y la realidad, también para usted. Porque con solo apartarse un poco de lo normal, señora, yo esa situación la ridiculizo. Y entonces entresaco de allí la realidad para nosotros, los seres humanos. Y eso es arte, me dijeron una vez. Y por eso es que es así, porque hemos tenido cómicos sabios, y eran impagables. Si mañana me dan un trabajo en la radio, no duden de que los dejaré tirados, porque con eso ganaré dinero; con majaderías, verdaderas majaderías. Y entonces comenzaré, sin más, y repetiré como un loro lo que diga la gente. ¿No se ha enterado, señora? Vivimos en 1952. Lo contaré enseguida. “Oiga, ahora ya hay jurisdicción del gobierno, de nuestro parlamento, de que si hay guerra, tenemos que ser libres, sin la menor duda, porque, oigan, ¡de lo contrario no firmaremos la paz!”. Eso ya se puede leer. Y se tramitó, se transmitió por la radio. Lo leí anoche. Y, de verdad, estaba en el periódico. Si llega a haber guerra en Europa, señor, entonces primero tenemos que ser libres, oigan, de lo contrario no firmaremos la paz. ¿Entienden? ¿De dónde viene eso? “Entiende usted los matices?”, dice alguien. ¿Entiende el raquitismo?

El ser humano de aquí tiene un Dios y a Cristo, y ahora ya están decidiendo, señora, lo dice el periódico, los señores de allí, los ministros: si llega a haber guerra, no haremos las paces, mira por dónde, porque entonces Bélgica también tiene que ser libre. Hay que ver, ¿verdad?

Y si ahora resulta que en cincuenta años tenemos guerra, o en cuatro, cinco años... Piensan... Fíjense en esto. En la guerra lo vimos: ¡qué gente tan ingenua! Y eso que son ministros, catedráticos. Hay uno que arrastra el universo entero, ya no queda ni una sola estrella, ya no se vi ni un pequeño planeta, tiene la frente así de llena de conocimientos, porque ese cráneo también lo abren. Y entonces también hay de esto.

(Risas).

Sí, señora, ese cráneo se abre para mirar si ese hombre tiene un cerebro. Porque ese cráneo... Para eso tiene un bollito de esos. Y todo eso es conoci-

miento. Esa gente lo ha calculado de maravilla, señora, en 1940, en 1945. Inundaron Holanda. Y ahora van a empezar otra vez. Así que inundaron Holanda, sin problema, y luego había allí un general de esos, así, con cuatro estrellas. “Por allí no pasarán jamás”, dice. Dice: “Porque entonces se ahogarán, ¿no?”. Y: “Jamás pasarán por allí”. Y dedicaron cuatro días más para observarlo. Y estaba, estaba, estaba, no lo olvidaré nunca. Y entonces vino Adolf. Y el agua desapareció. Y habían puesto —fíjense— dos tablones en la carretera para detener esos tanques. Había un galpón pequeño de esos. Y el general que tuvo que saludar ante él.

Durante el servicio militar —han leído ustedes ‘Jeus II’, ¿verdad?— me tronchaba de la risa cuando ese hombre empezaba otra vez: “¡Atención!”.

Digo: “Déjeme en paz, señor”.

Dice: “Otra vez tú, ¿qué quieres?”.

Digo: “Señor, ¿qué quieres?”. Digo: “Déjame en paz. ‘¡Atención!’. ¿Eso qué es? Ocho veces, ¿qué tengo que hacer ocho veces?”

(Risas).

Si ese hombre ya se alteraba por nada, por nada, señor, por... Con esos muñecos, había muñecos. Digo: “Oh, oh, oh”. Y entonces el muñeco se ponía a gritar. Dice: “Maldito bastardo”. Miren, la realidad empezaba a hablar en mi interior.

Y ese tipo manda inundar Holanda. Y eso es exactamente lo mismo. Y entonces me río, de una vez... Ayer también. Dice mi mujer: “¿Y tú qué quieres...?”. Los vecinos podían oírlo. “¿Tú de qué te ríes?”.

Entonces me río todo el día. Digo: “Oigan, que nosotros no vamos a hacer las paces —que no, que no— si Bélgica sigue ocupada por los rusos, ¿de acuerdo?”. Ja, ja, mañana cargaré en las espaldas un cartel. Diré: “En cuatro días habrá guerra”. Y entonces desaparecen todos.

(Risas).

Y eso son catedráticos, médicos, señoras y señores. Para eso hay que convertirse en ministro de Guerra. Para eso hay que ser ministro de Asuntos Exteriores, porque si no careces de los conocimientos. Y no puedo evitarlo, pero yo nací con eso. Si alguien enderezara su sombrero, así... Y luego hay de esa gente que lleva sombrero, y se lo ponen así en la cabeza, pienso: ‘Pues, creo que a ese lo conozco, ¿no?’. Y entonces dicen: “¿Señor, usted de qué se ríe?”.

Digo: “Bueno, señor, así no se pone uno el sombrero, ¿no? Es que no usted no tiene ninguna gracia”.

Y me dice: “Pero entonces, ¿qué quieres?”.

Digo: “Un poco de medio lado, y al instante tienes otro carácter”.

No, oigan, es cierto. Y eso, señor y señora, y eso me hace reír, y entonces voy a...

Quizá se rían. Una vez hubo una señora aquí que dijo: “Voy a ver al señor Rulof, así me divierto de vez en cuando por la noche, aunque me echen un rapapolvo”.

Digo: “Es un honor para mí”. Porque yo también soy así.

Yo mismo les dije: en los cielos también se ríen. Hace poco les conté ese chiste de Gabriel. Pero en realidad debería haberlo contado muy diferente, porque ese chiste en el fondo fue así. Y yo a todo le saco... Los maestros también lo hacen, y eso es conciencia. Ese ministro tan raro me hace gracia, con esa frente tan grande, y un catedrático, y un médico, ya están diciendo: “Sí, mire, pero nosotros, nosotros no firmaremos ninguna paz, oiga. Porque entonces Bélgica y Francia también tienen que ser países libres”. Genial, al final nos ponemos de acuerdo. Ya lo hicieron en la guerra, por eso digo: han inundado Holanda. Han colocado allí una pequeña barca, para detener a los tanques. ¿Y tamaña conciencia ya se está dedicando otra vez a hacer la guerra? Esa guerra ya pasó. Y no hacen más que estar sentados alrededor de la mesa de juegos, y nos les da la gana.

“No”, dice, “eso lo hemos hablado entonces, en 1952, ¿cierto o no?, entonces estábamos ocupados en nuestro club, en (la plaza) Plein, y ahora estamos en esa realidad”. Ahora Bélgica sigue subyugada y no haremos las paces con Stalin. Vaya, vaya, vaya, vaya. ¿Y esa gente vive en 1952? Señora, esa gente ha estudiado, esa gente se ha hecho general. Sí, hay que ver, cuatro cucharones de este porte, aquí. Esa gente es doctor en economía, son ministros de Guerra, ahora ya deciden lo que quizá pase en cinco mil años. Entonces dirán: “Mira por dónde que no lo haré”. “Que no cuenten conmigo”.

Y eso es lo que ridiculizo. Y así está todo el universo reunido, esa es nuestra sociedad. Eso me produce risa. Todavía quería haberles contado eso otro, pero mejor lo dejo. Porque uno no llega a la inmaculada claridad. ¿Por qué no? Es conciencia animal. Así es como el ser humano pasa al lado de sí mismo. ¿No es así?

Hablamos los dos, señor. Hubo un general que tuvo que... lo apartaron. Ahora vuelvo a meterme, ya lo ven. Y ese hombre resulta que estaba en mi casa. Dice: “¿Podría hablar media horita con usted?”. Era el comandante en jefe del ejército y de la marina, el general... (dice algo inaudible).

Digo: “¿Qué desea?”. Digo: “Otra vez que venga aquí, vuelva de paisano”. Digo: “Porque la gente todavía piensa que tengo que ir al calabozo”.

Y entonces dijo: “¿Qué opina usted de la situación?”.

Digo: “Que a usted lo van a echar, nada más”.

(Risas).

Y cuatro semanas después tuvo que irse. Que se va. Que ya tenían otro. Bueno. Digo: “Señor, ¿lo ve?”. Digo: “¿Cómo es posible?”. El jefe supremo de la tribu de los indios en nuestro pueblo viene a verme, a un cartomántico,

para saber cómo resolver el lío. Es conciencia social castrense. Haga lo que pueda con eso, señora.

Ya sé que soy un rebelde. Pero es divertido, oiga, señora, es cierto. Que lo pongan ya en los diarios. Holanda entera se puso mala por eso. Porque en la radio también se dijo. De verdad que no soy yo el único. Pero una persona biempensante dice... Mire, en Estados Unidos la gente dice... Allí hay días enteros en que no oyes otra cosa que: guerra, guerra, guerra.

Pero ahora nosotros también lo tenemos. El viento lo ha traído a Holanda. La psicosis, el hipnotismo ya está metido. La masa ya está sometida a esa influencia, porque cada semana hay una emisión gubernamental y entonces nos explican las cañones y los fusiles, cómo quieren hacerlo.

Si esto lo dice uno de puertas afuera, en la ciudad, resulta que eres comunista. Pero yo no lo soy. No quiero tener que ver con el comunismo. Pero ese pensamiento pragmático, inconsciente, psicopático lo... convierto en una broma. Porque es la sagrada verdad. Y ahora será arte.

Bueno, bueno, bueno, me reí en plena cara suya, de los señores.

Viene a verme de todo. Almirantes, la personalidad más elevada, no un contralmirantito, no, más alto todavía, viene a verme: “¿Me permite...? Qué honor para mí que pueda hablar por fin media horita con Jozef”. Y dos semanas después estaba sentado al lado de la reina. Pero a mí también venía a verme. Digo: “Dígale a ella que viene usted a verme. Quizá entonces ella también venga. O iré yo, y entonces me dará mis dos millones de florines”.

(Risas).

Sí, pero ahora se ha acabado. Mire, eso es pensar, eso es pensar. Es ver esas majaderías, vivir la realidad y hacer algo con ellas.

Una vez vino a verme una mujer, y dice: “Ah, me gustaría que ese hombre mío tuviera una pizca de usted, así me tocaría al menos un poco de alegría”.

Digo: “Si le inspiras, lo hará”. Sí.

Cuando las señora empiezan a inspirar y a infundir alma a los caballeros, entonces estamos rebosantes de vitalidad espiritual.

¿Cómo lo dije?

Y entonces adquirirán su ‘Poesía y verdad’. Por las mañanas, a las ocho, con el té, ya estamos componiendo poesía, entonces reciben ustedes de inmediato... Nosotros explicamos las leyes, señora. Y cuando me reciban a mí, ese té ya llevará mucho tiempo frío, porque lo voy a reconducir a la luna. Y entonces, claro, ya no sabe bien.

¿Les conté esta anécdota? Mi mujer me dice en la cocina: “Vigila un poco la leche”. Y estaba encima, así. Sí, eso la gente ya lo sabe. Pero, bueno, es divertido para los demás. Que sí. Y que estoy mirando así y pienso: ‘Hay que ver lo maravilloso que es eso, porque así lo vi en el espacio’. El espacio se dilataba. Y entonces hubo división y personalidad. Me voy a la otra habitación,

digo: “¡Se está saliendo la leche!”.

Y me dice ella: “Pero ¿para qué estás allí?”.

Digo: “Ah, sí, estaba haciendo cosas en la luna”. Adiós.

Si usted tuviera semejante marido, señora, las cosas no marcharían, sufriría pobreza.

Pero ahora vamos a seguir. Así que eso lo he explicado.

(Jozef continúa):

“¿Cómo explica usted esta actividad incrementada de la mujer de este siglo?”. Ahora ya hemos llegado al punto, señora... Ya entenderá usted que realmente todavía no estamos avanzando. Claro, si se abandona a una madre con dos niños pequeños, y eso también lo hay, a la madre no le queda otra que trabajar. Si el hombre deja sola a la madre... No entiendo cómo se puede hacer eso. No puedo concebir que un ser humano, un hombre o una madre o una mujer, a su sangre, o a su vida... Una vez escarbé mucho en eso. Vino a verme un señor de esos, digo: “Pero, señor, Dios mío, Dios mío, ¿cómo es posible? No entiendo que eso sea posible”.

¿Ustedes son capaces? Si usted se va corriendo, señor, no es tan divertido. Señor, entonces no es tan divertido. Entonces de todas formas no me dará la razón, ¿entiende?, no me dará la razón.

Pero esas madres tienen que entrar en la sociedad para cuidar de esos niños. Y he tenido de esas madres que lo hicieron y que lo pudieron hacer. Y cuando el niño por fin cumplió los veintiún años, ella recibió una bofetada en plena cara. Y entonces dijo: “Ahora resulta que encima soy una canalla”. Resulta que el muchacho había sido influido por esto y aquello en esa oficina. Y la madre, que había tratado a sus hijos de una forma tan sangrienta, ya no tenía nada que decir. Recibió un golpe y se desplomó. Viene a verme, que había leído un libro. Digo: “Sí, hija. Sí, madre. Siéntate. Vamos a hablar”. Digo: “Pero si todavía te quedo yo. Y hay otra gente que la entiende y siente, ¿no?”. Con un tecito. Toda la tarde fuera de casa, tan a gusto. Pero conseguí que levantara cabeza. Y ella que se va. Digo: “Déjalo estar, luego ya lo enmendará”.

Pero no es tan sencillo cuando la madre recibe la paliza de tal y cual forma, de sus propios hijos. La recibes por la amistad y por todo.

Pero cuando la madre... Vuelvo a decirlo. Allí tienes otra de esas mujercitas militares, no las sopor... Claro, eso no debe ser. Pero cuando están allí, y encima quieren hacer esto, no puedo evitar reírme, porque entonces opto por mejor mirar las falditas. Una vez me quedé mirando una, así, y no hacía más que mirar esa falda. Pienso: ‘Algo falla allí’. Miren.

Dice: “¿Qué mira usted?”.

Digo: “¿No está permitido en esta sociedad? ¿Mirar?”. Digo: “Pero hay algo que no encaja. Porque yo también hice el servicio militar”. Pienso: “Como para que eso existiera en mis tiempos”.

(Risas).

Y dice: “Otra vez más y voy a la policía”.

Digo: “Señora, sigue estando permitido mirar en la naturaleza. Pero aquí la naturaleza ha desaparecido”. No son más que tinieblas por todas partes. Sí. Y luego resulta que son militares.

Señora, ¿no le apetece, mañana? ¿Con una jeringuilla de esas?

Mire, se despilfarra a la madre. La educan socialmente. Mientras que, oigan, mientras que cientos de miles de hombres, tipos jóvenes, no tienen nada que hacer. Para eso necesitan a la mujer. ¿El matrimonio? Pues, claro. ¿La maternidad? Señora, todavía vivimos en una conciencia animal. La sociedad todavía no ha cambiado. A esas mujeres yo las... No quiero ridiculizarlas, porque, además, es cosa de ellas lo que quieran hacer. Pero yo digo: “Señora, su naturaleza ha desaparecido”.

“Ah, ¿es él aquel?” Pues, ella que se larga. Muy bien.

Creo que en esa...

(Jozef continúa):

“¿Tiene que ver esto con las diversas encarnaciones como hombre que ha vivido la mujer de ahora?”

Señora, hemos tenido el mismo número de vidas, usted como mujer y madre, porque yo soy más madre que creación. Porque si usted quiere ser médium, o instrumento para algo, ¿qué tiene que hacer entonces? Si quiere tocar bien el piano... Siempre le podré enseñar alguna cosa.

Vino a verme una señorita que tocaba el violín. Me dice: “No llego al sentimiento”.

Digo: “No, no eres tú misma. Deberías olvidarte de ese hombre en tu interior. Tienes que tocar esas cuerdas como una madre”.

Y ahora vive en la madre una conciencia creadora, porque todavía no es madre. Ella acaba de salir de ese cuerpo y está ahora con un violín en la mano, tiene sensibilidad para el arte. Pero es árido como el desierto. No, es masculino. Es demasiado duro. Lo enfoca de esta manera. Pero tiene que volver. Tiene que ser capaz de olvidar este sentimiento —fuera—, si quiere tocar la cuerda maternal. Y eso es el pedagogo para el arte, el violín, la música, el piano.

Había un señor dando golpes como una mujer, así. Y entonces dijo esa mujer: “Pero dale unos golpes”.

Digo: “Señora, debería estar agradecida de que ese hombre toque con tanta dulzura”.

“Sí”, dice, “es que parece mi abuela”.

Pero él estaba repiqueteando como... así...

Mira, en cambio, a otra persona. Una mujer que viene y zas. Eso es —el que hace las reseñas—, eso es pedagogía, ¿no, señoras y señores? Ya lo pueden

ver: todo eso vive en el ser humano. Es paternidad y maternidad. Pero cuando la madre se elimina como madre real del alumbramiento, ya no queda mucho. Aunque hagan de usted, como madre, mañana, una contralmirante —¿o tal vez se llame de otra manera al ser madre?—, pero entonces para el espacio seguirás siendo nada. Y por eso no tengo respeto por esas vidas, no puedo remediarlo. Para mí son como una San Nicolás maternal.

Bueno, bueno, lo que me reí, disculpen. Que llego a casa de una pareja, él era comandante, ella teniente. Ella habló toda la noche de cómo limpiar un fusil. Y dice: “Claro, castigué a cuatro”. No hablaban de arte. No hablaban de Dios ni de Cristo. Hablaban de subfusiles, de cómo se limpian esos cacharros. Él la instruía a ella y ella, lógicamente, lo repetía por las mañanas. Qué bonito, ¿verdad? Bonito matrimonio. Esos solo besan con granadas. Vaya, vaya, vaya, vaya.

Señor, ¿le seduce tener una capitana así a su lado?

Sí, lo ridiculizo; señor, es ridículo, porque la sociedad entera es ridícula. Y estos están mucho más locos que Picasso. Basta con mirarlos bien. Ay, ay, ay. Un ser humano, un hombre en este ámbito, con un poco de sentimiento para el despertar espiritual, la cordialidad y el amor de cara a Jerusalén... Ya no queda nada de eso, señor. Cuando uno piensa que tiene un corazón, un cálido corazón latiente, en sus manos, resulta que hay un tanque por medio...

(Risas).

... que hay un tanque que está latiendo. O llega un... Ella está soñando de pronto y está segando la vida de cuatro mil rusos, así como así. De verdad. A mí denme... Bueno, es que puedo seguir toda la noche, pero lo dejo.

Aquí tengo: “Una mirada en el más allá’, parte 2, página 106. Una madre descendió de las esferas para ir a visitar a su hija, gravemente enferma”. Es hermoso, ¿verdad? “Ella, la afortunada, sufría, porque su hija se había olvidado”. Señora, la de madres que ven eso. “Porque veía que su hija iba a morir y que iría a las esferas oscuras, y que por tanto estarían separadas mucho tiempo”. Eso es lo peor que hay. “Mi pregunta es: como espíritu feliz ¿se sufre igualmente que el ser terrenal?”.

Señora, es usted espíritu. Sus sentimientos son exactamente iguales detrás de la materia. Es usted madre. Y ahora llega usted al otro lado...

Hace poco tuve aquí a un señor, un padre y una madre, y ese señor está aquí, lo podrá confirmar enseguida, dice: “Sí, ahora el señor está en la cárcel. Cuatro meses”. Y da igual que uno hable así o así, señora, da igual.

En la guerra, yo conocí a esa gente, entonces el chico al llegar a casa dijo: “Y ahora a ver si me dices algo más. Ahora mando yo”. Llevaba un vestidito tan hermoso. Y dice el padre —hace poco se lo conté—, dice: “Vamos, tú, sube conmigo, tengo algo bonito para ti”. Dice: “Cuadra a la perfección”.

“¿Ah, sí, padre? ¿Tiene algo para mí?”.

Dice: “Sí, tengo algo bonito para ti”. Pero arriba le metió una bala en la cabeza. Dice: “Madre, no puedo remediarlo, ahora voy a ir a la policía, pero de otra manera también nos habríamos hundido, porque está poseído”.

No, eso no lo hace cualquiera. Pero sientan ahora la pena de este espíritu. Ese hombre... Dije aquí en la tierra... “Sí”, entonces dijo, “mira, te hemos educado, hemos hecho esto. Pero ¿se nos permitirá vivir una sola felicidad?”.

“Bueno, ¿qué quieren?”.

“Lárgate de aquí y déjanos en paz”.

Entonces ya hay que ser muy fuerte. Hay tantos, tantos millones de dramas, señora, entre padres e hijos en los que los padres reciben los palos. Así que no hace falta ponerse a buscarlo muy lejos. Ya lo viven aquí.

Y si ese capitán puede decir: “Oye, muchacho, tengo algo para ti...”. Tendrá que enmendarlo, porque ese padre tiene que volver por su hijo para volver a darle nueva vida. Tiene que hacerse madre. Ese hombre, ese capitán, vive, tendrá que esperar por lo menos cuarenta, cincuenta, sesenta mil años antes de llegar allí. Porque hay millones de estados que van antes. Y ahí estás. Su desarrollo... El tiempo, esos cuarenta mil años, vive en el mundo para el renacer. Así que uno se... uno se expulsa completamente de la vida, durante cuarenta mil años. Ya no tiene una vida ni muerte. No tiene nada de nada. Solo vive en una... vive en una atmósfera espiritualmente vacía, porque ha transgredido las leyes de la existencia. ¿No es horrible?

Bueno, y una madre en el otro lado. La madre, señora, ahora viene, la madre... Hemos escrito allí sobre gente que ya vive en la primera esfera. Y ahora, esta noche, les puedo enseñar algo, además de la diversión que ya les di. Pero si de mí depende, soy tremendamente duro. Y eso no es ser duro. Ya me lo han vuelto a recriminar.

Le digo a alguien: “Pero sea un poco más suave, señor. Debería hacerlo paternalmente”.

“Sí”, dice, “pero a la Irma ni siquiera le diste una horita”.

Digo: “No tienes que devolverme el golpe, señor. Porque hablo de ti”.

Bueno, a ese hombre no le diré nada más en toda mi vida. Te devuelven el golpe.

Había alguien, tiene algo y entonces se pone a jugar a ser rey. ¿Cómo quiere ponerse a jugar a ser rey en la fábrica cuando esa gente tiene que aprender algo de usted? Solo quería contarle eso.

“Debería hacerse un poco paternal. Debería acoger a esa gente”. No pueden, señora, te devuelven el golpe. Digo: “Sí”.

Pero esto es, señora. Si digo “sí” ya no será nunca “no”. Si se trata de asuntos divinos, de la palabra, de la ley “sí”, vaya entonces y yo no le daré un “no”. Ya podrá usted matarme de un tiro y quemarme vivo, pero yo no le daré un “no”.

Si usted hace una chapuza de esto aquí, señora, señor, y yo le doy mi amistad y usted la destroza, ya no me tendrá nunca. Sí que estaré abierto, pero no me conseguirá. Estoy hablando con usted, señor, y podrá recibir lo que sea de mí, y pensará: 'Vaya, pues sí que lo ha olvidado'. Señor, allí no me meteré más, porque entre nosotros siempre seguirá habiendo eso. Porque conozco las leyes: primero tiene que resolver usted eso. Si ha hecho usted algo malo... Bueno, habrá tenido media horita divertida, y entonces esta noche le meteré un poco de miedo, también, entonces esas balanzas volverán a acercarse.

No le hablo a usted, señora, me dirijo a la masa y al mundo. Pero cada pensamiento equivocado que se refiera a la personalidad del ser humano, los sentimientos de Dios, y si hay problemas, entonces hay que suavizarlos por sus propios sentimientos, y eso es: amor.

Ya vi que se sorprendieron la semana pasada, señor, arriba. Sí.

Miren, pero ahora el espíritu. Y el ser humano que vive en la tierra y que no es así, señora —son los sentimientos de esta madre—, sufre muchísimo. "Hace poco"... dice el texto. El señor ha escrito una hermosa pieza. El médico, el médico de cabecera, dice: "Voy a un enfermo". Y entonces dice ella: "Sí, sí, ay, eres un buen muchacho, el mejor". Bueno señor, entonces ella, esa madre, se había puesto a hablar a la chaqueta de su hijo. Lo habían matado de un tiro en la guerra. Y ahora esa mujer estaba chocha, era una niña. Al final de ese capítulo dice ese médico: "Deberían hablar alguna vez que tengan tiempo, señor y señora, con esa niña". El niño... adiós... Derrumbada por la pena. Psicopática. "Ay, ese mundo terrible", dice. "¿Y por qué es que tiene que hacer eso mi hijo? ¿Y por qué? Mi hijo no quería. ¿Y por qué han matado a tiros a mi hijo, a mi muchacho querido? Y es que él no quería mancharse en ese follón... No quería disparar. ¿Y por qué lo han matado ahora a...?". Y así sin parar. Eso pasó en 1943. Y ahora esa madre sigue así, en 1952.

Señora, esa madre es inconsciente. Y ojalá pudiera uno alcanzarla diciendo: "Ese hijo suyo vive, y vive allá".

Pero ¿por qué han surgido locos religiosos? Teníamos esos muchachos de la iglesia, esos pastores protestantes y esas criaturas rotas por un poco de amor... Cuando no hay conciencia ni el sentimiento y pensamiento social para la sociedad, ni para uno mismo ni para el amor ni el matrimonio ni nada, ni Dios ni Cristo, entonces ya comprenderán que la criatura, el espíritu, está mal informado y termina todo hecho trizas. Y si hubiéramos podido acoger a toda esa gente con esta doctrina, señor, entonces no habría locos. Porque entonces habrían seguido, ¿verdad?

Ese pastor protestante que sigue estando en Rosenburg y al que se le extravió la escala, ya habría estado hace mucho sentado en la mesa con Jehová. Porque lo conocía. Pero es imposible disolver este dolor y pena, señora, porque los sentimientos del ser humano... esa personalidad es inconsciente. Y

ahora el ser humano sufre por sus propios sentimientos.

El maestro Alcar también dice: “Más tarde, para la cosmología, tendré que explicar todo de nuevo y entonces eso también lo sabrás, André”. Dice: “Pero estas son las pruebas, porque esa gente vive aquí. Y todavía no han llegado al punto en que puedan decir: ‘Sí, es cosa de mi criatura hacer lo que quiera’”.

Pero ahora voy a darles otra vez algo hermoso y está más elevado. Fallece una madre y la criatura está... una criatura está en la cama en el hospital, o en casa, y está librando una enorme lucha con el sistema nervioso o que un tumor interno, los dolores son terribles. Y eso lo sabe la madre, y lo siente, y lo siente el padre, y naturalmente, ese vínculo existe, ese amor existe. Y regresan para intentar hacer disolver esos dolores. Y entonces una madre sufre igual que si la tuvieran aquí. Y lo atraviesan con la mirada, ese pequeño carácter —antes no— y ahora tienen aún más pena. ¿Por qué? Porque ven lo que viene después.

Hoy la gente vuelve a ser buena, fuerte y feliz. El médico los ha puesto a punto. Y mañana el ser humano vuelve a patearse. Porque piensan de forma equivocada. Sí, sí —ese estudio vendrá ahora—, el ser humano se destroza a sí mismo por su pensamiento equivocado. Y ahora la madre siente tristeza. Pero si se alcanza la veracidad espiritual, señora, entonces se disuelve la tristeza, porque ahora sabemos: es usted una personalidad propia, tiene que hacer que despierten esas cosas para usted misma. “No puedo ayudarla, hija, es una faena; eres mi hija, te he dado a luz, pero aquí, donde vivo ahora, tengo a millones que son míos. Volveré a ti con centenares de madres y padres. Y todos te amamos”. Y ahora se disuelve... ese amor humano terrenal insignificante, pequeño, pequeño se disuelve en el amor universal, señora, y ahora ya no se trata de gemir ni de cargar de cara al ser humano terrenal. Y resulta que eso es duro. Cuando decimos: el espíritu no hace caso a nada porque usted ande aquí gimiendo y temblando por dentro. Eso, pues, es todo todavía desde un punto de vista humano, físico. Pero la personalidad espiritual se endurece. No, señora, se hace veraz. ¿No es algo que merezca la pena? Sabe que yo a usted, por dentro, esa lucha... Yo podría elevar a los seres humanos, y esto y esto y esto y esto, y poder darles algo tan poderoso con que solo empezaran ellos mismos. Sí. Y ahora a pensar. A pensar, a pensar y a pensar.

¿Lo comprende, señora?

(Señora en la sala):

—¿Quiere decir usted que esta madre no había alcanzado ese punto todavía?

—No. Esa madre está en la primera esfera, ha alcanzado la luz, pero le faltan todavía el sentimiento y pensamiento cósmicos. Porque en la primera esfera sigue habiendo bastante gente que está gimiendo, señora. ¿Es que no leyó que tuve que hablar allí, como André, digo: “Soy de la tierra. ¿Qué

quiere esa gente?”?

Dice: “André, aquí puedes ver por todas partes esos pequeños clubes. Siguen pensando de forma terrenal, pero tienen sentimiento, y vida, y luz”. Dice: “Allí convenceremos a la gente”.

Y todo eso lo hacen ustedes. Es igual que en la tierra, pero entonces siguen siendo terrenales, piensan y sienten ustedes de forma material. Qué sencillo es.

Pero si llegamos al espacio, a la cosmología, sí, miren, entonces mi palabra será ley. Si alguien me engaña, y me pega, y me pateas y esas cosas, y tienes que ver aquí con cosas, las terminas para Dios y Cristo, pero cuando uno mismo hace todo añicos, si destroza todo lo habido y por haber...

Vino a verme otra persona, me dice... Sí. Ahora, menudos golpes que ha recibido ese señor ahora, cinco años después, y entonces ya quiso volver a estar con su mujercita de siempre, ¿verdad? Y dice ella: “¿Qué haré ahora, señor? He leído sus libros”.

Y entonces no puedo decir nada. Pero puedo responderle de inmediato. Sin embargo, no tengo permiso para decirlo, si no ella actuará por mi fuerza. Es peligroso, ¿no les parece? Pero entonces deberían fijarse en cómo hablan los demás loros y psicólogos, que no tienen más que opiniones a las primeras de cambio. Aquí tiene que decidir el propio ser humano, si no, lo hará bajo mi autoridad, bajo mi pensamiento y sentimiento. Y ella no tiene las leyes. No tiene el sentimiento. Todavía lo tiene que asimilar. El ser humano, señora, no habla nunca para Dios. Si hay que dar opiniones, los maestros callan.

Qué hermoso, ¿verdad, señor?

¿No es sorprendentemente justo, espiritual y espacialmente justo? Digo: “Señora, no la puedo ayudar”.

“Bueno”, dice, entonces empezó a llorar, dice: “Es horrible”.

Digo: “No me está permitido ayudarla”.

Y entonces se cabreó. Empezó a contar una historia. La miro, pienso: ‘Mira por dónde’. Y entonces se puso a contar la historia de otra persona e introduce en aquella su propia situación: “¿Qué haría usted si...? Me encontré con tal y cual persona y...”.

Digo: “Mira”, y entonces se lo dije sin dudar, digo: “en primer lugar le doy un diez”. Digo: “Señora...”.

Entonces dijo: “Señor Rulof, gracias, le compro dos libros. Pero ahora lo sé”.

Y entonces lo había llevado al mundo de una forma tan gloriosa, estábamos hablando en general y yo a ella no le respondí. Digo: “Se me permite analizar esa ley”. Y entonces sí que lo supo. Pero a mí no me estaba permitido dárselo. Pero era ella. Y entonces lo supo.

Dice: “Ese ya no entrará nunca más en mi casa”. Dice: “Y ahora mi palabra

es 'no', y seguirá siendo 'no'". Y dice: "Ya se puede poner a sollozar y a gritar y a llorar, pero en dos meses estaré... Y aunque él... Bueno", dice, "voy a ayudarlo". Y dijo: "¿Sabe usted lo que voy a recibir, señor? ¿Y qué clase de amor que me da? Ese ahora sabe lo bien que estaba conmigo".

Sí, señora, y así vienen todos esos loros, esos caballeros. Si es usted así, estaremos mañana a sus pies. ¿Verdad, hombres? Pero mañana inclinaremos la cabeza, señora, si hace saber usted que todo es personalidad. Porque la personalidad, la palabra, es ley. Pero la personalidad tiene la tierra y la humanidad.

¿No es así, señor? Señor Reitsma, ¿no es así?

Debería usted leer libros de los escritores más destacados, los pensadores más destacados, de los filósofos. Y entonces es: una palabra es ley. Y entonces uno es tan duro, señora. Porque no tenemos que ver con esas desgracias, eso ya pasó. Y entonces debería oír usted cómo llega la fatalidad cuando habla la compasión. Las tremendas palizas que recibe esa gente ahora. Entonces dicen: "Ay, ay, ay, ojalá nunca hubiera empezado con esto, ahora ese bicho está empezando otra vez". Y ahora es mucho y mucho peor. Y ojalá hubiera dicho usted: "No, y mi no es 'no'". Al ser humano se le puede comprar por cinco centavos, señora. No cuando se siente y se da compasión ni cuando el ser humano hace algo por compasión, porque eso va al amor. ¿Entienden? Pero la compasión, según dicen nuestros libros, es una debilidad de la personalidad. Y esa se estrella y rompe todo, lo oscurece todo. Por eso fui tan duro. Porque había dado mi palabra a otra persona y entonces ya no se la puedo dar a nadie más. Mi palabra es "sí". Si ustedes mismos la destrozan, yo ya no la puedo cumplir; entonces mi palabra muere en ustedes, pero no en mí.

Qué hermoso que se vuelve a poner el matrimonio, señor, ¿no le parece?

Vaya, ahora besamos de otra manera, decían allá en el espacio, y entonces el ser humano se fue elevando y se fue al Gólgota. Sí. Y entonces hubo silencio. Se fueron tomados de la mano, él y ella. Pero también hubo una vez que vino a verme a ver una pareja, señora, y él que viene a preguntarme: "Oiga, señor Rulof, debería decirle un par de cosas buenas de mí a mi mujer; me esforzaré al máximo, sin duda".

Le miré directamente a los ojos. Digo: "Eso le va a costar...", tenía dinero de sobra, ¿entienden? Digo: "Eso le va a costar tres mil florines, señor, lo que hago ahora".

Y dice él: "Aquí los tienes, ahora mismo".

Digo: "Estupendo". Digo: "Señor, sí que vamos a acordar esto: si luego vuelve usted a negarse, le meto un balazo en la cabeza. Bueno, todavía me merece la pena. Me apaño con esas leyes. Pero para mí tú estás acabado".

Y entonces acepté esos tres mil florines, porsiacasito. Porque los iba a recuperar de todas formas. Se los di a ella, digo: "Mejor aparta eso".

Y vino a verme dos días después, digo: “Hija, inténtalo”.

Y dice: “Bueno, es que no es cualquier cosa lo que me impone. Si lo dice usted, o los maestros...”.

No, eso los maestros no lo quieren. Digo: “Ya tengo tres mil florines para ti”. Digo: “Si empieza otra vez, lo echas de casa, entonces al menos te queda esto”.

(Risas).

No, tampoco es que yo estuviera tan loco.

Pero ese hombre sigue vivo, y ella también; luego tuvieron dos hijos; viven en la gloria del Señor. Él ya no incumplió su palabra nunca más. Le sigo dando todos los días mis pequeñas orquídeas. De vez en cuando nos cruzamos; ya ni los miro. Digo: “Ahora hagan lo que quieran, ya no verán nada mío”. Pero alguna vez me hubiera gustado preguntar: “¿Todavía tienes esos tres mil florines?”.

Así es como he ensamblado a la gente. Los he ensamblado, señora. Él: “Ah, es tan hermosa”. Y ella: “Sí, es un tipo genial, pero nos peleamos todos los días”.

Señora, ¿qué clase de psicología es esa? Gente lista, que ha estudiado. Además, él tenía un título, encima era doctor, pero no lo sabía. Y ella era una artista, una buena madre. Digo: “Señora, en una sola semana la curo a usted, y a él también”.

“¿Qué tengo que hacer?”.

Digo: “Callarse”.

Y entonces vino él. Le digo: “Y usted a callarse también”. A él.

Y entonces se pusieron a callarse los dos. Cuatro días. Digo: “Solo dirás ‘sí’ y ‘amén’. Mira cuánta desgracia metes entre lo humano normal y corriente... lo que introduces allí. Y de un cielo haces un infierno y unas tinieblas. ¿Qué tienes que ver con esas majaderías, y con esas irritaciones? Lo que tienes que tener es más camaradería. Y educación”.

Bueno. Una semana después dice: “Dios mío, Dios mío, mujer, hay que ver lo estúpidos que somos, ¿verdad?”.

Y ella: “Qué bien que lo veas, marido”.

Sacaron una botella de champán y se fueron al teatro. Y tuvieron otro hijo más. También ellos siguen viviendo, señora, felices y en paz. Ya les gustaría saber dónde viven, ¿verdad?, pero mira por dónde, no lo diré.

Pero así es posible acoger al ser humano en una cosa pequeña, por medio de algo, siempre que uno sepa cómo, y es posible llevarlos a la inmaculada claridad, al pensamiento, si existe la voluntad y el sentimiento y la seguridad, señora. Y que una no se deforme a sí misma por la otra. Porque el ser humano terminada destrozado por la compasión, por la debilidad de la personalidad.

Y eso es así exactamente en el otro lado, pero aquí es donde lo podemos aprender. ¿Lo entienden?

Opto por mejor ir entretejiendo esas cosas, para que así puedan ver cómo esa gente, cómo se puede acoger todo ese sufrimiento; porque en la sociedad se padece mucho sufrimiento. Y sobre todo el matrimonio es tan poderosamente hermoso. Pero el ser humano no lo entiende. Hay que preparar a la madre para el hombre, y al hombre para la madre. Sí.

Y ahora a jugar con tostadas con granos de anís confitados (típico dulce holandés para celebrar el nacimiento de un bebé). Los domingos por la mañana, bien pegaditos, qué gusto. Sí, sí. Y dejar hablar al pastor protestante sobre la condena. Después se vuelve a destrozar. Y no queda nada de todo eso.

(Jozef continúa leyendo):

“En las esferas oscuras, donde André ve una cantidad infinita de dolor, pregunta: ‘¿Terminará esto algún día?’. El maestro Alcar contesta: ‘Algún día vivirán aquí santos’”. Sí, entonces se disolverán las tinieblas. “Mi pregunta es: aparte de que entonces el ser humano habrá cambiado por completo, ¿habrá allí también un sistema solar?”

No, señora, no ha acertado. Son los infiernos los que se disolverán. Ya no habrá psicópatas. El mundo, este macrocosmos, vivirá alguna vez que hay gente que no piensa jamás mal, porque conocen las leyes. En cien mil años ya no se robará, porque ya no hará falta, el ser humano ya tendrá de todo. Ni los agentes ni la policía harán falta ya, porque el ser humano no hará nada malo. Y, naturalmente, se disolverá la disarmonía entre el mundo de lo inconsciente y del ser humano terrenal, y volverán a ver luz en esas tinieblas. Pero eso no son sistemas solares, señora. No son soles materiales. Pero esos soles espirituales, ese sol espiritual en el ser humano irradia ahora su luz, y ya no habrá tinieblas. ¿Lo entienden? ¿No es hermoso, señora? Qué bonito, ¿verdad? Otra pequeña orquídea de esas. Le costará diez céntimos esta noche, oiga. Ah, no.

(Jozef continúa leyendo):

“Hace unos años pregunté cómo la creación pudo generar, sin liderazgo, infaliblemente, seres humanos, animales, planetas etcétera. Entonces comprendí que fue posible porque todo es divino. ¿También es que al comienzo todo estaba presente? Porque hubo diversidad y no una sola especie, como por ejemplo de la semilla de la caléndula solo puede salir una caléndula”.

Señora, ¿asistió el año pasado en Diligentia a las conferencias sobre la creación? Y, claro, ahora se pone usted a analizarlo humanamente, y así llega a estas preguntas, y entonces dice usted: ¿de dónde salió esa infalibilidad divina?

Señora, la gente que está sentada aquí, y así tenemos en Europa millones de personas, son de un solo colorcito. ¿Entiende? Así que millones de personas representan a la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’

en rulof.es). Y cuando nos ponemos a descender desde el más elevado, es el organismo más elevado, con la gente de color... Los negros (cuando se celebraron estas noches informativas, de 1949 a 1952, la palabra “negro” era una denominación habitual para alguien de piel oscura) que saben cantar tan bonito... Un habitante de la jungla no tiene la voz de un Robeson (Paul Robeson, 1898-1976, barítono norteamericano). Hay timbres... Hace catorce días el maestro Zelanus ofreció una poderosa conferencia sobre el timbre de la voz. ¿Verdad, señor? La gente decía: “Ay, ay, ay, eso ha desaparecido; ojalá lo hubiéramos grabado”. Ahora lo están grabando de nuevo allá. Los negros ya tienen el timbre del ser humano, dice usted: que el negro ha recibido y vivido el estadio adulto, el organismo, de la madre tierra, con la misma pureza cristalina que el ser humano blanco (véase el artículo ‘Anti racismo y discriminación’ en rulof.es). Y eso es cierto, señor.

Si retrocede un momento a la jungla, solo tienen esto: jejewuhbhuhuh. (Los primeros seres humanos en el primer grado de vida todavía no usaban una lengua). Pero no vienen... Ese sonido tiene exactamente la conciencia y el timbre de los sentimientos. Pero está en el organismo.

Un negro, sin embargo, no. Fíjense. Escuchen a Robeson, y todos esos diferentes negros. Un timbre como solo puede crear la naturaleza, dicen. Pero no conocen el estado ni la profundidad, de por qué ese negro tiene una voz, y por qué nosotros tenemos una voz que suena a carbón molido. Eso significa que el ser humano desciende desde lo más elevado, que regresa a la conciencia más baja. Y así es el organismo. Así que se produce la división para la naturaleza: de un solo grado salen, a su vez, más grados nuevos; la naturaleza tiene una profundidad en millones de grados. El reino animal es mucho más difícil de analizar que el ser humano con su subconsciente, sentimientos, paternidad, maternidad, renacer. El reino animal es cien millones de veces más profundo.

No tenemos creación posterior. Pero el reino animal... es horrible. Ni siquiera lo tiene el ser humano.

¿Tenemos creación posterior, señor?

(Nadie dice nada).

Tenemos creación posterior; cuando el ser humano se ensucia, empezamos a tener piojos. Y eso es creación posterior. Quiero decir esto: el reino animal se ha densificado y ampliado millones de veces. Y no se puede ampliar más que en un solo estado. ¿Lo entienden? Los biólogos no quieren saber mucho de eso, ni los geólogos, pero los psicólogos no saben nada de esto, nada de nada. Y esos se consideran teólogos. De modo que, naturalmente, Dios se ha dividido como entidades. ¿Lo entienden ahora? Dios se ha dividido...

Aquí tengo todavía una larga carta del señor Berends, pero, claro, ya no me va a dar tiempo.

Dios se ha dividido por entidades, y eso es un grado de organismo, con sentimientos, que volvió a dilatarse, para la propia especie, para la familia, se dilató, sin embargo, y así al final sí que se puede ver y vivir cada entidad.

¿Está claro? ¿Ya lo saben ahora?

Gracias, entonces, sinceramente.

Aquí tengo: “Hay que perder algo de la personalidad para querer vivir las leyes divinas”.

No, señor, ya le gustaría.

¿Qué queda entonces de esa personalidad, si quieren perderlo? Tiene que decirlo de otra manera. Tiene que decirlo así...

Tenemos que perder algo de la personalidad para querer vivir las leyes divinas.

Hay que despertar la ley divina en nosotros por medio de la personalidad. Y si ahora nos elevamos por encima del sentir humano, de la comunidad social... Si se esfuerza usted al máximo por su jefe y su trabajo, señor, es algo que le resbalará a esa alma divina en usted como vida divina. Porque seguimos sin hacer otra cosa que trabajar por la comida, para nuestra comida. ¿Cuándo despertaremos algo en nosotros que dé una conciencia más elevada a nuestros sentimientos y pensamientos divinos, no, a nuestros pensamientos y sentimientos animales? Y para eso solo hay que darse de forma amorosa y armoniosa en la sociedad. Es por lo que se les paga. A mí también.

Esta noche les estoy ofreciendo cosas bonitas. Espero que también surja un nudo, ¿entiende?

En el fondo, hay que ver qué clase de diablo crematístico es ese... Pero yo no lo soy, señora. Es ese Jeus. Quiere ir a esa feria, dentro de mí. Siempre me peleo con Jeus. Jeus quiere ir a esa feria —y entonces habla, es educado— y siempre estará al acecho de unos pocos céntimos más. A que lo pensaba, ¿verdad?

Señor Berends, ¿entiende usted...? Tenemos que perder algo de la personalidad. No, hay que infundir alma a la personalidad, darle espacio, darle fuerza, amor, para querer vivir las leyes divinas. ¿Está claro?

(Señor en la sala):

—Desde luego.

—Estupendo.

(Jozef continúa leyendo):

“Y el alma tiene que ser despertada por los maestros”. No, señor, por usted mismo. “... el alma tiene que ser despertada por los maestros para vivir la vida interior”. Solo faltaba que un maestro me tocara para que por dentro me... No es posible que me despierte. ¿Quién quiere despertarme? ¿Quién? Tengo que hacerlo yo. Yo soy esa entidad Dios. Usted también. ¿Por qué conduce usted los maestros al alma del ser humano, a su chispa humana?

(Señor en la sala):

—En el fondo, cada ser humano está en condiciones de hacer de sí mismo lo que ha ido recibiendo por los maestros.

—Señor, me ha costado sangre ganármelo. Hemos atravesado la locura, la vida y la muerte, señor, nos hemos matado. Allí, allí, allí, allí. He atravesado templos, me fui allí, y allá.

Usted fue a la iglesia católica. Quizá ha acudido una vez al papa. Y ahora está fuera. Porque cuando uno ha vivido lo más elevado y llega detrás del ataúd, señor, o ha estado allí y allá, y empieza a sentir verdadero amor divino, y accede a la justicia, señor, entonces uno se marcha de allí, porque tiene que ver con la condena. Y en eso no puede creer, ¿verdad? Así que todos esos sacerdotes aún son inconscientes. Pero cuando llega la conciencia, señor, entonces usted se va. Hasta que se encuentre ante un Dios que sea justo y ya no condene.

Pero los maestros no me pueden dar nada. A ustedes les adelanto con equis gramos de sentimiento. Y yo es que ya estuve. Por eso tengo esta fantástica conciencia y estos fantásticos sentimientos, porque acojo el macrocosmos entero. Desafío el mundo psicológico entero, señor, cada facultad, cada universidad, la teología y todo, los desafío, y entonces que aquí vengan a tomar clases universitarias. Y eso es lo que les demostraré.

¿Se lo he demostrado?

Sí.

Y aquí teníamos... aquí hemos tenidos personas listas, inteligentes, he tenido aquí la universidad, tengo aquí todo tipo de gente. Pero tienen que decir honestamente: “No, mi catedrático no llega así. Y usted tiene razón”. Y si ustedes, con la fuerza de los sentimientos y las leyes de la densificación, y con lo que sea sobre lo que empiecen... Se lo he demostrado, ¿no? Ya llevamos dadas casi ochocientas conferencias, ochocientas setenta y cinco, tengo mis veinte libros, aún albergo centenares en mi interior, les he respondido aquí un par de centenares de miles de preguntas, y ustedes todavía ni siquiera han podido ponerme en jaque mate. Y eso solo lo tendré, señor... Ya les he dicho alguna vez: pueden pensar bien, pero despilfarran sus propios pensamientos. Hacen papillas una imagen poderosamente hermosa.

¿Es así?

(Señor en la sala):

—Es así.

—Gracias.

(Señor en la sala):

—Pero frente a eso está, en cambio, que si sé que eso ocurre, o si sé que no ocurre, digámoslo así...

—Sí.

—... ¿qué posibilidad encierra entonces el ser humano para justamente no hacerlo, y elevar en eso esas leyes o esos aspectos armoniosos, por completo, al cien por cien...

—Sí.

—...en la vida?

—Usted todavía no... ni nadie, señor Berends, todavía no han entablado una verdadera lucha con ustedes mismos. Y eso se lo puedo explicar sin problema. Si lo son y ya están activos en la sociedad, socialmente, y con “buenas tardes, señora”, “buenas tardes, señor”... Pero todavía no han empezado una lucha con ustedes mismos.

(Señor en la sala):

—Eso creo.

—Lo veo por todas partes, señor.

—Yo no hablo de eso. Pero empiecen alguna vez a luchar de verdad con ustedes mismos. Bueno, es que todavía no se han desplomado nunca tan a gusto porque les hablara la luna. Yo estaba más contento que nada cuando me desplomé en 1938, cuando se me partió el corazoncito. Digo: “Tú sí que estás bien loco, ¿no?”. Ahora no tengo que pegar golpes, porque entonces empieza a latir, pero entonces lo metí otra vez en vereda a base de golpes. Ustedes habrían dicho: “Ay, doctor, doctor...”. Digo: “Fuera con ese doctor”. ¿Qué quiere ese corazón mío? ¿Destruirse o vivir?

Había un hombre por allí, de niño fue paralítico. Deberían ir a hablar con él de sanarse, y de pensar y sentir. Y entonces dijo un buen día: “Y ahora, maldita sea, se ha acabado: ¡destrozado o mejor!”. El muchacho reza día y noche, el pastor viene a casa, a rezar, a rezar, a rezar. Señor, no sirvió para nada. Y cuando de pronto un día se puso como una furia, desapareció. ¿Les parece extraño? Señor, eso fue una historia de sufrimiento. Y entonces me puse a explicárselo, y dice: “Dios, Dios, Dios, debería haberlo sabido en esos años”. Pero esa es la lucha. Y si aún no lo tiene, señor, una lucha con usted mismo... Todavía no lucha. Es usted todavía tan débil. Va en esta dirección, “que noche tan divertida”...

Es que, quiera o no, soy una persona animada, soy una personalidad centelleante, he visto la séptima esfera. Y entonces uno de esos poderosos maestros me dijo allí: “André, André, solo podrás valerte por ti mismo por Jeus, tenlo en cuenta. Soy exactamente lo mismo que tú”. Y entonces oí mi dialecto en la séptima esfera. Y era del doctor Franz, uno de los maestros más elevados, que consiguió sacar a la humanidad de la guerra, junto al maestro Cesarino. Y entonces te encuentras ante una personalidad de treinta años. Había estudiado en Lovaina. Pero una persona fantástica, fantástica; convertía las tinieblas en luz, y la desintegración en alegría y felicidad. Pero por la lucha. ¿Entiende? Por la lucha.

(Un señor en la sala dice algo).

Ahora que justamente esto va que da gusto, y, claro, resulta que solo me queda un minuto, ¿no?

(Señor en la sala):

—Mira qué pena.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Mira qué pena.

—No señor, porque las penas no existen. No me venga con historias. Voy a parar, señor. Señor, la semana que viene volveré con esta nota suya...

(Señor en la sala):

—Por favor.

—Y entonces veré si de verdad empieza a luchar.

Señoras y señores, esta noche hemos estado otra vez llenos. El domingo por la mañana hablarán los maestros. El domingo por la mañana seguiremos en Diligentia con la cosmología, señoras y señores, eso sí que lo tienen que oír y vivir, porque Jozef Rulof todavía no es más que... Claro, ya les gustaría.

Señoras y señores, les agradezco sus hermosos sentimientos.

Hasta el domingo por la mañana.

Adiós, corazones.

(Suenan aplausos).

Noche del jueves 30 de octubre de 1952

—Buenas noches, señoras y señores.

(Gente en la sala):

—Buenas noches.

—La otra vez tuve que parar cuando surgieron las preguntas del señor Berends. Bueno, la leeré un momento y después seguimos.

Aquí tengo: “Hay que perder algo de la personalidad para querer vivir las leyes divinas”. Y eso es lo que he tratado. Y “El alma lo tienen que despertar los maestros”, dice el señor Berends. Pero eso se lo expliqué. “Para vivir la vida interior”. La vida interior, si la acepta usted todavía brevemente y la siente, poder vivir la vida interiormente, eso es un libro de mil páginas.

¿Qué es la vida interior?

Después de todos los libros y de las lecturas y de las conferencias la gente sigue estando confundida. ¿Qué es, en realidad, el subconsciente? ¿Qué es el sentimiento? Se habla de cuatro cosas, asuntos. La vida, ¿verdad? ¿Qué es? En realidad no lo saben. No lo sabe nadie, dicen. Se habla del alma, del espíritu, de los sentimientos y la personalidad. Es ese reloj completo. Y eso es el ser humano. Y entonces le añadimos un organismo, es el tempo, la casita, es el aspecto externo. Y lo interior es ese motor, y eso es vida, alma, espíritu, sentimiento, personalidad.

(Dirigiéndose a alguien en la sala):

—Pasen, señor y señora. Allí tenemos todavía dos sillas. Cerca de la estufa. Solo que eso cuesta diez céntimos más. Diez céntimos más, da bastante igual, ¿no, señor?

(Señor en la sala):

—Igual valen hasta veinticinco céntimos.

—¿Que valen veinticinco céntimos? Mira por dónde, señor. Vamos por buen camino.

Vamos por buen camino, señor, porque si esto me lo pongo a... Estamos hablando de dinero. Pero el domingo por la mañana, antes de que viniera el maestro Zelanus, había dos mil florines encima de la mesa. Llegamos a casa y había quinientos florines en el pasillo. Y el lunes por la mañana llegaron quinientos por correo. Así que no nos va mal. Son tres mil florines. Lo recibieron los maestros, no de sus clientes, sino de sus adeptos. Ya me puedo poner a dar las gracias a esa gente. No va a acompañado de nombres, de nada. Si lo sujeto así igual hay un tintineo, pero ante eso no reaccionamos. Ya hay que restar algo, un toque, para ‘Jeus III’, es lo que toca. Pero el resto ya va a volver a comenzar, y a edificar... Esperemos que algún día logremos terminar ‘La

Cosmología'. Porque si esta la tuvieran entre sus manos, las conferencias en Diligentia les servirían de aún más. El maestro Zelanus —eso lo veo, lo vi y lo oí— saca de allí todo lo que hay, ¿verdad? Los conduce hasta el infinito. Dice: “Haremos dramas con esto”.

Pero siente y oye usted... Alguna vez he dicho: “No, la gente no aprende nada”. Pero entonces tengo que inclinar la cabeza, ¿verdad?, recibimos ayuda. Ahora solo falta alguien con setenta y cinco millones de florines, y así estaremos de golpe encima.

(Risas).

Siempre que reciba esos dos millones de florines y se cumpla mi sueño. ¿Se acuerda de él, señor?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Sí, vaya. (En alemán): “Quién sabe”, dicen en la cuenca del Ruhr. “Quién sabe”. Puede pasar. Puede pasar. Pero ya lo ve, señor, esos veinticinco céntimos también se añaden. No, oiga, que no me los olvido. Es que, claro, dicen que soy un ladrón de dinero. Pero solo hace falta que lo tengan en cuenta, señoras y señores, está en el sitio adecuado y se irá a los libros, sin falta. Yo ni siquiera pido nada, y nosotros tampoco pedimos nada. De vez en cuando un hermoso lacito. Nos toca, ¿no? Las cosas como son.

Pero aquí, señor Berends, de eso se trata: ¿qué es la vida? ¿Qué es el sentimiento? ¿Qué es el alma? ¿Qué es el espíritu? ¿Y qué es la personalidad? Son... ya solo para la personalidad es un libro entero. Los sentimientos son tremendamente profundos, pero eso, a su vez, es la personalidad. Pero el alma... Siguen chapuceando, buscando el alma. No hay ningún teólogo ni catedrático que pueda decir infaliblemente: “Bien, eso es del alma, aquello es de la vida y esto es del sentimiento”. Y después existe ese terrible subconsciente, la personalidad. Todo eso es el ser humano. Ya podría dar yo... el maestro Zelanus podría dar sobre fácilmente mil conferencias.

Miren, la ‘Cosmología’, los cinco primeros tomos los tengo en mis manos. Había siete, pero han sido recortados. Pero la ‘Cosmología’ solo sobre los sentimientos del ser humano, para el ser humano, la personalidad, el subconsciente, es algo con lo que tenemos que empezar cuando nosotros... Estos libros terminan con el final de la guerra, estos cinco. Y entonces tenemos que empezar con la personalidad. No, primero el reino animal. Y después la madre naturaleza. Porque si uno se desprende de eso, no es posible seguir al ser humano. Entonces ya no sabremos: ¿cómo ha avanzado ese ser humano? Los geólogos, los biólogos tampoco lo saben. Dicen: “Sí, sí, las glaciaciones, las eras glaciales; hubo una época en que la tierra entera estaba en llamas. Y entonces todavía no había seres humanos”. O sea, por el desconocimiento del biólogo, del geólogo, del comienzo de la creación, ese cuento de Adán

y Eva de la Biblia, y el paraíso, y la serpiente, y el árbol, se lo tragaba todo el mundo, porque todavía carecían de fundamentos. Porque decían: “Hubo un tiempo en el que no hubo gente en la tierra, irrevocablemente. No había nada, no era más que una sola marea de fuego. Y entonces se dice que fue otro planeta, o un sol, el que escupió la tierra, y entonces resulta ser justo al revés. No es de extrañarse, porque esa gente, esos eruditos, tienen que volver la mirada hacia atrás y poner fundamentos. Y así seguimos estando ante: ¿qué es el alma? ¿Qué es la vida? ¿Qué es el espíritu? ¿Qué es el sentimiento? ¿El subconsciente?

Ese subconsciente, piensa la gente, es algo que no se vive nunca. Pero el subconsciente es conciencia diurna. Cuando empieza el niño, este ya tiene sentimiento, y esto y lo otro, y ya hace algo, ya sabe algo. Como un patito, que se va al agua. Pero el ser humano que se despierta un momento, el niño va creciendo y uno ve el fenómeno. Eso sería... Miren, habría que retroceder millones de siglos, de eras, porque ¿dónde se edificó el primer sentimiento? ¿Cuál fue la primera vivencia para el alma como chispa divina? Eso lo llegarán a vivir, luego será un milagro cuando en —les aconsejo: asistan a esas conferencias que vendrán ahora—, será un milagro luego cuando vayamos a vivir la luna. La paternidad y la maternidad se han dividido en ese viaje anterior que hicimos en Diligentia, esa primera parte. Y ahora tenemos todavía la experiencia posterior. Y ya entenderán... ustedes también tienen que vivirlo, ¿verdad? Porque entonces llegarán a tener luego el ser uno con esas leyes, y estarán listos, así podrán captar un montón de cosas. Porque eso es pensar de forma universal.

Ahora, naturalmente, los maestros pueden ir por sí solos directamente a ese estadio inicial de la luna, y entonces aparece la primera vivencia como ser humano, como vida embrionaria, eso es el ser humano en las aguas. ¿Qué pasó allí, pues? ¿Qué se ha edificado allí? Y eso se convirtió en sentimiento. Sentimiento, sentimiento, sentimiento. Cuando en la luna pasó la primera vida, la segunda, la décima, la decimotercera, la vigésima, la centésima... Allí hemos tenido millones de vidas. En un solo planeta se producen millones de vidas. Porque uno no se desprende así como así de un planeta y entonces lo has vivido, a ver si nos entendemos. Vivir un planeta, señor... no se sabe nada de eso. Y si uno ve los siguientes grados, son los tipos de razas (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) para la tierra. Que el ser humano tenga que ir desde la jungla a la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) para vivir lo más elevado de la tierra, ¿verdad?, hay que ver lo sencillo que es, ¿no?, es algo que la ciencia aún no puede aceptar —porque son simple y llanamente tipos de raza—, porque ellos contemplan el ser humano en la tierra y esos tipos de raza de su propia época. Y lo que es volver no pueden. De las eras prehistóricas: adiós. Pues así de pobre es ahora.

Si tienen que aceptarme... Sí, Dios mío querido, querida gente, entonces recibiremos tantísimo de todo el mundo, que ya no sabremos qué hacer con eso. Porque entonces de golpe será demasiado, ¿verdad? Entonces tendrán que darme a mí, para todas las facultades espirituales, el divino doctorado. Porque eso es lo que poseemos. Se lo demuestro. Lo demuestran los libros.

Cuando de vez en cuando pienso en eso, ya no me da vueltas la cabeza, sino que tengo que hacer un gran esfuerzo para no reventar en mil pedazos. Son todas las facultades, facultades espirituales.

Usted ha estudiado, señor, sabe lo que le ha costado su título de ingeniero.

Y ahora todas las facultades divinas en una sola mano, en un solo sentimiento, en un solo cerebro, en una sola personalidad. Todo eso lo he tenido que procesar. Solo tienen que leerse 'Jeus III'. No, eso no es nada todavía, señor. No es nada de nada, no son más que migajas. Lo que allí dice no es nada de nada. No les puedo contar lo que he vivido y cómo tuve que luchar en eso. Sí que les puedo contar algo de eso. Pero entonces tendré que escribir otro libro de mil páginas y ni así habré llegado. Pero ¿qué sabe la ciencia de esto? Sí. Son... Si se ponen ustedes a preguntar luego sobre eso y yo estoy listo, hombre querido, podrá vivir usted una decena de noches para eso que son del cien por cien. Pueden aprender de eso. Así se conocerán de pronto y empezarán a sentir lo que pasa en realidad. Eso lo prefiero mucho más que... Bueno, a ver, vamos a responder a cada pregunta. En cada una también hay algo si hacemos algo con eso.

Y aquí tengo entonces: "Jeus está con el maestro Alcar en la Omnifuentes y vive allí la creación previa como ley divina. Así que el alma tenía que convertirse en la ley divina".

El alma tuvo que convertirse en ley divina. No, el alma no tenía que convertirse en nada, el alma lo era. Miren, ya estamos otra vez.

"Jeus... Jeus ha vivido la Omnifuentes por la creación previa".

"Creación previa": ¿qué quiere decir con eso?

(Señor en la sala):

—Todo aquello que ocurrió antes de la creación.

—Todo aquello que antes de la creación, antes de la espiritualización, de la materialización de Dios... ¿No es así?

¿Cuando todavía no había nada, quiere decir?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Entonces estaba todo.

(Señor en la sala):

—Ya estaba.

—Sí. Si uno entra en esa fuente, señor... yo estuve allí, cuatro, cinco, seis, siete veces. Y eso lo puede vivir usted también aquí. Pero entonces tiene que

poder perderse cien mil veces. Pero cuando todavía no había nada, estaba todo. La creación es... Dios es tan profundo como Sus mundos en cuanto a espíritu y materia. Pero ¿qué profundidad es esa? Surgieron otros universos. Pero si entra en eso, en 'El origen del universo' y en 'Los pueblos de la tierra', si entra en eso... Primero atravesará este mundo.

La siguiente conferencia en Diligencia nos liberaremos y solo entonces entraremos en la tierra material, en el macrocosmos material. Nos iremos de la tierra.

Se ve la tierra como una hoz. Es la mañana. No, ahora la tierra está iluminada. Y entonces vamos a abandonar la materia, el mundo material se disuelve. Salimos de esa materia —fíjense lo poderoso que es eso— y es más sencillo que nada cuando luego lo vivan, entonces llegarán al mundo espiritual. Si no tienes luz, no la verás, entonces ese mundo es tenebroso, oscuro. Porque no hay tinieblas, solo inconsciencia. Así que todavía tienen que asimilar esa luz. ¿Y de qué manera? Se lo conté hace poco. Entonces dijo usted: "Adelante, siga". Pero entonces solo nos quedaban diez minutos. Es la lucha con uno mismo. El verdadero comenzar. Porque no se le regala ningún pensamiento. Nada. Porque no es posible. Porque si piensa usted mal y no hace más que ir siempre contra la realidad y a contracorriente, contra el pensamiento normal, real...

Señor, oigo a la gente hablar y solo con eso ya recibo puñaladas, solo por oír hablar a un ser humano. Y a eso tengo que oponerme con todas mis fuerzas. De lo contrario prefiero con mucho poner un cuchillo aquí abajo, justo en el corazón, a ese parloteo de un ser humano a contracorriente. Eso es horrible. Vacas inconscientes, dicen. Conciencia vacuna. Pero de gente nuestra que habla a contracorriente y contra la esencia. ¿Por qué?

Sí. Tienes que querer perderte irremediabilmente. Hay que querer perderse mil veces, inclinar la cabeza, inclinar, inclinar, inclinar, inclinar. Porque al inclinarse recibirán algo, aprenderán algo. Es increíble lo que se recibe cuando uno quiere y puede inclinarse. La evolución del ser humano no es otra cosa que inclinarse, inclinarse, inclinarse. En realidad, lo más fácil que hay. Al maestro Alcar le digo: "Mejor destrúyame a golpes", cuando vi lo que recibía, lo que veía.

Todavía andaba por el garaje, digo: "Bueno, voy a pintar, voy a escribir. Voy a hacerme escritor y pintor". Un día antes había querido cambiar un "dos" en el coche. Lo habían arrancado de una patada. No conseguía ponerlo bien en su sitio, de forma redondeada, con una voluta de esas. Bueno, hubo que llamar a un pintor. Dice: "Apártate, tus chapuzas no sirven". Pero tres días después me presenté con un dibujo decorativo maravilloso. Y empezaron.

Pero hay que inclinarse, inclinarse, inclinarse, inclinarse.

Sí, señor. El sentimiento, si lo retienen, recuérdelo bien: hay que incli-

narse ante el sentimiento. ¿Qué ocurre cuando uno se inclina y acepta y analiza? La gente anda a la greña. ¿A raíz de qué? No entiendo por qué tienen que andar a la greña. Y por qué unos tienen que dar un tortazo a otros, y una paliza. ¿Por qué, por qué, por qué? Son sentimientos, es la personalidad, la voluntad. Sí. Y existen voluntades animales, preanimales. Porque esas no las arranca uno así sin más. Hacen falta cien mil vidas para vencer una cosa pequeña de uno mismo. ¿Cierto o no?

Pero allí está metida la creación entera, en pensar, pensar, pensar, pensar, sentir, sentir, sentir, inclinarse, inclinarse. Sí.

(Un señor en la sala dice algo).

¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Eso, precisamente, es la mayor dificultad en estos tiempos, ese inclinarse.

—Sí, es lo que dice usted.

(Señor en la sala):

—No, aunque lo diga, pero quiero decir...

—Sí, sí que resulta ser la dificultad. Tengo que volver. He de recordar, y si no, me salgo de la sociedad. Tengo que retroceder pensando: ah, sí, sí, Dios, es... Bueno, entonces prefiero pensar: 'Pero ¿es que no es posible? ¿Es que no es posible? ¿De verdad que tan difícil es?'

(Señor en la sala):

—Eso parece.

—Ya no puedo imaginarme... Tengo que vivirlo, tengo que pensar —si no me quedo parado en seco— que el ser humano no es capaz. Sí, puedo presentarles los medios. Hay sentimientos manejables. Hay sentimientos que anhelan tanto que ni se sabe y que dicen: "A mí ya me puedes romper a golpes". Hace tiempo lo intenté alguna vez, pero entonces encima los perdía. Ya no golpeo a la primera, porque... He tenido más personas de ese tipo: "A mí mejor márame a hachazos". Y... y entonces lo conseguimos por los pelos. ¿Cómo se llama esa obra de teatro? Pero entonces nos caímos para atrás. Estábamos pringados hasta la médula. Hay que soltar hachazos, ay, ay, ay. Sí, si son capaces ustedes de dejar que el fuego consuma su alma; ¿qué cuerpo es ese que se consume chisporroteando? Y 'Mejor destrózame'. Aquí hay todavía gente, con lágrimas en los ojos: "Bueno, vaya, me gustaría poder demostrarlo".

Digo: "Lo creo, señor, no hace falta demostrarme nada".

Esa gente que allá tira dos mil florines al suelo, así, sin más, sin nada encima, se va, ¿también está loca? ¿Es que soy yo entonces? ¿O están locos también? ¿Están locos esos veinte libros? Dios mío, yo vengo del campo, no he aprendido nada. Lo que yo soy... Puedo con el mundo entero. Y nunca se me concedió leer un libro. Si tuviera que dudar para mí mismo: '¿Será así?'

¿De verdad que será así?'. Entonces me matan —los maestros— con el arte que poseo. Parece que no es tan fácil escribir. Porque cuando de allí sale un hombre de aquellos con semejante cacharro, destrozan un libro de esos. Pueden... mi libro solo lo destrozan porque entre ese libro y yo solo están “el ataúd” y otro Dios. Pero del resto ya no pueden decir nada.

(Señora en la sala):

—Sí, es muy infantil.

—Sí, señora, porque todos hemos perdido el ser niños. Ya no somos niños. Nos hemos hecho hombres y mujeres adultos. Ya no está el ser niño. Porque si uno sigue y oye ese parloteo, es una y otra vez: ese es el ser humano, es esa personalidad, es esa voluntad. En todo tenía que ser yo niño. Sí, en la sociedad no me quedó más remedio que sacar las uñas. Entonces decían: “Bueno, bueno, este es de armas tomar”.

Digo: “Claro, dejaré que me maten a patadas, ¿así mejor?”.

Si dejo que me gaseen así, sin más, y sigo sin decir nada, entonces aún soy un niño. Desde luego, pero primero patearé ese pequeño horno de gas hasta dejarlo patas arriba. ¿Verdad que sí? Pero ¿un santo de esos? No soy santo para nada, no soy más que un ser humano corriente y moliente. ¿Cierto o no? Pues claro. Y entonces comienza la batalla. Y la sociedad devuelve el golpe. Pues entonces yo respondo con otro. Quien devuelve el golpe, señor... Pues... Hace poco le dije a alguien... Pienso: ‘Madre mía, ¿en qué me vuelvo a meter? Ya te da miedo enseñarle algo al ser humano. Aquí en realidad les doy demasiado. Demasiado, digo. Ya me meto con su carácter con contundencia. Porque con las palabras sueltas, divertidas, así... Y también les añado cositas curiosas. Pero hablando alegremente, señor, no consigo nada. Tengo que soltar hachazos, porque luego me agradecerán que se los solté.

Entonces dije a alguien: “Papá, señor, debería despertar por fin, debería captar eso, hágase más dulce, vamos”.

“Ya, pero Jeus tampoco lo era. A Irma le dio una horita más”.

Digo: “Los ‘drudels’ con tu Irma, y tu horita también”. Pues, zas. Digo: “Señor, no es para mí, es para usted”. Digo: “Qué bueno sería que supiera más de mí, ¿verdad?, así también tendría yo eso”. Digo: “Bueno, soy un ladrón de cárcel, y soy esto, he robado bastante. ¿Qué más quieres saber? Ahora a insultar”.

Sí. No, eso ya no tenía ninguna gracia.

Pero basta con enseñarle al ser humano, señor, y te sueltan una buena. Y ¿por qué? Si la realidad... No tiene que ver usted con esa sociedad ni con ese ser humano, solo se trata de usted mismo. Lo que importa es empezar con uno mismo y con los allegados. Fijese una sola meta.

Todos esos años no me he fijado más que una sola meta. Ya no tenía a Crisje, ya no tenía a Hendrik el Largo, ya no tenía hermanos. Y si esa gente ya no

quiere entrar en vereda para ese mundo, esos caracteres tampoco ya me dicen nada. Te desprendes de todo eso. Porque yo... yo he agarrado al ser humano espiritual. Y a este no lo suelto. Lo he visto en el otro lado. 'Una mirada en el más allá', bien, señor. Si pudiera usted experimentar todo eso, todo iría por sí solo. Una noche les dije: "Si mi Crisje estuviera equivocada, y fuera a contracorriente... Digo: 'Pues muérete'".

Señor, ¿así de duro se va a poner? No, porque usted sabe —esa justicia existe—: si el ser humano no quiere, tendrá que darse contra un muro, entonces mejor estréllese, reviente".

Y de eso hemos hablado en el pasado, hemos vuelto a meternos otra vez. Y si lo quiere saber, señor, entonces me pregunto: "¿Por qué no son capaces?". Sí, para dos horas. Y entonces están con que: ay, ay. "No. No es eso lo que quería decir". Y: "No es eso lo que quería...".

Bien. Qué se le va a hacer. No tengo que ver nada con los caracteres. Amo la vida. Ustedes siguen mirando todavía el carácter. Pero esa vida primero tiene que estar acabada, señor. Porque esa vida es lo divino, y eso es el alma. La vida, señor catedrático, es el alma, la esencia de Dios.

No, señor, porque la palabra "Dios"... Ahora tiene que pensar usted a Dios completamente al margen. Porque de inmediato se vuelve a pensar en el Señor que está allí sentado con su barba larga.

"Y no te daré más que tres barricas de coñac, Noé". Y entonces el Señor dio un puñetazo en la mesa. Bum, bum, bum.

Qué raro en una divinidad, ¿no le parece? Si una divinidad encima tiene que dar un puñetazo en la mesa y enojarse... Ese Dios del Antiguo Testamento se pierde cada dos por tres. No es más que un lelo con nosotros. No hace más que odiar, pegar, patear. Y la clase de mamarracho que es ese ¿sabe Dios quién es, pero yo no!

Pero eso díselo a un protestante o a un pastor protestante y ya verás: ese Dios del Antiguo Testamento es un mamarracho". Sí. Sí. Sí, pero es precisamente mucho peor. No parece más que un tremendo bicho. Y es lo que es, un bicho. Pero eso no es Dios, señoras y señores. Es un cuentecito de esos autores de la Biblia. Lo convirtieron en un señor: el Señor es señor. Bueno, con una ese minúscula, ni siquiera una mayúscula. Pero ese viejo señor del Antiguo Testamento es un hombre que odia y pega y que maldice su vida. Sea un poco un ser humano, por favor, y empiece a pensar: 'Pero eso no encaja con la realidad, ¿no?'. Y eso todavía es la facultad, 1952.

Sí, me he alejado demasiado. Es que sigo sin entender que el ser humano no quiera eso y que no sea capaz de ello; tengo que volver a verlo todos los días. Sí, ya saben ustedes, entonces uno también recibe ese don o se pone a hablar el espacio.

Pero estaba hablando de ese Señor y ese Dios, ese Dios desaparece. Esa

palabra, D-i-o-s, ha sido inventada por el ser humano. La gente seguramente que lo habrá recibido de alguna parte. Nosotros sabemos para qué y por qué.

Pero ese Dios que es la Biblia y el Dios de la iglesia católica y del protestantismo es un nombre. Pero la vida, el alma, el espíritu... El espíritu del espacio, de los planetas, las estrellas, el reino animal, la madre naturaleza, eso sí que es el Dios real. Y vivir esas leyes vitales por medio del alumbramiento, de la maternidad, de la paternidad, los conducirá al fin de la tierra, y entonces habrán alcanzado su ciclo. Y entonces seguirán más allá en el espíritu. Pero entonces desaparecerá ese señor de la barba, ya no estará. Y eso es algo que la sociedad... las universidades aún tienen que asimilar. ¿No es así?

Sí, o sea, aquí tiene: "... para la creación...". Eso lo sabe el señor. "... para vivir interiormente las leyes divinas es algo completamente diferente a que nosotros, los oyentes, aceptemos esas leyes, ¿no?"

Dice usted... mire... quiere decir usted que cuando uno lee esos libros, no vive esas leyes. No, eso es lógico.

(Señor en la sala):

—Solo los puedo leer.

—Mire, yo los he vivido. Pero usted los puede vivir igual que yo, con una diferencia: no hace falta que haga usted esos viajes, los hace con nosotros. Tampoco le hace falta procesarlos. Pero lo que pone lo puede vivir usted. Solo tiene que intentar no ser ocultista, porque entonces entrará en la demencia. Si ahora quiere desdoblarse corporalmente...

Esa palabra... esos libros que reciben ustedes, 'Una mirada en el más allá' —y esos viajes... los van a seguir—, si los leen con atención y no añaden nada de cosecha propia, asistirán a ese viaje con los maestros. Solo tienen que meterse en André. Porque yo no soy de otra forma detrás del ataúd. Tampoco ha pasado ninguna otra cosa que las que vivimos allí y que nosotros contamos.

Pero ahora ustedes también quieren salir un poco de ese cuerpo y ponerse a planear, súbanse esta noche un momento al tejado e intenten ver —salten un momento— si siguen planeando; entonces lo sabrán en cinco minutos, en uno. Nosotros ya los llevaremos al hospital de Zuidwal. Todavía tenemos unos coches delante de la puerta, señor Berends, y así estará a la primera de cambio con unas piernas rotas en el hospital.

Si ahora me tiro del tejado y me hago ilusiones, que el maestro Alcar ya me ayudará, me iré al suelo y estaré yo también en el hospital. Ahora es mejor que no me haga ilusiones: voy a tirarme del tejado, ¿por qué no?, ya me acogerán; entonces estaré tirado en la calle, sin duda. Porque es mejor que no me haga ilusiones de que en todas partes me ayudarán y que ya me acogerán así como así. Alguna vez me han... Alguna vez me metí delante de un tranvía en la calle Laan van Meerdervoort y lo atravesé, desmaterializándome, pero eso tampoco lo hacen más que una sola vez. Eso ha ocurrido. Ni siquiera está en

el libro, señor, porque dirán: ese hombre está loco. Ni siquiera las cosas más poderosas están allí. ¿Por qué? Todo eso es demasiado.

Pero ya entenderán que si estoy de servicio y tiene que ocurrir algo para el mundo, para la universidad de Cristo, pueden hacer conmigo lo que quieren si se trata del desdoblamiento corporal, de pintar, escribir y todas esas cosas más, el hablar ahora. Pero no tengo que formar pensamientos propios: ‘Ya prepararé eso un momento’. Entonces me quedo tan fuera como ustedes. ¿Entienden?

Pero si leen esos libros, ‘Una mirada en el más allá’, porque eso son libros, entonces llegarán a ver los cielos y sus infiernos. Y no les hará falta, señor, preguntarme: “¿Qué es el sentimiento?”. Ni: “¿Qué es la personalidad?”. Ni: “¿Qué es la voluntad?”. Allí pueden... si los leen bien, señora, señor, sabrán exactamente a dónde irán a parar. Allí están, infaliblemente, su esfera, sus sentimientos, su carácter. Si van a contracorriente, de verdad que no estarán en esa pequeña luz, en esa esfera de armonía y conciencia. Porque entonces estarán hasta el cogote en la tierra crepuscular. Y, oigan, eso de verdad que no es tan divertido. Porque, ya sabe, aquí uno tiene diversión, aquí hay gente, luz, sol. Pero ese sol se fue. La gente se ha ido. Aquí hay gente cordial. Todavía pueden buscar su propia especie, ¿no? No, ahora tienen otras especies. Aquí tienen todavía armonía, se encontrarán con personas con las que podrán hablar; allí ya no. Allí tienen su propia especie, su propio pensamiento y sentimiento. Y en eso uno se asfixia. Allí son gemidos, es horrible. Porque tienen la conciencia: “No debería haber hecho eso”, y “Tengo que hacerlo así”. Pero no son capaces. Y allí están. Ni una brizna de hierba, señor, un páramo, pelado y árido. Porque todavía no hay vida. Sí, ese y el otro, aquel le dice a uno —he seguido a la gente allí, los libros vuelven a ser así de grandes—, dice: “Allí hay hierba”. Pienso: ‘Eso es un holandés’. Allí se oye francés, alemán, español, y se oye de todo, todos los idiomas y dialectos del mundo todavía, allí en esas esferas.

El idioma espiritual, eso es la primera esfera, es universal, macrocósmico, sentimiento, telepatía.

Pero allí sí que oyes francés, alemán, e inglés a la vez. Todos los idiomas del mundo. Negros, morenos y claros, ese caos vuelve a juntarse allí. Y entonces alguien le dice a otro: “Oye, pero eso es hierba”.

Digo: “Ah, claro, ese será de Drente”. Entonces estás detrás del ataúd, y entonces Drente está justo al lado. Sí. Y allí puedes oír dialectos, también puedes ver todavía a gente que habla como si tuviera la boca llena de sopa. “Vaya, ¿de dónde eres tú?”, dice él. Y entonces usted podrá decir: “Vaya, es ridículo, es directamente terrenal”. Señor, el sentimiento terrenal le llega a usted todavía hasta los labios, igual que el pensamiento y sentimiento, y no ha cambiado nada, ha perdido usted su casa, su cama. Ya no hace falta que

Johan pida a voces té, porque a usted de todas formas no se lo darán. Ya nadie cocinará para usted y tendrá hambre y sed como un perro. Sí. Estará allí más solo que la una.

En el pasado ya les he dicho, aquí —gente, están casados, ¿no?, tienen matrimonios, personas, amigos, ¿no?—: “Si no quieren vivir a Cristo, no se volverán a ver allí”. Y entonces dicen allí, claro: “Gracias a Dios que me he quitado de encima a esa víbora, aquí”. Sí, y entonces van otra vez por mal camino. Porque sí que tendrán que aceptar esa víbora. Tienen que amar a esa víbora. Si aman la vida, ese carácter y esa personalidad vendrán solas.

Cuando comenzó eso, le dije al maestro Alcar: “¿Qué tengo que acoger para aquello de la sociedad, esos pequeños rasgos de carácter?”.

Dice: “Ama la vida, entonces lo acogerás todo”.

Va por sí solo, siempre que se ame la vida, siempre que uno le pille el truco a eso, en su interior. Y luego hay que ver esa gente allí, más o menos así, digamos, unos cuatrocientos millones juntos en una sola esfera. Porque hay gente que vive, señor y señora, que vive ya desde hace cien mil años en esa esfera, es que nunca consiguen salir. Porque uno es allí exactamente lo mismo que aquí. Uno habla, vaya, vaya, ya van otra vez a contracorriente. Sí, de vez en cuando, cunado lo ven —¿quieres ahora?—, y entonces aparece el ser humano dócil.

¿Saben lo que es la felicidad para el otro lado, y para el ser humano, y aquí en la tierra? Cuando el ser humano puede contarle algo a otro. ¿No es eso también así con ustedes? Si somos capaces de recibir algo, de dar algo, esa es la posesión, ¿no? El ser humano no aprende, no le da la real gana. Si tuviéramos la verdadera escuela, yo montaría una aquí... Ay, señor, uno acude un año entero sin avanzar nada; porque uno tiene que atenerse a ese inclinarse inicial, y eso hay que sacarlo. Necesito que queden destruidos esos fundamentos del carácter, hay que sacarlos, que los destruyen todo y que lo retienen. Y eso muchas veces no son más que pequeños rasgos de carácter, unos poquitos, que veo en la gente, y entonces son así, que destruyen completamente esa personalidad entera.

Miren ese castillo, joyas de personas; y cuando habla el carácter un solo instante, son besugos. No, son hienas. Adiós ser humano, borrado del mapa. Lo hermoso ha desaparecido. ¿Sí?

Pero, señor, el ejemplo existe, ¿no? Hace poco salió en el periódico ese señor Van der Bult que ya había tenido cinco mujeres, todas hermosos ángeles terrenales. No sé que clase de persona es. Bueno, señor, no es usted capaz de encontrar su felicidad. Tampoco la puede comprar, señor. Algo habrá habido entre esas cinco. Y ese hombre también es un zopenco, porque la verdadera personalidad, la verdadera, señor, no busca equivocándose, no va de una vida a otra. ¿Lo sabe? Hubo una mujer que dijo: “Ah, pues, yo he

conocido a mi vida, mi marido era bueno”. Puedo imaginármelo. Y eso quizá es el amor para siempre, para el otro lado.

Pero la gente que se derrumba ahora aquí, señor, y que se casa directamente en tres meses y “porque, no, no puedo vivir solo”, ¿qué clase de personalidad es esa? ¿Qué clase de sentimientos son esos? Señor, no lo saben. Si uno dice de verdad para sí mismo: “Tengo valor, significo algo, poseo algo”, señor, eso no lo pone uno así como así en manos de otro ser humano, porque lo destrozarán. ¿Entienden?

A veces hay gente: “Ese Rulof tiene al menos diez mujeres, o veinte”. Tengo hijos, diez, veinte míos andan por ahí. Pero, señor y señora, nadie me conseguirá meter en este mundo. Ahora estoy empezando a comprender que me estoy haciendo demasiado valioso. Esa cacareo estúpido ya ni lo admito. Porque me pones en una cárcel. Prefiero ir a la jungla para ponerme a hablar allí con un animal que casarme aquí con una princesa de esas con diez millones de florines. Si pudiera casarme con un perifollo de esos con diez millones de florines, desde luego que podría hacer algo, señor. ¿No le parece? Señor, me moriría. Me volvería loco.

Su pensamiento y sentimiento llega hasta el punto donde ni siquiera recurre a un solo pensamiento erróneo por diez millones de florines. Señor, así de valioso empezará a ser su sentimiento, su pensamiento, y su amor de cara a la tranquilidad, la paz, el bienestar, la evolución. Pienso: esa gente no me conoce, ni siquiera sabe quién es Jozef Rulof. Pero el amor terrenal tampoco dice nada, señor. Debería usted intentar ver el espiritual. Y eso es lo que dijo Cristo: amar la vida. ¿Ve?

Yo hablo, usted me conoce, pero no me conoce. Se quedará sorprendido, se sorprendería si usted a mí alguna vez... si estuviera solo en la vida, ya se sorprendería de cómo actuaría. Toda esa humanidad entera a mí no me dice nada; y de todo, si se trata de la vida.

Así que aquí se produce pensamiento y sentimiento espiritual, desde ese mundo hacia acá. ¿Entienden? De aquí hacia allá, eso es lo que hacen ustedes. El maestro Alcar me liberó por esos contactos, y eso pasó por el otro lado al comienzo, ahora al macrocosmos. Entonces al Omnigrado. Señor, entonces uno pierde una estrellita pequeña de esas, un trocito pequeño de tierra, que es la tierra en cuanto a sentimiento. Yo ese sentimiento tierra lo tengo dentro de mí, ya con el macrocosmos. Eso es lo que he asimilado, solo por amar la vida. Si no enseguida vuelvo a quedarme fuera. Me dieron un estudio. El maestro Alcar dice: “Ahora les toca a ustedes hacer algo con esto”. Puede llevarme con él al Omnigrado, pero todavía no lo tengo. Estoy igual de bien que usted, señor. Tengo que ganármelo. Y ahora que sé lo que se puede ganar con ello, ya no dejo que ninguna humanidad, ninguna persona, me lo arranque de las manos. Es demasiado valioso. Es poderoso.

Y todo eso, eso que es valioso, vive sin duda en sus corazones, bajo sus corazones. Es su sentimiento. Es su personalidad. ¿Qué quieren? Algún día me gustaría darle un buen azote a la humanidad, como dije a alguien.

Entonces dijo ella: “Pues, adelante”.

Digo: “Sí, pero con un atizador”.

Entonces encima les pareció divertido. Digo: “Pero no creo que le guste, porque lo pondré al rojo vivo”.

“Bueno, incluso así me da igual”.

Pienso: eso sí que es especial. Digo: “Entonces añada diez florines”. “Ya pueden dejar el dinerito en la escalera”, decían antes.

Pero, en fin señor, usted ya me entiende, señor Berends, hay quienes quieren que los zurren. Pues nada.

“La pregunta es: ¿cuándo acepta el yo de la conciencia diurna esas leyes? ¿Y quienes aún tienen que hacerse conscientes?”

Deberían volver a empezar con ‘Una mirada en el más allá’. Tranquilamente, así, por la noche, con un buen purito, y otra vez a atravesar esos infiernos, a los cielos: maravilloso, maravilloso, maravilloso. Pfft. Igual que Rosanoff: “Maravilloso, maravilloso, maravilloso”. Jozef, yo libre, planear, volar”. Qué de pruebas, ¿verdad? El hombre me dice: “Anoche, tres y media, yo morir. Libre ahora. Maestro aquí”.

Digo: “Vaya, vaya, vaya”.

“Sí, todo verdad. Humanidad, aceptar a usted”.

Digo. “Claro, claro, claro, claro”. Digo: “Ahora mejor vuélvete ya”.

Y entonces esos ojitos, esos ojitos astrales volvieron a cerrarse —empezó a cansarse— y el maestro Alcar lo acogió así y entonces lo llevó sin más a su cadáver, que estaba muriéndose, cáncer.

¿Qué más pruebas desea? ¿Cuántos millones de pruebas no hay en los libros? El mundo —ya se lo he dicho— ya solo tendría que sucumbir, ya solo por el dinerito que Jeus encontró en el bosque. Esa fue una prueba. Era para el mundo: “Pues vaya”. La gente no aprende nada. Para el mundo, para las universidades.

¿Cómo fue posible que ese niño encontrara allí aquel dinero? Hay tantas pruebas poderosas. Y que si uno aprende por una prueba: no lo sé; pero no lo creo. Y ¿que si uno cambia por una prueba? Ahora comprendo a Cristo, que dejó de hacer milagros y que tampoco regresa para volver a hacerlos. Porque los milagros, señor, no le ayudan. Entran por aquí y salen para allí. Seguramente, los sentiremos todavía un rato. Usted... todos ustedes tendrían que haber sido santos después de ‘Jeus III’. Bueno, decida por sí mismo... Allí alguien dice: “Tengo ‘Jeus III’ y he recibido una buena paliza”. Y este... ahora quiere, que Dios me libre, no quiero que empiecen a desprendirse. Pero ese hombre dice: “Allí me dieron una buena paliza”.

A la humanidad y la sociedad les digo: “¿No tienen un más allá?”. Luego no tendrán un más allá. No tienen nada que ver con un más allá, ¿verdad? Sí, al señor Stikker le dará igual si tenemos un más allá, a ese señor que ahora se ha hecho embajador en Inglaterra. Sí, sí.

Yo estoy al acecho para ver si puedo agarrarle un día al príncipe Bernardo y decirle: “Tú también tienes un más allá”.

Y dice: “¿Qué quiere decir?”.

“Se me ataca en la calle”, dice, “a ver, detengan a ese hombre”.

Digo: “Señor juez, yo solo he dicho que él, el señor príncipe, también tiene un más allá. Se puede, ¿no?”.

Oh, cómo me gustaría desafiarlos. Pero arriba todavía me frenan un poco. Es así, ¿no?

“¿Cuándo aceptará el yo de la conciencia diurna esas leyes?”. Ya sentirá usted lo que tiene que hacer consciente. Pero, claro, puedo seguir hablando sobre eso, aunque tengo más cosas que hacer.

Otra cosa: “Jes se encuentra en la orilla y está a punto de reunirse con la madre agua”, eso fue en Scheveningen, “lo que tendría como resultado la muerte material. Y justo entonces aparece el doctor Franz que lo devuelve a la realidad. ¿Podría aclarar usted eso más en detalle?”.

Señor, quise meterme en el agua.

(Señor en la sala):

—... el domingo por la mañana... (inaudible).

—Ah, sí. Si hoy o mañana oyen de pronto: “Jes ha muerto. Jes ya no está. André ya no está. Jozef se ha metido en el agua, se ha ahogado”, eso de verdad que no es... esa una transición normal y corriente mía. Puedo irme cualquier día, si quiero. Esta noche, sobre las diez, puedo... Incluso aquí puedo irme, si quiero.

(Risas).

(Jozef responde a las palabras de alguien en la sala):

¿Hay alguien allí que se ha asustado?

Mire, los infiernos ya están chisporroteando allá.

(Risas).

Pero uno puede irse irremediadamente.

Quise salirme allí por estar luchando solo frente al universo, el origen del universo. Frente a millones y millones de mundos, espíritus, sentimientos, mundos, personalidades. Solo. Completamente solo. No podía hablar con nadie. Ni nadie podía seguirme, porque eso no marcha. Y entonces lo dejé. Oigan, que lo he dejado cien veces. Estuve centenares de veces ante eso. Y luego esos gemidos. Y luego ese vivirlo. Y entonces me iba por la noche, al cine, cerraba la puerta tranquilamente, digo: “Hasta luego”.

Y después, bueno, por la dunas, al puerto. Todo, todo estaba abierto. La noche se hacía luminosa. Señor, es un libro así. Es un libro así, así de gordo, lo que viví allí. Eso ustedes también lo han captado... Eso sí que lo admiten, pero ¿también han captado que me encontraba en el bulevar y que desde la ciudad alguien requería: “Jozef, Jozef, Jozef, Jozef, Jozef, te necesito”? Eso llegaba al bulevar desde La Haya. Estaba más o menos frente al faro. Entonces el doctor Franz dijo... El doctor también estaba, porque eso, a su vez, era más alto; el maestro Alcar ni siquiera podía alcanzarme, a él ya ni siquiera lo miraba. Dice: “Entonces, ¿qué es eso? ¿Lo oyes?”. Digo: “Sí”. Allí está esa unión espiritual. Si eso no fuera cierto, señor... Pero yo seguí de todas formas.

Señor, a ver, le voy a contar otra cosa. El doctor Franz dice: “Jeus”, dejó fuera a André, “ven, Jeus. Tan loco no estás”. Pero eso, a su vez, no le parecía bien a André. Dice: “Ven, vamos a tomarnos una cervecita”. Y así fue. Fui a la plaza Gevers Deynootplein, allí, era verano. Y me siento por algún lado y me dan mi cerveza.

Dice: “Te demostraremos que estamos aquí”. Y de pronto...

Digo: “Bueno, bien”.

Estoy mirando así, y de pronto, “sshht”, la cerveza que se reduce, hasta aquí.

“Eso es para ti”.

Y entonces me tomé ese poquito, señor, y me puse como borracho, pero no era más que fósforo. Se había desmaterializado.

Entonces dijo: “No estás solo en esta lucha. Porque nosotros... es a nosotros a quien le importa. Nosotros somos. Y si vas a... Nadie lo ha llevado hasta ese punto, nadie que lo aguante. Ni el Antiguo Egipto. Todavía no ha llegado ni una sola persona que haya vivido las leyes así de profundamente”.

Si no habríamos tenido esos libros en el mundo, ¿no, señor? Ya habría llegado la teosofía a ese punto, ¿no? Nadie lo ha vivido todavía.

No, bien, atravesé eso, casi hasta Katwijk, y después de vuelta. Y después a esa señora allí. Hablando hasta las siete y media para enderezar el asunto. Así que toda la noche sin dormir, con cien millones de problemas, y después como un león encima para montarlo en un pispás, hasta las siete y media de la tarde. Y entonces me fui a casa, me fui a dormir. Al día siguiente empecé de nuevo. Y después a empezar de nuevo. Vaya, vaya, vaya, vaya. Si Nuestro Señor tiene algo que decir, me cargo el cielo entero a patadas.

Pues, sí, es así, ¿no?

Pero también me atrevo a decirle algo a Él, señor. Ahora rezo de otra manera. Ahora a Él le pregunto —ya en esos tiempos—: “Ya no te interesa Jerusalén? Lo que hacemos aquí es Tu vida o la nuestra? En realidad, ¿de quién es? ¿Para qué luchamos?”.

Sí, eso yo entonces también lo pregunté allí, para la cosmología, cuando

estábamos al final, subiendo la escaleras, arrastrándonos, hacia la máquina, ya no podía más con el último libro y medio; estábamos hechos un auténtico esqueleto. “¿Ya no te interesa Jerusalén? Y dices: ‘Soy Yo’, y: ‘Quien quiera perder su vida recibirá la mía’”.

Si eso no es más que charlatanería... Pues, señor, habría... habría arrojado toda esa cosmología en el cubo de la ceniza. Y aun así vuelves a enfrentarte una y otra vez al hecho: no eres más que un ser humano, pero todavía no eres Nuestro Señor. No. Así que hay que volver a inclinarse. Aunque seas esto y lo otro, y aunque puedas hacer aquello, y entonces recibes esto y lo otro, tienes que pensar: no, estoy aquí.

Pero sí puedes decir: “¿Ya no te interesa esto de aquí?”.

Señor, eso ya es demencia. Pero yo quería tener la realidad. Y entonces comenzó aquello: experimentar las cosas, experimentarlas, experimentarlas. Atravesarlas, atravesarlas, acogerlas; y de vuelta a casa, y a empezar, otra vez, otra vez, otra vez, otra vez. Cien mil veces otra vez, otra vez, otra vez, otra vez. Inclinarse, caerse, desplomarse.

Sí, señor. Pero desde luego no hace falta que lo haga usted. Pero si mañana se pone a pedir: “Déjeme hacer a mí también algo”, mañana ya estará completamente quebrado. Quedará... quedará destrozado, irrevocablemente. No hay quien pueda con eso. Y uno hace cosas necias. Me gustaría avisar a la gente, señor: los dones —ya me lo ha oído decir muchas veces—, los dones ni tocarlos si uno no los ha recibido desde arriba. Porque uno destroza muchas cosas para sí mismo.

La gente que sana... cuando oyes las cosas... vaya. Yo sería capaz de arrojarlos fuera de la vida a tortazos. Claro, eso no se hace. Pero veo destrozarlos tantas cosas para ellos mismos, solo porque extienden las manos hacia los dones. Cuando oyes a esos espiritistas... esa palabrería hacia el espacio. “Ah, están en trance”. Un pastor protestante lo hace mil veces mejor. Y eso es lo que detiene el desarrollo. Porque los espiritualistas... ese “usted” todavía no se lo han ganado. En ese mundo no es más que un caos de lo más vulgar. Esos espiritistas detienen la evolución espiritual. No quieren acompañarnos, quieren hacer sus propias chapuzas. Y resulta que ahora ese Felix Ortt dice: “La reencarnación no existe”. Sin más.

Tuve que... tengo que luchar contra madam Elise van Calcar, que dice: “No existe la reencarnación”. Hemos hablado con ella y dice: “Bueno, sí, alguna vez alguien”. Ahora aparece otra vez donde los espiritistas: esta noche habla Elise van Calcar. Y entonces el mismo cuento que aquí. Pero esa gente es. Esa Elise van Calcar gime hasta el infinito.

He visto a Mary Baker Eddy, me encontré con Blavatsky. Digo: “A todas ustedes les tengo que dar una buena paliza”. Sí. Sí. A fin de cuentas, todos hemos puesto fundamentos. Pero esa Elise van Calcar es para mí como

estrellarme contra esos espiritistas locos. Actualmente, no pueden aceptar esa reencarnación. Porque: “No existe la reencarnación”, eso Elise van Calcar lo ha... Una personalidad maravillosa, pero se destroza por completo para Dios y el universo, para el más allá, porque dice: “No, no hay reencarnación”. Porque ella también era médium.

Y antes eso, ¿qué hago, señor? A ver, diga usted algo divertido. Pero, ay, si pasa por todo el mundo.

Todos esos espiritistas... Elise van Calcar gime y solloza allí, una tristeza, porque ahora está atada a esos espiritistas inconscientes, y a su propia palabra. Es que lo oigo a diario, señor, los espiritistas que dicen. “Ese tipo con su reencarnación está loco”. Lo que ha ocurrido aquí en esta casa con los espiritistas, ya no hay quien lo saque. Imagínese que esa gente pudiera inclinarse, con los teósofos y con otra gente, ¿qué es lo que no podríamos elevar aquí para todo el mundo?

Señor, pero ese machaque está subido en un caballito, y está allí, cierra los ojos, mañana ni tiene qué comer. Pero ni entre millones de personas hay uno solo, ni siquiera entre un millón ... ni entre cien millones hay un solo verdadero buen médium, señor, porque es una rareza. Nace para todo eso. Y ahora, solo en La Haya, tenemos quinientos, seiscientos, setecientos, ochocientos.

Cuando Harmonia pidió: “A presentarse. ¿Quién lo tiene? ¿Quién tiene algo?”.

Yo no me presenté. Seven, tampoco, también era... Akkeringa tampoco.

Entonces dijeron: “Mejor lo dejamos. Ya tenemos ochocientos; mujeres y hombres. Y Rulof, y Akkeringa, y Mansveld, y aquel... —estábamos reconocidos, con esos dones—, ni siquiera escribieron nada. Bueno, el resto ya lo conocemos”.

Ochocientos, solo en La Haya. Qué chapuza. Y así sigue. Digan cualquier cosa. Y si ahora violan ustedes algo, si hacen esto, aquello, eso otro... Pero la gente que ahora allí, en Diligentia, y todos esos pequeñitos... Claro, uno puede decir: “Hacen bien”, señor, pero detienen la evolución. Son... las personas... Y entonces puede decir usted: “Sí, sí, sí, sí. Bah, sí, es divertido, ¿no?”. Señor, estupendo. Al final vendrán aquí de todas formas. Pero detienen la evolución, y la paran, todavía lo hacen esos pequeñitos. Porque no vienen, y no quieren llegar al núcleo, a la masa. Y allí estás.

Estamos demasiado lejos. De mí dicen: “Si, ese tipo está demasiado lejos”. Cuando de verdad es que tienes contacto, estás demasiado lejos.

(Señor en la sala):

—Pero en realidad es la impotencia de todos esos médiums...

—Sí, todos están impotentes.

(Señor en la sala):

—Solo que disimulan.

—Ya les gustaría matarme, señor. ¿Por qué? Porque tengo tanto. Esto de todas formas ya es ineludible. Y soy el único, señor. No solo en Europa, sino también para Estados Unidos. En los demás países todavía no he estado. Pero no están. Nadie superará esto. Hay fuerzas capaces de pensar cósmicamente, desde luego. Pero ya lo ve. Y así es con todo. Sí, eso ya lo he visto y sentido desde hace mucho, y yo sé. Ya no me altero. Pero ¿de qué no sería capaz uno? Sí, entonces uno da un momento un salto de cincuenta años hacia adelante en un solo día; eso tampoco es posible. Pero ¿qué es lo que uno no haría?, ¿qué es lo que uno no haría?, ¿qué es lo que uno no haría? Sí.

Sí, entonces también se cumplirá mi sueño. Entonces viene mañana la princesa Guillermina y dice: “Ven, te daré no dos, sino diez. A ver, coloca ese hermoso templo”.

Digo: “Vamos a hacer una cosita hermosa, señora, para la humanidad”.

Bah, sí, Dios, que si pienso hasta volverme loco o no, de todas formas no servirá.

A nosotros sí nos sirve, porque eso lo vimos el domingo, señor, y con esos veinticinco céntimos suyos.

(Risas).

Sí.

Bueno, señor, lo he vivido allí como Jeus, como André y Jeus. En el libro es Jeus, ¿verdad?, trata de Jeus. André y Jeus y Jozef, pero André, y allí es donde sucumbimos. Y simplemente lo hemos superado. Anduve tan a gusto junto al mar, metido hasta las rodillas, a la una y media de la madrugada, y entonces me enfrí un poco. Una delicia, bordear el agua. Metido hasta las rodillas, encima me tropecé una vez quedándome patas arriba, porque me caí en un agujero. Pues entonces sí que me fui corriendo a casa.

(Una señora en la sala dice algo inaudible).

Todo eso sirvió.

¿Cómo dice?

(Una señora en la sala dice algo inaudible).

No, eso no lo hice.

Pues, señor Berends, usted eso lo sabe.

Y entonces tiene usted aquí. “Tenemos que aceptar que en el sonido...” Ah, bien, otra cosa. Sí, sí, sí, sí. “El maestro Alcar podía hacer un diagnóstico por medio de una conversación telefónica con alguien en Arnhem. ¿Tenemos que aceptar que los procesos patológicos se dan a conocer en el sonido?”. Eso sería algo para la ciencia.

Señor, eso lo hemos demostrado. La personalidad vive en el sonido de la voz. Y la personalidad está enferma. Es una con el cuerpo. Es la constatación espiritual de un diagnóstico, el ser uno espacial. El maestro Alcar se hizo uno y lo atrajo hacia él como una ventosa; y entonces lo supimos. Deberían

intentar hacerlo alguna vez.

Si usted vive esa unión, le hablará la vida. El mismo estado que entonces, lo cual contó el maestro Zelanus, con esa pajarita de ese señor en Arnhem. Entonces nos cubrió el agua. Y todos esos poderosos milagros los he llegado a conocer en el otro lado, señor. No solo allí, pero también como ser humano aquí. Y eso también lo saben hacer ustedes. Pero ahora me desprendo de ustedes. Si luego tiene alguna pregunta más, señor, me encantaría oírla.

Aquí tengo: “¿Puede causar demencia la anestesia durante la extracción de dientes?”.

¿De quién es eso?

Señora, el domingo hubo una señora en Diligentia que empezó a sentirse mal. Y solo fue porque había tenido un problema parecido al de Loea (véase ‘La cosmología de Jozef Rulof’). Porque su hija también es psicopática. Y esta lo vivió muy a fondo. Y de pronto desapareció en las profundidades y se le paralizaron las piernas. ¿Saben...? No sé si estaban...

(Gente en la sala):

—Sí.

—Pero ¿saben lo que hice en ese minuto? Si no la mujer ya habría tenido que irse al hospital. De pronto me convertí en sus piernas. Me metí en esas piernas. Y las tensé, porque casi se le doblaban. Me había desprendido un momento de mi voluntad, me las llevé. Eso es severo. Si no lo entienden, pensarán: qué duro es eso. Digo: “¡Y ahora póngase de pie!”. Es un puro... Entonces en cierta medida nos ponemos a trabajar también con la voluntad y la hipnosis. Pero vi que de pronto me tenía que meter en esas piernas. Y el maestro Alcar también estaba. Porque cuando se llega a ese punto, eso ya va subiendo. Y de pronto me metí en esas piernas, en esa personalidad, digo: “¡Y ahora levántate, agárrate y respira!”. Y al instante: “Hhhhhh”. O sea, puro trance.

Así que yo también me tengo que poner a respirar al instante. Cuando salgo de ese trance en Diligentia, tengo que ponerme a respirar.

Y es lo que le había pasado: se había hundido en su pena. Y allí podría haber permanecido meses y meses, si uno no es capaz de romperlo.

Y es lo mismo, no es lo mismo, es el estado espiritual, y eso, por tanto, es por la pena. Y esto, lo que quiere decir usted, eso es por el dolor. Es posible vivir un mismo estado por un dolor material, por lo que uno pierde brevemente, por el dolor, la conciencia diurna. Y bien, si uno es suficientemente sensible, o sea, que en realidad eres... Esa gente que es mediúmnica o algo así, entonces es posible... son atacados al instante, porque vivimos en millones de mundos de personas, en millones. Si es que es un milagro que el ser humano que se abre a este trabajo lea libros, que esa gente sea atacada tan poco. Habría que escuchar muchos más dramas. Es como si dijéramos: uno

se sintoniza, se pone a leer y entonces empieza a pensar. Y en eso ya se puede ver lo dotado que es uno, que uno pueda leer tranquilamente un libro. Pero abundan quienes, antes, aquí y allí, que se leen un librito y se hunden lentamente, y por el libro se fueron a un centro psiquiátrico. Y entonces decían: “¿Lo ves? No son más que asuntos diabólicos”.

(Un señor en la sala dice algo inaudible).

Bueno, eso se oye a diario. Y eso es simplemente cómo va desapareciendo la conciencia diurna en las profundidades —los sentimientos, la sensibilidad— y entonces de inmediato se le mete alguien de ese mundo. Y lo que a mí me sorprende es que entre nosotros —por cierto, no hace falta decirlo para el mundo— todavía haya tan pocos que estén chiflados. Porque todo eso se le echan en cara a Jozef Rulof.

(Señora en la sala):

—Señor Rulof... (inaudible)... una niña, se volvió loca, un año entero, entonces se fue a Suiza y tres años después se volvió demente otra vez. Con diecisiete años”.

Sí, claro, entonces son, naturalmente, los sentimientos, es lo que uno ve... Por extraer una muela, por un coche, un accidente no es tan grave, porque entonces de pronto es demasiado grave...

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

¿Ya está mirando lo de...? ¿Ya se ha acabado otra vez? Qué rápido.

Lo que pasa entonces es el derrumbe por pena, por dolor. Señora, es como si apareciera alguien con un atizador al rojo vivo y se lo pone a usted un ratito en la espalda. Y después: se derrumban de dolor. Y si es usted sensible, si se mete alguien, en esa personalidad, todavía es susceptible, y se viene. Es una historia de compasión, un asunto de sufrimiento. Y entonces uno está poseído, y se puede poner uno loco, eso también, porque la pena le golpee a uno profundamente, hasta borrarlo. También puede ser posesión.

(Señora en la sala):

—... en el hospital... malaria... y entonces le entró una fiebre muy alta y durante esa fiebre... y cuando esta se fue, le ocurrió”.

—Sí.

Y eso ¿el doctor no lo entiende?

(La señora dice algo inaudible).

¿No lo entiende el médico?

Imagínese qué clase de... sí, ahora usaré una hermosa palabra, que clase de perros necios que son. Necios. Cuando se lo explique, todos tienen que decir: “¿Cómo es posible?”. Más sencillo imposible. Pero entonces ya pueden ver qué clase de pobres lelos que son esos médicos, pobres.

Cuando les entra fiebre, ¿qué les ocurre entonces? Es cuando hay algo físico que empieza a ser predominante. Pues, señora, entonces el sentimiento

también viene. Esa fiebre es exactamente igual que el choque que les da. Y entonces también viene el sentimiento, y son ustedes normales. Y cuando se va la fiebre, ustedes también se vuelven a hundir. Y eso no lo entienden, fíjense. Más sencillo imposible, la sabiduría de Dios se abre con una ingenuidad infantil. Siempre que uno sea capaz de mirar a través de ese espíritu. ¿No es de una sencillez aplastante?

¿Lo han entendido?

La fiebre: la niña era normal. Cuando desaparece, bien, es sencillo, entonces desaparece en las profundidades ese espíritu, esa conciencia diurna. Pero por las fiebres —es empuje, ¿no?— y por ese empuje también viene el sentimiento hacia la conciencia diurna, con la fiebre hacia la conciencia diurna, porque la fiebre es exactamente eso: conciencia diurna.

Y resulta que hay fiebres conscientes y que hay fiebres inconscientes. Si son fiebres de la conciencia diurna, entonces está listo el cuadro clínico. Eso lo han leído en... Centenares de esos estados. Porque, oigan, qué médico tan brillante sería yo. Todavía ahora. ¿Mejor incluso que antes? Imposible. Pero ahora veo con una tremenda nitidez.

Con Wim, que ahora es médico en Leiden, en ‘Una mirada en el más allá’. El padre, un peluquero, ni siquiera tenía dinero. Digo: “Su hijo será médico”.

Y dice: “¿Quién lo va a pagar?”.

Eran fiebres inconscientes, porque fiebre había, pero no un cuadro clínico. Así que el médico que busca y busca y que no encuentra nada. Entrego un dibujo, hecho por el maestro Alcar: “Toma, allí, ese pulmón, allí, ese punto, allá, allá”.

¿Cómo es posible?

Pues haga una radiografía. Allí, allí, allí y allí. Y me dice: “Pues...”. Así que nosotros miramos a través de esos pulmoncitos. Insuficientes todavía las pruebas. El médico: “Bueno, vaya, ese tipo sí que ve. No tiene que ver con el otro lado”. Ya estamos otra vez.

Pero cuando llegué yo, señora, compresas de agua fría, primer tratamiento... Señora, si hubiera visto eso: dos cubos de agua atravesaron la cama, al suelo. Y esa fue la suerte. Entonces terminó todo. Y yo tuve que largarme otra vez.

“Yo ya no vuelvo aquí”, dice ese tipo, dice ese médico, “¿qué quiere ese tipo aquí?”.

Y dice: “Pues, doctor, ahora mejor lárgate, porque aquel ha salvado a nuestra hija. Usted estuvo buscando una semana entera”.

Bueno, pues allí está el señor. Digo: “Pero dejen a ese hombre, ya está. Da igual”.

Pero ya lo ven. Así que ese médico no sabe. Observa. Así que los fenómenos están ahí, delante de él, es espiritual y materialmente un mundo, una unidad

universal; y no miran a través de eso. ¿No es tremendamente sencillo?

Para mí lo más sorprendente era siempre... Llegamos a casa de un enfermo, miramos un poco, así, el maestro Alcar vuelve a mirar: “¿Ya lo has visto, André?”. Entonces me lo hacía ver. Y así, en un segundo para la enferma: “Señora, tiene esto y lo otro”. Entonces ni siquiera nos hacía falta empezar.

Pero, señoras y señores, allí está el té y así también tendrán esto y lo otro. Hasta luego.

DESCANSO

Señoras y señores, aquí tengo: “Llevo siguiendo sus conferencias desde hace más o menos un año y leo sus libros. Hasta ahora no he conseguido obtener una respuesta sobre la relación de mis hijos con la religión, ni comprenderla. Tengo tres hijos, de dos, cinco, diez y once años”. Son cuatro, ¿verdad?

(Un señor en la sala dice algo inaudible).

“... tengo tres hijos...”. Ah, sí. “Van a la escuela pública, donde también reciben religión. ¿Tenemos que dejar que eso siga? O: ¿cómo tenemos que actuar como padres?”.

¿De quién es eso?

Señora, lo mejor es que los deje tranquilamente... Ahora mismo ya los puede enviar a diferentes escuelas.

Y aquí dice: “También de cara a las situaciones sociales tales como se dan en el campo. O sea, donde no es tan fácil aislarlos”.

No, señora, es que no es posible. Yo le aconsejaría que si tiene allí una escuelita protestante o católica... Bueno, si van a la escuela católica, entonces habrá uno de esos —nosotros mismos lo hemos vivido— menudo miedo que te meten en el cuerpo. Y si va usted a hablar y lee los libros, y le va a decir algo al niño, habrá ocurrido en un abrir y cerrar de ojos, lo echarán de la escuela a la primera de cambio.

Así que el católico, ese cura o capellán... A mí me tiraban del pupitre a base de tortazos y a otros les metían miedo, temor, con esos infiernos y eso de estar eternamente condenado. Si fueran a una escuelita protestante... Pero en el campo no es tan sencillo, ¿a que no? Una escuelita libre, protestante... Sí, señora, algún día llegaremos a ese punto, entonces el niño se pondrá a preguntar y comenzará usted. Quítele a ese crío tanto buscar, por Dios. Mírese a sí misma: ¿cómo hemos comenzado? Es una pena tremenda, y dolor, eso de buscar a Dios, los problemas, y sobre todo la paternidad y maternidad. Por Dios, vaya... Los médicos también ya lo están comentando, ya ante la radio. A las madres, a las madres y a los padres, los tenemos que tomar en desarrollo, porque los padres todavía ni siquiera saben contarle a un hijo: “Nuestra situación es tal y cual”. No son más que gemidos. Los padres, los

progenitores, tienen que sentarse ahora en el banquillo. Para prepararlos para el niño. En ese punto estamos todavía. Es algo que se oye a diario.

Pero lo mejor es, señora: los deja ir, y cuando se pongan a hacer preguntas, usted empieza de inmediato a explicárselo. Vuelven a la escuela y se ponen a hablar, y entonces ya oirá usted automáticamente lo que pasa. Pero aquí, todavía hay tanta gente... A mí me han preguntado muchas veces: “¿Qué tengo que hacer con mis hijos?”.

Digo: “Mándelos allí. También hay católicos que leen mis libros”.

Y entonces dijo la hermana: “¿De dónde has sacado eso?”. Porque la hermana hablaba del purgatorio y de toda esa chamusquina. Y hubo una de cinco años, seis, empezó a reír, porque papá y mamá se leían el uno al otro los libros, en presencia de los niños.

Y dice ella: “¿Tú de qué te ríes?”.

Y responde: “Son tonterías, ¿no?”.

Y la otra: “¿Cómo sabes tú de eso?”.

Y dice: “Del tito Jozef”. Y añade: “El tito Jozef escribe libros, y él sabe”.

Y entonces el señor cura fue a visitar al señor, a los padres.

Y dice: “Bueno”, dice, “¿le parece raro, extraño? Todavía se los enviamos a usted. Que aprendan eso también. Nosotros ya se lo haremos encajar”.

“Sí”, dice, “es una manera”.

Dice: “Pero usted tampoco se creará eso de la condena y el purgatorio, ¿no?”.

Y dice: “Bueno, todavía sigue allí, señor, pero nos estamos abriendo un poco, aunque todavía no lo podemos eliminar, porque si no se nos van. Y entonces, pues, sí, entonces ya no tenemos qué comer”.

Ahora tienen todavía respeto. A ese señor cura todavía le dan su vinito, solo porque le tienen miedo. Y cuando ese miedo haya desaparecido, dirán: “Claro. Claro. Señor, usted póngase a trabajar, mire por dónde. Usted también empiece a buscarse la vida. Vaya al campo y haga algo”. Porque llevar a la gente al purgatorio, vaya, eso no tiene mucho misterio.

Señora, le doy por tanto como consejo: déjelos ir, sin problema, más tarde ya se encargará usted de encajarles eso. Lea los libros, usted misma es fuerte, y entonces sabrá sin duda cuándo tiene que hablar con los hijos. Cuénteles lo antes posible... Los detendrá, cuando se pongan a leer mejor les pone entre las manos ‘Jesús I’. Y entonces ya no le hará falta decir nada más. Entonces un buen día irrumpirán en donde esté usted y dirán: “Ahora lo sé todo. Ya no hace falta que me cuente nada, ¿no?”. Y entonces mirarán al mismo tiempo hacia abajo, para ver si viene algo nuevo.

A mí mi madre me dijo. “Seguro que tienes hambre, ¿no?”.

Digo: “Sí, tengo un hambre que reviento”.

El ser humano... Y es una pena. Le mandé al pastor Spelberg y también a

aquel 'Jeus I', pero ya lo ven, no lo recibirán. Y entonces tienen allí: "Sí, a la juventud ... a la juventud ... a la juventud... la tenemos que edificar, encajar".

Señor, ¿hay algo más hermoso que 'Jeus de madre Crisje', la primera parte, para dárselo a leer su hijo? De lo que acabo de hablar, también de esa gente, esos niños leían 'Jeus I', y entonces el pequeño miraba así, en silencio. Entonces el padre dijo: "Ahora está casi, ¿verdad?". Y a la mañana siguiente a echar un vistazo: "¿A ti qué te pasa?".

"Nada".

Por la tarde: "Pero ¿qué te pasa?".

"Nada".

Pero ella miraba a sus padres de una manera muy diferente. Porque de pronto lo supo. De pronto lo supo. Y entonces de golpe empezó a sonreírse, y se largó.

Y entonces él dijo: "Bah, esa ha empezado con el cuento".

Tenía cinco años. Cinco. Y así, jugando, junto al perro, con Fanny, y con Jeus, uno llega a la creación. Hay que ver para la de cosas que sirve una vaca. Solo hace falta que miren. Y eso son las mayores dramas, padres, madres, para acoger a sus hijos. Ponga en sus manos 'Jeus' y se callan al instante, al instante. Se encierran y vuelven a leer el libro de inmediato, a escondidas. Ustedes han... asisten ustedes a una película y ellos poco a poco averiguan la verdad. Para nada hay lucha. Porque de pronto están delante de ustedes y tienen otras lucecitas en los ojos. De pronto se han hecho veinte años mayores, para eso, al menos. Pero entonces lo saben todo, y ya no tienen lucha. Porque eso es una lucha terrible, qué quieren que les diga.

¿No, señor? ¿A usted también le molestaba tanto, señor?

(Señor en la sala):

—Nunca me ha costado ningún esfuerzo.

—¿Cómo dice?

(Señor en la sala):

—Nunca me ha costado ningún esfuerzo.

—Ah, ¿lo supo tan pronto?

—Ja, ja.

(Risas).

Eso es lo mejor que hay, señor, pero hay que ver cuánta gente no anda tartamudeando. Están simplemente tartamudeando en la calle.

Es una enorme lucha en el mundo, y sobre todo en Europa. Es mucho más fácil en la jungla, porque allí los niños lo experimentan todo.

(Señor en la sala):

—Sí.

—Pero es, justamente...

(Jozef reacciona a las palabras de alguien):

¿Cómo?

(Señor en la sala):

—Allí lo ven de esa manera.

—Están encima.

Pero ese desgraciado Occidente inconsciente de aquí, y “¿sí que se puede hacer esto?, y “¿no se puede hacer aquello?”. “Con eso harás que los niños dejen de ser castos”. Porque entonces saben demasiado. Sí, cielos, si le hubiéramos contado todo a Crisje, se habría desplomado. Así de pronto ya mirábamos nosotros. Bernard decía...

A ver, Bernard, cuéntalo tú.

(La gente se ríe con ganas).

Bernard decía: “Claro, ni que estuviera loco”. Y dice: “Mejor vete a ver a Johan”.

Cuando vuelvo a pensar en esas historias de antes, todavía me troncho de la risa. Y Johan ya tenía más años, ¿verdad?, él lo sabía todo. Entonces había que volver a andarse con paños calientes donde el señor.

Pienso: ahora... Más tarde —ya se lo conté, él está aquí esta noche, piensa...— si me pregunta algo le haré correr durante cuatro días.

(Risas).

Pero Bernard... “Bernard, ¿por qué se infla tanto mamá?”.

“¿Qué?”.

Acababa de pelearme con él, miren. Y entonces pasó de mí por completo. Yo, con ‘Jeus I’... lo sigo disfrutando a cada minuto. Esta misma tarde estuve metido. Digo: “Bernard, Bernard”, digo: “Bernard, porque se infla tanto mamá?”.

“Eso mejor se lo preguntas a Johan”.

Y yo que voy a ver a Johan. ¿A ese? A Johan.

(Risas).

Sí, señora, todo eso sigue siendo para sus hijos, oiga.

Me miró enseguida desde el espacio, hacia abajo. Digo: “¿Pues? Pues, a ver, dímelo”.

“Pues míralo tú con tus propios ojos”, dice.

Digo: “Yo ya miro día y noche, y sigo sin saber nada”.

(Risas).

“Ya llevo dos semanas mirando, Johan, y no sé nada”.

Entonces dijo: “Entonces deberás mirar más tiempo”.

Lo estuve leyendo esta tarde, y tuve un par de horas gloriosas, gloriosas. Me tronché de la risa con Bernard, porque era tan descarado. Lo sigo dis-

frutando a cada rato.

¿Por qué no lo iba a vivir un niño, madre? Póngales 'Jeus I' en las manos. Así añadirá usted un colorcito divertido. Sí.

(Se oye la lluvia fuera).

Nuestro Señor se está dividiendo. Y eso solo lo podrá acoger usted si lleva consigo un paraguas, señora. Pero Nuestro Señor se está dividiendo ahora. ¿Lo ven? Así comenzó la creación.

Bueno, mejor sigo. Aquí tengo: “‘Una mirada en el más allá’, parte 2, página 141”, allí se tratan las consecuencias de la incineración. “Quienes fallecen pero que todavía tienen los pómulos rosados, lo cual se puede observar a menudo”, es cierto, sí, “se encuentran en este terrible estado. La vida ha abandonado la materia”, o la vida está libre de materia, “el cuerpo espiritual se ha liberado de la vestidura material, y el aura vital mantiene en vida la vestidura depuesta”. La pregunta es: “Mantener en vida esta vestidura depuesta durante tanto tiempo, ¿indica un cierto estado mental, por ejemplo, el hecho de estar atado a la tierra?”.

Señora, esa gente, esa personalidad sigue atada a ese cuerpo. Así que ese cuerpo todavía no puede morir de forma normal y aún es alimentado por la vida, el espíritu, porque todavía no se ha producido la separación. Porque una muerte pertinente... Pero eso usted también lo puede tener, no cada cuerpo hace directamente la transición a la muerte. Por ejemplo, un enfermo muy grave, un cuerpo que ha sufrido mucho, pasa a podrirse de inmediato. Y eso es la necrosis. Y también se dan estados, personas, cuerpos, en que eso no se produce hasta dos días después, tres... cuatro días, el ataúd ya está en la tumba, y solo entonces en realidad se produce la necrosis. Eso ya ni siquiera se ve. Pero lo que sí se ve entonces es que... Uno diría... “Es como si estuvieran durmiendo”, es algo que se oye a veces. Y eso es dormir, es el aura que todavía alimenta el tejido, porque todavía hay unión. Porque el espíritu, los sentimientos, la personalidad todavía no está libre de la materia.

¿Ha quedado claro?

(Una señora en la sala dice algo inaudible).

Eso es... se produce por la vida que uno ha tenido.

(La señora dice otra cosa inaudible).

Sí, es... si uno ha tenido una vida dura, horrible —ni siquiera hace falta que haya sido tan terrible— pero uno entonces no se queda libre sin más. Porque entonces retiene... miren, cuando nos liberamos... No he hecho más que vivir a la buena de Dios, y he hecho todas esas cosas, he mentido y engañado y odiado, y todas esas cosas, eso ya son los sentimientos y la personalidad. Pero si tocamos el cuerpo, si tocamos otras leyes, entonces no me quedo libre del cuerpo así a la primera. Aunque tenga que volverme a la tierra, ese estado me retiene, ese proceso de morir, me retiene un poco más de tiempo. Puede ser

hasta dos, tres, cuatro semanas. Y entonces ya estoy también en la tumba; aunque no viva la podredumbre, porque entonces uno está del todo metido. Pero entonces ya estará fuera. Se queda usted al lado, y podrá ir a donde le plazca. Sí, ya entenderá que algo que le succiona hasta volver, que le atrae de vuelta. Y eso todavía es el estado, el ser uno con ese cuerpo. Y por eso verá usted que cuando alguien muere, entonces uno a veces ve todavía de esos colorcitos de color rosado. Y entonces casi siempre es sospechoso.

Pero también he asistido a casos de gente, señora, donde era un colorcito espiritual. Entonces uno tiene que ser capaz de mirar a través de eso.

Digo... llegué a un sitio... digo... ‘Santo cielo’, pienso, ‘ese tampoco está muy bien’.

Entonces el maestro Alcar dijo: “Espera un poco, ¿lo ves?”.

“Sí”.

Y nos pusimos a controlarlo, y resulta que era otra cosa. Era una verdadera abundancia de sentimiento con respecto a arriba, y volvía a repercutir en el cuerpo, entiende, repercutía de vuelta. Así que el cuerpo también se llevaba algo de esa santidad. Y eso era el quedarse dormido de verdad.

(Una señora en la sala dice algo inaudible).

¿Cómo dice?

(Señora en la sala).

—¿... querer morir?

No, sí, no querer morir, que... Uno no tiene por qué querer nada. Hay miles de personas que tienen miedo a la muerte, y miles, digamos que casi, aquí en la ciudad... Bueno, quien sepa algo de la vida, se entrega. Pero aquí, frente al estrado, tengo todavía a gente —y andan por todas partes— que lee libros, y que tiene todavía miedo a la muerte. Porque todavía no saben todo lo que sucede. Y eso son puramente los sentimientos, la conciencia del ser humano que muere, que vive la muerte. Uno no vive la muerte según el cuerpo. ¿No es divertido eso? Pero usted vive el morir. Ese cuerpo ya irá por sí solo. Pero es usted quien muere, no el cuerpo. Este tenía que... otra cosa más para el mundo. Usted... “el ser humano muere”, se dice, sí. Claro, entonces piensan en el cadáver. Piensan en esa persona material, pero en realidad, la ciencia y la humanidad no saben todavía nada de ese proceso de muerte espiritual. ¿Qué se sabe aquí en Europa de la muerte espiritual? ¿Verdad? Nada.

¿Señor ingeniero?

(Señor en la sala):

—Se dice: el espíritu no muere, el espíritu es inmortal...

—Sí.

—... el cuerpo muere. Y ahora resulta que el cuerpo no muere y entonces ya se morirá el espíritu.

—Sí.

—Es algo que no alcanzo a entender.

—Claro. Es que es imposible. El cuerpo muere —eso digo— y el espíritu, no. Pero es usted quien muere, porque es usted quien vive el proceso de morir.

(Señor en la sala):

—Sí.

—Bueno, pues entonces ya está, ¿no?

El cuerpo muere.

(Señor en la sala):

—Sí.

—Y eso no dice nada. En el fondo no muere, no. ¿Por qué muere? Porque usted sale de él.

(Señor en la sala):

—Sí.

—¿Ya lo sabe entonces?

(Señor en la sala):

—Sí.

—Así que es usted quien hace que se revele el proceso de muerte.

(Señor en la sala):

—Ah, ya entiendo.

—Sí, no, pero eso es.

(Señor en la sala):

—Sí, pero ahora vuelve a decir algo un poco distinto.

—No, dije exactamente lo mismo.

(Risas).

¿Entiende? Y luego dicen: “Bah, eso es imposible”. Pero señor, siente usted... Por eso digo: “Eso la universidad todavía no lo sabe”. La mayor parte de las personas dice: “Sí, ese hombre ha muerto”. Pero cuando nos ponemos a verlo de forma cósmica, entonces se van también puramente a la tumba con ese hombre. Porque nosotros nos salimos, ¿no?

Pero el cuerpo sí que muere. Pero no se muere, señor. Sí, la podredumbre, claro. Pero de eso no estamos hablando. El proceso de morir en sí lo somos nosotros mismos. Y entonces uno se muere espiritualmente. Y morirse espiritualmente, señor... ¿Se ríen de mí! Y hay que ver lo sencillo que es. El cuerpo va hacia abajo, se va a la tumba; de materia a materia. Pero nosotros... Allí viene esa señora con esa pregunta: ¿por qué esa gente, ese cadáver, tiene todavía colorcitos? Eso es, digo yo, porque todavía hay unión con el espíritu. Así que el espíritu está liberándose. Liberarse es el proceso de morir para el espíritu, el desprenderse de la materia.

(Señor en la sala):

—La segunda muerte.

—Y eso lo llaman La Parca.

(Señor en la sala):

—La segunda muerte.

—La segunda muerte.

Y ahora tengo otra forma más de morir, señor. Hay otra forma más de morir. Ahora dirá usted... su empezamos ahora con la cosmología, entonces dirá usted: “Bueno, ese cuerpo se murió”. Allí uno muere; uno lo que hace es vivir el proceso de morir, porque esa es la sabiduría para ustedes, es evolución. Es el renacer para el espíritu. Y entonces tendrán ustedes su renacer para la materia.

Pero también existe la necrosis espiritual en el otro lado. También. Un ser humano tiene amor. Les explicaré de una vez lo poderoso y claro y natural que es eso. Hay gente... una persona, por ejemplo —eso se oye en la sociedad— a la que usted ama muchísimo, que se pone a arrancarle una pierna, golpea y patear; entonces esos sentimientos se van a morir. Eso es morir de forma pura.

Hace poco se me acercó alguien en Ámsterdam, un hombre que había tiranizado a su mujer de una manera espantosa, desde hace años. Digo: “¿Qué vas a hacer?”. Sí, ahora están llorando otra vez, se han ido, pero ahora están llorando, ¿entiendes?, ahora saben lo bien que estaban. Digo: “Bueno, eso es cosa de vosotros mismos. Yo no me atrevo a decir nada, porque entonces vas a comenzar con mis fuerzas”. He de ser muy cauto con mis palabras, con los consejos. Sí quieren tener consejos míos, pero luego no puedo decir nada. Si digo: “Sí...”, puedo decir de inmediato: “Puedes hacer aquello, puedes hacer esto”. ¿No? Y entonces lo hacen. Soy responsable. Pero no puedo hacer eso, porque entonces no aprenden nada. Eso me lo enseñó el maestro Alcar. Y eso es una ley divina.

Pero ahora resulta que hay... Y dice ella: “Sí, pero esa cosa hermosa, que tanto sentía, se ha muerto de forma pura”. También murió. Y así hay tantas cosas que mueren en el ser humano.

Y eso es solo porque ese hombre, y allá aquello, allá aquello, ese hombre ha decapitado, torturado, golpeado, pateado aquello, ese amor, por completo. Lo ha destrozado conscientemente delante de nuestros ojos. No queda ni el más mínimo fundamento. Dice ella: “Se ha muerto completamente, porque aunque se ponga a llorar hasta morir, ya no quiero saber nada de él. También siento —lo he hecho, he podido hacerlo, durante años, cinco veces, seis, siete, o diez— que lo he completado.

Y todo eso lo sienten, y eso es... también lo puedo contar... cósmico, a su vez, es la muerte espiritual de algo. De algo. Y entonces también se produce la muerte espiritual de cara al cuerpo, señora, y entonces se van bajando esos coloritos. Es cuando se retira el espíritu. Y entonces es morir puramente de

forma material y espiritual; terminar.

¿No es sencillo, señor?

Bien. ¿Sabe usted cuando yo... ? Cuando usted aprende algo de lo que le enseño, señor, ¿sabe de qué he aprendido entonces más? Cuando andábamos tomados de la mano por los cementerios, visitando un cadáver tras otro. Descendíamos como podíamos, descendíamos en una cripta... y estuve en 's-Heerenberg, porque he visto a Hendrik el Largo en su tumba. Cuando uno lee eso en la tercera parte, lo hemos leído en la tercera parte... volvimos, y entonces volví a ver a mamá y a Hendrik el Largo, pero a él también lo vi en la tumba. Y de pronto papá estaba a mi lado, de pie.

Digo: “¡Papá!”.

Dice: “Sí”, dice, “¿qué te parecen mis piernecitas?”.

Digo: “Son igual de largas que cuando estabas allí”.

Ni un huesito se habían llevado a rastras. Pero ya no tenía ni un gramo de carne en los huesos.

Digo. “Qué agujero tan hermoso tiene en su cabeza”.

Pero entonces estás allí al lado del espíritu, al lado, entonces uno aprende eso de pronto y lo sabe. Y entonces aparece la verdadera belleza espiritual, esa imagen del Largo que es ahora, un hombre joven de veintiocho años, con los mismos ojos centelleantes, solo se le había menguado el bigote. Dice: “Si no dejo atrás a Nuestro Señor, porque el suyo es así de grande, pero a mí se me deja tener uno pequeñito”. Y entonces encima es posible gastar bromas y pensar un poco. Todo es irrevocablemente humano, común, terrenal. Pero allí yace el cadáver y estás junto a él. Es allí donde vive la sabiduría. Porque uno mismo es la sabiduría y el espacio.

Y cuando uno atraviesa entonces todos esos cadáveres, esos huesitos y esqueletos, y uno ve esas calaveras, se sienta al lado de una tumba de esas, sobre todo si uno ha conocido a esa persona, y dice: “Un alborotador, entonces eras un verdadero alborotador, y ahora ¿qué me dices”. Y entonces, créame, señor, las cabezas se inclinan. Y allí debajo de la tierra hay mucha tranquilidad, señor. Mucha. No se oye una mosca. Y no tenía miedo para nada. Miraba, así, de frente, la cara escuálida de un cráneo. No sabía quién era, porque le faltaba el bigote. Bueno, el bigote yacía al lado. También los pelillos estaban allí todavía.

Cómo soñarán esta noche. Tienen que atravesarla en sus sueños. Si quieren vivir algo, tienen que atravesar sin duda una cripta de esas, y gruñir, ponerse un poco temerosos y esas cosas. Pero entonces hay que ver la realidad que está lado, y aun así dicen: “Brrrr. Tengo algo encima de la espalda”. ¿Sí que tienen miedo? Ya, pero entonces ven la realidad. Uno la atraviesa y pasa por ello a rastras, y entonces atraviesa cientos de millones de tumbas, y no ve más que calaveras y huesos. Y el verdadero ser humano, madre, está al lado, si es que

uno tiene luz, si es que es bueno, cariñoso, cordial, agradable.

¿No es así, madre?

Sí, ¿lo ven? Con eso vamos a rechupetearnos los dedos. Eso al menos merece la pena. Y todo eso guarda relación con el morir espiritual y materialmente. Pero de eso fue de lo que más aprendí, señor. Al ser humano que conoces, todavía los ves tirados por allí, y entonces tienen que... ¿Dónde están? No es posible encontrarlos. ¿Pueden encontrar más? Sí. A quienes estén en el otro lado los podemos encontrar a todos. Y tomamos carrerilla, nos concentramos. “Mejor sujétame”, dice el maestro Alcar. Y entonces vas como un huracán. En un segundo estás al otro lado, ¿no? No, señor, eso se eleva así, sin más, el mundo cambia, y entonces a mirar un poco más, a sintonizar, y allí, bueno, allí andan, allí están; con pequeñas sandalias.

También los hay que se ponen delante de un espejo; todavía se peinan el pelo. Y luego hay un hombre que pregunta: “¿Tienes algo de tabaco para mí?”. También tenía todavía su pipa en el bolsillo. Eso, claro, eso es un poco patético. No es una gran conciencia, porque están atados al tabaco, y están atados a lo otro, a esto, y a eso, y el mundo entero, señora. Y si uno asiste a eso en la tierra y esas personas se van a morir, y todos esos miles de deseos, señora, por los que todavía están atados a la tierra, a ese cuerpo y vida materiales, eso es lo que provoca todos esos colorcitos.

¿Ya la sabe ahora? Mire, de eso puede aprender.

Aquí tengo: “página 144, André está allí con el maestro Alcar en la esfera del despertar”. Sí, “entonces les pasan planeando muchos seres...”. Si viera usted el espacio, señora, en la sociedad, eso ya lo puede ver aquí también, hay millones de personas que me pasan planeando, a mí, a usted, y nadie los ve. Y eso pasa aquí también. “Entonces les pasan planeando muchos seres, y el maestro Alcar explica que son espíritus de las regiones más elevadas que ayudan. Padres e hijos, hermanos y hermanas juntos, todos de las esferas más elevadas, mundos conscientes, para ayudar, para eso descienden”. Y ahora pregunta usted: “Los niños ¿también ayudan en las esferas más bajas?”.

No, señora. No, señora.

¿Qué va a hacer un niño...? En el otro lado tienes niños, eso usted lo sabe, para crecer momentáneamente. Un periodo corto, un periodo largo. A medida que los sentimientos... Cuando un niño alcanza el más allá y no regresa a la tierra. Porque la mayor parte de los niños tiene que volver sola, todos de vuelta a la tierra. Eso es desintegración, ¿entiende? No es normal. Un niño se muere; eso no es normal, porque una vida normal, un nacimiento normal llega a tener suficiente tiempo para dilatarse. Si un niño todavía tienen que morir, es todo desintegración. Todo caos-tico, caos-tico. Todo eso es inconsciencia. O esa criatura, esa alma, es otra personalidad y tiene que seguir. Y si ya está en la felicidad, entonces ya no hace falta, porque aquí en la tierra de

todas formas no se aprende nada.

El ser humano solo se preocupa de aprender algo socialmente, pero espiritualmente no aprende nada. Y entonces debería mirar usted: ¿cuándo queda algo en usted, aquí en la tierra, si va a colocar en la balanza esos sentimientos y pensamientos para los que trabaja y vive? Y entonces debería de mirar, entonces puede mirar con pertinencia, porque allí hay pensamientos que tienen luz. Y allí todo es completa oscuridad. Y entonces basta con que vea un par de esas pequeñas chispas, y resulta que es usted misma. Le pertenecen. Se las lleva para su espíritu. Es así, ¿no? Son buenos actos que forman parte de su personalidad, así que esta ya se ha edificado. Pero ¿qué asimilamos en una vida tan breve?

Cuando ves y oyes que la gente... De veinte años no es nada, y de treinta tampoco supone nada todavía, porque solo entre los cuarenta y los cincuenta comenzamos a pensar humanamente. Basta con que lo compruebe en usted, con un ser humano de treinta o treinta y cinco no se puede hacer nada aún, primero hay que pasar esos cuarenta. Y entonces se manifiesta esa personalidad. Es cuando llegamos a ver semejante fantasía. Renunciando, por ejemplo, a lo que antes salía sin problema. Entonces dices: “Bueno, pero ¿por qué haces eso?”.

“Bueno, en el fondo tienes razón”.

Pero eso ya no se da después de los cuarenta. Porque entonces el ser humano va a contracorriente. Entonces todo es adulto y consciente. Es cuando estás ante la personalidad pura y dura. Hay que ver lo tremendamente difícil que es aclararle a un ser humano, con fe... Hay que ver el caos que hay, cuánta guerra hay, ya solo entre dos personas; a este le gusta esto y al otro de... y entonces ya tenemos... El matrimonio queda destrozado, solo por un Dios. Ambos desean, este sigue esto, el otro aquello, y ella aquello, y ella, en cambio, tiene lo otro, y nadie llega a la unión, porque no les da la gana vivir un solo Dios. Bronca. ¿Sí? Por eso es tan asombroso. A los jóvenes me gustaría decirles bien alto: “Por Dios, abre los ojos. Si puedes escoger uno aquí de los míos, conmigo, pues hazlo. Porque entonces al menos los dos estarán (estaréis) encima de ‘Los pueblos de la tierra’”. Pero, ay, si el otro está encima de Biblia, del Antiguo Testamento, entonces más vale que te andes con cuidado.

¿Entienden? Dos boxeadores: estupendo, señor, siempre que uno tenga suerte. En qué lo convertirán es cosa de ellos. Por ejemplo, dos personas... esa Fanny Blankers-Koen; pues, su marido la entrena, ella corre.

(Risas).

Ella corre. Y él dice: “Muy bien, hija. Ahora esta otra cosa. Estupendo”. Sí, y entonces... Cuando ella ha corrido bien, se besan. ¿No creen que ese beso, de esos dos, sabrá bien?

Bah, Luuk van Dam se puso a boxear y ella estaba sentada junto al cuad-

rilátero: “¡Dale, Luuk, golpea, golpea!”. Y por la noche se iban juntitos a casa. Y eran felices.

Entonces aparece la sabiduría. Aparecen pintores. Aparecen artistas, actores de teatro. ¿Qué va a hacer un actor de teatro con una atleta? Entonces dirá ella: “Sí, hay alguien, está allí, y tiene todo el día esto”. Un pastor protestante, bueno, y otra que es acróbata. ¿Cómo va a poder casarse un pastor con una acróbata? Ella está suspendida encima del circo y él está suspendido entre la vida y la muerte.

(Risas).

Bueno, señoras y señores, ya entenderán... Bueno, es así, ¿no? Es la verdad, ¿no? Un pastor protestante, ¿cómo va a poder... a poder...? Sí, bueno, está suspendido entre la vida y la muerte. Pero busca a Jehová en el circo espacial. Y ella es acróbata. Bueno, bueno. ¿Y sabe usted lo que dijo él? Dice: “Tengo que ir a la iglesia, tengo que rezar”. Y dice ella: “Y yo tengo que estudiar”. Bueno, pues ella colgaba arriba del trapecio y él se fue hacia arriba. Y broncas. Y más brocas, señor. Eso no funciona.

¿O sí que funcionaba?

(Risas).

Solo diré lo siguiente, si se pone a pensar un poco... Por ejemplo, aquí, hace poco vino a verme alguien... Ya estamos, todavía tengo que acabar la carta. Pero todo tiene que ver con ello, ¿no, señor? Hace poco dijo: “No, no, no, esos padres no quieren saber nada de mí, porque soy protestante y la chica es católica, pero nos queremos”.

Digo: “Muchacho, muchacho, muchacho, ten cuidado”.

“¿Ah, sí?”

Bien. Pero se le había metido entre ceja y ceja, ¿verdad? Y entonces el padre dijo: “Aquí no hay nada que hacer, porque...”.

Digo: “A ver, traémelo un día”.

Digo: “Tú has asistido a conferencias mías, ¿verdad?”.

“Sí”.

Digo: “Eres tan impagable en estos momentos si sabes eso”. Digo: “Ya tienes tanto”. Un chico de veinte. Digo: “Ya eres tanto. Conferencias, los libros que has leído, oíste la conferencia de los maestros”. Digo: “Y ahora irás, ahora eres... ahora tienes novia. Bien”. Digo: “Y ahora vas a mirar allí”. Digo: “¿Arrullarse? Pfrt, pueden arrullarse donde sea”. Digo: “Deberías preguntarle si también le gustan esos libros”. Digo: “Y si no le gustan”, digo, “señor, ponga pies en polvorosa. Lárguese”.

“Vaya”, dice, “esto lo jugaré hasta el final”.

Y él que le lleva un libro.

“A ver, ¿qué lees? ¿Tú también estás metido en esas cosas raras?”.

Entonces pensó: ‘No se te ocurra volver a decirme eso’.

La segunda vez: “Deberías leerte esto”.

“Sí, claro, ni que estuviera loca, ¿con esas cosas diabólicas?”.

Y él: “Ya me he aclarado. Se acabó”. Punto y aparte.

Y dice él: “Padre, no hace falta que te preocupes, porque la he descartado”.

Digo: “Señor, ya se lo dije”.

El ser humano busca y busca y busca. Pero señor, si el ser humano... Imagínese lo tontos que somos a los veinte años, a los veinticinco. Todavía no eres capaz de pensar, porque no eres adulto.

Y el maestro Alcar a veces dice: “El ser humano primero debería cumplir treinta años antes de casarse”. No, señor, tenemos que empezar a los quince años a edificar el carácter. Porque habrán desaparecido diez años de felicidad, veinte años. Y, de verdad, si ambos... si con ambos... ella está encima de ‘Los pueblos de la tierra’ y él está encima de ‘Una mirada en el más allá’ y ‘Entre la vida y la muerte’; señor, son un par de fundamentos que suenan como Dios manda, y eso a uno le permite captar muchísimo, muchísimo. Porque lo vemos en los adultos, señor. ¿No es así?

Bueno, yo optaría por decirle a la gente joven: “Aquí tienes que arrullar mucho más”.

Imagínate, Bernard, oye, eso deberíamos haberlo sabido antes. Deberíamos haberlo sabido antes, entonces no habríamos arrullado por el camino equivocado.

Porque entonces somos bobos y la de cosas que nos quedan por aprender, señor. ¿No lo ha leído usted allí, cuando Bernard vino a verme en Arnhem? Entonces dijo: “Hay que ver cómo nos han tomado el pelo”. Y entonces dijo él: “Bueno, sí que pudimos arrullar más de diez minutos”. Quizá eso ni siquiera le divierta, pero lo digo, por si acaso.

(Risas).

Bueno, las cosas como son, Bernard, las cosas como son.

Pero de eso se trata, señoras y señores. Bien, mejor sigo. Es que forma parte de todo esto. Mire, señora, entonces lo que pasará es... claro... habla usted aquí de los hijos, que todo eso de hablar y todo eso de pensar, que el ser humano viejo y adulto lo sigue haciendo. Eso, aquí en la tierra, es exactamente igual que en el otro lado. Es aquí donde tenemos que empezar.

Esa pregunta suya: “Los niños ¿también ayudan en las esferas más bajas?”.

Y entonces allí volví a lanzarme y así he vuelto sin darme cuenta al ser humano adulto. Pero aquí es la vivencia de esas leyes. Que lleguemos allí como niños significa, naturalmente, como les he explicado, que sigue habiendo un abismo, o es un niño, o es una conciencia y son unos sentimientos que ya tienen que ver con el otro lado.

(Una señora en la sala dice algo inaudible).

Y entonces les contaré algo hermoso, señora, eso también está allí. Y luego quieren... Sí, entonces quizá ya no sea necesario. Pero aquí —siempre habrá madres que hayan perdido un hijo—, aquí hay también una señora, ha perdido a su hijo, otros también lo han perdido. Ojalá que ustedes también pudieran vivir eso, que también vinieran directamente. Pero entonces hay que acoger al niño allí, y a usted otra vez por otra cosa, porque tiene usted otra conciencia, y tendrá usted exactamente ese sentimiento a su lado, como usted misma sienta. Dicho de otro modo: a su hijo lo acoge allí otra personalidad. Y cuando usted llegue más tarde, el niño ya se habrá tranquilizado. Al menos como niño, si muere esa alma al menos como niño y continúa, durante cinco, seis, siete años. Entonces ya es un ser humano adulto. Y entonces tienen que volver al pasado, para mostrar: “Sí, madre, yo también he crecido”. Y es lógico, si se va un hijo suyo de siete años y usted llega cuarenta años después al otro lado, ese niño será viejo y adulto. Y allí uno es muy viejo; si uno no tiene sentimiento ni amor ni espacio, uno será más viejo que Matusalén.

Si uno tiene luz, descenderá de inmediato al ser niño, a lo juvenil, y entonces llegará a los veinticinco, veintiocho. Allí hay maestros... si viera ahora al maestro Alcar, sería un muchacho de veintiocho años, treinta, claro, con una cara enormemente sabia. De esos ojos sale una enorme conciencia.

Pero el niño va creciendo y puede seguir así durante años y años aún será niño, porque entonces esos sentimientos todavía tendrán que despertar.

O sea, conforme a los sentimientos de ustedes... y eso vuelve a ser exactamente lo mismo que lo que vive la gente aquí. Usted... usted es adulta. Unos entran, otros no logran salir, y aun otros dicen: “Bueno, no entiendo qué es tan difícil aquí. ¿Por qué es tan difícil? Lo comprendo al instante”. Y otro se desloma durante meses y meses y años, y no hay forma de que entre. Y eso, nuevamente, es la sensibilidad de los sentimientos de usted para esto, aquello y lo otro.

¿Lo comprende?

¿Ha quedado claro?

(Señora en la sala):

—¿... entre los que había niños que descienden?

—Entonces dejan... Si un niño... si un niño... un niño se desprende de usted, su hijo está atado a la madre y al padre, pero sobre todo a la madre, y se va al pequeño ataúd, el niño se desprende, no será posible serenarlo así como así en las esferas. Y entonces se llevan al niño, ya cuando sean fuertes —solo es posible cuando lo puedan procesar, entonces se ve en el sentimiento y en lo que irradia el niño—, entonces se llevan al niño, sin remedio, a la fuente donde se da ese estado. Y un niño ya no es tan niño, señora, para no reaccionar ante eso, porque de inmediato ve los errores, y entonces el maestro,

o la madre que hace que ese niño empiece a evolucionar, lo puede tratar; es cuando el niño llega a ver de forma pura la razón de su tristeza. Y se pierde en las profundidades. Dice: “Luego viene mamá”. Y cuando luego le entra más sabiduría al niño, en ese sentimiento, el maestro dirá: “Hay que amar universalmente y entonces... porque ya te enseñaré algún día a otra madre”. Y eso ya es una madre que está al lado; esa criatura llegará a ver las reencarnaciones: estará ante diez, veinte, centenares de madres. Y lo llegarán a ver ustedes a medida que puedan desprenderse de esa madre en particular.

Si no se desprenden ni se liberan de su propia madre de la tierra, también seguirán siendo pobres. ¿Es así? Hay que aprender a amar universalmente. Y eso es lo que se le enseña entonces a un niño.

¿Ha quedado claro?

Bien. Y es un trabajo hermoso, señora, acoger a niños. Pero en realidad el trabajo más hermoso es... Aquí no es divertido, porque ya puedo ponerme a ladrar hasta reventar y ya les puedo explicar todo, pero allí estaremos —ya ven, lo que acabo de decir—, una gloria, estaremos encima de la tumba, y descenderemos en ella, veremos allí el cadáver, los huesitos y el esqueletito, y la calavera, la acariciaremos un poco todavía, y ya no se oirá ningún ladrido ni morderán ni golpearán ni patearán, y de eso aprende el ser humano. Y entonces el ser humano comerá de la palma de nuestra mano, según se dice.

Esta semana le dije a mi mujer... Bueno, de repente empecé a reírme, y entonces dijo. “¿De qué te ríes?”. Y dice...

“Ay, ay, ay”, digo, “ya verás la factura que les pasaré detrás del ataúd. Uno por uno...”.

Entonces dijo: “Qué forma tan odiosa de decirlo...”.

Digo: “Para nada lo digo de manera odiosa”. Digo: “Pero enseguida sé todo lo que experimentarán (experimentaréis). Ahora mismo ya me estoy divirtiendo con eso”.

Sé cómo se inclinarán esas cabecitas. Y cómo...: “Ay, ay, ay, vuelve y ayúdame, anda, ayúdame, anda”, eso ya me lo sé. Sé exactamente lo que tendrán ustedes enseguida; y eso me divierte. Es el único placer que tengo. ¿Por qué no?

(Señora en la sala):

—Si entonces oigo que alguien se ría, diré: “Mira, Jozef Rulof”.

(La gente se ríe con ganas).

—Sin duda. Sí, señora, sí. Una buena tarde mi mujer dijo: “Si no es cierto, te arrastraré por los pelos”.

Digo: “Hija, no hay nada que arrastrar”.

“Si no es cierto todo lo que cuentas, te arrastraré por los pelos, te arrastraremos hasta allí”.

Digo: “Hija, entonces no habrá nada que arrastrar”.

Si no existe, no hay nada que arrastrar.

(Señora en la sala):

—No.

—Es muy sencillo. No, nunca le doy la razón, ¿verdad? No, es que no es cualquier cosa, señora, de verdad que no es cualquier cosa. Pero así es. Pero ¿puedes reír entonces? Sí. No, entonces a Nuestro Señor le entra una sensación tan gloriosa. Dice: “En la tierra podían pegarme y clavarme en la cruz. Pero aquí ya no pueden”.

Y entonces están al lado del ser humano, te comen de la palma de la mano, si es que quieren aprender. Aquello que vive por debajo, por debajo, allí en... Basta con ir hacia abajo, allí viven centenares de miles de hombres y mujeres, millones, y esos a más profundidad aún, más profundidad, ay, Dios, señor y señora, los estrangularán y succionarán hasta dejarlos vacíos. De eso ni siquiera hablamos.

De quienes hablamos es de nosotros. Ya queremos actuar un poco. Esto... Hay que ver el garrote que nos espera allí. Uno pequeñito de esos.

Pero voy a seguir, porque todavía no estoy.

Me encanta añadir cositas divertidas. A ver cómo me las ingenio para hablar hasta que desaparezcan esos esqueletos esta noche, ¿entienden? Porque lo que es soñar lo harán de todas formas. Esta noche les entrarán los nervios. Y si ese jefe suyo otra vez no duerme bien, yo tendré que cargar con el muerto.

Me vino a ver alguien. Alguien que había vivido una hermosa noche, pero tuvo que reírse, aunque también había algo de miedo, y entonces vino. Él había golpeado la cama con el puño. Y entonces dijo: “Se acabó. Porque ya te están entrando los nervios”.

Y ella que dice: “Lo hice por felicidad, marido, porque creía que tenía alas”.

(Risas).

Al día siguiente me dijo: “Pero no fue así. De pronto vi ese cadáver ante mis ojos”.

Digo: “Ya estamos”.

Y entonces ella lo convirtió en aquello, ¿verdad? Y él que dice: “Bueno, de acuerdo, haz lo que quieras”.

Sí. “En la página 139, del mismo libro”. Sí, usted misma me lleva hasta allí, no puedo evitarlo. “En las esferas tenebrosas”, ya estamos otra vez, “donde fue atacado André, pregunta al maestro Alcar: ‘¿Ha vivido usted aquí?’. La respuesta es: ‘Acepto que todos nosotros, quien sea, hemos vivido en estos estados’”. La pregunta es: “¿Quiere decir el maestro Alcar que todas las personas tienen que vivir las esferas tenebrosas?”.

Señora, hemos tenido centenares de millones de vidas. ¿Tendré que estropearle otra vez la comida mañana? Entonces tendrán que meternos otra vez juntos en la sopa, en el perolo, porque éramos caníbales.

¿Canábales o caníbales?

(Gente en la sala):

—Caní...

—Un canito.

Sí, a un ser humano lo hemos... Hemos asesinado, quemado, acabamos de salir de eso, señora, y seguimos con eso, espiritualmente. Pero en esas tinieblas todavía no ha vivido usted. Y ¿por qué no?

(Una señora en la sala dice algo inaudible).

—¿Cómo dice?

(Señora en la sala):

—Si no todavía estaría allí.

—Sí, ya estamos, si no todavía estaría metida. Entonces no estaría aquí.

(Señora en la sala):

—No.

—¿Soy un profe divertido, señor? Ya me gustaría ser uno de verdad, de escuela, porque de vez en cuando les haría reír a los niños. Conmigo jamás vivirá desgracias, señor, porque no soy yo mismo. Primero tienen que encargarse de...

Hace poco les conté, caballeros, que a mi mujer la hago reír todos los días, una o dos veces. Sí, algunas veces tiene que esperar un poco. Pero ahora ya voy cuatro semanas por delante. Así que puedo no decir nada durante cuatro semanas.

Pero, señor, eso es. Eso es lo divertido, señora, esa es la felicidad, el hormigueo de su propia personalidad. Se lo conté hace poco: todas esas desgracias que no existen me producen risa. Y entonces de inmediato tengo otra imagen y optó por seguir con ella. Uno se hace cómico. Uno se convierte sin más en alegría rebosante. Estoy contento, siempre estoy contento. Aunque lo diga yo mismo.

Cuando andaba allí por la playa, señor, sí que era feliz. Porque no era ninguna desgracia. Eso solo era la lucha por... ese sol, estaba haciendo algo conmigo, y la luna y el cosmos. En dos minutos pude volver a reír. También me reía por dentro. Pero se trataba de algo serio, de dilatarse de forma pertinente. Y esa lucha, señor... Ja, ja, ja, entonces me río, me sigo riendo de eso. Pero enseguida esa luna dirá: “Espera, entonces volveremos a hacerle morder el polvo a ese gritón”.

Y ahora digo: “Lárgate, madre”.

Cuando luego lleguen ustedes a la cosmología... Ah, no, eso ya ha sido, en la primera parte, lo han oído en Diligentia. Casi me metí en el canal de la calle Suez. Y entonces estuve... digo: “Maldita bruja, desgraciada, dejas que me ahogue como un gato”.

Y ella: “¿Bruja?”.

Digo: “Sí”.

Y dice. “Sí, André, pero ¿cómo puedes decir eso?”.

Eso fue... Me habría... me habría... me habría ahogado. Me habría... puramente... “Suicidio”, dicen. No, señor, es el espacio el que lo succiona a uno. Pero de golpe la increpé llamándola “bruja, desgraciada”. Porque ella decía que era madre, ¿no? Pues a mí no me parecía que fuera una muy cariñosa. Y entonces la increpé llamándola “bruja, desgraciada”. Y alguien que no comprenda eso, dirá: “Oye, ese Rulof se lo dice al agua”. Es una bruja, dice, es una mujer”.

Señor, adelante, entonces se lo explicaremos un momento. Eso lo tienen que atravesar todos ustedes todavía.

Y, señora, para eso es exactamente lo mismo. Mire, es pensar, pensar, pensar y experimentar las cosas. Hubiera deseado colocarla ante su pregunta; todavía no ha estado, señora, porque de lo contrario no estaría aquí, sino que viviría en el mundo astral.

(Señora en la sala):

—Pero algunas veces dicen que de la muerte es posible... que es posible irse hacia arriba y después regresar a la tierra, ¿no?

—Sí. Sí, sí. Sí, pero entonces ya tendría usted otra cosa, entonces no estaría allí, sino que estaría aquí.

Si no ha alcanzado usted ese primer mundo consciente, esa primera esfera, pues, entonces, señora, no la necesitarán todavía para los infiernos, porque ni lo sabrá usted misma. Así que usted procede de una fuente que ha asimilado usted, y entonces ya es: ¿tiene usted sentimiento para nacer?

Yo estuve... me adelanté allí a cien millones de hombres. Por Egipto. Y eso también es muy sencillo. Estábamos allí con un par de personas en Isis, ¿verdad? En esos templos. Y eso en comparación con el mundo entero. Ese par de personas. Así que solo uno está listo allí, porque nosotros vivimos leyes ocultas, y esas otras personas, no, ¿verdad?

De modo que la gente que de verdad tiene algo de esto viene toda de esa época. Ciertamente, hay quienes vienen a remolque, que resulta que se leen allí un libro, y lo otro, y entonces también comienzan. Déjenles hacer. Pero usted había estado allí.

Y luego tenemos aquí todavía: “En las esferas tenebrosas donde fue atacado André, pregunta al maestro Alcar: ‘¿Vivió usted aquí?’”. Sí. A eso he respondido ahora. La respuesta es... Mire. “¿Quiere decir el maestro Alcar: ¿que toda la gente tiene que vivir las esferas tenebrosas, sin remedio?”.

En esta vida disfruta usted una bendición increíble: de eso se entera usted... nos enteramos ahora. Oiga, señor, esto solo es desde hace poco. Imagínese lo que toda esa gente, desde Jerusalén, desde Cristo, en tal y cual época, pero durante todos estos siglos, todos estos centenares de miles de siglos... Pero

tome ahora por ejemplo unos dos mil años, desde Cristo hasta ahora, ¿qué se sabe del más allá? Váyase a hablar en la ciudad, señor, encima se reirán de usted.

(El técnico de sonido):

—Unos tres minutos.

—¿Unos tres minutos? La madre del cordero.

¿Ven? Eso es desarrollo, ¿no?

“En realidad, ¿puede llegar a haber un mundo mejor?”. Señora, ahora habla usted... ahora le tengo que dar un pequeño toque de atención, porque usted ha leído ‘Los pueblos de la tierra’. ¿Es así?

(Señora en la sala):

—Sí.

—Bueno, pues entonces póngase a leerlo otra vez, porque allí viene.

(Jozef sigue leyendo):

“Cuando el ser humano haya completado su ciclo, o cuando haya llegado a ese punto espiritualmente, ya no volverá”. Eso también lo sabe. “Los que son menos buenos se quedan atrás, ¿pueden ellos construir una sociedad mejor?”.

La evolución de los pueblos de la tierra se ha analizado en ‘Los pueblos de la tierra’. ¿Es así? ¿Señoras y señores?

(Gente en la sala):

—Sí.

—Lo ven. Eso se lo van a leer.

Aquí tengo todavía: “Página 140. Aquí se habla del aura vital que apoya al espíritu a su llegada en el más allá. Pone: diferentes espíritus quitan al cuerpo material”, eso también lo pueden leer en ‘Una mirada en el más allá’, “después de cinco y siete días el aura vital, cuando la materia pasa a descomponerse en el primer estadio”. Sí, señora. También puede tardar más, depende de la sintonización del ser humano. Se lo he explicado. ¿Es así? “Quiere decirse que el ser humano, después de fallecer, a veces hasta cinco y siete días...”.

Se lo he explicado con la primera pregunta. ¿Está claro?

Gracias.

Aquí también tengo: “Venimos de la Omnifuentes y regresamos al Omnigrado divino. ¿Hemos cambiado en ese tiempo?”.

¿De quién es eso?

“¿Hemos cambiado en ese tiempo?”.

Señora, usted va a leer ‘Los pueblos de la tierra’, ‘Una mirada en el más allá’, ‘El ciclo del alma’, ‘Entre la vida y la muerte’.

“¿Hemos cambiado en ese...?”.

Llevo toda la noche hablando de esos trabajillos y esos asuntos y esas leyes. Allí usted será Dios, ahora como madre. También será usted hombre.

¿Y ha cambiado usted? Ha tenido millones de vidas en la tierra. ¿Y qué clase

de cambio quiere ver usted, pues, en sí misma? Ahora está en ello, vive en La Haya, lee libros de los maestros, y no vive en la jungla. Así que ya está de camino para llegar a la dilatación. ¿Ha quedado claro eso?

(Señora en la sala):

—... en la primera división.

—¿La primera división en la luna, cuando empezó usted en la vida embriónica? ¿Qué quiere saber de eso, señora?

(Señora en la sala):

—... Omnifuentes. Y vamos a regresar a la Omnifuentes.

—Ah, sí. Pero entonces tiene que esperar hasta la conferencia en Diligencia, porque vamos a empezar con eso. ¿No puede usted los domingos?

(La señora en la sala dice algo inaudible).

¿Por qué no?

(La señora en la sala dice algo inaudible).

Qué lástima.

Pero lea ‘Los pueblos de la tierra’ desde el comienzo, así comienza. ¿Verdad? Los primeros capítulos de ‘Los pueblos de la tierra’. Por eso tendrá usted... Para poder analizar los pueblos, para querer analizarlos, tenía que darle sin el menor lugar a dudas el comienzo, de lo contrario el ser humano seguiría sin saberlo. El maestro Alcar tenía que volver, el maestro Zelanus tenía que volver hasta el comienzo de la creación para analizar los pueblos de la tierra, para Adolf Hitler, y estos tiempos. Si no la gente no lo habría comprendido. Qué cosas.

Sí, señora, los domingos tengo que dar las conferencias a esa hora, de lo contrario... Si necesita algún día un canguro, ya me encargo yo.

(Risas).

Pero entonces los demás me echarán la bronca.

Sí.

(Jozef continúa leyendo):

“¿De dónde vienen nuestras malas inclinaciones? Estas, en esencia, deberían estar presentes en nosotros, ¿no?”.

En la esencia divina somos tan rasos como un cristal. En nuestra profunda esencia divina, señora, todos somos tan puros como el oro. Pero ¿qué es el oro? Hemos edificado, sin embargo, un carácter, y esa personalidad de ahora, que somos ahora, todavía no quiere. Y eso todavía no es ningún mal. Nunca hay que enojarse con un ser humano. Por mucho que vayan... que vayan en contra de la corriente divina. Lo que tienen que hacer, digo, es amar la vida. No, tampoco hace falta abrazar a un asesino. Y hay alguien que dice: “Oye, eh, necesito que me des ese dinero tuyo”, y todas esas cosas. No hace falta para nada desear eso. De eso tampoco hablamos. De lo que se trata es de sondear al ser humano con el que tenga que ver usted, de sondear la vida, de amar.

“Buenos días, señora”, con eso vale. Sea muy educado, de todas formas no cuesta nada. En lo que lo convierten es cosa del propio ser humano. Nunca todavía he hecho caso a lo que el ser humano piense de mí, lo que importa es que me encargue de ser lo que soy. Y entonces uno se pone a pensar. Ahora sigue siendo usted persona, pero volveremos a la Omniconsciencia. Así que usted está en ello. Para mí no hay pecados en la tierra. Para mí tampoco hay malas personas, señora. Sí, les añado que tampoco me relaciono con rufianes de cárcel ni con ladrones ni con asesinos ni nada. Con ese grado de vida, con ese carácter, no quiero tener que ver. Busco mi tranquilidad, mi propio color. Y entonces uno consigue la tranquilidad. Y eso es muy sencillo.

(Dirigiéndose al técnico de sonido):

Señor, ¿nos da unos minutitos más?

Hay que ver lo agarrado que ese este, ¿verdad?

Cuando el cacharro llega a tiempo, él ya no tiene tiempo. Buen, al fin y al cabo, ¿qué más da ese cacharro? A la hora de la verdad, señor, ya no tiene usted nada para nosotros.

Señor, jaque mate.

Señora, eso me da igual. Yo busco mi tranquilidad. Le digo: si mi propia sangre, mi propia vida, y mi propio aquello no quieren, señor, señora, se estrellarían ustedes de todas formas. Si su criatura no quiere, señora, se estrellará de todas formas y “se destrozará”, dicen. Sí, usted llora. Yo ya ni siquiera lloro. Porque es una personalidad. Sé que esa criatura, esa alma, ha vivido millones de vidas y ahora está evolucionando; el ser humano tendrá que cambiar por el mal, cerrando la cabeza, estrellándose. Y es así, ¿no?

Así que para mí no hay pecados. Para el cosmos no hay pecados. Y entonces usted dirá: “Robar es un pecado, blasfemar es un pecado”. El año pasado ya dijimos bastantes blasfemias aquí y no ha pasado nada. No ha pasado nada. Y seguimos haciéndolo.

(Alguien se ríe).

Ya. Y usted ¿de qué se ríe? Es así, ¿no? Aquí hemos blasfemado. Alguien dijo: “¿Qué es una blasfemia?”.

Digo: “No, entonces no hay que asustarse, pero me pondré a blasfemar”.

Y una señora: “Esto... ¿cómo? Pues, sí, sonó duro”.

Digo: “¿Cómo?”.

Ya estamos otra vez, eso es imposible. No hace falta que lo hagas. Pero de lo que se trata, señora, es cómo vamos a vivir ahora la vida. Ahora que sabemos esto, vamos a pensar y a sentir de otra forma, vamos a actuar de otra forma, y nos llevaremos a esa inmaculada claridad, de la que habla Frederik en ‘Las máscaras y los seres humanos’. Y entonces llegamos a tener despertar, ampliación, amor, vida y felicidad.

Y ahora lo dejo.

No lo puedo decir tan hermoso como el maestro Zelanus, pero es lo mismo, como dos gotas de agua.

Señoras y señores, hasta la semana que viene. Espero que ahora comiencen a pensar.

Señor Berends, respecto a las siguientes preguntas: ¿qué es el sentimiento? ¿Qué es el alma? ¿Qué es el espíritu? ¿Qué es la vida? Y ¿qué es la personalidad? Me las guardo, porque así alguna vez podré contar otra cosa. Y entonces llegaremos a profundizar. Si empiezan a hablar todos de eso, a hacer preguntas: “¿Qué es el sentimiento? ¿Qué es la vida?”, entonces pueden aprender.

Señoras y señores, gracias por sus hermosos sentimiento, les deseo un buen descanso.

(Suenan aplausos).

Fin

